BOLTXE

TERRORISMO y CIVILIZACIóN

CARLOS TUPAC

BOLTXE

TERRORISMO y CIVILIZACIÓN

CARLOS TUPAC

TERRORISMO Y CIVILIZACIÓN

Carlos Tupac

2012an Boltxe Liburuak

2017an Boltxe Liburuak

Lege gordailua: BI-1149-2012

ISBN: 978-84-940386-0-0

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License.

Edukien taula

Terrorismo y civilización
- Boltxe ... 5
- Prólogo a la edición latinoamericana ... 7
- Presentación ... 17

Primera Parte ... 29
- Decir la verdad y explicar la teoría ... 31
  - Primeros marxistas ... 31
  - Actualidad de Neuberg ... 37
  - Ética marxista ... 48
  - Alienación y religión ... 57
  - Ética y propiedad ... 68
  - Violencia justa (I) ... 77
  - Violencia justa (II) ... 97
  - Fines y medios (I) ... 105
  - Fines y medios (II) ... 113
  - El mal menor necesario (I) ... 122
  - El mal menor necesario (II) ... 134
  - El mal menor necesario (III) ... 142
- Dialéctica e historia ... 149
  - Neokantismo y reformismo ... 149
  - Dialéctica y flexibilidad ... 160
  - Dialéctica y polivalencia ... 173
  - Modos de producción ... 180
  - Continuidades y saltos ... 187
  - Matriz social ... 198
  - Excedente social colectivo ... 207

Segunda Parte ... 213
- Terrorismo patriarcal ... 215
  - La mujer como instrumento de producción ... 215
  - Violación, rapto y explotación ... 225
  - Terror y logos masculino ... 232
  - Terror y resistencia femenina ... 241
  - Terrorismo patriarco-burgués ... 248
- Terrorismo asirio ... 263
  - Territorio e identidad ... 263
  - Lengua y propiedad colectiva ... 284
  - Primeras violencias ... 291
  - Civilización y guerra ... 304
  - Saqueo y terror calculado ... 317
- Terrorismo esclavista ... 325
  - Mercado y violencias ... 325
  - Guerra feroz, atroz y breve ... 337
  - Conquista y esclavismo ... 350
  - Terror y colaboracionismo ... 363

Terrorismo medieval 373
Violencias y cristianismo 373
Cultura del miedo 382
La tortura, el terror y la cruz 391
Lucha de clases y lucha de los pueblos 400
Tercera parte 411
Terrorismo capitalista 413
Acumulación de capital y terror 413
Usurpación y terrorismo inhumano 425
Mundialización del terror burgués 441
Estado, producción y militarismo 452
El Estado, esa máquina de obediencia 469
Terrorismo y Estado burgués 477
Estado y terrorismo burgués 487
Estado y formación de torturadores 497
Tortura antigua y tortura burguesa 512
¿Puede existir terrorismo sin Estado? 527
Poder popular contra terror 536
Terrorismo e ideología burguesa 543
Las ciencias de terror aplicado 543
Doctrinas de contrainsurgencia 561
Pedagogía del miedo 578
Figura del amo y de los intocables 590
Creación del miedo y del gran pánico 600
Miedo difuso y miedos concretos 614
De la desesperación al suicidio 626
Violencia cultural y simbólica 635
Colonialismo científico 648
Guerras culturales y pueblos en lucha 657
La sociología como arma imperialista 673
Resumen 695
Población sobrante peligrosa 697
Terrorismos precapitalistas 703
Terrorismo capitalista 709

BOLTXE

Boltxe es un colectivo de Euskal Herria que quiere contribuir, desde el marxismo, a la construcción de un mundo liberado de cualquier tipo de opresión, es decir una sociedad comunista. Nuestra aportación se basa fundamentalmente en ayudar, desde nuestras posibilidades, a formar a todas aquellas personas que quieran aprender de las experiencias pasadas y de las actuales, poniendo a su disposición textos marxistas clásicos y experiencias de las luchas de los diferentes pueblos. Estos textos los haremos llegar a través de dos vías, en papel y en libros electrónicos en nuestra página web.

A partir de esta contribución a la lucha del pueblo vasco nos sentimos parte de su proceso de liberación y defendemos la construcción de una Euskal Herria independiente, socialista, reunificada, antipatriarcal y euskaldun.

Estamos convencidos que para avanzar en este camino que nos marcamos, son necesarios el compromiso, la coherencia y la organización. En esta lucha existen diferentes instrumentos que el pueblo necesita para avanzar. Pensamos que uno de ellos ha de ser la formación y la educación, en un sentido abierto, imbricado con el debate, el análisis, la reflexión, la crítica y la autocrítica, la práctica... porque todo esto es la garantía de futuras victorias. Creemos que la práctica sola no es suficiente, ni tampoco el estudio académico: es necesario juntar las dos cosas, la práctica y el estudio. Si lo hacemos bien, seremos invencibles.

Desde que nació este colectivo hemos puesto en marcha diferentes iniciativas: revistas, folletos, webs, siempre con el objetivo de ampliar la base comunista ya que pensamos que solo en el

comunismo cualquier tipo de opresión será superado.

Entre manos no tienes un catecismo sino un arma que tiene que valer para derribar muros, un «ladrillo» que te ayudará a construir el edificio de tu formación. Esperamos que disfrutes y compartas esta maravillosa experiencia de leer y estudiar con otros compañeros y compañeras.

Si deseas participar o seguir estando al corriente de lo que hacemos te esperamos en nuestra web http://www.boltxe.info

PRÓLOGO A LA EDICIÓN LATINOAMERICANA

Simón Bolívar

> «Sin duda es algo severa esta teoría, pero aun cuando sean alarmantes las consecuencias de la resistencia al poder, no es menos cierto que existe en la naturaleza del hombre social un derecho inalienable que legitima la insurrección...»

Terrorismo y civilización es una admirable construcción del pensamiento, un análisis magistral del terrorismo de Estado a través de la historia, de su evolución desde la esclavitud hasta su forma actual de leviatán sangriento, ávido de capital, depredador brutal de seres humanos y del planeta. Esta obra llega a los lectores, atrapada en una frenética paradoja que incita a la indignación: su autor, un pensador marxista que respira altruismo y humanidad, al menos en esta ocasión no podrá rubricarla con su nombre y apellido, porque el monstruo terrorista ha criminalizado el pensamiento insumiso y libertario.

Carlos Tupac es un nombre de guerra y de combate, un recurso de supervivencia en medio de un sistema capitalista senil y loco acosado por crisis sucesivas, de una civilización burguesa en decadencia, virulenta en su agonía, que no duda en matar o encarcelar todo pensamiento que abrace la utopía de dignificar al ser humano. *Carlos Tupac* es la imbricación potente de teoría liberadora y praxis guerrera enfrentando en la arena la injusticia secular de un sistema oprobioso; ese nombre somos todos los que luchamos por el cambio radical de la sociedad resistiéndonos al desarme ideológico. La violencia revolucionaria, la rebeldía frente a regímenes injustos, es un derecho universal irrenunciable, que no puede ser arrojado a la

deflagración del olvido, y es al mismo tiempo una bofetada a cierta izquierda pusilánime, que por artificios psicológicos, mediáticos, se cree derrotada, y que atrincherada en su cobardía, duda de la capacidad de lucha de los pueblos; izquierda de discurso enajenado, incoherente, que a nombre de un pacifismo desmovilizador y criminal, condena la violencia «venga de donde viniere» –así, sin nombre y sin apellido, sin historia y sin contexto–, que casi siempre termina abrazada con el reformismo que apuntala al sistema. De manera pertinente nos recuerda el autor, que, en el preámbulo mismo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la ONU en 1948, se consagra y legitima el derecho a la rebelión. Bolívar, el Libertador, afincado en el contexto histórico de la Carta de Jamaica, plantea en *El Correo del Orinoco*, que:

> El hombre social puede conspirar contra toda ley positiva que tenga encorvada su cerviz, escudándose con la ley natural… / A fin de no embrollar la gramática de la razón, debe darse el nombre de insurrección a toda conjuración que tenga por objeto mejorar el hombre, la patria y el universo... /«La insurrección se anuncia con el espíritu de paz, se resiste contra el despotismo porque este destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz... Ha sido tal en esta parte el despotismo de muchos legisladores que a pesar de lo insensatos que eran sus códigos, han exigido, sin embargo, una obediencia ciega. / Auto-conceptuados arbitrariamente para especular sobre lo justo y lo injusto y acostumbrados «a poner la ley en contradicción con la naturaleza» pretenden obligar a los pueblos «a divorciarse de su inteligencia para no verse forzados al sublime atentado de derribar el poder tiránico». / Cuando un código político no puede sostener la mirada de la razón, el poder que lo protege es un insulto hecho a la naturaleza humana, y si se corre el riesgo en derribarlo, a lo menos no es crimen hacerlo. / Sin duda es algo severa esta teoría, pero aun cuando sean alarmantes las consecuencias de la resistencia al poder, no es menos cierto que existe en la naturaleza del hombre social un derecho inalienable que legitima la insurrección... / Es, pues, la insurrección por su naturaleza un acto legítimo: ella anuncia que si hay en un Estado un poder esencialmente perverso, el hombre-ciudadano sabrá buscar los medios de derribarlo. / Bien sé que esta doctrina contraría todas las preocupaciones con que un centenar de ladrones coronados gobiernan la tierra… / En una palabra, de todo lo que contraría a la magna carta de los derechos del hombre, que la

> naturaleza ha escrito en nuestros corazones con sus propias manos; alumbrar con la antorcha de la filosofía las opresiones de toda especie; convocar la fuerza pública para acabar con los tiranos bajo las ruinas de su propia grandeza: tal ha sido desde la infancia de las monarquías el destino de todos cuantos han nacido con su alma elevada y tal el verdadero título que tienen a ser llamados bienhechores de los hombres, todos los que así lo hacen.

También planteaba el Libertador Simón Bolívar que el pensamiento es el *«primero y más inestimable don de la naturaleza. Ni aún la ley misma podrá jamás prohibirlo»*.

Todavía quedan por ahí virreyes trogloditas en el Estado español, nostálgicos de la inquisición, oponiéndose a la independencia de los pueblos que expoliaron durante siglos y sojuzgando pueblos como el vasco; que encarcelan por difundir el pensamiento alternativo o por el delito inexistente de entrevistar a líderes independentistas.

«No tengamos miedo a la libertad; no nos contentemos con la que otros conquistaron –nos dice *Carlos Tupac*–, luchemos para mejorarla y ampliarla». Bolívar junta las coincidencias, los anhelos de independencia, justicia y libertad de los componentes sociales del hemisferio, de indios, negros y criollos, y con ellos empuña la bandera de la Gran Nación de Repúblicas, de la conciencia de patria, de la soberanía del pueblo, de la independencia, de la dignidad humana, y comanda personalmente en los campos de batalla, como praxis congruente, la victoria de la esperanza. Es un imperativo retomar unidos estas sagradas banderas.

Están en confrontación un derecho universal con la irracionalidad de una civilización burguesa terrorista que pretende endilgarle su propia condición a la lucha justa de los pueblos por una nueva sociedad sin explotados. Tipificar como terrorismo el derecho a la rebelión es ir en contravía de normas admitidas por los mismos Estados en un momento de la historia. Independientemente de que haga parte de un cuerpo normativo es un derecho natural. Por encima de la legalidad predomina la legitimidad de la rebelión derivada de la justicia de sus actos.

Marx define al terrorismo como violencia opresora destinada a mantener la explotación, la alienación y la deshumanización.

La legalidad como ramal de la violencia del poder, como imposición de la clase dominante, nunca puede relevar la legitimidad basada en la justicia del empeño altruista que persigue el bien común.

El derecho tiene una filosofía, y esta responde a intereses de clase. El revolucionario milita y combate en las huestes que enarbolan la oriflama de la justicia social y defiende los intereses de las mayorías. Ésa es la filosofía del revolucionario. Bolívar no tenía ley distinta a la de cumplir la voluntad pública.

Para *Carlos Tupac* los valores de la resistencia, de la lucha y de la revolución contra la injusticia, siempre serán valores universales.

No es de extrañar que en las primeras líneas de *Terrorismo y civilización*, se reseñe el hecho de que varias organizaciones, partidos, sindicatos, y personas individuales de Latinoamérica, y de Europa, trabajen colectivamente por instituir la fecha del 26 de marzo, que rememora la muerte del comandante guerrillero Manuel Marulanda Vélez, como día del derecho universal a la rebelión armada.

Ni en el ocaso de la civilización burguesa que hoy transcurre ante los ojos del mundo, podrá haber transición pacífica a un nuevo orden social de amplia democracia, sin explotación del hombre por el hombre, sin Estado. El denominado centro del mundo capitalista no se derrumbará solo. Hay que derribarlo. Ningún imperio ha caído sin el estallido múltiple de la inconformidad popular. Acorralado por la crisis el Estado imperial, escudado en la tecnología destructiva, la pedagogía del miedo, las ciencias sociales que lo recubren y la manipulación mediática, será mucho más agresivo y contumaz. No se resignará mansamente a abandonar sus privilegios; por ello los pueblos deben prepararse para atacarlo de manera resuelta con todos los medios a su alcance, hasta romper definitivamente las cadenas de la opresión.

Transitando la senda, la alameda trazada por el marxismo,

podemos asegurar que la crítica de las armas debe acompañar hoy la guerra de las ideas. Conjugar la vía política, de la movilización de pueblos, con la vía armada (según la situación concreta), constituye una estrategia acertada, fundamental, que ningún revolucionario verdadero puede desechar en la construcción del ideal de nuevo poder, porque ella es garantía de victoria.

Oídos sordos al conformismo, al reformismo y al pacifismo descontextualizado aliados y orquestados con la manipulación mediática, si queremos edificar un nuevo mundo de justicia y humanidad. Ellos son el artificio de la opresión para propiciar el desarme ideológico, moral, y la defección en una contienda por la dignidad humana que nunca debe aflojar.

Esta lucha debe apoyarse en el marxismo, que no es un pensamiento petrificado. El marxista y científico de la economía, Jorge Beinstein, nos convoca a retomar el marxismo, pensamiento crítico enraizado en la rebeldía de los explotados, enemigo irreconciliable del conformismo; volver a Marx no para repetirlo sino para avanzar mucho más allá, adecuándolo al contexto histórico, a la realidad concreta. Tomar lo mejor del pensamiento revolucionario mundial para sumarlo a la concepción emancipadora autóctona, a nuestra experiencia histórica, a nuestras costumbres y visión liberadora para emplearlo como ariete demoledor en la construcción de la nueva sociedad, tal como en esta obra lo sugiere *Carlos Tupac*.

Terrorismo y civilización hace un recorrido muy completo por los hitos de la humanidad, los modos de producción, para constatar en los folios de la historia que la explotación del hombre por el hombre siempre se ha basado en el uso de la violencia y el terror, mostrando al mismo tiempo la profunda huella de la resistencia y la rebeldía de los pueblos frente a la subyugación, con sus victorias y fracasos, con paradigmas legendarios como el levantamiento de Espartaco –héroe de Marx–, o el aplastante levantamiento de los pueblos oprimidos por los asirios destruyendo con su violencia arrolladora y justa la ciudad de Nínive capital de aquel imperio de opresión; consagrando siempre, como un derecho inalienable, la violencia de los sometidos contra la violencia injusta de las clases dominantes.

El esplendor de los héroes libertarios, la epopeya de los pueblos en lucha por su dignidad, realmente debe ser algo más que un recuerdo histórico. Representan un ejemplo ético-moral y socio político válido para luchar contra la explotación de todos los modos de producción, contra el terrorismo patriarcal, asirio, esclavista, de la cruz y la inquisición, del capitalismo, porque nos aportan experiencias, insumos y pertrechos para la lucha actual.

Desde el marxismo *Carlos Tupac*, respaldado por una constelación de autores y fuentes, teoriza diáfanamente sobre la violencia justa e injusta, sobre la dialéctica entre fines y medios y en torno al debate del mal menor necesario desde su especificidad y sin perder de vista la totalidad y su contexto. Plantea sin adornos ni parábolas retóricas que quien quiere el fin, quiere los medios, y que la violencia revolucionaria, justa, asumida como un mal menor necesario, como un medio forzado, una vez logrado el objetivo, cesa, porque desaparecen las causas que justificarían su utilización a futuro. Previene contra el conformismo, la cobardía y el pacifismo a ultranza, y con Marx alerta sobre «los amigos hipócritas que aseguran estar de acuerdo con los principios, pero que dudan de la posibilidad de realizarlos, porque el mundo, pretendidamente no ha madurado aún para ellos; por esta razón desisten incluso de contribuir a su maduración, prefiriendo compartir en este valle de lágrimas la suerte común de todo lo malo».

El marxismo –afirma G. Mury– es una filosofía del hombre; pero del hombre combativo y no de la víctima dolorosa. Una filosofía del enfrentamiento, no de la resignación frente al sufrimiento propio y ajeno.

Sin lucha resuelta no es posible construir un mundo justo, humano y fraterno, con una nueva concepción de la naturaleza, que siembre en la conciencia que esta no es para dominarla ni destruirla.

A propósito, ¿no será que ha llegado el momento de dar un salto inequívoco y generalizado respecto de aquella concepción de un amplio sector marxista que mira la naturaleza dentro de la encorsetada acepción de objeto y medio universal de trabajo? La naturaleza es más

que eso; no estamos fuera de ella. Somos naturaleza, y todo daño que se le inflija revertirá en contra de la vida misma. Nadie debe ser propietario ni siquiera transitorio de la tierra –dice Marx–, a lo sumo, su usufructuario. Con la tierra debe haber un vínculo de otro tipo derivado del proceso histórico de socialización que ha ido forjando el hombre. Suscitan estas reflexiones, los profundos planteamientos de *Carlos Tupac* en su presente obra.

La lucha por la alternativa anticapitalista es impostergable, y exige una batalla sin tregua y sin cuartel contra el reformismo, contra aquellos pensadores que ofician como sacerdotes del conformismo y la claudicación. Hay que desenmascarar a los agentes encubiertos del desarme ideológico al servicio de la explotación. La actual crisis de civilización, el hundimiento paulatino, indefectible, del centro del mundo capitalista, ha vuelto añicos su perorata sobre el fin de la historia, la difuminación del papel del Estado, la negación de la lucha de clases, la «bondad» del desarme de los pueblos… El Estado imperial que no veían o invisibilizaban a propósito, ahora toma desesperadamente las riendas para intentar un salvamento quimérico del sistema. Todos sabemos que después de los inocuos tratamientos de choque, de la inutilidad de la financierización, intentará restablecer el control a través de invasiones de rapiña y terrorismo exacerbado... Necesaria, muy necesaria la crítica de *Carlos Tupac* al postestructuralismo para resituar el papel del Estado como instrumento de clase y máquina de terror. Aterriza a los que se elevan con las fantasías de Foucault en cuanto al rol de los micropoderes y tritura con sus precisiones a quienes desde el estructuralismo y el postmodernismo desvanecen u ocultan la existencia del Estado para desactivar la lucha. Los pueblos del mundo, o luchan o perecen en la sumisión. Nada podrán perder fuera de sus propias cadenas. Los «post» (modernismo, estructuralismo) el positivismo y el reformismo, están encontrando su sitio en el basural de la historia. Como efecto de la crisis sistémica han empezado a cerrar, por quiebra también, las lujosas boutiques de las ideologías de moda.

El sistema capitalista es un barco maltrecho y escorado avanzando hacia la tormenta, empujado por ráfagas sucesivas de crisis (financiera, energética, ambiental, alimentaria, del complejo

militar industrial). Como afirma J. Beinstein, no se trata de un problema en la nave insignia de la flota; es que no hay más naves. No sobreaguarán otras en la periferia emergente. Es el centro del mundo el que se hunde. De nada servirá el tratamiento de choque de las inyecciones financieras; y la tabla de salvación –que se suponía sería la guerra colonial de Eurasia para apoderarse de los recursos energéticos del Caspio–, fracasó con el empantanamiento melancólico del complejo militar industrial en el teatro de Irak y Afganistán. Esa aventura militar devino en una gran derrota geopolítica para el imperio washingtoniano.

Las circunstancias son favorables para la lucha y la movilización de pueblos. El fin de la civilización burguesa no está a la vuelta de la esquina. La decadencia y agonía se insinúan prolongadas, pero ella depende de la resistencia y la lucha múltiple, generalizada, del mundo de los excluidos.

El imperio acumula la experiencia de la violencia terrorista de los modos de producción inscritos en la historia de la humanidad: el terrorismo asirio con su pedagogía del miedo y el terror calculado; el terrorismo torturador patriarcal-católico-feudal, fusionado por la inquisición, como lo reseña en detalle en *Terrorismo y civilización*, *Carlos Tupac*. «El capital vino al mundo chorreando sangre por todos los poros, desde los pies a la cabeza», afirma Marx. Se inauguró con la esclavitud de niños y la legislación sangrienta, estampó su violencia sorda en el contrato de trabajo, apoyó sus invasiones coloniales en apátridas colaboracionistas, se blindó con armas mortíferas, aplicó la ciencia al terror, refinó la tortura, redimensionó la pedagogía del miedo con sus desapariciones forzosas y la represión aleatoria, incrementó su flota y sus marines, desarrolló la psicotécnica, perfeccionó los ardides de la propaganda nazi, convirtió las ciencias sociales en su escudo, recurrió a la guerra cultural, utilizó el Estado como máquina de obediencia y disuasión, desarrolló la industria mediática de la manipulación… y creó, como dice Schulz, una estructura arcana clandestina de represión para ocultar el carácter criminal y terrorista del Estado imperial.

Un récord de recursos y medios, aparentemente imbatible, pero

atascado como su maquinaria del complejo militar industrial –ahora también energético-financiero– en Irak y Afganistán, donde la pedagogía de la resistencia y la rebelión de los pueblos se erige como paradigma heroico, liberador, para los pobres de la tierra. A pesar de la tecnología de punta, las guerras se ganan con soldados, y el problema es que los soldados yanquis ya no tienen motivación. No hay espacio para una transición tranquila. El capitalismo en decadencia será más agresivo, pero es más poderosa la fuerza ética-moral de un mundo unido resuelto a reventar cadenas en pos de su destino, el socialismo, que es libertad y dignidad.

Persuadido de ese poder moral, decía Bolívar con temeridad: *«No tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas»*. Y venció con un ejército de pueblos en el campo de batalla.

Escribía Rosa Luxemburg, cuatro años antes de ser asesinada por los Freikorps: *«El socialismo no caerá como maná del cielo, solo se lo ganará en una larga cadena de poderosas luchas, de ellas depende el futuro de la cultura y la humanidad»*.

Terrorismo y civilización es un libro urgente y necesario para todos los insumisos y rebeldes del mundo. Nos dota de pertrechos poderosos para la guerra de las ideas contra la injusta y decadente civilización burguesa.

Iván Márquez Integrante del Secretariado de las FARC, 2012

PRESENTACIÓN

Este texto se inició con el objetivo de estudiar en poco espacio qué es el terrorismo, pero ha terminado reflexionando con alguna profundidad, aunque no toda la necesaria, sobre qué función tiene el terrorismo en la civilización capitalista. Los motivos de semejante ampliación y a la vez concreción se resumen en uno solo: en la medida en que estudiábamos el terrorismo, y todo el proceso que le antecede, veíamos que había que profundizar hasta algo elemental como era y es la propiedad privada de las fuerzas productivas en general, y en las sociedades capitalistas en concreto, en el proceso de producción de plusvalor, de plusvalía. El secreto del terrorismo radica en estas dos realidades históricas, como veremos, porque el terrorismo es el último recurso que dispone la propiedad privada para asegurar su existencia. Nuestra certidumbre se reforzó aún más, si ello era posible, cuando leímos en la prensa las declaraciones del Comandante Chávez y del Presidente Gaddafi en las que planteaban la necesidad de redefinir el concepto de «terrorismo» [1]. Venezuela y Libia son dos Estados que han plantado cara al poder imperialista y, por ello, conocen de primera mano la urgencia de extender la famosa «lucha de ideas» al interior de uno de los mitos reaccionarios más poderosos en la actualidad, el del «terrorismo» definido por la casta intelectual capitalista.

Desde el principio de la investigación apareció el problema del excedente de población o, en términos actuales, lo que se define como «población sobrante». Según M. Freytas:

> la «población sobrante» (los desposeídos y famélicos de la tierra) son las masas expulsadas del circuito del consumo como emergente

1. http://www.publico.eswww.publico.es, 29 de septiembre de 2009.

> de la dinámica de concentración de riqueza en pocas manos. Estas masas desposeídas, que se multiplican en las periferias de Asia, África y América Latina, no reúnen los estándares del consumo básico (supervivencia mínima) que requiere la estructura funcional del sistema para generar rentabilidad y nuevos ciclos de concentración de activos empresariales y fortunas personales[2].

Estamos de acuerdo con esta definición porque reconoce que la población sobrante está compuesta por «desposeídos», por quienes no tienen otra propiedad «privada» que su fuerza de trabajo, y porque este proceso responde a la concentración y centralización de capitales a escala mundial. Pero no estamos de acuerdo en que se hable solo de consumo, porque el punto crítico es el de cuanta fuerza de trabajo necesita cualquier poder en cualquier época para obtener un beneficio. El consumo es muy importante pero lo decisivo es la producción de valor. Fueron «población sobrante», por ejemplo, los pueblos exterminados o expulsados porque no era rentable su explotación esclavista. Más tarde, los conquistadores dejaban con vida a las mujeres y a la infancia, matando al resto, porque las primeras sí eran rentables, no sobraban, no eran improductivas. Después, empezaron a respetar la vida de las personas adultas con conocimientos artesanales y técnicos, hasta terminar esclavizando a pueblos enteros. Se trata de la lógica de la rentabilidad de la fuerza psicosomática de trabajo, que consiste en que incluso las personas ancianas, en la medida en que puedan moverse, son «productivas» siempre y cuando argumenten a favor de la pasividad y del sometimiento a la explotación, desalentando a los jóvenes en sus afanes de revancha contra los explotadores. Iremos viendo cómo la lógica de la explotación determinará que la población flotante se amplíe o decrezca según las necesidades de los modos de producción, hasta llegar al capitalista en el que el ejército industrial de reserva es una auténtica «población sobrante» a la espera de encontrar un explotador que la agote y estruje.

La «población sobrante» también crece en los países imperialistas a causa del aumento del paro estructural, del subempleo y de la

2. Manuel Freytas: *Hambre: El dilema del capitalismo con la «población sobrante»: mercancía sin rentabilidad*, http://www.aporrea.org, 26 de septiembre de 2009.

precariedad vital, no solo en cuanto al consumo, a la pobreza, con los parámetros de consumo básico y de supervivencia «mínima» establecidos en estas sociedades. Es «población sobrante» porque el capitalismo eurocéntrico actual no puede integrar en el proceso productivo «normal», el regulado por el keynesianismo y taylor-fordismo, la fuerza de trabajo en su totalidad, condenándola al paro encubierto y recurrente, al subempleo como hemos dicho, o directamente al paro estructural. Pero además hay que tener en cuenta la esfera del consumo y de la insatisfacción de las necesidades básicas de quienes todavía no están en condiciones de ser explotados, la infancia, o de quienes ya no tienen fuerzas para seguir siéndolo, como la ancianidad. Por ejemplo, esos 12 millones de niños estadounideses con graves problemas de alimentación y pobreza[3]. Más adelante, al estudiar las relaciones entre las éticas y las violencias, volveremos al concepto de necesidades humanas y a la tesis de Marx al respecto, pero ahora debemos precisar esta cuestión afirmando la dialéctica entre necesidades «objetivas» y necesidades «verdaderas» como expresión de la dialéctica entre las necesidades de la producción capitalista y la producción por el capitalismo de necesidades consumistas[4]. Según el desarrollo de estas dialécticas, las necesidades «mínimas», «verdaderas», «objetivas», etc., varían sobre un fondo de pura subsistencia vital.

También consideramos «población sobrante» a la creciente cantidad de gente prisionera en los países imperialistas por cualquier motivo, incluidos los oficialmente políticos y los no reconocidos oficialmente como «políticos» pero que responden, en última instancia, al empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo. Las potencias imperialistas no pueden trasladar decenas de miles de personas de los penales europeos a otros continentes, o de los penales de la costa atlántica de Estados Unidos hacia el oeste, hacia la costa pacífica, ocupando las praderas y exterminando las naciones indias, civilizándolas, como ocurrió durante los siglos decisivos para el asentamiento del modo de producción capitalista. Sin embargo, que

3. Naomi Spencer: *Doce millones de niños en Estados Unidos se enfrentan al hambre y a la inseguridad alimentaria*, http://www.rebelion.org, 13 de mayo de 2009.

4. Luis Ballester Brage: *Las necesidades sociales*, Síntesis, Madrid 1999, pp. 249-280.

sea sobrante no significa que sea «excluida» del proceso productivo en cuanto tal. Al contrario, cada vez más, la necesidad capitalista de encontrar nuevas ramas productivas está avanzando en la privatización de las cárceles, creando la industria carcelaria que se expandió por los Estados más conservadores de Estados Unidos en la segunda mitad de los años noventa, en Texas por ejemplo[5], y que para finales de 2006 eran una verdadera «inversión con futuro»[6].

Desde esta perspectiva, el concepto de «población sobrante» debe integrarse en un proceso general que empieza en la explotación de la fuerza de trabajo y concluye en la muerte natural o por exterminio terrorista. L. Beltrán Acosta nos ayuda a comprender todo el proceso al recordar la diferenciación que los españoles hacían entre indios de paz y de trabajo e indios de guerra. Para los invasores los primeros eran los explotables, mientras que los segundos eran los que había que exterminar. Los «indios sobrantes», añadimos nosotros, aparecían cuando los explotables quedaban agotados por el brutal sobretrabajo y debían ser abandonados a su suerte y reemplazados por otros aptos, todavía con fuerza física. Recordemos aquí la espeluznante descripción de las condiciones de trabajo esclavistas impuestas por los españoles en las minas de plata de Potosí, realizada por E. Galeano[7].

Pero también se convertían en «sobrantes» cuando rechazaban esa explotación por cualquier motivo y sobre todo cuando se sublevaban contra ella. Entonces, según nuestra interpretación, pasaban a ser «sobrantes peligrosos» porque se habían concienciado y organizado hasta llegar a ser «indios de guerra», es decir, exterminables mediante la tortura y el terrorismo. Entre las atrocidades represivas practicadas por los españoles contra los «sobrantes peligrosos», L. Beltrán Acosta nos resume estas: «los genocidios a pueblos enteros, empalamiento de destacados jefes rebeldes o indios “desobedientes”, encadenamientos, asesinatos selectivos, marcas con herraduras, con hierros candentes o al rojo vivo, mutilaciones, jugarlos

5. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona 2007, pp. 393-394.

6. Andrés Ortega: *Cárceles privadas: inversión con futuro*, http://www.elpais.com, 18 de diciembre de 2006.

7. Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, Madrid 1985, pp. 58-65.

en mesas de trucos o en cualquier otro juego, utilizarlos como blancos fijos o blancos móviles para afinar la puntería en sus frecuentes campañas de cacería, colgarlos por las extremidades superiores o inferiores en árboles, entre otras muchas crueldades», o lo que es peor, utilizarlos como tropas represivas «en el ejército español para enfrentar a los indios de guerra»[8]. Incluso veremos en su momento cómo, actualmente, ya se está hablando de los 100 millones de jóvenes musulmanes «sobrantes». El terrorismo es el último recurso del poder explotador para destruir a los «sobrantes peligrosos».

En el capitalismo no hay nada definitivamente excluido del proceso de producción porque una de sus características distintivas es que necesita imponer la mercantilización de todo lo existente, y la llamada «marginalidad» permite abrir gran cantidad de «negocios humanitarios» en los que las ONG extraen beneficios suficientes, también por parte de las antiguas izquierdas[9] reconvertidas ahora en grupos de ayuda humanitaria. Sin embargo, del mismo modo en que el capitalismo tiende a superar sus crisis económicas destruyendo enormes masas de capital sobrante, improductivo, de la misma forma tiende a superar sus crisis sociopolíticas, sus crisis de poder, destruyendo sin piedad a las fuerzas revolucionarias, a los sectores más conscientes y organizados de las clases y pueblos explotados. En ambas crisis, el terrorismo es la solución definitiva. En la primera, en la mera crisis económica, el paro masivo es la forma más dura del terror paralizante; y, en la segunda, en la crisis de poder, en la crisis político-económica en la que las masas trabajadoras luchan por acabar con la propiedad privada, en esas crisis decisivas, el terrorismo masivo frecuentemente en forma de guerras mundiales, es la única solución para el capitalismo.

El concepto de «población sobrante» vuelve a sernos útil en este caso, en el del desempleo y paro producido conscientemente por la burguesía para debilitar al movimiento revolucionario. En la teoría marxista de la crisis se entiende que un factor que ayuda a la caída

8. Luís Beltrán Acosta: *La Verdadera Resistencia Indígena Contra la Corona Española*, Edic. Akurina, Caracas 2009, pp. 145-155.

9. Miguel Romero: *La "irresistible ascensión" de la tecnocracia compasiva*, http://www.revistapueblos.org, 24 de junio de 2009.

de la tasa media de beneficios es la lucha obrera y popular contra la explotación, a favor de mejores salarios directos e indirectos. La lucha del pueblo trabajador acelera la tendencia a la caída de la tasa de beneficios, que también desciende por otros factores insertos en las contradicciones del capitalismo. Muchas obreras y obreros conscientes son «población sobrante peligrosa» que debe ser expulsada de las fábricas, condenada al paro o a la prisión. La innovación tecnológica, la sustitución de trabajo vivo, humano, por trabajo muerto, por máquinas, tiene también, y en determinadas luchas obreras sobre todo, el objetivo de debilitar a la clase trabajadora[10], lo mismo que lo tenía el expulsar familias campesinas enteras para introducir tractores.

Pero conforme la lucha obrera y popular se radicaliza, intensifica y extiende, a lo largo de esta dinámica ascendente, la burguesía también amplía sus represiones, y del cierre de un taller o de una empresa para derrotar una huelga concreta, la clase dominante, ayudada por su Estado, no duda en pasar al desmantelamiento de grandes empresas y zonas industriales completas para acabar con la lucha revolucionaria, sobre todo cuando adquiere la forma de lucha armada. Al igual que los yanquis desforestaban zonas enteras con el agente naranja en Vietnam para acabar con la guerrilla, adecuando las tácticas españolas de exterminio del pueblo cubano, de la misma forma la burguesía italiana procede a cerrar las fábricas más combativas, como lo hizo al cerrar las fábricas en las que tenían sus bases de reproducción las organizaciones armadas comunistas, las Brigadas Rojas, por ejemplo. M. Moretti ha narrado cómo funcionó la alianza entre la represión empresarial cerrando grandes industrias, como la Pirelli y otras, en las que la lucha armada tenía sus centros de reclutamiento y pensamiento colectivo, y la represión más especializada realizada por el Estado que se ejercía en toda Italia contra las Brigadas Rojas. La represión «privada» empresarial tenía el apoyo de las burguesías internacionales que no dudaban en ayudar a la italiana como en el caso de los neumáticos fabricados en el Estado español que destrozaron el movimiento obrero de la Pirelli italiana[11].

10. Louis Gill: *Fundamentos y límites del capitalismo*, Edit. Trotta, Madrid 2002, pp. 535-587.

11. Mario Moretti: *Brigadas Rojas*, Akal, Madrid 2002, p. 63 y ss.

Por último, si estas represiones no detienen el avance revolucionario, el terrorismo aplicado masivamente es la única solución en estas crisis porque la acción revolucionaria ha sido decisiva para desencadenarla, para debilitar la tasa de beneficios, para debilitar las fuerzas represivas y el poder burgués. La teoría marxista de la crisis[12] explica la necesidad que tiene la burguesía de recurrir al terrorismo precisamente por el papel clave de la conciencia revolucionaria en la profundización de las crisis del capital.

Dos son las formas más inhumanas y terroristas en la que se manifiesta el ataque contra la «población sobrante». Una es endurecer tanto las presiones y amenazas en su contra que, al final, algunas de ellas terminan optando por el suicidio como «alternativa» al endurecimiento de las violencias capitalistas que veremos en su momento. El suicidio es una acción última y desesperada, que si bien se muestra de forma individual tiene un innegable contenido objetivo porque responde a realidades sociales insoportables provocadas en buena medida por el poder establecido, pero siempre por la estructura general de explotación. Un ejemplo entre muchos lo tenemos en el suicidio de un independentista vasco, Eugenio Aranburu, antes de ser encerrado en las cárceles españolas[13]. Otra es el exterminio masivo o selectivo de población resistente a la injusticia y, muy en especial, las desapariciones de personas realizadas por los Estados, que también veremos en su momento. No hace falta salir de la «democrática Europa» para sufrir el terrorismo de las desapariciones pues aquí mismo se practican con absoluta impunidad, por ejemplo, contra el independentismo vasco como es el caso, por ahora el último, del militante Jon Anza; y una forma previa, un paso anterior a la desaparición física es el secuestro político por unas horas o días, también frecuente en Euskal Herria[14].

La civilización capitalista ha llevado la práctica de las desapariciones y la provocación al suicidio a niveles cualitativos imposibles en civilizaciones anteriores, en algunas de las cuales

12. Anwar Shaikh: *Valor, acumulación y crisis*, Edic. RyR, Buenos Aires 2006, p. 307 y ss.

13. http://www.elmundo.es, 11 de febrero de 1997.

14. http://www.gara.net, 2 de octubre de 2009.

también se practicaban. Pero cometeríamos un funesto error metodológico si antes de seguir no precisamos qué es una civilización. Entendemos por civilización la síntesis social de un modo de producción, síntesis que gira alrededor de la producción y distribución de los valores de uso, es decir, de la cultura en sentido marxista. Comparada esta definición con la dominante en el pensamiento burgués, las diferencias son abismales, al igual que los efectos que se derivan de una u otra. La segunda, la burguesa, la entiende como el «conjunto de ideas, ciencias, artes, costumbres y creencias que forman y caracterizan el estado social de un pueblo o de una raza. Es un concepto estrechamente relacionado con el de cultura»[15], y esta es definida como: «conjunto de producciones específicas del hombre en cuanto ser dotado de poder de creación, que transforman tanto el propio hombre como el entorno»[16]. Para nosotros, por el contrario, la mejor definición es la de S. Amin: «la cultura es el modo como se organiza la utilización de los valores de uso [...] el capitalismo es el momento de la negación del valor de uso, por lo tanto negación de la cultura, negación de la diversidad»[17]. El valor de uso es, como decía Marx, «la utilidad de un objeto» que, en el capitalismo, adquiere un valor de cambio, o sea, lo que tienen en común todos los valores de uso dentro del sistema capitalista: que son mercancías fabricadas para ser vendidas en el mercado[18].

La civilización, por tanto, es la síntesis social elaborada a partir de la utilización de los valores de uso, y dado que en el capitalismo esos valores son negados en cuanto tal para ser transformados en mercancías vendibles en el mercado en base a su valor de cambio, por esto mismo, la civilización capitalista es la negación de la cultura verdaderamente humana. Esta definición es básica para entender el terrorismo porque este es el último recurso en extremo violento que aplican las clases propietarias para garantizar que se sigan produciendo mercancías y valores de cambio, que la sociedad siga regida por la mercancía en vez de por el valor de uso. El terrorismo

15. AA.VV.: «Civilización», en *La Enciclopedia*, Edit. Salvat, Madrid 2003, tomo 5, p. 3322.

16. AA.VV.: «Cultura», en *La Enciclopedia*, op. cit., tomo 6, p. 4155.

17. Samir Amin: *Elogio del socialismo*, Anagrama, Barcelona 1978, pp. 5-31.

18. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol. 1, pp. 3-5.

se ceba muy premeditadamente contra quienes quieren dejar de ser mercancía deshumanizada y elevarse a la dignidad de persona, de ser humano. Dado que la alienación es la victoria del valor de cambio sobre el valor de uso, no es necesario aplicar el terror físico a la persona alienada porque ella misma es su propio policía. El terror paralizante hay que aplicarlo a la persona que avanza en su desalienación. Hay que aterrorizarla para que detenga ese ascenso, lo paralice por el miedo y el terror y, bajo esas presiones inhumanas, se resigne pasivamente obedeciendo al poder. Según van siendo superadas las barreras represivas, el poder va aplicando violencias mayores desde las estrategias contrainsurgentes, hasta las dictaduras, golpes de Estado, contrarrevoluciones e invasiones imperialistas. Conviene leer el listado de acciones terroristas desde 1949 a 2003 realizado por W. Blum[19], veremos que en su inmensa mayoría son militantes cualificados de movimientos revolucionarios, miembros y hasta presidentes de gobiernos progresistas que querían independizarse del dominio del imperialismo, etc., es decir, personas que, de un modo u otro, avanzaban en la desmercantilización de sus pueblos y de ellas mismas.

Pero el terrorismo también ha existido en los modos precapitalistas de producción, en los que no funcionaban las mismas leyes socioeconómicas, y en los que la legitimidad del poder explotador se mantenía tanto sobre la justificación religiosa o violencia simbólica, como sobre la violencia directa y física. En su momento nos extenderemos sobre la importancia del modo de producción para entender los diferentes terrorismos pero también su identidad de fondo. Muy sintéticamente expuesto, el terrorismo existe desde que existe excedente social acumulado, y es un investigador marxista-cristiano, al que volveremos a estudiar al analizar las diferentes éticas, el que nos ofrece una definición válida de lo que es el excedente: «lo que un grupo produce y que no es absolutamente necesario para su subsistencia y su reproducción», es decir, lo que sobra y lo que se va acumulando poco a poco, y en todas las sociedades divididas en clases el excedente social termina como propiedad privada de «un grupo de individuos distinto del que lo produce»[20]. Ahora bien,

19. Willian Blum: *Los crímenes del imperio*, http://www.rebelion.org, 10 de agosto de 2009.

echamos en falta una visión más profunda de la historia, ya que el terrorismo fue practicado antes de que las clases sociales estuvieran definitivamente delimitadas, por ejemplo en la época de transición de las castas dominantes a las clases sociales propietarias de las fuerzas productivas.

Odifreddi ha rescatado del olvido interesado ejemplos estremecedores del terrorismo hebreo en su expansión imperialista hacia la «tierra prometida» a costa de otros pueblos[21], expansión dirigida por las castas dominantes que poseían parte de la propiedad colectiva. Se trató del terror de los pueblos en expansión a costa de los débiles. Pero los datos disponibles en este sentido son todavía más antiguos, incluso si nos movemos con la máxima precaución metodológica dada la relativamente poca información existente. Liverani ha estudiado el proceso de expansión y la crisis posterior de la primera urbanización conocida en la historia, la de la zona de Uruk alrededor del -3400, y ha indicado que el desplome comercial y político de esta importante zona fue debido muy probablemente a la confluencia de varias crisis, entre las que destacaban la dificultad de controlar la gran extensión de las redes comerciales así como el «"rechazo" por parte de las culturas indígenas»[22] al poder de Uruk, lo que indica la existencia de resistencias étnicas a la dominación de Uruk. Desconocemos el grado de violencia de esos conflictos pero pudieron ser fuertes si consideramos otros datos que aporta el autor sobre ciudades destruidas poco después en la misma región[23]. Tengamos en cuenta que por aquella época se iniciaba el período de la «guerra compleja», la de la violencia civilizada que acaba fácilmente en el terrorismo, que sucedió al de la «guerra simple», según veremos.

El primer y básico terrorismo, el más duradero y extendido en la historia reciente, es el patriarcal, el que sufren las mujeres a manos

20. François Houtart: *Religión y modos de producción precapitalistas*, Iepala Edit., Madrid 1989, p. 56.

21. Piergiorgio Odifreddi: *Por qué no podemos ser cristianos y menos aún católicos*, RBA, Madrid 2008, pp. 62-65.

22. Mario Liverani: *El Antiguo Oriente*, Crítica, Barcelona 1995, p. 135.

23. Mario Liverani: *El Antiguo Oriente*, op. cit., p. 179.

de los hombres. Desde el momento en el que la mujer empezó a ser sometida, rebajada a mera propiedad privada, a «simple instrumento de producción»[24] en manos del hombre, desde entonces, el terrorismo patriarcal ha servido como campo de experimentación de otros terrorismos, del tributario, del esclavista, del medieval y del capitalista. Las violencias patriarcales han sabido adaptarse a las explotaciones específicas de estos modos de producción, fusionándose con ellos y ayudándoles. Si la tortura es una de las manifestaciones extremas del terrorismo en general, la violación es la forma extrema de la tortura y del terrorismo patriarcal. Desde tiempos remotos, violación y violencia son una unidad en el terrorismo patriarcal. F. Duroch, experta de Médicos Sin Fronteras en violencia, apunta que la violación es utilizada como arma de guerra, para recompensar o remunerar a los soldados, para motivar a las tropas, como medio de tortura y, en ocasiones, para «humillar a los hombres de ciertas comunidades». La violación sistemática también se emplea para obligar a una población a desplazarse e, incluso, como arma biológica para transmitir deliberadamente el virus del sida. «En la guerra también encontramos explotación sexual, prostitución forzada o, incluso, esclavitud sexual»[25].

La batalla contra el terrorismo patriarcal es decisiva porque de su resultado depende la emancipación humana. Engels sentía una profunda admiración por Fourier, y no tuvo ningún problema en reconocer sus méritos incuestionables, entre ellos el de decir que:

> Él es el primero que proclama que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad es la medida de la emancipación general[26].

24. Karl Marx: *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo I, p. 126.

25. Françoise Duroch: *La violencia como arma de guerra y poder*, http://www.gara.net, 8 de marzo de 2009.

26. Friedrich Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo III, p. 128.

PRIMERA PARTE

1 DECIR LA VERDAD Y EXPLICAR LA TEORÍA

PRIMEROS MARXISTAS

M. Walzer afirma que: «La palabra "terrorismo" se utiliza en la mayoría de los casos para describir la violencia revolucionaria. Ésta es una pequeña victoria para los campeones del orden, en cuyas filas, de ningún modo resultan desconocidos los usos del terror»[1]. Nadie puede acusar a Walzer de «revolucionario radical» pese a que en el mismo texto afirme que: «Sin duda, hay momentos históricos en los que la lucha armada es necesaria para lograr la libertad de los seres humanos»[2]. A primera vista, podríamos creer que la causa de la derrota de la izquierda en esta cuestión radica en la tremenda ofensiva imperialista legitimadora de la «guerra mundial contra el terrorismo» desencadenada desde el 11 de septiembre de 2001. Pero, como siempre, debemos buscar por debajo de lo aparente y de la simplicidad de la creencia para descubrir las causas subterráneas, escondidas en la lucha sin cuartel de las contradicciones internas de los procesos. Descubrimos un dato muy esclarecedor sobre las razones de la derrota al ver que la primera edición del libro de Walzer es de 1977, es decir, la victoria de la ideología imperialista sobre el «terrorismo» se había producido mucho antes del 2001.

Podemos cerciorarnos de la supuesta magnitud de la derrota de la izquierda mediante dos comprobaciones directas. La primera consiste

1. Michael Walzer: *Guerras justas e injustas*, Paidós, Barcelona 2001, p. 269.

2. Michael Walzer: *Guerras justas e injustas*, op. cit., p. 280.

en ver que nada menos que en el Preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos redactada y aprobada por la ONU a finales de 1948 se afirma que «considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión». ¿Cómo ha sido posible que la izquierda, tal cual la entiende Walzer, haya retrocedido más atrás de esta contundente legitimación del derecho a la rebelión, a la resistencia, a la autodefensa? ¿O no ha retrocedido toda la izquierda sino solo una parte, la eurocéntrica? Preguntamos esto, por un lado, porque varias organizaciones, partidos, sindicatos y personas a título individual de Latinoamérica están proponiendo la fecha del 26 de marzo, fecha de la muerte del comandante guerrillero Marulanda, como «Día del derecho universal a la rebelión armada»[3], en México, que reivindica el derecho a la autodefensa indígena frente a las crecientes agresiones del neoliberalismo y del imperialismo.

La segunda comprobación de la derrota de la izquierda eurocéntrica consiste en contrastar el pacifismo parlamentarista de buena parte de las «izquierdas» actuales, e incluso su explícito apoyo a las represiones burguesas, con la lúcida y franca radicalidad marxista, que nunca ha ocultado lo que piensa. La sinceridad programática, que parte de la propia filosofía dialéctica en la que la verdad es revolucionaria, pone a los marxistas actuales ante la directa acusación de «terrorismo» lanzada por la civilización capitalista. Vamos a reproducir una ínfima parte de la teoría marxista de la violencia y veremos que si estas palabras fueran dichas hoy sus autores muy probablemente estarían encarcelados, o, según en que sitios, estarían asesinados: «El arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la violencia material no puede ser derrocada sino por la violencia material. Pero también la teoría se convierte en violencia material, una vez que prende en las masas. La teoría es capaz de prender en las masas, en cuanto demuestra ad hominem; y demuestra ad hominem, en cuanto se radicaliza. Ser radical es tomar las cosas de raíz. Y para el hombre la raíz es el mismo hombre»[4].

3. Baltasar Parra: *Dia del derecho universal a la rebelión Armada*, http://www.aporrea.org, 7 de julio de 2009

Siempre ha dicho lo que quiere, por qué lo quiere y cómo, desgraciadamente, tendrá que conseguirlo: «Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos solo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente»[5].

Tras estudiar la fracasada ola revolucionaria de 1848, Marx opinó que:

> Es evidente que en los futuros conflictos sangrientos, al igual que en todos los anteriores, serán sobre todo los obreros los que tendrán que conquistar la victoria con su valor, resolución y espíritu de sacrificio. En esta lucha, al igual que en las anteriores, la masa pequeñoburguesa mantendrá una actitud de espera, de irresolución e inactividad tanto tiempo como le sea posible, con el propósito de que, en cuanto quede asegurada la victoria, utilizarla en beneficio propio, invitar a los obreros a que permanezcan tranquilos y retornen al trabajo, evitar los llamados excesos y despojar al proletariado de los frutos de la victoria. No está en manos de los obreros impedir que la pequeña burguesía democrática proceda de este modo, pero sí está en su poder dificultar la posibilidad de imponerse al proletariado en armas y dictarles unas condiciones bajo las cuales la dominación de los demócratas burgueses lleve desde el principio el germen de su caída, facilitando así considerablemente su ulterior sustitución por el poder del proletariado. Durante el conflicto e inmediatamente después de terminada la lucha, los obreros deben procurar, ante todo y en cuanto sea posible, contrarrestar los intentos contemporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales fases terroristas. Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria. Por el contrario, han de intentar mantenerla tanto tiempo como sea posible. Los obreros no solo no deben oponerse a los llamados excesos, a los actos de venganza popular contra individuos odiados o contra edificios públicos que el pueblo solo puede recordar con odio, no solo deben tolerar tales actos, sino que deben asumir la dirección de los mismos [6].

4. Karl Marx: *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, OME, Grijalbo, Madrid 1978, tomo 5, p. 217.

5. Karl Marx: *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1978, tomo I, p.140.

6. Karl Marx y Friedrich Engels: *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, Obras

Y poco después:

> Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja milicia burguesa dirigida contra los obreros. Donde no puedan ser tomadas estas medidas, los obreros deben tratar de organizarse independientemente como guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegido por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros. Donde los obreros trabajen en empresas del Estado, deberán procurarse su armamento y organización en cuerpos especiales con mandos elegidos por ellos mismos o bien como unidades que formen parte de la guardia proletaria. Bajo ningún pretexto entregarán sus armas y municiones; todo intento de desarme será rechazado, en caso de necesidad, por la fuerza de las armas. Destrucción de la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros; formación inmediata de una organización independiente y armada de la clase obrera; creación de unas condiciones que, en la medida de lo posible, sean lo más duras y comprometedoras para la dominación temporal e inevitable de la democracia burguesa: tales son los puntos principales que el proletariado, y por tanto la Liga, deben tener presentes durante la próxima insurrección y después de ella[7].

Ni Marx ni Engels callaron ante las atrocidades del colonialismo, ni cayeron en la trampa de la supuesta «ética neutral», válida para toda la humanidad en todo tiempo y condición. No renegaron de sus principios, de su concepción dialéctica de la historia y de su filosofía de la emancipación humana, y ante las salvajadas brutales de los europeos pusieron siempre por delante el derecho de los pueblos a recurrir a cualquier método de defensa. Leamos las siguientes palabras de Marx tan actuales ahora como hace siglo y medio:

> Hemos ofrecido aquí solo un breve y pálido capítulo de la verdadera historia de la dominación británica en la India. En vista de estos hechos, las personas imparciales y reflexivas pueden quizá preguntarse si no está justificado un pueblo cuando trata de expulsar a los conquistadores extranjeros que de esa forma abusan de sus súbditos. Y si los ingleses

escogidas, op. cit., tomo I, pp. 184-185.

7. Karl Marx y Friedrich Engels: *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, op. cit., p. 186.

pudieron hacer estas cosas a sangre fría ¿es acaso sorprendente que los hindúes insurrectos, en el fragor de la rebelión y la lucha, se hayan hecho culpables de los crímenes y crueldades de que se les acusa?[8]

Y Engels dijo también:

Envenenan al por mayor el pan de la comunidad europea de Hongkong, y lo hacen con la más fría premeditación [...] Suben a bordo de barcos mercantes portando armas ocultas y durante la travesía matan a toda la tripulación y a los pasajeros europeos, y se apoderan del barco. Secuestran y matan a todos los extranjeros que tienen a su alcance [...] Aun fuera de China, los colonos chinos, las personas hasta ahora más dóciles y sumisas, conspiran y de pronto se alzan en una insurrección nocturna [...] ¿Qué puede hacer un ejército contra un pueblo que recurre a semejantes formas de lucha? ¿Dónde, hasta qué punto deberá penetrar en territorio enemigo; cómo se mantendrá allí? Los que trafican con la civilización, los que bombardean una ciudad indefensa y suman las violaciones al asesinato, pueden calificar este sistema de cobarde, bárbaro, atroz; ¿pero qué les importa a los chinos, si tiene éxito? Puesto que los ingleses los tratan como si fuesen bárbaros, no les pueden negar toda la ventaja de su barbarie. Si sus secuestros, sus ataques sorpresa, sus matanzas de media noche son lo que nosotros denominamos cobardía, los que trafican con la civilización no deben olvidar que, según sus propias manifestaciones, no hubieran podido resistir los medios de destrucción europeos con sus formas de lucha corrientes. En resumen, en lugar de moralizar sobre las horribles atrocidades de los chinos, como lo hace la caballeresca prensa inglesa, es mejor reconocer que esta es una guerra por aris et foci, una guerra popular por la conservación de la nación china con todos sus abrumadores prejuicios [...] pero, aún así, una guerra popular. Y en una guerra popular los medios que emplea la nación insurgente no pueden medirse con las reglas usualmente reconocidas de una guerra regular, ni por ninguna otra norma abstracta, sino solo por el grado de civilización alcanzado por esa nación insurgente[9].

Esta «apología del terrorismo» no fue un arrebato de una noche de cerveza con los independentistas irlandeses que practicaban la

8. Karl Marx: «Investigación sobre las torturas en la India», en *Sobre el colonialismo*, PyP, nº 37, Córdoba, Argentina 1973, p. 144.

9. Friedrich Engels: «Persia y China», en *Sobre el colonialismo*, op. cit., pp. 114-115.

lucha armada contra la ocupación inglesa, con quienes mantenía muy buenas relaciones personales. Engels escribió lo que sigue sobre la resistencia argelina a la invasión francesa de 1830:

> Las tribus de árabes y cabilas, que estiman la independencia como un tesoro y para quienes el odio a la dominación extranjera está muy por encima de su propia vida, son aplastadas y reprimidas mediante feroces incursiones durante las cuales se queman y destruyen sus casas y enseres, se arruinan sus cosechas, y los infelices sobrevivientes son exterminados o sometidos a todos los horrores del libertinaje y la crueldad[10].

Imaginamos a qué se refería Engels al hablar de los horrores del libertinaje, y él mismo nos aporta casos de espeluznante crueldad francesa, todo lo cual no logra, empero, acabar con la resistencia argelina que, veintisiete años después, solo ha perdido la estrecha franja costera y ciudades importantes:

> Las tribus siguen luchando por su independencia, odian al régimen francés, y el feroz sistema de las incursiones se practica aún [...] las incesantes rebeliones prueban cuan precaria es la dominación francesa[11].

Pasados los años, analizando las formas de lucha del pueblo alemán durante la invasión napoleónica, Engels dice que: «los inmensos recursos que extrae el país conquistado de la enérgica resistencia popular causaron una impresión tan grande en Gneisenau, que durante varios años estudió cómo organizar mejor esa resistencia»; y luego, describiendo los sistemas de encuadramiento de los voluntarios guerrilleros en el sistema del Landsturn, establecido en abril de 1813, escribe: «a fin de prepararse para la lucha sagrada de la autodefensa, en la que todos los medios se justifican»[12]. Antes de seguir debemos hacer honor a Engels reafirmando que nunca abandonó estos principios teóricos, políticos y éticos sobre el derecho

10. Friedrich Engels: «Argelia», en *Sobre el colonialismo*, op. cit., p. 155.

11. Friedrich Engels: «Argelia», op. cit., p. 158.

12. Friedrich Engels: «Los guerrilleros prusianos», en *Temas militares*, Equipo Editorial, San Sebastián 1968, pp. 274-279.

a la autodefensa armada, a pesar de la propaganda mentirosa realizada por la socialdemocracia alemana a finales del siglo XIX, manipulando y censurando los textos de Engels, para extender la creencia de que «el general», apodo que le daban Marx y sus allegados, había renegado totalmente o reducido a la mínima expresión el ejercicio del derecho/necesidad a la autodefensa «en la que todos los medios se justifican».

Aunque está demostrada la responsabilidad de la socialdemocracia alemana en la tergiversación del pensamiento de Engels sobre el derecho/necesidad de la violencia defensiva, conviene empero darle la palabra al propio revolucionario alemán que no aceptó las excusas reformistas, quejándose por escrito a varios de sus amigos:

> Liebknecht me acaba de hacer una jugarreta. Ha cogido de mi introducción de los artículos de Marx sobre la Francia de 1848-1850 todo lo que podía servirle para sostener la táctica pacífica y antiviolenta a cualquier precio que predica desde hace tiempo. Pero esta táctica yo no la predico más que para la Alemania de hoy y aun con reservas. Pero en Francia, Bélgica, Italia, Austria, esta táctica no debería seguirse en su conjunto, y para Alemania puede convertirse en inaplicable mañana[13].

Como vemos, Engels está adelantado cuestiones básicas sobre la interacción entre fines y medios en la lucha revolucionaria y sobre el criterio del mal menor necesario, problemas que por su importancia analizaremos con detalle un poco más abajo.

ACTUALIDAD DE NEUBERG

Los marxistas comprendían perfectamente que la legalidad debe ser analizada dialécticamente, que no se puede separar la «paz social», la legalidad y la denominada «democracia», de la lucha de clases y de la violencia que le es implícita, sobre todo cuando el proletariado interviene conscientemente en pos de objetivos claros.

13. Engels, citado por Josep Fontana: *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona 2001, p. 162.

Después de las potentes luchas de masas de 1905 en varios Estados europeos, especialmente en el imperio zarista y en Bélgica, Rosa Luxemburg dijo que:

> El terreno de la legalidad burguesa del parlamentarismo no es solamente un campo de dominación para la clase capitalista, sino también un terreno de lucha, sobre el cual tropiezan los antagonismos entre proletariado y burguesía. Pero del mismo modo que el orden legal para la burguesía no es más que una expresión de su violencia, para el proletariado la lucha parlamentaria no puede ser más que la tendencia a llevar su propia violencia al poder. Si detrás de nuestra actividad legal y parlamentaria no está la violencia de la clase obrera, siempre dispuesta a entrar en acción en el momento oportuno, la acción parlamentaria de la socialdemocracia se convierte en un pasatiempo tan espiritual como extraer agua con una espumadera. Los amantes del realismo, que subrayan los «éxitos positivos» de la actividad parlamentaria de la socialdemocracia para utilizarlos como argumentos contra la necesidad y la utilidad de la violencia en la lucha obrera, no notan que esos éxitos, por más ínfimos que sean, solo pueden ser considerados como los productos del efecto invisible y latente de la violencia[14].

Rosa Luxemburg sería condenada actualmente a cadena perpetua por «terrorista», de hecho fue asesinada brutalmente por la socialdemocracia trece años después de escribir estas palabras. ¿Y qué pasaría con Lenin? Un Lenin que extrayendo lecciones de la fracasada insurrección de Moscú de 1905 escribió sobre la necesidad de que: «Las masas deben saber que se lanzan a una lucha armada, sangrienta, sin cuartel. El desprecio a la muerte debe difundirse entre las masas y asegurar la victoria»[15]. Pero ¿cómo difundir el «desprecio a la muerte» si no es mediante la concienciación política, la lucha teórica y ético-moral contra la ideología pacifista, y las consignas de la propaganda diaria? Ahora bien ¿no es todo esto «apología del terrorismo»? Pero Lenin va más lejos, ya que en otro texto precisa que:

> Es indudable que nuestro Congreso de Unificación rechazó

14. Rosa Luxemburg: «Una vez más el experimento belga», en *Debate sobre la huelga de la masa*, PyP, nº 62, Edit. Cartago, Argentina 1975, p. 110.

15. V. I. Lenin: *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*, Obras completas, Edit. Progreso, Moscú 1982, tomo 13, p. 403.

decididamente toda «expropiación»; de manera que, en este aspecto, las alusiones del Partido Socialista Polaco al POSDR carecen de todo fundamento. Es indudable también que el PSP, al organizar la «acción» del 2 (15) de agosto, no tuvo en cuenta su conveniencia ni el estado de ánimo de las masas, ni las condiciones del movimiento obrero. La necesidad de tener en cuenta todos estos factores es evidente, y en el proyecto de resolución bolchevique sobre las acciones guerrilleras se subraya tal necesidad en un párrafo especial. Pero, a nuestro modo de ver, se puede condenar *la deformación* de la táctica guerrillera por parte del PSP, y no esa «táctica» como tal. Una acción guerrillera como la destrucción de la taberna Tver, destrucción llevada a cabo el año pasado por los obreros de Petersburgo, sería aprobada seguramente por nuestros camaradas de la socialdemocracia polaca[16].

Un Lenin que poco después escribió:

El marxismo en ningún caso se limita a las formas de lucha posibles y existentes solo en un momento dado, admitiendo la *inevitabilidad* de que, al cambiar la coyuntura social, aparezcan formas nuevas y desconocidas por quienes actúan en el período dado. En este sentido, lejos de pretender *enseñar* a las masas las formas de lucha inventadas por «sistematizadores» de gabinete, el marxismo *aprende*, si es lícito expresarse así, de la práctica de las masas [...] el marxismo exige que el problema de las formas de lucha se enfoque desde un ángulo absolutamente *histórico*. Plantearlo desvinculado de la situación histórica concreta significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico [...] El Partido Obrero Socialdemócrata Letón (sección del POSDR) publica normalmente su periódico, con una tirada de 30.000 ejemplares. En la sección oficial se insertan las listas de espías, cuya supresión es deber para cada persona honrada. Los que ayudan a la policía son declarados «enemigos de la revolución» que deben ser ejecutados y responder, además, con sus bienes. Se ordena a la población que entregue el dinero para el Partido Socialdemócrata solo contra recibo acuñado. En el último informe del Partido figuran, entre los 48.000 rublos de ingreso del año, 5.600 rublos de la sección de Libava, destinados a la compra de armas y procurados por expropiación. Como se puede comprender, *Nóvoe Vremia* lanza rayos y centellas contra esta «legislación revolucionaria», contra este «gobierno terrible».

Nadie se atreverá a calificar de anarquismo, de blanquismo o de

16. V.I.Lenin: *Una acción guerrillera del PSP*, Obras completas, op. cit., tomo 13, p. 421.

terrorismo estos actos de los socialdemócratas letones. ¿Por qué? Porque en este caso, es evidente el nexo entre la nueva forma de lucha y la insurrección que estalló en diciembre y se avecina de nuevo. [...] El viejo terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, quien sostiene la lucha de guerrillas es, por regla general, el obrero de un grupo de combate o simplemente sin trabajo. Los vocablos blanquismo y anarquismo acuden con facilidad a la imaginación de los aficionados a los clisés; pero en el ambiente insurreccional que se respira con tanta evidencia en el territorio de Letonia, salta a la vista que estos motes aprendidos a fuerza de repetirlos no tienen ningún valor.

El guerrillear, se dice, desorganiza nuestra labor [...] ¿Qué desorganiza más el movimiento en tales periodos: la falta de resistencia o la lucha organizada de los guerrilleros? [...] No es el guerrillear lo que desorganiza el movimiento, sino la debilidad del Partido, que no sabe asumir la dirección de las guerrillas. [...] No es la guerra de guerrillas lo que desmoraliza, sino *la falta de organización*, de orden y de espíritu partidista de las guerrillas. [...] El marxista se sitúa en el terreno de la lucha de clases, y no en el de la paz social. En ciertos períodos de crisis económicas y políticas graves, la lucha de clases llega en su desarrollo a transformarse en guerra civil abierta, es decir, en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista *está obligado* a sostener el punto de vista de la guerra civil. Toda condena moral de la guerra civil es inadmisible de todo punto según el criterio del marxismo. [...] En la época en que la lucha de clases se exacerba tanto que llega a convertirse en *guerra civil*, la socialdemocracia debe plantearse la tarea de no solo tomar parte en esta guerra civil, sino desempeñar también en ella el *papel dirigente*. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de manera que obren efectivamente como parte beligerante, sin perder ocasión de causar daños a las fuerzas del adversario[17].

En 1920 Trotsky escribió *El AntiKautsky*, en respuesta al libro de Kautsky *Terrorismo y Comunismo* en el que el representante del reformismo «de izquierdas» de la socialdemocracia mundial atacaba muy duramente al bolchevismo, acusándole de terrorista. En su respuesta Trotsky dice que:

Se puede y se debe hacer comprender que en tiempos de guerra

17. V. I. Lenin: *La guerra de guerrillas*, Obras completas, op. cit., tomo 14, pp. 1-12.

> civil exterminamos a los guardias blancos para impedir que ellos exterminasen a los trabajadores. Nuestro propósito no es, por tanto, suprimir vidas humanas, sino preservarlas [...] En la revolución, como en la guerra, se trata de quebrantar la voluntad del adversario, de obligarle a capitular aceptando las condiciones del vencedor[18].

Sigue explicando cómo la revolución bolchevique triunfó sin apenas violencia, sin apenas muertos, y que la primera violencia dura surgió solamente cuando la burguesía se lanzó a la contrarrevolución con el apoyo de las potencias imperialistas. Sostiene que si la revolución hubiera estallado primero en Alemania, Francia e Inglaterra, la revolución bolchevique hubiera sido mucho más pacífica y mucho menos «sangrienta», pero las clases explotadas no tuvieron más remedio que abandonar su magnanimidad y respeto para lanzarse a la autodefensa, a la desesperada defensa de la revolución, pero solo después de que la burguesía hubiera sido la primera en golpear con el «terror blanco»:

> La intimidación es el medio más poderoso de acción política [...] La guerra, como la revolución, se basan en la intimidación. Una guerra victoriosa, en general, no extermina más que a una ínfima parte del ejército vencido, pero desmoraliza a las restantes y quebranta su voluntad. La revolución actúa del mismo modo: mata a unas cuantas personas, aterra a miles [...] Cuando un bandido levanta su cuchillo sobre un niño ¿se puede matar al primero para salvar al segundo? ¿No es esto un atentado contra el «carácter sagrado» de la vida humana? ¿Podemos matar a un bandido para salvar nuestra propia vida? ¿Es lícita la insurrección de los esclavos contra sus dueños? ¿Lo es que un hombre alcance su libertad a costa de la vida de sus carceleros? [...] En la revolución, una energía superior es equivalente a una humanidad más elevada [...] No comprende que esa generosa indecisión es generalmente natural en las masas durante la primera época de la revolución. Los obreros solo pasan a la ofensiva bajo el imperio de una necesidad férrea, del mismo modo en que tampoco establecen el terror rojo sino ante la amenaza de ataques contrarrevolucionarios [...] Si la dirección de la guerra no es el fuerte del proletariado y si la Internacional obrera no vale más que para las épocas pacíficas, hay que despedirse de la Revolución y el socialismo, pues la guerra es uno de

18. Lev Trotsky: *El AntiKautsky*, Obras Escogidas, Edit. Fundamentos, Madrid 1977, tomo II, pp. 69-70.

los fuertes del gobierno capitalista que, con toda seguridad, no permitirá que el proletariado conquiste el poder sin guerrear [...] La guerra no era el punto fuerte de la Comuna. Por esta razón fue aplastada. ¡Y cuán despiadadamente![19].

Trotsky se encontró en la necesidad de entablar una lucha teórica y ético-moral contra la ideología burguesa sobre los duros métodos que había utilizado la revolución bolchevique en los momentos más críticos de la lucha defensiva contra la invasión imperialista:

Cuando ya estuvo ahogada en sangre la Comuna de París y la canalla reaccionaria del mundo entero se hubo puesto a arrastrar su estandarte por el cieno, no faltaron numerosos filisteos demócratas para difamar, al lado de la reacción, a los comuneros (communards) que habían ejecutado sesenta y cuatro rehenes, empezando por el arzobispo de París. Marx no vaciló un instante en tomar la defensa de esta acción sangrienta de la Comuna. En una circular del Consejo General de la Internacional, en líneas por debajo de las cuales creería uno escuchar lava que hierve, Marx recuerda primero que la burguesía usó el sistema de rehenes en su lucha contra los pueblos de las colonias y contra su propio pueblo, para referirse en seguida a las ejecuciones sistemáticas de los comuneros prisioneros por los encarnizados reaccionarios.

Y continúa:

Para defender a sus combatientes prisioneros, la Comuna no tenía más recurso que la toma de rehenes, acostumbrada entre los prusianos. La vida de los rehenes se perdió y volvió a perderse por el hecho de que los versalleses continuaban fusilando a sus prisioneros. ¿Habría sido posible salvar a los rehenes, después de la horrible carnicería con que marcaron su entrada a París los pretorianos de Mac-Mahon? ¿El último contrapeso al salvajismo implacable de los gobiernos burgueses –la toma de rehenes– habría de reducirse a una burla? Así escribía Marx sobre la ejecución de rehenes, a pesar de que tras él hubiese en el Consejo General no pocos Fenner Brockway, Norman Thomas y otros Otto Bauer. La indignación del proletariado mundial ante las atrocidades de los versalleses era, sin embargo, todavía tan grande, que los confusionistas reaccionarios prefirieron callar, esperando tiempos mejores para ellos, que –desgraciadamente– no tardaron en llegar. solo

19. Lev Trotsky: *El AntiKautsky*, op. cit., pp. 75-111.

después del triunfo definitivo de la reacción fue cuando los moralistas pequeñoburgueses, en unión de los burócratas sindicales y de los fraseadores anarquistas, causaron la pérdida de la I Internacional.[20]

En 1937, poco antes de estallar la guerra mundial Trotsky escribió sobre y contra el pacifismo:

> Las llamadas organizaciones pacifistas, incluidas las organizaciones obreras, no constituyen el menor obstáculo para la guerra [...] El único factor que impide hoy el estallido de la guerra es el temor que sienten los gobiernos ante la revolución social. El propio Hitler lo ha dicho muchas veces. [...] cuanto más revolucionaria es la clase obrera, más se opone a la clase dominante imperialista, más le impide realizar su designio de hacer una nueva división del mundo mediante la fuerza armada [...] De parte de Japón es una guerra de rapiña y de parte de China es una guerra de defensa nacional [...] Es por eso que no podemos sentir sino lástima u odio por quienes, ante la guerra chino-japonesa, declaran que están contra todas las guerras [...] Al participar en la legítima y progresiva guerra nacional contra la invasión japonesa, las organizaciones obreras deben mantener su *independencia política* del gobierno de Chiang Kai-shek [...] el remedio no consiste en que las organizaciones obreras se pronuncien «contra todas las guerras»y se crucen de brazos en actitud de traición pasiva, sino en que participen en la guerra, ayudando material y moralmente al pueblo chino y educando simultáneamente a las masas de campesinos y obreros en el espíritu de la independencia total del Kuomintang y su gobierno [...] Un pacifista que mantiene la misma actitud hacia China que hacia Japón en esta horrible guerra, es igual al que identifica un lock-out con una huelga. La clase obrera está en contra del lock-out de los explotadores y a favor de la huelga de los explotados[21].

No hace falta decir que necesitaríamos varios volúmenes para presentar con detalle la teoría marxista de la guerra, de la violencia, del terror y del terrorismo, contextualizando cada obra concreta en su época pero extrayendo sus aportaciones generales, válidas para el resto de circunstancias. Una de las mejores exposiciones de la teoría marxista de la violencia revolucionaria es el corto pero sobrecogedor e

20. Lev Trotsky: *Su moral y la nuestra*, Edit. Fontamara, Barcelona 1978, pp. 56-59

21. Lev Trotsky: «China y el pacifismo», en *La segunda revolución china*, Pluma, Bogotá 1976, pp. 171-173.

intenso capítulo escrito por V. Serge sobre el terror blanco y el terror rojo[22], disponible en internet, del cual aquí solamente reproducimos un párrafo:

> Y hágase memoria, sobre todo, de lo que hemos presenciado en los últimos diez años. La disciplina de los ejércitos que durante la última gran guerra fueron tan pródigos de heroísmo, se apoyaba, en resumidas cuentas, sobre el terror. ¿Se sabe cuántos hombres fueron fusilados por los consejos de guerra? El capitalismo ha recurrido, en cuanto se ha visto en peligro, al terror blanco erigido en sistema permanente por la dictadura fascista en Europa central, en Finlandia, en España, en Italia... Por lo demás, el terror rojo nació del terror blanco. Los proletarios y los campesinos, poco inclinados a servirse de la espada, por su idealismo generoso y su inexperiencia del poder, aprendieron en la escuela del antiguo régimen y del capitalismo. Tiene algo de desconcertante la indulgencia de los vencedores para con los vencidos después de la caída de la autocracia, así como después de la insurrección de octubre. El líder ultrarreaccionario Purichkevich recobra tranquilamente la libertad después del octubre rojo. El atamán cosaco Krasnov, al que se ha cogido con las armas en la mano, recobra la libertad bajo palabra. Lo único que se hace con los *junkers* moscovistas, autores de la degollina de los obreros del arsenal del Kremlin, es desarmarlos… ¡solo al cabo de diez meses de luchas cada vez más encarnizadas, de complots, de sabotajes, de hambre, de atentados, de intervención extranjera, del terror blanco en Helsingfors, en Samara, en Bakú, en Ucrania, del atentado contra Lenin, se decide la revolución a descargar su hacha! ¡Y esto en un país en el que la autocracia había formado a las masas en la escuela de las persecuciones, de los latigazos, de la horca y de los fusilamientos en masa!

Ahora vamos a desarrollar tres cuestiones: una, las relaciones entre guerra y política; otra, relacionada con la anterior, la experiencia histórica teorizada con sistematicidad y, por último, el contenido ético-moral de la violencia revolucionaria. Las relaciones entre guerra, o violencia en su forma extrema, y política nos la explica muy bien Mao cuando responde a la pregunta *¿Qué significa la movilización política? de 1938*:

> Es necesario que cada soldado, cada ciudadano, comprenda para

22. Victor Serge: *El año I de la revolución rusa*, Siglo XXI, Madrid 1972, pp. 364-373.

> qué es preciso combatir, qué relación tiene la guerra con él personalmente. El objetivo político de la Guerra Antijaponesa es la expulsión de los imperialistas japoneses y la creación de una nueva China en libertad e igualdad [...] la sola explicación del objetivo de la guerra no es suficiente; es preciso también explicar las medidas y la política encaminadas al logro de este objetivo. Y esto significa que es necesario un programa político [...] ¿cómo efectuar pues la movilización? A través de intervenciones orales, octavillas y edictos, periódicos, folletos y libros, teatro y cine, la escuela, las organizaciones populares de masas y los cuadros. [...] No es suficiente la movilización de una sola vez [...] debe llevarse permanentemente. Nuestra tarea no consiste en recitar al pueblo el programa político, pues tal recitación nadie quiere escucharla. La movilización política es preciso ligarla a la marcha de la guerra, a la vida de los soldados y del pueblo sencillo, es preciso convertirla en una campaña permanente[23].

Diez años antes de que Mao escribiera estas palabras, la Internacional Comunista había publicado un libro sobre la insurrección que debe ser considerado como una joya por múltiples razones de las que aquí solamente vamos a reseñar cuatro, aunque una de las contadas críticas que se le pueden hacer al libro es que no hiciera referencia a las luchas armadas de las naciones oprimidas, especialmente a la irlandesa, defendida por Lenin[24] frente a la incomprensión de muchos revolucionarios en 1916. La primera es su misma salida a la luz, es decir, el hecho de que, al margen de otras consideraciones, se decidiera asumir un enfrentamiento absoluto con la burguesía, es decir, que internacionalmente el movimiento revolucionario llevase la lucha contra el capital a su nivel teórico decisivo, el de educar abiertamente a las organizaciones mediante un libro escrito por buena parte de los mejores revolucionarios, aunque faltan otros, del momento. Una de las razones por las que el imperialismo ha impuesto su definición de terrorismo, derrotando a la izquierda en esta batalla teórica y ética, ha sido que el movimiento revolucionario no ha continuado la tarea entonces iniciada.

La segunda es la importancia actual de su primer capítulo,

23. Mao Zedong: «Sobre la guerra prolongada», en *Temas militares*, Akal, Madrid 1976, p. 146-147.

24. V. I. Lenin: *Balance de la discusión sobre la autodeterminación*, Obras Completas, Edit. Progreso, Moscú 1985, tomo 30, pp. 54-59.

dedicado a criticar el reformismo socialdemócrata, donde se reproducen estas palabras del Marx más experimentado y maduro por su edad, ya que fueron escritas justo dos años antes de su muerte: «Un gobierno socialista no puede ponerse a la cabeza de un país si no existen las condiciones necesarias para que pueda tomar inmediatamente las medidas acertadas y asustar a la burguesía lo bastante para conquistar las primeras condiciones de una política consecuente»[25]. En este capítulo se critica la tesis socialdemócrata del «Estado democrático» pero no únicamente en el plano teoricista abstracto, sino en base a las lecciones prácticas, incluidas las maniobras de censura, falsificación y mentira realizadas por la Internacional Socialista contra los textos de Marx y Engels que chocaban frontalmente con su reformismo en general y muy especialmente con lo relacionado con la necesidad de la violencia revolucionaria. Fue Kautsky quien en 1927 asentó definitivamente la tesis del «Estado democrático», de la ineficacia de la violencia y de la naturaleza pacifista de la acción política, todo ello desde una perspectiva cientifista y positivista, criticando sin contemplaciones el contenido utópico[26] de la obra de Marx. Aunque el pacifismo ya estaba fuertemente anclado en el reformismo internacional, fue a partir de este momento cuando encuentra su plena legitimidad gracias al prestigio de Kautsky, por esto la crítica realizada en el libro del que estamos hablando sigue siendo totalmente válida.

La tercera razón tiene que ver precisamente con la crítica a la tesis del «Estado democrático». En la introducción del libro se insiste en que el imperialismo actúa organizadamente en todo lo relacionado con la represión, celebrando reuniones internacionales de policías y otras fuerzas reformistas, como la de 1925 en Washington. Se trata de una denuncia premonitora porque la tendencia a la coordinación represiva mundial no ha cesado de crecer, como veremos. De entre las muchas tesis que también han resultado confirmadas por la historia posterior tenemos esta: «A fin de sustraer a la policía de la influencia

25. Karl Marx: «Carta a Domela Nieuwenhuys del 22 de febrero de 1881», en *La insurrección armada*, A. Neuberg (pseud), Edit. Fontamara, Barcelona 1978, p. 27.

26. M. Salvadori: «Kautsky entre ortodoxia y revisionismo», en *Historia del marxismo*, Bruguera, Barcelona 1980, tomo 4, p. 261.

de una población de tendencias revolucionarias, algunos países, entre ellos Alemania, crean a expensas del Estado ciudades policíacas en los confines de las grandes ciudades industriales, e instalan en ellas a los policías y sus familias. Parte de ellos son incluso alojados en cuartales, bajo régimen militar, dotados de las máquinas más modernas (automóviles blindados, tanques, aviones, ametralladoras, artillería, gases, etc.). El objetivo de todas estas medidas de militarización es hacer de la policía una fuerza lo más segura posible en la lucha contra los obreros revolucionarios»[27].

La cuarta y última razón que ahora queremos reseñar sobre la utilidad de este libro consiste en la importancia crucial del trabajo militante sobre todo lo relacionado con lo militar, con la guerra, con la violencia revolucionaria, etc., dentro de las organizaciones también en las épocas de larga «paz social» y en plena legalidad burguesa. Se trata de un trabajo paciente y sistemático que debe incluir también tareas permanentes que deben realizarse con todas las medidas de seguridad, clandestinas dentro mismo del partido revolucionario, aunque con representación y presencia en base a «comisiones militares» activas en los cuatro niveles de decisión práctica, el comité central, los comités provinciales u otros análogos, los comités de distrito y en los comités de ciudad, pero dependiendo de la importancia de la ciudad. Las «comisiones militares» deben conducir la política militar en todas las áreas sociales, aparatos burgueses y fuerzas sociopolíticas que forman la sociedad, una política militar destinada a debilitar las fuerzas represivas del Estado capitalista y a fortalecer la capacidad defensiva de las clases explotadas organizando «la futura guardia roja», insistiendo especialmente en la formación teórica, política y militar tanto del partido como del pueblo trabajador mediante periódicos, revistas, folletos, etc.[28].

Las propuestas de este fundamental libro están cimentadas tanto en un odio profundo a la explotación, como en una ética y una moral opuestas a la burguesa sobre la licitud y la necesidad de la violencia revolucionaria, y sobre la dialéctica entre los fines y los medios,

27. A. Neuberg: *La insurrección armada*, op. cit., p. 17.

28. A. Neuberg: *La insurrección armada*, op. cit., pp. 183-187.

aunque no se haga una exposición concreta del tema. No hay duda que una de las tareas de las «comisiones militares» en tiempos de paz y de vida legal de las organizaciones revolucionarias, según lo visto, ha de ser la de realizar una sistemática lucha teórico-política y ética sobre estas cuestiones que, muy probablemente, entonces se entendían como obvias y lógicas en sí mismas. Vamos a intentar llenar este vacío desde nuestro presente, mediante pasos sucesivos. El primero será exponer la ética marxista; el segundo, sobre la base anterior, desarrollar y exponer la definición de la violencia justa y necesaria; el tercero, a partir de aquí, exponer la dialéctica entre los fines y los medios, y, el cuarto y último, exponer el criterio del mal menor necesario.

ÉTICA MARXISTA

Aparentemente, en el marxismo clásico no existe una exposición detallada de una ética y una moral opuestas a la burguesa. Abundan, y mucho, las referencias éticas sucintas, directas y siempre insertas en análisis más extensos dedicados a otras cuestiones. Una de ellas, y muy valiosa, fue la respuesta de Marx a unas preguntas realizadas en una reunión entre amigos, respuestas en las que reconoció abiertamente que su ideal de felicidad era la lucha, y la sumisión su idea de la desgracia; que sus héroes eran Espartaco y Kepler y que el servilismo era el defecto que más detestaba; que su divida máxima era de omnibus dubitandum, o «hay que dudar de todo», y que su máxima favorita era «nada de lo humano me es ajeno»[29]. Sin demagogia alguna, con lacónica radicalidad, Marx expone la base de la ética y la moral comunista que asume como un héroe a un esclavo insurrecto que fue el terror de los esclavistas romanos, y a un científico que defendió la verdad por encima de cualquier dogma represor.

Una visión que encuentra su felicidad en la lucha y que asume como propio cualquier dolor y tragedia humanas, cualquier injusticia en cualquier parte contra cualquier ser humano, y que desprecia el

29. Jean Elleinstein: *Marx, su vida, su obra*, Argos Vergara, Barcelona 1985, pp. 285-286.

servilismo y la sumisión ante el amo, ante el poder y que se niega a aceptar toda «verdad» que no haya sido contrastada con los hechos, con la realidad, mediante la duda sistemática y el examen crítico. Una ética y una moral que, por cuanto dialécticas, son críticas y revolucionarias por esencia. Marx dice que la dialéctica no deja intimidarse por nada y que, además de estudiar las cosas en su pleno movimiento, la dialéctica estudia el comienzo y el fin de los procesos[30]. No hay duda, por tanto, de la interacción permanente entre, por un lado, los valores ético-morales que sustentan la decisión de no dejarse intimidar por nada, de identificar el ideal y el valor de la felicidad como el valor y el ideal de la lucha, del rechazo a la sumisión y al servilismo; y por otro lado, el rigor metódico en la duda crítica y autocrítica consustanciales al método científico-crítico de pensamiento.

Por esto, cuando vemos sublevarse a las mujeres, a las clases y a las naciones oprimidas asumimos como nuestros propios héroes a los suyos porque nuestra moral y nuestra ética es la misma. La base teórica que explica este criterio es la unidad entre filosofía, ciencia y valor, como lo explica Zaira Rodríguez en su demoledora crítica al althusserismo, mostrando cómo interactúan permanentemente en la totalidad de la praxis revolucionaria tres instancias que se insertan en la actividad multifacética humana: actividad práctico-transformadora, actividad valorativa y actividad teórico-cognoscitiva[31]. La crítica de la tajante separación entre valor, ciencia y filosofía, característica del reformismo y de la ideología burguesa, siempre es necesaria, pero lo es más todavía en todo lo relacionado con las violencias porque la dialéctica entre la objetividad y la subjetividad es decisiva a la hora de saber definir qué es la explotación, la opresión y la dominación, qué violencias injustas las protegen y generan a la vez, y por qué tienden a surgir otras violencias justas, defensivas y revolucionarias. Estamos, por tanto, ante un problema que atañe a lo más característico de la especie humana, su capacidad para definir la realidad tal cual es y para superarla, no deteniéndose ante nada, ni ante sus propias consecuencias:

30. Karl Marx: «Postfacio a la segunda edición», en *El Capital*, FCE, México 1973, vol. I, p. XXIV.

31. Zaira Rodríguez Ugidos: *Filosofía, ciencia y valor*, Ciencias Sociales, La Habana 1985, p. 227.

> Exigimos de la crítica sobre todo que se comporte de manera crítica respecto de sí misma y que no pase por alto las dificultades de su objeto[32].

Esta concepción marxista choca frontalmente con la ideología burguesa de los «derechos humanos» que hace de la propiedad privada y de la mercancía su eje argumental, aunque oculto y tergiversado por el fenómeno crucial del fetichismo. Los «derechos humanos» burgueses justifican las violencias y el terrorismo practicados masivamente por el capital tanto en el proceso de producción, como en el de reproducción, tanto a escala estatal como mundial. Los «derechos humanos» burgueses son presentados como el único baremo objetivo y garante que permite valorar ética y democráticamente, siempre en abstracto y de forma atemporal, la justicia de las violencias oficiales y la injusticia de las violencias ilegales. Esta ideología choca frontal e irremisiblemente con la teoría marxista del derecho y de la necesidad, y con su enmarque en la autogénesis humana y en la dialéctica entre el «ser humano genérico», y el «ser humano concreto».

C. Eymar sostiene con razón que «Marx admite la existencia de una naturaleza humana, pero hay que entenderla, no como una suma de atributos abstractos inherentes al individuo, sino como un conjunto de necesidades e impulsos determinados por el grado de desarrollo histórico. La esencia del hombre viene determinada en Marx por su relación a una determinada sociedad situada en unas coordenadas espacio-temporales muy precisas»[33]. Hubiera sido más correcto que C. Eymar hubiese hablado de modo de producción y de formaciones económico-sociales o sociedades concretas dentro de cada modo de producción, no simplemente de sociedades, pero esta matización no anula el valor de su texto. Más adelante nos extenderemos en la importancia de tener en cuenta los modos de producción en el estudio de las violencias y del terrorismo.

Veamos un ejemplo significativo sobre los derechos y la ética

32. Karl Marx: «El Divorcio», en *En Defensa de la Libertad. Los artículos de la Gaceta Renana* 1842-1843, Fernando Torres-Editor SA, Valencia 1983, p. 153.

33. Carlos Eymar: *Karl Marx, crítico de los derechos humanos*, Tecnos, Madrid 1987, pp. 185-186.

burguesa en lo que nos atañe ahora directamente como es el trato a prisioneras y prisioneros de fuerzas revolucionarias no «convencionales»: entre 1899 y 1907 se celebraron las dos Conferencias de La Haya, en las que se tomaron medidas que adelantaban algunos de los principios posteriores de los «derechos humanos» oficiales. En la Conferencia de 1899 se aprobaron medidas para humanizar el trato a los prisioneros de guerra, respetar sus derechos, no torturarlos y asegurarles unos cuidados suficientes. Pero estas medidas se limitaban exclusivamente a las tropas uniformadas, las de los ejércitos convencionales[34], «legales» por denominarles de algún modo, y quedaban fuera de esos derechos todos los prisioneros no uniformados, es decir, los hechos en guerras civiles, en revoluciones, en guerras de liberación nacional o de simple guerra de resistencia nacional.

Desde entonces estas leyes «humanitarias» han amparado toda serie de atrocidades de los ejércitos «legales» contra la población oprimida e invadida. De hecho, transcurrieron pocos años para que en el interior mismo de la «democrática» Europa que había llegado a esos acuerdos, se aplicasen de forma inmisericorde mediante la política del terror masivo de los alemanes nada más empezar su invasión de Bélgica en agosto de 1914, fusilando a varios cientos de rehenes en los primeros días en respuesta a actos de resistencia nacional belga tras la ocupación alemana, actos denominados «de sabotaje»[35]. Y durante la retirada en 1918 los alemanes arrasaron con todo lo que pudieron[36], llevándose toda la comida y animales, en una política de tierra quemada destinada tanto a retrasar el avance aliado como para alimentar a la hambrienta Alemania sin reparar en los efectos sobre la población civil autóctona, indefensa y no reconocida como beligerante.

La existencia de una naturaleza humana estable en el tiempo pero mutable en los modos de producción, nos lleva al problema de las relaciones entre la necesidad, la libertad y el derecho, problema

34. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2008, pp. 38-39.

35. Bárbara W. Tuchman: *Los cañones de agosto* RBA, Barcelona 2006, p. 395 y ss.

36. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, op. cit., p. 50.

decisivo para el debate sobre las violencias, y al que volveremos luego al estudiar la violencia justa, la interacción entre fines y medios, y el criterio del mal menor necesario. Vamos a poner solamente dos ejemplos que hacen referencia a la historicidad de estos valores. El primero explica que:

> La sociedad primitiva no consideraba delito el robo, pues no existía la propiedad privada, ni tampoco eran delitos el hurto, la usurpación, la estafa ni todas aquellas acciones cuya persecución suponga la existencia de la propiedad privada. Los hechos tenían distintas categorías según se cometieran dentro o fuera del grupo. El robo fue considerado delito cuando se cometía entre los miembros del grupo, pero no cuando la víctima pertenecía a otra comunidad, siendo, incluso, estimado meritorio en ciertos casos. El homicidio de los ancianos era un deber moral en los grupos que vivían en un medio hostil, así como el abandono del recién nacido, la muerte de los hijos débiles, inermes e inválidos[37].

El segundo ejemplo no necesita mayor explicación: los diecinueve siglos durante los cuales la Iglesia católica en concreto y el cristianismo en general han aceptado la infamia inhumana e injusta, terrorista en sí misma, de la esclavitud de una persona por otra.

Siguiendo la investigación abierta por Lebowitz, podemos decir que en Marx encontramos un proceso ascendente de necesidades: las fisiológicas, de cuya satisfacción depende la capacidad para producir las condiciones de vida en su nivel de subsistencia; las imprescindibles, de cuya satisfacción depende la capacidad para producir las condiciones de vida socialmente establecidas en un periodo sociohistórico determinado, y, las necesidades sociales que, en contra de lo que pudiera creerse, son necesidades que no se satisfacen dentro de la estructura capitalista porque surgen del potencial creativo de la especie humana pero reprimido, negado y frenado por el capitalismo[38].

A cada nivel de necesidad le corresponde un nivel de urgencia

37. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, Universidad de La Habana, 1990, primera parte, pp. 68-69.

38. Michael A. Lebowitz: *Más allá de El Capital*, Akal, Madrid 2005, pp. 86-89.

en su satisfacción y de los derechos y libertades que le son imprescindibles. Por esto, las luchas violentas estallan con extrema facilidad cuando la explotación impide o restringe al máximo la satisfacción de las necesidades fisiológicas, vitales o «instintivas». Conforme aumentan las fuerzas productivas y el excedente social acumulado, la satisfacción de las necesidades imprescindibles puede ser negociadas entre opresores y oprimidos, o manipulada y retrasada durante un tiempo por los opresores, dependiendo del nivel de conciencia colectiva de los oprimidos. Con respecto a las necesidades sociales insatisfechas pero «ocultas» en el capitalismo es imprescindible que exista la conciencia política y teórica para tomar conciencia de su existencia real y luchar por ellas. Ésta es una de las razones por las que la conciencia política revolucionaria tiene decisiva importancia en la superación histórica del capitalismo, como veremos.

La necesidad, la libertad y el derecho forman una totalidad en la que los tres componentes interactúan y se transforman entre sí de modo que, por ejemplo, un derecho negado es sentido como una necesidad imperiosa, o una libertad obtenida transitoriamente en una lucha quiere ser transformada en un derecho permanente, etc. Pero tales cambios dependen de las contradicciones sociales y de la pugna de valores y teorías que se libra dentro de las luchas sociales. Las éticas opuestas son fuerzas activas en estos momentos, especialmente en los problemas que atañen a las necesidades fisiológicas y que motivan intereses explotadores viscerales como la opresión de sexo-género y el terrorismo patriarcal, o el saqueo de pueblos por potencias imperialistas para apropiarse de sus recursos vitales mediante el terrorismo de opresión nacional, etc., temas que desarrollaremos en su momento.

La importancia de los valores universales sobre la especie humana genérica, de una ética universal que se enfrente a la ética burguesa dominante, adquiere su plena importancia una vez que la mundialización de la ley del valor y las contradicciones capitalistas y sus crisis generan múltiples resistencias populares a los ataques imperialistas. En este contexto planetario, la interacción entre necesidades, libertades y derechos debe evitar la trampa de la ideología burguesa de los «derechos humanos» abstractos. Fabelo

Corzo ha desarrollado esta problemática mostrando cómo los valores humanos evolucionan al son de las contradicciones sociales, cómo tienden a relacionarse entre sí los valores concretos de sociedades diferentes bajo el impulso de la expansión de una economía dominante, y cómo, bajo el capitalismo, los valores progresistas se han unificado en los valores universales que son los que plantean soluciones progresistas a los «problemas globales»[39], los que atañen a toda la humanidad ahora mismo, los que ponen incluso en riesgo mortal la supervivencia de la especie humana.

Es debido a esta mundialización de las opresiones que la filosofía marxista del ser humano refleja lo permanente, lo constante a nuestra especie siempre que exista explotación de algún tipo, siempre que alguna opresión limite las libertades concretas y siempre que alguna dominación impida el libre ejercicio de la creatividad crítica humana. G. Mury, criticando duramente la moda estructuralista y reivindicando el sujeto revolucionario, sostiene que «el marxismo es una filosofía del hombre. Pero del hombre combativo y no de la víctima dolorosa. Una filosofía del enfrentamiento, no de la resignación, frente al sufrimiento propio y ajeno»[40]. En todas las sociedades basadas en la explotación, y durante el tiempo en que existan, los valores de la resistencia, de la lucha y de la revolución contra la injusticia, serán valores universales porque atañen a lo esencial y definitorio de la realidad misma. Al margen de la forma externa concreta con la que se presenten en cada situación o momento, serán universales mientras exista la injusticia. Por esto, el sentido de la vida para el marxismo es el de la lucha contra la opresión. R. Mondolfo reflexionó sobre si las derrotas sufridas por Espartaco, o por G. Bruno que murió quemado, o por tantas personas que se sublevaron contra la opresión, les quitaron la razón histórica y las desautorizaron y desprestigiaron para siempre, y a sus razones y luchas posteriores que las actualizan, y respondió que no, que aquellos fracasos que costaron vidas y sacrificios fueron en realidad manifestaciones prácticas de la «necesidad incoercible de

39. José Ramón Fabelo Corzo: *Los valores y sus desafíos*, Edit. José Martí, La Habana 2003, pp. 73-128.

40. Gilbert Mury: *Teoría marxista de la violencia*, Edit. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires 1973, p. 33.

vida y autonomía, justificada por sí misma, independientemente de sus resultados»[41].

La crítica dialéctica no se detiene ante los absolutos de cualquier «derecho» metafísico, sino que bucea hasta las contradicciones materiales, históricas, y las abre a la luz para mostrar cómo los «derechos humanos» burgueses exterminan sin piedad los «derechos humanos» de las clases explotadas, más aún, la crítica dialéctica muestra cómo las clases dominantes no dudan en aplastar incluso los «derechos humanos» burgueses para imponer a sangre y fuego los «derechos humanos» feudales. A. Ponce ha estudiado el proceso por el que Lutero y el protestantismo que él representaba impulsó en un inicio a la burguesía ascendente apoyada por el campesinado y artesanado descontento; apoyo que luego se limitó a la burguesía comercial dejando abandonadas a las masas trabajadoras que fueron masacradas sin compasión cristiana alguna, apoyo que desapareció cuando Lutero se posicionó a favor de los príncipes feudales en contra de la burguesía comercial[42]. Los «derechos» son históricos y sociales, pero a la vez, por ello mismo, son materiales, generales y concretos. Solamente la dialéctica permite explicar esta aparente contradicción que obnubila, si no es resuelta, la solución del secreto de las violencias, del secreto de por qué el terrorismo solamente lo pueden practicar las minorías explotadoras. Los derechos de las masas campesinas y artesanas eran cualitativamente superiores a los derechos burgueses, que eran superiores a los de los príncipes.

Del mismo modo que los derechos deben ser estudiados usando las categorías de lo general y lo particular, lo abstracto y lo concreto, lo genético-estructural y lo histórico-genético, como explicaremos en el capítulo sobre el método dialéctico, también hay que hacer lo mismo con el «terrorismo», que en palabras de Nir Rosen es «una cortina de humo retórica para que los fuertes aplasten a los débiles. Es imposible hacer una afirmación ética universal o establecer un principio kantiano que justifique todo acto de resistencia contra el colonialismo o la

41. Rodolfo Mondolfo: *Espíritu revolucionario y conciencia histórica*, Edit. Escuela, Buenos Aires 1968, p. 67.

42. Anibal Ponce: *Humanismo burgués y humanismo proletario*, Edit. Roca, México 1976, pp. 50-53.

dominación por un poder aplastante. Y hay otros problemas que me cuesta responder. ¿Puede justificarse que un iraquí ataque a Estados Unidos? Después de todo, su país fue atacado sin provocación, y destruido, con la creación de millones de refugiados, cientos de miles de muertos. Y esto, después de doce años de bombardeos y sanciones, que mataron a muchos y destruyeron las vidas de muchos otros»[43]. Además, desde un humanismo éticamente opuesto a la explotación, resulta hipócrita, como bien sostiene R. Parry, parlotear sobre «terrorismo» como si fuera una «inocente disputa semántica»:

> Israel, una nación nacida del terrorismo sionista, ha lanzado masivos ataques aéreos contra objetivos en Gaza utilizando armas de alta tecnología suministradas por Estados Unidos, un país que a menudo ha ayudado e instigado el terrorismo por parte de sus fuerzas militares clientes, como en la Operación Cóndor de Chile y por los contras en Nicaragua, y que incluso hospeda a terroristas derechistas cubanos que hicieron estallar en el aire un avión de línea comercial con setenta y tres pasajeros[44].

Fueron las violencias, las guerras crueles y atroces y los terrorismos de las minorías explotadoras los que preservaron la propiedad y el poder para estas minorías sanguinarias, bendecidas por el dios católico y romano; fueron estas violencias las que, a menor escala, preservaron los derechos de propiedad a la burguesía apoyada por el dios protestante, pero fueron las masas trabajadoras las que perdieron todo derecho a disfrutar del derecho humano concreto. Por ejemplo, en la versión burguesa democrática de la historia europea, la guerra de los Treinta Años, de 1618 a 1648, aparece como un conflicto entre dinastías en el que se dilucidaba la victoria definitiva del bando progresista, dentro de la concepción absolutista representada por Richelieu, o la victoria definitiva del bando reaccionario o medieval representado por el catolicismo del imperio español y del Vaticano. Ahora bien, muy poca gente sabe, excepto muy reducidos cenáculos de historiadores críticos, que la población alemana se redujo de 21 a 13 millones de habitantes[45] por la larga e incontrolable bestialidad de

43. http://www.kaosenlared.net, 31 de diciembre de 2008.

44. Robert Parry: *La hipocresía al hablar de «terrorismo» no es una inocente disputa semántica, mata*, http://www.rebelion.org, 5 de enero de 2009.

esta guerra. Que semejante exterminio fue solamente una porción del clima social de violencia generalizada en el que nació la burguesía, y en el que, al final, las masas trabajadoras apenas conquistaron derecho alguno, aunque ya estaban redactadas las grandilocuentes declaraciones sobre los supuestos derechos humanos universales, que eran solamente derechos burgueses.

Veremos en las páginas que siguen cómo los terrorismos se distinguen según los modos de producción basados en la propiedad privada, cómo, pese a sus diferencias, mantienen una unidad esencial que les recorre desde el triunfo de la propiedad privada de las fuerzas productivas. Aunque el concepto de «derechos humanos» es específicamente burgués por cuanto se basa en el fetichismo de la mercancía, pese a ello es innegable que el sistema de explotación patriarcal, el modo tributario, el modo esclavista, el modo feudal y el modo capitalista de producción, tienen sus respectivos «derechos» dominantes oficialmente sancionados. La crítica marxista afirma esto, pero a la vez afirma que esos «derechos» de opresión se enfrentan a muerte a los verdaderos derechos de las oprimidas y oprimidos. Espartaco y Kepler son valores humanos permanentes en todos los modos de producción basados tanto en la explotación de la fuerza física de trabajo como en la explotación de la fuerza cultural de trabajo. Y cuando la revolución comunista haya extinguido definitivamente la explotación, incluso entonces Kepler y Espartaco seguirán siendo referentes ineludibles de un pasado heroico que conserva su valor humanista. La diferencia radicará en que, dentro de un marco histórico explotador, la ética y la moral no tendrán más remedio que ser más destructivas que constructivas, deberán remarcar las contradicciones negativas a resolver urgentemente, antes que perfilar los contornos de las futuras realidades a construir.

ALIENACIÓN Y RELIGIÓN

K. Kosik ha estudiado las conexiones entre el momento de la

45. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, p. 265.

destructividad dialéctica y la moral revolucionaria:

> La dialéctica puede justificar la moral si también ella es moral. La moral de la dialéctica se comprende en la perseverancia que, en su proceso destructivo y totalizador, no se detiene ante nada ni nadie [...] La dialéctica es, en primer lugar, una destrucción de lo pseudoconcreto en la que se disuelven todas las formaciones fijadas y divinizadas del mundo material y espiritual, reveladas como creaciones históricas y formas de la práctica humana [...] la dialéctica es una revelación de las contradicciones de las cosas mismas, es decir, una actividad que las muestra y las describe en lugar de ocultarlas [...] la dialéctica es la expresión del movimiento de la práctica humana, que puede caracterizarse en la terminología de la filosofía clásica alemana como la vivificación y el rejuvenecimiento, formando estos conceptos la antítesis de la atomización y de la mortificación, o, en la terminología moderna, como la totalización»[46].

En el caso de los «derechos humanos», la destrucción de lo pseudoconcreto radica en demostrar que la concreción no es el «humano natural», sino el ser burgués, el empresario y, más concretamente, la clase burguesa como conjunto de relaciones sociales. El «ser humano» no existe como algo concreto si no es dentro de un modo de producción específico y, por tanto, dentro de una realidad sociohistórica que da sentido concreto a sus derechos. Y cuando ese modo de producción está basado en la explotación, la dialéctica de la moral y la moral de la dialéctica explican el antagonismo irreconciliable entre «humano» explotador y «humano» explotado, ambos con sus respectivas morales. La destructividad de la dialéctica, su letalidad conceptual, radica en que penetra en las contradicciones decisivas, las que permiten que la minoría viva a costa de la mayoría. Tal efectividad destructora, crítica e inmisericorde, disuelve la totalidad de la ideología dominante, cuestionando sus mitos sagrados, su definición de lo real y la «realidad» ilusoria construida sobre la explotación que le sirve de base.

Dicho en palabras de L. E. Primero Rivas, la ética marxista es «onto-antropológica», es un posicionamiento «dialéctico, concreto,

46. Karel Kosik: «Dialéctica de la moral y moral de la dialéctica», en *El hombre nuevo*, Martínez Roca, Barcelona 1969, pp. 100-101.

crítico, social y transformador de las condiciones de vida por él impugnadas»[47], es decir, parte interna y activa de la autogénesis humana, de las definiciones que esta va construyendo de la realidad objetiva en la que malvive, de sus contradicciones y limitaciones. Aunque para la versión soviética de la filosofía marxista, el concepto de «ontología»[48] apenas se usa, nosotros sí estamos de acuerdo en su necesidad, coincidiendo en esto con la tesis de R. F. Gómez para quien este concepto tiene un carácter primario en todo el método científico, ya que nos remite a la interacción de las categorías de complejidad, contradicción y esencia[49]. De hecho, utilizaremos estas categorías, y la de ontología que las incluye, en la argumentación de que el terror estalinista no era terrorismo en el sentido aquí defendido, sino terror practicado por la casta burocrática postcapitalista y presocialista. La ontología define la realidad en la que existimos. De aquí, de esta inmanencia esencial, le viene su contenido y efecto sobre el estudio y la definición del «ser», de lo que existe, de la realidad material y a la vez su esencia humanista y antropocéntrica. Dado que nace y vive en la contradicción social, la ética marxista tiene necesidad y voluntad conscientes de asumir la subjetividad del polo explotado, oprimido y dominado de la contradicción social.

Una subjetividad que a la vez, dialécticamente, es objetividad material innegable mediante la acción revolucionaria. «Debe tenerse claro que su crítica (así como su concepción de la economía política) no es solo el resultado de descripción y análisis, sino también de protesta y condena moral. Hay insita en la crítica y en la concepción de la ciencia un fuerte ingrediente ético, lo que hace que tanto una como otra estén fuertemente cargadas de valores. Para Marx no hay una ciencia valorativamente neutra, pues ya desde los objetivos de la misma se valoran positivamente la justicia social, la humanización, la cooperación y se denuestan la explotación, la alienación, etcétera. Así, la condena de Marx del trabajo asalariado no reside en que los

47. Luís Eduardo Primero Rivas: *El pensamiento ético en Marx*, Primero Editores, México 2003, tomo 2, p.145 y ss.

48. Rosental-Iudin: *Diccionario de filosofía*, Akal, Madrid 1978, p. 346.

49. Ricardo J. Gómez: «Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia», *Herramienta*, Buenos Aires, marzo de 2009, nº 40, p.128.

salarios sean muy bajos, sino en que dicho trabajo des-humaniza al ser humano. Ciencia es siempre “ciencia para”, en aras de objetivos práctico-políticos»[50]. Volviendo a nuestro tema, por tanto, la ética marxista puede y quiere definir como terrorismo solo aquella violencia opresora destinada a mantener la explotación, la alienación y la deshumanización. La ética marxista es inseparable de su método científico-crítico y socio-político.

Tal vez comprendamos mejor qué quiere decir y qué repercusiones prácticas tiene la ética marxista en cuanto «onto-antropológica», en cuanto capacidad de elaborar una definición científico-crítica de lo existente, si recurrimos a un ejemplo muy significativo. Lafargue detalla en su texto sobre la religión cómo el multimillonario Rockfeller organizó la edición masiva de una versión de la Biblia en ediciones populares «expurgadas de las quejas contra las iniquidades de los ricos y de los gritos de cólera envidiosa contra el escándalo de las grandes fortunas. La Iglesia católica, que ya había previsto estos peligros, los había neutralizado prohibiéndole a los fieles la lectura de la Biblia y quemando vivo a Wiclef, autor de la primera traducción a la lengua vulgar»[51]. La ética cristiana, sea en su forma protestante[52] o católica[53], no tuvo ni tiene problemas en recurrir a la mentira y al engaño, a la censura descarada, pero también al terror y al terrorismo extremos –quemar viva a una persona– para imponer una versión falsa pero necesaria de la Biblia, es decir, para crear una visión reaccionaria y aterrorizada de la realidad explotadora basada en una definición falsa, en una «ontología» irreal, de la realidad diaria de las masas trabajadoras. La gente mal educada en las mentiras y censuras de la versión popular de la Biblia editada por el multimillonario Rockfeller desconocerá las contradicciones sociales injustas que la Biblia narra, y no tomará conciencia de la realidad opresora en la que

50. Ricardo J. Gómez: «Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia», op. cit., p. 121.

51. Pablo Lafargue: *La creencia en Dios*, en Textos escogidos, Ciencias Sociales, La Habana 2007, p. 304.

52. J-F. Gilmont: «Reforma protestante y lectura», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, México 2006, pp. 339-345.

53. Dominique Julia: «Lecturas y Contrarreforma», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, op. cit., pp. 369-412.

vive, del mismo modo que las gentes que no leyeron nunca la Biblia por sí mismos sino por versiones manipuladas, tampoco.

Por el contrario, la ética marxista se basa en la perspectiva opuesta ya que parte del criterio de que la verdad es revolucionaria, que las masas explotadas han de conocer y estudiar la realidad tal cual es con sus contradicciones y miserias insoportables, y a la vez que las conocen, en la misma acción de conocer, han de transformarlas revolucionariamente. La Biblia es un libro esencialmente violento[54], que destila sangre y dolor por todas partes, y que muestra las luchas de clases, de pueblos y de sexos desde sus primeras páginas. Por esto mismo, en la cultura judeo-cristiana el debate sobre las violencias justas e injustas ha sido y es parte de la crítica de la Biblia y por tanto de la Iglesia cristiana como «organización de dominio»[55] en el que la violencia y el terrorismo han sido una constante bimilenaria en su forma básica, la tortura, con sus efectos terribles también para los cristianos[56]. Aunque volveremos varias veces a las relaciones entre cristianismo, violencias justas e injustas y terrorismo, sí necesitamos ahora detenernos en esta cuestión «onto-antropológica» porque debemos dejar sentada la diferencia sustantiva de la ética marxista en lo tocante a los efectos de las violencias sobre la praxis humana.

Por ejemplo, una de las razones que explican la supervivencia del capitalismo en el pasado siglo XX es la militancia aplastantemente proburguesa de la Iglesia católica, con fechas significativas como las de los años de auge y persistencia del nazismo, y de sus secuelas ideológicas que se remontan hasta el actual papado[57], y del racismo[58], y las de la nueva contrarreforma antivaticana II iniciada en el último tercio del siglo XX, contra la Teología de la Liberación a raíz de

54. Piergiorgio Odifreddi: *Por qué no podemos ser cristianos y menos aún católicos*, RBA, Barcelona 2008, pp. 62-69.

55. Kautsky: *Orígenes y fundamentos del cristianismo*, Edit. Latina, p. 17.

56. Horst Herrmann: *2000 años de tortura en nombre de Dios*, Flor del Viento Edic., Barcelona 1996, pp. 238-239.

57. John Cornwell: *El papa de Hitler*, Planeta, Barcelona 2001, p. 399 y ss.

58. G. Passelecq - B. Suchecky: *Un silencio de la Iglesia frente al fascismo*, PPC, Madrid 1997, pp. 181-192.

la reunión en Puebla[59] y del viaje papal al «imperio del dólar», sin olvidarnos del más que probable asesinato de Juan Pablo I en el Vaticano[60] para iniciar la contrarreforma sin su oposición. Este activismo militante a favor del imperialismo en su etapa más criminal y terrorista, como se verá a lo largo de este libro, ha facilitado la extensión de la ideología neoliberal, su culto individualista burgués al mercado y a la ley de la selva, culto apoyado explícitamente[61] por una parte de la teología, y con matices por eso que llaman «conciliación» entre neoliberalismo y «crecimiento humano»[62] por otra parte. El activismo militante a favor del capitalismo por parte de sectores cristianos llegó a cuestionar una de las bases teológicas clásicas de esta corriente religiosa: el ideal de pobreza. J. Hernández defendió sin apuro alguno la tesis de que el cristianismo tenía que asumir que dios no condena la riqueza sino su mal uso, el abuso injusto de la riqueza, que la riqueza es moral y éticamente buena[63] y que, por tanto, también lo es el capitalismo.

De cualquier modo, la actual política reaccionaria vaticana no surge del vacío pues tiene muchos siglos de historia anterior. Sin ir muy lejos, y ya que estamos hablando de la Teología de la Liberación en las Américas, debemos saber que el catolicismo fue una fuerza militante a favor de la opresión española y en contra de la independencia latinoamericana. R. Muñoz ha reeditado las encíclicas papales *Etsi Longissimo* de Pío VII, del 20 de enero de 1816, y *Etsi lam Diu*, de León XII, del 24 de septiembre de 1824, en las que se instaba a los católicos a defender la ocupación española en las Américas. La Iglesia recurrió a todos los métodos y mentiras para justificar que la dominación española era querida por dios. En esta tarea destacaron por su beligerancia antiindependentista las órdenes religiosas de los Capuchinos y los Franciscanos, tanto que Simón

59. I. Grigulévich: *La Iglesia católica y el movimiento de liberación en América Latina*, Edit. Progreso, Moscú 1984, pp. 369-397.

60. I. Grigulévich: *El papado siglo XX*, Edit. Progreso, Moscú 1982, p. 278 y ss.

61. Alejandro A. Chafuen: *Economía y ética*, Edic. Rialp, Madrid 1991, p. 163 y ss.

62. J. Marchesi y J. Sotelo: *Ética, crecimiento económico y desarrollo humano*, Edit. Trotta, Madrid 2002, pp. 171-190.

63. Javier Hernández Pacheco: *Elogio de la riqueza*, Tibidabo, Barcelona 1991, p. 156 y ss.

Bolívar ordenó ejecutar a veintitrés capuchinos[64]. Podríamos extender hasta el agotamiento el listado de la militancia reaccionaria de la Iglesia católica y de otras iglesias cristianas a favor de la explotación social, pero no merece la pena.

Pero debemos reconocer, en honor de la verdad, que, por un lado, existe una digna corriente de radical rechazo del capitalismo, la de la Teología de la Liberación en voz de F. Houtart[65] y de otros cristianos, y, por otro lado, que algunos cristianos de esta corriente teológica han dado el paso incluso a la lucha armada contra la explotación de clase y la opresión nacional, como fue, entre otros, el grupo dirigido por Camilo Torres. El clásico y siempre actual debate entre marxistas y creyentes, sean o no cristianos, en lo relativo a la violencia revolucionaria y a la ética no se ha debilitado en su riqueza necesaria pese al innegable debilitamiento práctico de la Teología de la Liberación bajo los golpes represivos de la burocracia católica. De hecho, y al margen de lo que nosotros pensemos al respecto, o por ello mismo, sigue siendo pertinente el capítulo que María López dedica a las relaciones entre marxismo y cristianismo[66] en su obra sobre el sacerdote guerrillero Camilo Torres.

Pero la respuesta vaticana ha sido demoledora en contra de la Teología de la Liberación y en defensa del dios violento. Antes de seguir, conviene recordar al menos de pasada que el miedo ha estado presente hasta hace muy poco dentro de las habitaciones del lujosísimo Vaticano, como atestigua D. A. Yallop al sostener en 1984 que «todavía tenemos miedo»[67] en su muy rigurosa investigación sobre la muerte de Juan Pablo I. Una vez muerto este papa de forma misteriosa, el Vaticano inició una dura cruzada contra la Teología de la Liberación a la vez que aupaba al ultraconservador Opus Dei a cargos de mucho poder[68]. Es dentro de esta involución reaccionaria donde hay que contextualizar la ofensiva para imponer al dios representante

64. Ronald Muñoz: *El Vaticano al descubierto*, Edit. GAIA, Caracas 2009, pp. 60-63.

65. François Houtart: *Mercado y religión*, Ciencias Sociales, La Habana 2006, pp. 167-188.

66. María López Vigil: *Camilo camina en Colombia*, Txalaparta, Tafalla 1990, pp. 217-232.

67. David A. Yallop: *En nombre de Dios*, Madrid 1987, p. 225 y ss.

68. Javier García Blanco: *Historia negra de los papas*, Edic. Espejo de Tinta, Madrid 2005, p. 228.

del «orden-ley-violencia» sobre el dios representante del «desorden-deseo-aspiraciones»[69]. Este segundo dios es, según F. Matamoros Ponce, el que simboliza la otra cara, la parte oculta de las religiones, la que expresa las ansias de justicia de las masas creyentes. Según este autor, Benedicto XVI ha cerrado el círculo de la vergüenza al reinstaurar la vieja política vaticana de apoyo a la explotación e injusticia, al igual que lo hizo en 1954 el papa Pío XII con su viaje a la Guatemala ensangrentada por la dictadura salvaje del general Carlos Castillo Armas, a las órdenes de Estados Unidos, que barrió a sangre y fuego las pocas reformas del gobierno de Jacobo Arbenz en 1951-1954, «considerado demasiado peligroso por haber nacionalizado la industria americana del plátano»[70].

Por su propia estructura dependiente de un poder externo, la ética cristiana, en cualquiera de sus versiones, es incapaz de llevar a cabo el principio marxista de que la crítica debe ser crítica consigo misma, es decir, autocrítica, sin detenerse en las consecuencias y sin dudar ante nada. Cuando es un poder externo el que dicta el límite insalvable de la crítica, la libertad queda constreñida a ese límite permitido desde fuera, no es por tanto libertad plena sino parcial y tolerada. Recordemos la prohibición bíblica de que la especie humana pueda comer los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal. Solamente dios define lo que es el bien y lo que es el mal. Por tanto, la dialéctica entre los valores y las violencias queda negada a la especie humana en cuanto tal; y, además, el conocimiento de lo real y el autoconocimiento de la especie humana en su autogénesis, tampoco es posible porque es una fuerza externa la que dirige, limita e impone lo que es cognoscible y lo que no. La trascendencia y exterioricidad del conocimiento que impone la religión viene de maravilla al poder burgués porque legitima la imposibilidad de la crítica práctica del fetichismo de la mercancía. Marx ha relacionado esencialmente el fetichismo de la mercancía con las sutilezas metafísicas, los resabios teológicos, el carácter mistérico, etc., con el reflejo religioso inserto en

69. Fernando Matamoros Ponce: «Dios y lo divino como antagonismos sociales. Benedicto XVI, una herencia de la vergüenza y el dolor», en *Herramienta*, Buenos Aires, nº 37, marzo de 2008, p. 116.

70. Fernando Matamoros Ponce: «Dios y lo divino como antagonismos sociales. Benedicto XVI, una herencia de la vergüenza y el dolor», op. cit., p. 117.

las categorías de la economía política burguesa[71].

No podemos desarrollar aquí por ausencia de espacio, todas las implicaciones de esta problemática crucial para la emancipación humana, sino única y superficialmente la que se refiere a las violencias, a la dialéctica entre fines y medios, y a la ética liberadora. El concepto de alienación es aquí crucial ya que la alienación en cuanto «paso universal del valor de uso al valor de cambio»[72] infecta y pudre la totalidad social, la producción y el conocimiento, de modo que la desalienación va más allá de la lucha contra la teología y la religión[73], también desborda a la necesaria tarea revolucionaria de derrocar al Estado burgués para poder dar un salto cualitativo en la desalienación colectiva e individual durante la fase socialista basada en la democracia directa[74] gracias a los recursos emancipadores que se multiplican conforme se socializa la propiedad privada.

Tras la implosión de la URSS y de su área de influencia, tras la penetración del capitalismo en China Popular, tras toda la experiencia mundial acumulada en las dos últimas décadas, el debate sobre la desalienación y el socialismo puede avanzar con una base material, práctica y teórica mucho más amplia, teniendo en cuenta el veredicto histórico obtenido en estos años. G. Novack insistió antes de la implosión de la URSS en la urgente necesidad de la democracia consejista, directa y horizontal, en la mejora de las condiciones socioeconómicas y culturales, muy especialmente en la reducción drástica del tiempo de trabajo, en el aumento del tiempo libre y en el respeto escrupuloso del derecho de autodeterminación de los pueblos en el interior del «socialismo ruso», como medidas imprescindibles para la desalienación y para avanzar en el socialismo[75]. Su crítica y sus propuestas han resultado proféticas.

71. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol. I, pp. 36-47.

72. Ludovico Silva: *La alienación como sistema*, Alfadil Edic., Caracas 1983, p. 323.

73. István Mészáros: *La teoría de la enajenación en Marx*, Ciencias Sociales, La Habana 2005, p. 179 y ss.

74. István Mészáros: *La teoría de la enajenación en Marx*, op. cit., p. 318.

75. George Novack: *La teoría marxista de la alienación*, Fontamara, Barcelona 1979, pp. 54-78.

En las tres aportaciones sobre la alienación aparece siempre, más directa que indirectamente, la dialéctica entre alienación, desalienación y violencias. Dado que la desalienación es el tránsito generalizado del valor de cambio al valor de uso; dado que este avance conlleva el retroceso de la mistificación fetichista y de sus verborrea teológica a la vez que el avance en una sociedad sin propiedad privada y con una democracia directa, tras el derrocamiento del Estado burgués; y dado que la experiencia histórica confirma que este proceso no está ineluctable y mecánicamente determinado sino que es reversible, pudiendo concluir con el retorno de la alienación, teniendo todo esto en cuenta, hay que concluir que la praxis revolucionaria es imprescindible para el triunfo histórico sobre el fetichismo de la mercancía. Ahora bien, por un lado y hasta ahora, esto no ha sido posible al margen de las luchas violentas ásperas y duras; por otro lado, las violencias reaccionarias y el terrorismo en todas sus formas[76] han sido medios muy poderosos para reinstaurar la alienación en muchos sitios donde había empezado a ser superada mediante las conquistas revolucionarias; y, por último, el reformismo también ha cumplido su tarea apaciguadora y desmoralizadora al separar tajantemente las relaciones entre alienación y violencia explotadora, y desalienación y violencia liberadora.

Vamos a citar solamente dos ejemplos: J. F. Tezanos llega a despotricar contra la opresión y la dominación pero de inmediato limita la lucha por la libertad y por la desalienación al marco democrático-burgués sin decir nada sobre la dialéctica entre desalienación y violencia justa, dialéctica que da contenido a la praxis revolucionaria, vacío que llega a ser clamoroso cuando defiende la necesidad de nada menos que la autogestión[77] citando a Mandel, sin decir que una de las obras de este autor muestra de manera concluyente la presencia directa o indirecta de las violencias entre el capital y el trabajo una vez que este se ha lanzado a la práctica de la autogestión obrera y popular, llegando a enfrentamientos que superan la violencia tradicional para dar el salto a la guerra a muerte, como fue, entre otros muchos, el caso

76. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona 2007, pp. 231-353.

77. José Félix Tezanos: *Alienación, dialéctica y libertad*, Fernando Torres Editor, Valencia 1977, pp. 195-227.

de la II República española[78].

Por su parte, A. Schaff se permite el lujo de hablar sobre la «alienación objetiva», el Estado y la burocracia, sobre la «alienación subjetiva», evitando toda referencia a las formas de desalienación, llegando al límite cuando, a manera de síntesis, analiza las relaciones entre la alienación objetiva y subjetiva poniendo como ejemplo el sentimiento de impotencia de los obreros frente al proceso de producción, sin dedicar ni una sola línea a sugerir siquiera cómo superar en la práctica tal impotencia mediante la praxis revolucionaria contra el poder capitalista[79]. El sentimiento de impotencia frente a la explotación asalariada no puede superarse solo gracias a la voluntad subjetiva, sino sobre todo, sin olvidar lo anterior, gracias a la lucha contra la doble alienación, la objetiva y la subjetiva, lo que a la fuerza y más temprano que tarde llevará al choque violento contra el Estado y las burocracias, además de contra la alienación subjetiva que oprime a la propia clase oprimida desde el interior de su cabeza. Es esta superación simultánea de la alienación objetiva y subjetiva lo que Marx define como «praxis revolucionaria».

Si a los efectos negativos del desarme teórico y de la rendición ética del reformismo, le sumamos los efectos paralizantes de la ética cristiana, comprendemos las dificultades del marxismo para luchar contra la propaganda imperialista sobre el «terrorismo». La ética cristiana no puede aportar absolutamente nada para solucionar esta cuestión, excepto una contradictoria mezcla de apoyo incondicional a la opresión, de lloros e imploraciones sobre una supuesta «paz entre hermanos» y, en el menos malo de los casos, la buena voluntad a veces trágicamente heroica de la Teología de la Liberación.

Pero ni incluso esta tercera alternativa puede llegar a la raíz del problema porque retrocede en el instante supremo de la autocrítica y de la crítica dialéctica, que es la que no retrocede ante nada ni ante sus propias consecuencias. G. Puente Ojea ha escrito sobre la Teología de la Liberación que no es capaz de cuestionar la génesis

78. Ernest Mandel: *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, ERA, México 1974, pp. 298-307.

79. Adam Schaff: *La alienación como fenómeno social*, Crítica, Barcelona 1979, pp. 271-275.

del cristianismo como fuerza política reaccionaria que, bajo la dirección de Pablo de Tarso, depuró la «ética escatológica del Nazareno», que defendía una alternativa radical y visionaria a favor de la rápida instauración del reino de dios en la Tierra. Con Pablo, el cristianismo «se orientó definitivamente –de lo contrario hubiera fenecido– hacia un entendimiento, primero, y una colusión, después, con el orden vigente de dominación económica, social y política de cada momento histórico, con la sola conditio sine qua non de que ese orden proteja, o al menos tolere, a la Iglesia y a sus instrumentos de proselitismo». En el mundo real, sigue el autor, las sociedades se han gobernado según modelos de explotación económica y los análisis de Marx y Engels «siguen siendo ineludibles [...] Aunque Roma parezca querer destruir esta teología –y hostigue sin pudor a algunos de sus exponentes– sabe demasiado bien que posee así *un cuerpo de pastores especializados* en recuperar las clientelas oprimidas del Tercer Mundo, lo que resulta ser una bicoca nada despreciable»[80]. La Iglesia siempre ha tenido especialistas en esta tarea, en la del no pero sí, y el problema sigue siendo no la Teología de la Liberación, sino la liberación de la teología.

ÉTICA Y PROPIEDAD

La ética marxista va más allá que la mera crítica a la religión, ya que su objetivo no es otro que la supresión de la propiedad privada. Este punto crítico marca la divisoria insalvable no solo en lo ético, sino también en lo político y en el derecho, en los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad, y en el resto de problemáticas. Más adelante volveremos a la importancia de la totalidad concreta en la que se desenvuelven estas y otras subtotalidades, pero ahora queremos mostrar la dependencia e interacción mutuas entre propiedad, libertad, igualdad y derecho jurídico. Oriol Maderos ha mostrado cómo la igualdad formal reconocida en las constituciones burguesas norteamericana y francesa de 1776 y 1789, respectivamente, giraban alrededor de la propiedad burguesa, a diferencia de las características jurídicas del esclavismo y del feudalismo. La igualdad burguesa

80. Gonzalo Puente Ojea: *Elogio del ateísmo*, Siglo XXI, Madrid 1995, pp. 285-288.

«establece una tajante desigualdad de clases en la que una minoría propietaria de los medios de producción fundamentales detenta el poder político y asegura a través de sus instituciones jurídicas el mantenimiento de esta situación»[81]. La igualdad socialista, por el contrario, se basa en la propiedad colectiva, lo que abre un campo de libertades concretas desconocido para la igualdad burguesa. Además, al basarse en la propiedad colectiva, la igualdad socialista engarza con originarios y permanentes deseos de la humanidad.

La ética marxista recoge lo fundamental, lo permanente, de las prácticas y de los deseos, de los sueños y de las utopías, sostenidas por las luchas anteriores, por las luchas precapitalistas también, las asume e integra en una visión más precisa. Por ejemplo, Mao dice explícitamente que el objetivo de la lucha comunista es «crear las condiciones en que las clases, el poder estatal y partidos políticos desaparezcan de manera natural, y la humanidad entre en el reino de la Gran Armonía»[82], es decir, una sociedad basada en la propiedad social, sin explotación y opresión de clase, y aunque el socialismo moderno se mueve en un plano cualitativamente diferente no se puede negar que existe una unión, «un vínculo histórico real, aunque este sea tenue e indirecto»[83] con el socialismo moderno. En todas las épocas corroídas por la opresión y explotación siempre han existido, con sus problemas y dificultades de toda índole, utopías y movimientos heréticos que han adelantado componentes de lo que ahora es la ética marxista. Por ejemplo, no hay ninguna diferencia entre la ética marxista y esta declaración de Auguste Blanqui realizada durante uno de sus juicios, en enero de 1832:

> Sí señores, esta es la guerra de los ricos contra los pobres: así lo han querido los ricos, porque son ellos los agresores [...] Se insiste en denunciar incesantemente a los proletarios como ladrones listos para lanzarse sobre las propiedades: ¿por qué? Porque se quejan que se les

81. Oriol Mederos Sasturain: «La igualdad burguesa y la igualdad socialista», en *Política, Ideología y Derecho, Ciencias Sociales*, La Habana 1985, pp. 95-96.

82. Mao Zedong: *Sobre la dictadura democrática popular*, Obras escogidas, Edit. Fundamentos, Madrid 1974, tomo IV, p. 426.

83. Jean Chesneaux: «Las tradiciones igualitarias y utópicas en Oriente», en *Historia General del Socialismo*, Edic. Destino, Barcelona 1976, tomo 1, p. 51.

abrume con impuestos en beneficio de los privilegiados. En cuanto a los privilegiados que viven opíparamente del sudor del proletariado, son legítimos poseedores amenazados de saqueo por un ávido populacho. No es la primera vez que los verdugos se las dan de víctimas[84].

Iremos viendo que, en definitiva, el problema del terrorismo se remite al problema de la propiedad, ya que las clases propietarias de las fuerzas productivas solo tienen el terrorismo como último recurso para mantener su propiedad, para impedir mediante el crimen masivo la socialización de las fuerzas productivas. La crítica de la religión es necesaria en cuanto esta mixtifica y oculta, además que legitimar, la explotación, pero sobre todo porque el componente oficial de la religión defiende la propiedad privada. Lenin, después de reafirmar contundentemente que sí existe una moral comunista, expresó de manera inequívoca la negación de toda moralidad teísta y religiosa por parte de dicha moral comunista:

> «No creemos en Dios, y sabemos muy bien que el clero, los terratenientes y la burguesía hablaban en nombre de Dios para defender sus intereses de explotadores. O bien, en lugar de deducir esta moral de los dictados de la moralidad, de los mandamientos divinos, la deducían de frases idealistas o semiidealistas que, en definitiva, se parecían siempre mucho a los mandamientos de Dios»[85].

Mediante la crítica de la religión se avanza en la crítica de la alienación, si es necesario seguir esa vía. Otras veces no es necesario hacerlo porque se puede avanzar en la desalienación criticando directamente el fetichismo de la mercancía, lo que nos lleva de inmediato al problema de la explotación asalariada y de la propiedad privada, es decir, a la cuestión de los medios revolucionarios. Hemos entrado así al debate sobre los fines y los medios, sobre su dialéctica. Pero antes de continuar es conveniente que redondeemos la explicación del contenido «onto-antropológico» de la ética marxista como componente esencial de la lucha revolucionaria y de la praxis desalienadora, como bien sostiene J. Soto[86].

84. August Blanqui: «Los enemigos de la libertad y de la felicidad del pueblo», en *Los socialistas anteriores a Marx*, G.M. Bravo, Ciencias Sociales, La Habana 1976, tomo I, pp. 215-216.

85. V. I. Lenin: *Tareas de las uniones de juventudes*, Obras completas, Edit. Progreso, Moscú 1986, tomo 41, p. 315.

Por nuestra parte, reafirmamos junto con Lenin la existencia de esta ética frente a quienes desde posturas de izquierda sostienen que «la ética, o, mejor dicho, cualquier ética, es ideología en estado puro. Las éticas no son otra cosa que discursos de justificación directa de la obediencia (o de un tipo de obediencia)»[87]. Aparentemente, esta tesis es de un radicalismo arrasador, pero al leer el libro sorprende su reformismo oculto por la fraseología sobre la democracia, la autogestión, etc. En ningún momento se plantea la cuestión de la propiedad privada y cómo abolirla, aunque una sola vez se habla de que los trabajadores están legitimados para abolir el capital[88], pero en ninguna página aparece la mínima reflexión sobre los problemas cruciales de la «igualdad social»: ¿con qué medidas de fuerza conquistarla y conservarla? ¿Será necesaria la violencia justa para abolir el capital? ¿Qué hacer cuando se adelante la violencia opresora para masacrar a quienes quieren abolir el capital?

Por ejemplo, cuando plantea cómo acabar con los «monopolios de decisión» propone «ir construyendo una forma de vida basada en la participación democrática que nos haga posible retirar nuestra colaboración del monopolio y conseguir que este se desplome como un edificio al que le fallaran los cimientos. Valga como ejemplo lo que le ocurrió a la extinta Unión Soviética»[89]. No vamos a extendernos en una crítica de estos tópicos del reformismo pacifista vulgar disfrazado de radicalismo antiético; en cuanto a su referencia a la Unión Soviética sí queremos decir que una de las razones de su implosión fue precisamente la de la previa desaparición de la ética marxista en la práctica colectiva en todos los aspectos, a pesar de algunos textos tardíos precisamente elaborados para recuperarla. Conviene leer la lúcida aportación sobre este particular realizada por I. Mészáros sobre la urgencia de volver a la fusión entre ética y crítica revolucionaria de la política y del poder para todo proyecto socialista[90], sin olvidar el ya

86. Justo Soto Castellanos: *La ética de Marx y el marxismo*, http://www.rebelion.org, 27 de abril de 2009.

87. Aurelio Sainz Pezonaga: *Contra la ética, por una ideología de la igualdad social*, Debate, Barcelona 2002, p. 31.

88. Aurelio Sainz Pezonaga: *Contra la ética, por una ideología de la igualdad social*, op. cit., p. 18.

89. Aurelio Sainz Pezonaga: *Contra la ética, por una ideología de la igualdad social*, op. cit., p. 61.

putrefacto de la URSS de Gorbachov.

Sin embargo, existe una ética marxista que choca contra todas las formas de la ética burguesa que en modo alguno cuestiona la propiedad privada sino que, a lo sumo y en sus versiones menos reaccionarias, se limita a exponer las diversas opciones éticas con respecto a la propiedad privada aunque reconociendo, y esto es muy significativo, que hay otras sociedades en las que el derecho de propiedad está limitada en cuanto al abuso individual «en beneficio de las colectividades sociales» sobre todo en los «bienes raíces», los fundamentales para la producción económica. Tales restricciones colectivas existían en el derecho germánico y se mantuvieron todavía en parte del derecho feudal en beneficio de la propiedad de los pequeños campesinos libres[91]. El autor no dice nada de que esas restricciones existían en otros modos de producción, y tampoco dice nada sobre que el triunfo de la ética de la propiedad privada absoluta solo se logró mediante un prolongado terrorismo imprescindible para el triunfo de la burguesía, como veremos al estudiar la crítica de Marx al terrorismo inherente a la acumulación originaria de capital.

El panorama no mejora en otras versiones de la ética progresista. Por ejemplo, A. Doménech elude con sorprendente naturalidad el problema del poder de clase de un Estado obrero y popular en el período de tránsito del capitalismo al socialismo, cuando habla del supuesto salto que existe entre el Marx «republicano» y el Marx «liberal»[92]; el primero sería el crítico implacable de la dominación y el segundo el que asume la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas para garantizar la llegada del comunismo. Llevado el pseudo problema a estos extremos, rota la unidad del método marxista, el autor puede saltar de un extremo a otro sin tener que nombrar lo innombrable: que el movimiento de la totalidad social contradictoria y la coherencia del método conllevan la acción interna de la praxis, de la conciencia lúcida de la inevitabilidad de un poder

90. István Mészáros: «Ética y política en el marxismo: el caso de Gorbachov», en *Dialéctica*, México, Año XVI, nº 25, primavera 1994, pp. 22-29.

91. Maximilian Forschner: *Diccionario de ética*, O. Höffe (ed.), Crítica, Barcelona 2004, pp. 223-225.

92. Antoni Doménech: *De la ética a la política*, Crítica, Barcelona 1989, pp. 330-335.

obrero y popular que sea la expresión de la violencia justa y progresista que, además de otros logros, garantice que no se produzca el vacío por el que se ha hundido Doménech.

Es otra la pirueta en el vacío del silencio que ha realizado F. Fernández Buey para huir de la realidad que ahora nos interesa, la de las éticas, las violencias y el terrorismo, ya que, por un lado, reduce la solución marxista a este problema a un «punto de vista»[93], el clasista o populista que compara con otros, el legalizador, el analítico o fenomenológico, el pacifista radical, el de la desobediencia y la objeción insumisa, etc.; es decir, como un supermercado de los «puntos de vista» sobre la «guerra y la paz», cualquier consumidor de ideologías puede comprar, usar y tirar la que le apetezca en ese momento, limitándose el autor a ofrecerle las mercancías de moda de la forma más neutral posible. Por otro lado, en el capítulo dedicado a la «democracia» absolutamente todo lo que ha escrito antes, y en lo que no podemos entrar ahora, se hunde cuando, arrodillado, claudica con estas palabras: «una vez admitidas las reglas del juego democrático»[94], y sigue con su perorata. ¿Y qué aporta la ética de este señor si las explotadas y explotados no aceptan las «reglas del juego democrático»? ¿Justificar que se las impongan con sangre y que las acepten mediante el terror?

Incluso un texto más explícito sobre la ética marxista, aunque sea solo en su título, como es el de J. Sempere, retrocede espantado al apoliticismo más utópico al bordear el problema clave de la ética en los contextos regidos por la violencia explotadora. El autor empieza afirmando con razón que la ética recorre todo el marxismo, superando con creces en este aspecto a otras filosofías modernas. Ahora bien, el autor ve dos deficiencias en la mayoría de los textos marxistas sobre ética: una, que falta una teoría de la personalidad, «de la complejidad del alma humana» y, otra, que el marxismo ha «pagado el precio de *hiperpoliticismo*»[95] en lo relacionado con la ética. Y por hiperpoliticismo

93. Francisco Fernández Buey: *Ética y filosofía política*, Edic. Bellaterra, Barcelona 2000, pp. 153-194.

94. Francisco Fernández Buey: *Ética y filosofía política*, op. cit., p. 259.

95. Joaquim Sempere: «Marx, marxismo y ética», en *Mientras Tanto*, nº 16-17, Barcelona 1984, pp.

entiende la excesiva preocupación por el poder, por la construcción del poder obrero y popular, es decir, en síntesis, el problema del Estado, lo que ha llevado al marxismo a la «subvaloración de las restantes dimensiones de la acción social». Hemos visto que «el ideal de vida» del marxismo es la lucha, pero ¿qué lucha? ¿Contra qué opresiones? ¿Con qué objetivos, estrategias y tácticas? Reducir la importancia clave de la política en el marxismo y en su ética, es retroceder al socialismo utópico o al reformismo, sobre todo cuando en ningún momento del artículo se plantea la realidad objetiva y subjetiva de las violencias, de la coerción sorda capitalista. ¿Puede existir una teoría de la personalidad sin una teoría de la explotación y de sus violencias? No, pero el autor huye de esta realidad.

No debe sorprendernos la incapacidad de estos y otros muchos tópicos intelectualistas sobre la ética para entrar a fondo en el problema de la propiedad privada. Incluso un autor de la valía de A. MacIntyre, que no duda en reconocer el interés de clase en el origen de la ética en la Grecia clásica, mostrando la indiferencia de Sócrates hacia el asesinato de esclavos[96], por no hablar de su crítica a Platón, incluso este autor patina cómicamente a la hora de exponer la ética de Marx achacándole dos ausencias: una, la de una ética para el movimiento obrero, una exposición del papel de la moral en la lucha revolucionaria; y, otra, una ausencia idéntica sobre el papel de la moral en el socialismo y en el comunismo[97], aunque la carencia más estrepitosa de este autor es la inexistencia de un estudio específico del problema de la propiedad en la historia de las éticas, aunque reconozca que esta cuestión cobró importancia desde el siglo XVIII con la escuela británica, especialmente con Locke.

A. Torres del Moral reconoce que en Marx y Engels la ética aparece por todas partes, aunque nunca de forma positiva, explícita y acabada en un texto especialmente dedicado a ella; afirma que Marx y Engels denunciaron siempre implacable y críticamente la moral oficial burguesa, la dominante[98]. Sin embargo, aunque en el título de su libro

187-193.

96. A. MacIntyre: *Historia de la ética*, Paidós, Barcelona 1982, p. 30.

97. A. MacIntyre: *Historia de la ética*, op. cit., p. 207.

este autor alude directamente al poder, solo trata del poder político desarraigado del poder económico, es decir, del poder decisivo que otorga la propiedad privada de las fuerzas productivas. Se trata, así, de un poder limitado, cojo, de fácil crítica porque esta no debe llegar al nudo gordiano: el poder político como garante último del poder económico mediante su control y dirección de las fuerzas represivas que aplican las violencias y el terrorismo. solo una visión tan limitada y cómoda del poder explica los intentos del autor por convencernos que su concepto de «política» es la fuente de la moral[99], cuando la política real es simplemente la economía concentrada.

No queremos extendernos aquí con reseñas críticas de la ética burguesa más idealista y abstracta, la que nunca se ensucia con la grasa de la producción, con la sangre de la lucha social, y la que nunca tiene en cuenta la esencia explotadora de todo sistema basado en la propiedad privada, como por ejemplo las éticas que se centran en la «filosofía del lenguaje» desde una perspectiva en la que se mezclan dosis de platonismo con dosis de kantismo, produciendo ordenaciones de las modas éticas que vienen muy bien a la casta intelectual asalariada que vive de fabricar sistemas éticos sobre, por ejemplo, cómo valorar el comportamiento de una criada que en vez de quitar el polvo de los muebles, como es su «deber», prefiere meterse en la cama sin cumplir con su obligación, lo que acarrea toda una dinámica de responsabilidades morales, de órdenes dadas al mayordomo por la grande dame para que este presione a la criada que puede terminar sintiendo miedo ante la posibilidad de castigo, y un «sentimiento de culpa» que perdurará en el tiempo[100].

La ética marxista resuelve este «problema» dando la razón a la criada, acusando al mayordomo de colaboracionista con la grande dame, proponiendo que esta y el conjunto de sirvientas y sirvientes tomen el poder de la mansión, expropien a la propietaria y enjuicien al mayordomo, y declaren a la mansión como bien colectivo al servicio del pueblo, administrado por un soviet o consejo. Hemos citado el

98. A. Torres del Moral: *Ética y poder*, Azagador, Madrid 1974, pp. 131-146.

99. A. Torres del Moral: *Ética y poder*, op. cit., pp. 312-313.

100. R. M. Hare: *Ordenando la ética*, Ariel, Barcelona 1999, pp. 17-22.

caso de la sirvienta expuesto en el libro referido porque nos lleva del problema de la propiedad al de las violencias y las formas de resolverlas: ¿qué hace el propietario al ver que la sirvienta no limpia y sí duerme? ¿Castigarla? ¿Expulsarla? ¿Cómo reacciona la sirvienta? La dialéctica nos ayuda a resolver estas y otras cuestiones, pero siempre que no reduzcamos su potencial revolucionario y la desnaturalicemos en simple dialógica.

Esto es lo que hace R. Maliandi cuando expone lo que denomina «método dialéctico» en ética, diferente a los métodos fenomenológico, analítico, hermenéutico y transcendental. Pero desvirtúa del todo la dialéctica, al menos en su forma hegeliana y sobre todo marxista, al aceptar la tesis de que el método dialéctico en ética «expresa la exigencia racional (constitutiva ya de la razón "analítica") de resolver los conflictos o, al menos, de regularlos cuando se revelan como insolubles»[101]. Ni Hegel ni los marxistas sostienen esta amputación de la dialéctica, de su esencia «destructiva» como ha explicado antes K. Kosik, siguiendo a Marx. Al contrario, la dialéctica no es dialógica, sino que se orienta hacia el salto cualitativo, hacia la pugna material entre los polos irreconciliables, entre el amo y la sirvienta, de modo que, tarde o temprano, estalla el conflicto con la victoria de uno u otra.

La dialéctica no regula los conflictos, los exacerba hasta hacerlos estallar. Por eso la dialéctica de la moral es la moral de la dialéctica, porque la lucha de contrarios está activa en ambas y la ética es la ética de la lucha permanente, construyendo el sentido de la vida y su felicidad, que es lo mismo que decir lucha y praxis revolucionaria. Ahora bien, la felicidad y el sentido ético de la vida según el marxismo chocan abiertamente con el poder explotador y con su Estado de clase, de manera que toda ética que plantee como fin y como objetivo remozar el Estado hasta hacerlo un «Estado feliz» es una ética reformista pero burguesa. Así le ocurre a la ética defendida por E. Guisán que propugna nada menos que conseguir «el Estado justo como Estado feliz»[102] olvidándose totalmente del problema de la propiedad, y especialmente de saber qué clase social controla y dirige

101. Ricardo Maliandi: *Ética: conceptos y problemas*, Edit. Biblos, Buenos Aires 2004, p. 88.

102. Esperanza Guisán: *Razón y pasión en la ética*, Anthropos, Barcelona 1990, p. 345 y ss.

ese «Estado feliz», la clase de la propietaria de la mansión o la clase de la sirvienta explotada por la propietaria.

Imaginémonos por un instante que el «Estado feliz» pueda lograrse mediante la ética del «mínimo común moral»[103] que se establece con la mutua concesión de los valores éticos de las partes sociales existentes. Cada una cede lo que sea inaceptable para las demás hasta encontrar ese mínimo moral común que les une. Pero las dudas surgen al poco tiempo: ¿qué y hasta dónde puede ceder la ama de la mansión ante las exigencias de la sirvienta que se niega a limpiar? ¿Cuál es el límite de la paciencia y del aguante de la sirvienta ante las exigencias de la grande dame y del colaboracionismo del mayordomo y la posibilidad de castigo? O dicho crudamente ¿pueden ceder lo mismo la propietaria y la sirvienta? El autor de la propuesta de la moral mínima pactada entre el explotador y la explotada no dice nada sobre este particular, y lo peor es que incluso se permite el lujo de citar a la Revolución francesa silenciando sus espeluznantes masacres, el hecho de que fuera precisamente en esta revolución cuando se inventó y se usó el concepto de «terrorismo»[104] por las fuerzas progresistas, como veremos en su momento. Tanto para la propietaria de la mansión, y para el mayordomo que le ayuda, como para la sirvienta, surgen en esos momentos tres problemas clásicos en la historia de las éticas: el de la definición de las violencias justas e injustas, el de la dialéctica entre los fines y los medios, y el del mal menor necesario.

VIOLENCIA JUSTA (I)

Hemos estudiado la ética y la propiedad antes que la violencia en cualquiera de sus formas porque esta no se puede entender si no se parte de los fundamentos anteriores. El debate sobre la violencia justa o injusta recorre la historia del pensamiento humano desde el origen

103. Norbert Bilbeny: *La revolución en la ética*, Anagrama, Barcelona 1997, pp. 168-177.

104. George Labica: *Violencia dominante, violencia dominada*, http://www.lahaine.org, 19 de febrero de 2009.

de la desigualdad social, de la opresión. Sin embargo, la ideología burguesa elude esta constante e incluso la niega abiertamente al negar la existencia de la explotación humana. Un caso patente de elusión del debate mediante el truco de no citar la existencia de la opresión e injusticia estructurales nos lo ofrece A. J. Bellamy que no usa nunca los conceptos de esclavo, esclavismo, explotación de los esclavos, rebeliones esclavas, etcétera, en las veinte páginas que dedica a exponer su teoría de las guerras justas en Grecia y Roma[105], del mismo modo que más adelante tampoco recurre nunca a los de clase campesina, burguesa y obrera, a los de lucha de clases, a los de liberación nacional, y menos aún a los de capitalismo e imperialismo. Naturalmente, la teoría marxista de la violencia tampoco existe. Son estas realidades que no existen, o que si existen se las expulsa del libro, de modo que la supuesta «guerra justa» queda reducida a una abstracción.

Lo malo que tiene escapar de la realidad es que, más pronto o más tarde, esta reaparece pese a los esfuerzos por ocultarla o por justificar la propia hipótesis. Bellamy reconoce abiertamente que no se puede elaborar una teoría única de las éticas, guerras justas y «terrorismos» porque existen tantas definiciones como escuelas e intereses sociales, pero dice que la suya es válida porque es «una descripción holista de la guerra justa»[106], es decir, que abarca lo mejor de las tres principales corrientes al respecto, el derecho natural, el derecho positivo y el realismo. Sin embargo, su esfuerzo resulta inútil al carecer de una sustentación teórica objetiva de la historia mundial, sustentación que solamente la puede ofrecer el materialismo histórico, el marxismo. Surge aquí el mismo problema que se plantea con el del eclecticismo bueno o malo. Engels se reía de la «sopa ecléctica» cocinada solo con lo que nos gusta, y D. Guerrero asume el eclecticismo bueno, el empleado por Marx y otros intelectuales, y que en el campo de la economía política gira alrededor de la teoría del valor-trabajo[107]. El holismo de Ballamy no se basa en una realidad

105. Alex J. Bellamy: *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, FCE, Madrid 2009, pp. 41-61.

106. Alex J. Bellamy: *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, op. cit., p. 347.

107. Diego Guerrero: *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Edic. RyR, Buenos Aires 2008, pp. 26-27.

objetiva definible teóricamente, sino en la mala mezcolanza de las tres corrientes citadas, elaboradas, todas, por castas de intelectuales pertenecientes o cercanos a los poderes establecidos.

Al no utilizar nunca conceptos como capitalismo e imperialismo, y menos todavía el imprescindible de modo de producción, Bellamy no puede dar una definición apropiada del «no combatiente» porque para ello necesita los conceptos de propiedad privada, explotación de clase y nacional, Estado, contrainsurgencia, etc., lo que anula su definición de terrorismo: «el ataque deliberado a no combatientes con fines políticos»[108]. Tiene que moverse en el filo del equívoco cayendo la mayor parte de las veces por el lado del error y de la generalización absoluta manipulable por el poder, como ocurre cuando intenta sentar doctrina sobre los «terrorismos» de Al Qaeda, Israel, Palestina y Congreso Nacional Africano[109], el dirigido por Nelson Mandela. Por no extendernos, la debilidad del holismo de Bellamy aparece tristemente en su interpretación de «la intervención humanitaria»[110] como doctrina reciente, en la que no hace ninguna referencia a las necesidades estratégicas de los imperialismos, especialmente del norteamericano, ni menos aún a las causas históricas de los conflictos que analiza, causas que siempre nos remontan a la expansión criminal del capitalismo por el mundo.

Por el contrario, nosotros hemos empezado directamente con el problema de la injusticia, de la propiedad y de las éticas opuestas, y vamos a seguir asentando las bases histórico-sociales sobre las que toma raíces nuestra tesis. Veamos un ejemplo histórico aplastante e incuestionable sobre qué es la violencia injusta y sobre por qué es éticamente justa la violencia de los oprimidos: «La matanza de los indios en el pueblo de Caonao, durante la expedición de Narváez y Las Casas por el interior de la isla, comenzó cuando numerosos indios estaba reunidos en “la casa grande” del poblado»[111]. Nos encontramos

108. Alex J. Bellamy: *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, op. cit. pp. 211-220.

109. Alex J. Bellamy: *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, op. cit. pp. 225-241.

110. Alex J. Bellamy: *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, op. cit., pp. 323-343.

111. Ramiro Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana 1985, p. 7.

ante la forma clásica de proceder de los invasores españoles que buscaban desesperadamente oro y plata, o cualquier otro material que rindiera altos beneficios. Atacaron el lugar donde los autóctonos almacenaban el excedente social acumulado, y los exterminaron.

En la isla de Santo Domingo se produjo una larga resistencia victoriosa dirigida por Guarocuya desde 1498, llamado Enriquillo en castellano, que venció siempre a todos los ataques españoles, y que logró firmar un tratado de paz después de entregar a los invasores el oro que les había quitado y que los indios no usaban[112]. En la isla de San Juan se sublevaron los indios en 1511 dirigidos por varios caciques, entre los que destaca Agueybana II que, junto a los restantes, morirá en combate[113]. En 1513 se sublevó el cacique Cenaco para recuperar las tierras arrebatadas por Núñez de Balboa; las luchas continúan a pesar de morir Cenaco y de llegar Pizarro con más tropas porque se sublevan otras tribus dirigidas por Secativa, Tubanava, Bea, Guaturo, Corobari y otros. En otra zona de lo que hoy se denomina Panamá se sublevó, en 1520, el cacique Urraca, apoyado por otros grupos de indios[114]. En Puerto Rico, conquistado entre 1508 y 1511, las rebeliones indias fueron masacradas de inmediato y toda su población autóctona fue exterminada por la guerra, el hambre, la enfermedad y la explotación en menos de cuarenta años: este rápido genocidio hizo que ya para 1513 los españoles tuvieran que introducir esclavos africanos[115].

Desde entonces:

> El conflicto entre indios y españoles se encuentra entre los más característicos, desde el nacimiento de la sociedad colonial. En el siglo XVI, durante la conquista, la primera actitud de los indios fue frecuentemente la de la resistencia armada. Organizado el imperio colonial, distribuida la mano de obra en distintos sistemas de trabajo forzado, la resistencia asume dos formas básicas: la defensa de sus

112. Kintto Lucas: *Rebeliones indígenas y negras en América Latina*, Edit. Quincenario Tintají 2004, Libros Libres, pp. 6 y 7, www.rebelión.org

113. Kintto Lucas: *Rebeliones indígenas y negras en América Latina*, op. cit., pp. 7-8.

114. Kintto Lucas: *Rebeliones indígenas y negras en América Latina*, op. cit., pp. 9-11.

115. James C. Crockcroft: *América Latina y Estados Unidos*, Ciencias Sociales, La Habana, p. 377.

> derechos dentro del sistema legal, exigiendo el cumplimiento de las leyes de Indias, mediante pleitos judiciales que a menudo resultaban largos y engorrosos; o, vista la ineficacia de la vía legal, la insurrección[116].

A lo largo de estas luchas y resistencias, los españoles recurrieron a dos métodos bastante efectivos para alienar y derrotar a los pueblos indios: expropiarles sus tierras colectivas e imponerles la religión cristiana, con lo que destruían sus bases materiales y simbólicas de reproducción de su identidad colectiva. Sin embargo, «lo más notable», pese a todo lo hecho por los españoles y occidentales, es que los indios «continúan empecinados en seguir vivos, siendo indios, conservando su identidad»[117].

Un militar como Napoleón, conquistador e invasor, que imponía a los pueblos que ocupaba la pesada carga de alimentar y dar aposento a los ejércitos franceses, conocía muy bien los límites de la paciencia cuando el ser humano es avasallado y explotado. Es muy famosa su crítica a Julio César, asesino en serie al que volveremos al analizar el terrorismo esclavista, por sus atrocidades en la Galia, contra el Senado de Vannes en concreto:

> Estos pueblos no se habían sublevado; habían entregado rehenes; habían hecho promesa de mantenerse al margen de toda contienda; pero estaban en posesión de su libertad y de todos sus derechos. Habían dado, ciertamente, motivos a César para hacerles la guerra, pero no para violar el derecho de gentes ni para abusar de la victoria de manera tan atroz. Esta conducta no era justa y menos aún política, porque tales medios nunca conducen a nada práctico y solo se consigue con ellos exasperar y sublevar a los pueblos. El castigo de algunos jefes es todo lo que autoriza la política y la justicia; el buen trato a los prisioneros es una de las reglas importantes que se deben observar[118].

Napoleón habla desde la perspectiva del invasor que dicta las

116. Ciro F. S. Cardoso y H. Pérez Brignoli: *Los métodos de la historia*, Crítica, Barcelona 1981, p. 322.

117. Benito R. Narvaja y Luisa V. Pinotti: *Violencia, población e identidad en la colonización de la América hispana*, Endeba, Buenos Aires 2001, p. 60 y ss.

118. Julio César: *La guerra de las Galias (con notas de Napoleón)*, Orbis, Barcelona 1986, p. 66.

leyes «justas» y los «derechos» de los pueblos vencidos, concediéndoles algunas libertades para mantenerlos en la sumisión mediante una hábil dosificación del miedo y del terror, suavizando esta situación con la concesión de algunos derechos menores. En una carta a su hermano José en 1806, le advertía que: «Tened esto muy en cuenta en vuestros cálculos, que, quince días antes o después, os enfrentaréis a una insurrección. Es un hecho que se produce constantemente en un país conquistado»[119]. Para reprimirlas, Napoleón prefería aplicar en la medida de lo posible varias medidas previas, desde el empleo de aliados y colaboradores hasta la represión salvaje en caso extremo, pasando por algunas concesiones oportunas. Sobre este particular, S. Woolf ha escrito que: «En todos los tiempos y bajo todos los regímenes, la resistencia armada es siempre un último recurso»[120].

Hemos recurrido a Napoleón para encuadrar la enorme distancia existente entre la concepción burguesa de la violencia justa e injusta, según la sintetizó este general autoproclamado emperador en 1804, y la marxista. Sabemos que, en la realidad, los ejércitos franceses no respetaron apenas ningún derecho de los pueblos que ocupaban, excepto los de sus aliados y colaboracionistas. Sus abusos fueron tantos que, unido a otros factores, terminaron por acelerar una reacción militar masiva contra la ocupación francesa, subvencionada y promovida también por Gran Bretaña. Pero podemos recurrir a la propaganda norteamericana sobre la Segunda Guerra Mundial, la de 1939-1945 según la cronología eurocéntrica, para completar el argumento. J. R. Pauwels ha desmitificado la propaganda «democrática» yanqui sobre esta guerra, según la cual Estados Unidos llevó la libertad a Europa y Asia a costa de miles de muertos no por razones económicas sino por un supuesto espíritu democrático. Como demuestra el autor, la burguesía norteamericana, reaccionaria hasta la médula, quería la guerra y manipuló a su pueblo para entrar en ella buscando exclusivamente fortalecer el imperialismo yanqui. No fue una «guerra buena» sino una guerra interimperialista por el reparto del mundo, en la que la URSS se vio involucrada en contra de su

119. Stuart Wolf: *La Europa napoleónica*, Crítica, Barcelona 1992, pp. 302-303.

120. Stuart Wolf: *La Europa napoleónica*, op. cit., p. 298.

voluntad al ser invadida salvajemente. De todas las cosas buenas de este libro, ahora debemos destacar su afirmación de que en las condiciones presentes, a comienzos del siglo XXI, no tiene sentido el absentismo neutralista, de que es inútil la pasividad y la espera pacifista frente a la guerra de conquista lanzada por el imperialismo: «de esta clase de ocupación solo podemos librarnos nosotros mismos»[121].

Desde el marxismo, resulta imposible teóricamente y es reaccionario política y éticamente establecer un corte absoluto entre, por un lado, la definición de violencia justa e injusta y, por otro, la dialéctica entre fines y medios y el debate sobre el mal menor necesario. Como veremos más adelante, cuando expongamos con un poco más de detalle el método dialéctico, siempre debemos simultanear metodológicamente en la medida de lo posible, en cada problema que estudiemos, el momento del análisis y el momento de la síntesis, sabiendo que el pensamiento creativo es un proceso desigual y combinado por el simple hecho de que también lo es la historia[122]. El momento del análisis realiza el estudio concreto en su especificidad, aislándolo relativa y fugazmente de la totalidad en la que está inserto, pero sabiendo siempre que es esta totalidad englobante la que dota de sentido histórico profundo al problema concreto. El momento de la síntesis es el de la puesta en común de lo que une a todos los análisis separados, mostrando que fuera de su fugaz quietud son parte de una totalidad. Un investigador progresista cristiano ha expresado así la dialéctica entre el análisis y la síntesis en su estudio sobre la violencia, mostrando la interacción de todos los problemas que analizamos aquí dentro de la totalidad en la que chocan la injusticia y la justicia, las clases sociales y la lucha de clases, la lucha armada insurgente y la represión militar, el secuestro, la tortura y el asesinato terrorista, la recuperación de locales y empresas privadas para devolverlas al pueblo, etc.:

> Al remitir la violencia a cada contexto social histórico se descarta la posibilidad de aceptar un enfoque epidérmico, formalista, que no

121. Jacques R. Pauwels: *El mito de la guerra buena*, Hiru Argitaletxe, Hondarribia 2002, p. 301.

122. George Novack: *Para comprender la historia*, Ed. Pluma, Buenos Aires 1975, pp. 97-150.

pondera el significado concreto de cada acto de violencia con respecto a la totalidad social, particularmente por los efectos que produce. Uno de los planteamientos más falaces es el de condenar la violencia «venga de donde venga», haciendo tabla rasa de su génesis, significación y consecuencias. No es de sorprender que este tipo de planteamientos provenga de instancias sociales que pretenden situarse por encima de los conflictos, aunque se encuentren vinculados a las fuerzas en el poder. Una cosa es el soldado muerto en el enfrentamiento con fuerzas insurgentes, y otra muy distinta es el sindicalista sacado de su casa, torturado y asesinado por cuerpos policiales adictos a un régimen. Una cosa es la ocupación por la fuerza de un edificio público o de una fábrica en demanda de reivindicaciones gremiales, y otra muy distinta atacar a los huelguistas o a unos manifestantes con bombas y fusiles automáticos. Poner en el mismo saco, conceptual y valorativo, unos hechos y otros es un mecanismo ideológico que ignora el enraizamiento y la naturaleza histórica de los actos de violencia[123].

Respetando la exigencia del método, empezamos por el debate de las diferencias irreconciliables entre las violencias justas y las injustas, para lo que vamos a ver algunos casos históricos expuestos cronológicamente. El 19 de enero de 1917, antes de la revolución bolchevique, Lenin escribió una carta a Inés Armand defendiendo su tesis del derrotismo revolucionario, de que los comunistas de los Estados imperialistas debían trabajar para que sus correspondientes ejércitos perdieran la guerra y la convirtieran en guerra civil y en guerra revolucionaria contra sus propias burguesías. Lenin se enfrentaba a muerte con la tesis de la «defensa de la patria» practicada por los reformistas de todos los Estados, por los mencheviques y socialrevolucionarios en Rusia y por una parte significativa de la dirección bolchevique, decididos a seguir luchando contra Alemania. Lenin dice que:

Las guerras son una cosa archiabigarrada, variada, compleja. No se las puede enfocar con un patrón general. (I) Tres tipos fundamentales: relación de la nación oprimida con la nación opresora (toda guerra es la continuación de la política; la política es la relación entre las naciones, las clases, etc.). Como regla general, la guerra es legítima por parte de la nación oprimida (independientemente de que

123. Ignacio Martín Baró: *Poder, ideología y violencia,* Edit. Trotta, Madrid 2003, p. 81.

> sea defensiva u ofensiva en el plano militar). (II) Relaciones entre las naciones opresoras. Luchas por las colonias, mercados, etc. (Roma y Cartago; Inglaterra y Alemania en 1914-1917). Como regla general, la regla de este carácter es un saqueo por ambas partes; y la actitud de la democracia (y del socialismo) ante ella está comprendida en la máxima de «si pelean ladrones, que perezcan los dos»… (III) Tercer tipo. Sistema de naciones iguales en derechos. El problema es *¡¡¡muchísimo más complicado!!!* Sobre todo si, además de las naciones civilizadas, relativamente democráticas, existe el zarismo. Así ocurrió (aproximadamente) en Europa desde 1815 hasta 1905[124].

Para facilitar el entendimiento de la complejidad de la guerra y de las violencias, más adelante veremos algo de la dialéctica materialista e histórica. Ahora queremos decir que la legitimidad de la violencia, de la guerra, radica en qué bando se encuentra el atacado y por qué lo es, en cuáles son los objetivos que busca el atacante, el invasor. Partiendo de este criterio básico es como se puede avanzar en el resto. En una situación verdaderamente crucial de la guerra contra las tropas contrarrevolucionarias, y animando al Ejército Rojo, Trotsky dice que:

> Se trata de saber a quien pertenecerán las casas, los palacios, las ciudades, el sol, el cielo: si pertenecerán a las gentes del trabajo, a los obreros, a los campesinos, a los pobres, o a la burguesía y a los terratenientes, los cuales han intentado de nuevo, dominando el Volga y el Ural, dominar al pueblo obrero[125].

Como se aprecia, los objetivos de la lucha revolucionaria abarcan la totalidad de lo existente, desde las ciudades y sus casas hasta el sol y el cielo entero.

La revolución bolchevique supuso el paso decisivo que ponía a la humanidad trabajadora en el punto de bifurcación de caminos, en la crisis de surgimiento de lo nuevo o de retroceso a lo viejo en su peor forma de expresión. Fue así porque atacó y destruyó la esencia de la

124. V. I. Lenin: «De una carta a Inés Armand», en *Acerca de las guerras justas e injustas*, Edit. Progreso, Moscú 1985, p. 97.

125. Lev Trotsky: «La significación de la toma de Kazán en el curso de la guerra civil», en *Escritos militares*, Ruedo Ibérico, París 1976, tomo 1, p. 253.

civilización capitalista, la propiedad privada de las fuerzas productivas en una doble fase: en la primera atacó el mito de la «guerra justa» de 1914-1918, proponiendo la paz justa y democrática entre los pueblos y, sobre todo, transformar la guerra imperialista en guerra civil; y, muy poco después, la revolución declaró que se «abolirá inmediatamente la propiedad terrateniente y se entregará la tierra al campesinado. Establecerá el control obrero sobre la producción y la distribución de los productos y el control de todo el pueblo sobre los bancos, al mismo tiempo que transformará estos en una única empresa del Estado»[126]. La burguesía mundial nunca ha perdonado al bolchevismo semejante atrevimiento e incluso ahora, hundida la URSS, el bolchevismo sigue siendo un enemigo a exterminar.

En otra situación igualmente crítica, Lenin dirige una carta a los Consejos Obreros alemanes en plena revolución, preguntándoles si «han formado los Consejos de los obreros y sirvientes por sectores de la ciudad, si han armado a los obreros, si han desarmado a la burguesía, si han aprovechado los almacenes de ropa y de otros artículos y productos para ayudar inmediata y ampliamente a los obreros, sobre todo a los braceros y a los campesinos pobres, si han expropiado las fábricas y las riquezas de los capitalistas en Munich, asimismo las haciendas agrícolas capitalistas de sus alrededores, si han abolido las hipotecas y el pago de arriendo para los pequeños campesinos, si han duplicado o triplicado los salarios a los braceros y a los peones, si han confiscado todo el papel y todas las imprentas con el objeto de editar octavillas populares y periódicos para las masas, si han implantado la jornada de seis horas para que los obreros dediquen otras dos o tres a la gestión pública, si han estrechado a la burguesía de Munich para alojar inmediatamente a los obreros en casas ricas, si han tomado en sus manos todos los bancos, si han tomado rehenes de la burguesía, si han fijado una ración de comestibles más elevada para los obreros que para la burguesía, si han movilizado totalmente a los obreros para la defensa y para hacer propaganda ideológica por las aldeas de los contornos. La aplicación, con la mayor prontitud posible y en la mayor escala, de estas y otras medidas semejantes, conservando los Consejos de los obreros y de los braceros, y, en

126. V. I. Lenin: *Resolución del 25 de octubre de 1917*, Obras completas, op. cit., tomo 35, p. 4.

organismos aparte, los de los pequeños campesinos, su iniciativa propia, deben reforzar la situación de ustedes. Es necesario establecer un impuesto extraordinario para la burguesía y conceder a los obreros, a los braceros y a los pequeños campesinos, en seguida y a toda costa, una mejora real de su situación»[127].

Como vemos, Lenin ha sintetizado en un solo párrafo lo esencial de la teoría y de la práctica revolucionaria, lo decisivo del proceso de recuperación por la mayoría de lo que es de la mayoría porque es ella la que lo ha producido. Frente a la lógica de la privatización burguesa, impuesta por la violencia opresora, se yergue la expropiación de los expropiadores para volver pública y colectiva, común, la riqueza que es del pueblo. Como se constata, existen diferencias insuperables entre la expropiación y privatización de lo comunal por la burguesía, y la recuperación y colectivización de lo comunal privatizado por parte del pueblo trabajador. La definición de Lenin debe ser completada por otra de Gramsci sobre la misma cuestión:

> Pero la solución concreta e integral de los problemas de la vida socialista no puede proceder más que de la práctica comunista: la discusión común que modifica simpáticamente las consciencias, unificándolas y llenándolas de activo entusiasmo. Decir la verdad, llegar juntos a la verdad, es realizar acción comunista y revolucionaria. La fórmula «dictadura del proletariado» tiene que dejar de ser una mera fórmula, una ocasión para desahogarse con fraseología revolucionaria. El que quiere el fin, tiene que querer también los medios[128].

Tanto en Italia, como en Alemania, se vivía un proceso revolucionario que atacaba la raíz de la propiedad burguesa mediante la praxis de los consejos, las comunas y los soviets, como antes había ocurrido en la revolución bolchevique y en otras luchas precedentes, y como seguirá ocurriendo luego en todos los procesos revolucionarios. En Alemania y en Italia, y en otros países, la burguesía recurrió al terrorismo en su forma nazi-fascista para asegurar que la burguesía

127. V. I. Lenin: *Saludo a la República de los Consejos de Baviera*, Obras completas, op. cit., tomo 38, pp. 343-344.

128. A. Gramsci: «Democracia obrera», en *Debate sobre los consejos de fábrica*, Anagrama, Barcelona 1977, p. 71.

siguiera siendo propietaria a título privado de las fuerzas productivas.

Entre la revolución alemana de 1918-1919 y el siguiente caso que vamos a exponer transcurren dos décadas en las que se sucedieron multitud de otros ejemplos de violencias justas y necesarias que sería prolijo exponer, desde las luchas contra el fascismo italiano, incluida la resistencia etíope, hasta la lucha contra el nazismo alemán, incluida la lucha polaca de 1939, pasando por la lucha contra el franquismo sin hablar de otros muchos conflictos en el resto de continentes. Pero hemos preferido dar el salto hasta la resistencia europea contra el nazifascismo en 1939-1945 porque, de un lado, ha sido sistemáticamente tergiversada y olvidada y, por otro lado, porque ahora mismo, con el aniversario en 2009 del comienzo de la guerra en 1939, hay toda una campaña internacional de minusvalorar o negar el crucial papel de las fuerzas progresistas y comunistas en la derrota del nazifascismo y, sobre todo, en barrer para siempre la historia de la violencia armada antinazi.

Russell Miller no habla ni de terror ni de terrorismo nazi, ni tampoco de violencia revolucionaria por parte de la resistencia europea entre 1940-1945, sino solamente de «violencia patriótica» para calificar lo que hacían quienes se enfrentaban a los ocupantes[129]. Pese a esta manera indirecta y tímida de nombrar ciertas prácticas ahora estigmatizadas, es innegable que todos sabemos qué quiere decir «violencia patriótica» en el caso de un pueblo ocupado militarmente, aunque los nazis definieran como «terroristas», «criminales», «asesinos», etc., a estos luchadores. Un ejemplo que ilustra la victoria de la derecha en la lucha por imponer su terminología, en este caso su definición de terrorismo, lo tenemos a partir de aquí. R. Miller habla de «violencia patriótica» manteniendo así abierta de par en par la puerta de la investigación progresista sobre lo que realmente fue la violencia defensiva antinazi y su legitimidad ética y política tan incuestionable como actual. Nos encontramos frente al debate histórico de la calificación ético-moral y política de la violencia, debate que aparentemente se enreda y embarulla si leemos, por ejemplo,

129. Russell Miller: «La Resistencia I», en *La Segunda Guerra Mundial*, TimeLife Folio, Barcelona 1996, p. 18.

la investigación realizada por P. Biddiscombe sobre la organización clandestina nazi Werewolf, creada a finales de 1944 con el objetivo de mantener la lucha armada contra los Aliados tras la ocupación.

Entre otros objetivos, Werewolf pretendía manipular el miedo ante la ocupación aliada desde 1945 en la población alemana y multiplicarlo para lograr lo que el nazismo consiguió tras los años de extrema lucha de clases entre 1918 y 1923, que se creara un movimiento nacionalista contrarrevolucionario alemán que revirtiera la situación, que facilitara y acelerara la futura victoria de la extrema derecha racista[130], y en cierta forma logró una recuperación de la legitimidad del nazismo entre sectores del pueblo alemán desde otoño de 1945, como lo confirman los estudios de los Aliados, con el resurgimiento de bandas armadas nazis o pronazis tras el desorden causado por la ocupación en primavera de ese mismo año[131].

Hay, por tanto, dos «violencias patrióticas» porque ambas se practican por colectivos que quieren defender a su país contra la ocupación que padecen. Pero les separa una diferencia abismal e insuperable: la de la justicia de la causa por la que luchan. Llegamos así a una de las exigencias del método marxista, la de incluir la axiología, los valores éticos y morales, en el interior mismo del método de pensamiento, de la epistemología o gnoseología, dentro de su cuerpo teórico en cuanto tal, especialmente en la conexión entre la teoría de la explotación y la filosofía de la praxis, exigencia que cumpliremos luego. Quiere esto decir que el método marxista nos impulsa a ir más allá de las definiciones válidas pero parciales, para llegar a una concepción dialéctica del problema que analizamos.

Si nos limitásemos a una primera y única definición, nos contentaríamos con desarrollar las diferencias insalvables entre la «violencia patriótica» de la resistencia europea antinazi y el de la «violencia patriótica» de los nazis contra las tropas Aliadas en la Alemania derrotada y ocupada. Pero incluso así, limitándonos a este nivel válido pero superficial, el mismo método marxista nos obligaría

130. Perry Biddiscombe: *Los últimos nazis*, Enédita Editores, Barcelona 2005, p. 173.

131. Perry Biddiscombe: *Los últimos nazis*, op. cit., p. 261 y ss.

a profundizar por debajo de la inicial apariencia hasta llegar a la propiedad privada habiendo pasado antes por la cuestión de las dos éticas irreconciliables y de las dos naciones irreconciliables dentro de una misma nación, es decir, por la realidad de los colaboracionistas con los nazis, por un lado, y de los alemanes antinazis que estaban deseando el triunfo de los Aliados. Pero antes de avanzar tanto, detengámonos en las muy necesarias reflexiones de Ph. Burrin que sostiene que:

> Toda ocupación extranjera es una intromisión brutal, masiva, en la vida de una sociedad. Impone una autoridad y exige una obediencia que ya no se fundamenta ni en la tradición ni en el consenso. Perturba las redes y las rutinas de la vida colectiva, pone a los grupos e individuos ante decisiones a las que las circunstancias confieren gravedad [...] Las tropas enemigas se instalan en su territorio, circulan por sus calles, entran y salen de sus casas. Dirigen su vida cotidiana e incluso perturban el orden del tiempo: apenas llegado, el invasor impone su propio ritmo de vida. Esta presencia, obtenida por la fuerza de las armas y mantenida del mismo modo [...] ¿qué podía hacer sino resignarse, someterse al poder triunfante y ajustarse a él? Pese a su rechazo interior, los propios resistentes debían mantener la apariencia en beneficio de su acción clandestina, esperando que una fuerza superior trajese la liberación y restaurase la normalidad. Adaptación por necesidad, mal menor pagado frecuentemente con el compromiso, del que no siempre resulta fácil decir cuándo se convierte en implicación. Pero la adaptación, pese a su elasticidad, no se limitó a formas mínimas. De haber sido así, el recuerdo de esa época sería muy borroso. A diferencia de la guerra, que trajo consigo muertes, ruinas y sufrimientos, la ocupación produjo heridas no tanto físicas, como morales y políticas, y estas heridas todavía no han logrado cicatrizar. A decir verdad, una situación como aquella pone a prueba a una sociedad. Tanto más si esa sociedad está surcada por tensiones y divisiones sobre qué es lo bueno y lo justo, o simplemente si la persecución de los intereses personales y corporativos prevalece sobre el interés general. Y tanto más si, mediante una política diferenciada, el ocupante interviene en este estado de cosas para sacar provecho de él, provocándolo e intensificándolo al mismo tiempo que rentabilizándolo, reprimiéndolo y persiguiéndolo[132].

La intromisión masiva que supone toda ocupación de un territorio,

132. Philipe Burrin: *Francia bajo la ocupación nazi* 1940-1944, Paidós, Barcelona 2003, pp. 13-14.

de un pueblo, nación o Estado, es tanto más brutal cuanto mayores son el expolio y el saqueo a que es sometido por el ocupante. Hemos recurrido premeditadamente a la ocupación del Estado francés por Alemania porque nos permite una visualización más próxima y directa de la práctica del terrorismo, ya que una parte de dicho Estado corresponde a Euskal Herria, es decir, a su vez, el Estado invadido ocupaba –y sigue ocupando– a otros pueblos, como el vasco, el bretón, el corso, el occitano, el catalán, por ceñirnos a Europa. Pues bien, como muestra G. Kolko:

> A lo largo de 1943, Francia fue saqueada sin contemplaciones, mientras que el saqueo de la Europa conquistada fue «impresionante», aumentando en extensión e intensidad conforme nos trasladamos hacia la Europa del Este. A partir de 1944 el expolio se multiplicó porque Alemania se llevaba cantidades crecientes de comida y toda serie de bienes y productos, originando hambrunas devastadoras en naciones como Grecia en la que murieron de hambre 360.000 personas de un total de 7.200.000. No creamos que en la Europa occidental no pasó otro tanto: solo en Amsterdam murieron de hambre por la rapiña nazi no menos de 25.000 personas al final de la guerra. Pero la esquilmación de la Europa eslava, de Polonia por ejemplo, fue inimaginable. ¿Por qué y para qué semejante arrasamiento? Según el autor al que recurrimos, los nazis buscaban evitar que el pueblo alemán volviera a padecer el hambre y la carestía sufridas desde 1916 en adelante, y que propiciaron sucesivas luchas revolucionarias para lo que decidieron sacrificar en su beneficio la Europa que ocupaban. Buscando evitar el peligro comunista, los nazis se propusieron fundamentalmente mantener el elevado nivel de vida de Alemania durante el mayor tiempo posible, y lo consiguieron[133].

Este mismo autor expone más adelante la sistemática política de expolio de los japoneses en Asia, especialmente en Vietnam, en donde se estableció una doble opresión nacional sobre el pueblo vietnamita. Los japoneses mandaban sobre los colaboracionistas franceses de Vichy, que también obtenían una parte pequeña pero valiosa del expolio inmenso de los recursos vietnamitas. El doble expolio extranjero, en el que el imperialismo japonés se llevaba la mayor

133. Gabriel Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Paidós, Barcelona 2005, pp. 173-189.

parte, motivó que, entre finales de 1940 y comienzos de 1941, en Vietnam estallaran sublevaciones populares que fueron aplastadas por el ejército francés[134], que no luchaba contra los japoneses sino contra los vietnamitas, en un claro ejemplo de supeditación de un imperialismo vencido a otro vencedor para oprimir al pueblo ocupado por ambos.

Japón se llevó todo lo que pudo de Vietnam, especialmente arroz. Unido a los efectos destructores de la anterior ocupación francesa, la indiferencia de Japón y de Vichy por mantener mínimamente operativos los diques y canales vietnamitas fue una de las causas de la devastadora hambruna que exterminó a centenares de miles de vietnamitas tras los tifones de verano de 1944 y el aumento de los saqueos de arroz: «Los niños fueron abandonados o vendidos, y las autoridades de las ciudades tuvieron que retirar diariamente cadáveres para evitar una epidemia de tifus. En el campo, en cambio, nadie retiró los muertos, pues los vivos no podían darles sepultura. [...] El número real de víctimas estuvo entre 1,5 y 2 millones, esto es, alrededor de la quinta parte de la población total de Tonquín. A principios de 1945, los pueblos del norte de Vietnam se habían convertido en pueblos fantasma»[135].

G. Jackson ha escrito que en el oeste de Europa, el trato alemán a la población civil buscó combinar la explotación económica con una oferta formal de pago; pero que en el este de Europa «desde el momento que Polonia fue atacada en septiembre de 1939 y en mucha mayor escala después de la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, los alemanes llevaron a cabo una concienzuda Vernichtungskrieg, una guerra de aniquilación, que pretendía destruir a las elites, convertir en semiesclava a toda la población local y proporcionar tierras para los asentamientos de alemanes»[136]. Como se aprecia, estamos ante un objetivo planificado a muy largo plazo

134. AA.VV.: *El movimiento obrero internacional*, Edit. Progreso, Moscú. 1986, tomo 5, p. 681.

135. Gabriel Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, op. cit., pp. 277-278.

136. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2008, pp. 256-257.

destinado a explotar de forma sistemática a los pueblos eslavos en beneficio de Alemania, a quitarles sus tierras y fuerzas productivas y a exterminar su capacidad de recuperación mediante la destrucción de sus elites. ¿Cómo valorar entonces, visto lo visto, las violencias de los invasores y de los invadidos? Pero antes de contestar a lo obvio, debemos decir que la ingenuidad y la ignorancia no deben hundirnos en la creencia de que no se han repetido las atrocidades nazis, cuando ahora mismo asistimos a otras brutalidades idénticas en el fondo aunque sean diferentes los objetivos concretos e inmediatos que buscan. En vez de tierras de cultivo para los campesinos alemanes, el imperialismo actual busca otras cosas en Iraq, Afganistán y otros países.

R. Miller ha estudiado la resistencia en la Europa ocupada por el nazismo, describiendo cómo fueron los inicios muy tempranos de las primeras acciones de lo que define como «violencia patriótica», dice que:

> En el otoño de 1940 la oposición local a la ocupación se endurecía cada vez más. En Burdeos, unos marineros escupieron a oficiales alemanes y lo pagaron con un año de prisión. Los nacionalsocialistas holandeses dijeron que durante una marcha por un barrio obrero de Rotterdam «les llovieron tejas y macetas y otros objetos domésticos innombrables, con su contenido». Algunos patriotas osados se convirtieron en saboteadores aficionados. Un francés cortó unos cables telefónicos alemanes: fue ejecutado. Un joven danés, no espantado por la pena de muerte por el sabotaje, usaba bombas incendiarias de azúcar, ácido y cloruro de calcio para destruir los coches alemanes del estado mayor. Más importante aún fue que muchos patriotas que iban por libre empezaron a unir sus fuerzas, operando contra los alemanes sobre una base organizada. Con la difusión y coherencia de estos grupos militantes la resistencia finalmente se hizo mayor de edad[137].

El concepto de «violencia patriótica» no debe llevarnos a engaño en el sentido de que la resistencia era practicada únicamente en sus formas violentas: «Los primeros movimientos de oposición fueron [...] poco más que una muestra de insolencia que habitualmente aportaba

137. Russell Miller: «La Resistencia I», en *La Segunda Guerra Mundial*, Time Life Folio, Barcelona 1996, p. 18.

más satisfacción a su autor que molestia al ocupante», y sigue detallando prácticas de resistencia pasiva, de denuncia de la ocupación y de ejercicio de las libertades perdidas, como, por ejemplo, la de aquel fotógrafo parisino que en el escaparate de su tienda en la place d'Italie expuso en un lugar destacado una gran foto del mariscal Petain, que acababa de firmar la rendición ante Alemania, con el rótulo de «Vendido». Según el autor al que estamos siguiendo: «Puede que tales incidentes no produjeran más que una sonrisa subrepticia, pero eran, sin embargo, importantes. Reducían el estatus del ocupante, estimulaban otros desafíos y reforzaban la moral de la gente frente a la humillación nacional»[138]. Hasta aquí, el ocupante nazi aplicaba dosis relativamente pequeñas de violencia terrorista, obedeciendo al sabio criterio de que es contraproducente intentar matar moscas a cañonazos, y los alemanes continuaron así hasta el otoño de 1940 e incluso trataron, en este período, de engatusar a los franceses con una política cultural supuestamente integradora.

En cierta forma, los ocupantes alemanes lograron al principio que la resistencia francesa y europeo-occidental en su conjunto, fuera muy tenue, testimonial y aislada. En el caso francés, G. Jackson reconoce, junto a otros muchos historiadores, que en verano de 1940 la mayoría del país estaba de acuerdo con Petain sobre la imposibilidad de seguir la guerra; que gran parte de las clases medias, de la burguesía en su conjunto por decirlo más rigurosamente, y del campesinado pensaba que el laicismo y el abandono del tradicional fervor por la familia y el suelo eran la causa de la decadencia francesa: «y mucha gente perteneciente a todas las clases, incluidos los intelectuales más ilustres, se sintió tentada por una especie de aceptación masoquista de la superior vitalidad alemana»[139]. Hay que tener muy en cuenta aquí el irresponsable, dogmático y colaboracionista papel jugado por el PCF ante la ocupación nazi hasta la invasión de la URSS por Alemania. Si bien muchas bases comunistas estaban deseando iniciar la guerra de resistencia contra el invasor, la dirección estalinista del PCF impuso una política de pasividad ante el ocupante, siguiendo las

138. Russell Miller: «La Resistencia I», en *La Segunda Guerra Mundial*, op. cit., p. 26.

139. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2008, p. 260.

órdenes de Moscú, lo que generó muchas tensiones y abandonos de militancia. Incluso cuando la derrota alemana en la batalla de Inglaterra animó a algunos franceses a colaborar tímidamente[140] con las nuevas redes de salvamento de paracaidistas aliados, comenzando así el componente estrictamente francés de la resistencia, incluso entonces el PCF seguía con los brazos cruzados.

Para el componente progresista y democrático del nacionalismo francés de la época, lo peor era que, en realidad, gran parte de la primera resistencia armada empezó a manos de los refugiados europeos antinazis, alemanes, italianos, polacos, españoles, vascos, catalanes, etc., que sabían mejor que nadie lo que les esperaba si no se defendían mediante la violencia armada. Pero lo fundamental, desde la perspectiva que ahora nos interesa, es que la estructura organizativa clandestina[141] que el PCF tenía resistió bien que mal tanto la severa crisis interna como las represiones desencadenadas antes incluso de la invasión alemana, y la propia represión nazi, de modo que en verano de 1941 estaba en condiciones de constituirse en la primera fuerza guerrillera, ganándose rápidamente el prestigio y la legitimidad que antes había perdido[142]. Aún así, durante el primer año la resistencia fue un «semifracaso»[143], siendo muy pequeña, desorganizada e ineficaz frente a las infiltraciones represivas.

Una vez que el ocupante se cerciora de que tales métodos, esa tenue tolerancia siempre vigilante y que golpea en determinados momentos, no sirven para detener el aumento de la resistencia interviene con ferocidad inaudita. En nochebuena de 1940, los alemanes pegaron carteles en París informando de la ejecución de un joven ingeniero llamado Jacques Nosergent por haber pegado a un alemán. Constatado el fracaso de las dosis bajas y medianas del «terror calculado» y de la «pedagogía del miedo», los alemanes activaron decididamente los niveles más altos, llegando pronto a los

140. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, op. cit., p. 260.

141. Claude Lévy: «El socialismo en la Europa de Hitler durante el período de la segunda guerra mundial», en *Holocaust and Genocide Studies*, Destino, Barcelona 1982, tomo 3, pp. 482-483.

142. Fernando Claudin: *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, París 1970, p. 293.

143. Henri Bernard: *Historia de la Resistencia europea*, Orbis, Barcelona 1986, p. 132.

absolutos, y en determinados casos a los totales. Bien pronto, los resistentes: «sabían que siempre estaban a merced de los informadores y que serían cazados constantemente por un enemigo despiadado con recursos enormes y habilidad probada de perseguir y aplastar a la oposición»[144]. Aún así, la represión nazi en Europa occidental nunca llegó al extremo de inhumanidad genocida practicado masivamente contra los pueblos eslavos, no solo contra los judíos.

Peor aún, los nazis supieron volver contra los pueblos resistentes a la peor escoria de estas naciones, a los colaboracionistas, algunos de cuyos jefes y soldados fueron ejecutados por los nazis directamente o en los campos de concentración y muchas unidades disueltas, no por sus atrocidades, sino porque se excedieron más allá de lo permitido: la violación de mujeres alemanas[145]. Al igual que en otros muchos momentos, la evolución de las violencias defensivas en prácticamente toda la Europa ocupada, así como en muchos de los Estados nazifascistas y militaristas aliados con Alemania[146], terminó rigiéndose por la ley del desarrollo desigual y combinado, por la tendencia a la mejor interacción de todas las formas de lucha y por la tendencia a la mejora de su efectividad aprendida en la misma práctica. Es por esto que G. Kolko da fe de «las múltiples formas de resistencia existentes en los distintos países»[147] europeos.

La «violencia patriótica» antinazi era necesaria, progresista y justa porque luchaba contra el terrorismo del ocupante, terrorismo que tenía como uno de sus objetivos prioritarios saquear por la fuerza las reservas alimentarias de los pueblos ocupados, sometiéndoles a hambrunas devastadoras, para alimentar a la población alemana intentando evitar así un estallido revolucionario como el de 1918. Vemos que fueron los intereses de la burguesía imperialista alemana los que estaban por debajo de ese terrorismo brutal, y veremos a lo largo de este libro cómo el terrorismo ha sido una constante histórica

144. Russell Miller: «La Resistencia I», en *La Segunda Guerra Mundial*, op. cit., p. 29.

145. Christopher Ailsby: *Mercenarios de Hitler*, Libsa, Madrid 2006, p. 122.

146. AA.VV.: *El movimiento obrero internacional*, op. cit., pp. 601-669.

147. Gabriel Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Paidós, Barcelona 2004, p. 214.

siempre que un grupo social pretende vivir bien a costa de la explotación de otro grupo. Pero además de esto, la «violencia patriótica» tiene más razones que la justifican y que se resumen en los efectos materiales, morales, psicológicos y culturales que produce la «ocupación extranjera» tal como la ha definido Ph. Burrin. La ocupación extranjera produce heridas profundas que tardan tiempo en cerrarse, si es que se cierran alguna vez. Luchar contra la ocupación extranjera es la única forma posible de empezar a cerrar cuanto antes esas heridas, haciéndolo además desde su misma raíz, o sea, recuperando el orgullo colectivo, la dignidad y la alegría vital del pueblo vencido e invadido.

VIOLENCIA JUSTA (II)

Vamos a saltar otras dos décadas y vamos a pasar de Europa al Caribe americano, para leer las palabras que Fidel Castro dirigió al pueblo cubano al comienzo de la invasión de tropas contrarrevolucionarias pagadas y entrenadas por Estados Unidos el 17 de abril de 1961:

> ¡Adelante cubanos! A contestar con hierro y fuego a los bárbaros que nos desprecian y que pretenden hacernos regresar a la esclavitud. Ellos vienen a quitarnos la tierra que la revolución entregó a los campesinos y cooperativistas; nosotros combatimos para defender la tierra de los campesinos y cooperativistas. Ellos vienen a quitarnos de nuevo las fábricas del pueblo, los centrales del pueblo, las minas del pueblo; nosotros combatimos para defender nuestras fábricas, nuestras centrales, nuestras minas. Ellos vienen a quitarles a nuestros hijos, a nuestras muchachas campesinas, las escuelas que la revolución les ha abierto en todas partes; nosotros defendemos las escuelas de la niñez y del campesinado. Ellos vienen a quitarles al hombre y a la mujer negros la dignidad que la revolución les ha devuelto; nosotros luchamos para que todo el pueblo mantenga esa dignidad suprema de la persona humana. Ellos vienen a quitarles a los obreros sus nuevos empleos; nosotros combatimos por una Cuba liberada con empleo para cada hombre y mujer trabajadores. Ellos vienen a destruir la patria y nosotros defendemos la patria[148].

Pocas veces se puede encontrar una definición tan brillante de lo que es el excedente social colectivo recuperado por un pueblo insurgente y sobre el enorme peligro que supone para el imperialismo el potencial emancipador de una lucha de liberación nacional que no duda en llegar al problema crucial: ¿quién es «propietario» de Cuba, el pueblo trabajador cubano o la burguesía norteamericana? Hablamos del insoportable peligro que ya entonces suponía Cuba para el imperialismo porque este era consciente del potencial revolucionario que había crecido antes y durante la lucha independentista. Fidel Castro ha dicho recientemente que la invasión de 1961 estaba decidida antes de que llegara Kennedy a la presidencia porque era parte de un plan previo tomado por la administración Eisenhower, para «destruir la Revolución, a pesar de que esta aún no tenía un carácter formalmente socialista»[149]. Dicho con otras palabras, Estados Unidos no podía permitir que el pueblo cubano recuperara la propiedad de su país, que estaba prácticamente en manos de la burguesía yanqui a través de la acción intermediaria del gobierno mafioso y podrido de Batista.

Para frenar en seco la perceptible tendencia hacia el socialismo, los yanquis decidieron adelantarse y atacar la isla, aunque «formalmente» todavía no era socialista. Una vez más, solo la dialéctica nos explica la dinámica tendencial al socialismo y el papel de las violencias reaccionarias y terroristas o revolucionarias y defensivas, en su triunfo o fracaso. Desde entonces, contra Cuba, Estados Unidos ha realizado casi todo, excepto hasta ahora otra segunda invasión. A lo largo de un riguroso estudio de los métodos empleados por Estados Unidos contra la isla, Dax Toscano dice que:

> El imperialismo miente de forma descarada cuando dice que lucha contra el terrorismo. La realidad ha demostrado que el gobierno norteamericano organiza, financia y respalda a las organizaciones de criminales sanguinarios y contrarrevolucionarios que atentan contra el pueblo cubano[150].

148. Fidel Castro: *La Revolución Cubana 1953/1962*, ERA, México 1975, p. 331.

149. Ignacio Ramonet: *Cien horas con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana 2006, p. 305.

150. Dax Toscano Segovia: *El modelo de propaganda imperialista contra Cuba*, Casa de la Cultura

El siguiente caso al que acudimos no trata de una resistencia material y violenta colectiva en el sentido común de las palabras, es decir, acciones armadas en el sentido lato, sino de una resistencia intelectual a la vez que material, pacífica y no violenta, pero revolucionaria, realizada por una persona de la talla de A. Sastre quien, en un texto reciente, ha repetido unas muy esclarecedoras palabras sobre el «terrorismo» dichas con anterioridad, en aquellos tiempos, sabiendo que la lucha contra la ignorancia es y debe ser una tarea permanente y, en especial, en todas las cuestiones en las que los valores, la ética y la moral, manifiestan abiertamente su conexión sustantiva con el método de pensamiento racional y crítico. Es por esto que Sastre repite lo que sigue en un texto sobre la función crítica de los intelectuales:

> De este modo abordamos, ya en 1949, el tema del «terrorismo» (1949), y luego hemos insistido tanto en él como en la tortura; y esto tanto en la literatura como en el teatro; y así mismo en nuestra vida social y política. Por cierto, que en algún momento de tantos, yo dije algo que muy bien se puede recordar hoy, y que siempre viene a cuento cuando oímos las opiniones bien-pensantes «contra el terrorismo»; y es que se llama terrorismo a la guerra de los débiles, y guerra –y hasta «guerra limpia»– al terrorismo de los fuertes[151].

La dialéctica permite realizar críticas radicales, que llegan a la raíz de los problemas, y la raíz es el ser humano mismo. Lo visto hasta ahora en lo relacionado con la naturaleza justa de la violencia de los empobrecidos, que se sintetiza maravillosamente en estas últimas palabras de A. Sastre, nos permite contrastar la violencia liberadora con la opresora mediante el análisis crítico de la definición de «terrorismo internacional», extraída del documento «Política y lineamiento del FBI», del 16 de febrero de 1999, y que aparece en el libro Estado villano, de W. Blum. Antes de seguir debemos advertir que más adelante, cuando estudiemos el papel insustituible del Estado, ofreceremos otra definición de «terrorismo» extraída de un documento del colectivo Lau Haizetara Gogoan. Por su parte, el FBI define el terrorismo internacional como «el uso ilegal de la fuerza o la violencia

Ecuatoriana, Quito 2005, p. 89.

151. Alfonso Sastre: *Los intelectuales y la utopía*, Debate, Madrid 2002, p. 39.

ejercida por parte de un grupo de personas o individuos, que tienen alguna conexión con una potencia extranjera o cuyas actividades transcienden las fronteras nacionales, contra personas o propiedades, para intimar o coaccionar a un gobierno, a la población civil o a cualquier segmento de estos, para la consecución se objetivos sociales o políticos»[152]. ¿Qué es el «uso ilegal» de la fuerza, teniendo en cuenta que la ley es producto de la violencia previa? La legalidad internacional vigente en 1999 era el producto de la fuerza imperialista dominante a escala mundial, con honrosas excepciones revolucionarias.

Para el FBI y para Estados Unidos, la legalidad internacional es su propia ley capitalista, y cuando esta ley internacional no le conviene, la desoye y la conculca como lo demuestra el capítulo 19 del mismo libro, «Los EEUU contra el mundo en las Naciones Unidas». Por otra parte, casi siempre ha existido «alguna conexión con una potencia extranjera» en el uso de la violencia, y Estados Unidos debe su libertad en parte a las grandes ayudas militares y políticas dadas por los reinos francés y español durante su guerra de independencia contra Gran Bretaña. Además ¿quién y cómo se han fijado las «fronteras nacionales» en la mayoría inmensa de los Estados existentes en 1999 si no fue la guerra de conquista y rapiña, el terror y el terrorismo inherente a la invasión militar, o a las negociaciones entre potencias imperialistas para repartirse el mundo jugando con los pueblos que habitaban los territorios que ellas troceaban y unían como un puzzle? ¿Cómo ha obtenido y fijado sus propias fronteras Estados Unidos sino es mediante la guerra, el soborno y la compra en el menor de los casos? Más aún ¿cuántas naciones, pueblos, etnias y confederaciones tribales ha exterminado Estados Unidos, o reducido prácticamente a la nada, para crear su nación blanca, burguesa y cristiana?

Pero el punto crucial es la frase «contra personas o propiedades» porque lo de «personas» solo le importa al capitalismo, y a Estados Unidos, en la medida en que son fuerza de trabajo explotable o porque son parte de la gran burguesía, infinitesimal porcentaje de la población

152. William Blum: *Estado villano*, Edic. Abril, La Habana 2005, pp. 54-55.

total de la humanidad[153]. Lo que realmente importa en esta definición de terrorismo internacional es el concepto clave de «propiedad», es decir, de la propiedad privada de las fuerzas productivas. Tener en «propiedad» un cochecito utilitario y hasta un piso propio, con sus electrodomésticos, e incluso algunos ahorritos logrados tras muchos años de trabajo, no es nada comparativamente hablando con la verdadera propiedad privada de las fuerzas productivas, que está en manos de una infinitesimal porción de los habitantes del planeta. Lo que define la propiedad privada es el salto cualitativo que permite a una persona utilizarla para montar un negocio con el que vivir explotando a otras personas, es decir, pasar a ser parte de la clase explotadora. Se produce aquí, en el momento de pasar de ser explotado a ser explotador, de ser obrero a ser patrón, lo que en dialéctica se denomina salto cualitativo. Un cambio en calidad que afecta a todas las facetas de la vida y de la realidad social, incluida la ética y la moral, las religiones y las creencias, desde los primeros balbuceos de las utopías sociales en respuesta a los primeros efectos de la inicial propiedad privada[154]. El marxismo siempre ha sostenido que el problema de la propiedad es el decisivo en todos los sentidos y que los comunistas «apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente. En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que esta revista»[155].

La dialéctica nos exige bucear por debajo de la apariencia y penetrar en el movimiento de lo que a simple vista es estático, inmóvil; y nos facilita a la vez elevarnos de lo abstracto, en este caso de la vaciedad engañosa de la definición de terrorismo dada por el FBI, a lo concreto de la realidad que sufrimos. Es un proceso doble y unido: por un lado, bajamos a la raíz del problema para descubrir su realidad y la trampa que lo abstracto oculta, y a la vez subimos

153. Antonio Fernandez Lunardi: *Los ricos más ricos del planeta también lloran*, http://www.aporrea.org, 13 de marzo de 2009.

154. AA.VV.: «Las utopías socialistas hasta la revolución industrial», en *Historia general del socialismo*, Edc. Destino, Barcelona 1976, tomo I, pp. 26-254.

155. Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1978, tomo I, p. 140.

a un nivel superior de concreción científico-crítica, entrando en una nueva fase del proceso de conocimiento y de acción, de la praxis. Hemos visto que la definición dada por el FBI está vacía de contenidos concretos, es abstracta, y hemos visto que oculta la realidad histórica. Hemos visto que el problema crucial es lo que se oculta dentro de la abstracción «propiedad». La dialéctica nos exige llenar de contenido esa vaciedad que beneficia al imperialismo. Cada vez son más los movimientos populares y sociales, las organizaciones progresistas y revolucionarias que, a escala mundial, se movilizan para que se redacte una Declaración Universal del Bien Común de la Humanidad[156] que defienda lo poco que va quedando de bienes esenciales y comunes –agua, comida, salud, bosques, aire, lenguas y culturas populares, etc.– y que pase a la ofensiva buscando que estos bienes comunes y colectivos –comunistas– pasen a ser declarados como necesidades-de-derecho-humano-básico.

Sin embargo, el imperialismo está lanzado en el sentido contrario, en la privatización de absolutamente todo, en transformar en propiedad privada todo lo que existe. Recientemente, Estados Unidos ha ejercitado una vez más el terrorismo al bloquear el agua limpia a Haití, mientras que, como ejemplo de la creciente lucha mundial por los derechos y las necesidades humanas, en Turquía ha fracasado el sueño imperialista de decretar la privatización universal del agua[157], componente imprescindible para la vida en general. Lo que está en juego, en realidad, es el núcleo del problema, a saber ¿qué clase de propiedad: socialista y desmercantilizada o capitalista y mercantil? D. Bensaïd piensa que:

> La cuestión central de la desmercantilización es, por consiguiente, la de las formas de apropiación y de las relaciones de propiedad, cuya gratuidad (de acceso a los servicios públicos o a los bienes comunes) no es más que un aspecto. Es la privatización generalizada del mundo –es decir, no solamente de los productos y los servicios, sino de los conocimientos, de lo vivo, del espacio, de la violencia– lo que hace

156. François Houtart: *Por una declaración Universal del Bien Común de la Humanidad*, http://www.rebelion.org, 24 de abril de 2009.

157. Ernesto Carmona: *Estados unidos bloquea el agua limpia en Haití y en Turquía fracasa la gran fiesta por la privatización universal del agua*, http://www.rebelion.org, 20 de mayo de 2009.

> de todo una mercancía vendible. Se asiste así, a mayor escala, a un fenómeno comparable a lo que se produjo a principios del siglo XIX con una ofensiva en toda regla contra los derechos consuetudinarios de los pobres: privatización y mercantilización de bienes comunes y destrucción metódica de las solidaridades tradicionales (familiares y aldeanas ayer, de los sistemas de protección social hoy)[158].

Pues bien, siguiendo el método dialéctico ocurre que W. Blum nos explica en su libro que:

> en 1982 y 1983, los EEUU estuvieron solos al votar contra una declaración de que la educación, el trabajo, la salud, la adecuada alimentación y el desarrollo nacional son derechos humanos. Parece que trece años después las actitudes oficiales estadounidenses aún no se han «suavizado». En 1996, en la Cumbre Mundial de la Alimentación, patrocinada por las Naciones Unidas, los Estados Unidos tomaron una posición negativa ante una afirmación de la cumbre sobre «el derecho de todas las personas a tener acceso a alimentos seguros y nutritivos». Los Estados Unidos insistieron en que no reconocían «un derecho a la alimentación». En su lugar, Washington resultó un paladín del libre comercio como la clave para poner fin a la pobreza como raíz del hambre, y expresó temores de que el reconocimiento a un «derecho a la alimentación» podía conducir a procesos legales por parte de naciones pobres en busca de ayuda y disposiciones comerciales especiales[159].

En el capitalismo, el «derecho a la alimentación» está supeditado y pospuesto al «derecho a la propiedad privada», y al «derecho de compra» de todo aquello que sea mercantilizable, del agua, del oxígeno, de la tierra y de la cultura.

Por esto mismo, recientemente los pueblos de Oaxaca han declarado contundentemente que «el agua y la tierra no se venden»[160], lo que es inaceptable para el imperialismo. R. Zibechi ha estudiado a fondo la lucha de las naciones andinas por la defensa del agua como bien colectivo, como derecho humano básico e imprescindible,

158. Daniel Bensaïd: *¿La salud tiene un precio? ¿Y el conocimiento? ¿Existe un derecho incondicional al alojamiento, a la educación?*, http://www.kaosenlared.net, 4 de septiembre de 2009

159. William Blum: *Estado villano*, op. cit., p. 243.

160. Daniel Arellano Chávez en http://www.diagonal.net, 19 de septiembre de 2009.

llevada a cabo desde el año 2000 en Bolivia. Las transnacionales imperialistas, con el apoyo de la burguesía boliviana y de su Estado, querían apropiarse de los recursos vitales del país, como el agua y el gas. La defensa del agua movilizó al pueblo trabajador que desarrolló una impresionante experiencia autoorganizativa que abarcaba a todas las problemáticas relacionadas con el consumo del líquido vital: «Se trata de buscar un nuevo modelo de gestión que vaya más allá de la gran empresa estatal, que resulta muy difícil de gestionar y controlar, y que se apoye en la cultura comunitaria y su larga experiencia en el manejo de los bienes comunes»[161]. Y el pueblo lo logró.

Hemos llenado de contenido real el vacío que existe en la definición del FBI y hemos descubierto así que Estados Unidos, y el imperialismo en general, hacen lo contrario de lo que dicen, que su legalidad es la ilegalidad inhumana aplicada a los pueblos y clases explotadas, y que lo que el imperialismo define como «terrorismo» es, siguiendo a Sastre, la guerra defensiva de los pobres contra los ataques múltiples de los ricos, mientras que suprimir el agua potable a Haití y negar el derecho básico humano a la alimentación es el terrorismo de la burguesía contra la humanidad.

Concluimos estos capítulos dedicados a la violencia éticamente justa con las siguientes reflexiones realizadas por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, organización chilena, que sostiene que la violencia revolucionaria sí tiene un contenido ético si se parte del criterio de que no solamente existe la ética de la clase explotadora, de la burguesía y del imperialismo, sino que por el lado opuesto existe la ética de las masas explotadas. Partiendo de aquí, ocurre que:

> La violencia es moralmente válida y políticamente viable, en la medida que se corresponde con la dirección principal del movimiento histórico, al cambio social necesario para erradicar primero parcial y luego definitivamente la violencia estructural creada por el sistema capitalista.
>
> La forma ética de ejercer la violencia está en ponerla al servicio de

161. Raúl Zibechi: «Cochabamba. De la guerra a la gestión del agua», *Herramienta*, Buenos Aires, julio de 2009, nº 41, p. 189.

las mayorías populares, al servicio del cambio social y de la dignidad humana.

La violencia revolucionaria es una forma específica de manifestación ética, pues esta no persigue la destrucción del ser humano y su entorno, ni su sometimiento, sino que es un período muy breve de la actividad por las transformaciones, solo un momento histórico; no es un fin sino uno de los medios disponibles para desplegar la multifacética lucha por el poder popular.

La violencia revolucionaria tiene un rango cualitativo, destruye para construir un sistema justo que nos encamine hacia una nueva sociedad[162].

FINES Y MEDIOS (I)

La táctica de convertir la guerra imperialista en guerra civil era el medio adecuado para llegar al fin justo y necesario de acabar con la guerra mundial y acelerar la llegada de la revolución. La violencia defensiva que aplicaron los bolcheviques en Kazán y en otros muchos sitios permitió el fin de la derrota de la invasión imperialista y de la contrarrevolución. Las guerrillas de todas clases contra la ocupación nazi aceleraron la derrota del monstruo. La violencia defensiva cubana frente al desembarco contrarrevolucionario aseguró la independencia y el socialismo en Cuba. Las luchas de todo tipo, desde las pacíficas y no violentas, hasta las armadas, contra el actual imperialismo están logrando que se tome conciencia de los derechos colectivos, de las libertades básicas y de las necesidades vitales de la humanidad superando la ideología burguesa al respecto. Sin embargo, la revolución alemana de los consejos obreros, el segundo ejemplo, fue derrotada por varias razones, y de entre ellas destaca el error estratégico de las izquierdas revolucionarias alemanas consistente en no prepararse con paciente antelación y preparar al pueblo trabajador para la violencia revolucionaria, moral y éticamente necesaria, en el momento crítico[163].

162. FPMR: *La violencia política*, http://www.rosa-blindada.info, 16 de mayo de 2009.

Otro error estratégico, relacionado con el anterior, fue el de menospreciar o al menos no haber tenido en cuenta la naturaleza de clase del Estado burgués y de sus fuerzas militares. Mientras que Lenin hizo esfuerzos titánicos por educar a los bolcheviques en la teoría marxista del Estado y por actualizar esta teoría a las condiciones del imperialismo a partir de 1914, la socialdemocracia alemana hizo justo lo contrario; pero lo peor fue que la izquierda revolucionaria alemana, espartaquistas en su mayor parte, no solamente no actualizaron la teoría marxista del Estado y del ejército burgués, sino que incluso pusieron reparos a la «radicalidad» bolchevique. S. Haffner describe con escalofriante frialdad cómo fue reactivándose lo más profundamente contrarrevolucionario e irracional, lo más asesino, prenazi y pronazi de las fuerzas armadas alemanas entre octubre de 1918 y verano de 1919, en medio de una triste impotencia política y teórica de la izquierda revolucionaria de aquel país[164]. Muchas personas informadas y críticas sostienen que de haber triunfado esta revolución muy probablemente la humanidad se habría ahorrado muchas decenas de millones de muertes y muy probablemente la historia hubiera sido diferente, menos ensangrentada y atroz de lo que está siendo.

La legitimidad moral, ética y humanista de estas violencias defensivas, es innegable. Basándose en ellas y en otras muchas violencias necesarias, el marxismo sostiene que es injusto e inhumano negar de cualquier modo el derecho a la rebelión, derecho que es una necesidad en un determinado momento y cuya satisfacción se transforma en el ejercicio de la libertad de autodefensa como derecho inalienable en una situación crítica, según hemos comentado antes. Un ejemplo aplastante al respecto, que destroza toda la mitología y los tópicos del pacifismo a ultranza, nos lo ha ofrecido Raúl Castro en unas declaraciones sobre la situación crítica que vivió Cuba en 2003, en una de las peores amenazas de próxima invasión militar norteamericana: «La capacidad de cobrar un precio impagable al

163. Jacques Droz: «El socialismo en Alemania», en *Historia General del Socialismo*, Edic. Destino, Barcelona 1982, tomo 3, pp. 205-211.

164. Sebastián Haffner: *La revolución alemana 1918-1919*, Inédita Editores, Barcelona 2005, pp. 194-201.

agresor es uno de los factores que sustentan la invulnerabilidad militar»[165]. Cuba tiene la necesidad, el derecho y la libertad de defenderse del imperialismo yanqui que ha ambicionado anexionarse la isla desde, como mínimo, 1843-1845, aduciendo toda serie de argumentos y proyectos imperialistas[166].

Una explicación extensa y válida, pese a algunas matizaciones que podríamos hacerle, sobre las guerras justas e injustas, la encontramos en el texto de formación teórico-política y filosófica del ejército cubano de 1983. Bien es cierto que el texto se limita a las guerras en el capitalismo, sin profundizar en los modos de producción precapitalistas como haremos nosotros para encontrar las constantes del terrorismo, pero aun así la definición que ofrece es plenamente válida para todos los modos de producción basados en la propiedad privada de las fuerzas productivas y en la explotación del trabajo:

> El concepto de esencia está muy cerca del concepto de ley, que expresa lo general, las relaciones y nexos esenciales, estables, reiterados y objetivos. Aplicado a la esencia de la guerra, esto significa que la esencia consiste en un nexo sujeto a leyes, básico y estable entre la política de las clases y los Estados y los medios violentos. La guerra es la continuación de la política de determinados Estados y clases dentro de ellos por medios violentos. [...] La guerra es política de una punta a otra. Pero la propia política tiene sus raíces en la economía: es su expresión concentrada[167].

Dado que la política es la expresión de la economía concentrada, y dado que la economía concentrada expresada en forma política está presente en la guerra de principio a fin, desde esta base tenemos que:

> El empleo de los medios de violencia ejerce una enorme influencia sobre las relaciones políticas y todas las demás esferas de la vida del Estado: a sangre y fuego se comprueba la capacidad vital de uno u otro sistema social. Las clases de vanguardia utilizan la violencia

165. Raúl Castro: http://www.rebelion.org, 7 de julio de 2009.

166. E. Torres-Cueva y O. Loyola Vega: *Historia de Cuba*, Edit. Pueblo y Educación, La Habana 2006, pp. 190 y ss.

167. AA.VV.: *La filosofía marxista leninista y su significación metodológica para la teoría y la práctica militares*, Editora Militar, La Habana 1983, pp. 342-342.

> revolucionaria, incluyendo la militar en interés del progreso, la lucha contra la reacción y la contrarrevolución. En sus manos la violencia revolucionaria, como señaló Friedrich Engels, es un arma con la cual el movimiento social se traza un camino y rompe las formas políticas caducas y osificadas. La violencia revolucionaria es un medio históricamente transitorio y necesario, que se retira de la escena social conjuntamente con la eliminación de los antagonismos de clase y las querellas nacionales[168].

En cuanto a lo que ahora mismo nos interesa, el de la relación de la violencia justa con la interacción entre fines y medios y el problema del mal menor necesario, el contenido ético-moral justo de la violencia revolucionaria en comparación al contenido injusto de la violencia reaccionaria, de la violencia imperialista y de la ética de la clase explotadora, el texto demuestra en sus páginas[169] cómo la violencia de las masas busca precisamente reducir la explotación y acortar el sufrimiento para lo que debe intervenir en el momento adecuado si no quiere que se prolongue y amplíe la injusticia. A lo largo de las páginas que siguen veremos las diferentes formas históricas en las que la violencia opresora ha garantizado las formas históricas diferentes de explotación y opresión, con sus distintos terrorismos, pero también veremos cómo, en el fondo, todos ellos nos remiten al antagonismo irreconciliable entre la propiedad colectiva y la propiedad privada de las fuerzas productivas, antagonismo que está a su vez en las dos éticas irreconciliables enfrentadas, la de la liberación y la de la opresión. Teniendo esto en cuenta, ahora no nos extendemos en resumir las tesis del libro de la editorial cubana, solo concluimos con estas citas:

> Un profundo antagonismo divide a los Estados imperialistas, de una parte, y a los países que han alcanzado la independencia nacional y que luchan por su liberación, de otra. Este antagonismo conlleva a guerras de liberación nacional de los pueblos contra los Estados imperialistas. La política colonial y el yugo nacional de los pueblos por el imperialismo sirven de fuente a este tipo de guerras. Las guerras de

168. AA.VV.: *La filosofía marxista leninista y su significación metodológica para la teoría y la práctica militares*, op. cit., p. 345.

169. AA.VV.: *La filosofía marxista leninista y su significación metodológica para la teoría y la práctica militares*, op. cit., pp. 353-360.

> liberación nacional son una respuesta legítima al yugo y a las acciones agresivas de los imperialistas [...] Las guerras de liberación nacional de la época actual tienen un carácter marcadamente antiimperialista y adquieren cada vez más un contenido político-clasista. La lucha nacional liberadora comenzó a crecer prácticamente en la lucha contra las relaciones de explotación. Aumentó en gran medida el papel de la clase obrera en esa lucha de liberación nacional, y esta circunstancia ejerce una influencia positiva sobre la conducta de otras fuerzas sociales, especialmente del campesinado como aliado de la clase obrera, así como de la intelectualidad democrática[170].

W. Ash ha expuesto de forma brillante la dialéctica entre fines y medios en la praxis revolucionaria, las opuestas funciones y sentido histórico de la violencia opresora y la violencia oprimida. Dice, como todos los marxistas, que no es posible permanecer al margen de la lucha entre el explotador y el explotado, que «negarse a participar en ella constituye, de hecho, una declaración a favor de la fuerza social que disfruta del poder»[171]. La neutralidad en cuestiones de opresión es, para la moral marxista, colaboracionismo con el opresor. Además, el mismo autor insiste en una constante histórica que nunca hay que olvidar: ninguna clase dominante ha cedido voluntariamente su poder a la clase dominada, o lo ha repartido y «socializado» y menos todavía solo por razones de solidaridad moral, de ideología y altruismo, es decir, sin que interviniera la fuerza amenazante de los explotados. Y más adelante dice dos cosas que debemos citar:

> La fuerza explícita requerida para establecer un nuevo orden social es, precisamente, la fuerza implícita que mantiene las cosas como están; una fuerza potencial que se manifiesta francamente en cuanto se insinúa el cambio real. Si un hombre está sentado sobre el pecho de otro hombre, su relación puede parecer no-violenta, hasta que quien se encuentra debajo trate de levantarse. La transición pacífica al socialismo es posible, exactamente, en las mismas condiciones que el mantenimiento pacífico del capitalismo: cuando la fuerza de que disponen quienes desean cambiar el orden existente, o la de quienes desean preservarlo, es tan enorme que sus enemigos de clase no

170. AA.VV.: *La filosofía marxista leninista y su significación metodológica para la teoría y la práctica militares*, op. cit., p. 362.

171. William Ash: *Marxismo y moral*, Era, México 1969, p. 144.

pueden desafiarla[172].

Nos interesa especialmente este párrafo:

> La violencia no tiene por qué cobrar las formas de encarcelamientos, castigos corporales o asesinatos en masa, aunque jamás ha existido un imperialismo que haya prescindido, considerado a largo plazo, de tales medios. Los millones de personas que viven a un nivel mínimo de subsistencia son también víctimas de la violencia, aun cuando nadie haya levantado la mano contra ellos. Pero los crímenes de violencia de esta clase no suelen ser advertidos por los pacifistas que reservan su indignación para los actos más evidentes de brutalidad y las represalias que tales actos provocan. Un exceso de escrúpulos en lo tocante a los medios, puede servir a menudo de excusa para no hacer nada o, lo que es peor, para consentir aquellas injusticias presentes que no afectan a uno de cerca o que, tal vez, le puedan convenir. Hasta un deseo aparentemente tan irreprochable como el anhelo de paz, no debe quedar exento de que se haga la crítica de sus motivos y sus medios. Los movimientos pro paz no denuncian la fuente de la agresión en las contradicciones del capitalismo, o que aspiran a un alto grado de perturbación social en el momento en que son tantas las personas que viven en condiciones de opresión económica intolerable sirven de hecho a los intereses de la clase explotadora.
>
> Hay que recordar también que el imperio de la fuerza, que el marxismo está dispuesto a aceptar favorablemente, con objeto de liberar a los hombres de la servidumbre económica y establecer las condiciones en que deben basarse las relaciones verdaderamente morales, no va dirigido contra los individuos, sino contra una clase y las instituciones en que se fundamenta su posición dominante[173].

Un texto del denominado «marxismo ruso», del que luego diremos algo, se mantiene fiel al método y a la teoría marxista en esta cuestión:

> La fuente de la ideología de la justicia, igual que toda ideología, brota de las relaciones sociales materiales [...] la justicia no es sino una expresión ideologizada de las relaciones económicas existentes ora por su lado conservador, ora por el revolucionario. Lo justo desde el punto

172. William Ash: *Marxismo y moral*, op. cit., p. 145.

173. William Ash: *Marxismo y moral*, op. cit., p. 146.

> de vista de la moral abstracta podrá resultar muy injusto en el aspecto social, lo justo para una clase será injusto para otras. [...] La actitud hacia las acciones violentas es determinada, verbigracia, por la evaluación de estas en cuanto justas o injustas. En la realidad social, la violencia y la justicia se hallan en una compleja unidad dialéctica y, según las circunstancias, se podrá hablar de una violencia que pisotea la justicia, o sea, una violencia injusta, o bien de una violencia justa, o sea, la que restablece y defiende la justicia. Sosteniendo las posiciones partidistas del humanismo proletario, el marxismo-leninismo siempre ha condenado en forma resuelta todo género –pacifista y cristiano– de no empleo de la violencia ante el mal, la negación por principio de la posibilidad y necesidad de la violencia en la lucha de los oprimidos y explotados contra los opresores y explotadores[174].

La práctica de la violencia justa depende de las circunstancias, de las relaciones de fuerza. Debido a mil circunstancias que deben analizarse en cada caso concreto, la violencia defensiva del oprimido puede y hasta debe permanecer pasiva en determinadas circunstancias, esperando, buscando otros recursos y métodos no violentos, pacíficos y negociados de resolución del problema; o debe esperar a que haya mejores condiciones, mejores relaciones de fuerza, etc., para entrar en acción siempre buscando acortar lo más posible el tiempo como la letalidad de la violencia. Cuestiones estas que nos remiten a la relación entre fines y medios y al problema del mal menor necesario. Estos principios generales sirven tanto para las grandes crisis como para los «pequeños» conflictos cotidianos en los que las personas individuales o integradas en grupos reducidos como los familiares, las escuelas y pequeñas empresas, etc., han de aplicar la relación entre fines y medios y optar por el mal menor necesario. Disponer de un conocimiento suficiente sobre cómo proceder en esos momentos de opción, es muy importante.

Una exposición más detenida de la interacción entre objetivos y tácticas, fines y medios, la encontramos en el libro sobre ética editado en la URSS al inicio de la perestroika, destinado a incrementar en lo posible el prestigio del «socialismo» tal cual se entendía a mediados de los años ochenta en la URSS. Si bien lo que sigue está

174. Vladímir Denísov: *Violencia social*, Edit. Progreso, Moscú 1986, pp. 161-162.

pensado para facilitar la resolución de las dudas éticas y morales sobre fines y medios que surgen en la vida cotidiana, no por ello posee un fondo válido para otras situaciones más duras y tensas, las de las luchas revolucionarias. Como veremos ahora mismo, este libro, que refleja la decadencia del «marxismo» tal cual se entendía a mitad de los años ochenta, también demuestra pese a esto que ese «marxismo» y su «ética» eran incluso muy superiores a toda la demagogia conservadora de la ética burguesa de todos los tiempos. El texto resume en cinco puntos interconectados en una totalidad la dialéctica entre medios y fines:

«El valor del medio está condicionado por el contenido moral del fin [...] Pero el fin *determina* los medios, no los *justifica*. Todo tipo de razonamiento sobre la "justificación" de un medio no significa sino adscribir al medio una cualidad que este objetivamente no posee [...]».

«El resultado en que se materializa el fin constituye una predestinación del medio. La elección de medios no correspondientes al fin tiene consecuencias indeseables y, por ello, deforma la naturaleza del fin».

«El condicionamiento del valor moral del medio por el propio fin presupone el carácter absoluto y objetivo del medio [...] *La ética marxista completa la tesis de que "el fin determina los medios" con la tesis "los medios determinan el fin"*».

«El fin moral y los medios no solo se determinan mutuamente, sino son correlatos. Ello quiere decir que todo fin en una situación distinta puede servir de medio y, al contrario, lo que era medio, en una nueva situación de elección moral puede constituir el fin [...]».

«De ahí se deriva la exigencia de un riguroso orden consecuente en la elección de los medios. Si el fin inmediato puede ser alcanzado solo sacrificando el carácter moral del fin más elevado, el medio debe ser rechazado como inútil. Es más, para asegurar el carácter moral de la elección, la finalidad concreta inmediata no debe ser derivada solo del fin alto y distante, sino también de los fines anteriores ya realizados [...]». Y luego: «*es moral y útil el medio necesario y suficiente para*

alcanzar un fin moral positivo que no se contradice con un fin más elevado y con el fin supremo, que no desvirtúa su carácter moral»[175].

La vida cotidiana bajo la dictadura del capital, determinada por el fetichismo y la alienación, es extremadamente difícil, tensa y rebosante de violencias físicas y simbólicas de todo tipo, así como de miedos, angustias y ansiedades. El tiempo burgués impone restricciones insoportables a la libertad humana, que aumentan las constricciones sociopolíticas y represivas dictadas por otras instancias de la estructura burguesa, especialmente por su Estado. En estas condiciones, que desarrollaremos en su momento, la inmensa mayoría de las clases trabajadoras explotadas carecen de medios no solo para conocer la ética marxista sino también para practicarla y, muy especialmente, para asumir en su plena conciencia teórica y crítica la ineluctabilidad del choque con la represión si se empeñan en regir su vida según la ética y los valores marxistas. ¿Puede haber un «fin moral bueno» en una sociedad injusta que no sea un «fin moral» basado en la justicia reprimida? ¿Se puede tener como héroe a Espartaco pero viviendo como un esclavo feliz y alienado? ¿Se puede tener un ideal de vida basado en la lucha contra el servilismo y la docilidad, siendo servil y dócil? Solamente con la acción colectiva puede realizarse procesualmente la dialéctica entre fines y medios, y la ética marxista.

FINES Y MEDIOS (II)

Esto no anula la importancia de la acción individual, al contrario, refleja la lección histórica según la cual el desarrollo de la persona está siempre inserto en el desarrollo colectivo porque: «fuera de la sociedad humana no hay conciencia humana»[176]. Son las contradicciones dentro de la sociedad humana las que motivan el pensamiento individual sobre esas contradicciones, y no a la inversa. Por esto es necesario que exista una experiencia colectiva previa a la reflexión ética y política individual. En el debate sobre la interrelación entre fines

175. AA.VV.: *Ética*, Edit. Progreso, Moscú 1989, pp. 167-169.

176. Ovshi Yajot: *El mundo visto por un materialista*, Edit. F. Engels, La Habana 1976, p. 97.

y medios y sobre el mal menor necesario, la existencia de una práctica anterior es decisiva porque, de un lado, solamente la experiencia elevada al rango de teoría puede responder a las mentiras y dogmas del poder explotador y, de otro lado, solamente la evaluación permanente de esa teoría bajo las lecciones de las nuevas prácticas colectivas puede corregir los errores de la teoría, adecuarla y mejorarla. Vamos a ver cuatro ejemplos a este respecto.

El primero es la reflexión brillante de Lenin sobre la posibilidad del triunfo pacífico de la revolución bolchevique y su apuesta por explorar esa posibilidad mientras fuera factible: «En Rusia, por condiciones excepcionales, puede desarrollarse pacíficamente la revolución»[177], y poco después: «solo hay en todo el mundo un país –y ese país es Rusia– que puede hoy, en un terreno de clase, contra los capitalistas, dar los pasos necesarios para poner fin a las guerras imperialistas, sin necesidad de una revolución sangrienta»[178]. Lenin defendió esta posibilidad abierta en varios textos hasta que se cercioró de que esa posibilidad había concluido[179]. Convencido ya de que la revolución no podía ser pacífica, de que debía recurrir a la violencia, en su debate con Kautsky contextualizó la tesis de Marx de que en Inglaterra y Norteamérica habría sido posible el triunfo pacífico entre 1870 y 1880, demostrando en el borrador del texto que las condiciones sociales de 1918 eran totalmente diferentes por tres razones:

> En primer lugar, incluso en aquel momento, Marx consideraba excepcional esta posibilidad; en segundo lugar, entonces no existía el capitalismo monopolista, es decir, el imperialismo; en tercer lugar, allí, en Inglaterra y Norteamérica, no existían –como existen ahora– camarillas militares como aparato fundamental de la máquina burguesa del Estado[180]; y en el texto oficial, lo expresa así: «La dictadura revolucionaria del proletariado es violencia contra la burguesía; esta violencia se hace particularmente necesaria, según lo han explicado con

177. V. I. Lenin: *I Congreso de toda Rusia de los soviets de Diputados obreros y soldados*, Obras completas, op. cit., tomo 32, p. 288.

178. V. I. Lenin: *I Congreso de toda Rusia de los soviets de Diputados obreros y soldados*, op. cit., p. 290.

179. F. Fernández Buey: *Lenin*, Dopesa 2, Barcelona 1977, p. 115 y ss.

180. V. I. Lenin: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, op. cit., tomo 37, p. 106.

> todo detalle y múltiples veces Marx y Engels (particularmente en *La guerra civil en Francia* y en la introducción a esta obra), por la existencia del *militarismo y de la burocracia*. Estas instituciones precisamente, en Inglaterra y en Norteamérica precisamente, y precisamente en la década de los setenta del siglo XIX, cuando Marx hizo su observación, *no existían!* (Aunque ahora existen tanto en uno como en otro país)»[181].

Para la teoría marxista de las violencias, los análisis de Lenin aquí expuestos tienen una importancia inconmensurable porque muestran la interacción del fin y de los medios al pensar que el fin, el socialismo, puede ser conquistado por medios pacíficos siquiera por la extrema debilidad del zarismo en aquellas reducidas semanas; muestran también la resolución transitoria del problema del mal menor necesario, al no necesitarse el mal menor de la revolución violenta porque podía lograrse por métodos pacíficos; y, por último, muestran que no siempre es necesaria la violencia justa para vencer a la violencia injusta. Sin embargo, los acontecimientos retomaron bien pronto la senda más probable determinada por la teoría marxista, la de la necesidad de la violencia revolucionaria para vencer a la superior violencia reaccionaria. Decimos que esta es la senda más probable porque según demuestra D. Fernbach, si bien Marx pensaba que había algunas posibilidades pacíficas, eran «casos excepcionales a la regla general»[182].

S. Moore tras estudiar sistemáticamente a Marx, Engels y Lenin en todo lo relacionado con la democracia, las violencias y la transición pacífica al socialismo, sostiene con total razón que:

> El punto en cuestión no es la posibilidad de una transición pacífica al socialismo en cualquier circunstancia histórica, sino su posibilidad bajo las circunstancias normales de la democracia capitalista. Los reformistas sostienen la posibilidad de la transición pacífica bajo circunstancias normales. Lenin arguye su imposibilidad bajo dichas circunstancias, pero insiste en que el desarrollo concreto de los Estados individuales crea circunstancias agudamente divergentes de las normales, y reconoce que existen circunstancias excepcionales en que puede ser factible la transición pacífica. Admitir la posibilidad de la

181. V. I. Lenin: *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, op. cit., p. 255.

182. David Fernbach: *Marx: una lectura política*, ERA, México 1979, p. 169.

transición pacífica no es reformismo sino marxismo. Es reformismo proclamar esa posibilidad abstrayéndola de las condiciones concretas, económicas y políticas, que la determinan. Es reformismo aplicar afirmaciones ciertas para situaciones históricas particulares a situaciones decisivamente diferentes, bajo cobertura de las trivialidades liberales sobre el sufragio universal[183].

El segundo ejemplo nos lo aportó Trotsky a principios de 1938:

El medio solo puede ser justificado por el fin. Pero este, a su vez, debe ser justificado. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre.

¿Eso significa que para alcanzar tal fin todo esté permitido? [...] Está permitido todo lo que conduce *realmente* a la liberación de la humanidad. Y puesto que este fin solo puede alcanzarse por caminos revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado posee –indispensablemente– un carácter revolucionario. Se opone irreductiblemente no solo a los dogmas de la religión, sino también a los fetiches idealistas de toda especie, gendarmes filosóficos de la clase dominante. Deduce las reglas de la conducta de las leyes del desarrollo de la humanidad y, por consiguiente, ante todo, de la lucha de clases, ley de leyes.

¿Eso significa, a pesar de todo, que en la lucha de clases contra el capitalismo todos los medios estén permitidos: la mentira, la falsificación, la traición, el asesinato, etc.? –insiste todavía el moralista. solo es admisible y obligatorio –le respondemos– los medios que acrecen la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable contra la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente por eso se desprende que no todos los medios son permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, resulta para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, todos los procedimientos y medios indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de las demás sin su propio concurso; o que reducen

183. Stanley Moore: *Crítica de la democracia capitalista*, Siglo XXI, México 1979, p. 85.

> la confianza de las masas en ellas mismas y en sus organizaciones, sustituyendo tal cosa por la adoración de los «jefes». Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería contra los trabajadores, es decir, uno de los rasgos más hondos de la mentalidad de los pedantes y moralistas pequeño-burgueses. [...]
>
> ¿El terrorismo individual, por ejemplo, es o no admisible, desde el punto de vista de la «moral pura»? En esta forma abstracta, la cuestión, para nosotros, carece de sentido. Los burgueses conservadores suizos, hoy todavía, conceden honores oficiales al terrorista Guillermo Tell. Nosotros simpatizamos enteramente con el bando de los terroristas irlandeses, rusos, polacos, hindúes, en su lucha contra la opresión nacional y política. Kirov, sátrapa brutal, no suscita ninguna compasión. Nos mantenemos neutrales frente a quien le mató, solo porque ignoramos los móviles que le guiaron. Si llegáramos a saber que Nicolaiev hirió conscientemente, para vengar a los obreros cuyos derechos pisoteaba Kirov, nuestras simpatías estarían enteramente del lado del terrorista. Sin embargo, lo que decide para nosotros no son los móviles subjetivos, sino la adecuación objetiva. ¿El medio puede conducir realmente al fin? En el caso del terror individual, la teoría y la experiencia atestiguan que no. Nosotros decimos al terrorista: es imposible reemplazar a las masas; solo dentro de un movimiento de masas podrás emplear útilmente tu heroísmo. Sin embargo, en condiciones de guerra civil, el asesinato de ciertos opresores cesa de ser un acto de terrorismo individual. Si por ejemplo, un revolucionario hubiese hecho saltar al general Franco y a su Estado Mayor, es dudoso que semejante acto hubiera provocado una indignación moral, aun entre los eunucos de la democracia. En tiempos de guerra civil, un acto de ese género sería hasta políticamente útil. Así, aun en la cuestión más aguda –el asesinato del hombre por el hombre– los absolutos morales resultan enteramente inoperantes. La apreciación moral, lo mismo que la apreciación política, se desprende de las necesidades internas de la lucha[184].

Hay varias matizaciones que deberíamos hacer a estas palabras, pero nuestro objetivo en este texto no es criticar a revolucionarios que no pueden defenderse, sino el de precisar algunas cuestiones que por razones diversas pueden ser o son ya utilizadas por el imperialismo para reforzar su dominación actual. Aquí solamente vamos a nombrar

184. Lev Trotsky: *Su moral y la nuestra*, Fontamara, Barcelona 1978, pp. 73-76.

tres matizaciones que desarrollaremos en la última parte de este texto: una, el uso del concepto de «terrorismo»; otra, el uso del concepto de «asesinato» y, la última, la falta de precisión a la hora de diferenciar dónde acaba el «terrorismo individual» y dónde empieza el «movimiento de masas». En las condiciones en las que escribió Trotsky en 1938 estas matizaciones no tenían apenas importancia porque aún no se había producido la derrota de la izquierda denunciada por Walzer y menos aún se había intensificado y extendido la ofensiva ideológica capitalista que se produciría sesenta años después. Pero ahora sí hay que tapar aquellas brechas.

El tercer ejemplo, por no repetirnos, nos lo ofrece Che Guevara, que siempre insistió en que la guerrilla es una parte de la guerra de todo el pueblo, de la guerra y de la política revolucionaria popular. Che Guevara jamás hizo una loa a la violencia por la violencia sino que siempre insistió en la necesidad del estudio detallado de las condiciones objetivas y subjetivas ya que:

> Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse de forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de este interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir [...] Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla[185].

El Che escribió esto nueve meses antes de ser asesinado a finales de 1967, lo que quiere decir que durante toda su vida revolucionaria había sostenido la concepción de que se deben estudiar las posibilidades de la acción pacífica, de que hay que evitar en la medida de lo posible todo «sacrificio inútil», pero de que, manteniendo lo anterior, no hay que cometer el error de la confianza, sino que hay que prepararse para lo peor, para la violencia revolucionaria, incluso aunque no fuera necesaria, porque, al final «nos empujan a la lucha».

185. Che Guevara: «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», en *Escritos y discursos*, Ciencias Sociales, La Habana 1985, tomo 9, p. 368.

Más aún, a lo largo de su vida se observa una nítida radicalización en la necesidad de que, frente a las atrocidades violentas del imperialismo, no queda otro remedio que recurrir a la violencia armada. Así, en *La guerra de guerrillas escribe*:

> Muy importantes son los actos de sabotaje. Es preciso diferenciar claramente el sabotaje, medida revolucionaria de guerra, altamente eficaz, y el terrorismo, medida bastante ineficaz, en general, indiscriminada en sus consecuencias, pues hace víctimas de sus efectos a gente inocente en muchos casos y que cuesta gran número de vidas valiosas para la revolución. El terrorismo debe considerarse como factor valioso cuando se utiliza para ajusticiar algún connotado dirigente de las fuerzas opresoras, caracterizado por su crueldad, por su eficiencia en la represión, por una serie de cualidades que hacen de su supresión algo útil; pero nunca es aconsejable la muerte de personas de poca calidad que traen como consecuencia un desborde de la represión con su secuela de muertos. Hay un punto sumamente controvertido en la apreciación del terrorismo. Muchos consideran que al usarse y al exacerbarse la opresión policial, impide todo contacto más o menos legal o semiclandestino con las masas e imposibilita su unión para las acciones que serían necesarias en un momento determinado. Esto, en sí, es exacto, pero sucede también que en los momentos de guerra civil y en determinadas poblaciones la represión del poder gobernante es tan grande que, de hecho, está suprimida toda clase de acción legal y es imposible una acción de masas que no sea apoyada por las armas. Por eso hay que tener mucho cuidado en la adopción de las medidas de este tipo y analizar las consecuencias generales favorables que puedan traer para la revolución. De todas maneras, el sabotaje es siempre una arma eficacísima, bien manejada[186].

Al igual que hemos hecho con Trotsky, aquí y ahora no vamos a criticar estas palabras, simplemente constatar que la valoración del «terrorismo» oscila entre «medida bastante ineficaz, en general», como «factor valioso» cuando es selectivo, como «nunca aconsejable» cuando acarrea muertes de personas de «poca calidad», para terminar diciendo que este problema tiene «un punto sumamente controvertido» que es el que justifica el endurecimiento represivo, provoca la desunión y la debilidad, etc., tesis todas ellas muy

186. Che Guevara: «La guerra de guerrillas», op. cit., tomo 1, p. 46.

conocidas; y, al final, concluye advirtiendo que «hay que tener mucho cuidado en la adopción de este tipo…». Es decir, la propia redacción de los párrafos indica el extremo cuidado con el que el Che planteó la cuestión del «terrorismo», siendo consciente de la extrema complejidad del problema dependiendo de las condiciones concretas. Más aún, páginas antes Che había resumido muy brevemente cuatro experiencias concretas de lucha armada –China, Vietnam, Argelia y Puerto Rico[187]–, indicando la amplia base histórica que sustenta su investigación teórica, y mostrando su conexión con la lucha por la propiedad de la tierra.

Si queremos mostrar la radicalización del Che al respecto, lo mejor es recurrir al ya citado «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental de 1967»:

> El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal. Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarle donde quiera que se encuentre: hacerle sentir como una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma»[188].

Pensamos que la radicalización del segundo texto con respecto al primero puede ser debida a que en los años transcurridos entre el comienzo de la lucha guerrillera en Cuba y 1967, el Che había pasado de un conocimiento teórico-abstracto del capitalismo imperialista, basado también en su experiencia personal pero apenas militar, a un conocimiento teórico-concreto más rico, diverso y pleno, en el que lo político-militar ocupaba un lugar tan importante como lo había ocupado en Mao, Ho, Trotsky, Lenin, Engels, Marx y una larga lista

187. E. Guevara: «La guerra de guerrillas», op. cit., p. 35.

188. E. Guevara: «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», op. cit., p. 369.

de revolucionarios. Pero el Che no descubre nada nuevo cuando afirma la necesidad del odio al opresor, ya que Engels había dicho exactamente lo mismo con mucha antelación, cuando insistió en que en la Alemania de 1875 «el odio es más necesario que el amor –al menos por el momento»[189]. Las referencias a la necesidad del odio como sentimiento que refuerza la conciencia revolucionaria no es infrecuente en el marxismo. Pero, por un lado, no es un odio dirigido a personas, sino a clases explotadoras en cuanto «conjunto de relaciones sociales», relaciones que en determinados momentos se personalizan en individuos especialmente criminales y terroristas que concitan por eso el odio y la ira de las masas oprimidas. Hay que partir de esta concepción, opuesta y superior a la burguesa, para entender el sentido de las «ejecuciones revolucionarias», que en modo alguno son «asesinatos». Y por otro lado, tampoco es un odio ofuscado y ciego, vengativo, sino que tiene siempre muy en cuenta la larga historia de la explotación, del sufrimiento padecido por generaciones oprimidas, tomando conciencia de la complejidad extrema de las soluciones y, por eso, buscando siempre la solución más rápida, menos dolorosa y sangrienta.

El cuarto y último ejemplo es muy reciente y consiste en la tesis de Fidel Castro de que el fin no justifica los medios. Fidel está analizando la política exterior de Estados Unidos:

> Las noticias directas procedentes de Estados Unidos en ocasiones producen indignación y a veces repugnancia.

Recuerda que el ex presidente Bush ganó las elecciones de 2000 gracias a un fraude electoral cometido en el Estado de Florida y enumera algunos crímenes del imperialismo yanqui, para concluir así:

> Me limito a señalar que después de los errores y horrores políticos de George W. Bush, el exvicepresidente Cheney, que fue su consejero, enarbola la idea de que las torturas ordenadas a la CIA para obtener información estaban justificadas por cuanto salvaron vidas norteamericanas gracias a la información obtenida por esa vía. Desde luego que no salvó las vidas de los miles de norteamericanos que

189. Friedrich Engels: *Carta a Piotr Lavrovih Lavrov*, Obras escogidas, tomo III, p. 504.

murieron en Iraq, ni las de casi un millón de iraquíes, ni los que en número creciente mueren en Afganistán.

»Tampoco se sabe cuáles serán las consecuencias del odio acumulado por los genocidios que se están cometiendo o pueden cometerse por esas vías. Se trata, entiéndase bien, de un problema elemental de ética política: «el fin no justifica los medios». La tortura no justifica la tortura; el crimen no justifica el crimen. Tal principio se debatió y se sostuvo durante siglos. En virtud de él la humanidad ha condenado todas las guerras de conquista y todos los crímenes cometidos. Es de suma gravedad que el más poderoso imperio y la más colosal superpotencia que haya existido nunca proclame tal política. Más preocupante aún no es solo que el ex vicepresidente y principal inspirador de tan pérfida política la proclame abiertamente, sino que un elevado número de ciudadanos de ese país, tal vez más de la mitad, la apoye. En ese caso, sería una prueba del abismo moral al que puede conducir el capitalismo desarrollado, el consumismo y el imperialismo[190].

EL MAL MENOR NECESARIO (I)

La teoría del mal menor necesario aparece aquí como el método aplicado por las revoluciones frente a la práctica sistemática del mal mayor de las contrarrevoluciones, guerras de invasión imperialista y golpes militares y fascistas. Por lo tanto, dividiremos esta tema en tres subcapítulos: en el primero analizaremos la irreconciliabilidad absoluta entre la concepción marxista de esta cuestión y la concepción burguesa; en el segundo estudiaremos las relaciones dentro del marxismo entre el mal menor necesario, el Estado como instrumento de dominación, y el derecho como legalidad revolucionaria transitoria mientras no se haya alcanzado la fase histórica comunista y, en la tercera, estudiaremos el terror burocrático aplicado en la URSS.

La práctica del mal mayor es terrorismo puro y, como veremos, tiene su origen en la Antigüedad aunque dio un salto con la Inquisición cristiana y otro con la burguesía. Antes de seguir vamos a poner dos ejemplos que encuadran perfectamente todo lo que sigue. El primero

190. Fidel Castro: *El fin no justifica los medios*, www.juventudrebelde.cu 3 de septiembre de 2009.

es una explicación irreprochable de lo que es el mal menor necesario, extractada de una carta de Engels a Marx sobre la práctica médica:

> Muchas veces se está obligado a elegir un mal menor, el medicamento, para evitar un mal mayor, o sea, un síntoma que, en sí mismo, es causa de un peligro directo de la misma manera que un cirujano destruye los tejidos cuando no tiene otro remedio, y, por otro lado, que hay que recurrir a los medicamentos hasta que no se encuentre algo mejor[191].

El recurso al mal menor es necesario siempre y cuando no existan otros métodos de superar la «enfermedad», y solamente mientras no existan estos métodos, dejando de ser necesario recurrir al mal menor, el medicamento por desagradable y dolorosa que sea su aplicación, cuando la «ciencia» ha descubierto por fin métodos no dolorosos ni desagradables, o menos malos. Si pasamos de la metáfora o del símil médico a la realidad social de la explotación capitalista, vemos que la violencia defensiva contra la explotación es el mal menor que únicamente es necesario aplicar en la medida en que no existen métodos no violentos, pacíficos, para superar la explotación. Cuando se conquistan tales métodos, cuando la democracia permite la superación pacífica de la opresión, entonces el medicamento de la violencia defensiva deja de ser necesario.

El segundo ejemplo lo encontramos en la entrevista que en noviembre de 2007, L. Alzaga hizo a G. Labica en la que le preguntó: «¿En qué casos la violencia popular se convierte en “terrorismo”?» y la respuesta fue: «Una auténtica resistencia popular no se puede convertir en terrorismo salvo en la propaganda imperialista, la de los usurpadores, para ellos es casi un deber calificar de terrorismo la lucha popular a fin de reprimirla. Ocurre que ciertas acciones de resistencia pueden parecer o ser llamadas “terroristas”, en el sentido del “Terror” imputado a Robespierre y sus compañeros, como proceder a ejecuciones de adversarios o traidores o poner bombas o similares, pero son acciones “terroristas” que pertenecen a la resistencia, que son sus expresiones, por lo tanto son válidas. Aquí, como en otras

191. «Carta de Engels a Marx del 5 de octubre de 1866», en *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas,* Anagrama, 1975, p. 56.

partes, los que aconsejan son unos y los que pagan son otros. La consigna del *Manifiesto* sigue siendo valida:

> Los comunistas apoyan en todos los países todo movimiento revolucionario contra el orden social y político existente[192].

El tercero es una muestra histórica de la aplicación del mar menor. Narrando la conquista del imperio inca, R. Osborne escribe que Pizarro:

> Siguiendo los consejos de Cortés, y a pesar de su gran inferioridad numérica, capturó al Gran Inca Atahualpa y aniquiló a la muchedumbre que le recibía, utilizando pólvora, caballos y una brutalidad innecesaria con el fin de impresionar y aterrorizar [...] Atahualpa fue asesinado cuando dejó de serle útil a Pizarro, y los españoles humillaron, violaron, torturaron y asesinaron rutinariamente a otros nobles y a sus esposas[193].

El objetivo real de Pizarro y de Cortés, y del resto de invasores era el de obtener el máximo de riqueza posible con la que devolver los préstamos que habían obtenido de la banca europea para financiar las expediciones, banca que, siguiendo el método de la burguesía comercial del norte de Italia, sabía que la conquista era una «empresa comercial»[194] que aumentaba sus capitales. La «brutalidad innecesaria» tenía como objetivo paralizar mediante el pánico a los incas para saquearlos y explotarlos mejor, pero era innecesaria, según este historiador, porque esos mismos objetivos se podrían haber obtenido, y tal vez ampliado, mediante un trato más astuto y maquiavélico.

El cuarto y último ejemplo del mal menor se refiere a cómo es utilizado por la derecha contra las fuerzas progresistas en los procesos electorales. A. Espinosa ha estudiado cómo la derecha peruana utilizó el «paradigma del *mal menor*»[195] para dirigir hacia la derecha el voto

192. www.kaosenlared.net 18 de febrero de 2009.

193. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, p. 287.

194. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 286.

195. Agustín Espinosa: «Decidiéndose por el *mal menor*», en *Psicología Política*, Valencia, nº 37, 2008, p. 56.

de la juventud burguesa en las elecciones peruanas de 2006. El autor empieza mostrando las limitaciones y errores de la teoría de la «elección racional», reivindicación que ha demostrado la eficacia de la psicología política para descubrir el papel de las emociones y de la subjetividad en el comportamiento humano. Critica cómo el poder manipula el autoritarismo y el conservadurismo característico de las personas derechistas, reforzando su tesis con el concepto de «orientación de dominancia social»[196], que explica por qué y cómo algunas personas buscan imponerse a las demás, dominarlas y controlarlas, resultando de todo ello un comportamiento social orientado a la obtención del poder desde y para intereses conservadores y xenófobos. Las investigaciones del autor demuestran que la juventud burguesa, que previamente optaba por una candidata más reaccionaria incluso que Alan García, votó en la segunda vuelta a este como «mal menor» para derrotar a Ollanta Humala, representante de un nacionalismo populista temido por la burguesía y por Estados Unidos. Más adelante desarrollaremos en extenso la manipulación del mal menor en beneficio de la burguesía y como justificación del terrorismo.

En su sentido extremo, el mal mayor se aplica cuando, tras aplastar a las organizaciones sociales, populares, sindicales y revolucionarias, a los partidos progresistas y demócratas de la pequeña y mediana burguesía, a la prensa e incluso tras silenciar a muchas de las organizaciones de la Iglesia, tras estas represiones, la burguesía va más allá e instaura un régimen de terror indiscriminado, aleatorio, masivo y estructural destinado a paralizar por el pánico la capacidad de pensamiento y acción de la sociedad. Marx nos ha ofrecido la siguiente definición de terrorismo y del mal mayor innecesario:

> La civilización y la justicia del orden burgués aparecen en todo su siniestro esplendor dondequiera que los esclavos y los parias de este orden osan rebelarse contra sus señores. En tales momentos, esa civilización y esa justicia se muestran como lo que son: salvajismo descarado y venganza sin ley. Cada nueva crisis que se produce en la lucha de clases entre los productores y los apropiadores hace resaltar

196. Agustín Espinosa: «Decidiéndose por el *mal menor*», op. cit., p. 50.

> este hecho con mayor claridad. Hasta las atrocidades cometidas por la burguesía en junio de 1848 palidecen ante la infamia indescriptible de 1871. El heroísmo abnegado con que la población de París –hombres, mujeres y niños– luchó por espacio de ocho días después de la entrada de los versalleses en la ciudad refleja la grandeza de su causa, como las hazañas infernales de la soldadesca reflejan el espíritu innato de esa civilización de la que es el brazo vengador y mercenario. ¡Gloriosa civilización esta, cuyo gran problema estriba en saber cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber cesado la batalla![197].

Más adelante veremos cuánta razón tenía Marx y cómo la civilización burguesa encontró por fin un sistema para resolver qué hacer con los asesinados: hornos de cremación, desapariciones en fosas o en el mar…

Desde el marxismo el mal menor necesario es el último recurso disponible cuando han sido negados y reprimidos por el poder opresor todos los anteriores recursos legales para resolver una situación injusta que se ha hecho insostenible por la obcecación del poder explotador. En este sentido elemental, el marxismo coincide totalmente, como no podía ser de otra forma, con el Preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en el que se legitima el derecho a la rebelión, a la resistencia. En la historia de las eticas[198], este derecho incuestionable y el fondo etico que lo sustenta, el del mal menor necesario, ha sido y es objeto de disputas que no cesarán hasta que cese la explotación humana. Toda una corriente de filósofos conservadores desde Sócrates en adelante, pasando por Kant, han negado este derecho, mientras que las masas oprimidas lo han practicado sin teorizarlo y sin apenas justificarlo, aunque en el cristianismo y en otras ideologías se admite su ejercicio con grandes restricciones que siempre benefician a la minoría dominante.

Desde el marxismo: «La necesidad de buscar la elección óptima en una situación que no permite aplicar un medio perfecto, obliga a escoger el "*mal menor*"; elección que tiene varios sentidos»:

197. Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, Obras escogidas, tomo II, pp. 249-250.

198. Otfried Höffe: *Diccionario de la ética*, op. cit., pp. 245-246.

«es la definición del principio de elección, formulada como exigencia del “bien mayor”: elegir medios que no solo permiten realizar el objetivo, sino que contribuyen por sí mismos al mayor valor independiente. El principio del “mal menor” es precisamente la expresión negativa de esta exigencia»;

«por el “mal menor” se puede entender el resultado de la coordinación de los elementos objetivos y subjetivos de la situación de elección [...] el “mal menor” juega un papel de cierto “balance” requerido en virtud de la concurrencia desfavorable de las circunstancias»; y

queda otro sentido del problema, el más heurístico, del «mal menor»: «cuando este se contempla en aplicación a la elección de compromiso en las situaciones que exigen del individuo el *sacrificio consciente* de unos valores morales en aras de la conservación de otros superiores. En este enfoque dialéctico se acentúan en *igual* medida los momentos positivos y negativos del criterio de la elección del mal menor, aunque *mal*; mal, aunque *menor*»[199].

Queda claro que el mal menor es una alternativa que se toma porque no ha sido posible tomar otra mejor debido a los impedimentos objetivos. Aunque en esta cita se hable de la decisión individual, en sí misma importante, sin embargo, los aspectos cruciales del mal menor necesario son los que se refieren a las decisiones colectivas sobre la necesidad de la resistencia y de la rebelión violenta. Recordemos al Che: «nos empujan a la lucha».

Desde el marxismo:

> El sentido principal del problema de la valoración del «mal menor» en la práctica del obrar moral consiste en la comprensión y aceptación de los compromisos en las situaciones de elección moral; pero no de los compromisos inventados por los cobardes y conformistas, sino de aquellos que reflejan las particularidades objetivas de las situaciones conflictivas, que demuestran a su manera la necesidad histórica general del progreso como superación de determinadas formas del mal. En tales

199. AA.VV.: *Ética*, op. cit., pp. 170-171.

> situaciones es preciso vencer la tentación de decidir según la lógica de «una cosa o la otra», buscar el camino óptimo para concordar los principios con las particularidades de las condiciones objetivas, tomar una decisión que no traspase el límite entre la táctica y el utilitarismo sin principios[200].

En el momento de optar por un mal menor necesario hay que tener siempre presente que se hace para luchar contra «el mal» como una realidad histórica objetiva a la que solamente se le puede superar mediante el avance del progreso humano. Ni el conformismo ni la cobardía pueden aconsejar qué hacer en los momentos de opción por un mal menor necesario adecuado para resolver un mal mayor innecesario, una injusticia u opresión, una carencia objetiva determinada por la voluntad de la minoría propietaria de las fuerzas productivas. Por tanto, la cobardía y el conformismo son éticamente rechazables porque, entre otras cosas, facilitan la continuidad del mal mayor innecesario al propiciar «soluciones» falsas que no atacan la raíz objetiva del mal, de la injusticia, sino que, a lo sumo, buscan el «utilitarismo sin principios». Por tanto, el reformismo es éticamente rechazable.

Desde el marxismo, «la elección moral de compromiso es, en primer orden, la elección de los llamados “medios forzados”, sin los cuales es imposible zanjar la situación. La renuncia dogmática a tales medios (por ejemplo a la violencia, de acuerdo con la teoría de la “no resistencia al mal con la violencia”) coloca necesariamente al hombre que toma la decisión en una posición cuando, en aras de la destrucción de la posibilidad del mal, se destruye la posibilidad del bien, lo que conduce al triunfo del mal. A esto se refirió Marx al prevenir contra “los amigos hipócritas que aseguran estar de acuerdo con los principios, pero que dudan de la posibilidad de realizarlos, porque el mundo, pretendidamente, no ha madurado aún para ellos; por esta razón desisten incluso de contribuir a su maduración, prefiriendo compartir en este valle de lágrimas la suerte común de todo lo malo” [...] La ética marxista califica los “medios forzados” como el “mal menor” para determinar la perspectiva de la elección moral»[201]. La

200. AA.VV.: *Ética*, op. cit., p. 171.

201. AA.VV.: *Ética*, op. cit., p. 172.

violencia es un «medio forzado» porque todas las estructuras del poder establecido imposibilitan acabar con el mal mediante un «medio no forzado», un medio pacífico. Llegados a este nivel de imposibilidad objetiva, renunciar al «medio forzado», a la violencia, es ayudar a mantener la opresión, la violencia opresora, el mal mayor innecesario, destruyendo la posibilidad del bien. Por tanto, a partir de un determinado nivel de imposibilidad absoluta de luchar por el bien con medios no violentos, a partir de aquí, el pacifismo a ultranza se convierte en un mal que impide el logro del bien.

Para concluir:

> La comprensión de que en la situación conflictiva la elección moral implica la renuncia a uno de los valores *en nombre de otro valor más alto* es imprescindible para tener conciencia del carácter negativo de las consecuencias secundarias de esta elección y comprender la necesidad de reducir estas consecuencias al mínimo posible. El papel del «mal menor» es terminar con la necesidad de utilizarlo en el futuro[202].

Este último criterio es tan fundamental como los precedentes porque indica que lo prioritario del «medio forzado», de la violencia justa, es volver cuanto antes a la situación de paz y de bien mayor necesario, en la medida de lo posible. Únicamente este criterio imprescindible puede garantizar que el mal menor no se prolongue un solo instante más de lo estrictamente necesario ya que perpetuarlo más allá de esto, de lo necesario, es descalificar la ética marxista, negarla, volviendo a la ética burguesa, explotadora. De este modo, el mal menor necesario retrocede cualitativamente al mal innecesario, éticamente injusto y políticamente reaccionario.

Según la Internacional Comunista:

> La guerra civil es impuesta a la clase obrera por sus enemigos mortales. Si no quiere suicidarse y renunciar a su porvenir, que es el porvenir de la humanidad, la clase obrera no puede evitar de responder golpe con golpe a sus agresores. Los partidos comunistas no provocan jamás artificialmente la guerra civil, se esfuerzan por disminuir en la medida de lo posible su duración en todas aquellas oportunidades en

202. AA.VV.: *Ética*, op. cit., p. 173.

> que se presenta como inevitable, en reducir al mínimo el número de víctimas, pero por encima de todo trata de asegurar el triunfo del proletariado. De aquí proviene la necesidad de desarmar a tiempo a la burguesía, de armar a los obreros, de crear un ejército comunista para defender el poder del proletariado y la inviolabilidad de su construcción socialista[203].

Ahora bien, prepararse para poder ejercitar el mal menor justo el tiempo que es necesario requiere de, como mínimo, tres requisitos fundamentales. El primero es no hacerse ilusiones sobre la «buena voluntad» de la burguesía, sobre su «espíritu democrático» y «respeto de la legalidad», etc. Hay mucha bibliografía marxista sobre este requisito básico, por lo que vamos a Trotsky en 1919, a raíz de los asesinatos de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht a manos de la contrarrevolución socialdemócrata alemana: «su burguesía y la máquina militar habían aprovechado nuestra experiencia de julio y octubre, y, lo más importante, las relaciones de clase eran incomparablemente más definidas que aquí; las clases poseedoras, incomparablemente más sólidas, más inteligentes, más activas y, por lo tanto, más despiadadas también»[204]. Trotsky advirtió que la burguesía estudiaba minuciosamente los logros y errores de las revoluciones para aplastarlas después esquivando los primeros y golpeando en los segundos, abriendo brecha en ellos. Adelantaba así lo que más tarde serían los objetivos y estrategias de contrainsurgencia en todas sus gamas e intensidades, tema al que dedicaremos mucho espacio en su momento por su decisiva importancia para el estudio del terrorismo.

El segundo requisito es una consecuencia lógica del anterior: ya que la burguesía se prepara para ahogar en sangre la emancipación humana, las fuerzas revolucionarias han de prepararse con antelación mediante una efectiva forma organizativa en la que nunca se olvide el tema de la seguridad ante la represión, el tema eminentemente político de la clandestinidad. También hay mucha bibliografía sobre este tema

203. «Manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo», en *Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, PyP, nº 43, México 1977, primera parte, p. 97.

204. Lev Trotsky: *Perfiles políticos*, Adit. Ayuso, Madrid 1981, p. 186.

con experiencias anteriores al marxismo, al blanquismo por ejemplo, pero también a las organizaciones revolucionarias burguesas, a las logias clandestinas, a los grupos heréticos medievales, a los de los esclavos y a los métodos de los esclavistas para descubrir esa clandestinidad y exterminar a sus miembros, como nos los describe Tucídides, según veremos en su momento. La teoría marxista de la organización tiene en este punto uno de sus grandes logros, que Lenin enfatizó brillantemente. Muy conocido es el debate sobre seguridad, clandestinidad y aceptación de la legalidad que mantuvieron los bolcheviques en verano de 1917, lo que permitió que sobrevivieran en la clandestinidad el grueso de las organizaciones, pese a las detenciones en masa durante ese verano[205].

Por ejemplo, de las veintiuna condiciones puestas por Lenin en 1920 para afiliarse a la Internacional Comunista, la tercera era que los partidos tuvieran un «mecanismo clandestino paralelo» al legal[206]. En 1925, V. Serge publicó un libro de obligado estudio en el que recopilaba toda la experiencia represiva del zarismo advirtiendo de los riesgos mortales del «fetichismo de la legalidad»[207]. En 1930, V. Serge advirtió sobre la «degollina del Kremlin» del 28 de octubre de 1917, cuando la contrarrevolución inició el terror blanco ametrallando impunemente a los obreros que, tras haber conquistado pacíficamente el Palacio de Invierno, perdonando la vida a todos los que lo defendían, quedan aislados de la insurrección general y negocian su rendición a los contrarrevolucionarios. Nada más entrar estos en su interior ametrallaron a todos los obreros: «Tengamos en cuenta estos hechos. Ellos demuestran que los defensores del gobierno provisional tenían el propósito decidido de ahogar en sangre la insurrección obrera. Así comenzaba el terror blanco»[208]. Debemos recordar ahora la experiencia del PCF entre 1939 y 1941, cuando pese a todos los cambios bruscos y descorazonadores, mantuvo sus estructuras

205. Pierre Broué: *El partido bolchevique*, Edit. Ayuso, Madrid 1974, p. 126 y ss.

206. V. I. Lenin: *Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista*, Obras completas, op. cit., tomo 41, p. 213.

207. Victor Serge: *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*, ERA, México 1973, p. 89-91.

208. Victor Serge: *El año I de la revolución rusa*, Siglo XXI, Madrid 1972, p. 75.

clandestinas, lo que le permitió irrumpir con fuerza en la lucha guerrillera desde verano de 1941.

El tercer y último requisito parte de la desconfianza ante las promesas de la burguesía y, por tanto, de la necesaria independencia política y organizativa, es decir, de la seguridad de superar un ataque represivo devastador para seguir avanzando en el proceso revolucionario, porque sin esa seguridad es imposible garantizar tanto la capacidad política como la organizativa para calibrar la intensidad y la duración de la violencia revolucionaria, del mal menor necesario, de las «medidas forzadas» por la opresión. Nos referimos, por tanto, a que no hay que debilitar estas medidas antes de tiempo, a que hay que actuar con la radicalidad necesaria y correspondiente a la resistencia inmediata, lógica a medio plazo y más que previsible a largo plazo por parte del imperialismo burgués contra las conquistas revolucionarias. También existe mucha bibliografía marxista al respecto, por lo que ahora nos limitaremos a varias citas referenciales. Una de ellas es la constatación crítica que hace Marx de que las revoluciones proletarias del siglo XIX retroceden espantadas ante la magnitud de sus tareas[209]. Otra es la crítica que hace Engels, coincidiendo plenamente con Marx, de las indecisiones de la Comuna de París de 1871:

> Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue este, además, un error político muy grave[210].

También tenemos la crítica de Engels a las dudas e indecisiones de la revolución de unificación alemana en la segunda mitad del siglo XIX dirigida por Bismarck:

> Dicho en breves palabras, era una revolución total llevada a cabo con medios revolucionarios. Por supuesto, estamos lejos de reprocharlo. Al contrario, le reprochamos el no haber sido suficientemente revolucionario, el haber sido nada más que un revolucionario prusiano

209. Karl Marx: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Obras escogidas, op. cit., tomo I, pp. 411-412.

210. Friedrich Engels: *Introducción de 1891 a La guerra civil en Francia*, Obras escogidas, op. cit., tomo II, p.196.

> desde arriba, el haber iniciado toda una revolución desde unas posiciones desde las que solo se puede realizar a medias, el haberse contentado, una vez tomado el camino de las anexiones, con cuatro miserables pequeños Estados[211].

Y por no extendernos, la suerte de la guerra revolucionaria internacional mantenida en el Estado español entre 1936 y 1939:

> enseña que una revolución social en la cual el pueblo haya ganado la calle, derrocado el viejo régimen, deshecho su Estado, no debe dejar las armas, sus organismos de autodefensa militar y de autogestión económica, de autoadministración, sus comités de defensa, sus organismos de democracia directa, para que se reconstruya el viejo Estado burgués. La consigna para evitar el retorno al viejo régimen o ir hacia un Estado burocrático, debe ser: «Todo el poder para el pueblo»[212].

Los tres requisitos –desconfianza hacia el opresor, independencia política y organizativa y conclusión de la tarea revolucionaria iniciada– son imprescindibles para saber calibrar en su justa medida la aplicación del mal menor necesario. Un error de defecto, el más frecuente, consiste, como hemos visto, en no llevar el proceso revolucionario a su conclusión necesaria: la toma del poder y la expropiación de los expropiadores, dando así tiempo a la burguesía para que recomponga su unidad y contraataque con una atrocidad salvaje. Un error de exceso, el menos frecuente, consiste en prolongar la violencia revolucionaria más allá de lo estrictamente necesario, error unido a un proceso degenerativo basado en el surgimiento de una casta burocrática que suplanta al pueblo trabajador, que anula la democracia socialista, directa y soviética, y que empieza a retroceder hacia la reinstauración del capitalismo. Ambos errores son garrafales y surgen, además de otras razones, de la ruptura de la dialéctica marxista que integra en un todo lo económico, político, ético, militar y cultural.

La misma lógica es aplicable a las decisiones sobre el mal menor

211. Friedrich Engels: *El papel de la violencia en la historia*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, p. 420.

212. Abraham Guillén: *El error militar de las «izquierdas»*, Hacer, Barcelona 1980, p. 167.

necesario que debemos tomar en nuestra vida personal, ya que también en esta debemos mantener siempre, por un lado, un espíritu crítico, de sospecha y de duda metódica contra todo lo que provenga del poder, sea el que fuere, el del marido, el profesor, el patrón, el cura, el recaudador de impuestos, etc.; por otro lado, debemos mantener nuestra independencia personal no aceptando hipotecas, dependencias ni ataduras de ningún tipo que nos impidan ejercer la libertad y, por último, una vez iniciada la conquista de la libertad no debemos ceder a las promesas, chantajes o amenazas del patrón, de la policía, del marido, del cura, sino que debemos asegurar los logros alcanzados y, a partir de ellos, estabilizar las nuevas relaciones de igualdad en base al respeto mutuo en un contexto de paz.

La elucidación del concepto de violencia justa y de fin bueno frente al de violencia injusta y fin malo; la interacción entre fines y medios y, por último, el método de valoración y aplicación del criterio del mal menor necesario durante el tiempo que sea estrictamente imprescindible, estas cuestiones que también se debaten y aplican en la vida personal, son decisivas para avanzar en nuestra investigación sobre qué es el terrorismo, como hemos visto. También hemos constatado que el método dialéctico aparece en estas cuestiones como el único que descubre las contradicciones internas y su evolución. Vamos, por tanto, a explicar con algo más de detalle por qué la dialéctica es necesaria para saber qué es el terrorismo y cómo combatirlo.

EL MAL MENOR NECESARIO (II)

V. Serge ha explicado cómo la revolución bolchevique había sido permisiva e indulgente con los contrarrevolucionarios durante casi el primer año de lucha, hasta que el terror blanco desencadenado masivamente y el intento de asesinato de Lenin, le puso al borde de la derrota, obligándole a responder a la defensiva con el terror rojo. La cuestión de los fines y de los medios aparece aquí con toda su crudeza. Los tribunales populares y revolucionarios bolcheviques hicieron esto en los momentos más duros de 1918-1921, cuando la

suerte de la revolución no estaba asegurada. Bujarin y Preobrazhenski escribieron entonces que «una comparación imparcial de la justicia proletaria con la justicia de la contrarrevolución burguesa muestra la maravillosa indulgencia de los tribunales de los trabajadores en comparación con los verdugos de la justicia burguesa. Los trabajadores solo sentencian a muerte en casos muy extremos. Esto fue especialmente característico en los procedimientos legales de los primeros meses de la dictadura proletaria»[213]. La justicia burguesa persigue fundamentalmente los delitos contra la propiedad privada desde una perspectiva de venganza. Pese a que todavía existían muchos delincuentes formados por la vieja sociedad burguesa, que seguían actuando contra la nueva sociedad revolucionaria, los tribunales populares «se sienten completamente libres del espíritu de revancha; no pueden vengarse de la gente simplemente porque le haya tocado vivir en la sociedad burguesa. [...] se imponen sentencias condicionales, penas que no implican ningún castigo, ya que su objetivo es prevenir la repetición del delito. Otro método consiste en la crítica social, método que solo puede ser efectivo en una sociedad sin clases [...] El objetivo de los tribunales proletarios es asegurar que el daño producido por el criminal a la sociedad sea resarcido por él mismo realizando una gran cantidad de trabajo social»[214].

Como vemos, el criterio del mal menor necesario se aplica con el mayor rigor y exquisitez posible en estas circunstancias excepcionalmente delicadas y decisivas. De igual modo, los bolcheviques sabían, como marxistas que eran, que el mal menor necesario ha de ser transitorio en su aplicación, ha de ser muy medido en su tiempo de vigencia, siempre supeditado a la duración real del problema que necesita resolver. Bujarin y Preobrazhenski escribieron que ni los tribunales, ni el Ejército Rojo, ni las comisiones extraordinarias, etc., tendrán sentido en el futuro porque desaparecerán al ser derrotada la contrarrevolución zarista. Pero la justicia proletaria sobrevivirá aunque con cambios y adaptaciones mientras dure el largo avance al socialismo desde las muy precarias y atrasadas condiciones rusas, muy especialmente teniendo en cuenta

213. N. Bujarin-E. Preobrazhenski: *ABC del comunismo*, Edit. Fontamara, Barcelona 1977, p. 218.

214. N. Bujarin-E. Preobrazhenski: *ABC del comunismo*, op. cit., p. 219.

a la enorme masa campesina, de modo que «es cierto que estos tribunales cambiarán su carácter gradualmente. A medida que el Estado se extinga, tenderán a convertirse en simples órganos para la expresión de la opinión pública. Adoptarán el carácter de tribunales de arbitraje. Sus decisiones ya no estarán respaldadas por medios físicos y tendrán una significación puramente moral»[215].

Estas palabras están extraídas del libro que sirvió de manual de formación de la militancia comunista en aquellos años cruciales de 1919. Fue redactado por dos cualificados bolcheviques «viejos», es decir, que llevaban años de militancia clandestina, jugándose la vida por un proyecto revolucionario que parecía muy distante en el tiempo, que no eran advenedizos oportunistas que se suben a la espalda del ganador para cabalgar sobre ella, como empezó a suceder a partir de 1922, nada más ser derrotada la contrarrevolución y la invasión imperialista; y que fue un texto aceptado como válido por la inmensa mayoría de la militancia bolchevique existente hasta el momento de su redacción. El libro *ABC del comunismo* fue retirado de la circulación a finales de los años veinte, cuando los objetivos históricos y el modelo social que propugnaba fueron rechazados por la burocracia en ascenso. Sus dos autores morirían fusilados por esta burocracia a finales de los años treinta.

En el que posiblemente sea uno de los últimos textos de su vida, el jurista bolchevique P. I. Stucka criticaba, en 1930, la ya entonces clara tendencia a suplantar la «legalidad revolucionaria» que se estaba desarrollando con muchos problemas, lentamente, por la política de hechos consumados en lo tocante a la represión penal:

> Suplico que no se confunda la lucha por la legalidad con la pura represión penal. La represión penal no se ha debilitado, incluso se ha hecho demasiado severa. Tanto entre los prácticos como entre los teóricos, la represión penal se reduce a menudo a la lucha política contra nuestros enemigos de clase, a los cuales, además, se adscriben capas demasiado amplias.

Stucka sigue exponiendo casos concretos y masivos de abusos

215. N. Bujarin-E. Preobrazhenski: *ABC del comunismo*, op. cit., pp. 220-221.

en la aplicación crecientemente indiscriminada de la represión penal y añade:

> No hay que decir que, en el mejor de los casos, todo esto era estúpido, *además de ser en todo caso una brutal e insensata violación de la legalidad revolucionaria*. Estoy a favor de la *intensificación* de la lucha por la *legalidad revolucionaria* en su más *sincero* significado: no estoy solamente a favor de la ley como «símbolo», y en el mejor de los casos como «icono», sino que estoy a favor de la ley como *ley auténtica*, esto es, obligatoria. Ni siquiera temo caer en una contradicción verbal con mis afirmaciones anteriores ya que estos *cambios* verbales tienen que ver con la apertura de una *nueva fase*[216].

¿A qué fase nueva de su evolución teórica se refiere Stucka? Debemos saber que había sido años antes, en 1925, severo crítico de otros bolcheviques[217] que también se habían preocupado por desarrollar la legalidad revolucionaria que debía asegurar el avance hacia el socialismo en las extremas condiciones del momento. Sin embargo, al igual que otros muchos, Stucka fue dándose cuenta del escoramiento a la represión penal antes que al ejercicio de la legalidad revolucionaria dentro de la democracia socialista. Con sus críticas cada vez más duras al desprecio de la ley socialista –«la ley, entre nosotros, está mal escrita, mal redactada y se difunde mal»[218]– se fue ganando la enemistad del aparato burocrático que le marginó, le apartó de sus puestos y le acusó, pero tuvo la «suerte» de morir antes de que terminase sufriendo la misma suerte que el resto de «contrarrevolucionarios». Uno de los momentos decisivos en los que se aprecia el cambio de fase en la evolución de Stucka es en 1927 cuando reconoce que está de acuerdo con las líneas maestras de la teoría del Pasukanis que «descubrió el enigma del fetichismo del derecho burgués, la esencia material de esta abstracción»[219]. Poco

216. P. I. Stucka: «La legalidad revolucionaria. Resultado y perspectivas», en *La función revolucionaria del derecho y del Estado*, Península, Barcelona 1969, p. 351.

217. P. I. Stucka: «"El llamado derecho soviético". A propósito de una desviación jurídica», en *La función revolucionaria del derecho y del Estado*, op. cit., pp. 287-297.

218. P. I. Stucka: «La legalidad revolucionaria. Resultado y perspectivas», op. cit., p. 354.

219. P. I. Stucka: «Estado y derecho en el período de la construcción socialista», en *La función revolucionaria del derecho y del Estado*, op. cit., pp. 306-307.

más de dos años después, en 1930, Psukanis, Stucka y otros juristas bolcheviques empezaron a ser criticados, marginados y por fin fusilados al ser acusados de ser «agentes del nazismo».

V. Zapatero sostiene que estos bolcheviques se caracterizaban por relacionar estrechamente el derecho y el Estado, y por sostener, siguiendo la teoría marxista, que el Estado debía ir extinguiéndose en la medida en que se avanzaba en el socialismo y se llegaba, por fin al comunismo, fase histórica nueva en la que el Estado y el derecho desaparecerán al desarrollarse nuevas realidades sociales no regidas por la ley del valor y por el valor de cambio. Sigue afirmando que la represión de esta corriente se inicia al acabar la NEP, al iniciarse los planes quinquenales y al fracasar la oleada revolucionaria internacional de 1917:

> Conseguir la colectivización total de la agricultura, controlar los sectores industriales y de comercio, planificar una economía nueva sustituyendo así el mercado, fortalecerse militarmente ante el amenazante avance del fascismo… eran objetivos que no podían ser conseguidos sin un fortalecimiento de los medios represivos: ejército, policía, tribunales, nuevas leyes, etc. Es decir, se necesitaba un fuerte Estado y un rígido e inflexible orden jurídico[220].

El autor prosigue mostrando cómo también fueron exterminados o reprimidos muchos marxistas que, desde diversos campos teóricos, también sostenían en el fondo las mismas tesis de los juristas: que el Estado debía ir debilitando su represión penal para avanzar en la legalidad revolucionaria.

De hecho, la crítica de Stucka a la supremacía de la represión penal es totalmente coherente con la filosofía marxista, en la que la educación colectiva e individual como elemento de la praxis es un eje central expuesto por Marx a lo largo de su vida, desde la tercera tesis sobre Feuerbach[221] hasta la *Crítica del Programa de Gotha* en donde teoriza que en una sociedad comunista el derecho no ha de

220. Virgilio Zapatero: «En torno a E. B. Pasukanis», en *Teoría general del derecho y marxismo*, de Avgeni B. Pasukanis, Edit. Labor, Barcelona 1976, p. 19.

221. Karl Marx: *Tesis sobre Feuerbach*, Obras escogidas, op. cit., tomo I, p. 8.

ser igual sino desigual, que ha de ser un derecho desigual porque las personas son desiguales[222]. La correcta aplicación del mal menor necesario requiere algunas precauciones muy precisas, como hemos visto arriba. Todas ellas nos remiten al movimiento permanente y contradictorio de la realidad, a la dialéctica de la unidad y lucha de contrarios. De la misma forma en que el educador ha de ser a la vez educado, y de la misma forma en que el derecho solamente se puede realizar en la desigualdad, de esta misma forma, la aplicación del mal menor ha de basarse en el movimiento y en la desigualdad, nunca en la uniformidad estática, en lo abstracto inmóvil. El movimiento explica que el criminal aprenda, se reintegre en la sociedad socialista reparando mediante su trabajo social el daño que ha causado, y la desigualdad esencial del derecho formalmente igual explica que no son ni la venganza ni la revancha las que rigen la justicia socialista sino la aplicación de medidas concretas para situaciones concretas.

La dialéctica aquí expuesta es utilizada por Pasukanis cuando se niega a dar una definición unívoca y formal, monovalente, del derecho, sosteniendo que este no existe en abstracto, sino en las contradicciones entre el derecho subjetivo y el objetivo, el público y el privado, etc., de modo que el derecho como unidad no contradictoria no existe, de la misma forma que tampoco existe la mercancía si no es inmediatamente escindida y separada como unidad de contrarios dialécticamente unidos en cuanto valor de uso y valor de cambio[223]. La contradicción interna a la mercancía entre el valor de uso y el valor de cambio nos remite a la explotación asalariada, a la opresión y a la lucha de clases. La forma de ocultar esta realidad peligrosa es el fetichismo, es decir, hacer de la mercancía un fetiche con vida propia y que todo lo rige, ajeno y superior a la sociedad. Y del fetiche de la mercancía se pasa directamente al fetiche del derecho y de la justicia, que también aparecen como fuerzas superiores, perfectas e intocables, que deciden sobre nuestro destino. De la misma forma en que la mercancía se ha desarrollado en estrecha unión con la violencia opresora, lo mismo sucede con el derecho, que ha surgido para legitimar la explotación y por ello ha crecido junto con su

222. Karl Marx: *Crítica del Programa de Gotha*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, pp. 14-15.

223. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 44.

violencia. Por esto, la superación histórica del derecho burgués será larga ya que la ideología fetichista y abstracta sobrevivirá más allá de las condiciones materiales de explotación que la creó, aunque en claro declive hasta su definitiva extinción, período durante el cual subsistirá el Estado en extinción progresiva[224].

Pasukanis rastrea la interacción entre formas de propiedad, violencia, terrorismo y derecho, indicando que el origen del derecho penal está «históricamente unido a la costumbre de la venganza de sangre»[225] aunque con el desarrollo de la economía dineraria se tenderá a cambiar la venganza de sangre por la venganza económica. Más adelante, al estudiar el origen de la guerra y el terrorismo antiguo y su máxima expresión en el imperialismo asirio, volveremos a estas cuestiones decisivas. La religión antigua asume el papel legitimador de la venganza que, en Roma por ejemplo, se plasma en la fusión entre venganza de sangre y económica en los delitos graves contra la propiedad privada, como eran los de mover las lindes de los campos. La Iglesia cristiana llevará esta dinámica a su máxima expresión para hacerse la protectora de la propiedad privada, de la disciplina social y de la dominación de clase, no diferenciándose la Iglesia romana de la bizantina[226]. La interacción entre violencia y derecho da un salto cualitativo con la mercantilización: «La propiedad burguesa capitalista deja de ser provisional e inestable, una posesión meramente de hecho que en todo momento puede ser contestada y debe ser defendida con las armas en la mano. Se convierte en un derecho absoluto, estable, que sigue a la cosa allí donde esta vaya y que, desde que la civilización burguesa ha extendido su dominación sobre todo el globo, está protegida en cualquier sitio de la tierra, por leyes, policía y tribunales»[227].

Más aún: «La evolución del llamado derecho de guerra no es otra cosa que la gradual consolidación del principio de la intangibilidad de la propiedad burguesa». Conforme la economía capitalista en ascenso

224. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 47.

225. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 144.

226. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 148.

227. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 98.

necesita asegurar el normal desarrollo de sus fuerzas productivas, de sus infraestructuras, etc., en este sentido, y en el plano abstracto del derecho burgués en expansión, van surgiendo propuestas de limitar la brutalidad de la guerra entre Estados para no destruir las bases productivas sino solamente los ejércitos. Con Franklin, Rousseau, Napoleón, entre otros, esta ideología se hace ley en algunos Estados, aunque, como muy bien advierte Pasukanis: «En la última guerra mundial, por el contrario, los gobiernos burgueses violaron sin escrúpulos el derecho de propiedad de los súbditos de los Estados beligerantes»[228]. Pasukanis cita la guerra de 1914-1918, que simbolizó el paso definitivo de la fase colonialista a la imperialista:

> La jurisdicción penal del Estado burgués es un terrorismo de clase organizado que no se diferencia más que hasta cierto punto de las llamadas medidas excepcionales utilizadas durante la guerra civil. Ya Spencer ha indicado la analogía estrecha, la identidad incluso, de las acciones defensivas dirigidas contra los ataques externos (guerra) y la reacción contra los que alteran el orden interno del Estado (defensa judicial o jurídica). El hecho de que las medidas del primer tipo, es decir, las medidas penales, sean utilizadas principalmente contra elementos desclasados de la sociedad y las medidas del segundo tipo principalmente contra los militantes más activos de una clase que está a punto de alzarse con el poder, no cambia en modo alguno la naturaleza de las cosas [...] Todo sistema histórico determinado de política penal lleva la marca de los intereses de la clase que lo ha realizado[229].

Todavía más, dependiendo de las necesidades de legitimación o de represión, la burguesía puede suavizar o endurecer sus métodos represivos, por ejemplo, la tortura. Pasukanis aporta datos históricos sobre un corto período de relativa suavización represiva, al que volveremos más adelante, pero demostrando que depende de la lucha de clases, de las victorias o derrotas del movimiento revolucionario y no del humanismo burgués, como fue el caso de la introducción del azotamiento a los adultos tras la derrota de la República de los Consejos en Hungría en agosto de 1919:

228. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 112.

229. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 149.

> Es necesario, además, señalar que los últimos decenios han visto nacer precisamente en un cierto número de Estados burgueses una tendencia a la reinstauración de penas corporales, aflictivas e infamantes. El humanismo de la burguesía cede el sitio a las llamadas a la severidad y a una más amplia aplicación de la pena de muerte[230].

Dicho en otras palabras, el mal menor que en algunos momentos muy circunstanciales puede aplicar la clase dominante, desaparece y se transmuta en mal mayor cuando hay que asegurar la propiedad privada.

EL MAL MENOR NECESARIO (III)

Hemos dicho antes que para comprender qué fue el terror burocrático desencadenado en la URSS debemos, antes que nada, recurrir a la ontología marxista, es decir, a la definición del socialismo desde los parámetros marxistas y no desde los burgueses. Lo que separa el marxismo de la ideología burguesa, de la sociología, no son solo las respuestas que ofrece sobre el capitalismo y la humanidad, sino las preguntas que hace. El marxismo se mueve en otra dimensión teórica y práctica, una dimensión incomprensible desde la ideología capitalista, y que se caracteriza por la permanente interacción de lo ontológico, lo epistemológico y lo axiológico. Definir la realidad, lo que existe, implica estudiarla con un método que surge de ella misma y, a la vez, en el mismo acto, implica valorar ética y moralmente qué se está haciendo, por qué y para qué, de manera que el sujeto activo, nunca objeto pasivo, es, siempre, parte de la totalidad en movimiento. Una explicación mucho más clara e imprescindible para todo lo que sigue, nos la ofrece un soldado ruso en una carta dirigida a sus familiares escrita en verano de 1917, poco antes de la revolución:

> Querido compadre, seguramente también allí han oído hablar de bolcheviques, de mencheviques, de social-revolucionarios. Bueno, compadre, le explicaré que son los bolcheviques. Los bolcheviques, compadre, somos nosotros, el proletariado más explotado, simplemente

230. Evgeni B. Pasukanis: *Teoría general del derecho y marxismo*, op. cit., p. 150.

> nosotros, los obreros y los campesinos más pobres. Éste es su programa: todo el poder hay que dárselo a los diputados obreros, campesinos y soldados; mandar a todos los burgueses al servicio militar; todas las fábricas y las tierras al pueblo. Así es que nosotros, nuestro pelotón, estamos por este programa[231].

Esta misiva impresionante muestra la dialéctica entre la ontología o la definición de lo que existe, de la realidad opresora; el método de pensamiento que descubre sus contradicciones internas, es decir, la epistemología y, simultáneamente, la opción consciente, práctica e inserta en un proyecto revolucionario. Y a la vez, la belleza del mensaje del soldado bolchevique, su estética directa y esencialmente humana, es inseparable de lo anterior. Las más preclaras lumbreras teóricas de la burguesía nunca pudieron comprender qué era aquella revolución y auguraron su derrota aplastante en muy poco tiempo. Para vencerla han necesitado, además de toda una serie de terrorismos salvajes y agresiones económicas permanentes, sobre todo de los errores y limitaciones internas de la revolución, tema en el que ahora no podemos extendernos. Sí debemos estudiar aquellos errores directamente relacionados con la no aplicación del criterio marxista del mal menor necesario. La deslegitimación del socialismo en el interior de la URSS, entre sus masas y pueblos, tuvo que ver mucho con la no aplicación del criterio marxista del mal menor necesario.

Sin embargo, las experiencias revolucionarias posteriores han recuperado la tradición marxista sobre cómo aplicar el mal menor necesario en las condiciones concretas. Podemos sintetizar todo lo dicho recurriendo a Fidel Castro cuando analiza el problema de la delincuencia:

> La lucha contra el delito en nuestra sociedad no es, ni mucho menos, función o tarea exclusiva de los funcionarios de Orden Público. ¡La lucha contra el delito es, en primer lugar, una tarea de todo el pueblo, una batalla de todo el pueblo!... La Revolución tiene que prevenir, reprimir y además reeducar. Y esas tres tareas son tareas del pueblo, en que los funcionarios de Orden Público son su cuerpo más preparado,

231. Giuseppe Boffa: *La revolución rusa,* Edit. ERA, México 1976, volumen 2, p. 28.

más especializado, su brazo ejecutivo; es decir, el instrumento del pueblo, que es quien debe librar esa batalla[232].

La triple tarea que debe realizar el pueblo en todo momento para luchar con efectividad contra el delito en general, es decir, prevenir su surgimiento, reprimirlo cuando se ejerza y reeducar para que no vuelva a realizarse, este criterio expuesto por F. Castro es pura teoría marxista en general y totalmente fiel al criterio del mal menor necesario.

La delincuencia siempre es el espejo que refleja las contradicciones y fallos de la sociedad que la sufre, y esto ocurre mucho más abiertamente en el período de transición del capitalismo al socialismo. Desde esta perspectiva, las palabras de F. Castro sirven para ver tanto la fuerza e implantación del socialismo, su legitimidad entre el pueblo, como la efectividad de la democracia socialista para movilizar al pueblo. Profundizando más allá de la simple delincuencia y yendo al nivel de conciencia de las masas, vemos que el estudio preventivo de los grados de malestar que pudieran existir, que las medidas de reeducación e inclusión positiva y que, cuando estas fallen, los métodos de control y represión de las prácticas contrarrevolucionarias, siempre desde la perspectiva aquí expuesta de reintegración social, todo este proceso está indisolublemente unido a cómo se aplica el criterio del mal menor necesario, a cómo se profundiza en la legalidad revolucionaria, a cómo se reduce la represión penal y se amplían los medios preventivos y de reeducación integradora.

La crítica de Stucka de 1930 advertía claramente del escoramiento represivo en detrimento de la reeducación y de la prevención, por no citar otras críticas anteriores más certeras y globales. La involución estalinista está suficientemente estudiada y confirmada por la experiencia histórica como para extendernos ahora, aunque no tendremos más remedio que volver sobre ella al estudiar la recuperación del terrorismo patriarcal en la URSS a partir de esta

232. Fidel Castro: «Discurso en el Acto Conmemorativo del Décimo Aniversario de la Creación del Ministerio del Interior 6 de junio de 1971», en *Teoría del Estado y el Derecho. Selección de lecturas*, tomo I, La Habana 1983, p. 394.

época. Precisamente, Stucka insistió en 1930 en la necesidad de profundizar en la emancipación de la mujer de la familia patriarcal, sobre todo en el campo, acabando su «sumisión jurídica»[233]. La cuestión que queremos zanjar ahora mismo es la de la propaganda burguesa que habla del «terrorismo estalinista» como inherente al «terrorismo socialista», o al «terror cubano», etc. Podemos resumir brevemente diciendo que, primero, en la URSS hubo una fase de «terror rojo» revolucionario como respuesta al «terror blanco» contrarrevolucionario reforzado por la invasión imperialista.

Segundo, la burocracia que se fue creando desde comienzos de los años veinte estaba en condiciones de imponer su ideario de «socialismo en un solo país» en la segunda mitad de esa década, tras marginar y expulsar al grueso de los viejos bolcheviques. Para entonces, los miembros del partido tenían ya asegurados determinados privilegios materiales que les iban separando de las masas, pudrimiento que había comenzado con Lenin vivo y que encontró en este un enemigo irreconciliable pero cada vez más aislado y enfermo. El XIV Congreso, de diciembre de 1925, marca el inicio de esta fase en la que, silenciosamente, se reprime a toda la oposición interna, la más formada teóricamente, en un partido en el que más de la mitad de sus miembros son analfabetos[234] y muchos de ellos no han conocido la dureza de la lucha clandestina ni luchado a vida o muerte en los momentos críticos de la revolución. Lentamente, la represión va en aumento aunque no llegará a su forma de «terror» público hasta la segunda mitad de los años treinta, aunque desde finales de los veinte los planes de industrialización y lucha contra los kulaks se realizan mediante un masivo «terror oculto». Los costos sociales fueron estremecedores y hasta la Academia de Ciencias de la URSS publicó en 1989 un estudio al respecto[235].

La devastadora crisis de 1930-1934 multiplicó el malestar general

233. P. I. Stucka: «Revolución y legalidad revolucionaria», en *La función revolucionaria del derecho y del Estado*, op. cit., p. 343.

234. Pierre Broué: *El Partido Bolchevique*, Edit. Ayuso, Madrid 1974, p. 311.

235. Victor Danilov: *La colectivización: cómo fue en realidad*, Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, nº 4, 1989, pp. 121-142.

y la respuesta del PCUS fue preparar la oleada de «terror estalinista» iniciada a los pocos meses de empezar la recuperación económica. Las críticas que Stucka había hecho en 1930 se confirmaron con creces al imponerse las decisiones de la cúpula del partido sobre la muy débil legalidad revolucionaria. La represión desencadenada fue tan salvaje que el Comité Central tuvo que emitir una circular en 1933 condenando la «orgía de detenciones»[236], pero esta circular no sirvió de nada porque en septiembre de 1935 se decidió detener y encarcelar sin juicio a la oposición política, una especie de nihilismo jurídico que se argumentó así: «Todo esto sería mucho más eficaz y rápido y mucho mejor. Estos casos deben resolverse sin juicio»[237]. Basta leer, por ejemplo, el acta de la discusión del pleno de febrero-marzo de 1937 sobre qué había que hacer con Bujarin y Rykov para darse cuenta de ello. Este acta recoge cómo se decidió entregarlos a la policía secreta antes de ser llevados a juicio[238]. Sobre los métodos de interrogatorio de la policía secreta, basta leer la carta de Ulrij a Stalin de junio de 1939 recomendando que no se cumplan las leyes que permiten el conocimiento público de las «duras condiciones en que se efectuaron las investigaciones», proponiendo «evitar la divulgación de los métodos» y el nombre de los interrogadores, así como limitar al máximo la información posterior de tales métodos[239]. Obviamente, se trataba de ocultar las torturas y de proteger a los torturadores.

Tras la guerra de 1939-1945 la burocracia estalinista realiza varios «procesos judiciales» en los países del Este, en Sofía, Budapest y Praga, y a finales de 1952 y comienzos de 1953 prepara otra nueva purga en la URSS, pero Stalin muere en marzo de ese año y sus sucesores echan marcha atrás inmediatamente poniendo en libertad a los detenidos. A lo largo de 1953 la burocracia suaviza mucho la represión sistemática, limita los poderes policiales y ejecuta a Beria, el odiado jefe policial, y en los dos años siguientes avanza en esta línea: en septiembre de 1955 se depuran ciertos cuerpos represivos y después se rehabilita a algunos bolcheviques asesinados en las

236. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov: *La lógica del terror*, Crítica, Barcelona 2001, p. 96.

237. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov: *La lógica del terror*, op. cit., pp. 154-158.

238. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov: *La lógica del terror*, op. cit., p. 324.

239. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov: *La lógica del terror*, op. cit., p. 439.

purgas anteriores, dinámica que se amplía en 1956 hasta llegar al conocido informe secreto leído en el XX Congreso[240]. Aunque en la época de Bresnev volvió a endurecerse la represión, nunca llegó a la anterior dureza estalinista. Aun así, la burocracia nunca admitió sus responsabilidades, nunca juzgó a los criminales ni rehabilitó a la totalidad de afectados.

El terror estalinista no fue terrorismo que defendía la propiedad privada de una clase social. La casta burocrática nunca llegó a ser una clase social dominante, en el sentido marxista de la palabra, sino una casta con privilegios crecientes como administradora de la propiedad colectiva, estatal, de las fuerzas productivas. La burocracia no había instaurado la propiedad privada en el sentido capitalista, y aunque en amplias zonas de la economía funcionaba la ley del valor trabajo y el valor de cambio, ningún burócrata individual podía decidir sobre si vender las tierras, las fábricas, minas, etc., a otro burócrata, y menos todavía a un capitalista extranjero. Para lograrlo se tuvo que desmantelar el PCUS, corrompido hasta sus cimientos, reinstaurar la propiedad privada y el derecho de herencia a gran escala, lo que le llevó varios años, e introducir un nuevo sistema jurídico acorde con las leyes de la acumulación de capital. Durante estos decenios, el problema del mal menor necesario fue cambiando de sentido, pasando de ser aplicado según los principios marxistas a ser aplicado en función de las necesidades de la casta burocrática y luego, transformada en clase burguesa, según los criterios del mal mayor innecesario, los que practicaba la nueva burguesía rusa, corrupta y mafiosa.

El terror estalinista tenía como objetivo mantener el poder de la casta burocrática destruyendo las corrientes críticas y revolucionarias, pero no buscaba la reinstauración del capitalismo, al menos entre los años treinta y setenta. El sistema soviético era un sistema en transición estancada, paralizada, desde el capitalismo al socialismo, era un sistema postcapitalista y protosocialista dirigido por una casta que se había impuesto a las clases trabajadoras y a los pueblos oprimidos, una casta que hasta finales de los años ochenta del siglo

240. Pierre Broué: *Los procesos de Moscú*, Anagrama, Barcelona 1988, pp. 226-230.

XX no quería retroceder al capitalismo. Dado que no pretendía reinstaurar la propiedad privada de las fuerzas productivas, no era ni podía ser terrorismo. La diferencia entre la definición burguesa de terrorismo y el terror burocrático radica en la incompatibilidad ontológica entre la propiedad privada y la propiedad colectiva. El terrorismo de Estados Unidos, sus crímenes, tiene como objetivo mantener su poder imperialista. Por mucho que la casta intelectual burguesa hable de los «derechos humanos» y de esa aberración denominada «guerras humanitarias», en la práctica el terrorismo busca mantener la explotación de la mayoría por la minoría. A. Borón y A. Vlahisic han demostrado cómo el terrorismo norteamericano no solamente golpea al mundo, sino también a la propia población yanqui[241].

241. Atilio Borón y Andrea Vlahusic: *El lado oscuro del Imperio. La violación de los derechos humanos por Estados Unidos*, Edic. Luxemburg, Buenos Aires 2009, pp. 75-83.

2 DIALÉCTICA E HISTORIA

NEOKANTISMO Y REFORMISMO

Hemos visto, aunque brevemente, una de las razones que explican la derrota de la izquierda es dejar que se imponga el criterio burgués de «terrorismo». Se trata de la tarea ideológica reformista y pacifista llevada a cabo por la socialdemocracia, especialmente por Kautsky aunque no debemos olvidar a otros responsables. Sin ser exhaustivos, Lassalle fue uno de los principales ideólogos del gradualismo reformista disfrazado de radicalismo. De entrada hay que decir que el embrión del partido socialdemócrata alemán estaba controlado políticamente por los servicios secretos de Bismarck que habían infiltrado al pintor Eichler nada menos que en el cargo de presidente del comité organizador[1] del primer Partido Socialista alemán en 1863. Este agente infiltrado propagó la idea de que el Estado era un instrumento neutral, que podía ser utilizado por el proletariado, que el Estado podía y quería ayudar al proletariado a mejorar su suerte por medio del cooperativismo y otros métodos, de manera que la instauración de la «justicia social» se realizaría pacífica y normalmente. La ideología de Lassalle no se diferenciaba mucho en lo esencial de este modelo, aunque era más «radical» de palabra, pero, por un lado, asumía la idea del «Estado protector»; por otro lado, era muy limitada y errónea su visión de la teoría de Marx y muy mecanicista su interpretación de Hegel; y, por último, su fuerte

1. Jacques Droz: «Los orígenes de la socialdemocracia alemana», en *Historia General del Socialismo*, Edit. Destino, Barcelona 1976, tomo 1, p. 481.

nacionalismo interclasista y burgués fortaleció el reformismo en la clase obrera alemana, una clase obrera que admiraba profundamente a Lassalle[2] mientras que desconocía prácticamente a Marx.

Frente a la sencillez facilona del reformismo lassalleano, anclado profundamente en el socialismo alemán, aparecía la teoría de Marx que ha sido definida como «una lectura difícil», tanto que fueron muy contadas las personas con formación las que leyeron atentamente *El Capital*[3]. Con mucha seguridad podemos decir que fueron menos aún quienes comprendieron tanto la originalidad de la dialéctica marxista expuesta en *El Capital* y en toda su obra, como lo imprescindible que resulta la dialéctica para el estudio y la práctica, para la praxis revolucionaria en suma. Desde luego que Bernstein no solamente no entendió ni lo uno ni lo otro, sino que una de sus aportaciones decisivas al reformismo fue precisamente el «retorno a Kant»[4] y el abandono de Hegel y de la dialéctica en cualquiera de sus formas, sobre todo la marxista. Como ha demostrado Bo Gustafsson, además del ataque a la dialéctica, Bernstein atacó a otros tres pilares de un marxismo que era muy desconocido en Europa: su crítica de la economía política burguesa, rompiendo con la teoría del valor-trabajo y de la plusvalía, es decir, negando la existencia de la explotación asalariada; su crítica del materialismo histórico, proponiendo una visión evolucionista de la historia y, lógicamente, su crítica de la teoría política marxista, de la que desaparecía la necesidad de la revolución y de la violencia como partera de la nueva sociedad, proponiendo un gradualismo pacifista[5].

Partiendo de la idea lassalleana del «Estado protector», las tesis bernsteinianas ampliaban las bases del reformismo tal cual siguen existiendo en el presente, aunque faltaban aún tres aportaciones decisivas. Una de ellas era el mecanicismo gradualista y legalista

2. Jacques Droz: «Los orígenes de la socialdemocracia alemana», op. cit., p. 485.

3. Franco Andreucci: «La difusión y vulgarización del marxismo», en *Historia del marxismo*, Bruguera, Barcelona 1980, tomo 3, pp. 67-88.

4. Iring Fetscher: «Bernstein y el reto a la ortodoxia», en *Historia del marxismo*, op. cit., tomo 4, p. 199.

5. Bo Guftasson: *Marxismo y revisionismo*, Grijalbo, Barcelona 1975, pp. 426-434.

desarrollado por Kautsky, que creó un «marxismo» que destrozaba lo esencial del marxismo originario, de tal modo que Kautsky puede ser denominado como el inventor del «marxismo» que legitimaba el legalismo a ultranza de la socialdemocracia. M. Galceran, desarrollando su estudio de Kautsky y del reformismo pacifista de la socialdemocracia, cita la carta de Engels a Bloch de los años setenta en la que aquél explicaba a este lo absurdo de una crítica de principio contra la violencia:

> Criticar la violencia como algo despreciable en sí, cuando todos sabemos que a fin de cuentas sin violencia no hay nada que hacer[6].

La dogmática mecanicista y legalista desarrollada por Kautsky tenía una apariencia de rigor y sistematicidad teórica superiores a las tesis de Bernstein, que no combatía en el fondo, lo que dotó a la socialdemocracia de una visión más «coherente» de su rechazo a toda «aventura violenta».

Otra aportación al pacifismo fue el triunfo de las burocracias sindicalistas y del partido en el debate sobre la huelga de masas librado a raíz de la gran oleada revolucionaria de 1905. Pero estos avances fueron deliberadamente paralizados por los sindicatos socialdemócratas, que prohibieron toda movilización e iniciaron una abrumadora campaña de desprestigio de la izquierda revolucionaria y de legitimación de las formas pacíficas y legales de acción sindical de base, siempre controlada por sus burocracias. Para el Congreso de la II Internacional celebrado en Stuttgart en 1907 la derecha político-sindicalista había vencido en el debate sobre la huelga general con argumentos de que lo decisivo era acumular fuerzas electoralmente, sin provocar al Estado burgués sino venciéndolo en el Parlamento, con sus propios medios legales y electorales, extrayendo todo el jugo a la «paz social»[7] como medio y como fin, como fin y como medio.

La última aportación decisiva fue nada menos que el exterminio de la revolución de 1918-1919 por la alianza entre los militares de

6. Montserrat Galceran Huguet: *La invención del marxismo*, Iepala, Madrid 1997, p. 390.

7. Jacques Droz: «La social-democracia alemana (1875-1914)», en *Historia General del Socialismo*, op. cit., tomo 2, pp. 53-63.

extrema derecha y los pacifistas socialdemócratas. G. Badia demostró hace años que los «mayoritarios», los pacifistas, prepararon meticulosamente la masacre de los revolucionarios «minoritarios», los violentos, mediante una ataque militar «ampliamente deseado» por los pacifistas o «mayoritarios»[8]. Esta masacre demostró la alianza del pacifismo y del militarismo en defensa de la propiedad capitalista, alianza que ha ido creciendo desde entonces y que no se ha roto definitivamente ni incluso cuando el militarismo ha recurrido al fascismo, al nazismo, al franquismo y a otros terrorismos para salvar la civilización burguesa. Nos hemos centrado en la degeneración reformista del socialismo alemán porque fue ella la que marcó las líneas directrices de la victoria del pacifismo y legalismo parlamentarista en el movimiento obrero europeo, con diferencias de ritmos e intensidades en cada Estado pero con la misma identidad sustantiva.

Sin embargo, esta es solo una parte de las razones que explican la victoria de la ideología burguesa sobre el «terrorismo». No debemos olvidar nunca la fuerza reaccionaria de esta misma ideología, de su legalismo violento y opresor, así como el consumo social del opio religioso. Tampoco debemos olvidar la efectividad de la pedagogía del miedo y del terror calculado que estudiaremos en su momento. El pacifismo socialdemócrata se ha apoyado en estas fuerzas irracionales, del mismo modo que la burguesía se ha beneficiado de otros dos factores más que ayudan a explicar su triunfo ideológico, además del mismo poder alienador del capitalismo y de su coerción sorda. Uno de esos factores, aunque de efectos menores, ha sido la enorme influencia que ha tenido la casta burocrática rusa en el movimiento obrero y revolucionario mundial en años decisivos para la supervivencia del capitalismo. Si bien es cierto que oficialmente la «teoría» elaborada por el estalinismo no renegaba de la necesidad de la violencia revolucionaria, sí es verdad que su práctica la contradecía en los hechos, excepto en aquellos casos en los que por diversos intereses propios la URSS ayudaba a guerras de liberación nacional antiimperialista.

8. Gilbert Badia: *Los espartaquistas*, Edit. Mateu, Barcelona 1971, vol. I, pp. 271-284.

En los capitalismos más poderosos, la influencia de la URSS con respecto a la violencia revolucionaria tuvo tres efectos: uno, no logró superar el mecanicismo evolucionista de la socialdemocracia, visión que también había influenciado a los bolcheviques debido a la determinante influencia de Kautsky y de Plejanov en la mayoría de ellos. Gramsci está en lo cierto cuando acusa a Plejanov de «materialismo vulgar»[9], que concebía la transición al socialismo con los mismos criterios naturalistas y sujetos a leyes que la socialdemocracia, aunque inicialmente adelantase nociones sobre la ley del desarrollo desigual[10], pero el escaso dominio de la dialéctica le impidió comprender las razones del acelerón industrial en Rusia, las contradicciones de todo tipo que ello generaba y el estallido último de un proceso revolucionario que sintetizaba todo lo viejo y todo lo nuevo, de manera que Plejanov siguió analizando la situación desde los parámetros ya caducos de la Revolución francesa de 1789 en vez de los de la revolución obrera y campesina de 1917 en el imperio zarista[11], reventado por las presiones mundiales de un imperialismo que no terminaba de entender. En 1908, el determinismo mecanicista de Plejanov estaba teorizado en una de sus obras más conocidas, en la que cita a Tchernychevsky:

> Suceda lo que suceda, será, sin embargo, nuestro campo el que festejará la victoria[12].

Mientras que el marxismo sostenía que la victoria no era nunca segura, que dependía del resultado de la lucha de clases, que a su vez depende de las presiones de una muy compleja interacción de fuerzas y condicionantes objetivos y subjetivos, del pasado y del presente, etc.; mientras esta visión dialéctica de la historia exigía que fuera la acción humana consciente la que guiase la marcha de las contradicciones desde su interior mismo, por el contrario, el mecanicismo socialdemócrata y «marxista» planteaba la «victoria ineluctable» de

9. Antonio Gramsci: *Introducción a la filosofía de la praxis*, Edic. Península, Barcelona 1970, p. 104.

10. Samuel H. Baron: *Plejanov. El padre del marxismo ruso*, Siglo XXI, Madrid 1976, pp. 155-159.

11. Samuel H. Baron: *Plejanov. El padre del marxismo ruso*, op. cit., p. 453.

12. Yuri Plejanov: *Cuestiones fundamentales del marxismo*, Edt. Fontamara, Barcelona 1976, p. 149.

la revolución a largo plazo. Se trataba, por tanto, de no precipitarse, de no cometer errores de «aventurerismo subjetivista» intentando acelerar la historia que evoluciona como un hecho «natural». Semejante determinismo mecanicista era dominante en la mayoría de la dirección bolchevique por razones que no podemos exponer ahora. A grandes rasgos, solo pequeños grupos marxistas habían superado esta visión, y debe decirse que si la insurrección de octubre de 1917 salió victoriosa fue debido a que estos grupos minoritarios supieron convencer al resto actuando desde el interior de las masas explotadas. Sobre el fondo de malestar social creciente agudizado desde verano de 1916, actuaron tres dinámicas convergentes: una, la iniciativa autoorganizada de sectores explotados dirigidos por los pocos bolcheviques activos; otra, la tarea sistematizadora realizada por el grupo dirigido por Lenin y, por último, los contados militantes del grupito dirigido por Trotsky.

La dialéctica, tanto espontánea como teorizada, y su correspondiente visión del papel de la violencia dentro de la sociedad unían a las tres dinámicas que se soldaron por lógica atracción interna. En el plano teórico, el papel fundamental correspondió al grupo de Lenin desde que este reiniciara su relectura de Hegel en 1914 activándose lo que R. Dunayesvskaya ha definido como «un cerebro en acción»[13], sobre todo desde que elaboró sus fundamentales textos de primavera de 1917, sintetizados en las *Tesis de Abril*[14] en las que planteaba que ya se había superado la «fase democrático-burguesa» de la revolución por etapas y se había entrado en la fase proletaria por lo que había que prepararse para la violencia revolucionaria. Las Tesis le atrajeron la simpatía de las masas y de la militancia de base, pero el desprecio y las acusaciones de anarquismo, trotskismo y aventurerismo de buena parte de la dirección bolchevique. Lenin había llegado a las mismas conclusiones que Trotsky y, sobre todo, que Marx y Engels, pero no podemos extendernos en esta cuestión. Lo importante es que Lenin era muy consciente de las desesperanzadoras carencias en formación marxista de la militancia bolchevique e hizo esfuerzos titánicos para superarla, porque sabía

13. Raya Dunayesvskaya: *Marxismo y libertad*, Edit. Fontamara, México 2007, pp. 204-208.

14. V. I. Lenin: *Tesis de Abril*, Obras completas, op. cit., tomo 31, p. 105 y ss.

que en 1919 solo un 5% tenía instrucción superior y solo un 8% instrucción secundaria[15]. En 1921, Yaroslavsky tras estudiar la formación de los militantes reconoció que era «extraordinariamente difícil encontrar alguno que haya leído por lo menos *El Capital* de Marx o alguna otra obra básica de la teoría marxista»[16] y, en 1922, Lenin insistió en la urgencia del estudio del materialismo, del ateísmo y de la dialéctica hegeliana de forma sistemática[17].

Hemos insistido en la importancia de la educación teórica porque, salvando las distancias, en la URSS y en otros procesos revolucionarios posteriores volvió a ocurrir lo acontecido desde el último tercio del siglo XIX: que el reformismo abierto o encubierto vencía con gran facilidad en los debates políticos y especialmente en los ideológicos –sin explicar ahora las diferencias entre debates teóricos, políticos e ideológicos– debido básicamente a las limitaciones intelectuales de la militancia de base. La debilidad teórica es especialmente perniciosa en los problemas relacionados con las violencias porque en estos intervienen factores conscientes e inconscientes, racionales e irracionales, materiales y simbólicos que afectan a la capacidad de pensamiento. La degeneración burocrática de la URSS se asentó también en la obediencia acrítica de la nueva militancia reclutada desde la segunda mitad de los años veinte, que no había conocido la lucha clandestina y la guerra mundial, que apenas había conocido la dureza extrema de la guerra de 1918-1921 y que ignoraba prácticamente todo del marxismo. La verborrea doctrinal sobre la revolución, la dictadura del proletariado, etc., ocultaba el empobrecimiento deliberado del marxismo.

Ahora no podemos hacer un seguimiento detallado sobre cómo se impuso el dogmatismo oficial sobre el marxismo, y en contra de este. Nos limitaremos a dar la palabra a un autor poco sospechoso de «odio antiestalinista» que ha escrito que: «el régimen estalinista desbarató las actividades del Instituto Marx-Engels, especialmente tras la destitución y detención de Riazanov, y canceló la publicación de

15. Pierre Broué: *El partido bolchevique*, Edit. Ayuso, Madrid 1974, p. 177.

16. Pierre Broué: *El partido bolchevique*, op. cit., p. 176.

17. V. I. Lenin: *El significado del materialismo militante*, Obras completas, op. cit., tomo 45, p. 31.

la *Marx-Engels-Gesamtausgabe (MEGA)* (Obras completas de Marx y Engels) en alemán, aunque no impidió (a pesar del trágico tributo de las purgas) la continuación parcial del trabajo editorial. Por otra parte (y esto acabó siendo en cierto sentido aún más grave) la consolidación de lo que se podría llamar la interpretación estalinista ortodoxa del marxismo, promulgada oficialmente en el *Resumen de historia del PC (b) de la URSS* de 1938, hizo que algunos escritos de Marx se convirtieran en heterodoxos y que por tanto su publicación plantease serios problemas. Esto sucedió sobre todo con los escritos juveniles [...] La soberbia edición de los *Grundrisse*, realizada en Moscú en 1939-1941, fue virtualmente desconocida (a pesar de que llegaron un par de ejemplares a Estados Unidos) hasta su impresión, en Berlín oriental, en 1953»[18]. Por otra parte, en 1947, Zhdanov, mano derecha de Stalin en el «frente intelectual», lanzó un ataque oficial contra Hegel certificando su superación[19] porque habían cambiado las condiciones en la URSS. Los textos llamados «jóvenes» de Marx, el «Lenin hegeliano», etc., fueron marginados y se impuso el determinismo absurdo de Lysenko[20], que era la pantalla exterior de una reacción dogmática contra la «ciencia burguesa».

El «marxismo ruso» llegó a rechazar «cualquier teoría que reintrodujera las contingencias o expresase una complejidad capaz de resaltar ese otro maniqueísmo que es el concepto de reflejo de clase. El partido, es decir, todos los partidos comunistas, condenaron la mecánica ondulatoria, el psicoanálisis, la cibernética, entre otras ciencias burguesas. Las obras del filólogo Marr fueron condenadas por el propio Stalin. Sin decirlo, sus hipótesis cuestionaban en profundidad el significado y los medios de la ideología soviética. Marr, sin ser original, subrayaba las modificaciones lingüísticas resultantes de los cambios políticos bruscos, deducía la existencia de un lenguaje no expresado, e indicaba las posibilidades de propaganda que ofrecían los “estímulos verbales”. Stalin, al contrario, definió la lengua como algo estable al margen del simple juego de la superestructura sobre

18. Eric J. Hobsbawm: «Las vicisitudes de las ediciones de Marx y Engels», *Historia del marxismo*, Bruguera, Barcelona 1980, tomo 2. p. 303.

19. Raya Dunayesvskaya: *Marxismo y libertad*, op. cit., p. 63 y ss.

20. A. Woods y T. Grant: *Razón y revolución*, Fund. Federico Engels, Madrid 1995, p. 402.

la infraestructura, lo cual probablemente tenía relación con su continuismo nacionalista; esta discusión pone de manifiesto lo que hay de realista en el ejercicio ideológico. Sea cual sea su conocimiento de la obra de Marr, los intelectuales comunistas debían perseguir el marrismo»[21]. De cualquier modo, tanto en el caso del debate sobre Marr como sobre el resto de debates[22], todavía no son accesibles muchos textos y solamente desde la segunda mitad de los años noventa empezamos a disponer de alguna información diferente a la oficial, sin olvidar nunca toda la que se destruyó o se perdió.

Carecemos de espacio para siquiera intentar un somero resumen de las diversas posturas sobre la violencia revolucionaria que surgieron en todo el mundo conforme declinaba el poder y el prestigio de la URSS y del «marxismo» creado por su casta burocrática. Necesitaríamos un volumen de la misma o mayor extensión que este para dar cuenta de todas las posturas sobre la violencia revolucionaria surgidas durante la mal denominada «guerra fría» en prácticamente todos los continentes del planeta. Sería presuntuoso por nuestra parte intentarlo en pocas páginas. Lo que nos interesa es dar cuenta de por qué las izquierdas occidentales han aceptado el término burgués de «terrorismo». Hasta ahora hemos visto rápidamente una razón, la de la influencia del neokantismo y del reformismo pacifista, pero debemos considerar otras tres más, sin extendernos ahora en la propia capacidad interna del capitalismo sustentada en la alienación y en el fetichismo, sin olvidar la sorda coerción del capital sobre el trabajo.

Las otras tres son, una, las dificultades de muchos marxistas para estudiar las innovaciones represivas introducidas por la burguesía y especialmente para desarrollar una teoría más rica de la denominada «pedagogía del miedo»; dos, los efectos devastadores de las sucesivas modas intelectuales postmarxistas, postmodernos, seguidores de Foucault, de Negri, etcétera; y, tres, la expansión de la industria político-cultural imperialista. Naturalmente, estas cuatro razones interactúan entre sí reforzándose y generando otras causas

21. René Gallisot: «El comunismo en el espejo del XX Congreso», en *Historia general del socialismo*, op. cit., tomo 4, p. 481.

22. Pablo Huerga Melcón: *Stalin y la historia de la ciencia en la URSS*, El Catoblepas, nº 81, noviembre de 2008 en www.nodulo.org.

menores y particulares que sería prolijo exponer aquí. Como resultado de la cuádruple interacción ocurre que la izquierda tiene una creciente incapacidad para comprender qué es la civilización burguesa como síntesis social del modo de producción capitalista, como expresión de su matriz social y como marco delimitador de hasta dónde puede llegar el pensamiento de izquierdas. Dado que civilización y terrorismo van juntos, no se puede criticar radicalmente al segundo sin criticar a la vez a la primera, y viceversa. Hemos dicho algo sobre esto en la «Introducción», y nos extenderemos en el «Resumen», así que ahora no nos extendemos porque, antes, necesitamos exponer todo la argumentación. Pero lo decisivo para nuestro estudio sobre el terrorismo es que ninguna de las cuatro puede ser plenamente comprendida si no recurrimos al método dialéctico.

Hemos visto ya que la primera razón, la degeneración dogmática, mecanicista y determinista del «marxismo ruso» fue simultánea a la extinción de la esencia dialéctica del marxismo originario y al triunfo del estatalismo legalista y del pacifismo lassalleano y socialdemócrata, al sacrificio de Hegel y al triunfo de Kant, a la decapitación del Marx dialéctico y a la construcción del Marx «científico». La segunda razón, el desconocimiento de los avances represivos burgueses, especialmente el de la «pedagogía del miedo» y todo lo que ella supone, no puede ser comprendida desde la lógica formal porque el miedo es parte de un proceso en permanente movimiento, sobre todo cuando está provocado por el terrorismo en su plena manifestación, el Estado burgués. El mecanicismo determinista y lineal nunca es válido para nada, y menos para estudiar la complejidad social, en la que interactúan fuerzas de muy diversa índole que requieren para ser estudiadas, como mínimo, un pensamiento flexible y polivalente. Por ejemplo, Paula Rodríguez reconoce que existen dificultades para «diferenciar angustia, miedo y terror»[23]. Estas dificultades se incrementan cuando, según Ana Luisa Cilimbini: «las formas en que se manifiesta el miedo son múltiples, y esas “variaciones”, incluye tanto el plano individual del sujeto que narra, como el discurso colectivo»[24],

23. Paula Rodríguez Marino: «Exilio, trauma y miedo…», en *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*, Comunicarte Edit., Argentina 2006, p. 250.

24. Ana Luisa Cilimbini: «Subjetividad, memoria y miedo», en *Miedos y memoria en las sociedades*

y para profundizar en lo múltiple en movimiento solamente nos sirve la dialéctica. La tercera, las modas intelectuales del postmarxismo, del foucaultismo, del negrismo y especialmente del postmodernismo también nos remiten al rechazo de la dialéctica:

> El postmodernismo y los intelectuales del neoliberalismo han intentado justificar todos los argumentos a través de cierta fraseología que ignora toda una cantidad de estudios que han demostrado que la historia y la razón crítica en su dimensión dialéctica son necesarias para interpretar, comprender y superar las contradicciones que expresa el sistema en el que vivimos[25].

La cuarta y última, la expansión de la industria político-cultural capitalista se realiza imponiendo una epistemología empirista que solo estudia lo fenoménico, lo exterior, la apariencia, con lo que refuerza al Estado burgués, como ha demostrado Juan Samaja, que según este mismo autor, mientras que haya que construir sociedades libres:

> la concepción dialéctica, como crítica general del método, debe ser instrumentada también como método, como *cuestión de Estado*, al servicio de los proyectos de esos pueblos y naciones, de esas democracias de masas desde cuyo advenimiento ha sido concebida la dialéctica [...] la dialéctica, como *crítica interna* de las posiciones opuestas, no aspira a desarmar a los enemigos de los pueblos mediante *discursos* edificantes, sino a *armar teóricamente* a los que luchan por dicha liberación[26].

Damos tanta importancia a esta cuarta razón, sin menoscabo de las otras tres, que más adelante desarrollaremos con bastante profundidad las interacciones entre el pensamiento capitalista, el imperialismo y el terrorismo y lo que J. Samaja define como «cuestión de Estado», pero no en el sentido restrictivo de Estado, sino en el sentido marxista, amplio e incluyente, de una estructura material y simbólica decisiva para acelerar la acumulación ampliada de capital.

contemporáneas, op. cit., p. 243.

25. Roberto Aruj: «Postmodernismo y neoliberalismo: su articulación hegemónica», en *Marx ahora*, La Habana, Cuba, nº 10/2000, p. 175.

26. Juan Samaja: *Introducción a la epistemología dialéctica*, Lugar Editorial, Buenos Aires 1994, p. 81.

Un ejemplo del retroceso del rigor intelectual, entre los muchos disponibles, es el de R. Osborne, historiador valioso al que recurriremos varias veces pero que, sin embargo, escribe que: «El aumento del terrorismo político agravó los problemas sociales internos. Grupos locales que representaban a comunidades privadas de derechos o desposeídas de Palestina, Irlanda del Norte o el País Vasco tenían la convicción de que podrían conseguir libertades políticas organizando atentados con bombas o secuestros», y luego extiende su análisis a las organizaciones armadas de izquierdas como Brigadas Rojas, Fracción del Ejército Rojo y otras, y tras meterlas en el mismo saco del «terrorismo» en el que ha metido a «toda una serie de pequeños grupos fascistas», sostiene que aterrorizaron durante un tiempo las calles de Europa, e incluso alude directamente a los «terroristas palestinos»[27]. Al menos, R. Osborne reconoce que en Palestina, Irlanda y el País Vasco existen comunidades privadas de derechos o desposeídas, pero en ningún momento valora las respuestas violentas partiendo de esa realidad enunciada un tanto difusa y asépticamente y, lo que es peor, sí acepta y usa la definición burguesa de «terrorismo». Otros investigadores ni eso.

DIALÉCTICA Y FLEXIBILIDAD

Pensamos que el método de la dialéctica marxista es el único que puede evitarnos caer en el batiburrillo y la mezcla caótica hecha por R. Osborne, esa especie de «sopa ecléctica» al decir de Engels, en la que todo cabe para dar imagen de arte culinario pero de la que no se extrae ningún sabor rico. Solamente la dialéctica puede explicarnos la verdad contenida en la siguiente contradicción: «La guerra es la paz»[28]. Según L. Silva, el método dialéctico de Marx consistía en descubrir que la historia es «un teatro de lucha de clases […] es el teatro real, sangriento y monstruoso […]. Al pintar el capitalismo, una visión dialéctica tiene que enfrentarse a un teatro de luchas feroces;

27. Roger Osborne: *Civilización. Una historia crítica del mundo occidental*, Crítica, Barcelona 2007, p. 536.

28. Pedro Miguel: *La guerra es la paz*. www.enlacesocialista.org.mx 15 de diciembre de 2009.

un teatro donde hay dos oponentes principales, la burguesía y el proletariado. Dos opuestos con carácter de contradictorios»[29]. La dialéctica es, por tanto, el método capaz de penetrar en la lucha de contrarios, descubrir sus dinámicas y presentarlas de forma teórica y coherente.

La metodología dialéctica exige, como dice Rosental, un relativismo conceptual flexible y a la vez concreto porque «cada fenómeno posee muchos vínculos e interacciones con otros fenómenos y donde la interacción condiciona que aparezcan ora unos rasgos, propiedades y aspectos de las cosas, ora otros. Por esto tampoco puede la ciencia operar a base de un simple esquema: o verdad o error. Las cambiantes propiedades de las cosas exigen del concepto de verdad una flexibilidad y un carácter concretos máximos, pues también el concepto de verdad es relativo: lo verdadero en determinado tiempo y en cierta conexión se convierte en error en otro tiempo y en una conexión distinta»[30]. Deberemos recordar estas últimas palabras porque veremos una y otra vez como cambian, se entremezclan y se separan permanentemente las múltiples formas de terror y de violencia explotadora, aparentando desaparecer de la realidad material pero reforzándose en las angustias y temores de la humanidad explotada. Por su parte, A. Guetmanova sostiene que:

> A veces no se pueden establecer divisorias precisas, por cuanto todo se desarrolla, modifica, etcétera. Toda clasificación es relativa, aproximativa, y revela de forma sucinta las concatenaciones entre los objetos clasificados. Existen formas transitorias intermedias que es difícil catalogar en un grupo determinado. Semejante grupo transitorio a veces constituye un grupo (especie) autónomo[31].

Como afirma Prigogine al explicar la importancia de la dialéctica entre la regularidad estadística y la inestabilidad:

29. Ludovico Silva: *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos*, F. E. Ipasme, Caracas 2006, p. 188.

30. M. M. Rosental: *Principios de Lógica Dialéctica*, Edic. Pueblos Unidos, Montevideo 1965, p. 335.

31. Alexandra Guetmanova: *Lógica*, Edit. Progreso, 1989, p. 61.

> las leyes de la naturaleza adquieren entonces una nueva significación: ya no se tratan de certidumbres, sino de posibilidades. Afirman el devenir, no solo el ser[32].

Afirman la importancia del proceso evolutivo del problema que tratamos, algo ya afirmado por los marxistas dialécticos, y con antelación por Hegel y otros filósofos. En lo que concierne al terrorismo, su devenir, su movimiento, no está determinado mecánica y ciegamente por la necesidad objetiva del capital, sino que está determinado por la lucha de clases, por la lucha de liberación de los pueblos oprimidos, por las luchas y resistencias colectivas e individuales de todas las personas oprimidas. Semejante realidad es la que permite comprender que el terrorismo no es invencible, que se le puede derrotar y que la humanidad trabajadora puede vencer al capitalismo. Las posibilidades están abiertas, más o menos según las circunstancias, pero abiertas. Sin extendernos mucho, sobre esta cuestión nos vienen muy bien las siguientes palabras de C. Allègre sobre los actuales modelos teóricos de las ciencias biológicas que:

> son maleables, plásticos, evolutivos, provisionales, se modifican en la medida en que los experimentos lo van exigiendo. No se trata de cortapisas o trabas al progreso, sino de guías, de marcos conceptuales. Quienes las construyen aceptan el rigor dentro de lo provisional, lo cual caracteriza sin duda el verdadero progreso científico[33].

Esta última cita y sobre todo la expresión feliz de «el rigor dentro de lo provisional» nos remite en directo a la dialéctica de lo absoluto y lo relativo, de lo infinito y de lo finito en el conocimiento de la verdad[34], en nuestro caso en el conocimiento del terrorismo como una «verdad» material que se instaura definitivamente con la victoria de la propiedad privada de las fuerzas productivas, lo que determina su carácter «absoluto e infinito» en este lapso de tiempo social, y las evoluciones concretas de las formas particulares que va adquiriendo durante estos siglos, lo que determina su carácter «relativo y finito».

32. Ilya Prigogine: *El fin de las certidumbres*, Taurus, Madrid 1997, pp. 174-175.

33. Claude Allègre: *La derrota de Platón o la ciencia en el siglo XX*, FCE, México 2003, pp. 78-79.

34. G. Kursánov: *Veritas. Fundamentos de la teoría leninista de la verdad y crítica de las concepciones idealistas modernas*, Edit. Progreso, Moscú 1977, pp. 121-144.

La interacción de estos dos extremos unidos de la realidad que analizamos nos ilumina sobre la necesidad de la acción consciente dentro mismo del movimiento de lo real, en sus contradicciones, para facilitar tal o cual salida. En nuestro caso, la acción liberadora contra el terrorismo se basa en la conciencia de que la violencia opresora es tan «absoluta e infinita» como lo es la propiedad privada y, a la vez, tan «relativa y finita» como es la propiedad privada frente a la lucha de la humanidad oprimida por la conquista del socialismo y el desarrollo del comunismo. Comprenderemos más fácilmente la contradicción irreconciliable entre el terror inherente a la explotación y la libertad inherente a la emancipación leyendo esto:

> Las ciencias sociales tienen que ver en esta perspectiva con las ciencias de la evolución, donde el futuro, sometido a parámetros variables, es imprevisible sin ser indeterminado; donde las singularidades históricas dividen el futuro y lo ramifican en numerosos canales. De ahí un conocimiento histórico, más comprensivo que predictivo, de los deslumbramientos de lo real. Basta poco para ver que se abren empalmes y bifurcaciones que ofrecen a cada situación una multiplicidad de salidas posibles[35].

Podríamos seguir poniendo cita tras cita referente a la dialéctica como pensamiento abierto a la creatividad de las contradicciones de lo real en todas sus formas de expresión. Un pensamiento que no tiene miedo a las excepciones que contradicen aparentemente las leyes, sino que las ve positivas, enriquecedoras y hasta inevitables en determinados momentos del proceso, expresiones del desenvolvimiento de sus contradicciones y de las tendencias evolutivas, y, a la vez, impulsoras de nuevas dinámicas[36]. Un pensamiento que es capaz de encontrar el contenido del método de acción social que palpita, por ejemplo, en el nivel biológico, en el que el movimiento de la materia como categoría filosófica[37] conlleva una reflexión tanto sobre la dialéctica del salto cualitativo a lo nuevo en cuanto sistema, como sobre la dialéctica de la lenta suma cuantitativa

35. Daniel Bensaïd: *Marx intempestivo*, Edit. Herramienta, Buenos Aires 2003, p. 449.

36. Gerd Binnig: *Desde la nada. Sobre la creatividad de la naturaleza y del ser humano*, Galaxia Gutemberg, Barcelona 1996, p. 259 y ss.

37. F. T. Arjiptsev: *La materia como categoría filosófica*, Grijalbo, México 1966.

de cantidades, de modo que, volviendo al nivel biológico, debemos adoptar una «actitud pluralista, que acoja por igual la posibilidad de cambios bruscos y suaves»[38]. En el origen de esta dialéctica palpita la interacción primaria entre la capacidad sinérgica de la naturaleza como totalidad autocreativa y emergente[39], y el desarrollo de la sociabilidad en la evolución animal, especialmente en la humana. O en otras palabras:

> nuestro mundo [...] siempre será *precisamente* esa mezcla de regularidad y mutabilidad, esa combinación de solidez y arenas movedizas que es tan típica de la experiencia humana cuando se la mira de cerca[40].

El método de pensamiento racional confirmado como válido en estas áreas de la materia biológica tiene también aplicabilidad a las áreas sociales y humanas de la materia, y en el problema de las violencias, de la guerra, del terrorismo y de la «pedagogía del miedo» este método nos exige y a la vez nos permite no cometer el error de la fosilización conceptual. R. Gallissot lo expresa así:

> En Marx y Engels, se diga o no, existen fluctuaciones terminológicas: es que, bajo las mismas palabras, los objetos hacia los que se apunta no son los mismos: la fórmula se relaciona, sea con la sociedad capitalista en sus fundamentos generales, sea con sociedades particulares en el seno del capitalismo, sea solamente con la combinación de las relaciones de clase y de fuerzas políticas en una sociedad dada[41].

Más adelante veremos precisamente cómo Gallissot introduce todo lo relacionado con lo nacional y lo comunitario en la dialéctica de las «fluctuaciones terminológicas» dentro del concepto clave del «modo de producción», pero ahora nos interesa dejar hablar a

38. Rafael Alemán Berenguer: Evolución y creación, Ariel, nº 144, Barcelona 1996, p. 128.

39. H. Haken: *Fórmulas del éxito en la naturaleza*. Sinergética: la doctrina de la acción de conjunto, Biblioteca Científica Salvat, nº 62, Barcelona 1994.

40. H. Maturana y F. Varela: *El árbol del conocimiento*, Debate-Pensamiento, Madrid 1990, p. 205.

41. René Gallissot: «Contra el fetichismo», en *El concepto de «formación económico-social»*, PyP, nº 39, México 1976, p. 176.

Gallissot:

> No hay escándalo alguno en reconocer que, continuamente en Marx y Engels, hay encabalgamiento de vocabulario y de sentido, interferencia entre el uso vulgar (el modo de producción es la forma de producir –la palabra "formas" se repite– y el empleo típico [...] subsiste la impresión de que hay usos preferenciales que irían de lo particular a lo general: formas, formaciones, formación económica[42].

También podemos hablar de un «pluralismo metodológico» en el sentido que le da Farr: distinción entre método de investigación y método de exposición, distinción que expresa la originalidad ontológica del marxismo que «exige el doble viaje de lo concreto apariencial a lo abstracto de las categorías esenciales, y de la oposición de tales categorías a la recomposición sintética de lo concreto, ahora desnudado de todo ropaje apariencial y falsificador»[43]. En síntesis, Marx creó un método ontológicamente nuevo que sorprendió tanto por su efectividad que un crítico reconoció que el autor de *El Capital* se movía con «la más rara libertad» en el terreno empírico, mérito que Marx atribuyó al «método dialéctico»[44].

Aplicado al campo específico de la estrategia militar, clave para entender el proceso que concluye en el terrorismo, las «fluctuaciones terminológicas», la capacidad para usar con la más rara libertad un instrumental polivalente que nos permita pensar y actuar en una realidad contradictoria y móvil, esa capacidad ha sido expuesta de esta forma en un texto al que ya hemos recurrido anteriormente:

> La dialéctica más compleja del arte militar contemporáneo y las tendencias de su desarrollo se puede expresar solo mediante el sistema de categorías de flexibilidad, movilidad e interacción de la dialéctica materialista, de categorías y conceptos de la ciencia militar[45].

42. René Gallissot: «Contra el fetichismo», en *El concepto de «formación económico-social»*, ops. cit, p. 177.

43. Ricardo J. Gómez: «Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia», *Herramienta*, Buenos Aires, marzo de 2009, nº 40, p. 132.

44. Karl Marx: «Carta a Kugelmann de 27 de junio de 1870», en *Marx/Engel Cartas sobre El Capital*, Edit. Laia, Barcelona 1974, p. 203.

45. AA.VV.: *La filosofía marxista leninista y su significación metodológica para la teoría y la*

Las definiciones aisladas, inmóviles y estáticas de «terrorismo» solamente sirven para la clase burguesa porque impiden descubrir el límite cualitativo que separa la violencia defensiva y liberadora del terrorismo, diferencia que radica en que la primera lucha contra la explotación humana y el segundo refuerza la explotación humana. La explotación surgió con la propiedad privada de las fuerzas productivas, básicamente con la explotación de la mujer por el hombre, como veremos. Conforme se ha expandido la propiedad privada, lo han hecho las violencias que necesita para sostenerse, y en este movimiento expansivo, internamente enfrentado con las violencias defensivas de las masas expropiadas y oprimidas, han ido creándose justificaciones éticas, morales, religiosas, ideológicas, políticas, etcétera, destinadas a justificar la propiedad privada. Todas ellas se basan, al final, en tesis idealistas y metafísicas que recurren al dogma y al terrorismo cuando quedan al descubierto. El dogmatismo es el terrorismo cultural, y el terrorismo es el dogmatismo material. Frente a esto, solamente la radicalidad móvil, flexible e interactiva de la dialéctica puede descubrir la esencia interna y las formas externas del terrorismo material y cultural desde los orígenes de la propiedad privada.

Las tenaces resistencias de los pueblos autóctonos fueron debidas antes que nada a que estos pueblos se negaron a entregar sumisamente sus tierras comunales a los invasores occidentales. Los invasores lograron muchas veces dividir a los pueblos, someterlos a la pasividad mediante la compra, cooptación y soborno de sus minorías dirigentes, que en bastantes casos se convirtieron en viles colaboracionistas con el invasor. Pero no es menos cierto que a pesar de estas contradicciones internas las resistencias aborígenes también estaban reforzadas por las diferencias cualitativas que separaban las culturas de los invadidos y la de los invasores. Diferencias provenientes de las formas de pensamiento correspondientes a dos modos de producción muy distantes. L. Macas lo expresa así:

> Decimos nosotros, pues, que son dos pensamientos distintos, son dos lógicas distintas y son dos maneras distintas de ver el mundo. Por

práctica militares, Editora Militar, La Habana 1983, p. 78.

> un lado tenemos el mundo de la comunidad, de la solidaridad, de la reciprocidad. Pero, por el otro lado, vemos que como contradicción en la época actual está el mundo del capital, el mundo de la acumulación[46].

La solidaridad, la reciprocidad y el sentido de comunidad son normas de praxis social correspondiente a los modos de producción precapitalistas, mientras que el mundo del capital y de la acumulación solo puede existir en el modo capitalista de producción. Esta diferencia, que se vive aún hoy en amplias zonas del planeta, es uno de los factores que explican las desesperadas resistencias de muchos pueblos «atrasados» al avance de la «civilización», siempre con entrecomillado.

Una muy buena explicación del por qué del encabalgamiento, las fluctuaciones terminológicas, la movilidad e interacción, y la flexibilidad en el uso de conceptos, siempre al son de las exigencias del problema que estudiamos, que permite dar cuenta teórica de las múltiples formas de expresión de la irreconciabilidad entre la propiedad colectiva y la privada, nos la ofrece Zeleny al precisar las relaciones y las diferencias entre lo genético-estructural, lo que es común, esencial y determinante; y lo histórico-genético, lo que es formal, transitorio y exterior en el desarrollo capitalista[47]. La correcta interacción de estos dos ejes o niveles es decisiva para entender todas las sociedades concretas dentro de un contexto superior que les envuelve e integra. Y por esto mismo, es vital para entender qué papel juega el terrorismo en todas las colectividades humanas escindidas por la explotación de la fuerza de trabajo y por el patriarcado, así como qué función juega el terrorismo en la opresión de los pueblos, de las naciones y de las comunidades. Lo genético-estructural está, pues, relacionado, siempre dentro de los límites del problema tratado, con lo «absoluto e infinito» citado arriba, mientras que lo histórico-genético lo está con lo «relativo y finito», insistiendo siempre en los límites concretos del problema que analizamos. Dado el rigor que exige la dialéctica en el desenvolvimiento de su sofisticada minuciosidad analítica y dado el

46. Luis Macas: «La necesidad política de una reconstrucción epistémica de los saberes ancestrales», en *Pueblos indígenas, Estado y democracia*, Pablo Dávalos (compilador), Clacso, Buenos Aires 2005, p. 37.

47. J. Zeleny: *La estructura lógica de El Capital de Marx*, Grijalbo, Barcelona 1974.

rigor correspondiente que exige en el paso a la síntesis, la mejor forma de explicar cómo podemos utilizar este método en el problema del terrorismo es recurriendo a varios ejemplos. El primero trata sobre las muy variadas violencias patriarcales. Las autoras B. Broide y S. Todaro dicen lo siguiente:

> En la historia de los sistemas sociales, la estructura de género es y ha sido una estructura de poder: implica una jerarquía, y como tal se sostiene por medio de la violencia. Así como la desigualdad social implica la existencia de violencia social, la desigualdad entre los géneros implica una necesaria violencia de género. Sin entrar en detalles sobre las variantes más notorias de violencia de género, como la doméstica, la violación en sus distintas formas, los «femicidios», la trata de mujeres, etcétera, creemos importante referirnos a sus manifestaciones más solapadas (y eficientes). Y el más eficiente de los mecanismos de control social y de reproducción de las desigualdades es la violencia psicológica. Este tipo de coacción aparece como una constante en la vida cotidiana, y reafirma permanentemente la jerarquía y la opresión en todas las formas de dominación. Constituye una poderosa herramienta para lograr la sumisión de todas las categorías sociales subordinadas, de un modo sutil y difuso. En las relaciones de género, la violencia psicológica se ejerce en forma automática, invisible, irreflexiva; característica que optimiza su efecto desvalorizante e intimidatoria. Tiene un carácter «educativo», ya que prepara para la existencia en un mundo con diferenciaciones jerárquicas, o sea, construye lo «normal» desde la cuna[48].

Lo genético-estructural, lo «absoluto e infinito» que recorre la dominación patriarcal en la historia de los sistemas sociales es el hecho de la unidad entre la estructura de poder y la estructura de género, es decir, que el poder patriarcal es una unidad explotadora. Lo histórico-genético, lo «relativo y finito» que recorre al patriarcado a lo largo de sus siglos de existencia es el movimiento, el cambio, la adaptación y, sobre todo, sus nuevas formas violentas que debe implementar para responder a las luchas y resistencias de las mujeres para seguir explotándolas según las necesidades particulares de cada época histórica, o dicho en términos marxistas, en cada modo de

48. Beatriz Broide y Susana Todaro: «Funcionalidad social de la violencia de género», Revista *Herramienta*, Buenos Aires, nº 36, octubre 2007.

producción y dentro de cada uno de estos en sus diversas formaciones económico-sociales. Desde este método es perfectamente comprensible por qué tenemos razón al hablar de terrorismo machista y sexista, de terrorismo patriarcal, en cuanto síntesis de todas las violencias físicas y psicológicas, materiales y simbólicas que el patriarcado va desarrollando a lo largo de los siglos para asegurar y ampliar los beneficios que obtiene con la explotación de la mujer. Más aún, el método dialéctico, la dialéctica materialista, nos impulsa a sostener la existencia de otras formas de terrorismo, de otros terrorismos, por ejemplo, el que sintetiza todas las violencias que aplica un Estado ocupante sobre y contra el pueblo o pueblos que oprime; y un terrorismo burgués aplicado dentro del Estado-nacional capitalista por la clase propietaria de las fuerzas productivas, la burguesía, contra el pueblo trabajador en su conjunto.

El segundo ejemplo plantea la misma relación entre lo permanente o genético-estructural y lo cambiante o histórico-genético pero en otro problema, el de las diferentes resistencias de los pueblos a las invasiones externas y el de la definición de esas resistencias en cuanto a su denominación básica, a pesar de las distancias temporales. En esto consiste la tesis de A. D. Smith según la cual se puede hablar de «nacionalismo» en el sentido más amplio siempre que un pueblo haya practicado o practique la «resistencia colectiva a la dominación extranjera». Smith rechaza por tanto las definiciones cerradas y dogmáticas y usa conceptos que se basan en constantes de muy larga duración y que sean decisivas en la vida colectiva e individual, como es la «resistencia colectiva a la dominación extranjera». Con esta visión dialéctica afirma que pueblos antiguos como hititas, hurritas, medos, fenicios, escitas, urarteos, arameos, elamitas, kasitas, sogdios, jorezmios, manaeos, sumerios, egipcios, nubios, canaaneos, turanios, partos, edomitas, amoritas, frigios y otros pueblos, tenían sus peculiaridades propias y luchaban, mataban y morían por defenderlas, y extrae la conclusión, que entre todos los rasgos destacan dos: la especificidad cultural y la contigüidad territorial[49]. Smith reconoce que hay muchas definiciones de «nacionalismo» según intereses y épocas, pero él llega a la base del

49. Anthony D. Smith: *Las teorías del nacionalismo*, Edic. Península, Barcelona 1976, p. 226 y ss.

problema, a lo permanente, a la constante histórica de que los pueblos tienden a reafirmarse como tales cuando defienden con violencia su cultura y su territorio contra las invasiones extranjeras.

Otro tanto se plantea en el tercer ejemplo pero aplicando el método dialéctico a otra área geográfica y escala temporal muy distante de la del Asia occidental, Oriente Medio y Mesopotamia antiguas escogidas por Smith para sus estudios. J. Boch ha investigado las resistencias pasivas y activas de los pueblos del Caribe a las sucesivas invasiones que sufrieron desde aquél aciago 1492, así como la alianzas militares y culturales que estas naciones originarias fueron estableciendo con los esclavos africanos escapados de la explotación española y, al cabo de los años, hasta con españoles que también terminaron sublevándose contra las injusticias del imperio. Los indios caribes resistían con la violencia «contra los que llegaron de lejos a despojarlos y a someterlos. En el lenguaje de hoy se llamarían guerras de liberación»[50]. Y después de detallar las duras confrontaciones sostenidas durante muchos decenios, añade:

> Los indios no se dejaban quitar sus tierras ni aceptaban que se destruyera su organización social sin rebelarse contra los conquistadores. Por su parte, los negros no se resignaban a que se les trasplantase violentamente desde África al Caribe y que se les esclavizara para obligarlos a trabajar en beneficio de los blancos. Y en medio de este panorama de indios y negros que se sublevaban, hubo también españoles sublevados contra el poder real. La violencia generaba violencias[51].

Lo mismo hay que decir en el cuarto ejemplo. De entre las muchas cosas que impresionan por su actualidad de lo que escribió Maquiavelo, tenemos estas palabras:

> Los espartanos ocuparon Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico y, sin embargo, las perdieron. Los romanos, para conservar Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron, y no las perdonaron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho

50. Juan Bosch: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana 2003, p. 105.

51. Juan Bosch: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, op. cit., p. 120.

> los espartanos, dejándoles sus leyes y su libertad, y no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla. Quien se haga dueño de una ciudad así y no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de la libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan y se dispersan, nadie se olvidará de aquel nombre y de aquellos estatutos, y a ellos inmediatamente recurren en cualquier contingencia, como hizo Pisa después de estar un siglo bajo dominio florentino. [...] El recuerdo de su antigua libertad no les concede ni puede concederles un momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas o radicarse en ellas[52].

Necesitaríamos varias páginas para estudiar al detalle todas las implicaciones teóricas de esta cita, que resume toda la experiencia en el arte de la dominación, en concreto en el arte de la interrelación de las violencias en todas sus formas hasta acabar en el terrorismo más inconcebible a simple vista.

El quinto ejemplo trata sobre la resistencia del pueblo siux que encabezó la resistencia de las naciones indias de la pradera a la invasión yanqui. Los siux ya habían mostrado su rechazo a la presencia de exploradores blancos en las sagradas Colinas Negras, pese a ello, siguieron llegando otros que habrían el camino a los colonizadores. Alrededor de 1855 los siux apresaron a un trampero mestizo llamado Hércules Levasseur y en vez de matarlo le dejaron vivo pero con las manos y la lengua cortadas[53], como advertencia para los demás. No sirvió de nada porque al cabo de dos décadas allí mismo se libró la batalla contra Custer. Pero las naciones indias, que aún vivían en la época paleolítica en muchas cuestiones, no tenían ninguna posibilidad de explotar estratégicamente la victoria militar, perdiendo la guerra de forma inevitable al año siguiente. J. Macdonald explica cómo las traiciones y ataques yanquis hicieron que una confederación de tribus indias dirigidas por los siux declarasen

52. N. Maquiavelo: *El Príncipe*, Edit. Mexicanos Unidos, S. A., México 1979, pp. 68-69.

53. Evan S. Connell: *Custer. La Masacre del 7.º de Caballería*, RBA, Barcelona 2006, p. 309.

la guerra a los blancos para defender sus montañas sagradas y para proteger del exterminio total a los rebaños de búfalos de los que vivían. Habían sido engañados y veían cómo lo esencial de su cultura, las montañas sagradas donde enterraban a muchos de su muertos y honraban a sus dioses, y sus territorios en los que pastaban los búfalos, les estaban siendo arrancados a la fuerza por una marea blanca de buscadores de oro seguidos por ganaderos y agricultores, protegidos por el ejército yanqui. Furiosos, los indios «tomaron la lógica determinación de luchar para defender sus tierras y su libertad».

La respuesta yanqui fue enviar a una poderosa caballería al mando del genocida Custer que había exterminado a «hombres, mujeres y niños» en el río Washita en 1868. Dirigidos en el campo de batalla por Caballo Loco y a distancia por Toro Sentado, «sinónimos de libertad y resistencia contra los usurpación de los blancos», los indios vencieron en la batalla de Little Big Horn de 1876, pero para los invasores blancos el genocida Custer «pasaría a ser un héroe popular»[54]. En realidad, las naciones indias no podían derrotar las exigencias que planteaban los invasores blancos que arrasaban desde el Este hasta el Oeste y que eran aplastantes:

> La historia era tan vieja como la civilización. Igual que los arrianos, los paganos, los cátaros, los campesinos ingleses, los incas, los mexicas y los cristianos irlandeses antes que ellos, los indígenas norteamericanos se vieron forzados a elegir entre ajustarse a un estricto concepto de «existencia civilizada», o a vivir como cautivos y sirvientes de aquellos que pretendían servirles de ejemplo. No había alternativa, la civilización occidental no podía contemplar la idea de vivir junto a otra clase de sociedad en igualdad de condiciones[55].

Vemos aquí cómo lo «absoluto e infinito», la violencia explotadora del invasor, se manifiesta con formas específicas, «relativa y finita», en los tres casos tan distantes en el tiempo y el espacio, pero generando luchas violentas de resistencia a esa opresión histórica concreta, violencias de los pueblos oprimidos que son guerras de liberación y que pertenecen a la violencia defensiva de la humanidad trabajadora

54. John Macdonald: *Grandes Batallas*, Edit. Romo, Barcelona 1994, tomo 3, pp. 106-109.

55. Roger Osborne: *Civilización*, Edit. Crítica, Barcelona 2007, p. 432.

desde que surgió la explotación. Como vemos, definir el terrorismo exige usar esta dialéctica entre opresión y liberación, y también utilizar siempre la escala temporal adecuada así como, por último, emplear diversas categorías de la filosofía dialéctica como la de «esencia» y «fenómeno». Cuando más adelante estudiemos el materialismo histórico nos encontraremos con este mismo asunto pero desde la perspectiva de la continuidad a lo largo de varios modos de producción de las identidades colectivas como realidades en movimiento, en pervivencia y adaptación. Y también vemos cómo surgen dos grandes e irreconciliables visiones ético-morales: la de los oprimidos y la de los opresores. Para los siux, Toro Sentado y Caballo Loco son héroes y símbolos de libertad, pero para los invasores blancos el héroe es el criminal Custer, muerto en la batalla, y otro tanto podemos decir de los caribes frente a los españoles, y de los pueblos citados por Smith frente a los atacantes que querían quitarles sus tierras, destruir su cultura y esclavizarlos.

DIALÉCTICA Y POLIVALENCIA

G. Labica publicó a comienzos de 2006 un texto sobre «terrorismo» y las violencias dominante y dominada que ha sido reeditado electrónicamente tras su muerte. Labica empieza advirtiendo de la complejidad del problema de la definición de «terrorismo» y de la necesidad de huir de definiciones cerradas y absolutas:

> Tomaré como punto de partida una observación: la violencia, de la cual el terrorismo es a menudo la forma extrema, no puede considerarse como un concepto. No puede encerrarse en una definición monovalente. Sus formas son hasta tal punto diferentes que es difícil y quizá arbitrario asignarles un común denominador. Baste recordar que toda forma de violencia no es necesariamente sangrienta. Se sabe que la peor de las violencias no es siempre física y visible. Así, tenemos la violencia inherente a las relaciones sociales, que no es por naturaleza un rasgo solo de regímenes totalitarios o dictatoriales, sino que, por el contrario, caracteriza a cualquier sociedad basada en la explotación del trabajo –de la que el contrato salarial representa la forma más elemental–, mientras que las enfermedades, el hambre, la miseria y la muerte

> expresan las consecuencias, desgraciadamente trivializadas, de las condiciones de existencia más desiguales. Ésta es la razón por la que la esencia de la violencia se resiste a ser abarcada en su totalidad. El término terrorismo, a pesar de sus apariencias, ofrece dificultades similares[56].

Por «definición monovalente» hemos de entender una definición encorsetada por los límites de la lógica formal, que excluye la contradicción interna, que niega el movimiento de estos contrarios dentro de la definición y que rechaza que de esa lucha de contrarios surja una realidad nueva. Tiene razón Labica cuando dice que el «terrorismo es a menudo la forma extrema» de la violencia. Desde una «definición monovalente» es imposible captar la sorprendente variedad y complejidad que adquieren las violencias, incluidas las no sangrientas, las que no siempre son visibles y físicas. La violencia inherente a las relaciones sociales de explotación del trabajo tienen en el contrato salarial su forma más elemental y básica, porque el contrato salarial expresa la «violencia oculta» del capitalismo, la «sorda coerción» burguesa contra las clases trabajadoras que no tienen más remedio que aceptar unas duras condiciones de trabajo y salarios insuficientes porque no tienen otro medio de vida. Si no descubrimos la base material y simbólica de la explotación del trabajo, que en el capitalismo se expresa en el contrato laboral, la esencia de la violencia se resistirá siempre a ser descubierta, y con ella seguiremos sin descubrir la esencia del terrorismo, es decir, la violencia llevada al extremo más brutal para garantizar la propiedad privada de la clase minoritaria que vive de la explotación del trabajo de la mayoría social.

Desarrollemos ahora las limitaciones de las monovalencias estudiando el sentido y contenido de la paz. Terrorismo, violencia y paz forman una totalidad en movimiento, en la que sus partes chocan, interactúan, se entremezclan e interpenetran bajo las presiones de toda serie de luchas que nos remiten siempre, al final del análisis, a la explotación en cualquiera de sus formas, desde la patriarcal hasta la clasista pasando por la nacional, lo que nos conduce, a la fuerza, al problema de la propiedad privada o pública de los recursos y del

56. George Labica: *Violencia dominante, violencia dominada*, http://www.lahaine.org, 19 de febrero de 2009.

excedente. Lenin ha analizado con brillantez inigualable esta dialéctica de contradicciones en su estudio sobre el imperialismo, pero ahora, para centrarnos en el problema de la paz, vamos a recurrir a dos textos específicamente dedicados a este tema. A comienzos de 1917 Lenin escribió criticando el pacifismo burgués del pacifismo socialista reformista porque no pueden entender que la paz es la continuación de la guerra y que esta, a su vez, es la continuación de la paz. Los saltos dialécticos de la paz a la guerra y de la guerra a la paz responden a los saltos en las contradicciones sociales, en las contradicciones dentro del imperialismo en la situación de 1917:

> La transición de la guerra a la paz no suprimirá necesariamente la situación revolucionaria porque no hay ninguna base para creer que los millones de obreros, que ahora tienen en sus manos armas excelentes, permitirán sin falta ser «pacíficamente desarmados» por la burguesía en lugar de seguir el consejo de Liebknecht, o sea, volver las armas contra su propia burguesía[57].

Medio año más tarde, reflexionando sobre la «paz justa» Lenin se pregunta:

> ¿Existe un camino que lleva a la paz sin canje de anexiones (conquistas), sin reparto de botín entre los bandidos capitalistas? Sí, existe: a través de la revolución obrera contra los capitalistas en todas partes[58].

Vemos que Lenin tiene en mente tres paces diferentes, la burguesa, la reformista y la paz justa, la única que representa los intereses de las clases explotadas. Cada una de ellas responde a diferentes intereses políticos pero a dos grandes fuerzas irreconciliables: la burguesa y la proletaria. Pero la riqueza de la visión de Lenin se confirma una vez más cuando admite que existen muchas formas de violencia, incluida la violencia contra los pueblos oprimidos, contra las colonias sometidas al imperialismo, de modo que el problema de la paz o de las paces es todavía más complicado

57. V. I. Lenin: *Pacifismo burgués, pacifismo socialista*, Obras completas, Edit. Progreso, Moscú 1984, tomo 30, pp. 267-268.

58. V. I. Lenin: *¿Existe un camino que lleva a la paz justa?*, op. cit., tomo 32, p. 325.

porque afecta a muchos más sujetos, no solamente a las clases sociales. En junio de 1917 Lenin había dicho que la paz que propondrían los revolucionarios si llegasen al poder pasaba por la exigencia incuestionable de que se concediese «la libertad a las colonias, y a todos los pueblos dependientes, oprimidos y de derechos mermados»[59]. La libertad de los pueblos oprimidos entra dentro de la «paz justa», mientras que la paz burguesa es una paz injusta basada en el desarme «pacífico» de los explotados. Como vemos, Lenin aplica a las diferentes paces la misma lógica dialéctica que aplica Labica a las violencias dominante y dominada, y que aplican B. Broide y S. Todaro a las violencias patriarcales.

De este modo, en la síntesis teórica, la dialéctica marxista aporta una definición flexible y abierta sobre el terrorismo, la violencia y la paz, definición que concreta todas las relaciones básicas y esenciales a los varios terrorismos, violencias y paces particulares pero relacionados internamente por algo objetivo e innegable como es la defensa de la propiedad privada. Es en base a esta definición que podemos y debemos calificar como terrorismo al golpe militar en Honduras realizado a finales de junio de 2009 por el ejército y la oligarquía, con la bendición de la Iglesia[60], destinado a impedir una consulta en referéndum al pueblo hondureño para que este decidiese si ampliar o no el contenido democrático de la constitución vigente. La dictadura impuesta tras el golpe recurre al toque de queda, a las detenciones y encarcelamientos, a la represión de derechos fundamentales, llegando al asesinato de manifestantes. Pero para la oligarquía hondureña se trata de «salvar la patria», su patria, mediante el miedo, el terror y el terrorismo. Hemos escogido este golpe terrorista como ejemplo no solo porque es reciente sino además porque muestra la fusión de los valores, de la ética, de las creencias y de la filosofía en el momento de optar por tal o cual definición política. Las Iglesias católica y evangelista apoyan el terrorismo hondureño, así como la Iglesia católica salvadoreña. El arzobispo salvadoreño, tras admitir

59. V. I. Lenin: *Declaraciones sobre la guerra hechas por nuestro partido antes de la revolución*, op. cit., tomo 32, p. 78.

60. J. C. Colmenares: *Iglesia católica y Evangélica Hondureña ¿Engorilada?*, http://www.aporrea.org, 6 de julio de 2009.

que no conoce las leyes hondureñas, declara que pese a ello: «No es propiamente solidarizarme en cada palabra o en cada posición de ellos, sino, más allá de eso, se trata de una unión eclesial»[61]. Por lo que se ve la «unión eclesial» es inmune a las básicas exigencias del método de pensamiento racional, que exige un mínimo de conocimiento fiable para poder emitir una opinión en algo que tiene innegables repercusiones materiales y hasta vitales para la gente.

Las consideraciones ético-políticas están así supeditadas a las creencias religiosas, de manera que la valoración de las causas y efectos del ataque devastador a la democracia y a los derechos no requiere de un análisis crítico previo sino solo de la fe ciega en el dogma religioso, resultando de ello que la Iglesia católica acepta y defiende además de esas restricciones también las violencias terroristas que le acompañan. Esta postura reaccionaria es inaceptable para el marxismo que sostiene que la valoración de toda realidad socio-política exige también su correspondiente valoración ético-moral como un momento inserto en la praxis de pensar y hacer, de comprender la realidad y de transformarla. También hemos visto cómo Lenin habla de la «paz justa» como la que corresponde a la paz en términos socialistas, la paz que se asienta en la no explotación. Y antes hemos visto cómo los invasores yanquis consideraban su héroe al genocida Custer mientras que los indios sentían justo lo contrario, que los héroes de la libertad y de la resistencia eran Caballo Loco y Toro Sentado. Todos los ejemplos que queramos poner nos remiten siempre a lo mismo: la valoración ético-moral está inserta en la totalidad del pensamiento, en la praxis, en suma, aunque los opresores no lo quieran reconocer.

Viendo esta minuciosidad se comprende lo útil de saber utilizar las «fluctuaciones terminológicas» con la «más rara libertad», separándolas y uniéndolas a la vez pero en los diferentes momentos del estudio que realicemos. En modo alguno es casualidad, como veremos dentro de poco, que R. Gallissot introduzca lo nacional y lo comunitario en la dialéctica de factores que dan cuerpo a la formación económico-social, tema al que volveremos más adelante por su

61. L. Escobar Alas, http://www.kaosenlared.net, 7 de julio de 2009.

decisiva importancia. Las fluctuaciones terminológicas son imprescindibles para captar lo real en cuanto que es esencialmente fluctuante y contradictorio. El encabalgamiento terminológico es igualmente necesario por cuanto en esa realidad se encabalgan, superponen e interrelacionan múltiples procesos que están activos y semovientes en la totalidad concreta en la que nos movamos.

Es por esto que tiene toda la razón M. Musto cuando sostiene que la riqueza del pensamiento de Marx consiste en que es «problemático, polimorfo y de largo horizonte»[62]. Su larga duración proviene de la visión histórica inherente a la dialéctica, y como veremos en el estudio de las realidades nacionales, estas son, sobre todo, de «largo horizonte». Por problemático hemos de entender lo contradictorio, la contradicción, o sea, lo que hace mover la realidad ya que la contradicción es el origen del movimiento de lo objetivo, y por ello la base de todo pensamiento crítico y científico[63]. Por polimorfo hemos de entender además de las múltiples formas de lo real, la riqueza extrema de lo real, también y sobre todo la tendencia al surgimiento de nuevas facetas de lo real, y de nuevas realidades, lo que nos debe hacer conscientes de que nuestro saber es, por una parte, «viejo y superado», pero, por otra, «nuevo y creativo». Por largo horizonte hemos de entender la necesidad de la perspectiva histórica porque nada existe fuera de la historia y porque las contradicciones sociales nacen, se agudizan y estallan dentro de la historia.

Veamos otro ejemplo esencialmente unido al terrorismo y la guerra, la tortura. En esta como en las demás circunstancias relacionadas con la libertad, la ignorancia es una fuerza material terriblemente reaccionaria. Tiene razón R. I. Moore cuando en el prefacio a un texto sobre la tortura, al que volveremos más adelante por su directa conexión con el terrorismo, dice que: «La ignorancia tiene muchas formas, y todas ellas son peligrosas»[64]. Marx ya había dicho exactamente lo mismo pero con otras palabras: la ignorancia no

62. Marcelo Musto: *K. Marx: la indiscreta fascinación de lo inacabado*, http://www.cubasigloxxi.org.

63. Marta Martínez Llantada: *La enseñanza problémica de la filosofía marxista leninista*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana 1987, p. 211 y ss.

64. R. I. Moore: «Prefacio», en *La Tortura* de Edward Peters, Alianza Editorial, Madrid 1987, p. 7.

hace bien a nadie. Desde hace tiempo está demostrado que existe una «ignorancia interesada» socialmente construida para «desconocer» las prácticas de tortura, en especial cuando son realizadas por agentes del propio Estado y de la misma cultura, y cuando, además, esa tortura produce determinados beneficios, directos o indirectos, a los miembros de la comunidad que viven bien o menos mal gracias a la explotación de otra comunidad que sufre tortura por resistirse. De entre quienes han estudiado este problema recurrimos, primero, a N. Klein y su capítulo «La guerra como tortura» en el que estudia el contenido de la tortura de la guerra imperialista contra Iraq, que «fue sometido a este experimento de tortura en masa durante meses, un proceso que comenzó mucho antes de que empezasen a caer bombas» y que tenía como objetivo «infundir miedo»[65] entre la población mediante la aplicación de sistemas clásicos de tortura que iremos analizando posteriormente.

Otro autor, J. Mª Biurrun, ha estudiado estas mismas prácticas, estas reacciones, a partir de muchas experiencias y de otros investigadores como Fanon y Tricot, conectándolas con los conflictos interétnicos, con las opresiones nacionales y sociales, con los intereses socioeconómicos de una clase minoritaria y con una fracción de esta clase, como fue el caso de la burguesía financiera en el golpe fascista de Pinochet en Chile, con los aparatos de Estado y con la tortura[66]. Especial valor tiene para el estudio que aquí realizamos sobre el terrorismo la directa referencia que hace Biurrun a la crueldad civilizada y al comportamiento de la prensa oficial[67] en su manipulación propagandística. Si aplicamos el método marxista, hemos de analizar las relaciones entre tortura y terrorismo con una perspectiva de largo horizonte, con una visión histórica en la que lo esencial del problema, lo genético-estructural, se mantiene brutalmente por debajo de las formas externas, histórico-genéticas.

65. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paídós, Barcelona 2007, p. 438 y ss.

66. Jesús Mª Biurrun Monreal: *De cárcel y tortura. Hacia una psicopatología de la crueldad civilizada*, Txalaparta, Tafalla 1993, pp. 68-70.

67. Jesús Mª Biurrun Monreal: *De cárcel y tortura. Hacia una psicopatología de la crueldad civilizada*, op. cit., p. 75 y ss.

Siguiendo este método y centrándonos en el decisivo problema de la crueldad civilizada, o sea del terror civilizado, vemos la identidad sustantiva que existe entre el texto de Biurrun citado y el de R. Auguet sobre la crueldad en Roma, sobre todo en el capítulo titulado «Una civilización del espectáculo» y especialmente en su demoledora exposición sobre «el crimen de los intelectuales»[68] romanos al apoyar abierta o solapadamente tanta ferocidad terrorista vital para mantener el poder imperialista romano. El método problemático nos ayuda a entender cómo la contradicción social bulle dentro de la tortura y de la crueldad civilizada desde la Antigüedad hasta el presente. El método polimorfo nos explica cómo esa tortura, esa crueldad y ese terrorismo se concreta en mil caras y se amplía con el tiempo, y, por último, el método de la larga duración nos aporta una perspectiva histórica imprescindible. Más adelante nos extenderemos en el estudio crítico de la dialéctica entre civilización y terror, en sus efectos nefastos sobre la capacidad de pensamiento crítico y en sus excelentes efectos inmediatos para las minorías explotadoras, y estudiaremos con especial ahínco crítico el papel de la casta intelectual y académica burguesa en la elaboración de ideologías ineptas e incultas, sin contenido, pero válidas para mantener la alienación y la ignorancia denunciada por Moore.

MODOS DE PRODUCCIÓN

Pero ahora, llegados a este punto, debemos avanzar un poco más en nuestro método recurriendo a las palabras antes vistas de Raúl Castro sobre los costos humanos que tendría que pagar Estados Unidos si invadiese Cuba, que nos abren la puerta al otro componente del método dialéctico, a saber, el materialismo histórico. Nos hemos topado con el problema de la propiedad en sus dos contenidos irreconciliables: la privada o la colectiva, o sea, ha irrumpido la historia social, la historia de la lucha de clases, por lo que tenemos que pedir auxilio al materialismo histórico. Dialéctica y materia son inseparables, y materia y movimiento, e historia, también. La dialéctica de la historia

68. Roland Auguet: *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, Orbis, Barcelona 1985, pp. 157-167.

es el «automovimiento»[69] de nuestra especie, de la autogénesis de la especie humana. El materialismo histórico es la aplicación del método dialéctico a las contradicciones sociales, a la autogénesis humana. En este automovimiento, las violencias reaccionarias, el terrorismo, juegan el papel retardatario, mientras que la violencia revolucionaria es la locomotora de la historia, al decir de Marx, lo que facilita y acelera la emancipación y la libertad.

Cuando ambas violencias están a punto de chocar, irrumpe la frase de Raúl Castro advirtiendo de los riesgos mortales porque las contradicciones están a punto de superar el punto de no retorno, de salto a lo nuevo, a otra realidad cualitativamente diferente, la de la guerra, en este caso la justa y necesaria guerra defensiva de Cuba y la injusta guerra imperialista de Estados Unidos. La dialéctica explica que para comprender estas realidades cruciales para la humanidad, para su autogénesis, debemos recurrir al concepto de modo de producción, lo cual nos exige abrir la caja de las herramientas del materialismo histórico. Debemos hacerlo porque la guerra no es únicamente una práctica capitalista, sino que podemos rastrear la existencia de diversos modos de guerra a lo largo de diversas fases históricas, o mejor dicho, de diversos modos de producción. Y cuando hablamos de guerra injusta, criminal y opresora hablamos de terrorismo.

El concepto de modo de producción y el de formación económico-social unida a él, nos permite descubrir en la historia real lo que hay de permanente en el terrorismo a lo largo de la historia de la explotación y lo que hay de variable en esa misma historia. Nos haremos una idea más exacta de la importancia del concepto de modo de producción para el debate sobre las violencias y el terrorismo, al leer las siguientes palabras P. Anderson:

> *Todos* los modos de producción de las sociedades clasistas anteriores al capitalismo extraen plustrabajo de los productores inmediatamente por medio de la coerción extraeconómica. El capitalismo es el primer modo de producción en la historia en el que los medios por los que se extrae el excedente del productor directo

69. V. I. Lenin: *Sobre el problema de la dialéctica*, Obras completas, Edit. Progreso, Moscú 1986, tomo 29, p. 322.

son «puramente» económicos en su forma: el contrato de trabajo, el intercambio igual entre agentes libres que reproduce, cada hora y cada día, la desigualdad y la opresión. Todos los medios de producción anteriores operan a través de sanciones *extraeconómicas*: de parentesco, consuetudinarias, religiosas, legales o políticas[70].

Recordemos que coerción significa nada menos que amenaza del empleo de la violencia en cualquiera de sus formas para imponer a las gentes determinados comportamientos. Si además se le añade la palabra «extraeconómica» queda todo aclarado.

Por lo que corresponde al capitalismo, debemos fijarnos en que P. Anderson delimita a la forma, a lo externo del proceso de extracción del excedente, el método «puramente» económico, es decir, que la explotación capitalista no es coercitiva en su apariencia formal, sino que, en su superficie, se mueve en el ámbito de la libertad individual burguesa, cuando en la realidad dicha apariencia oculta la permanente e invisible reproducción en todo momento de la opresión y de la desigualdad. Según qué traducción de *El Capital* de Marx se usa, en unas aparece la expresión «la coerción sorda» y en otras «la presión sorda», que veremos en su momento, sobre la clase trabajadora. Es más correcta, para lo que nos interesa ahora, la primera, la que habla de coerción, de amenaza sorda de uso de la violencia por parte de la burguesía. Pues bien, el modo de producción capitalista se diferencia de todos los modos precapitalistas en que las violencias, las coerciones y las presiones operan sordamente en la mayoría del proceso social, pero estallan con un ensordecedor rugido cuando la lucha de clases llega a su fase revolucionaria y, sobre todo, cuando la burguesía desencadena el terrorismo. Por qué ocurre esto solamente en el capitalismo y no en los modos de producción precapitalistas, lo veremos más adelante, cuando dispongamos de una base histórica suficiente. Ahora terminemos de analizar todas las puertas que nos abre este concepto.

P. Herzog dice que el concepto de modo de reproducción puede ser comprendido como «la representación de lo invariante o la unidad de diferentes sociedades, de lo cual el análisis teórico daría cuenta

70. Perry Anderson: *El Estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid 1999, pp. 413-414.

mediante conceptos de formaciones sociales (totalidades que presentan una cierta "autonomía" de reproducción-movimiento). Invariante, esto hace pensar en una forma común. Unidad es un término tal vez mejor, en la medida en que invita a reflexionar sobre el movimiento común de las formas»[71]. En el tema que nos interesa, lo invariante, la unidad que recorre la historia humana desde que esta está rota por la lucha entre explotados y explotadores es que la violencia opresora tiende a endurecerse y a hacerse más sanguinaria, brutal y atroz conforme las masas oprimidas avanzan en su liberación hasta llegar al núcleo del problema, el de la propiedad privada de las fuerzas productivas. Lo que varía, cambia y se transforma a lo largo de la historia son las formas de las violencias, las formas del terrorismo, los terrorismos concretos. Ya hemos hablado de esto al analizar el potencial cognoscitivo del método dialéctico, pero ahora lo estamos estudiando en la materialidad de la historia humana, en el sufrimiento de la humanidad trabajadora. Y es aquí en donde debemos utilizar el concepto de modo de producción.

P. Vilar es uno de los investigadores que mejor ha definido este concepto clave:

> Un modo de producción es una estructura que expresa un tipo de realidad social total, puesto que engloba, en las relaciones a la vez cuantitativas y cualitativas, que se rigen todas en una interacción continua:
>
> las reglas que presiden la obtención por el hombre de productos de la naturaleza y la distribución social de esos productos;
>
> las reglas que presiden las relaciones de los hombres entre ellos, por medio de agrupaciones espontáneas o institucionalizadas;
>
> las justificaciones intelectuales o míticas que dan de esas relaciones, con diversos grados de conciencia y de sistematización, los grupos que las organizan y se aprovechan de ellas, y que se imponen a los grupos subordinados[72].

71. Pierre Herzog: «El punto de vista de un economista», en *El concepto de «Formación Económico-Social»*, PyP, nº 39, México 1976, p. 198.

72. Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona 1980, p. 67.

En esta definición vemos dos puntos que nos sirven para comprender lo esencial del terrorismo: la imposición de un grupo sobre otro en el proceso de obtener bienes, y las justificaciones intelectuales o míticas que se dan a esas imposiciones, es decir, tanto el terrorismo material como el intelectual.

E. R. Wolf resume en seis puntos qué es un modo de producción. Primero, su utilidad no depende de su capacidad para «clasificar» lo real sino para «destacar las relaciones estratégicas que intervienen en el despliegue del trabajo social por parte de las pluralidades humanas organizadas». Segundo, los conceptos tienen que ser usados con flexibilidad según las necesidades de la investigación. Tercero, esas pluralidades humanas organizadas no están jerarquizadas según el esquema eurocéntrico que ascendería de bandas primitivas, a tribus, a jefaturazgos, etcétera, hasta la sociedad burguesa actual, sino que este esquema es solo una respuesta adaptativa de los colectivos humanos preexistentes ante las agresiones europeas desde el siglo XV. Cuarto, tenemos que aplicar el principio de que todas las colectividades anteriores son secundarias o terciarias, etcétera, es decir, resultados de las respuestas a las agresiones y, en esta cuestión decisiva: «una de las ventajas del concepto de modo de producción radica precisamente es que nos permite visualizar relaciones tanto intersistémicas como intrasistémicas». Quinto, el concepto de modo de producción se mueve en un nivel de abstracción en el que prima lo general, lo que conecta interna y determinantemente a todas las formaciones socioeconómicas concretas en ese modo, mientras que el concepto de formaciones socioeconómicas permite estudiar las sociedades particulares y específicas. Y, sexto, el concepto de modo de producción permite explicar, por tanto, qué ocurre cuando chocan dos sociedades concretas diferentes en su cualidad porque pertenecen a modos diferentes de producción, por ejemplo, cuando un Estado capitalista invade a uno precapitalista[73].

El despliegue del trabajo social se realiza en contextos diferentes y, a la vez, tiende a acelerar la diferenciación de esos contextos. Decimos que tiende porque el trabajo social desarrolla, a la vez,

73. Eric R. Wolf: *Europa y la gente sin historia*, FCE, México 1994, pp. 97-101.

la tendencia centrípeta, opuesta a la centrífuga. La resolución de esta lucha de tendencias solo es posible mediante la lucha social interna según las características de cada modo de producción y de sus respectivas formaciones sociales. En el modo capitalista de producción este choque de tendencias contrarias llega a su máxima agudización, llevando por tanto todos los problemas a su expresión más tensa y antagónica. En cuanto a los primeros modos de producción, M. Liberan, al que volveremos más adelante, nos muestra cómo interactúan varios modos de producción y sus respectivas sociedades en los inicios de la historia del Antiguo Oriente[74]. Ya que estamos hablando de antropología, no tenemos más remedio que recurrir al obligado A. Palerm y su definición de la dialéctica entre modo de producción y formaciones sociales concretas:

> El análisis del modo de producción como fundamento y determinante primario de la formación social es lo que permite pasar del plano de la generalización teórica más abstracta (fuerzas productivas-relaciones sociales de producción) al plano más concreto (modo de producción específico-sociedad particular)[75].

El paso de lo abstracto a lo concreto no puede darse en el vacío porque nos estrellaríamos contra el dogmatismo y el idealismo. Aunque en la práctica diaria de nuestro pensamiento hacemos este salto con una naturalidad de la que no somos conscientes, en todo estudio teórico debemos emplear determinados instrumentos conceptuales que nos faciliten ese tránsito de ida y vuelta permanente, en una espiral inacabable. Lo importante de la tesis de Gallissot, que ya hemos visto arriba, es que, utilizando y apoyándose sobre el concepto de «modo de producción, referencia económica esencial y general», diferencia analíticamente cuatro conceptos que deben integrarse luego en la síntesis teórica superior y que nos permiten utilizar diferentes temporalidades y continuidades históricas:

la «formación económica», que proporciona la composición social de base;

74. Mario Liverani: *El Antiguo Oriente*, Crítica, Barcelona 1995, pp. 53-56.

75. Ángel Palerm: *Antropología y marxismo*, Edit. Nueva Imagen, México 1980, p. 52.

la «formación socio-económica», que proporciona la evolución histórica de la base económica;

la «formación social», que introduce lo comunitario y lo nacional en lo socioeconómico, y

la «formación socio-política», que introduce las fuerzas políticas y sociales en lucha en el panorama descrito siempre móvil[76].

En los modos de producción basados en la propiedad privada, en cada uno de estos niveles actúan violencias, miedos, terrores y terrorismos adecuados a las necesidades de la minoría propietaria de las fuerzas productivas.

Cada una de estas «formaciones» tiene su propio «tiempo». La formación social, en la que Gallisot incluye lo nacional y comunitario y que conecta con la socio-económica, está también relacionada con la formación socio-política por razones obvias. Los tiempos de ambas formaciones dependen de muchos factores pero también pueden ser muy prolongados en la historia, sobre todo si tenemos en cuenta la importancia del complejo lingüístico-cultural en la larga pervivencia de los sentimientos colectivos, y muy especialmente la larga opresión patriarcal. Sobre esta crucial cuestión P. Vilar ha destacado la interacción de prácticas como «los modos del amor» y la gastronomía de los pueblos, pero insistiendo en la lengua, ya que: «aparte de su valor caracterizador, puede aportar, al menos, tres niveles de continuidad: el temporal histórico, generalmente plurisecular; el espacial, que trasciende a veces compartimentaciones geográficas o políticas, y el social, por el que el curso social puede gozar de una cohesión etno-cultural por encima de las clases y frente a otras comunidades etno-lingüísticas»[77]. Fijémonos que dice «al menos», o sea, que puede haber más de tres niveles de continuidad aportados por la lengua. Cuando analicemos la contrainsurgencia imperialista contra las clases y los pueblos, y el papel en ellas de las «guerras culturales» con el uso de las «ciencias sociales», de la antropología,

76. René Gallissot: «Contra el fetichismo», en *El concepto de «Formación Económico-Social»*, op. cit., p. 177.

77. Pierre Vilar: *Historia, nación y nacionalismo*, Hiru, Hondarribia 1998, pp. 49-50.

etcétera, como armas de guerra invasora, deberemos recordar estas diferentes temporalidades porque ellas nos explican muchas cosas sobre cómo funciona y por qué el imperialismo aprovecha los diferentes tiempos.

CONTINUIDADES Y SALTOS

Las continuidades espacial, social e histórico-temporal son retomadas y confirmadas en su unidad práctica, J. Chesneaux lo explica con otras palabras cuando defiende la existencia de una «interioridad nacional en la historia» que se plasma en la «continuidad nacional» de «pueblos que en el transcurso de los siglos han pertenecido a conjuntos político-históricos más amplios, que se hacían y se deshacían al azar de las conquistas militares y de las mutaciones dinásticas»[78], y pone como ejemplo pertinente el de la continuidad de Egipto a lo largo de muchos siglos. Recordemos aquí lo que hemos visto anteriormente al estudiar la dialéctica entre lo esencial, lo genético-estructural, lo que permanece en el tiempo mientras dure la cualidad específica del problema que analizamos, en este caso la «continuidad nacional», pero en el nuestro, el terrorismo se presenta como expresión suprema de la opresión, explotación y dominación, y lo accesorio y fenoménico, lo histórico-genético que va cambiando en lo externo según el «automovimiento» de la realidad. A una parte específica de este mismo problema general se refieren, entre otros, L. Musset cuando habla de los «resurgimientos indígenas»[79] tras el hundimiento de los imperios y entre ellos cita al pueblo vasco tras la caída de Roma, y R. Fédou al hablar del «despertar de las nacionalidades» alrededor del año 1000 en respuesta a las opresiones practicadas por el imperialismo carolingio[80].

Los imperialismos han sido muy conscientes siempre de la «interioridad nacional en la historia» que en determinadas

78. Jean Chesneaux: *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI, 1984, p. 130.

79. Lucien Musset: *Las invasiones*, Nueva Clío, Barcelona 1982, tomo I.

80. René Fédou: *El Estado en la Edad Media*, EDAF Universitaria, 1977.

circunstancias tiende a renacer, a emerger de nuevo pero con formas diferentes y contenidos transformados, y han pretendido acabar con tal tendencia para siempre, bien integrándola y agotándola, bien pudriéndola al provocar luchas intestinas en los pueblos, bien exterminándola sanguinariamente mediante el terrorismo más implacable. También han sido muy conscientes de otra forma de «interioridad en la historia», muy unida a la nacional, la de las masas campesinas que han resistido violentamente a los ataques expropiadores y privatizadores. M. Bloch ya insistió en la «resistencia tenaz» de los campesinos para defender sus propiedades comunales y privadas, que disminuían continuamente bajo los ataques expropiadores sobre todo a partir del siglo XVI, una «revolución sorda» mantenida por el campesinado «reveladora de los movimientos sociales profundos»[81] que estructuran la historia.

Veamos varios ejemplos de entre los miles que confirman lo dicho sobre esta constante histórica de pueblos que se resisten a perder su identidad: uno lo tenemos en los pueblos de cultura falacha y animista que todavía se oponían tenazmente a la expansión cristiana etíope en el siglo XIII:

> A los falachas, los soberanos etíopes intentaron convertirlos o exterminarlos. Las tribus animistas, situadas en el suroeste, pagan tributo cuando no tienen otra solución[82].

El segundo nos lo ofrece el célebre «Informe sobre la situación en Bolivia-1929», en el que ya entonces se demostraba la permanencia a lo largo de los siglos de la conciencia de lucha de las naciones originarias, mostrando que «el indio es capaz de todo sacrificio cuando se trata de la recuperación de sus tierras»[83].

Un tercer ejemplo nos lo da la investigadora Consuelo Sánchez al estudiar la decisiva participación de los pueblos indígenas en la lucha

81. Marc Bloch: *La tierra y el campesinado*, Crítica, Barcelona 2002, p. 242.

82. A. E. Benítez Fleites/J. F. Moreno García: *Los Pueblos de África*, Edimat Libros, Madrid 2006, p. 31.

83. «Informe sobre la situación en Bolivia-1929», en *Marxismo militante*, Edit. Europa, La Paz, Bolivia, nº 35, abril 2005, pp. 102-107.

por la independencia de México:

> La mayoría de los observadores e historiadores de la lucha de independencia (de 1810 a 1821) han reconocido la participación de los indígenas en los ejércitos insurgentes y su apoyo material a estos. En investigaciones recientes, se confirma que «la composición étnica de la causa insurgente era indígena en su mayoría y no mestiza».

Tras aportar datos contundentes sobre la decisiva participación indígena, saca indirectamente a relucir el tema del apego indígena a su territorios, a sus formas comunitarias y a las limitaciones espaciales que ese apego determina en el momento de la guerra:

> La propensión de los indígenas rebeldes a actuar en un campo espacial centrado en sus pueblos, villas y aldeas y a permanecer relativamente cerca de sus casas [...] Varios autores coinciden en señalar que los pueblos indios que habían perdido autonomía (y sus vínculos comunitarios se habían debilitado) se unieron con mayor decisión al movimiento de independencia [84].

Y un cuarto y último ejemplo, por no cansar, lo encontramos en la profesora Hernández Sandoica[85] al insistir en que las reivindicaciones nacionales tienden a reforzarse y extenderse, surgiendo otras nuevas, en contra de la creencia optimista que sostenía lo contrario. Lo más significativo de su ponencia es que refleja la inquietud creciente en el nacionalismo imperialista español por lo innegable de la tendencia a aumentar la conciencia de muchos pueblos, preocupación que se refleja directa o indirectamente en la mayoría de las ponencias recogidas en el libro de E. Hernández Sandoica.

En lo relacionado con el terrorismo, la importancia de la larga duración de las realidades humanas radica en que nos explica la necesidad de los poderes de mantener sus métodos y tácticas de control y exterminio cuanto tiempo sea necesario para acabar definitivamente con la larga duración de las resistencias.

84. Consuelo Sánchez: «Los indígenas en la guerra de independencia», en *Memoria*, nº 187, México, septiembre 2004.

85. Elena Hernández Sandoica: «Lengua, historia, nación», en *Identidades sociales e identidades lingüísticas*, Edit. Complutense, Madrid 2009, pp. 69-99.

Comprendemos mejor lo dicho aquí leyendo a P. Vilar cuando habla de las «realidades humanas de larga duración», que disponen de una «estructura espacial de los grupos caracterizados por solidaridades muy antiguas de tipo etnográfico, lingüístico, tribal, etcétera. La estructura de distribución de los grupos étnicos es un tipo de realidad de larga duración [...] Observamos que la permanencia de una lengua, de un folclore, de "prácticas" de diversos tipos, que desempeñan un papel tan importante en las "etnias", forman parte de las estructuras mentales de larga duración [...] El problema consiste en saber si, en las "desestructuraciones" y en las "reestructuraciones" de otro género, de un modo de producción a otro, tal o cual tipo de "estructura mental" refuerza o debilita la antigua estructura global, acelera o retrasa el paso a la nueva»[86]. Este problema se resuelve, en términos marxistas, mediante la doble tarea de realizar los análisis concretos de cada situación concreta y, a la vez, insertar ese análisis en la perspectiva de largo alcance del método, historia larga en la que lo profundo que pervive y se adapta de un modo de producción a otro termina emergiendo en el presente, en el nuevo modo de producción, con formas modernas pero también tradicionales. P. Vilar responde en otro texto a la pregunta que él mismo ha planteado, no teniendo ningún reparo en recurrir a la dialéctica de lo nuevo y de lo tradicional en lo nacional, con el siguiente ejemplo: «La aparición, en un movimiento nacionalista, de una izquierda revolucionaria, es un hecho nuevo, notable, pero también tradicional. En definitiva, Euskadi Ta Askatasuna es pariente de Visca la terra i mori el mal govern. Hay momentos en que la lucha de clases y las luchas de grupos llegan a juntarse»[87].

Teniendo esto en cuenta, uno de los objetivos fundamentales que busca el terrorismo es el de generar tanto pánico en los supervivientes que no transmitan a sus sucesores todos los componentes de la identidad colectiva que puedan reactivar las ganas de luchar de las generaciones jóvenes, que son educadas –mejor decir maleducadas– en la mentalidad pasiva e inerte. Dicho de otro modo, el terrorismo, en este caso, pretende que de la antigua tradición de lucha por la libertad no surja una nueva práctica de lucha por la independencia, y

86. Pierre Vilar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, op. cit., pp. 71-72.

87. Pierre Vilar: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Crítica, 1999, p. 268.

pretende lograrlo introduciendo tanto terror en los supervivientes que estos no transmitan su identidad ni sus tradiciones de orgullo y libertad. Sin embargo, este método de amnesia tiene tantas limitaciones y es tan poco fiable que los imperialismos ocupantes recurren a otras medidas impuestas a los pueblos invadidos, muy especialmente la de su desarme total y definitivo, incluida la prohibición de enseñar el uso de armas a las personas jóvenes para condenarlas a la absoluta indefensión. Muchos imperialismos han usado este método y lo siguen usando.

De entre todos los ejemplos, recurrimos al aportado por el historiador militar N. Sekunda que habla de la existencia de un «ejército nacional persa» basado en la conscripción obligatoria, sistemática y de larga duración de su población masculina, y que presenta grandes diferencias con el sistema militar asirio. Los niños iniciaban su entrenamiento militar a los 5 años y luego permanecían disponibles para el servicio militar hasta cumplir los 50 años. Pero lo que más nos interesa ahora es analizar la política persa hacia los pueblos que oprimían y cómo supeditaban la contratación de mercenarios a la continuidad del sistema imperial de dominación persa:

> La mayoría de las naciones del imperio hacía tiempo que habían dejado de proporcionar instrucción militar a sus jóvenes, de acuerdo con la política persa. Tras la conquista de Lidia, por ejemplo, se anuló cualquier tipo de instrucción militar, y en muy poco tiempo los lidios perdieron todo espíritu de revuelta. Incluso en el caso de querer resistir al imperio no hubieran sabido cómo hacerlo. Así pues, la mayoría de los mercenarios tendían a reclutarse de naciones que todavía permanecían «libres». En la antigüedad esta palabra se podía usar casi como sinónimo de cualquier sociedad que proporcionara alguna forma de instrucción militar organizada a su juventud[88].

La antigüedad era muy sabia en estas cuestiones porque el modo de producción dominante en ella, en la época del imperio persa, era el denominado modo de producción tributario, en el que como en todos

88. Nick Sekunda: «El ejército persa 560-330 A. C.», Edic. del Prado, *Ejércitos y Batallas*, nº 38, 1994, p. 23.

los modos precapitalistas, la violencia, la coerción extraeconómica y armada era una de las formas decisivas para la expropiación del producto del trabajo ajeno, el de las masas trabajadoras, mujeres y pueblos debilitados o vencidos. Más adelante veremos cómo el capitalismo realiza un salto cualitativo en este sentido, salto que Marx resumen en esta frase: «El esclavo romano se hallaba sujeto por cadenas a la voluntad de su señor; el obrero asalariado se halla sometido a la férula de su propietario por medio de hilos invisibles. El cambio constante de patrón y la fictio juris del contrato de trabajo mantienen en pie la apariencia de su libre personalidad»[89], indicando cómo en el modo de producción capitalista la burguesía ha logrado que el trabajador explotado ceda voluntariamente parte del producto de su trabajo al empresario sin que el Estado burgués tenga que estar siempre presente con el látigo, aunque, al final, y dependiendo del nivel de resistencia, la burguesía también debe recurrir al terrorismo. En ambos casos históricos, tan distantes en el tiempo, lo básico del terrorismo consiste en que es el último recurso a disposición tanto del esclavista como del burgués para asegurar que el esclavo o el obrero asalariado sigan siendo de su propiedad, no se independicen ni se liberen y continúen siendo clase social alienada, simple propiedad de la clase dominante.

Volviendo a la época antigua, dado que en el esclavismo grecorromano la violencia descarnada también era el método central de la expropiación del producto del trabajo ajeno, allí también la libertad significaba, fundamentalmente, el derecho y la capacidad de autodefensa. En el inicio de la Grecia clásica, cuando el desarrollo esclavista coexistía con una clase campesina libre, era de dominio público que la independencia griega dependía del disciplinado entrenamiento militar de esos campesinos que identificaban su libertad con la posesión de las armas que ellos mismos compraban y guardaban en sus casas. Analizando la influencia del «factor militar» en la cultura grecorromana, de Ste. Croix sostiene con razón que tanto en la Grecia clásica que venció a Persia, como en la Macedonia de Filipo y de Alejandro, como en la Roma inicial, en estos tres casos prototípicos, la libertad y las armas eran inseparables[90]. Incluso

89. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1975, vol. I, p. 482.

cuando la sociedad esclavista entró en cierto declive en la época alejandrina, durante el helenismo, la defensa mediante las armas de la libertad seguía siendo algo esencial en las ciudades-Estado que sobrevivían precariamente en medio de imperios helenísticos potentes dejados a su albur al romperse el imperio de Alejandro. G. Shipley ha mostrado los delicados e inestables equilibrios que tenían que hacer las debilitadas ciudades-Estados griegas independientes para negociar su libertad con los reyes, en lo que ha definido como la «negociación del poder» entre la «libertad griega» y los reyes de la época[91]. Cuando podían, las ciudades se rearmaban pero ya no tenían ni la población suficiente ni los recursos económicos necesarios, teniendo que suplir su debilidad militar con astucia, alianzas, amenazas y negociación de los tributos a pagar. La consigna romana de «si quieres la paz prepárate para la guerra» es históricamente más cierta, mucho más cierta, que toda la palabrería pacifista, como lo ha vuelto a demostrar las palabras de Raúl Castro arriba recogidas. Por no extendernos, Maquiavelo reconoció que: «Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias»[92].

Roma también imponía el desarme y la absoluta indefensión militar a los pueblos que pese a ser vencidos por ella podían sublevarse de nuevo. Roma no confiaba en su pasividad, desconfiaba de su acatamiento ante el vencedor. Pero como Roma buscaba extraer los máximos beneficios, le interesaba dejar vivos a estos pueblos vencidos pero propensos a la revuelta para explotarlos y estrujarlos como a limones. Pero existía otra solución igualmente utilizada por algunos imperios para acabar de cuajo con la resistencia prolongada de los pueblos invadidos; era la de desarraigarlos, desplazarlos a otras zonas muy distantes para destrozar la interacción entre su identidad cultural y su identidad geográfica, interacción fundamental de la que puede nacer lo que ahora llamamos identidad nacional. F. Gracia lo expone así:

90. De Ste. Croix: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Crítica, Barcelona 1988, pp. 306-307.

91. Graham Shipley: *El mundo griego después de Alejandro 323- A. C.*, Crítica, Barcelona 2001, p. 99 y ss.

92. Maquiavelo: *El príncipe*, Editores Mexicanos Unidos, México 1979, pp. 105-117.

> El territorio donde habita es la esencia de un grupo no solo por los aspectos tangibles sino muy especialmente por los intangibles, las ideas que forman parte de la memoria colectiva de las comunidades, por ello la razón de ser de un grupo se encuentra directamente relacionada con el territorio que ocupa, aquél que contiene los espacios sagrados y las tumbas de los antepasados. No es de extrañar, por tanto, que una de las primeras acciones de castigo que aplican los ejércitos estatales sean los traslados de la población vencida a otros puntos como sistema para impedir futuras revueltas al quitar a una población el anhelo de volver a controlar su destino en su propia tierra. El desarraigo se unirá en muchas ocasiones a la destrucción de la ciudad, la venta de sus habitantes como esclavos, y la implantación de colonos que sustituirán en el control y la explotación de la tierra a los desplazados[93].

Veamos dos casos de entre los muchos existentes, dos casos que además nos sirven para desautorizar dos mitos construidos por la dominación española en las Américas. El primero se refiere al Inca. En contra de lo que se dice, el imperio inca fue muy respetuoso con los pueblos que sojuzgaba e integraba, aunque dependiendo de las resistencias de estos, recurría al sistema de «mitimaes», o sea el de «desterrar pueblos enteros a lugares distantes para evitar rebeliones»[94], medida muy común en casi todos los grandes Estados opresores de pueblos. Sin embargo, por lo general, el imperio inca intentaba no azuzar los resentimientos de los pueblos ocupados, y tomaba medidas muy estrictas para ello como, por ejemplo, que las tropas del ejército inca debían pagar siempre los alimentos y otras cosas que cogían a las poblaciones que cruzaban en sus desplazamientos. La disciplina era muy estricta y una de sus mayores preocupaciones era la de no azuzar el resentimiento de las poblaciones civiles, estando prohibido el saqueo y el robo[95]. Semejante respeto y trato cuidadoso se reforzaba con el respeto a las religiones de esos pueblos. El segundo ejemplo muestra por el contrario la ferocidad española en la represión de las sublevaciones indias, como fue el caso de la de 1657 en tierras que hoy pueden definirse como

93. Francisco Gracia Alonso: *La guerra en la Protohistoria*, Ariel, 2003, p. 39.

94. Angel Sanz Tapia: *El período postclásico*, GHU, Madrid 1986, tomo 26, p. 167.

95. Luis Baudin: *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*, Edit. Hachette, Buenos Aires 1958, pp. 148-150.

el cono sur argentino y chileno. Tras una década de guerra extremadamente dura en la que se fue imponiendo la superioridad militar y económica del ocupante, las naciones autóctonas tuvieron que ir cediendo sus territorios, pero lo peor vendría meses antes de que acabara la sublevación:

> Los más tenaces guerreros serán los “quilmes”, quienes en castigo sufrirán la aniquilación de todos los varones en condiciones de guerrear y también el desarraigo de los sobrevivientes, forzados a una caminata letal en la que mueren tres cuartas partes de las mujeres, niños y ancianos, hasta llegar a la localidad que hoy lleva su nombre en la provincia de Buenos Aires, donde serán sometidos a una vida de sufrimientos y explotación[96].

Una cuestión que reaparece a lo largo de todos estos procesos es la del choque entre grupos humanos, llamémosles como les llamemos, desde clanes, hordas, tribus, etnias, pueblos, naciones u organizaciones de cualquier otro tipo. Ello es debido a dos razones básicas: una, que estamos analizando un problema silenciado en gran medida en el pensamiento burgués, por lo que sorprende su emergencia a la luz del debate teórico debido a las consecuencias políticas que acarrea; y, otra, que este problema ha sido postergado por una determinada visión del marxismo y del socialismo revolucionario en general, por ejemplo el anarquismo, de modo que también sorprende su reaparición en lo que queda de estos sectores. Hablamos del problema de la opresión de los pueblos en la historia, de sus relaciones con las clases explotadas y con los Estados opresores, y de sus relaciones con la lucha revolucionaria actual a nivel mundial. En estos tres niveles, el problema de las violencias y del terrorismo aparece una y otra vez, nada más escarbar un poco por debajo de la palabrería oficial. Para desatascar esta situación debemos investigar un poco lo que propone el materialismo histórico al respecto. Debemos recurrir a los clásicos porque nos han dejado un análisis brillante sobre cómo interactúan todos los factores sociales objetivos y subjetivos en los momentos de crisis de cierre y apertura de una nueva sociedad, de un nuevo modo de producción, etcétera, con especial insistencia

96. Pacho O’Donnell: *Los héroes malditos. La historia argentina que no nos contaron*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires 2004, p. 40.

en los «factores étnicos», los que tienen más continuidad en la historia suscitando feroces y ensangrentados conflictos violentos.

El inicio o no de un nuevo proceso que cambie la estructura espacial de los grupos de larga duración, y el que ese inicio culmine, se estanque o fracase, todo este proceso debe ser siempre analizado desde y con la dialéctica de la posibilidad y de la necesidad: «Pero la posibilidad se halla vinculada, a su vez, a condiciones naturales objetivas y subjetivas», advierte Marx[97]. Tras analizar las diversas dificultades con las que se encuentra el incipiente desarrollo capitalista en muchos pueblos, y negándose a caer en el determinismo lineal, sostiene que: «Se da aquí la posibilidad de un cierto desarrollo económico, que dependerá, naturalmente, del favor de las circunstancias, del carácter innato de la raza, etcétera»[98]. Varias veces nos encontramos en la extensa obra marxista con expresiones idénticas o similares a la del «carácter innato de la raza», que chocan con el contenido dialéctico de su obra y que son simples reminiscencias de las ataduras terminológicas aún no superadas del todo, pegotes anacrónicos que desaparecen en determinados momentos para reaparecer en otros. Un caso de desaparición de los tópicos de la época y de uso de un lenguaje más apropiado es la siguiente cita en la que ya habla de «factores étnicos»:

> La forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido determina la relación de señorío y servidumbre tal como brota directamente de la producción y repercute, a su vez, de un modo determinante sobre ella. Y esto sirve luego de base a toda la estructura de la comunidad económica, derivada a su vez de las relaciones de producción y con ello, al mismo tiempo, su forma política específica. La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos –relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social– es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una

97. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol. III, p. 734.

98. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 735.

> palabra, de cada forma específica de Estado. Lo cual no impide que la misma base económica –la misma, en cuanto a sus condiciones fundamentales– pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etcétera, variaciones y gradaciones que solo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas[99].

En el plano teórico-general del materialismo histórico, Engels lo sintetiza así:

> Por relaciones económicas, en las que nosotros vemos la base determinante de la historia de la sociedad, entendemos el modo cómo los hombres de una determinada sociedad producen el sustento para su vida y cambian entre sí los productos (en la medida en que rige la división del trabajo). Por tanto, toda la técnica de la producción y del transporte va incluida aquí. Esta técnica determina también, según nuestro modo de ver, el régimen de cambio, así como la distribución de los productos y, por tanto, después de la disolución de las sociedades gentilicias, la división en clases también y, por consiguiente, las relaciones de dominación y sojuzgamiento y, con ello, el Estado, la Política, el Derecho, etcétera. Además, entre las relaciones económicas se incluye también la base geográfica sobre la que aquéllas se desarrollan y los vestigios efectivamente legados por anteriores fases económicas de desarrollo que se han mantenido en pie, muchas veces solo por la tradición y la vis inertiae y, también, naturalmente, el medio ambiente que rodea a toda forma de sociedad [...] Nosotros vemos en las condiciones económicas lo que condiciona en última instancia el desarrollo histórico. Pero la raza es, de suyo, un factor económico[100].

En esos análisis concretos de circunstancias empíricamente dadas deben tenerse en cuenta también los «factores étnicos» que perviven desde el pasado y que intervienen en el interior de los acontecimientos, así como las influencias exteriores, etcétera. Las interacciones entre los «factores étnicos» que provienen del pasado y que perviven por su capacidad de adaptación a las nuevas realidades,

99. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., vol. III, p. 733.

100. *Carta de F. Engels a W. Borgius de 25 de enero de 1894*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, pp. 530-532.

y las nuevas formas sociales expresadas en la aparición de nuevas clases explotadas y explotadoras, estas interacciones, que se complican al intervenir la dominación patriarcal que las recorre a ambas, inciden de mil modos en los cambios socioeconómicos y, por ello mismo, están a la vez dentro de la dinámica general y particular de las violencias que les acompañan. La función de las violencias no es otra que la de servir de desatascador en los momentos en los que las crisis taponan, frenan y detienen el desarrollo de las contradicciones ya agudizadas al extremo de lo insostenible. La tradición y la vis inertiae, el factor étnico como factor económico, etcétera, esta reintroducción de lo «nacional» dentro del materialismo histórico nos permite comprender muchos acontecimientos históricos que de otra forma serían incomprensibles, como todos los relacionados con el papel de las religiones, de los mitos y de los referentes simbólicos, de lo imaginario, en suma, en la acción práctica de las masas. La contundente afirmación de que: «la raza –la nación o el pueblo en términos actuales– es, de suyo, un factor económico» tiene decisiva importancia para poder comprender el papel que juega lo nacional en los períodos de crisis y, en especial, en los de transición de un modo de producción a otro, como veremos más adelante. La continuidad e interioridad nacional en la historia y el resurgir de los pueblos indígenas, de los grupos espaciales de larga duración y de otros grupos humanos, toda esta recurrencia histórica también está relacionada con el factor económico interno a toda continuidad colectiva.

MATRIZ SOCIAL

Comprenderemos todavía mejor todo lo que estamos viendo sobre las diferencias nacionales y de «carácter étnico», de culturas y de tradiciones, si recurrimos a una terminología más reciente y adecuada, teniendo en cuenta que el uso de conceptos como «raza», «etnia» y otros varía con el tiempo, y que lo que se veía como «normal» en la segunda mitad del siglo XIX, ahora se ve como «anormal». Hablamos del concepto de «matriz social» desarrollado por O. C. Cox para referirse al conjunto de factores históricos

profundos, a la cultura, al sentimiento nacional, a las religiones, a las formas de gobierno, a las leyes de ciudadanía y a las leyes sobre la libertad de comercio individual, a la tolerancia hacia las nuevas ideas y hacia la diversidad ideológica, a los aspectos morales y éticos existentes e incluso al papel de la honradez en la vida cotidiana, a la fuerza material e ideológica de la nobleza y de otros sectores sociales desbordados por el crecimiento burgués, etcétera. Éstos y otros factores existentes en los países que vivían el tránsito del modo de producción feudal al modo de producción capitalista, formaban la totalidad de la «matriz social»[101] que, junto a otras condiciones internas y externas, impulsaban o retrasaban, o condicionaban y orientaban hacia uno u otro sentido sociohistórico, el desarrollo del capitalismo en los diferentes espacios de la Europa de los siglos XIII-XVII.

Un ejemplo contundente de la valía del concepto de «matriz social» lo tenemos en el peso de las tradiciones culturales de orgullo, dignidad, independencia colectiva, de los pueblos. A lo largo de este libro hemos visto y veremos muchos ejemplos al respecto, pero no podemos dejar de nombrar ahora el de las resistencias de los pueblos del Sur de África a la invasión europea, holandesa en concreto, una historia silenciada como las demás por el eurocentrismo. Los holandeses llegaron a aquellas tierras en 1657. La violencia terrorista fue un instrumento decisivo para expulsar a las poblaciones africanas, siguiendo un «mecanismo de expansión» igual al que se practicaba en esa época en América del Norte[102]. En la zona del Cabo, la ferocidad expansionista llegó a niveles atroces desde 1715 en adelante, cuando se autorizó a los colonos a:

> Formar expediciones armadas (los *comandos*) destinadas, en principio, a expulsar de los dominios que les habían otorgado, o de sus alrededores, a los joijoi y a los san que merodeaban y cazaban para sobrevivir. De hecho, estas expediciones, muy similares a las bandeiras brasileñas del siglo anterior, servían también para capturar niños y mujeres que eran sometidos a servidumbre, permitiendo, de este modo, un reequilibrio de la población y la garantía de la reproducción tanto servil como colonial[103].

101. Oliver C. Cox: *El capitalismo como sistema*, Edit. Fundamentos, Madrid 1972, pp. 35-156.

102. Yann Moulier-Boutang: *De la esclavitud al trabajo asalariado*, Akal, Madrid 2006, p. 777.

Pero la invasión europea siguió implacable hacia el norte contra los pueblos autóctonos, de manera que entre 1781 y 1791 se libró una «verdadera guerra» entre los colonos blancos y los joisán del norte:

> Los africanos lograron al principio empujar a los holandeses al sur de Karoo. La respuesta de los colonos fue feroz: comandos de boers llevaron a cabo una caza en toda regla de *joisán*, a quienes mataron por millares y capturaron a sus hijos. [...] Privados de sus terrenos de pastoreo, los *xhosa* reaccionaban masacrando a los colonos aislados o robando el ganado de los granjeros [...] En 1800, la colonia contaba con 22.000 holandeses y 25.000 esclavos. En esos momentos se estimaba que los *joisán* no eran más de 20.000, habiendo sido diez veces más numerosos al comienzo de la colonización blanca. Entre 1799 y 1803 los *joijoi* [...] crearon un ejército de 700 hombres, 300 caballos y 150 fusiles para recuperar su independencia en alianza con los *xhosa* del interior[104].

La matriz social en la que se habían formado esos pueblos les capacitaba a sostener una prolongada, astuta e inteligente resistencia contra los invasores. Otro ejemplo de la importancia de la matriz social lo tenemos en el papel de la religión como fuerza impulsora o retardataria, y también como fuerza defensora de las identidades colectivas frente a las agresiones exteriores. Siguiendo un orden cronológico ascendente, podemos ampliar aún más nuestra visión de la importancia de la religión como fuerza material si retrocedemos un poco en el tiempo y vemos cuáles eran los intereses económicos de la cristianización medieval. M. Zaborov muestra que la prioridad económica estaba encubierta con la palabrería religiosa:

> Los conquistadores cruzados aniquilaron las últimas libertades individuales de la población campesina de las regiones invadidas. La situación económica y legal de los agricultores y ganaderos, viticultores y fruticultores de Siria y Palestina empeoró bruscamente. Todos ellos, musulmanes y cristianos, debían trabajar para sus nuevos señores, los francos, con mayor intensidad que para los anteriores: bizantinos, árabes y selyúcidas [...] Los siervos fueron sometidos a la más despiadada opresión y explotación. Sus tierras fueron consideradas propiedad de los conquistadores, y ellos personalmente adscritos a la

103. Yann Moulier-Boutang: *De la esclavitud al trabajo asalariado*, op. cit., p. 779.

104. Yann Moulier-Boutang: *De la esclavitud al trabajo asalariado*, op. cit., pp. 780-782.

tierra: cambiaban de dueño junto con ella (a veces por separado)[105].

Y al analizar la cruzada alemana contra los paganos eslavos en 1147, comenta que:

> La conversión de los eslavos al cristianismo no era más que un pretexto para los feudales alemanes: el verdadero propósito era saquear las ricas tierras eslavas y reducir a sus pobladores a la esclavitud[106].

Y detrás de los feudales germanos avanzaban los comerciantes burgueses.

Seguimos analizando el caso del protestantismo, evitando extendernos tanto en el brillante estudio de Engels sobre el papel del protestantismo en el origen del capitalismo[107] como, por el lado opuesto, en la superficialidad de Weber en la misma cuestión, superficialidad que recorre toda la «ciencia social» y toda la sociología weberianas, como efecto de que Weber no se arriesga a profundizar por debajo del mero «reflejo analítico de los elementos cosificados de la existencia burguesa» como muy correctamente le critica N. de Feo[108], sí queremos hacernos eco de la importante idea de R. Mousnier de que una de las razones del fracaso del colonialismo europeo en Asia fue, además de otras, nada menos que «la repugnancia de Asia ante el cristianismo» porque la «esencia del cristianismo escandalizó y provocó su repugnancia»[109] entre los asiáticos debido a las enormes diferencias que separan las sofisticadas y monistas religiones y filosofías asiáticas del tosco, sanguinario y dual cristianismo, pese a los esfuerzos realizados por los jesuitas para adaptar la forma externa del cristianismo a la «matriz social» asiática. Pese a la aplastante superioridad militar, técnica y científica europea, y a su despegue económico desde los siglos XV-

105. Mijail Zaborov: *Historia de las cruzadas*, Sarpe, nº 22, Madrid 1985, p. 98.

106. Mijail Zaborov: *Historia de las cruzadas*, Sarpe, nº 22, Madrid 1985, p. 128.

107. Friedrich Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo III, p. 108 y ss.

108. Nicola de Feo: *Weber-Lukàcs. Ideología-Dialéctica*, Col. Beta, Barcelona 1972, p. 82.

109. Roland Mousnier: *Los siglos XVI y XVII. El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente (1491-1715)*, Edic. Destino, Barcelona 1981, tomo II, p. 874.

XVI en adelante, pese a esto, Europa fracasó en la conquista de Asia si tomamos como punto de comparación la conquista de América, África y Oceanía.

El ejemplo tal vez más aplastante sobre la influencia de las religiones dentro de la matriz social sea el de la sublevación india de 1857 porque aúna cuatro grandes problemas: la identidad nacional preburguesa y tributaria, la fuerza de las creencias religiosas, el peso de los rumores transmitidos popularmente y la manipulación propagandística occidental. La invasión británica se apoyó al inicio en las fuertes discrepancias internas entre príncipes y marajás hindúes. La astucia de Robert Clive para integrar algunas tropas aborígenes en su ejército, formándolas y disciplinándolas casi como si fueran occidentales, así como para sobornar a la mayoría de los jefes y príncipes del ejército hindú, fue la clave para su victoria estratégica en la batalla de Plassey de 1757[110]. No todos los británicos veían bien la integración de tropas indias en el ejército y, en líneas generales, Macaulay ridiculizaba a quienes pretendían instruir a los habitantes de la India[111]. Los británicos intentaron respetar las tradiciones hindúes en la medida en que estas facilitaban la normal recaudación de impuestos, pero, a la larga, «aunque los ingleses procuraron ser respetuosos con las costumbres y con la religión local, era prácticamente inevitable que su forma de vida y la manifestación pública de sus creencias chocase con los aborígenes e incluso supusiera una forma no necesariamente consciente de proselitismo entre los habitantes de las regiones sometidas a su presencia y dominio»[112]. En realidad, el malestar hindú venía de mucho antes y los propios cipayos ya habían protestado en 1806, 1824, 1844 y durante la pasada guerra contra los sikjs. Todo indicaba, pues, que se aproximaba un gran estallido hindú pero el imperialismo continuó con su política.

Pero el racismo eurocéntrico iba en aumento en Gran Bretaña y

110. Donald Featherstone: «Plassey 1757», en *Ejércitos y batallas*, Edic. del Prado, Barcelona 1995.

111. Robert Schnerb: «El siglo XIX», *Historia General de las Civilizaciones*, Edit. Destino Libro, Barcelona 1982, p. 149.

112. J. Ignacio de Arana: *Historias curiosas de las guerras*, Espasa Minor, Madrid 2001, pp. 220-223.

en todo Occidente, de modo que los burócratas británicos empezaron a despreciar los métodos de dominación aplicados hasta entonces. Siguiendo aquí a P. Burke vemos que, en primer lugar, los británicos obtuvieron muchos éxitos al seguir aplicando en beneficio suyo y en la medida de lo posible las leyes y tradiciones culturales, el conocimiento de las lenguas, etcétera, de la India; y, en segundo lugar, si bien en un principio utilizaron estas técnicas y los sistemas de control legado por los mongoles para obtener información de los movimientos de la población, más tarde los abandonaron para sustituirlos «por un sistema más "científico" basado en observadores británicos lo que aisló a los nuevos gobernantes de la India del conocimiento de las actitudes y los sentimientos locales, lo que explica que la rebelión de 1857 pillase a los ingleses por sorpresa»[113]. Los cipayos eran tropas selectas al servicio británico compuestas por aborígenes tanto hindúes como musulmanes. Dadas las condiciones sociohistóricas de la India, no se había desarrollado un sentimiento nacional e independentista burgués, sino tributario, en el que la fidelidad religiosa y cultural jugaba un papel decisivo dentro de las formas de solidaridad grupal existentes. Por ejemplo, una decisión británica de 1833 que beneficiaba a los comerciantes probritánicos en el Estado de Oudh en contra de las formas tradicionales de recaudación respetadas hasta entonces hizo que el sistema de reclutamiento de voluntarios cipayos[114] sufriera un fuerte golpe interno en la legitimidad del sistema militar británico, golpe no perceptible a primera vista pero que aceleró el malestar de los cipayos.

Este malestar creciente pero subterráneo pasó inadvertido a los británicos cuando introdujeron el nuevo fusil Enfield dotado de un cartucho que debía ser roto con los dientes antes de introducirlo en la recámara. Para el nacionalismo burgués, en el que la religión ya no era el eje central de la identidad colectiva, esto no tenía ninguna importancia, pero los hindúes y musulmanes contrarios a la ocupación británica dijeron que los cartuchos tenían grasa de vaca o cerdo,

113. Peter Burke: *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Paidós, Barcelona 2002, p. 155.

114. Barrington Moore: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Península, Barcelona 2002, p. 498.

animales prohibidos en la India, como efectivamente era. Lo que para los occidentales carecía de toda importancia, para los hindúes resultaba inaceptable. El rumor sobre esa grasa fue la chispa que prendió el incendio de la rebelión y de la posterior contraofensiva imperial[115]. Luego, tras el estallido y la cruel masacre posterior, algunos políticos como Disraeli buscaron interpretar de algún modo las causas de la rebelión para justificar sus proyectos de reforma y mejora del imperio británico, pero la prensa y sobre todo el prestigioso y muy influyente diario *Times*, que expresaba el moderado realismo de la burguesía británica, bramó furioso exigiendo medidas durísimas y calificando de «perros» a los hindúes y musulmanes sublevados[116].

Además del intrínseco valor teórico de la sublevación de 1857, también tenemos que tener en cuenta que era parte de la amplia oleada de rechazo de los pueblos a los ataques del colonialismo capitalista. Al margen de las formas religiosas con las que se expresaban tales resistencias y del grado de sus violencias defensivas, la esencia de fondo era exactamente la misma, la reafirmación frecuentemente desesperada de los derechos colectivos precapitalistas en peligro de exterminio por la invasión occidental y cristiana. Si la sublevación cipaya fue cruel, la respuesta británica fue terrorista porque reinstauró la explotación estratégica de la India como epicentro de un imperio, lo que le llevó, por un lado, a invadir a los pueblos afganos iniciando una inacabable era de terrorismo sistemático en aquella área, y, por otro lado, a intentar controlar el norte de África y del Cercano Oriente, lo que provocó «una fuerte reacción nacionalista en Egipto y Sudán». Tras una primera resistencia tenaz, la clase dominante egipcia prefirió colaborar con el invasor apoyándole en la guerra contra la sublevación masiva y heroica de los pueblos del actual Sudán que, dirigidos por el Mahdi (Mesias), resistieron hasta 1898 con sus muy escasos medios económicos y militares al más poderoso ejército colonial de la época, apoyado por los egipcios[117]. El «valor fanático» y el «valor indomable»[118] de los

115. J. Ignacio de Arana: *Historias curiosas de las guerras*, Espasa Minor, Madrid 2001, pp. 220-223.

116. AA.VV.: *Democracia, reacción, capitalismo (1848-1860)*, Akal, Madrid 1993, pp. 337-341.

117. A. Martínez Teixidó: *Enciclopedia del Arte de la Guerra* Planeta, Barcelona 2001, pp. 244-246.

118. John Macdonald: *Grandes Batallas*, Edit. Rombo, Barcelona 1994, tomo 3, pp. 110-117.

sudaneses pudieron haber ganado la batalla decisiva de Omdurmán de no ser por las tropas egipcias entrenadas por los británicos, que con su disciplina y armas occidentales evitaron un combate cuerpo a cuerpo que quizá hubiera provocado su derrota. Pero a la larga la rebelión sudanesa estaba condenada porque los invasores habían construido un ferrocarril que les suministraba de todo, incluidas ametralladoras y artillería.

Según sea la matriz social en la que se practique tal o cual religión, el comportamiento de los pueblos tenderá hacia la resistencia a ultranza ante una invasión o hacia el derrotismo y la pasividad, por citar los casos extremos. P. Mason ha estudiado la influencia de las religiones en Perú y en México cuando la invasión española, llegando a la conclusión de que, a pesar de las desesperadas resistencias armadas iniciales, al poco tiempo las creencias religiosas dominantes en ambos imperios ayudaron sobremanera a que se aceptase la dominación extranjera porque «estas sociedades más desarrolladas fueron las más fáciles de someter. Estaban arraigadas a sus tierras, acostumbradas a la obediencia y al pago de impuestos o tributos en forma de trabajo; transfirieron sus hábitos de sumisión de una autoridad a la que se habían acostumbrado, a otra que era nueva y extraña»[119]. Aunque existían diferencias en el grado de centralización estatal entre Perú y México, las religiones de ambos imperios reforzaban la figura del dios-emperador del que dependía la suerte de todos, de modo que el acatamiento de su voluntad, que era la voluntad del Estado, era a la vez la condición de la supervivencia en este mundo y en el futuro. Cuando el dios-emperador claudicó ante los invasores, los pueblos cesaron sus resistencias, aunque las retomarían con el tiempo una vez constatada la brutalidad del invasor, de manera que se agudizó la contradicción irreconciliable entre las resistencias autóctonas expresadas en múltiples formas y la sistematicidad de la explotación española.

Podemos hacernos una idea tanto de la importancia material del factor religioso como de la consiguiente necesidad expoliadora del excedente acumulado en las Américas que tenía la Iglesia católica al

119. Philip Mason: *Estructuras de la dominación*, FCE, México 1975, p. 320 y ss.

saber que «en 1700 los ingresos que provenían de la riqueza de la Iglesia católica en el Nuevo Mundo mantenían a la institución católica en España, Portugal e Italia»[120]. La riqueza siguió concentrándose en manos de la Iglesia católica llegando a alcanzar magnitudes escandalosas en casi todas partes, como la realizada en México en donde esta empresa llegó a poseer más de la mitad de las tierras y algo más del veinte por ciento de la riqueza total[121] de México en la segunda mitad del siglo XIX. Repitiendo lo que habían hecho la mayor parte de las burguesías, la mexicana decretó desde 1917 una serie de reformas globales destinadas a expropiar a la Iglesia el grueso de sus propiedades para quedárselas ella, la burguesía y su Estado en el que los militares presionaban para que una parte de esas ingentes riquezas permitieran un rearme moderno de México frente al poderoso Estados Unidos; también presionaban los sindicatos y fuerzas progresistas. La Iglesia mexicana no se resignó a la pobreza evangélica y al reparto caritativo de sus propiedades, y movilizó a los sectores sociales que le seguían. En 1926 estalló una guerra civil denominada «La Cristíada», de una virulencia extrema por ambos bandos. Para lo que ahora nos interesa, las relaciones entre la religión y la matriz social por un lado, y por otro las violencias y el terrorismo, tras el final de la guerra en 1929 el Gobierno Federal mexicano aplicó una «carnicería selectiva»[122] contra los dirigentes de los «cristeros», mientras que la violencia aplicada contra las masas campesinas que formaron los ejércitos «cristeros» fue llevada a un «grado extremo [...] el carácter atroz [...] desembocan en la crueldad, el sadismo, el horror»[123]. Mucho era lo que estaba en juego, desde impresionantes riquezas materiales hasta arraigadas creencias espirituales. En esta lucha entre una burguesía necesitada de recursos y una Iglesia apegada a sus dominios, la sociedad mexicana se dividió en dos bandos irreconciliables.

120. James D. Cockcroft: *América Latina y Estados Unidos*, Ciencias Sociales, La Habana, p. 121.

121. E. Torre Villar: «México independiente. Organización constitucional y Revolución», en *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 18, p. 130.

122. Jean Meyer: *La Cristíada*, Siglo XXI, México 1979, tomo I, p. 345.

123. Jean Meyer: *La Cristíada*, op. cit., tomo III, p. 249 y ss.

EXCEDENTE SOCIAL COLECTIVO

También nos haremos una idea más adecuada de la evolución de la matriz social y de las relaciones entre factores étnicos y el factor económico, recurriendo al investigador A. Pershits que defiende la existencia de «tradiciones étnicas en el derecho de las sociedades clasistas» y «tradiciones étnicas en la moral de las sociedades de clases»[124], consistente, las primeras, en el conjunto de medidas que los pueblos –con sus contradicciones internas– toman para impedir o controlar los derechos de los extranjeros que quieren establecerse en sus territorios; y, las segundas, en el mayor arraigo y supervivencia histórica de las costumbres étnicas de los pueblos en la esfera específica de la moral. Ambas tradiciones, que tienen un ritmo evolutivo diferente, son muy importantes para comprender uno de los secretos de la interacción entre la lucha de clases y la lucha nacional, además, obviamente, de la emancipación de la mujer, como es el del control colectivo del excedente social acumulado por esos pueblos. Antes de seguir, es necesario aclarar un poco qué es el excedente social colectivo, para lo que recurrimos a García Linera:

> Se puede definir el concepto de excedente como aquella parte de la riqueza de un país que sobra, después de haber descontado lo necesario para reproducir la actividad económica en condiciones similares a las anteriores [...] toda sociedad, en toda época y en todo lugar, siempre tiene un excedente económico, y la organización política, económica y cultural de un país es, en parte, la forma en que la sociedad define, a través de las luchas sociales, el modo en que ese excedente habrá de ser distribuido, utilizado, consumido, guardado, entendido o significado por alguno o todos los grupos de la sociedad [...] Dado que el excedente es el núcleo en torno al cual la sociedad organiza sus fuerzas, sus posibilidades, sus luchas, sus potencialidades y dado que se conforma un orden social y estatal precisamente para gestionar y utilizar de determinadas maneras ese excedente, es en torno al control o uso del excedente que las sociedades, los países y las naciones consolidan su vida estable o se ven envueltas en luchas internas y externas para controlarlo. De aquí que las construcciones estatales y nacionales exitosas, estables y duraderas son precisamente aquellas

124. Abram Pershits: *Etnografía normativa: vías de la investigación*, en CS de AC de la URSS, 1983, nº 3, p. 159 y ss.

> que han obtenido un óptimo, un equilibrio entre generación de excedente, de riqueza, y acumulación productiva y festiva de la misma, pues es el uso «productivo», «improductivo» y festivo de la riqueza socialmente consensuado el que permite unir a una sociedad en torno a objetivos comunes, a creencias compartidas y a expectativas similares [...] La clave para la formación de una nación estable y sólida es obligatoriamente la disposición de un excedente exitosamente repartido, en funciones «productivas» e «improductivas» entre todos sus miembros [...] Las clases dominantes consolidan su dominación con beneplácito de las clases dominadas cuando logran disponer de un excedente que articula criterios y satisfacciones diversas [...] Las revoluciones se dan precisamente para controlar el excedente y el éxito de la revolución o reforma social dependerá a la vez de haber producido y redistribuido el uso y consumo del excedente. Ninguna revolución o reforma de envergadura en los países triunfa sobre la escasez y, por ello, la disputa por el excedente es también parte de la estrategia de transformación social de las fuerzas y clases oprimidas[125].

Ahora comprendemos mejor qué quiere decir A. Pershits cuanto constata, primero, que las comunidades étnicas controlaban el derecho de los extranjeros a afincarse en su país, en sus territorios: vigilar y controlar el trato que esos extranjeros pudieran dar al excedente acumulado por la comunidad étnica originaria o, en términos modernos, vigilar que las empresas extranjeras comenzasen y practicasen la expropiación del excedente y de los recursos del país originario; y, segundo, que las costumbres y tradiciones étnicas, culturales e identitarias sobreviven más en la esfera específica de la moral, es decir, que las pautas de valoración del comportamiento individual y colectivo de un pueblo perviven en el fondo de su quehacer cotidiano aunque aparente estar regido en sus actos externos e inmediatos por los criterios más recientes, por las modas intelectuales más «modernas». La doble constatación realizada por A. Pershits nos remite al valor simbólico, referencial y normativo que tiene el excedente social acumulado por un pueblo, con sus contradicciones de sexo-género y clasistas en su interior, de modo que esos valores identitarios de fondo tienden a reaparecer con cambios más o menos importantes según los cambios que a su vez se han producido en el

125. Álvaro García Linera: «La querella por el excedente», en *Temas Sociales Revista de Sociología UMSA*, nº 25, La Paz, Bolivia 2004, pp. 71-75.

contexto y las coyunturas, como nos ha explicado P. Vilar al hablar precisamente de la experiencia vasca y catalana.

Tener en cuenta la pervivencia adaptativa y contradictoria de las «tradiciones étnicas» en el derecho y en la moral nos permite entender por qué a partir de un momento concreto los pueblos y las clases explotadas rechazan los criterios de la moral y del derecho de las clases explotadoras, del Estado ocupante y del patriarcado, y se rigen no tanto y estrictamente por sus «tradiciones» en sentido puro sino, en la realidad, por un sincretismo entre esa tradición siempre cambiante y las nuevas formas interpretativas que han aprendido de otras experiencias, frecuentemente de las luchas y resistencias de otros pueblos y clases explotadas. Ahora bien, para estos pueblos el sincretismo que han realizado, si es que lo han hecho, no implica una merma en el valor e importancia de sus tradiciones, de su identidad y de sus normas de vida, sino al contrario, una demostración de su capacidad de seguir siendo pueblo autoconsciente. A mediados de 2006, 350 indios amazónicos pertenecientes a diversas tribus y etnias, ocuparon una central hidroeléctrica en Brasil, con 300 trabajadores en su interior, y amenazaron con volarla con modernos explosivos si no se respetaban sus derechos como pobladores ancestrales de aquellas tierras[126]. Ana Machado denunció las agresiones, palizas y torturas que sufrieron varios bosquimanos cuando volvieron a sus tierras tras ser expulsados de ellas por los Estados que ocupan la amplia zona del Kalahari, tierras ambicionadas también por la multinacional neerlandesa De Brees, que controla el mercado diamantífero mundial[127]. Sabemos que actualmente se piensa que el pueblo bosquimano llegó a África Austral en una época correspondiente al paleolítico superior europeo[128].

Recientemente, el gobierno peruano ha provocado una sublevación con su correspondiente violencia defensiva al invadir territorios indios para someterlos a una explotación agotadora en beneficio de las transnacionales imperialistas y de la burguesía

126. http://www.elpais.com, 3 de junio de 2006.

127. Ana Machado: *Bosquimanos: la lucha que no cesa*, http://www.rebelion.org, 10 de enero de 2006.

128. Bosquimano/na: *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, p. 2015.

peruana. El gobierno conocía la fuerte identidad y las vivas tradiciones de los pueblos propietarios ancestrales. Marco A. Huaco ha escrito que:

> El gobierno sabía que las naciones awajún y wampís fueron –y todavía son– cultural y militarmente indoblegables y pueblos particularmente orgullosos. Aunque dudo de que su valor humano sea apreciado por los altos niveles del gobierno, de lo que sí estaban al tanto era de la tradición guerrera awajún y wampís. El poder ejecutivo sabía bien de qué se trataba aquél 5 de junio en Bagua. En la primera parte de este artículo cité algunos extractos oficiales de INRENA, enviados a diversos ministerios del poder ejecutivo y a la Presidencia del Consejo de Ministros en 2007. Aquí ofrezco más de ellos: «Estos grupos indígenas han mantenido su identidad ajustando los diversos desequilibrios que se iban produciendo. Supieron defender fieramente sus tierras de los invasores: incas, españoles, exploradores y colonos. Poseen una fuerte identidad y se sienten orgullosos de ella». «Los awajún y wampís tienen una gran capacidad para establecer alianzas y unirse como pueblo en la defensa de su territorio. Su territorio, su lengua y las cosmovisiones son los elementos aglutinantes que les confieren identidad diferenciada, además del conocimiento que poseen de su entorno natural». «Una de las características de la cultura jíbara, con predominio en los hombres, es su actitud guerrera»[129].

Los pueblos que han realizado estas luchas, y que están organizándose a escala internacional para resistir mejor al imperialismo, se caracterizan por vivir en un modo de producción en el que las clases sociales todavía no han adquirido el desarrollo cualitativo e irreconciliable que existe ya en el capitalismo. Aún así su capacidad de lucha, su autoconciencia colectiva y la defensa a ultranza de sus valores y de la tierra en la que los practican no tienen nada que envidiar de la capacidad de lucha del proletariado moderno. Dicho esto, queda otro tema por aclarar, el que hace referencia a la validez del método marxista a la hora de explicar la permanencia de la identidad de fondo a pesar de los cambios en los modos de producción. Por ejemplo, estos pueblos existían antes de las invasiones europeas en África y en las Américas, eran precapitalistas,

129. Marco A. Huaco P.: *Testimonio: Pueblos guerreros provocados hasta el genocidio*, http://www.kaosenlared.net, 14 de junio de 2009.

neolíticos y hasta paleolíticos, pero han mantenido y adaptado su identidad durante cinco siglos de opresiones y resistencias. ¿Qué puede sucederles cuando sean definitivamente engullidos por la trituradora capitalista? La respuesta a esta pregunta la encontramos en el muy sugerente concepto de «condiciones nacionales de producción» que D. Ben Najun desarrolla en sus comentarios sobre las tesis de Borojov, y que resume así:

> Las condiciones de producción se dividen también en materiales y «espirituales». Las materiales son «el territorio y todas las creaciones culturales y materiales del hombre». De aquí se deduce que las condiciones materiales son en parte naturales y en parte históricas «que se crearon durante el proceso productivo», como los puertos, acueductos, ferrocarriles, etcétera. Dentro de las condiciones «espirituales» se incluyen: idioma, carácter, costumbres, usos, comprensión del mundo. La «compresión del mundo», como condición de producción común, no tiene aquí el significado de una ideología particular –la cual necesariamente es expresión de una clase necesaria–, sino el de ese conjunto de sutiles matices de pensamiento y formas de expresión que forman parte de la cultura y de la idiosincrasia nacionales: «Entre los representantes del capital y del trabajo existe un fuerte vínculo técnico de lenguaje, y también una parte de similitud, en cierta medida, en la ideología; a pesar de que existe un antagonismo profundo entre la ideología del patrón y la ideología del obrero (Borojov)»[130].

Fijémonos que las «condiciones materiales» son las infraestructuras, mientras que las «espirituales» son las culturales, el idioma, la comprensión del mundo, el carácter colectivo, etcétera. El punto crítico del problema de la supervivencia de la «identidad diferenciada» de un pueblo es, básicamente, su capacidad para «ajustar los nuevos desequilibrios» que se van produciendo, como dice M. A. Huaco, aun sabiendo que las diferencias sociales irán creciendo hasta que estallen en luchas clasistas internas. Llegados a este nivel de antagonismo, el pueblo trabajador podrá mantener su identidad propia en la medida en que ha potenciado el contenido progresista y liberador inserto en el carácter colectivo, en la cultura y tradición populares, en la lengua. Pero llega también un momento

130. D. Ben Najun: *La cuestión nacional en los escritos de Borojov*, Ediciones Vascas, Donostia, p. 81.

en el que surge el problema de la propiedad privada o pública de las «condiciones materiales», de las fuerzas productivas, de las tierras colectivas y comunales en el caso de los pueblos originarios. La experiencia general muestra que las violencias opresoras, tanto internas como externas, frecuentemente aliadas, intervienen crecientemente para anular la cultura de resistencia y lucha, para anular el orgullo de la identidad colectiva, para ir acabando con la propiedad colectiva y comunal e ir introduciendo la propiedad privada. Las tensiones sociales internas al pueblo tienden a ir en aumento en la medida en que se agudizan las presiones citadas.

La identidad que recorre a las clases del mismo pueblo tenderá inevitablemente a escindirse en dos y en esos momentos, las clases trabajadoras deben desarrollar su propio y exclusivo proyecto nacional diferente y opuesto al burgués, crear una nación «aunque en ninguna manera en el sentido burgués» como advirtieran Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*[131]. Será la capacidad del pueblo trabajador de la nación oprimida para unir a las fuerzas progresistas alrededor de un proyecto nacional liberador basado en los contenidos democráticos insertos en la «idiosincrasia nacional», la que permita que la ideología del obrero se imponga a la del patrón en el momento en el que estalle ese «antagonismo profundo». Las naciones originarias que defienden violentamente su propiedad colectiva no han llegado todavía al nivel de escisión social antagónica expuesto en la cita de Ben Najun pero están a la fuerza dentro del proceso mundial de lucha entre la propiedad colectiva y comunal, y la propiedad privada, y son conscientes de ello[132]. Las violencias opresoras y especialmente el terrorismo, como su expresión sintética y más inhumana, son inseparables de esta evolución como lo demuestra, en este caso, la historia de las Américas[133].

131. Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1978, tomo I, p. 127.

132. Manuel Robles Sosa: *Cumbre indígena: por la Madre Tierra*, http://www.kaosenlared.net, 24 de mayo de 2009.

133. Francisco López Bárcenas: *La guerra contra los pueblos indígenas*, http://www.jornada.uname.mx, 19 de junio de 2009.

SEGUNDA PARTE

1 TERRORISMO PATRIARCAL

LA MUJER COMO INSTRUMENTO DE PRODUCCIÓN

Hemos iniciado esta investigación sobre el terrorismo exponiendo brevemente el método dialéctico tanto en lo estrictamente lógico, es decir, el funcionamiento coherente de los conceptos, como en lo estrictamente histórico, es decir, el funcionamiento material de las contradicciones reales. De hecho, en la praxis humana no existe separación definitiva y absoluta entre lo lógico y lo histórico sino una interacción permanente ante la que siempre ha fallado el idealismo y la metafísica. Zeleny, en otra de sus imprescindibles obras, ha resumido así la relación entre lo lógico y lo histórico mediante la elaboración del concepto teórico:

> La reproducción intelectual de la ordenación interna, de la estructura interna de un objeto, y concretamente de esta estructura interna en su evolución, en su génesis, en su existencia y en su decadencia[1].

La aplicación del método dialéctico[2] que usó Marx para escribir El Capital consistió, como venimos diciendo, en el estudio de lo inmediato, de lo que nos rodea a diario, en todo momento, en la sociedad capitalista, que es la mercancía, mostrando su interior, la

1. J. Zeleny: *Dialéctica y conocimiento*, Cátedra, Madrid 1982, p. 59.

2. Karl Korsch: «El método dialéctico en *El Capital*», *Revista Dialéctica*, México, año III, nº 4, 1978, pp. 191-200.

relación entre el valor, el valor de uso y el valor de cambio, y una vez realizado ese primer buceo, siguió hacia más profundas complejidades. Nosotros hemos analizado qué es el excedente social acumulado, qué relación guarda con el espacio material y simbólico, dónde se genera y qué importancia clave tiene la propiedad colectiva o privada, y todo ello desde el criterio de que el concepto de modo de producción es imprescindible para ubicar en la historia la concreción social de cada terrorismo.

A partir de aquí vamos a estudiar muy rápidamente lo esencial del terrorismo en su primera manifestación histórica, la del terror patriarcal. Después repasaremos la interacción entre violencias y terrorismo en cada uno de los modos de producción para, por fin, dedicarnos ya en extenso al terrorismo capitalista. Durante los larguísimos y decisivos siglos de la autogénesis humana no existió diferencia básica entre hombres y mujeres en cuanto a la obtención de comida, al ramoneo, al carroñeo y a la caza menor, y en cierta medida a la caza colectiva de las grandes manadas. Esta tesis ha sido confirmada por muchas investigaciones que han demostrado incluso que la aportación de la mujer a la supervivencia del grupo es superior a la del hombre al ser ella la que recoge vegetales, frutos, raíces, peces y moluscos, y caza pequeña que pasa cerca del campamento. Las aborígenes australianas llevan el peso de este trabajo de recolección y resulta que en la dieta colectiva los vegetales suponen del 70 al 80% de la alimentación total:

> El trabajo de la mujer es importante. La mayoría de los pueblos cazadores-recolectores no podrían mantenerse sin él, mientras que pueden sobrevivir y de hecho sobreviven durante largos períodos sin carne[3].

Estos descubrimientos son de especial importancia para desautorizar los mitos patriarcales sobre la «debilidad biológica» de la mujer y sobre su supuesta incapacidad para la práctica de aquellas tareas que se suponen son exclusivas del hombre, como la creación intelectual y científica, el arte y especialmente la violencia.

3. Elman R. Service: *Los cazadores*, Labor, Barcelona 1973, p. 20.

Según B. Ehrenreich, la innegable aportación cualitativa de la mujer en las sociedades paleolíticas y comienzos de las neolíticas fue atacada cada vez con más dureza por el poder patriarcal en ascenso. La «derrota de la diosa»[4] comenzó a gestarse al ir desapareciendo las grandes manadas entre el final del Paleolítico y el Mesolítico, al imponerse la caza al acecho de cada animal y con el consiguiente desarrollo de nuevas armas. Definitivamente, en el Neolítico se culminó la derrota de la mujer a manos del patriarcado al imponerse la agricultura y el sedentarismo. Durante este período, la victoria sobre «la bestia» fue idealizada y el triunfo del hombre se transformó en victoria sobre la mujer. Con la agricultura como forma dominante, la autodefensa contra «la bestia» y su feminización dio paso a la guerra, a la violencia y al terror como un privilegio exclusivo de los hombres[5]. La transformación del panteón religioso politeísta en cuando al sexo-género victorioso, el masculino, los dioses varones, sobre la gran diosa vencida tras miles de años de ser la referente de la vida político-cultural y económica, esta transformación se produjo de forma irreversible en Oriente Medio entre el -3000 y el -1000, quedando registrada de forma directa o indirecta en toda la documentación existente[6].

Hablamos del surgimiento del terrorismo patriarcal como el primer terrorismo histórico, como la primera gran revolución en la historia, por usar una expresión de Engels que ha dado pie a muchos debates, mediante la cual una parte de la población, la masculina, se apropia de la otra, la oprime y explota: «El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo»[7]. Ahora bien, es necesario evitar un equívoco peligroso consistente en creer que antes de esta «derrota histórica» de la mujer existió una fase caracterizada justo por lo contrario, por la dominación absoluta

4. Bárbara Ehrenreich: *Ritos de Sangre. Orígenes e Historia de las Pasiones de la Guerra*, op. cit., p. 167.

5. Bárbara Ehrenreich: *Ritos de Sangre. Orígenes e Historia de las Pasiones de la Guerra*, op. cit., p. 179 y ss.

6. Pepe Rodríguez: *Dios nació mujer*, Ediciones B, Barcelona 1999, p. 307 y ss.

7. Friedrich Engels: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, p. 246.

de la mujer sobre el hombre. Una interpretación del matriarcado en este sentido carece de veracidad científica, como indica, entre otras investigadoras, V. Sau al sostener que sería mejor hablar de matrilinealidad, aunque sí insiste en que el patriarcado se impuso definitivamente gracias a dos hechos: el conocimiento del papel del hombre en la reproducción y el desarrollo del arado[8]. Veremos que hubo un tercer hecho inseparable de los dos citados, la guerra por la defensa del excedente social propio o por la conquista de la riqueza ajena, empezando por la esclavización de las mujeres de otros grupos humanos. Teniendo esto en cuenta, conviene finiquitar este tema diciendo que «los datos etnográficos demuestran que en todas las tribus primitivas tempranas y posteriores, sin excepción, en las cuales se conservó la gens materna, las mujeres no ocupaban, en ninguna de ellas, una posición dominante. Ni la determinación de la pertenencia a la gens por línea materna (matrilineal), ni la conservación de la célula tipo “familia materna” ni siquiera el establecimiento del marido en el grupo de la esposa (matrimonio matrilocal) ponía al hombre en una situación hasta cierto punto dependiente o subordinada»[9]. Y la razón de que no existiera dependencia o subordinación radica en que la matrilinealidad no se basaba en la explotación del hombre por la mujer, sino en la dialéctica entre cooperación y división de las tareas. El patriarcado acabó con aquella democracia.

Como hemos dicho antes, la mujer fue rebajada a mero instrumento de producción propiedad de los hombres. Desde este momento la mujer es tratada como una cosa sujeta a un poder externo a ella, poder obsesionado en poseerla y controlarla porque ella es un instrumento de producción muy especial capaz de generar cuatro cosas esenciales para el sistema patriarcal: vida, fuerza de trabajo, placer y conocimiento. Dada su polivalencia y su alta y cualitativa productividad, este instrumento de producción debía y debe ser vigilado muy atentamente por su propietario individual y colectivo, por el sistema patriarcal, que bajo el modo de producción capitalista adquiere la forma de sistema patriarco-burgués. Es por esto que para todo lo relacionado con la explotación de la mujer hay que hablar de

8. Victoria Sau: *Diccionario ideológico feminista*, op. cit., pp. 187-190.

9. Abram Pershits: *El matriarcado: ilusiones y realidad*, AC URSS, Moscú 1987, nº 2, pp. 174-175.

«violencias», en plural, antes que en singular, puesto que no es una única violencia.

Tiene por tanto razón C. Alemany cuando afirma que:

> Son multiformes las violencias ejercidas sobre las mujeres por razón de su sexo. Engloban todos los actos que, por medio de la amenaza, coacción o la fuerza, les infligen en la vida privada o pública, sufrimientos físicos, sexuales o psicológicos, con el fin de intimidarlas, castigarlas, humillarlas o que se vean afectadas en su integridad física y subjetiva. El sexismo corriente, la pornografía, el acoso sexual en el trabajo, forman parte de ello. Aquí trataremos de las violencias corporales que, en tanto que expresión de relaciones de poder masculino y sexualidad, forman parte de la virilidad y a menudo están legitimadas socialmente. Al herir directamente a muchas mujeres, privándolas de su libertad de ir y venir, de su sensación de seguridad, su confianza en sí mismas, sus aptitudes para trabar relaciones, su gusto por vivir, esas violencias conciernen y afectan a todas las mujeres que son potencialmente víctimas de ello. Constituyen una de las formas extremas de relaciones entre sexos [10].

Las violencias practicadas contra la mujer, empero, nos remiten a determinadas constantes históricas que, en última instancia, se anclan en el problema de la posesión y control del excedente social colectivo en sus expresiones básicas, que no son otras que esa cuádruple capacitación productiva de la mujer. Para comprenderlo mejor debemos, antes que nada, recurrir a la ayuda de algunas definiciones que tienen la virtud de su radicalidad teórica, es decir, que van a la raíz del problema, en este caso, el de las relaciones entre las violencias y el terrorismo patriarcal y el proceso de producción social. La primera definición nos aporta una idea general de las condiciones de vida de aquellas comunidades en las que una de las razones que explican muchas de las «guerras primitivas» son los odios generacionales que se mantenían vivos entre las tribus, odios que también venían de raptos de mujeres y de niños, de ganado, o de comportamientos despectivos y chulescos de miembros de otras tribus con respecto a los propios y de otros comportamientos. Podemos decir que las

10. Carmen Alemany: «Violencias», en *Diccionario Crítico del Feminismo*, Editorial Síntesis, Madrid 2003, pp. 291-293.

«sociedades primitivas estaban permanentemente en guerra y permanentemente en paz»[11], algo impensable para las mentalidades mercantil y capitalista porque ambas, aunque con sus diferencias, conocen la diferencia mínima pero decisiva que en lo económico separa la guerra de la paz, siempre dentro de un proceso en el que los preparativos para la guerra son parte de los gastos económicos, y en el que las guerras se hacen para aumentar esos beneficios. La lógica formal no entiende esta situación de permanente guerra y paz simultáneas, aunque no en el sentido burgués de los términos, pero desde la lógica dialéctica podemos entenderla como una situación en la que ambos extremos interactuaban en un contexto de propiedad colectiva, de alianzas tribales de reciprocidad y ayuda mutua, de encuentros comunitarios periódicos en los que se resolvían las tensiones mediante la violencia ritual muy controlada y muy limitada en la mayoría de los casos. Pero lo que ahora nos interesa es imaginar cómo repercutía esa situación de paz y guerra permanente en las condiciones de vida de las mujeres y de la infancia, también de la ancianidad.

La segunda definición es la realizada por G. Bouthoul en la que no aparece la palabra «terrorismo» pero que tiene la virtud de sintetizar la compleja historia de las guerras y de la violencia de forma comprensible para nuestros intereses. Según este autor existe una diferencia apreciable entre las guerras emprendidas en condiciones de miseria y las emprendidas en condiciones de abundancia. Pero una constante entre ambas es la mujer, aunque este autor no termina de desarrollar esta línea investigadora. En la primera clase de guerras, sobre todo en los pueblos llamados primitivos, se iba a la guerra «para procurarse esclavos, para llevarse a las mujeres, para vengar ofensas, por tradición de hostilidad hacia un determinado vecino o, sencillamente, por deporte»; mientras que en las condiciones de abundancia, en las sociedades «complejas» se va a la guerra por el beneficio económico, y las «guerras coloniales [...] las hacen siempre los más ricos contra los más pobres»[12].

11. Antonio Martínez Teixidó (Dir.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 12.

12. Gastón Bouthoul: *La guerra*, Oikps-Tau, Barcelona 1971, pp. 43-44.

Tendríamos que precisar mejor lo de la hostilidad y el «deporte» en las sociedades primitivas pero sería extendernos ahora demasiado, más adelante volveremos sobre el tema. Pensamos que el autor se refiere por «deporte» no a su sentido actual, mezcla de ocio e industria capitalista, sino a lo que J. Harmand analizó tan brillantemente como «el sentimiento lúdico» en la guerra antigua, sentimiento que se relaciona directamente con el papel clave de la «gloria personal» en las sociedades antiguas y con las necesidades sexuales y, sobre todo, de reproducción mediante el rapto de mujeres:

> probablemente una de las más antiguas incitaciones a la guerra, no solo a partir del Paleolítico, sino también desde la hominización[13].

No hace falta decir que Harmand también insiste poco después en las razones económicas de la guerra antigua. Aclarado esto, sí debemos adelantar ahora dos cosas básicas: una, que el proceso de acumulación de violencias hasta estallar en la guerra como la forma máxima del terror termina siempre girando alrededor del problema de la energía, de los recursos materiales de subsistencia, especialmente de la mujer en las sociedades antiguas aunque también en las actuales; y, otra, que las potencias más ricas, las colonialistas, atacan a las más pobres, a las que quieren colonizar, para utilizar el lenguaje del autor citado, porque al margen de que existan otras razones iniciales que aisladamente no tengan apenas o nada que ver con el problema de la posesión de los recursos y de la acumulación de capital, en realidad y visto el problema en su totalidad histórica, al final tales guerras agresivas e injustas buscan el saqueo, el botín, los mercados y las colonias, en palabras de Lenin.

La tercera definición nos la da M. Harris y es de una contundencia absoluta. «Impulsado por las mismas presiones internas que enviaron a la guerra a las jefaturas, el reino sumerio tenía a su favor una ventaja importante. Las jefaturas eran propensas a intentar exterminar a sus enemigos y a matar y comerse a sus prisioneros de guerra. solo los Estados poseían la capacidad de gestión y el poderío militar necesarios para arrancar trabajos forzados y recursos de los pueblos

13. Jacques Harmand: *La guerra antigua. De Sumer a Roma*, EDAF Universitaria, Madrid 1976, p. 86.

sometidos. Al integrar a las poblaciones derrotadas en la clase campesina, los Estados alimentaron una ola creciente de expansión territorial. Cuanto más populosos y productivos se hacían, tanto más aumentaba su capacidad de derrotar y explotar a otros pueblos y territorios. En varios momentos después del tercer milenio a.C. dominaba Sumer a uno u otro de los reinos sumerios. Pero no tardaron en formarse otros Estados en el curso del Éufrates. Durante el reino de Sargón I, en -2350, uno de estos Estados conquistó toda Mesopotamia, incluido Sumer, así como territorios que se extendían desde el Éufrates hasta el Mediterráneo. Durante los 4.300 años siguientes se sucedieron los imperios: babilónico, asirio, hicso, egipcio, persa, griego, romano, árabe, otomano y británico»[14].

Es cierto que Harris no cita la palabra «terrorismo» ni tampoco la opresión de las mujeres, su rapto, como una de las causas y objetivos de las violencias, pero Harris en su obra general insiste mucho en la dominación de las mujeres. Lo que tiene de bueno la cita de Harris es que, primero, plantea el tema tabú del canibalismo como uno de los recursos elementales de obtención de energías, recurso científicamente demostrado y que, aún así, es silenciado por la mala conciencia que provoca, especialmente en el cristianismo por su práctica del canibalismo ritual y simbólico en la eucaristía y, segundo, que plantea sin ambages el objetivo de «arrancar trabajos forzados y recursos a los pueblos sometidos» como una constante en aumento durante nada menos que 4.300 años, hasta ahora. Sin mayor precisión ahora, podemos decir que según S. Amin[15], el imperio babilónico, asirio, hicso, egipcio, persa, árabe y otomano entran de lleno, plenamente, en la definición de modo de producción tributario, es decir, que gira alrededor del cobro forzado militarmente o negociado bajo presión militar de un tributo al Estado dominante, mientras que el griego y el romano entran en el modo de producción esclavista variante del tributario; pero también podemos decir que según J. Chesnaux la primera tanda de imperios citados por Harris, más otros como el chino y el hindú, por no extendernos a los «incaicos» citados por Marx,

14. Marvin Harris: *Jefes, cabecillas, abusones*, Alianza Cien, Madrid 1993, pp. 59-60.

15. Samir Amin: *Clases y naciones en el materialismo histórico*, El Viejo Topo, Barcelona 1979, pp. 39-59, y *El eurocentrismo*, Siglo XXI, México 1989, pp. 17-72.

todos ellos pertenecen al modo de producción asiático. Las diferencias entre el tributario y el asiático son secundarias porque lo decisivo es la afirmación de Chesnaux de que el asiático también se basa en la explotación consciente o forzada de los pueblos campesinos para que aporten su tributo en forma de cereales, de trabajo forzado, etcétera[16]. La explotación y el papel centralizador del Estado son aquí lo decisivo.

Sin duda, la cuarta definición, que es mucho más completa que las tres anteriores, sirve para explicar la esencia del terrorismo desde su surgimiento histórico. Varias veces nos hemos referido al concepto de «terror calculado» de los asirios, al que volveremos en su momento, que tenían la larga experiencia adquirida por toda la cultura sumeria. Pues bien, muchos siglos después y en otro contexto geográfico y cultural totalmente diferente en comparación a las cálidas y fértiles tierras de Mesopotamia, los pueblos mongoles desarrollaron inicialmente el mismo terrorismo inhumano y después lo perfeccionaron con el «terror calculado», aprendido de culturas más desarrolladas. E. Wanty nos cita una parte de la *Yassa* o ley que Gengis-Khan hizo esculpir en grandes piedras colocadas en los puntos decisivos de caminos, aldeas y ciudades: «El deber de los mongoles es venir cuando lo mando, ir cuando lo ordeno, matar cuando lo indico». Desobedecer la ley suponía la muerte. Con semejante disciplina de acero, los mongoles arrasaron todo lo que encontraban por delante, todo lo que atacaban, sufriendo muy pocas derrotas, ninguna de ellas irreversible.

El historiador militar en el que nos basamos ahora, que por otra parte usa una terminología muy eurocéntrica que no reproducimos, dice que:

> El terrorismo era para ellos una necesidad militar. Lo llevaron a tal extremo que paralizó la voluntad de defensa y preparó eficazmente las conquistas. Bajo la influencia de consejeros más civilizados, chinos y persas, Gengis-Khan llegará más tarde a *dulcificar* sus métodos respecto a los pueblos de la periferia: chinos, armenios, rusos.

Y acaba con estas palabras atribuidas a Gengis-Khan:

16. Jean Chesnaux: *El modo de producción asiático*, Grijalbo, Barcelona 1975, p. 45.

> El mayor placer es el de vencer al enemigo, expulsarle, sustraerle sus bienes, ver bañados en lágrimas a los seres que le son queridos, montar sus caballos, apretar en vuestros propios brazos a sus mujeres y sus hijas[17].

Esta definición resume las constantes presentes en todas las formas de terrorismo en los diversos modos de producción. Al comienzo, los mongoles vivían en una fase social en la que la tecnología del hierro se había impuesto a la del cobre, en la que las relaciones sociales seguían en el nivel de las inciertas y cortas alianzas de clanes y tribus dentro de un modo de producción tributario en el que la economía mercantil se reducía al trueque directo sin apenas circulación de dinero. Las extremas condiciones ambientales imponían severos límites al desarrollo de las fuerzas productivas de la época por lo que la guerra aparecía como uno de los métodos fundamentales para solucionar el problema de los recursos energéticos, problema que se volvía acuciante y vital según los azares sociales y los cambios climáticos súbitos e irregulares. Solamente el terrorismo sistemático y atroz contra otros pueblos podía asegurar una llegada creciente de recursos energéticos. Una vez que la violencia militar garantizó una cantidad extra apreciable, los mongoles pudieron aprender la utilidad de la dosificación del terrorismo masivo o, en palabras de Wanty, la dulcificación de la violencia extrema para obtener así más recursos logrando la colaboración de las clases dominantes en China, Armenia y Rusia. Las palabras que Wanty pone en boca de Gengis-Khan resume de igual modo el contenido lúdico y sexual de la guerra con su contenido económico, sin olvidar el componente de gloria y fama para el vencedor y la dosis imprescindible de sadismo y maldad necesaria para que el terrorismo militar borre todas las barreras del sentimiento humano de compasión y misericordia. Y sobre todo resume el terrorismo patriarcal en su estado puro.

17. Emile Wanty: *La Historia de la Humanidad a través de la guerras*, Alfaguara, Madrid 1972, tomo I, p. 69.

VIOLACIÓN, RAPTO Y EXPLOTACIÓN

La explotación de la fuerza de trabajo de la mujer, el rapto de mujeres, robarlas a otra comunidad, es una práctica histórica constatada inequívocamente, y la violación de la mujer por el hombre, en cualquiera de sus formas, es una práctica que define la esencia del primer terrorismo histórico. V. Sau ha dicho que:

> La historia de la violación es tan antigua como el patriarcado. El rapto y la posterior violación fueron durante muchos años la forma primitiva de matrimonio. Desde que la mujer se convirtió en objeto de intercambio entre los hombres, la violación como primer acto de apropiación por parte del varón fue posible. Esta idea de apropiación puede verse todavía en nuestros días en las violaciones por causas raciales y en las de origen político [...] En las guerras antiguas el conquistador tenía el derecho de matar al marido y violar a la mujer[18].

S. de Beauvoir ya puso en claro, en base a los conocimientos entonces disponibles, que el matrimonio primitivo se fundaba, a veces, sobre el rapto real o simbólico: «al conquistar a su mujer por la fuerza el guerrero prueba que ha sabido anexarse una riqueza extraña», y sostiene que la compra de la esposa expresa el mismo significado pero con menos brillo[19].

Un historiador militar de innegable prestigio científico como J. F. C. Fuller, reconoce explícitamente que las violaciones de mujeres han sido «consideradas en casi todas las épocas como legítimo botín del soldado»[20]. En el Deuteronomio (20,10-16) se dice textualmente que los hebreos han de dar muerte a todos los adultos que han sobrevivido a la derrota, pero que hay que dejar con vida como esclavas a las mujeres e impúberes[21]. S. I. Kovaliov expone la leyenda de la virtuosa Lucrecia, según la cual fue violada por Sexto Tarquinio, miembro de la clase monárquica rica y aliada con Etruria, potencia entonces

18. Victoria Sau: *Diccionario ideológico feminista*, Icaria, Barcelona 1990, p. 276.

19. Simone de Beauvoir: *El Segundo Sexo*, Edit. Siglo Veinte, Buenos Aires 1972, vol. I, p. 100.

20. J. F. C. Muller: *Batallas decisivas*, RBA, Barcelona 2006, tomo 1, p. 114.

21. Juan Vernet Ginés: *Los Orígenes del Islam*, Albor, Madrid 2005, p. 70.

ocupante de Roma. Al día siguiente, Lucrecia narró a su padre, esposo, amigos y familiares la violación sufrida y a continuación se dio muerte con un puñal para lavar su honor, el de su familia y el de Roma. Las masas romanas, furibundas y ansiosas de justicia, se sublevaron contra la monarquía que desbordada pidió ayuda militar a los etruscos. Estalló una guerra que dio paso a la independencia republicana de Roma. Y Kovaliov concluye:

> El motivo de la ofensa a la virtud de una mujer como causa de una rebelión contra un tirano es un tema típico de toda la literatura universal[22].

E. Reed ha realizado una exhaustiva síntesis de una masa ingente de datos y teorías sobre la evolución de la mujer, y no duda en afirmar lo siguiente:

> El infanticidio femenino se encuentra en el período de transición de la propiedad comunal a la propiedad privada. Bajo el antiguo sistema, la propiedad se había transmitido de madres a hijas, con la participación de los hermanos. Con el surgimiento del patriarcado y de la propiedad, esta línea de descendencia y de herencia materna y fraterna creó problemas; hasta que entraron en funcionamiento las leyes patriarcales y el poder del Estado reforzó una línea de descendencia y de herencia permanente de padres a hijos. El patriarcado requería algo más que padres individuales que procuraran a sus «propios» hijos una línea continua de padres y de hijos por generaciones para asegurar tanto la familia patriarcal como la transmisión de la propiedad a través de la línea paterna. Por lo tanto, los hombres recurrieron incluso al asesinato de la hija para eliminar todo litigante materno [...] Los hombres, que siempre habían sido guerreros, tenían ahora las armas no solo para apoderarse de la propiedad de otros hombres como botín, sino para dejar de lado a la herederas mujeres [...] Los términos «precio de boda» y «matrimonio por compra» se refieren a la práctica de intercambio de propiedades por una mujer en matrimonio[23].

Los registros históricos de finales del tercer milenio mencionan situaciones en las que los ciudadanos libres se convirtieron en

22. S. I. Kovaliov: *Historia de Roma*, Sarpe, Madrid 1986, tomo 1, p. 88.

23. Evelyn Reed: *La evolución de la mujer*, Edit. Fontamara, Barcelona 1980, pp. 291-292.

esclavos, ya sea por impago de deudas o porque eran vendidos por sus familiares. Parece ser que para estos esclavos era posible volver a comprar su libertad y que la mayoría eran mujeres. Fueron empleados principalmente en los talleres controlados por el templo para el hilado y la confección de artículos textiles. Por esto, durante el dinástico antiguo, la esclavitud constituía un incentivo adicional para la realización de nuevas campañas militares»[24]. Tampoco nos extraña que en un documento tan decisivo como el *Código de Hammurabi* de alrededor del -1750, nada menos que 73 de las 282 leyes dictadas se centren en la regulación del matrimonio y de las prácticas sexuales; tampoco debe sorprendernos que con el incremento del poder patriarcal, en las leyes mesoasirias de aproximadamente el -1500 y el -1100, la proporción de leyes reguladoras de la vida completa de la mujer llegaran a ser algo más de la mitad del total[25].

La violencia mortal contra las recién nacidas destinada a fortalecer el papel de los recién nacidos era una de las primeras medidas represivas, terroristas, que iba tomando el sistema patriarcal. Sobre ella se desarrollaban otras como la de descargar sobre las mujeres los peores trabajos, los más agotadores, mientras que los hombres se quedaban con los mejores o con los menos malos. E. Sanahuja ha estudiado las muy diferentes condiciones de vida cotidiana entre las mujeres y los hombres ya en la prehistoria. Se hace eco de los descubrimientos realizados a pie de campo por otras investigaciones, como las realizadas a finales de los años ochenta en el yacimiento neolítico de Abu Hureya en el norte de Siria. La paleopatología ósea demuestra que las mujeres de ese yacimiento trabajaban más y en peores condiciones que los hombres, que las mujeres habían desarrollado desgastes óseos por efecto de la dureza de su trabajo mientras que los hombres no los habían desarrollado ni en tal cantidad ni de tal gravedad, por lo que «resulta posible plantear que nos hallamos ante la existencia de una división del trabajo en función del sexo que implicó probablemente un germen de desigualdad social»[26]. Rita P. Wright ha investigado este proceso opresivo y explotador en

24. Charles L. Redman: *Los orígenes de la civilización*, Crítica, Barcelona 1990, p. 387.

25. Pepe Rodríguez: *Dios nació mujer*, Ediciones B, Barcelona 1999, p. 298.

26. Encarna Sanahuja Yll: *La cotidianeidad en la prehistoria*, Icaria, Barcelona 2007, pp. 117-118.

la aparición de las divisiones de género, clase y etnicidad u opresión nacional en nuestra expresión, tomando como nudo argumentativo la evolución de algo tan material y a la vez de estatus simbólico de poder como la posesión de los telares y la producción textil[27].

Otra investigadora, P. M. Rice, muestra cómo los hombres van desplazando a las mujeres en la producción de cerámica solamente cuando esta empieza a venderse en el mercado en expansión, y cuando con esa mercantilización de la cerámica sus productores empiezan a adquirir un poder económico y un prestigio social que no podían obtener antes porque la cerámica producida por las mujeres quedaba limitada al uso inmediato, no mercantil[28]. Si un trabajo no generaba riqueza y poder, o prestigio, si ese trabajo era considerado socialmente como infame o bajo, era entregado a las mujeres para que lo realizasen ellas, como E. Sullerot ha señalado que ocurría en el Egipto antiguo. Esta misma autora indica que en Babilonia y en la Grecia aquea el marido tenía el derecho a entregar como esclava a su mujer para pagar una deuda contraída por él, mientras que la mujer así esclavizada tenía que cumplir todas las órdenes de su nuevo amo, incluidas las sexuales[29].

Según P. Rodríguez:

> En Mesopotamia, las primeras noticias de la existencia de trabajadores forzados proceden del dinástico antiguo (c. -2850 a -2340) y, en realidad, se refieren a esclavas destinadas a trabajar en la pujante industria textil de la época. El signo sumerio para indicar «esclava» representa a una «mujer de la montaña», lo que indica que desde finales del -III se hacían incursiones militares en las zonas montañosas para capturar mujeres para los talleres de hilado y confección textil controlados por los templos –junto a esta actividad militar brutal se generalizó también la costumbre de violar a las cautivas, punto de partida del que posteriormente surgirían la prostitución comercial y los

27. Rita P. Wright: «Tecnología, género y clase: mundos de diferencia en Mesopotamia durante el período de Ur III», en *Arqueología y teoría feminista*, Icaria, Barcelona 1999, pp. 173-214.

28. Prudence M. Rice: «Mujeres y producción cerámica en la prehistoria», en *Arqueología y teoría feminista*, op. cit., p. 225 y ss.

29. Evelyne Sullerot: *Historia y sociología del trabajo femenino*, Edic. Península, Barcelona 1988, pp. 43-47.

> harenes (en tanto que manifestación de estatus de los poderosos). En Egipto la situación no es diferente y, tal como ya citamos, el sustantivo mr(y)t, que denominaba «prisionero de guerra» y «sirvientes del templo», también significaba «la rueca de la tejedora», el instrumento que empleaban las esclavas al servicio de los templos. En la Grecia Antigua, tal como atestiguó Héctor de Troya en la *Ilíada*, el destino de las prisioneras era acabar como tejedoras en un templo[30].

El surgimiento de la explotación sexo-económica de la mujer fue unido al ascenso del poder patriarcal y su monopolio de los instrumentos bélicos de violencia militar durante un proceso en el que se creó el mito del cazador activo y de la madre pasiva, de la virilidad belicista y agresiva dominante sobre la feminidad sumisa y obediente[31]. Está claro que la dominación masculina sobre las mujeres para mantenerlas como propiedad exclusiva de los hombres de un colectivo, para canjearlas e intercambiarlas con otro colectivo, para donárselas como alianza o como pago de tributo, o las estrategias y tácticas empleadas para quitárselas a otros grupos de hombres, toda esta práctica histórica tiene su causa en que son un «instrumento de producción» con cualidades únicas y definitorias. El instrumento de producción llamado mujer era –y es– decisivo en estos casos porque es el único que asegura, por un lado, la efectividad de las alianzas políticas entre poderes. Esta práctica era común ya con los hititas en la Edad del Bronce, que obligaban a los reyes vasallos a casarse con princesas hititas, quienes acaparaban más poder que las esposas anteriores[32].

Nos interesa ahora dejar constancia de que estos cambios multiplicaban los peligros para las mujeres porque, como dice Norma Ferro:

> al ser productoras en lugar de compañeras, pasan a ser núcleo de producción. Son una propiedad constante, se las puede asociar a los medios de producción de las empresas. En sentido económico se las

30. Pepe Rodríguez: *Dios nació mujer*, Edic. Sinequanon, Barcelona 1999, p. 293.

31. J. Guilaine y J. Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, Ariel, 2002, pp. 176-191.

32. Trevor Bryce: *El reino de los hititas*, Cátedra, Barcelona 1998, p. 77.

puede utilizar como mercancía, pero en sentido ideológico no. Son un bien de consumo temporal, como lo es una mercancía, son, pues, una propiedad productiva.

Esto hace que sean robadas por los colectivos que necesitan esas fuerzas productivas y protegidas por los colectivos propietarios. Con el tiempo, una minoría de hombres acaparan la propiedad de la mayoría de las mujeres:

> En Persia los únicos hombres que podían entrar en el harén eran los eunucos, de esta manera el tirano se aseguraba la paternidad de la descendencia[33].

Estudios recientes constatan que cuanto más aumenta la diferencia económica y estratificación social dentro de un colectivo, más se concentra en los hombres ricos y poderosos la propiedad de mujeres[34]. El Antiguo Testamento establece que la palabra de la mujer tiene valor solo en la medida en que no es contradicha por su padre o marido, de ser así prevalecen las ideas masculinas. Una estimación crematística de mujeres y hombres establece tres siclos para una recién nacida pero cinco para un recién nacido, treinta siclos para una mujer pero cincuenta siclos para un hombre. Según la costumbre romana, solo los niños recibían nombres propios, mientras que las niñas solo apellidos y un apodo[35].

Al ser un instrumento de producción, la mujer es usada como tal, buscando la rentabilidad que se le puede obtener pero abandonándolo y desechándolo cuando no sirve ya. Leamos la narración que hace Herodoto de la segunda sublevación de Babilonia contra la dominación persa:

> Hacia el tiempo que partía la expedición naval contra Samo, se sublevaron los babilonios [...] juntaron a todas las mujeres y las estrangularon, exceptuando a sus madres, y a una sola mujer de la casa,

33. Norma Ferro: *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, Siglo XXI, 1991, p. 69.

34. D. P. Barash y Judith Eve Lipton: *El mito de la monogamia*, Siglo XXI, 2003, p. 258 y ss.

35. Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser: *Historia de las mujeres*, Crítica, Barcelona 1991, tomo I, p. 43.

> a elección, que debía prepararles la comida. Estrangularon a las mujeres para que no consumieran alimento[36].

Estamos ante una fría decisión aplicada sin piedad contra unas personas del propio pueblo que son consideradas como meros instrumentos de trabajo, instrumentos que producen vida y trabajo doméstico, pero que tienen el defecto de consumir energía para poder seguir trabajando. En una situación de escasez y de guerra el colectivo masculino no puede permitirse el lujo de despilfarrar. Pero tampoco los persas eran más respetuosos con las mujeres. Cuando por fin entraron en Babilonia, y tras empalar a 3.000 babilonios principales, Darío ordenó a los pueblos cercanos que aportaran parte de sus propias mujeres, hasta un total de 50.000 según Herodoto[37]. Y los pueblos cercanos entregaron esas mujeres a los persas para repoblar una Babilonia definitivamente sometida con una nueva población pasiva y acobardada por el pánico de la represión, y desarraigada por el origen multiétnico al ser el resultado del cruce de los hombres babilónicos derrotados con las mujeres de otras etnias.

Las mujeres, la infancia y las personas ancianas han sido consideradas un estorbo improductivo en los momentos especialmente críticos. Es muy conocida la decisión de Julio César de dejar morir de sed y hambre a decenas de miles de mujeres, viejos y niños fuera de las empalizadas de Alesia, cuando tenía cercado al ejército galo dirigido por Vercingetorix. Pero es bastante menos conocido lo que nos explica R. Osborne sobre el comportamiento del rey Enrique durante la Guerra de los Cien Años:

> Entre 1418 y 1419, en el sitio de Rouen, dejó que doce mil mujeres y niños franceses murieran de hambre y frío a los pies de las murallas de la ciudad, atrapados por el ejército atacante. A pesar de que eran sus súbditos, para la guarnición sitiada tan solo significaban bocas que alimentar, así que los dejaron morir[38].

Cuando un instrumento de producción no sirve, se destruye o

36. Herodoto: *Los nueve libros de la historia*, Euroliber, 1990, p. 192.

37. Herodoto: *Los nueve libros de la historia*, op. cit., p. 196.

38. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, p. 259.

abandona a su suerte, con la confianza de que hay disponibles otros instrumentos idénticos o mejores. En estos casos, más mujeres que pueden encontrarse o comprarse en otros sitios.

TERROR Y LOGOS MASCULINO

Según Mosterín, los indoeuropeos que invadieron la India no tenían la capacidad cultural y productiva de los nativos del país que ocuparon, Harappa, pero sí tenían una superioridad militar en armas y herramientas, tampoco conocían el dinero ni había entre ellos comerciantes profesionales porque su economía era de trueque y la vaca era la unidad de valor, lo que ahora denominamos «moneda». Más precisamente:

> La riqueza de la tribu se medía por el número de sus vacas. Esto conducía a constantes reyertas entre las tribus arias, que se acusaban mutuamente de robarse las vacas o que se disputaban los pastos y los terrenos. Pero a pesar de estas escaramuzas intertribales, todas las tribus arias eran solidarias en su lucha contra los dasas (los indígenas y supervivientes de Harappa) de piel oscura, de labios gruesos y nariz achatada. Ya entonces dasi (femenino de dasa) pasó a significar «esclava» y más tarde, en sánscrito clásico, dasa pasaría a significar «esclavo», en general[39].

J. Attali, que no puede ser definido como investigador verdaderamente crítico, reconoce que:

> La apropiación de mujeres, como cualquier otra forma de posesión, no siempre se realiza respetando un ritual, sino que se hace a menudo por la guerra y por la fuerza. Así, a finales del IV milenio a.C., cuando los proto-indio-arios, expulsados por la invasión de los mongoles nómadas, se organizan en pueblos poderosos que tienen algo que defender, y que seguramente fueron los primeros en dotarse de carros de combate y escudos. Casi por todas partes, las jefaturas guerreras afirman la superioridad de los hombres y se apoderan de las mujeres de otros clanes que se convierten en cosas, en bienes muebles, en objetos de

39. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico,* Alianza Editorial, Madrid 2006, pp. 230-231.

tráfico y de acumulación. Por eso, en sánscrito, la palabra vivâha, que significa «matrimonio», deriva de vivah, que significa «raptar»»[40].

Veamos cuatro ejemplos más sobre lo que estamos diciendo, expuestos cronológicamente. El primero muestra el método otomano durante el saqueo de Bizancio en 1453: «Aquí y allá son reunidas las mujeres y los niños en rebaños miserables destinados a la esclavitud»[41]. El segundo, muestra cómo dos culturas tan diferentes como la puritana europea de la segunda mitad del siglo XVII y la bantú africana de esa misma época trataban a las mujeres de pueblos que nosotros llamamos bosquimanos y pigmeos. En efecto, mientras que los invasores europeos avanzaban desde el sur, desde las tierras de ciudad El Cabo, fundada en 1652, hacia el norte, los bantúes avanzaban desde sus tierras del norte hacia las del sur. En el medio se encontraban los pigmeos y bosquimanos, cogidos entre dos invasores sin escrúpulos pues «unos y otros daban muerte a los hombres y se quedaban con las mujeres»[42]. Todavía a los esclavistas europeos y a los bantúes no les interesaban los hombres bosquimanos y pigmeos, pero sí necesitaban ese especial «instrumento de producción» que es la mujer, por eso la dejaban viva mientras mataban a los hombres.

El tercero, el método de terrorismo sexual deliberadamente planificado y ejecutado por Japón en 1931, pero sobre todo desde 1937 hasta 1945, contra no menos de 200.000 mujeres coreanas, chinas, filipinas, indonesias y australianas, denominadas «mujeres del placer»[43], casi siempre bajo el estandarte de la ONU[44], terrorismo tanto más destructivo cuanto que, se supone, estas tropas deben proteger a las mujeres de la práctica masiva de las violaciones en las guerras del siglo XXI[45]. La violación es una de las formas extremas del terror

40. Jacques Attali: *Historia de la propiedad*, Planeta, Barcelona 1989, p. 46.

41. Philippe Conrad: «Los jenízaros», en *Los grandes cuerpos militares del pasado*, A.T.E., Barcelona 1980, p. 135.

42. Rafael Sánchez Mantero: *La civilización africana*, en «El siglo XIX», Historia de la Humanidad, Arlanza Ediciones, Madrid 2001, tomo 25, p. 126.

43. http://www.abc.es, 4 de julio de 2008.

44. Estitxu Martínez de Guevara: *La ONU oculta los datos de la violencia sexual de sus Cascos Azules*, http://www.rebelion.org, 2 de octubre de 2008.

45. David Rosen: *La violación como un intrumento de guerra total* en el siglo XXI,

patriarcal, por lo que volveremos a ella al final de este capítulo.

Pero la mujer es un instrumento de producción con tanta trascendencia material y simbólica que modeló el propio lenguaje en algo tan decisivo como la axiología de sexo-género utilizada en situaciones militares, como las críticas machistas hechas en los *Anales hititas* a la cobardía de un mando militar en el asalto a la ciudad de Warsuwa o Ursu en lengua acadia: «Te has comportado como una mujer»[46]. Otros pueblos, como el asirio y el babilónico, coinciden en dar predominancia a los guerreros muertos en combate que tienen más posibilidades que los civiles a la hora de gozar de alguna relativa consideración en la «Casa de las Tinieblas»[47]. Quiere esto decir que, al margen de otras cuestiones, la guerra y por tanto la superioridad masculina en la vida, garantizaba en parte su continuidad tras la muerte. Estos valores aluden directamente a los atributos guerreros del patriarcado, a los valores que los hombres desarrollaron como sexo-género dominante necesarios para sus guerras externas pero también para su dominación interna sobre sus mujeres.

Tardaron tiempo en imponerse sobre las formas sociales comunales, sobre los mitos de la lucha inicial contra el poder del monstruo o fiera maligna y sobre el papel dominante de las mujeres. Pero lo consiguieron, y el ejemplo que pone Mosterín es significativo: «La diosa Imanna (o Ishtar) fue primero la diosa del almacén comunal, en el que se guarda el grano, los dátiles y el resto de las cosechas. Más tarde fue identificada también con el planeta Venus, con las relaciones sexuales y con la guerra»[48]. Se trata de un proceso de cambio y adaptación a las nuevas exigencias económicas y militares, y al progresivo poder de los hombres como efectos de tales cambios.

Homero nos ofrece en *La Iliada* una descripción muy aproximada de lo que era el sentimiento machista griego durante el asalto a Troya: «¡Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón

http://www.boltxe.eus, 6 de junio de 2008.

46. Trevor Bryce: *El reino de los hititas*, op. cit., p. 103.

47. Joseph M. Walker: *Próximo Oriente*, DM, Madrid 1996, p. 118.

48. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico,* Alianza Editorial, Madrid 2006, p. 98.

pundonoroso ante los demás varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes y de los padres, vivan aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis firmemente y no os entreguéis a la fuga»[49]. Homero define muy precisamente lo esencial del excedente material, sexual, afectivo, simbólico, etcétera, acumulado por el pueblo de Néstor, y la necesidad de sus hombres de morir en su defensa si fuera necesario. Hace tiempo, Lafargue había constatado que esta unión entre lo militar y lo económico determinaba que los latinos identificaran la virtud moral con la fuerza física y el valor en el combate, y que «en la Antigüedad el valor era toda la virtud: la cobardía debió ser, necesariamente, el vicio. Así las palabras kakos y malus, que en griego y latín significan cobarde, quieren decir el mal, el vicio»[50].

Spirkin lo dice de forma directa: «No es por casualidad que los latinos, que con la palabra virtus designaban la fuerza física y el denuedo, comenzaron más adelante a designar también la "virtud"; análogamente, la palabra bonus significaba "fuerte y valiente", y bonum, el bien. En griego, la palabra agathos significa "fuerte", "intrépido" y también "noble", "virtuoso". La palabra rusa nravstvennost (moral) en el sistema de lenguas indoeuropeas, remonta a "hombre" y "valentía". En gran parte, la virtud del hombre primitivo consistía en la fuerza y el coraje»[51]. Durante los siglos transcurridos desde entonces, según la cronología occidental, estas palabras han conservado un valor referencial en todo sentimiento de pertenencia en sociedades con propiedad privada patriarcal, en las que los bienes, las mujeres y las sucesivas instituciones familiares son inseparables de la explotación sexo-económica y de la exigencia hecha a los hombres para comportarse como tales «ante los demás varones».

Éstas y otras muchas citas de las obras clásicas nos traen a colación también la práctica de la homosexualidad y su relación subterránea y negada con la identidad colectiva de los pueblos, tema

49. Homero: *La Ilíada*, Alba, Madrid 1985, p. 172.

50. Pablo Lafarque: *Idea de la justicia y el bien*, en Textos Escogidos, Ciencias Sociales, La Habana 2007, p. 244.

51. A. Spirkin: *El origen de la conciencia humana*, op. cit., p. 180.

al que volveremos al estudiar las relaciones entre la represión o admisión de la homosexualidad en el terrorismo militar grecorromano. Por no extendernos, recordemos que los romanos se llevaban las manos a los testículos –testes– cuando juraban o prometían decir la verdad, cuando testificaban que era cierto lo que decían. Y que virtud viene de la virilidad demostrada en el combate. Más aún, «piedad, al igual que virtud, describía cualidades en el fondo asociadas con el arte militar: devoción, lealtad y confianza, observancia de las leyes de la comunidad y voluntad de sacrificar la propia vida por el bien común. El hombre verdaderamente piadoso era, por necesidad, un guerrero. "Hombre distinguido en las armas y en la piedad", tal como introduce Virgilio al héroe Eneas, fundador de Roma, en la *Eneida*»[52].

C. Leduc ha estudiado el proceso de reformas globales de Solón (-594/-593), Clístenes (-508/-507) y Pericles (-451), reformas que culminaron en la creación de la ciudadanía política para los hombres libres y poseedores de propiedad privada pero negada a las mujeres, que eran propiedad de esos hombres, evolución que acabó con el papel de la «casa» de los grupos gentilicios[53]. Fue una estrategia de expropiación y explotación sistemáticamente aplicada durante mucho tiempo, estrategia machista y sexista deliberadamente impuesta desde lo más nuclear y decisorio de las primeras reformas democrático-patriarcales. F. Bourriot nos recuerda en su obligado y clásico estudio, las profundas reformas sociales, económicas y políticas de Solón, y precisa que: «Prohibió a los hombres ejercer el oficio de mercaderes de perfumes, para luchar contra el lujo y los gustos afeminados de un pueblo laborioso»[54]. S. B. Pomeroy afirma que las medidas de Solón en lo concerniente a las mujeres tuvieron como objetivo acabar con las permanentes disputas entre hombres por el control de las mujeres. Y la solución impuesta fue mantenerlas apartadas y limitar su influencia: «institucionalizó la distinción entre mujeres decentes y rameras. Abolió toda forma de venta de sí mismo y de venta de niños en esclavitud, salvo una: el derecho del hombre a vender una

52. Anthony Pagden: *Pueblos e imperios*, Mondadori, Barcelona 2000, p. 88.

53. Claude Leduc: «¿Cómo darla en matrimonio?», en *Historia de las mujeres*, Taurus, 2000, vol. 1, pp.271-336.

54. Félix Borriot: *El trabajo en el mundo helénico*, Grijalbo, 1975, p. 80.

mujer soltera que hubiera perdido su virginidad [...] Estableció también burdeles propiedad del Estado, regentados por esclavos, e hizo atractiva Atenas para los extranjeros que querían hacer dinero, incluyendo artesanos, comerciantes y prostitutas»[55].

Sabemos que de entre todos los mecanismos de represión y control patriarcal sobre la mujer hubo y sigue habiendo tres fundamentales: el rechazo y repudio de la menstruación en su función clave dentro de la mujer con la naturaleza, la imposición de la virginidad y la práctica de la violación, por este orden. Desde el advenimiento del patriarcado, los hombres se han ensalzado a sí mismos como el principio activo, y han reducido a las mujeres al papel pasivo, como hemos visto arriba, y en esta jerarquización el repudio de la menstruación ha significado y significa uno de los puntos clave de todo el sistema patriarcal porque, ante el imaginario masculino, la sangre menstrual sintetiza todo lo que no puede tener, toda la fuerza creativa de la mujer, todo el misterio profundo de la vida y toda su conexión con la naturaleza. Y la mejor forma de intentar controlar ese misterio irresoluble es negarlo, condenarlo y reprimirlo[56].

En este contexto, según V. Sau: «El concepto de virginidad femenina y el tratamiento cultural de que ha sido y es objeto no puede entenderse si no es en relación a cómo los hombres se distribuyen entre sí a las mujeres como mercancías o bienes muebles: unas para la prostitución, otras para el matrimonio y otras para la "soltería controlada" [...] La virginidad [...] es una explicitación de cómo él se la ha apropiado como medio de reproducción, así como a todo el fruto que pueda dar su vientre»[57]. La importancia de la virginidad y su imposible coexistencia con el proceso biológico de la fecundación y nacimiento de los dioses, este problema irresoluble que las religiones pretenden resolver como «milagroso»[58] es una de las raíces irracionales del tronco común del que se separan luego como ramas

55. Sarah B. Pomeroy: *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Akal, Madrid 1987, p. 73.

56. Simone de Beauvoir: *El segundo sexo*, Edic. Siglo Veinte, Buenos Aires 1972, tomo I, pp. 190-195.

57. Victoria Sau: «Virginidad», en *Diccionario ideológico feminista*, Icaria, 1990, p. 277.

58. Pierre Saintyves: *Las madres vírgenes y los embarazos milagrosos*, Akal, 1985.

las religiones monoteístas, tan obsesionadas ahora como antes en seguir manteniendo ese mito anticientífico y reaccionario.

La virginidad ha sido utilizada por el patriarcado de una manera u otra en todas partes del mundo, especialmente en las culturas griega, romana, hebrea, celta y germánica[59], decisivas para la actual cosmovisión eurocéntrica y occidentalista dominante a escala planetaria, sobre todo a partir del reforzamiento de la virginidad por el cristianismo[60]. Más aún, el mito de la Virgen María ha sido y es un componente esencial en la justificación de toda serie de genocidios, atrocidades militares y crímenes políticos desde, como mínimo, el año 431[61]. Es de aquí de donde surge, por simple lógica de necesidad, otra práctica brutal permanente, desde el surgimiento del patriarcado como es la violación, con su innegable significado de ataque por parte de unos hombres a la propiedad privada de las mujeres por otros hombres.

De este modo, la construcción social de las identidades colectivas, la de la mujer en concreto y después de ella la de los pueblos esclavizados, se realizó forzada por la explotación y el terror. Además, estos mismos atributos de hombría, valentía, fortaleza, intrepidez, etcétera, eran vitales para la guerra y por tanto y en buena medida para el surgimiento de la propiedad privada ya que, como indica J. Kuczinski: «la propiedad privada tuvo su origen sobre todo en la parte especial del botín asignada al comandante de guerra»[62]. Dado que solamente luchaban los hombres, solo estos podían acumular riquezas más allá de la pequeña acumulación lograda con el trabajo civil, si es que lo lograban. Recordemos que los primeros himnos rigvédicos de la antigua cultura de la India cuentan la historia de Indra, dios guerrero, destruyendo las fortificaciones de las potencias enemigas[63], con el

59. B. S. Anderson y J. P. Zinsser: *Historia de las mujeres: una historia propia*, Crítica, 1991, tomo 1, p. 57.

60. Elaine Pagels: *Adán, Eva y la serpiente*, Crítica, 1990, pp. 119-142.

61. Karlheinz Deschner: «Antes del crimen, invóquese el dulce nombre de María», en *Opus diaboli*, Yalde, 1990, p. 261.

62. Jürgen Kuczonski: *Breve historia de la economía*, Castellote Editor, Madrid 1976, p. 47.

63. Donald Kagan: *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Turner, FCE, Madrid

aumento correspondiente de sus propiedades. Por otra parte, abundan las referencias directas en todas las «culturas guerreras» a disputas entre la tropa y los jefes en el momento del reparto del botín, pues la tropa exige métodos más equitativos y «democráticos» de reparto, mientras que los jefes apuntalan la tendencia al acaparamiento del botín, en el que las mujeres conquistadas juegan un papel central.

Ese especial y único «instrumento de producción» que es la mujer, capaz de producir vida o dicho de manera directa, de producir carne de cañón, fuerza de trabajo y objetos sexuales, ha sido valorado en su justo precio en plena Edad Media europea. G. Duby ha estudiado la nueva cristalización del patriarcado gracias a la imposición del matrimonio como sacramento oficial sosteniendo que: «Durante un siglo, el XI, el del endurecimiento, la forma de producción señorial se impuso difícilmente en los tumultos, en la disputa encarnizada por el poder. Conservar este, extenderlo, imponía la concentración. El grupo de los guerreros cristalizó en linajes, aferrados a la tierra, al derecho de mandar, de castigar, de explotar al pueblo campesino. Para resistir a las agresiones de lo temporal, la Iglesia se cristalizó en el rigor de sus principios. El matrimonio es un instrumento de control, y los dirigentes de la Iglesia lo utilizaron para enfrentarse a los laicos con la esperanza de subyugarlos. Los dirigentes de los linajes lo utilizaron de otra manera para mantener intacto su poder"[64]. Poco después en el siglo XIII se constata que "no era inusual que se repudiara a una mujer por haber permanecido estéril durante un cierto número de años de vida conyugal"[65]. Luego, sobre esta base previa, se desarrollaba otro de los objetivos cruciales del poder machista, a saber, la propiedad masculina de la reproducción de hombres y luego, en segundo lugar, de mujeres. M. McLaughlin ha estudiado cómo los sistemas reprimidos y clandestinos pero frecuentes de infanticidio, aborto, etcétera, en una sociedad que "a menudo vivía en el límite de la subsistencia", tendía a operar "en detrimento de las niñas, a las que no se daba gran valor en una sociedad predominantemente militar y agrícola»[66]. En el sistema

2003, p. 19.

64. George Duby: *El caballero, la mujer y el cura*, Taurus, Madrid 1982, p. 241.

65. Claudia Opitz: «La vida cotidiana de las mujeres en la baja Edad Media (1250-1500)», en *Historia de las mujeres*, Taurus 2000, tomo 2, p. 365.

patriarco-burgués, este problema no ha desaparecido, simplemente ha sido adaptado a las nuevas condiciones de la acumulación de capital.

Podemos ahora avanzar con más seguridad y comprender que la importancia de la crítica feminista al «logos falocéntrico» radica en que, junto con el marxismo, niega la pretensión objetivista y no valorativa del pensamiento dominante, del positivismo en todas sus formas. C. Martínez Pulido, en un texto de obligado estudio, razona que: «La afirmación acerca de la no neutralidad valorativa de la ciencia afecta a la distinción entre valores cognitivos y no cognitivos, pues hace hincapié en el carácter social de los valores epistémicos a la vez que presenta la posibilidad de identificar ciertos aspectos cognitivos en algunos no epistémicos. Por ejemplo, los valores contextuales pueden determinar qué preguntar y qué ignorar acerca de un fenómeno dado [...] Del mismo modo, los valores contextuales también pueden afectar a la descripción de los datos, esto es, se pueden utilizar términos cargados de valores a la hora de describir observaciones y experimentos y los valores pueden influir en la selección de los datos o en los tipos de fenómenos que hay que investigar»[67].

Otras investigadoras han profundizado en esta imprescindible crítica:

> El análisis de las metáforas sexuadas en el discurso científico ha ofrecido los mejores ejemplos de cómo funciona el lenguaje modelando la actividad cotidiana de los científicos. En la medida en que estos ejemplos muestran que el lenguaje trasmite, en las producciones científicas, valores culturales específicos, establecen precedentes importantes para cualquiera que se interese en el lenguaje y en la ciencia. Pero pueden ser considerados inoportunos a los ojos de los científicos, que continúan acariciando el sueño de una ciencia independiente del lenguaje y de la cultura. Sin embargo, trabajos importantes en el campo de la historia y de la filosofía de las ciencias han revelado actualmente que ese sueño era solo apenas un sueño; puede expresar una aspiración o un deseo, pero no puede ya ser

66. Mary Martin McLaughlin: «Supervivientes y sustitutos: hijos y padres del siglo IX al siglo XIII», en *Historia de la infancia*, Lloyd deMause, Alianza Editorial, Madrid 1991, p. 155 y ss.

67. Carolina Martínez Pulido: *El papel de la mujer en la evolución humana*, Biblioteca Nueva, Madrid 2003, p. 29.

tomado por una descripción de la ciencia, lo sabemos[68].

Por su parte, D. Sánchez también ha mostrado cómo el poder androcéntrico controla la producción científica mediante la utilización de todos los métodos, desde la inicial marginación de las mujeres en su infancia, hasta el control social en los lugares de producción científica, pasando por el funcionamiento de la censura y del silencio de unos discursos, los críticos, y la potenciación e impulso a los que defienden el sistema patriarcal, sin olvidar, ni mucho menos el léxico machista y los valores que impone[69].

TERROR Y RESISTENCIA FEMENINA

Pero la victoria del patriarcado no fue instantánea sino que requirió mucho tiempo, encontrando más resistencia de las mujeres de lo que reconoce la bibliografía machista. Evans-Pritchard nos ha dejado una comparación relativamente valiosa entre las formas de vida de las mujeres en las sociedades primitivas, generalmente en África, y las mujeres occidentales, especialmente las inglesas de mediados del siglo XX. Esta antropólogo comienza afirmando que:

«Los informes más fiables de los pueblos primitivos en los últimos años tienden a señalar la influencia de las mujeres, su habilidad para mantener su propiedad, la estima en que se las tiene y sus importantes funciones en la vida social», y a continuación sintetiza ocho grandes diferencias: una, en los pueblos primitivos no hay mujeres adultas solteras; dos, quieren tener tantos hijos como sea posible; tres, apenas existe el amor romántico occidental e incluso no existe en muchos sitios; cuatro, a partir de una determinada edad, los hijos pasan bajo la tutela de los padres y las hijas de las madres; cinco, el sistema de parentesco reduce la intensidad de la vida familiar, compensada con la alta vida comunal; seis, fuera de la casa no se inmiscuyen en

68. Evelyn Fox Keller: «Lenguaje científico (sexación del)», en *Diccionario crítico de feminismo*, Edit. Síntesis, Madrid 2002, p. 138.

69. Dolores Sánchez: «Andropocentrismo en la ciencia. Una perspectiva desde el análisis crítica del discurso», en *Interacciones ciencia y género*, Icaria, Barcelona 1999, pp. 161-184.

las vidas de unos con otras, existiendo muchos espacios de libertad; siete, dentro de la casa familiar, los hombres ostentan la autoridad invariablemente, y ocho: «la mujer primitiva se quejará abiertamente y hará la vida imposible a su marido y a los demás si los derechos y privilegios de su estatus no se respetan, no siente sin embargo que su estatus como tal tenga que ser cambiado». Y define así la forma de vida de las mujeres occidentales: «imposibilidad de casarse, desarreglos psicológicos en la vida familiar que, al no funcionar los lazos de parentesco, ha de soportar una carga emocional demasiado pesada; la inseguridad del estatus con la confusión y el choque que origina; el hastío, etcétera. Podría añadir la gazmoñería y la prostitución [...] en último término, la más eficiente guardiana de la virtud»[70].

M. Godelier, en una investigación sobre el origen de la opresión de la mujer, afirma con razón que:

> Es falso y peligroso creer que en todas las sociedades en que reina la dominación masculina no hay o no ha habido resistencia femenina. En todas partes el observador encuentra formas individuales y colectivas de resistencia [...] Negarse a cocinar, a hacer el amor, divorciarse, oponerse, físicamente incluso y hasta por medio del asesinato, a la autoridad masculina, son formas habituales de resistencias que se pueden observar en el mundo. Pero no se trata de una oposición estática, pues la oposición de las mujeres provoca en todas partes formas variadas de represión masculina»[71].

Al margen de cómo quiera o se atreva Godelier a definir a cada una de las dos violencias, la de los hombres –¿o violencia injusta, de ataque, ofensiva?– y la de los «asesinatos» cometidos por las mujeres –¿o violencia justa, de respuesta, defensiva?–, al margen de este silencio, lo cierto es que la cita de Godelier nos introduce de lleno en el problema que estamos analizando, a saber, que el miedo oficial introducido en las mujeres por el patriarcado mediante su sistema pedagógico global, que abarca toda la vida de las mujeres, no anula

70. E. E. Evans-Pritchard: *La mujer en las sociedades primitivas*, Península, Barcelona 1975, nº 84, pp. 35-55.

71. Maurice Godelier: «Las relaciones hombres/mujer: el problema de la dominación masculina, en *En Teoría*, Madrid 1980, nº 5, pp. 26-27.

del todo la capacidad de resistencia femenina. Sin embargo, una cosa es que logre impedir esas luchas, pero otra es que sí logra sumergirlas en la oscuridad del silencio, sí la oculta, sí logra imponer la sensación de que no existen las resistencias reforzando el mito reaccionario de que la mujer es «pacífica por naturaleza». Por esto es siempre necesario recurrir a la historia crítica, por ejemplo, a la impresionante denuncia teórica realizada por Christine de Pisan nada menos que a comienzos del siglo XV, cuando en 1405 publica su *Libro de la ciudad de las damas*, en el que arremete contra la violencia masculina, contra las muy frecuentes violaciones de mujeres por hombres, contra la creencia machista de que las mujeres gozaban con la violación, contra las duras condiciones de explotación doméstica entonces existentes[72]; pero sobre todo a las formas de resistencia cotidiana de las mujeres contra las disciplinas patriarcales, contra la sexualidad impuesta, contra los embarazos no deseados, en la práctica de las sexualidades prohibidas, reprimidas y declaradas pecado por la Iglesia, o sea, lo que N. Castan ha definido como «la criminal» en su interesante estudio sobre la represión y las resistencias de este tipo entre los siglos XVI y XVIII en Europa occidental[73].

Si seguimos tanto el orden cronológico como el temático, si pasamos de las formas de resistencia no legal, «criminal», en las opresiones cotidianas que atañen a las prácticas más comunes, desde las sexuales hasta las económicas y costumbristas, a las formas de resistencia a las opresiones que atañen más pública y notoriamente a lo político, a la injusticia social y de sexo-género, a la explotación económica asalariada, etcétera, entonces la historia crítica vuelve a aportarnos datos imprescindibles. Por ejemplo, por seguir el orden cronológico, en el caso de China, en donde la mujer mantuvo mal que bien sus libertades hasta la dinastía de los Song del Sur (1127-1279) cuando se comenzó a vendar los pies de las bailarinas, atrocidad que se fue extendiendo a las niñas de las clases ricas y medias, excepto en las más pobres. Hasta entonces las mujeres cabalgaban, viajaban

72. B. S. Anderson y J. P. Zinsser: *Historia de las mujeres*, Crítica, Barcelona 1991, vol. II, p. 387 y ss.

73. Nicole Castan: «La criminal», en *Historia de las mujeres*, Taurus, Madrid 2000, tomo III, pp. 510-524.

solas, tenían negocios y eran monjas taoístas[74]. Su resistencia a la creciente represión patriarcal fue grande y lo atestigua su práctica revolucionaria, pues todavía en 1420, dirigidas por Tang Sai'er, constituyeron el grueso del hasta entonces mayor y más duro levantamiento campesino, siendo los más importantes los de 1370, 1381 y 1385. Su organización fue apreciable porque la represión no detuvo a Tang Sai'er pese a «arrestar a varias decenas de miles de monjas»[75] taoístas que, en lo socioeconómico, se distanciaban de su burocracia oficial.

Si de China volvemos a Europa occidental un poco más tarde, en las luchas sociales inglesas, francesas y holandesas en los siglos XVI y XVIII, comprendemos que, según palabras de A. Farge: «No debe subestimarse la disidencia femenina, aun sin armas ni violencia [...] para comprender las múltiples y sutiles formas que adoptan las mujeres para resistir a las prescripciones de las autoridades civiles y religiosas»[76]. Pero siendo esto importante, más lo es el análisis que esta investigadora hace del comportamiento de los hombres explotados cuando «sus» mujeres no solamente participan en motines y en revueltas, en sublevaciones revolucionarias, sino que además son ellas y no ellos las que las inician, las que prenden la mecha del estallido social con su valentía: en un primer momento, los hombres explotados ceden el puesto director a la iniciativa de las mujeres explotadas, y los explotadores incluso retroceden ante el avance de ellas, de las mujeres oprimidas, que, como en París en 1725 se lanzan contra las autoridades y las panaderías por el encarecimiento de este producto vital, asaltando almacenes y tiendas, practicando la violencia justa porque «la sublevación y el pillaje de las panaderías son expresión legítima del rechazo de una situación pública injusta»[77].

Pero, a la vez o muy poco después, los hombres explotados

74. AA.VV.: «La mujer en China», en *Historia de la humanidad*, Arlanza Ediciones, Madrid 2000, volumen 14, p. 50.

75. Bai Shouyi y otros: *Breve historia de China desde la antigüedad hasta 1919*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, R.P. China 1984, p. 326.

76. Arlette Farge: «La amotinada», en *Historia de las mujeres*, Taurus, Madrid 2000, tomo III, pp. 528-529.

77. Arlette Farge: «La amotinada», en *Historia de las mujeres*, op. cit., p. 533.

y oprimidos, reaccionan contra «sus» mujeres según los tópicos y normas machistas, patriarcales, criticándolas y ridiculizándolas como «locas», «histéricas», «poco femeninas», masculinizadas y muchos otros insultos. Sin embargo, muchas de estas mujeres no se arredran y llegan a participar en las guerras de liberación de sus pueblos camufladas con ropas de hombres, actuando contra las mujeres que asumen la explotación de su pueblo, que colaboran con el invasor, con el ocupante, sobre todo en las llamadas «guerras de religión» en las que la liberación nacional se expresaba en protestantismo y la opresión nacional a través del catolicismo del imperio español[78].

La antropóloga H. L. Moore sostiene que: «Uno de los aspectos más relevantes de las formas de resistencia "cotidiana" de la mujer es que, si confinamos el estudio de su actividad política a los grupos de mujeres –oficiales o no oficiales–, existe el riesgo de pasar por alto una importante dimensión de las estrategias políticas feministas. Estas "formas de resistencia cotidiana" no son, por supuesto, exclusivas de la mujer; sino que caracterizan así mismo la actividad política de los grupos oprimidos, pobres y marginados. Es, sin embargo, sumamente difícil encontrar formas satisfactorias de analizar los acontecimientos políticos que en realidad no son acontecimientos, las protestas que nunca se expresan abiertamente, las manifestaciones de solidaridad que nunca parecen aplicarse a un grupo definido»[79]. Por su parte, C. Alemany, en el texto ya visto, sostiene también que se oculta las violencias que pueden desarrollar las mujeres, silencio mantenido también por determinadas feministas que han aceptado la tesis del pacifismo «natural» y «biológico» de las mujeres, y concluye: «A diferencia de la violencia masculina, la violencia de las mujeres no se aprende ni se legitima socialmente. Además, se califican como "violentos" comportamientos sobre todo verbales, que se considerarían anodinos en los hombres» y continúa mostrando casos concretos de participación de las mujeres en las violencias sociales de su época[80].

78. Arlette Farge: «La amotinada», en *Historia de las mujeres*, op. cit., pp. 537-541.

79. Henrietta L. Moore: *Antropología y feminismo*, Feminismos, Madrid 1991, p. 213.

80. Carmen Alemany: «Violencias», en *Diccionario Crítico del Feminismo*, Edit. Síntesis, Madrid 2002, p. 295.

Pero llegados a este punto hemos de detenernos en el terrorismo inquisitorial contra la denominada «brujería» en el medioevo europeo. En su exhaustivo estudio sobre la brujería, B. P. Levack muestra que la razón fundamental de la persecución y represión de las brujas, habiendo otras menores, fue en realidad «el miedo a la rebelión, la sedición y el desorden» que azotó a las clases dominantes en aquellos siglos, y que «tampoco es una coincidencia que la creencia culta en la brujería organizada se extendiese por Europa durante un período de profunda inestabilidad y rebelión crónica. La era de la gran caza de brujas fue la gran época de la rebelión popular de la historia europea, siglos que fueron testigos de incontables jacqueries campesinas, guerras civiles religiosas y, en fin, las primeras revoluciones nacionales del mundo moderno. Estos trastornos aterraron a los miembros de las clases dominantes de toda Europa y sus miedos se reflejaron en la imaginería del aquelarre»[81]. Desde esta perspectiva de fondo, es decir, desde la visión de los conflictos sociales que cuestionaban el dogma de la propiedad privada y de la dominación de los pueblos por fuerzas extranjeras, como fue el caso citado por Levack de la acusación española contra las mujeres indias en el Perú de que incitaban a desobedecer al poder[82], desde aquí es perfectamente comprensible la brutalidad terrorífica de la quema de brujas vivas después de haberlas torturado. Pero el estudio de Levack tiene además la virtud de poner el dedo en la llaga aún más profunda del machismo, del sistema patriarco-burgués que se estaba implantando entonces y que era cuestionado por las brujas rebeldes e inconformistas que defendían un modelo sexual incompatible con «el ideal de buena mujer cristiana y madre»[83]. E. González Duro también es de la opinión de Levack coincidiendo con él prácticamente en todo menos en que no cita el «problema nacional» tal como se vivía en la Edad Media. La gente amedrentada por las hambrunas, las pestes, las guerras constantes y las revueltas populares tendía a culpar a las mujeres acusándolas de brujería[84], descargando en ellas sus miedos, frustraciones e iras.

81. Brian P. Levack: *La caza de brujas en la Europa Moderna*, Altaya, Barcelona 1997, pp. 95-96.

82. Brian P. Levack: *La caza de brujas en la Europa Moderna*, op. cit., p. 200.

83. Brian P. Levack: *La caza de brujas en la Europa Moderna*, op. cit., p. 202.

84. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit. Debate, Barcelona 2007, p. 47.

Un ejemplo de participación de las mujeres en la violencia dominante es el de Dahomey, actual Estado de Benin. Recordemos un poco la historia de este país para contextualizar la participación de las mujeres en su ejército. Dahomey era uno de los países más poderosos y expansivos al inicio del siglo XVIII, con un Estado centralizado, fuertes medidas proteccionistas contra la penetración de mercancías europeas y con el cuasimonopolio estatal del muy rentable tráfico de esclavos, todo lo cual hizo que se convirtiera en un «Estado poderoso»[85]. Durante este proceso el Estado de Dahomey fue ocupando pueblos que integraba en su estructura de poder, o que destruía esclavizándolos; pero se encontró con la tenaz resistencia de otros pueblos, entre los que destacó el pequeño reino de Jacquin que, consciente de su inferioridad militar, se refugió en los islotes y lagunas costeras, sabedor de que el ejército de Dahomey no quería atravesar el agua para invadirles porque así lo prohibía el vodun o fetiche personal, llamado Kini-Kini o León, del rey de Dahomey[86].

La razón última del debilitamiento de Dahomey y del resto de Estados predadores y esclavistas, fue el auge del comercio del aceite de palma, unido a la caída del mercado internacional de esclavos. La producción de aceite de palma terminó superando a estos Estados, incapaces de competir con la planificación estratégica del capitalismo europeo[87]. La pérdida del comercio exterior obligó a la apertura mercantil, facilitando la lenta pero imparable penetración de comerciantes franceses desde 1843, con las fricciones crecientes que llevaron a la guerra de resistencia a partir de 1890 y la rendición del rey Behanzin en 1894. La invasión francesa[88] de Dahomey no fue fácil y el imperialismo de París debió hacer un especial esfuerzo militar en 1892 al movilizar nada menos que 3.450 soldados más un destacamento de la Legión, reforzándolos en 1893 con otros 397 militares y 700 porteadores[89], lo que da una idea de la resistencia

85. Anthony Pagden: *Pueblos e imperios*, Mondadori, Barcelona 2002, p.134.

86. Rafael L. López Valdés: *Componentes africanos en el etnos cubano*, Ciencias Sociales, La Habana 1985, p. 59.

87. Eric R. Wolf: *Europa y la gente sin historia*, FCE, México 1994, pp. 400-402.

88. Mauro Olmeda: *El desarrollo de la sociedad*, Edit. Ayuso, Madrid 1973, tomo III, pp. 186-188.

89. Richard Holmes: *Atlas historique de la guerre*, Éditions Jean Claude Lattes, París 1989, p. 122.

africana. El empobrecimiento generalizado causado por la ocupación francesa no desunió del todo al país, ya que este recuperó su independencia en 1960 y logró recomponer las divisiones étnicas[90].

La resistencia armada de Dahomey se realizaba en base a un efectivo ejército de aproximadamente 20.000 soldados, de los cuales 5.000 eran mujeres, como explica M. Harris:

> Muchas de ellas no iban armadas y desempeñaban funciones no tanto de combatientes directos como de exploradores, porteadores, tambores y portaliteras. La elite de la fuerza militar femenina –integrada por unas 1.000 a 2.000 mujeres– vivía dentro del recinto real y actuaba como guardia de corps del monarca. Según parece, en varias batallas documentadas, este cuerpo femenino se batió con tanto arrojo y eficacia como los hombres. Pero sus principales armas eran mosquetes y trabucos, no lanzas ni arcos y flechas, con lo que se reducían al mínimo las diferencias físicas entre ellas y sus adversarios. El rey de Dahomey consideraba el embarazo de sus soldados de sexo femenino como una seria amenaza para su seguridad. Técnicamente, sus guerreras se hallaban casadas con él, aunque el rey no mantenía relaciones sexuales con ellas. Las que quedaban embarazadas eran acusadas de adulterio y ejecutadas[91].

TERRORISMO PATRIARCO-BURGUÉS

La civilización burguesa eurocéntrica ha ocultado la sangrante historia de la represión de las mujeres y de las revolucionarias en concreto. Con la excusa del denominado «machismo islamista», el sistema patriarco-burgués eurocéntrico ha silenciado sus atrocidades recientes, sin las cuales la actualidad, el hoy y el ahora, muy probablemente sería otra, mejor. Según se aprecia en la secuencia histórica, la burguesía fue consciente de la necesidad de masacrar primero a las mujeres revolucionarias dirigentes de movimientos reivindicativos que desbordaban el sistema patriarco-burgués, y

90. AA.VV.: *La enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 3, p. 1726.

91. Marvin Harris: *Nuestra especie*, Alianza Editorial, Madrid 2004, pp. 263-264.

después a las conservadoras y reaccionarias. Todo ello mientras se iniciaba un esfuerzo estratégico destinado a domeñarlas y formarlas para que fueran eficaces instrumentos de producción de fuerza de trabajo alienada y sumisa tanto en el trabajo asalariado como en el trabajo militar. Es por esto que la represión se cebó casi de inmediato contra las dirigentes revolucionarias. Nos limitaremos a enumerar la siniestra lista de fechas compilada por P-M. Duhet: 14 de julio de 1789, toma de la Bastilla tras fuertes motines propiciados e impulsados por las mujeres populares; 22 de diciembre de ese año las mujeres son excluidas del derecho a voto; segunda mitad de abril de 1791, detención de la dirigente feminista Th. de Méricourt; 17 de julio, orden de arresto de las dirigentes feministas Etta Palm y Olympe de Gouges; 24 de junio de 1793, las mujeres son excluidas de los derechos políticos; 20 de octubre, disolución de los clubs femeninos; noviembre del mismo año, ejecución de Olympe de Gouges y de Mme Roland; abril de 1794, detención de Claire Lacombe, y 24 de mayo, prohibición a las mujeres de acudir a las asambleas políticas[92].

No hace falta decir que esta represión fue unida a una fuerte presión social machista contra las libertades concretas, pero manteniendo una clara autonomía relativa en cuanto reacción patriarcal por debajo del ascenso lento pero imparable de la contrarrevolución burguesa. El impacto deslegitimador total que la represión patriarco-burguesa hace al mito francés es tal que se ha pretendido ocultarlo como hace, entre muchas «feministas», E. G. Sledziewski[93].

La represión iba unida a un proceso de creación de una institución familiar acorde a las necesidades capitalistas entonces existentes, que a su vez conllevaba la creación del mito del «instinto maternal», mito desarrollado por la burguesía ascendente e imprescindible para el andamiaje ideológico del sistema patriarco-burgués. E. Badinter ha demostrado entre otras cosas que la «indiferencia maternal» era una realidad constante y con fuertes arraigos asentados de las penosas

92. Paule-Marie Duhet: *Las mujeres y la revolución 1789-1794*, Ediciones Bolsillo, Barcelona 1974, pp. 223-225.

93. Elisabeth G. Sledziewski: «Revolución francesa. El giro», en *Historia de las mujeres*, op. cit., tomo IV, pp. 53-70.

condiciones de vida y crianza de la prole, y también ha demostrado por qué y cómo la burguesía necesitaba urgentemente asegurar la reproducción de fuerza de trabajo y de carne de cañón para lo cual necesitaba crear el citado «instinto maternal»[94]. Todo este proceso se expresa en el plano artístico y simbólico en el célebre cuadro de St. Croix: *La libertad guiando al pueblo*, pero también, aunque menos conocido, en un cuadro de autor anónimo en el que se ve a dos jóvenes mujeres que representan a Gran Bretaña y al Estado español frente a Napoleón[95]. En realidad, la trascendencia de esta época de revolución burguesa, en el tema que nos afecta, radica en que es entonces cuando se sientan las bases de la actual estructura patriarco-burguesa del Estado capitalista, sobre todo, en lo esencial de la ley y del Estado, como ha analizado muy correctamente C. A. MacKinnon[96].

Ambos procesos los ha sintetizado E. Morin de esta forma:

> La nación, de sustancia femenina, conlleva en sí las cualidades de la tierra-madre (madre patria), del hogar (home, heimat), y suscita, en los momentos comunitarios, los sentimientos de amor que experimenta la madre de forma natural. El Estado, a su vez, es de sustancia paterna. Dispone de la autoridad absoluta e incondicional del padre-patriarca y se le debe obediencia absoluta. La relación matripatriótica con el Estado-nación suscita, frente al enemigo, el sentimiento de fraternidad mítica de los «hijos de la patria»[97].

La definición de E. Morin, aun siendo válida en su sentido general, no sirve para expresar la rica complejidad de las contradicciones entre la creciente irrupción de las mujeres en las luchas nacionales –aportando una visión no machista extremadamente interesante y decisiva a la larga– de la época que tratamos. En este sentido, es necesario recurrir a M. Perrot para conocer las experiencias de las mujeres en las luchas nacionales desde finales del siglo XVIII hasta

94. Elisabet Badinter: *¿Existe el instinto maternal?*, Paidós-Pomaire, Barcelona 1981, p. 65 y ss.

95. Pelai Pagès Blanch: *Las claves del Nacionalismo y el Imperialismo 1848-1914*, Planeta, 1991, p. 19.

96. Catharine A. MacKinnon: *Hacia una teoría feminista del Estado*, Feminismos, nº 27, 1995, pp. 305-327.

97. Edgard Morin: «El Estado-nación», en *Teorías del nacionalismo*, Paidós, Barcelona 1993, p. 455.

el siglo XX. Una presencia práctica incuestionable y hasta decisiva en determinados momentos críticos, como el caso de la guerra de liberación griega; otras veces, más frecuentemente, menos pública y más centrada en lo que se denomina «retaguardia», pero siempre imprescindible pese a su oscuridad e invisibilidad. Y, lo que es decisivo, siempre recortada y controlada, cuando no reprimida, por el poder patriarcal como fue la amarga experiencia irlandesa, una más entre muchas. Al final, la lección es aplastante: «Las luchas de independencia nacional no modifican las relaciones entre sexos: nos lo dice también el siglo XX. Sin embargo, estas mujeres que se encontraron a sí mismas, no tienen ningún interés en volver lisa y llanamente a sus casas. La generación alemana de 1813 ha soltado las amarras del plano privado. Las norteamericanas de la Guerra de Secesión vuelcan en la filantropía y el feminismo la energía desplegada en la lucha contra la abolición de la esclavitud»[98]. Estas derrotas colectivas y resistencias heroicas pero aisladas se produjeron en un siglo en el que «una de las características de los códigos civiles de la Europa burguesa y liberal del siglo XIX fue el reforzamiento del "patriarcado", el control del hombre sobre la esposa y el hijo [...] en la necesidad de reconstruir la jerarquía en una sociedad democrática, y de fomentar el desarrollo económico por la afirmación de los derechos absolutos de propiedad»[99].

La victoria del sistema patriarco-burgués se consumó con «el fracaso del pacifismo femenino»[100] para presentar una alternativa práctica eficaz contra la explosión de violencias múltiples a comienzos del siglo XX, violencias que tenían su origen en la agudización de las contradicciones sociales producida en el tránsito de la fase colonialista a la fase imperialista del capitalismo. Será la revolución bolchevique de octubre de 1917 la que, por primera vez en la historia, realice conquistas radicales contra el terrorismo patriarcal. Lenin ofrece una definición exacta de lo que entonces eran los nuevos derechos

98. Michelle Perrot: «La Madre Patria: guerras y luchas de independencia nacional», en *Historia de las mujeres*, op. cit., tomo IV, p. 518.

99. James Casey: *Historia de la familia*, Espasa Calpe, Madrid 1990, p. 160.

100. Françoise Thébaud: «La Primera Guerra Mundial: ¿la era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?», en *Historia de la familia*, op. cit., tomo V, pp. 87-91.

logrados por el bolchevismo y garantizados por la dictadura del proletariado: «la única revolución consecuentemente democrática respecto a cuestiones como las del matrimonio, el divorcio y la situación de los hijos naturales es, precisamente, la revolución bolchevique. Y esta es una cuestión que atañe del modo más directo a los intereses de más de la mitad de la población de cualquier país. solo la revolución bolchevique por primera vez, a pesar de la infinidad de revoluciones burguesas que la precedieron y que se llamaban democráticas, ha llevado a cabo una lucha decidida en dicho sentido, tanto contra la reacción y el feudalismo como contra la hipocresía habitual de las clases pudientes y gobernantes»[101]. A. Kollontai realizó en 1921 un estudio aún más profundo y completo que el de Lenin sobre los avances cualitativos realizados por el bolchevismo por primera vez en la historia humana en lo que se refiere a «la revolución de las costumbres» y a las opresiones machistas[102].

Muchas historiadoras feministas reconocen los logros de la revolución bolchevique, pero también la capacidad de recuperación y de adaptación del sistema patriarcal a las nuevas condiciones:

> A diferencia de las revoluciones anteriores, el nuevo gobierno bolchevique instauró activamente una legislación encaminada a transformar la vida de las mujeres. En 1918, una nueva ley matrimonial daba carácter civil al matrimonio y facilitaba la obtención del divorcio [...] Los intentos para revolucionar la familia y el trabajo del hogar terminaron después de 1922: Kollontai perdió influencia. Lenin murió y, a finales de la década de 1920, las prioridades de los gobiernos eran el aumento de la productividad y la industrialización. Las asociaciones independientes de mujeres fueron abolidas: el Secretariado Internacional de las Mujeres, en 1926, y la misma Zhendtel, en 1930. A las mujeres las retiraron de sus puestos en el Ejército Rojo y fueron reemplazadas por hombres; los escalafones más altos del Partido Comunista siguieron estando ocupados por una arrolladora mayoría masculina. Las principales mejoras para las mujeres estuvieron en el campo educativo, puesto que se abrieron guarderías, se llevó a cabo una alfabetización general y se preparó a las jóvenes para desempeñar nuevos tipos de

101. V. I. Lenin: *El significado del materialismo militante*, Obras completas, Edit. Progreso, Moscú 1984, tomo 45, p. 33.

102. Alexandra Kollontai: *Sobre la libertad de la mujer*, Fontamara, Barcelona 1979, p. 255 y ss.

trabajos[103].

No merece la pena exponer la contrarrevolución patriarcal inseparable a las contrarrevoluciones militaristas, fascista, nazi y franquista, y al activismo machista de las iglesias cristianas en estos años. Sí debemos detenernos en el agudo retroceso en las libertades sexuales, en el sentido amplio, acaecido en la URSS durante su degeneración burocrática. Trotsky critica minuciosamente el retroceso en los derechos de la mujer en el hogar y en la familia, en el derecho al aborto, en el derecho al divorcio, en la paralización de la crítica a la religión y en la formación y educación atea, extendiendo su denuncia al retroceso en las condiciones de vida de la infancia y de la juventud en la década de 1930, en un análisis que sería confirmado con el tiempo[104]. Ahora bien, pese a semejante retroceso en los derechos conquistados en 1917, aún así, en comparación con los Estados capitalistas, fueran nazi-fascistas, militaristas o democrático-burgueses, la situación de la mujer en estos años treinta del siglo XX sigue siendo superior: «La URSS sigue siendo un país de vanguardia: escuelas mixtas, matrimonio civil, mayoría de edad a los dieciocho años, amplio abanico de oficios [...] la mujer soviética está económicamente emancipada»[105]. Sin embargo, el retroceso en estas libertades decisivas dejó intactas estructuras fundamentales del patriarcado.

W. Reich realizó una lúcida crítica de la involución sexual en la URSS, resaltando una cuestión que pensamos que es importante recordar aquí:

> La revolución sexual en la Unión Soviética comenzó con la disolución de la familia. La familia se desintegró radicalmente en todos los estratos de la población, con mayor o menor celeridad. Este proceso fue doloroso y caótico; engendró terror y confusión. Fue la prueba objetiva de la exactitud en la teoría de la economía sexual sobre la naturaleza y función de la familia coercitiva. La familia patriarcal es

103. B. S, Anderson y J. P. Zinsser: *Historia de las mujeres*, Crítica, Barcelona 1991, vol. II, pp. 343-344.

104. Lev Trotsky: *La revolución traicionada*, Edit. Fontamara, Barcelona 1977, p. 149 y ss.

105. Françoise Navailh: «El modelo soviético», en *Historia de las mujeres*, op. cit., tomo V, p. 305.

> el lugar de reproducción de estructuras e ideología de todo el orden social fundado sobre los principios autoritarios. La abolición de estos principios desintegraba automáticamente la institución de la familia [...] Pero si la sociedad no consigue, junto con la restauración de la sociedad autorregulada y democrática del trabajo, fijar sus anclas en la estructura psíquica del hombre; si, por consiguiente, continúan vivas las emociones familiares, aparecerá más y más enconada la contradicción entre el progreso económico y el progreso cultural de una sociedad *democrática* del trabajo. *La revolución en la superestructura cultural no se afianza porque el portador y guardián de esta revolución, la estructura psíquica de los seres humanos, no ha cambiado*[106].

A la larga, esta premonitoria advertencia de W. Reich, sumada al acierto de la crítica de Trotsky y de otros revolucionarios y revolucionarias, sería una de las causas de la total deslegitimación del «socialismo» en la URSS y con ella, de la indiferencia y pasividad política de muy amplios sectores sociales que no movieron un dedo por defender el «sistema socialista» en el momento de la reinstauración de un capitalismo especialmente salvaje y autoritario, sobre todo contra las mujeres. Para comienzos de los años noventa en la ex URSS «las mujeres recibían un 70% del sueldo de los hombres, ahora la cifra es del 40%. Mantener una familia con un solo sueldo ya era difícil en la URSS, ahora con el dramático aumento de la pobreza es imposible. Las mujeres son las principales víctimas de este régimen reaccionario, la prostitución ha aumentado enormemente, las mujeres tratan de sobrevivir vendiendo sus cuerpos a aquellos que tienen dinero, principalmente, a los despreciables “nuevos ricos” y extranjeros. Incluso aquí caen bajo las garras de la mafia que les exige al menos el 20% de sus ingresos. [...] El 10 de febrero de 1993, el por aquel entonces ministro de Trabajo, J. Melikyan, anunció la solución del gobierno para el problema del desempleo, con un lenguaje propio de cualquier político burgués occidental de derechas dijo que no veía la necesidad de ningún programa especial que ayudara a las mujeres a volver al trabajo: “¿Por qué deberíamos intentar encontrar empleos para las mujeres cuando los hombres están ociosos y cobrando el subsidio de desempleo? Dejemos que los hombres trabajen y que las mujeres cuiden los hogares y de sus hijos”. Tales palabras que en

106. Wilhelm Reich: *La revolución sexual*, Ruedo Ibérico, Francia 1970, pp. 177-187.

el pasado hubieran resultados impensables, ahora son consideradas como algo normal y aceptable. Aquí, más claramente que en cualquier otra parte, vemos la cara real de la cruda, brutal e ignorante contrarrevolución capitalista que supone un monstruoso retroceso a los días de la esclavitud zarista, en los que se permitía a cada esclavo ser dueño y señor de su mujer y sus hijos en compensación a su propia condición degradante»[107].

Pero el reforzamiento del patriarcado en la ex URSS y en su antigua área de influencia, estaba precedido por la contraofensiva de la rama más autoritaria y reaccionaria del sistema patriarco-burgués en el corazón del imperialismo mundial, en Estados Unidos. S. Faludi siguió esta reacción machista no declarada contra la mujer moderna desde mediados de los años ochenta, simultánea a la victoria del neoliberalismo de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en Gran Bretaña. La burguesía neoliberal no necesitó de una contrarrevolución en toda regla, con su violencia terrorista como en la ex URSS para reducir drásticamente los derechos de las mujeres. La investigadora en la que ahora nos basamos explica cómo el patriarcado logró movilizar la psicología popular para, en una primera fase, aplicar la «terapia del amansamiento de las feministas», lo que facilitó que se extendiera entre las mujeres la consigna de «consigue el “poder” “aceptando” y “acatando” hasta los más ínfimos deseos de tu hombre»[108]. Buena parte de la movilización machista se había logrado gracias al control de la prensa, del sistema educativo e ideológico por el sistema patriarco-burgués, de modo que entre 1986, 1988 y 1990 diversas encuestas y sondeos demostraron el ascenso de las opiniones machistas tradicionales entre los hombres: «la inquina de los hombres contra el feminismo no había remitido, sino que incluso “silenciosamente había crecido y se había hecho más profunda”»[109].

El neoliberalismo es ferozmente sexista y machista. La ideología

107. Ana Muñoz y Alan Woods: *El Marxismo y la cuestión de la mujer*, http://www.elmilitante.org, 8 de marzo de 2001.

108. Susan Faludi: *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, Anagrama, Barcelona 1993, p. 412 y ss.

109. Susan Faludi: *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, op. cit., p. 95.

patriarcal del hombre-cazador, activo y dominante, individualista y predador, es consustancial al mito del libre mercado en el que solamente sobrevive el más fuerte. En Estados Unidos la «era Clinton» no ha recuperado todos los derechos perdidos por las mujeres en la «era Reagan», y la «era Bush» ha fortalecido el sistema patriarco-burgués. S. Faludi habla varias veces de las formas de manipulación psicológica de las mujeres mediante la provocación de la belleza y del culto al cuerpo, demostrando la profunda conexión entre «la belleza y la reacción»[110]. Recientemente hemos sabido que solo un 16% de las mujeres del Estado español están satisfechas con su cuerpo[111], lo que nos da una idea sobrecogedora de la magnitud del terrorismo simbólico y estético, del terror a la «mala imagen», que atenaza psicológica, emocional y sexualmente a las mujeres. Semejante terrorismo psicológico estremecedor, peor aún por su directa materialidad, es el resultado nefasto sobre las vidas de mujeres y niñas de las catástrofes socioeconómicas provocadas conscientemente por el neoliberalismo. N. Klein aporta datos abrumadores por su crudeza sobre la devastación neoliberal de los derechos y condiciones de vida de las mujeres, como es el caso de muchos países asiáticos tras la crisis provocada por el imperialismo en 1997 llevando al extremo los efectos de la debacle financiera e industrial[112]. La industria del sexo, la prostitución de niñas y jóvenes, las delincuencias y el envalentonamiento machista son efectos directos del neoliberalismo.

Tenemos a nuestra disposición una «forma pura» del terrorismo actual, es decir, los métodos del imperialismo sexual del sistema patriarco-nurgués aplicados ahora mismo en Iraq. Debemos decir que prácticamente desde el primer instante de la derrota del régimen de Saddam Hussein empezaron a multiplicarse las violaciones sistemáticas de mujeres y niñas, una práctica común que ha sido ocultada[113] por las nuevas autoridades y silenciada por su prensa, pese a lo abrumador de las pruebas que lo demuestran: «Un testigo

110. Susan Faludi: *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, op. cit., p. 254 y ss.

111. http://www.iniciativacomunista.org, 22 de junio de 2009.

112. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona 2007, p. 368.

113. Anna Badkhem: *Violadas en Iraq, un crimen ocultad*, http://www.rebelion.org 5 de junio de 2009.

relata el calvario de una mujer violada diecisiete veces por policías iraquíes ante soldados estadounidenses. Otro cuenta que una mujer fue violada varias veces por soldados estadounidenses ante su marido atado en una celda. Liberada, esta madre de cuatro hijos obtuvo la ayuda de su hermana para suicidarse. Un camarógrafo de la cadena *Al Jazeera*, detenido durante 74 días, asistió, si no a violaciones de niños, al menos a suplicios especialmente odiosos»[114]. En un artículo ya citado, cuando hemos hablado de las mentiras y silencios de la Administración Bush, se dice que según *The Independent* del Reino Unido, George Bush es responsable de una red de prostitución en la que han quedado atrapadas hasta 50.000 mujeres y niñas iraquíes. Las prostitutas, algunas de tan solo 13 años, se encuentran entre los 1,2 millones de iraquíes que tuvieron que huir desesperadamente hacia Siria tras la invasión de Iraq por Bush en 2003[115]. Para comienzos de 2006, se estimaba que al menos dos mil mujeres jóvenes iraquíes habían sido raptadas y vendidas[116] como esclavas sexuales por organizaciones dedicadas a este lucrativo negocio, un promedio de alrededor 700 mujeres jóvenes al año desde el comienzo de la invasión en 2003.

El problema es más grave que todo esto, aun siéndolo y mucho, ya que en realidad hay que hablar de la «prostitución militarizada», de la prostitución organizada alrededor de los ejércitos imperialistas para satisfacer las «necesidades» de sus tropas. D. McNutt ha escrito que: «la prostitución militarizada existe en los alrededores de las bases de Estados Unidos en Filipinas, Corea del Sur, Tailandia y otros países desde hace mucho tiempo. Pero desde que Estados Unidos comenzó a desplegar fuerzas en muchos países musulmanes, ya no puede permitir la prostitución para su personal de manera tan abierta», por lo que ha de camuflarla e impedir que transciendan sus horrorosas consecuencias. Han sido las necesidades tácticas las que han obligado a Estados Unidos a controlar en algunos países árabes

114. D. Bleitrach, V. Dedal y M. Vivas: *Estados Unidos o el imperio del mal en peor*, Edit. José Martí, La Habana, Cuba 2006, p. 115.

115. Bob Fertik: *¿De cuántas mujeres y niñas prostituidas es responsable Bush?*, http://www.rebelion.org 25 de marzo de 2008.

116. Brian Bennett: *Las muchachas iraquíes desaparecidas*, http://www.rebelion.org, 12 de mayo de 2006.

estratégicos como aliados la prostitución militarizada, como en Arabia Saudí, pero la siguen aceptando tranquilamente en muchos otros.

Pero el supuesto «problema de las necesidades sexuales» de los invasores en Iraq se ha resuelto mediante los ejércitos mercenarios, los contratistas privados y las agencias internacionales de servicios y aprovisionamiento, que gozan de una impunidad casi total en todos los sentidos. Como resultado:

> El miedo creado por el renacimiento de la prostitución ha permeado a toda la sociedad iraquí. Las familias no dejan que las chicas salgan a la calle, no solo para evitar que sean atacadas o asesinadas, sino para impedir que sean secuestradas por redes organizadas de prostitución. Estas redes también obligan a algunas familias a vender a sus hijos para convertirlos en esclavos sexuales. La guerra ha dejado sin casa a una enorme cantidad de chicas y chicos, que son muy vulnerables al comercio sexual. También ha producido una gran cantidad de refugiadas que tratan de huir del peligro pero que (por desesperación económica) terminan prostituyéndose en Jordania, Siria, Yemen o los Emiratos Árabes Unidos. Nuestra ocupación no solo ataca a las mujeres físicamente, sino también espiritualmente, hasta que no queda nada más por destruir[117].

Pero lo peor está por llegar si no lo detenemos. Todos los estudios científico-críticos actuales muestran que la crisis capitalista actual está destrozando los pocos derechos de las mujeres que habían resistido hasta ahora[118]. Leamos estas impresionantes palabras:

> La violencia directamente infringida cobra múltiples facetas, sobre todo cuando es destinada a la mujer. La realidad económica de las jefas de hogar, sometidas a la explotación laboral, o a la expropiación de su dignidad. El vaciamiento subjetivo. Y puntualmente la violencia sexual, aquella de la que todos sabemos, pero que solo recordamos cuando algo de ella sale por televisión. [...] La violencia simbólica con que esta sociedad azota a la mujer que se lo busca, que si demuestra sensualidad no tiene derecho alguno a reclamar respecto de lo que

117. Debra McNutt: *La prostitución militarizada y la ocupación de Irak*, http://www.kaosenlared.net, 25 de noviembre de 2007.

118. Andrea D'Atri: *El feminismo y la crisis mundial. La encrucijada de las mujeres: socialismo o barbarie*, http://www.kaosenlared.net, 26 de junio de 2009.

> los demás hagan o no con su cuerpo. ¿Es realmente su cuerpo? Las mujeres están sujetas al doble discurso de lo que es deseable ser y los efectos que en la realidad de una bailanta en Jujuy (o en cualquier otro contexto) tiene esto. El precio de la belleza exigida, de la sensualidad, es la expropiación de los derechos sobre el propio cuerpo, que a partir de ese momento es patrimonio de aquel que se sitúe en posición de merecerlo: otro producto más para aprehender y consumir. La violación es mucho más que aquello jurídicamente demostrable. [...] la relevancia del factor provocación por parte de la denunciante, de la posibilidad de comprobar fehacientemente que el atacante realmente la-a-ta-có; parámetros (de más está decir) tamizados por una moral propia del oscurantismo, en la que se identifica a la mujer con lo demoníaco y lo impuro, y por exención se establece un a priori de culpabilidad de la que demanda. Violación es transgredir la integridad físico-psíquica del prójimo. Las mujeres hemos desarrollado una alta tolerancia a la violencia sexual y mucho de eso se lo debemos a la misma buena voluntad de otras mujeres que consideraron una victoria amoldarse a los modelos de producción machistas capitalistas y popularizar el ideal[119].

El *Informe Salud y Género - 2006*, del Ministerio de Sanidad y Consumo, conocido hace poco muestra cómo la denominada «doble jornada» daña seriamente la salud psicosomática de las mujeres, que son las que mayoritariamente cargan con esta doble tarea, especialmente las de 45-55 años son las más vulnerables al exceso de tareas:

> El impacto negativo es mayor cuando se cuida a ancianos o personas enfermas [...] A las clásicas cefaleas y dolores músculo-esqueléticos, los estudios añaden ahora trastornos de salud relacionados con el estrés, como mal estado de salud general, pocas horas de sueño, disfunciones afectivas como la ansiedad y la depresión, mal control de enfermedades crónicas, uso de analgésicos y ansiolíticos, etcétera. [...] casi el 100% de las mujeres de 45 a 64 años dedica casi seis horas diarias a las actividades relacionadas con el cuidado de los demás, solo lo hace el 71% de los hombres de esta edad, y su dedicación no llega a dos horas y media. Pero las superwomen no siempre van con traje chaqueta a la oficina: son abuelas-madres y madres-hijas, de clase media-baja, que trabajan a la vez que cuidan de una red familiar que, con el progresivo envejecimiento de la población,

119. Dulce María: *Violencia: real y simbólica*, http://www.corrientepraxis.org.ar, 24 de marzo de 2006.

> se ha convertido en intergeneracional. El precio que paga su salud es siempre alto, pero la edad y la clase social son decisivas. [...] las mujeres de clases más bajas que cuidaban a una persona mayor o con discapacidad presentaron un riesgo de mala salud del 60% más elevado que las mujeres que no cuidaban, un riesgo que no presentaban las mujeres de clases privilegiadas. [...] para estas mujeres, tener un empleo fue un factor protector, y no de riesgo [...] Las empleadas tienen mejor salud que las que trabajan solo como amas de casa, ya que el empleo proporciona mayor autonomía e independencia económica, extiende las relaciones sociales, proporciona apoyo social y refuerza la autoestima [...] el 75% de consumidores de somníferos o tranquilizantes son mujeres y el 70% de las mujeres españolas han consumido alguna vez este tipo de medicación[120].

Para concluir este capítulo debemos denunciar el terrorismo patriarcal sistemática e impunemente practicado en la ciudad mexicana de Juárez, la ciudad «donde terminan los sueños»[121]. Durante muchos años, decenas de mujeres pobres, jóvenes, y hasta niñas, trabajadoras, han sido raptadas, torturadas, violadas, asesinadas y desaparecidas en medio de la indiferencia generalizada del sistema patriarco-burgués mexicano. En palabras de L. Castro: «“Somos mujeres humildes que vivimos en colonias populares de Ciudad Juárez y Chihuahua; usamos el transporte público; somos trabajadoras que percibimos menos de dos salarios mínimos; la mayoría solo estudiamos la primaria. Somos madres de jóvenes desaparecidas; algunas de nosotras finalmente encontramos a nuestras hijas: violadas, asesinadas y tiradas en cualquier lugar, otras continuamos buscándolas”. Somos, con nuestras hijas, las nuevas crucificadas de la tierra y queremos justicia [...] La jerarquía de la Iglesia católica en México ha permanecido sorda y muda a los problemas de violencia que enfrentamos las mujeres. Con una estructura patriarcal que refuerza desde el púlpito la sumisión de las mujeres, ha sido una jerarquía que se arroga el derecho exclusivo de interpretar la palabra de dios. Para la Iglesia, las mujeres continúan recibiendo un estatus de menores, con una doble moral que justifica

120. Marta Espar: *La sobrecarga genera estrés, depresión y otros trastorno*, http://www.elpais.com, 15 de abril de 2008.

121. Blanche Petrich: «Las muertas de Juárez», en *La violencia nuestra de cada día*, PyV Editores, México 2007, pp. 191-200.

los feminicidios por el tamaño de la falda o del escote»[122].

122. Lucha Castro: *Feminicidios en Ciudad Juárez y Chihuahua. Las nuevas crucificadas de la tierra*, http://www.boltxe.info, 13 de abril de 2009.

2 TERRORISMO ASIRIO

TERRITORIO E IDENTIDAD

C. Martínez Pulido ha escrito en su imprescindible libro que «tras varios años de observaciones, Janes Goodall comprobó que los chimpancés no eran solo los pacíficos y amables animales que en un principio creyó. También se organizan en “comunidades guerreras” de cazadores cooperativos de carne, e incluso pueden actuar como asesinos caníbales de criaturas [...] localizó tres comunidades de unos ciento cincuenta individuos cada una. De seis a diez eran machos; las hembras les doblaban en número. Cada grupo ocupaba unos 50 km2 y sus relaciones con las comunidades vecinas eran hostiles. Los machos patrullaban a veces la “frontera” en silencio y podían atacar a sus vecinos, matando a todos los machos y crías. En este caso, las hembras entraban a formar parte del grupo merodeador y todas se emparejaban con los vencedores y engendraban nuevas crías». De todos modos, la autora sigue aportando pruebas irrefutables sobre la dialéctica entre la cooperación, la ayuda, los afectos, etcétera, y la violencia, la agresividad, etcétera, en chimpancés, gorilas y orangutanes[1], como es el caso de los chimpancés pigmeos que viven en colectividades donde «la cooperación y la coexistencia pacífica constituían la norma, y la cópula era un episodio de notable frecuencia. Los chimpancés pigmeos sugerían un atractivo punto de partida para hipotetizar sobre las prácticas sociales de los homínidos primitivos (no

1. Carolina Martínez Pulido: *El papel de la mujer en la evolución humana*, Biblioteca Nueva, Madrid 2003, pp. 231-248.

olvidemos que esa especie está considerada como la más cercana al *Homo sapiens*)»[2].

La autora citada desautoriza así los errores de la sociobiología más reaccionaria y los tópicos basados en la mecánica trasplantación de la etología de las especies animales a la sociabilidad de la especie animal humana. Además de otras muchas investigaciones posteriores que confirman estas conclusiones[3], debemos reconocer el mérito de estudios anteriores a estos avances recientes como es el caso de A. Langaney que ha ayudado a hundir definitivamente los reaccionarios tópicos de la sociobiología sobre la supuesta identidad de fondo entre la violencia instintiva y sexual del macho humano, que lucha por su riqueza y su territorio de procreación, con la misma violencia en el resto de las especies animales. Ocurre justo lo contrario, este autor en sus estudios sobre las relaciones entre competencia sexual y territorio que mantienen muchas especies animales, incluidos los insectos y los crustáceos, excepto los seres humanos actuales, se caracterizan por una amplísima gama de variaciones en las que está presente algún nivel de agresión no humana. Ahora bien, afirma que a pesar de esa amplísima gama hay tres límites para la agresión: uno, «no debe ejercerse sobre las hembras»; dos, «no debe ser sistemáticamente mortal» ya que pondría en peligro la demografía de esa población; y, tres, «la agresión no constituye necesariamente una ventaja para quien la ejerce»[4]. Veremos que la violencia humana en su forma absoluta, el terrorismo, se caracteriza por transgredir premeditadamente ese triple límite: una, las mujeres son violadas y asesinadas; dos, la violencia llega a ser sistemáticamente mortal cuando está en juego la propiedad privada, llegando al extermino demográfico; y, tres, la violencia opresora busca siempre ser una ventaja y un beneficio para el opresor.

Solamente planteamos la reflexión sobre dos cuestiones, una, que la especie humana es una especie socializada en la que la conciencia

2. Carolina Martínez Pulido: *El papel de la mujer en la evolución humana*, op. cit., p. 486.

3. Luís Miguel Ariza: *Nobles, crueles o vengativos*, http://www.elpais.com, 8 de noviembre de 2009.

4. André Langeney: *Sexo e innovación*, Colección Plural, Ciencia Abierta, J. Gránica Edic., Barcelona 1985, pp. 75-76.

juega un papel cualitativo y, otra, que el problema de la territorialidad, de la violencia, de la obtención de la energía y del papel de las hembras es, en el fondo, el mismo a lo largo de la autogénesis humana hasta el presente, pero variando a lo largo de los modos de producción sucesivos. S. Martí y A. Pestaña han delimitado muy bien las diferencias que separaban a los grandes monos de los primeros humanos: una, el humano es un primate bípedo que transporta lo básico para su supervivencia, lo que no hace ningún otro primate; dos, la especie humana recurre a la cooperación sistemática para obtener energía mientras que esto apenas se produce en los primates superiores, excepto cuando se alimentan de carne, situación en la que se tolera una especie de «mendicidad», pero nunca con vegetales; tres, en todos los grupos humanos siempre existe un territorio de referencia, «hogar» permanente o móvil, al que siempre se vuelve tras el merodeo para obtener alimentos; cuatro, los grupos humanos dedican más tiempo que otros primates a la búsqueda de alimentos hiperproteínicos y, cinco, las agrupaciones humanas consumen la mayor parte de los alimentos tras su vuelta al «hogar», retrasando su ingenta para hacerla de forma colectiva, mientras que este consumo diferido es muy poco frecuente en los grandes monos[5].

Para lo que nos interesa en nuestra investigación sobre las violencias y el terrorismo, la quíntuple diferencia nos permite avanzar en dos hipótesis: una, la importancia del «hogar», del territorio en el que se come y se vive en los momentos de recomposición de las fuerzas, al que se vuelve después de las incertidumbres del día y, dos, la práctica del consumo diferido, que implica además un dominio del tiempo, así como un dominio de las necesidades primarias del hambre, posponiendo su satisfacción, pero sobre todo implica una valoración de la solidaridad colectiva para repartir la comida con el resto del grupo. Insistimos en estas dos hipótesis porque son la base que nos explica cómo pudo darse la autogénesis humana teniendo en cuenta que era una especie débil e indefensa comparada con los depredadores del entorno.

5. Sacramento Martí y Ángel Pestaña: *Sexo: naturaleza y poder*, Edit. Nuestra Cultura, Madrid 1983, pp. 30-31.

U. Melotti había sintetizado con mucha precisión las investigaciones sobre la territorialidad en los primates, simios y grandes simios, y en la especie humana, elaboradas hasta los años setenta, demostrando la enorme variabilidad de los hábitos de territorialización dependiendo no de las especies sino de los entornos y de las particulares necesidades energéticas y de defensa que estos imponían. Variabilidad que se muestra desde el rigor defensivo extremo de tribus aborígenes australianas hasta la extrema laxitud en la fijación de sus territorios móviles por algunas tribus de las praderas de lo que actualmente es Estados Unidos. Sin embargo, tras su minucioso rastreo llegó a la conclusión de que «en realidad, la defensa del territorio de caza por parte de los grupos que viven fundamentalmente de esa actividad, así como la defensa de la tierra por parte del campesino dispuesto a empuñar el horcón o la escopeta contra los extraños, e incluso la defensa, a menudo ritualizada, de la vivienda, presente de diversas formas en casi todas las poblaciones humanas [...] parecen estar de alguna manera relacionados aunque sea a través de complejas relaciones, con el territorialismo prehumano»[6].

Tras dejar constancia de que prácticamente todas las especies animales tienen algún sentido de la territorialidad, más o menos extenso según los casos, así como otro sentido de identificación de grupo aunque sea durante un corto pero vital espacio de tiempo, I. Eibl-Eibesfeldt sostiene que «los seres humanos también ocupan y defienden territorios desde el nivel de los cazadores y recolectores. Ya en este nivel, el hogar de una familia es respetado por otros como propiedad suya [...] por encima de estos terrenos, los cazadores y recolectores poseen también territorios grupales. [...] Los llamados lugares sagrados, señalados por marcas llamativas, e interpretados como vestigios de los antepasados, son el centro simbólico de los territorios y absolutamente tabús para los extraños, a los que les ocurriría una desgracia si osaran hollarlos. Además de usar la amenaza para mantener alejados a los extraños, los australianos desarrollaron en este contexto un sistema cooperativo. [...] Además

6. Umberto Melotti: *El hombre entre la naturaleza y la historia*, Edic. Península, Barcelona 1981, pp. 309-310.

de la territorialidad, los seres humanos muestran también una clara cohesión de grupo»[7].

La defensa del «hogar» es tan común y constante a lo largo de la historia porque, como se ha visto, es el territorio material y simbólico en el que se vive la hominización como proceso permanente, evolución que continúa en la actualidad aunque en condiciones muy diferentes a las originarias. Tiene razón la investigadora B. Ehrenreich cuando critica la total ignorancia actual de las extremas condiciones de supervivencia del pasado, mostrando cómo la especie humana no pudo desarrollar sistemas defensivos ante los depredadores hasta muy tarde en su historia. Esta investigadora muestra que los humanos eran siempre «presas potenciales», viviendo entre «miedos y perpetua vigilancia» de modo que la autogénesis humana se produjo interactuando dos exigencias objetivas e ineludibles: la alimentación y la defensa frente a los depredadores, de manera que tanto el fuego como el lenguaje respondieron no solo a las necesidades productivas sino también a las necesidades defensivas[8].

Los estudios más recientes sobre las relaciones entre lenguaje, sociabilidad y obtención de energía, confirman esta tesis, pero también confirman que la defensa frente a los riesgos y peligros exteriores es un factor igualmente importante en el desarrollo del lenguaje y del conocimiento. Por ejemplo, los cercopitecos, simios africanos actuales, son capaces de transmitir veintidós mensajes distintos, de los cuales tres indican peligros provenientes de serpientes, aves de presa y predadores terrestres[9]. Investigaciones posteriores amplían estos descubrimientos al confirmar el uso por los monos de Campbell, o Cercopithecus Campbell, de un cierto «protolenguaje» con sonidos específicos para avisar de peligros tales como leopardos y águilas, para las relaciones sociales, para fijar los límites territoriales, para indicar donde hay comida, etcétera, se articulan con suficiente efectividad para asegurar la supervivencia, y también se están

7. I. Eibl-Eibesfeldt: *La sociedad de la desconfianza*, Herder, Barcelona 1996, p. 97-98.

8. Bárbara Ehrenreich: *Ritos de Sangre. Orígenes e Historia de las Pasiones de la Guerra*, Espasa Calpe, Madrid 2000, pp. 78-94.

9. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico*, Alianza Editorial, Madrid 2006, p. 32.

estudiando estos «protolenguajes» en otras especies animales, como aves y cetáceos[10]. Más adelante volveremos a esta cuestión al estudiar la interacción entre lenguaje y propiedad colectiva.

B. Ehrenreich propone una hipótesis muy sugestiva, que debemos considerar, sobre el terror humano y la guerra. Se trata de un terror más concreto que el «miedo cósmico» pero muy anterior al «miedo oficial», sobre los que volveremos en su momentos: se trata del «estigma de la bestia», es decir, del terror primigenio, ancestral y permanente hacia los depredadores, las fieras y bestias que devoraban a los humanos, terror pánico que padeció la especie humana y que le condujo a desarrollar, junto a la cooperación para encontrar alimentos, también la cooperación para defenderse de los depredadores. De este modo, humanización y autodefensa ante el terror exterior fueron la misma cosa. Pero lo más interesante de esta hipótesis es que la humanidad comprendió que «vencer a la bestia» era su única alternativa de desarrollo. Por esto, la autora sostiene que: «La transformación de la presa en predador, llevada a cabo merced a la rebelión del débil contra el fuerte, es el "argumento" principal de las primeras narraciones humanas»[11]. Podríamos basar en esta hipótesis el hecho de que el grueso de las primeras tradiciones humanas nos remite a un acto liberador, a una superación de una forma de vida condicionada por un poder externo amenazante, terrorista.

La vida durante el Paleolítico y en buena medida durante el Mesolítico estuvo determinada por esta lucha contra el terror, el miedo y la angustia causados por la presencia amenazante de las fieras devoradoras de seres humanos. Incluso semejantes temores se han prolongado hasta el presente en las ya casi extinguidas agrupaciones humanas que viven integradas en la naturaleza. Debemos partir de esta situación para comprender el primer apego humano hacia el «hogar» colectivo, hacia el territorio del entorno en el cual podía sentirse mínimamente seguro. Además, al ser el sitio en el que se socializaba la comida, se dormía y se descansaba, se cuidaba la salud

10. Javier Sampedro: *El habla de los monos*, http://www.elpais.com, 27 de diciembre de 2009.

11. Bárbara Ehrenreich: *Ritos de Sangre. Orígenes e Historia de las Pasiones de la Guerra*, Espasa Calpe, Madrid 2000, p. 130.

y se pasaba el tiempo de las relaciones interpersonales, teniendo todo esto en cuenta, no debe sorprender a nadie la carga sentimental y referencial que iba adquiriendo el espacio circundante al «hogar», el territorio, como espacio de referencia material y simbólica, de relativa seguridad frente a los peligros, de tranquilidad y de placer y, con el tiempo, de recuerdo a los antepasados, a las personas queridas muertas.

Con todas las precauciones metodológicas podemos hacernos una idea aproximada sobre el contenido referencial del territorio, del «hogar», para aquellas comunidades humanas leyendo a D. Rodríguez cuando estudia la importancia del territorio en las identidades de los pueblos patagones, agredidos por las sucesivas invasiones:

> para los integrantes del pueblo mapuche, como sucede con otros pueblos indígenas de Argentina y América, el vocablo «tierra» no guarda el mismo contenido que para el hombre winca o blanco. Para este último, un simple pedazo de campo no suele ser más que un bien susceptible de un valor económico y, como tal, intercambiable por otros bienes o por dinero. Los mapuches, en cambio, hayan más representado su sentir en el término «territorio», puesto que el mismo corresponde al espacio necesario y esencial para el desarrollo y transmisión de su cultura ancestral. Allí es donde se encuentran sus raíces (tuwún) y donde toman sentido sus celebraciones religiosas. Allí también se encuentra su kupalme o linaje familiar en función de que se hallen los chenques (sepulturas) de sus antepasados, razón por la cual es el sitio señalado por su cultura para su desarrollo personal y espiritual. Estos elementos hacen que la tierra tenga, para la cosmovisión mapuche, una connotación de enorme relevancia, puesto que sin tierra no hay cultura, sin cultura no hay identidad y sin identidad la existencia carece de sentido[12].

P. Mamani Rodríguez ha escrito que: «La tierra y el territorio son los espacios vitales de la vida social de cualquier hombre-mujer indígena o no indígena. Es parte fundamental de un determinado tiempo recorrido y una realidad presente. Toda sociedad y pueblo

12. Darío Rodríguez Duch: «Los conflictos territoriales de los pueblos indígenas en la Patagonia», en *Memoria*, nº 167, enero de 2003.

escribe y reproduce en ella sus huellas, sus imaginarios simbólicos (Prada, 1996), su materialidad, o las memorias recorridas y por recorrerse. Así es parte de la vida social, económica, cultural, política de todo hombre-mujer y de toda sociedad humana y del animal. Para los indígenas originarios específicamente, tierra-territorio es la vida misma porque en ella se resume su recorrido y su devenir histórico en el tiempo. Se diría que es la genealogía civilizatoria de toda una sociedad y, a la vez, parte de los cuerpos individuales que habitan en ella. En ella escriben el paisaje de los cuerpos, de los pueblos que luchan, es parte de sus memorias y también de sus olvidos. Ello implica que la tierra-territorio es parte de la memoria colectiva y de la vida individual-familiar. Lo que es la tenencia o posesión material y a la vez la soberanía y dignidad de los pueblos. Se expresa en ella la pertenencia y la forma de afirmar un tiempo-espacio de la vida y de la muerte»[13]. Pensamos que los cambios en la estructura social, en los modos de producción y en las formaciones económico-sociales no anulan la base cierta de estas palabras, aunque transformen sus formas externas de materialización.

La importancia del territorio era sin embargo menospreciada por las «ciencias sociales» hasta que las movilizaciones de todo tipo han demostrado su valor. En este sentido, empiezan a aparecer algunas ideas que con el lenguaje abstracto e interclasista de las «ciencias sociales» se acercan al problema. L. Martínez ha escrito que:

> Una conceptualización del territorio que incluya la noción de campo social, permite [...] una lectura más objetiva de los procesos que se han consolidado en el territorio, de aquellos que se frustraron y de aquellos que tienen una potencialidad futura. Muchos territorios se han construido con un denominador común basado en el conflicto, mientras que otros lo han hecho en base a procesos de cooperación entre actores. [...] se pueden visualizar las estrategias desplegadas no solo por los actores exitosos sino también por aquellos que no lo son. No hay que olvidar igualmente que la posición de los actores en el campo social es dinámica y que puede cambiar cuando las condiciones sobre las que se han construido determinados procesos, también cambien. [...] se visualizan los conflictos sociales que pueden generarse en diversos subcampos

13. Pablo Mamani Rodríguez: *Tierra-territorio y el poder indígena-popular en Bolivia*, http://www.rcci.net/globalizacion, noviembre de 2009.

> (cultural, étnico, económico, etcétera) lo que permite también explicar la naturaleza del conflicto y su posible salida. [...] permite captar la dinámica de los procesos de innovación que se desarrollan en el territorio, esto es, si se trata de procesos endógenos que son impulsados por actores locales, aprovechando recursos locales, en base a procesos de cooperación o de generación de empleo local, con una identidad territorial bien definida; o al contrario, se trata de procesos impulsados por actores locales o externos vinculados a estrategias de acumulación foráneas que valorizan solo los aspectos económicos (como sucede, por ejemplo, con las empresas mineras en varias zonas de América Latina)[14].

Por otra parte, desde la psicología política también se están realizando avances significativos en la revalorización del territorio como espacio de socialización y desarrollo psíquico humano. T. Jordan sostiene que el territorio es básico para la psicología y la personalidad humana, aunque depende de las relaciones sociohistóricas concretas que exista una «territorialidad *benigna* o *maligna*»[15]. La primera es la que no se basa en la explotación y la segunda la que además de basarse en esta también y obligatoriamente sirve para desarrollar personalidades autoritarias. Este autor sostiene que:

> Los territorios son básicamente construcciones cognitivas. En el mundo físico solamente son percibidos por medio de las señales utilizadas por los pueblos para delimitarlos e identificarlos. El carácter subjetivo de los territorios es evidente desde el momento en que el significado atribuido a una unidad territorial específica varía enormemente cuando los individuos se mueven de un contexto a otro. Una identidad regional con una significación irrelevante en la vida diaria puede llegar a estar fuertemente cargada de significados y emociones en un conflicto armado repentino[16].

Continúa afirmando que:

> El aspecto psicológico de la territorialidad está estrechamente

14. Luciano Martínez: *La dimensión social del territorio*, http://www.rebelion.org, 14 de septiembre de 2009.

15. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», en *Psicología Política*, Valencia, nº 13, noviembre de 1996, p. 29.

16. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., p. 33.

relacionada con la necesidad humana de mantener una identidad estable. Desde una perspectiva fenomenológica, para el individuo preservar su identidad es tan importante como lo es conservar la vida en un sentido biológico. En algunas circunstancias, incluso puede ser más importante conservar la identidad que la supervivencia física, tristemente ilustrado por aquellos que eligen el suicido para hacer frente a una crisis grave de identidad. La defensa de una identidad coherente es por tanto un aspecto central de la motivación de cada persona y, en consecuencia, una variable importante para comprender la acción social[17]

Hemos visto anteriormente cómo el «hogar» ha jugado un papel decisivo en la humanización, y esta misma opinión la defiende T. Jordan al responder a la pregunta de «¿uso progresista de la territorialidad?»:

El experimentar el mundo vital como un espacio seguro es una condición previa importante para el desarrollo y la realización personal. Incluso es más fácil manejar los conflictos de forma constructiva si la situación no se percibe como una amenaza inmediata a nuestra propia identidad. Un aspecto central de la experiencia adulta del espacio seguro es la sensación de tener cierto control sobre nuestro propio destino. Este sentimiento de control depende parcialmente de la ausencia de amenazas sutiles a nuestra existencia (seguridad física, confianza en que las necesidades psicológicas serán satisfechas, etcétera) y, en parte, de la capacidad de acción creativa y significativa en el mundo vital[18].

En situaciones de crisis social profunda, de guerras e invasiones, de catástrofes y de caos, sigue el autor, el territorio aparece como el lugar material y simbólico seguro en el que reorganizarse y recuperarse tras las hecatombes:

Durante la crisis, aparece una fuerte tendencia a reforzar la identificación de grupo. Una fuente de esto es la percepción exacerbada del individuo de su propia vulnerabilidad e impotencia en un mundo vital turbulento y amenazante. En virtud de la mayor identificación con la colectividad, el individuo no es tanto un individuo distinto como una parte de una colectividad[19].

17. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., p. 34.

18. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., p. 48.

En síntesis, los aspectos positivos de la territorialidad consisten en que garantiza la seguridad personal; garantiza el control de la economía propia; garantiza la reproducción de la cultura propia; garantiza la estabilización de la identidad coherente tanto en lo individual como en lo colectivo, a lo largo de un proceso que permite superar la fragilidad de todo lo identitario, y en palabras del autor:

> La territorialidad apoya los sistemas de identidad:
>
> contribuyendo a la definición de una identidad específica (colectiva);
>
> ofreciendo fronteras claras que facilitan la proyección de elementos psíquicos que no pueden ser integrados y
>
> contribuyendo al sentimiento de disponer de un espacio seguro[20].

Pero además de esto, que es mucho, hay otra cuestión implícita en lo ya visto pero que necesitamos destacar porque es decisiva para nuestra investigación sobre el terrorismo. Nos referimos a la importancia de las relaciones entre el territorio material y simbólico y la formación de la identidad colectiva, nacional o como queramos definirla, desde la infancia. T. Jordan no aborda explícitamente esta temática, aunque sí lo hace de forma indirecta pero decisiva al estudiar la influencia del territorio en la socialización de la psicología y de la personalidad infantil, sobre todo cuando insiste en la responsabilidad de los padres, de la familia, en lograr que la infancia disponga de un «espacio seguro» libre de peligros, amenazas e incertidumbres en el que desarrollar su identidad en un contexto de autoconfianza suficiente para satisfacer dos necesidades básicas para el ser humano: la de disponer de una identidad estable, y la de no sufrir el miedo a no lograrlo[21].

Una de las obsesiones de la pedagogía del miedo, del terror calculado y del terrorismo en sí, es la de impedir que las generaciones

19. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., p. 51.

20. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., pp. 53-54.

21. Thomas Jordan: «La psicología de la territorialidad en los conflictos», op. cit., p. 39.

jóvenes de los pueblos oprimidos, mujeres y clases explotadas reproduzcan y amplíen las identidades resistentes de sus antepasados. Desarraigar a la infancia de su contexto lingüístico-cultural, de sus referentes históricos y simbólicos, cortar sus raíces territoriales, todo esto es –y lo sabemos– imprescindible para la continuidad de la dominación. Una persona, una clase y un pueblo, con identidad débil, desorientada y desarraigada tienden siempre a la búsqueda de un poder autoritario superior que le proteja y guíe. Incluso allí donde no exista opresión nacional pero sí patriarcal y de clase, el poder explotador busca siempre que las masas oprimidas no desarrollen su propia identidad opuesta a la de la clase dominante. Recurrimos aquí al concepto de «herencia psíquica» aplicado por P. Fürstenau en su estudio del nazismo[22] para comprender mejor los efectos paralizantes por el miedo generado en las personas a las que el pasado ha impedido desarrollar identidades progresistas, sólidas y críticas, condenándolas a sufrir los temores ante la posibilidad de que vuelva a instaurarse la opresión sufrida en el pasado y que tanta huella nefasta ha dejado en su estructura psíquica.

Pues bien, una infancia desarraigada de su territorialidad material y simbólica, de sus referentes espaciales, está condenada a malvivir con las presiones de una «herencia psíquica» cargada de miedos y culpabilidades por no haber satisfecho la necesidad psicológica arriba descrita por T. Jordan. Y esto mismo es lo que teoriza X. Palacios en su estudio sobre la psicología de Piaget y la formación de la identidad nacional a lo largo de varios años. En contra de lo que se pensaba, la identidad nacional se forma «relativamente tarde en la vida del niño», necesitando de tres fases de crecimiento para concluir su formación. La psicosociología de Piaget, según X. Palacios, demostró que las tres fases formativas son inherentes a la especie humana, y van de la primera que dura hasta los 7-8 años, a la segunda que llega con los 10-11, para formarse definitivamente a partir de la tercera, de los 11 años en adelante[23]. Si estas fases son truncadas por las razones

22. Peter Fürstenau: «Repercusiones psicológicas del nacionalsocialismo», en *Capital monopolista y sociedad autoritaria*, Edit. Libros de Confrontación, Barcelona 1973, p. 193.

23. Xabier Palacios: «El nacionalismo como norma de coordinación de valores desde la epistemología genética», en *Poder y democracia*, IENC, Vitoria 1993, p. 225 y ss.

que fueran, la identidad no terminará de formarse o lo hará de otro modo. Los descubrimientos de Piaget han dado cuerpo teórico a la larga experiencia empírica acumulada durante siglos antes.

Fueron los otomanos quienes en el primer tercio del siglo XIV dieron un salto enorme en esta experiencia empírica al sistematizarla decretando la realización de «cosechas» y «recolecciones», o devchurmé[24] en lengua turca, de muy jóvenes niños cristianos, raptados a sus familias de origen en las invasiones y correrías, y sometidos a una práctica sistemática de lavado de su «herencia psíquica» anterior para imponerles otra nueva, musulmana y militar de muy alta calificación. Habían surgido los jenízaros, soldados especializados, fanáticos en su religión y en su mentalidad militar, que habían olvidado definitivamente sus débiles recuerdos cristianos, si es que llegaron a tenerlos. Trasladados de sus países y culturas de origen, arrancados brusca y violentamente de sus territorios y ubicados en otros totalmente diferentes, fueron sometidos a una intensa impregnación en otra identidad, por utilizar aquí con todas las precauciones necesarias el concepto empleado por la etología que hace referencia a la fijación maternal o sexual del individuo[25]. La impregnación desde los primeros días será más adelante reinstaurada en otros contextos, como veremos. El desarraigo territorial es así una de las peores formas de terrorismo imaginables.

Por tanto, la tendencia latente a la «defensa del territorio» se activa cuando el pueblo que en él vive es sometido a tales agresiones que toma conciencia del inminente peligro de perderlo todo, hasta el exterminio de la colectividad. Cuando, en suma, es la totalidad de la existencia psicofísica la que está en peligro mortal, sobre todo si previamente ya se ha sufrido esa situación extrema e inmediatamente después se ha gozado de la libertad e independencia. Además, teniendo en cuenta que por «territorio» debemos entender también todos aquellos espacios materiales o simbólicos en los que las personas o colectivos desarrollan creativamente su identidad e

24. Philippe Conrad: «Los jenízaros», en *Los grandes cuerpos militares del pasado*, A.T.E., Barcelona 1980.

25. AA.VV.: *La Enciclopedia*, Edit. Salvat-El Pais, Madrid 2003, tomo 10, p. 7.963.

interrelaciones en un marco de seguridad afectiva y emocional, considerando esta realidad incuestionable, comprendemos mucho más fácilmente la fiereza con la que los colectivos y las personas pueden llegar a defender sus «territorios» respectivos como si fueran partes esenciales de su vida misma. Veamos algunos ejemplos:

Los pueblos de Nubia siempre se habían defendido de los ataques imperialistas egipcios, que terminaron dominándoles. Recuperaron su libertad gracias al desplome egipcio al ser estos invadidos por los hicsos en el siglo -XVII. Pero Nubia y en especial su zona de Kerma, que sería la capital del reino de Kush, muy rica en oro, siendo por tanto una de las zonas más apetecidas por el imperialismo egipcio que, por eso, no tardó apenas tiempo en volver a invadirla tras expulsar a los hicsos[26]. Los pueblos de Cush o Kush se sublevaban siempre que podían pese a su desventaja militar, cortando el flujo del oro con el que Egipto pagaba buena parte de sus invasiones expansivas en el Levante, obligándoles a detenerse y a enviar tropas a África, a la tierra de Cush, para restablecer los suministros del imprescindible oro[27].

Avanzando mucho en el tiempo, vemos que la ferocidad implacable en la represión material y religiosa, y en el saqueo sistemático practicado por los españoles en las tierras de la pampa, fueron las causas por las que desde el norte al sur una y otra vez resurgieran las luchas de resistencia. Incluso pueblos indígenas como los huarpes, ya en el sur, que habían recibido muy bien a los españoles mandados por Pedro del Castillo, y que padecieron tan mansamente sus casi inmediatos atropellos y vejaciones que los españoles decían de ellos que eran «mui quitados de cosas de guerra», se sublevaron en 1632 en alianza con otras tribus; lo volvieron a hacer en 1661 en alianza con puelches, pehuenches y mapuches, y también en 1667 cuando cercaron la importante ciudad de Mendoza que tuvo que fortificarse y se salvó a costa de grandes bajas entre los defensores; y volvieron a la guerra en 1712 en unión con los pehuenches, saqueando y destruyendo la ciudad de San Luís: «El poco brío se

26. A. E. Benítez Fleites/J. L. Moreno García: *Los Pueblos de África*, Edimat Libros, Madrid 2006, pp. 14-18.

27. David O'Connor: «El Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio, 1552-664 a.C. », en *Historia del Egipto antiguo,* Crítica, Barcelona 1997, p. 317.

había transformado en ferocidad»[28]. Clanes y tribus relativamente pacíficos, que vivían de forma itinerante con territorios amplios y poco delimitados por la abundancia de espacios vírgenes, se vieron en la necesidad de estrechar sus relaciones intertribales y desarrollar una ferocidad guerrera que apenas habían necesitado, para defenderse del imperialismo español.

Bastante más al norte, en tierras de lo que ahora es Estados Unidos, por lo general, las bandas indias «defendían celosamente su independencia», y aunque podían federarse en tribus con un consejo tribal, tenían el derecho de abandonar la tribu sin cumplir lo decidido por el consejo. Hay que decir que los invasores blancos se encontraron ante una «resistencia enormemente tenaz» por parte de los pueblos indios, resistencia que sería una de las razones por la que los blancos recurrieron a la importación de esclavos africanos[29]. C. Wissler ha definido este sistema organizativo como «Estado social y político fluido e informe», y concluye: «En ciertas ocasiones, la presión de las bandas hostiles obligaba a las aldeas a unirse para ofrecer al enemigo una resistencia común. Ciertos jefes ambiciosos reunían a varias tribus para construir un frente unificado contra los blancos, pero por lo general se trataba de alianzas temporales y poco sólidas. Sin embargo, hubo algunas que tuvieron considerable duración; la liga iroquesa, la confederación creek y la república pauni fueron el embrión de lo que podría haberse convertido en una nación india si los blancos hubieran permanecido en Europa»[30].

Según la evolución concreta de cada pueblo, las relaciones entre sus diversos clanes en lo referente al territorio eran más o menos flexibles o estrictas. Por ejemplo, y pasando por el Océano Pacífico desde las Américas hacia Asia, en el pueblo ainu que vivía en la isla de Hokkaido, al norte de Japón, los territorios de cada clan eran relativamente flexibles y negociables dependiendo de las reservas alimentarias, de la cantidad de recursos y del movimiento de los

28. Pacho O'Donnell: *El Rey Blanco. La historia argentina que no nos contaron*, Edit. Bolsillo, Buenos Aires 1999, pp. 80-81.

29. M. A. Dynnik et alii: *Historia de la Filosofía*, Grijalbo, México 1960, tomo I, p. 516.

30. Clark Wissler: *Los indios de los Estados Unidos de América*, Paidós, Barcelona 1993, p. 309.

animales de caza; las fricciones que surgían entre los clanes ainus cuando tenían que trasladarse se resolvían negociando, pero cuando los ainus comprendieron que el avance japonés en su isla ponía en peligro su forma de vida y su independencia como pueblo formado por clanes, se unieron para la guerra defensiva, guerra perdida en 1669 y de la que nunca se recuperó el pueblo ainu[31]. Si bajamos al sur del Océano Pacífico y nos detenemos en las llamadas «islas paradisíacas» donde vivían los «felices polinesios», siempre según la visión eurocéntrica, los invasores occidentales apenas encontraron resistencias y frecuentemente eran bien recibidos al principio, pero más tarde eran conminados a marcharse inmediatamente[32]. Los tahitianos, por su parte, terminaron sublevándose al cabo del tiempo, hartos de los atropellos occidentales[33].

El pueblo de Tasmania defendió «con uñas y dientes»[34] su territorio a comienzos del siglo XIX, pero sus pocas e imprecisas lanzas no podían matar a todos los invasores. Los occidentales llegaron a Tasmania en 1803 y al año siguiente realizaron la primera masacre: se quedaron con las mujeres y a los hombres los asaron vivos en una parrilla o los echaron a los perros como carnaza. Para 1825 la rebelión de los aborígenes era seria, y los blancos empezaron a asesinar a seis tasmanios por cada occidental muerto, subiendo en algunos casos hasta setenta por cada uno. Las mujeres y los niños eran recluidos en cuevas y masacrados. Los invasores armaron a convictos sacados de la cárcel, pagándoles cinco libras por cada nativo. En 1830 se lanzó una gran ofensiva con 5.000 soldados contra el último reducto tasmanio, en esos momentos había 300 sobrevivientes[35]. Los maoríes en Nueva Zelanda, que antes de la llegada de los británicos luchaban ferozmente entre sí, se unieron para intentar repeler la ocupación extranjera. Aunque pareció que al firmar el acuerdo de Waitangi de 1840 los maoríes aceptaban la administración británica, la imparable ocupación de sus tierras por los

31. David Day: *Conquista*, Crítica, Barcelona 2006, pp. 154-155.

32. Anthony Pagden: *Pueblos e Imperios*, Mondadori, Barcelona 2002, p. 18.

33. Anthony Pagden: *Pueblos e Imperios*, op. cit., p. 148.

34. David Day: *Conquista* op. cit., p. 124.

35. Sven Lindqvist: *Exterminad a todos los salvajes*, Turner, Madrid 2004, pp. 161-162.

blancos tuvo como respuesta sucesivas insurrecciones, siendo la más importante la de 1843-1846. Tras otro acuerdo roto por los colonos, los maoríes se sublevaron de nuevo en 1860, causándoles grandes bajas: «Pero poco podían las hachas de piedra contra el fusil»[36], y las postreras rebeliones de 1883 y 1886 no sirvieron de nada porque eran sociedades«de la edad de piedra» resistiendo al capitalismo industrial que estaba dando el salto a su fase imperialista.

Si de Oceanía saltamos a África vemos que la expansión capitalista, facilitada a partir de 1880 por el ferrocarril y otros avances militares y sanitarios, permitió que una masa de «soldados, comerciantes y misioneros» fueran inundándolo todo como una nueva plaga bíblica, lo que «provocó fuertes estallidos de guerra y violencia, así como migraciones de trabajadores forzados, y los indígenas se vieron expuestos a enfermedades a las que no eran inmunes, de modo que su número disminuyó tal vez en una cuarta parte»[37]. Éste fue el caso, entre otros muchos, de la célebre Columna de Pioneros de Rhodes que partieron de El Cabo en 1890 y, tras apropiarse de los rebaños y tierras de los naturales de los países que iban ocupando, fundaron lo que luego sería Rhodesia del Sur, pero para ello tuvieron que aplastar sin compasión dos sublevaciones nativas, primero, la de los ndebele en 1893-1894 y luego la de los ndebele y los shona en 1896-1897[38]. Fue en la primera de estas guerras de invasión, la de 1893-1894 también denominada como de Matabele, cuando el imperialismo británico utilizó por primera vez la ametralladora Maxim de 7,7 mm. Cincuenta soldados de la Rhodesian Charter Company derrotaron con cuatro ametralladoras Maxim a 5.000 guerreros nativos[39]. Previamente a estas guerras, en algunos casos los británicos habían intentado dividir a las naciones africanas, negociando con sus castas dirigentes. Especialmente en el extenso e incontrolado imperio portugués debilitado en extremo a finales del siglo XIX, Gran Bretaña despreciaba a la administración portuguesa e

36. Alfonso Lázaro Díaz: *La expansión colonial*, en «El Siglo XIX», en *Historia de la Humanidad*, Arlanza Ediciones, Madrid 2000, p. 174.

37. J. R. McNeill y William H. McNeill: *Las redes humanas*, Crítica, Barcelona 2004, p. 243.

38. Anthony Pagden: *Pueblos e imperios*, Mondadori, Barcelona 2002, pp. 184-185.

39. William Reid: *Histoire des armes*, Edit. Gründ, Paris 1995, p. 231.

intentaba negociaciones directas con los jefes locales reconociéndoles su soberanía nacional[40].

El imperialismo alemán también se expandió en este continente, encontrando una resistencia tenaz por parte de «duros adversarios como las tribus nómadas herero de África del Sudoeste o los fanáticos mai-mai en la zona de los Grandes Lagos»[41]. Definir como «fanáticos» a unos resistentes que se defendían de la dura dominación alemana indica la ideología occidentalista del autor del texto, pero también la decisión de lucha del pueblo invadido. Los herero eran ganaderos de Namibia que en 1904 se enfrentaron a los agricultores alemanes que les estaban quitando sus territorios de pasto. El ejército alemán enviado para aplastar la resistencia herero estaba al mando de un «carnicero uniformado» que tras ametrallar y bombardear a los guerreros, confinó en el desierto a los pocos supervivientes, a las mujeres y a los niños. De los ochenta mil herero que se calcula había al comienzo de la guerra sobrevivieron solo veinte mil[42].

Las tácticas de guerra empleadas por el capitalismo consistían, según Montgomery, en: «atacar los centros de refugio y abastecimiento del enemigo. La devastación de sus cosechas y aldeas, y el embargo de sus ganados y almacenes, eran medidas eficaces»[43]. D. S. Headrick resume así el método occidental de guerra: «buscar al enemigo en su propio territorio, destruir sus fuerzas y su gobierno, y copar su tierra»[44]. Hemos seguido este orden, de lo táctico a lo estratégico, porque la devastación de las tierras, almacenes y ganados, si bien hacían mucho daño a las sociedades comunales, agrarias y tributarias, perdían efectividad si esos pueblos disponían de más territorios a los que desplazarse en su retirada y, sobre todo, de algún gobierno más o menos centralizado que dirigiese la recuperación de lo destruido. Además, Montgomery y Headrick nos

40. David Day: *Conquista*, Libros de Historia, Crítica, Barcelona 2006, p. 158.

41. Antonio Martínez Teixidó (direc.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 248.

42. David Day: *Conquista*, Libros de Historia, Crítica, Barcelona 2006, pp. 216-217.

43. Bernard Montgomery: *Historia del arte de la guerra*, Madrid 1969, p. 448.

44. Daniel R. Headrick: *Los instrumentos del imperio*, Altaya, Madrid 1997, p. 108.

han definido perfectamente el método de guerra inventado por la cultura grecorromana que analizaremos en su momento por su decisiva importancia en lo que sería el salto del terrorismo de la economía mercantil al terrorismo capitalista.

Si de África pasamos a Europa, vemos cómo las diferentes tribus celtas que luchaban entre sí, se aliaban en un período para enfrentarse en el siguiente, estableciéndose y rompiéndose sucesivas jerarquías de poder intertribal, de modo que tribus poderosas en un momento terminaban incluso siendo pequeños grupos a las órdenes de otras tribus que anteriormente habían sido débiles, de modo que los romanos pudieron basarse en los profundos odios intertribales para obtener aliados y terminar venciendo con menos tropas a ejércitos superiores; y concluye: «Aparte de estas alianzas militares, hay testimonios entre los celtas de una conciencia étnica. Esto se ve no solo en el mencionado mito de su procedencia y en la asamblea de los druidas, sino también, por ejemplo, en la cohesión entre los celtas del sur de la Galia y los de la Italia superior, donde apelar al parentesco daba resultado, sobre todo si se acompañaba de regalos. Un intento serio de agrupar a los celtas al menos a los de la Galia lo hizo, poco antes de la victoria de César, Vercingetorix [...] El intento de unificación llegó demasiado tarde, y cabe suponer que tampoco sería duradero, como lo demuestran otras formaciones estatales efímeras, como los reinos del dacio Burebistas (-44) en Hungría o del marcomano Marbodio (19) en Bohemia»[45].

Otro tanto podemos decir de la experiencia germana durante la sublevación dirigida por Arminio porque «ciertas disposiciones acerca del pago del tributo en oro y plata originaron una revuelta de los germanos», que terminó en la aplastante derrota en el bosque de Teuteburgo de nueve de las legiones dirigidas por Publio Quintilio Varo[46]. La victoria germana, si bien contuvo las ansias romanas de saqueo, apenas supuso un avance en la centralización de las tribus germanas más allá del nivel alcanzado puntualmente para esa batalla.

45. Alexander Demandt: *Los celtas*, Acento, Madrid 2003, p. 78.

46. Antonio Martínez Teixidó (direct.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 84.

En la Europa altomedieval vemos que, aunque los procesos son muy diferentes según los casos, en determinadas circunstancias favorables y ante determinadas presiones externas e internas, algunas agrupaciones tribales pertenecientes al mismo tronco etno-cultural lograron avanzar hasta la creación de un Estado propio. Polonia, por ejemplo, pudo constituirse en Estado gracias a que, de un lado, disponía de una clase social cohesionada en su eslavismo; por otro, empezaba a aprovecharse de la economía dineraria y del comercio entre determinadas tribus hermanas y de estas con los mercados circundantes y, por último, todos ellos tenían miedo al expansionismo alemán de los otónidas. En estas circunstancias, hacia 960-965, el rey Micislao dio el salto cualitativo de crear un Estado unificado y relativamente sólido económica, militar y nacionalmente, sobre todo cuando se abandonó oficialmente el paganismo y se adoptó –se impuso– el cristianismo en alianza con Roma para encontrar aliados que defendieran al joven Estado polaco del expansionismo alemán[47]. Uno de los efectos de esta primera aparición de un Estado polaco, desde que tenemos datos escritos, es que probablemente sirviera para aumentar un sentimiento colectivo que hoy denominaríamos «conciencia nacional» que iría creciendo con el tiempo, lo que explicaría el orgullo del primer cronista nativo, el obispo Vicente de Cracovia, que en torno al 1200 se vanagloriaba de que Roma nunca pudo conquistar Polonia[48].

Esos pueblos, y otros más que se encontraban en similar evolución social, tendían a unirse ante la agresión exterior por lo general en relación directamente proporcional a la gravedad del ataque. Sin embargo, otros pueblos no lograban llegar a esas iniciales alianzas contra el invasor. Este segundo caso es el de Irlanda desde el primer ataque vikingo en el 795, que se encontraron –¿o ya lo sabían?– con un pueblo dividido entre dos grandes familias clánicas, los Ui Nell y los Eoganachta, y otras muchas más pequeñas. Durante dos siglos los invasores disfrutaron de las inestimables ventajas de la desunión de los invadidos[49]. El pueblo irlandés pagó durante mucho

47. Lucien Musset: *Las invasiones*, Nueva Clío, Barcelona 1982, tomo II, pp. 47-50.

48. J. Lukowsky y H. Zawadski: *Historia de Polonia*, Cambridge 2002, p. 17.

49. John O'Beirne Ranelagh: *Historia de Irlanda*, Cambridge, 1998, p. 37.

tiempo los efectos desastrosos de aquella incapacidad inicial. Por su parte, los escoceses sí fueron capaces de responder a las agresiones escandinavas. La unificación de las diferentes tribus y pueblos que ocupaban Alba, denominación gaélica de Escocia, había empezado a darse desde el siglo VII con la definitiva cristianización, pero su homogeneización definitiva, sobretodo de los escoceses y pictos, se produjo en el siglo IX cuando soldaron definitivamente los componentes de un Estado militar para defenderse de los ataques vikingos. El año 843 puede ser designado como la fecha oficial del nacimiento político-militar de Escocia cuando se proclamó rey Kennnth MacAlpin[50]. La identidad y el sentimiento escoceses debían ser muy sólidos en estos tiempos porque al final del siglo XI, y tras resistir nuevamente a los normandos, los escoceses se sublevaron contra su casa real, dirigida por el rey Malcom III y su esposa Margarita, inglesa, contrariados por la creciente influencia inglesa en Escocia, y ejecutaron al rey[51].

Para concluir esta reducida lista de ejemplos, saltamos hasta México donde nos encontramos que, tras la ocupación española, los mayas del Yucatán tenían que hacer algunos trabajos para los conquistadores y pagar algunos impuestos. Pero con la independencia criolla, el nuevo poder mexicano aumentó los impuestos directos e indirectos; las leyes de todo tipo y especialmente las que controlaban los matrimonios y bautizos, aumentando sus costos económicos; el derecho de los ganaderos a que su ganado pastase en algunos campos de maíz, etcétera. Todo esto fue aumentando el malestar indio sobre todo en el Yucatán: «Pero el descontento indígena surgió sobre todo de la imposición de la autoridad de los blancos y de la amenaza que ello implicaba para su modo de vida. Así, con la agresión a los campos de maíz se atacaba una necesidad tanto económica como religiosa de los mayas. Es necesario recordar que para este pueblo el maíz no era solo un ingrediente básico de su dieta (con él elaboraban algunas de sus comidas más apreciadas como tortillas de maíz, tamales, atole...) sino también un obsequio de los dioses, lo que convertía su cultivo en un deber sagrado para el pueblo. Por

50. Luis Moreno: *Escocia, nación y razón*, CSIC, Madrid 1995, p. 10.

51. AA.VV.: «Escocia», en *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 7, p. 5.357.

otra parte, el aislamiento en que tradicionalmente habían vivido estas comunidades fomentaba su espíritu de independencia y su resistencia al cambio. Otra medida que la población indígena percibió como una amenaza fue el reclutamiento forzoso de sus varones para el ejército y las milicias mexicanas». Bajo estas condiciones se creó un sentimiento de solidaridad entre las comunidades indias y, por fin, tras un proceso ascendentes de tensiones y conflictos, en 1847, estalló una gran contienda armada que duró hasta 1855. Los indios fueron ayudados por mestizos y mulatos, y «los insurrectos tomaban su desquite contra el clero y la aristocracia locales». Aunque los mexicanos lograron impedir la secesión del Yucatán, los independentistas indios, mestizos y mulatos gozaban «del apoyo de toda la comunidad y podían aguantar grandes pérdidas en el combate, así como el hambre o la enfermedad». Lograron algunas reivindicaciones, como la reducción de impuestos y mantener en su propiedad la parte oriental de la selva, pero no otras como las reclamaciones de tierras[52].

LENGUA Y PROPIEDAD COLECTIVA

Los ejemplos citados abarcan desde resistencias de pueblos paleolíticos y neolíticos hasta otras de pueblos que ya estaban en contacto estrecho con lo más tecnificado del capitalismo colonialista de finales del siglo XIX. Siguiendo con el método dialéctico, debemos buscar lo constante que recorre a la rica variedad de experiencias de violencia defensiva y justa sostenidas a lo largo de diversos modos de producción, por lo que el camino más directo no es otro que pedir ayuda a Marx. Desde el comienzo de la segunda mitad del siglo XIX Marx empezó un estudio exhaustivo de las comunidades precapitalistas, estudio que profundizaría durante el resto de su vida, sobre todo en sus últimos años al dedicarse casi en exclusividad a leer con su rigor típico todo lo publicado sobre etnología. En los citados pero poco estudiados Formen, Marx escribió que: «Una vez que los hombres se establecen, la modificación de esta comunidad primitiva

52. AA.VV.: «La lucha de los mayas», *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 18, pp. 112-113.

dependerá, en cuanto a su forma, de diversas condiciones externas a ella, tales como las climáticas, geográficas, físicas, etcétera, así como de su constitución natural especial, es decir, su carácter tribal. La comunidad tribal, espontáneamente desarrollada, o, si se prefiere, la horda (lazos comunes de sangre, lenguaje, costumbres, entre otras relaciones) es la primera condición previa para la apropiación de las primeras condiciones objetivas de vida»[53].

El lenguaje tiene un papel clave en este proceso ya que «el lenguaje mismo es tan producto de una comunidad como, en otro sentido, lo es la existencia de la comunidad misma. Es, por así decirlo, el ser comunal que habla por sí mismo»[54]. O sea, no es algo secundario, de la «superestructura», sino que es nada menos que el ser comunal que habla por sí mismo. En la medida en que la larga formación de los grupos humanos ha sido inseparable de la autodefensa ante los peligros externos, además de la obtención de comida, en esta medida el lenguaje y la cultura de un grupo forman parte de su sistema de autodefensa. Marx continúa diciendo que los pueblos nómadas consideran las tierras de pastos como «su propiedad, si bien, en ningún caso fijan sus límites [...] la tribu considera una cierta región como territorio suyo, defendiéndolo por la fuerza frente a otras tribus, o bien trata de expulsar a otras tribus del territorio que lo reclama»[55]; y hablando sobre los «pueblos colonizadores» afirma que «la guerra es, por tanto, una de las primeras ocupaciones de toda comunidad primitiva de este tipo, tanto para la conservación como para la adquisición de su propiedad»[56].

Las investigaciones posteriores han confirmado esta tesis de mitad del siglo XIX. Se ha descubierto, por ejemplo, que «un hito importante de este proceso evolutivo fue la invención del canto y la danza, porque cuando los grupos humanos flexionan sus grandes músculos y se mantienen juntos moviéndose y voceando rítmicamente despiertan una cálida sensación de solidaridad emocional que hace

53. Karl Marx: *Formaciones económicas precapitalistas*, Talleres Gráficos, Madrid 1967, p. 117.

54. Karl Marx: *Formaciones económicas precapitalistas*, op. cit., p. 140.

55. Karl Marx: *Formaciones económicas precapitalistas*, op. cit., p. 141.

56. Karl Marx: *Formaciones económicas precapitalistas*, op. cit., p. 141.

que la cooperación y el apoyo mutuos en situaciones de peligro sean mucho más firmes que antes»[57]. La danza y el canto son inseparables de la lengua y de la cultura, de los valores de solidaridad emocional como fuerza cohesionadora de la vida colectiva frente a los peligros externos y a las tensiones internas. Los movimientos rítmicos refuerzan las sensaciones primarias de unidad colectiva, de identidad grupal y de solidez defensiva frente a lo exterior. De este modo, arte, cultura, lengua e identidad se van desarrollando simultáneamente a la solidaridad y al apoyo mutuo en las situaciones de peligro.

Según Mosterín, en las sociedades clánicas existía la división sexual de trabajo; la caza no se consumía individualmente sino que se llevaba al campamento y se repartía según normas colectivas relativamente complicadas. Además «no existía la propiedad privada [...] Sin embargo, se considera que cada clan tiene especiales derechos sobre ciertas zonas o rutas, que constituyen su territorio». Tampoco existen autoridades ni jefes oficiales, ni justicia penal ni nada parecido a un Estado, pero hay ceremonias, danzas rituales y tradiciones comunes que ayudan a mantener la cohesión grupal[58]. Además, dice otro autor refiriéndose a una fase más evolucionada: «Entre los pueblos primitivos la moneda es más apreciada por el prestigio social que confiere que por su valor económico. Por este motivo es realmente difícil trazar una línea divisoria precisa entre la moneda primitiva y otras formas de riqueza de aquellos grupos humanos. Así, un hombre se hace poderoso mediante la acumulación de riqueza, en tanto que un pobre tal vez no puede entrar en una sociedad secreta o adquirir una esposa. Sin embargo, el miembro más indigente de una comunidad primitiva no está necesariamente condenado a morir de hambre como en nuestra sociedad contemporánea. Porque en todas las comunidades tribales la ley de la solidaridad que une a los parientes más próximos rige entre los miembros del clan, los más ricos de los cuales deben atender a las necesidades de asistencia de los más indigentes»[59].

57. J.R. McNeill y William H. McNeill: *Las redes humanas*, Crítica, Barcelona 2004, p. 12 y ss.

58. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico*, Alianza Editorial, Madrid 2006, p. 42.

59. Mauro Olmeda: *El desarrollo de la sociedad*, Edit. Ayuso, Madrid 1971, tomo II, p. 236.

Spirkin sostiene que «la tribu descansaba sobre la comunidad de procedencia, de territorio, lenguaje, hábitos y costumbres», y además de otras pruebas, resume las investigaciones de A. Elkin sobre la territorialidad entre las tribus aborígenes australianas: «Los límites territoriales de la tribu están habitualmente marcados con bastante precisión y coinciden con los límites naturales»[60]. Y otras investigaciones insisten en la territorialidad como requisito necesario para la producción y sus relaciones con la cultura[61].

Pero el análisis realizado por Marx no se limita a constatar la historia remota sino que en lo relacionado con la tierra, con su propiedad y con la lengua y cultura del pueblo que la ocupa, pone el dedo en la llaga, y lo hace en tres fases, en la primera descubre la contradicción irreconciliable que, dialécticamente, engloba el complejo lingüístico-cultural con la tierra, su productividad y su propiedad. Esta visión también ha sido confirmada por las investigaciones posteriores, ya que el desarrollo económico iba muy unido desde el mismo inicio del Neolítico al desarrollo de las protecciones defensivas, es decir, de la inversión de fuerza de trabajo humana no directamente para la producción sino para proteger las condiciones de producción, las fuerzas productivas y el excedente acumulado. La defensa pasiva en cualquiera de sus formas fue tan necesaria como la posesión de un buen terreno de caza y recolección estable, agua abundante e inicio de la agricultura estacionaria[62]. Simultáneamente a la creación de esta base comunitaria defensiva con sus desarrollos etnoculturales[63] propios, se fueron estableciendo relaciones comerciales y, junto a ellas, el inicio y desarrollo del alfabeto en las zonas del planeta con mayor desarrollo comercial que buscaba facilitarlo entre los diferentes grupos lingüísticos[64], por lo que con el tiempo se desarrollaron las llamadas «lenguas comerciales», incluidas las de los gestos con las

60. A. Spirkin: *El origen de la conciencia humana*, Grijalbo, México, p. 112.

61. André Langaney: *Sexo e innovación*, Edic. Colección Plural, Ciencia Abierta, Barcelona 1985, especialmente pp. 75-90.

62. Arther Ferril: *Los orígenes de la guerra*, Ediciones Ejército, 1987, pp. 33-49.

63. Boris Frolov: *Prehistoria de la ciencia: aspecto etnocultural*, AC de la URSS, 1988, nº 1, pp. 91-108

64. J. Burke y R. Ornstein: *Del hacha al chip*, Planeta, 2001, p. 87

manos. Ahora bien, precisamente ocurre que ya en estos tempranos inicios de las relaciones comerciales simples y todavía muy difíciles de separar de las muchas formas de trueque y reciprocidad, pese a esto, ocurre que: «En algunos casos el lenguaje de una tribu predominante sirve como medio de comunicación para todas las tribus de una región»[65]. Y la pregunta lógica y necesaria es: ¿podía beneficiarse de algún modo en el intercambio comercial la tribu «propietaria» del lenguaje comercial dominante?

La respuesta debe ser afirmativa, lo que nos lleva a las otras dos fases implícitas en la tesis de Marx. La segunda, hace referencia a la dinámica de dominación económica y lingüístico-cultural de la tribu más rica sobre las restantes, que poco a poco caen en el agujero negro de la dependencia absoluta y de la explotación económica y cultural a no ser que tomen conciencia y se resistan, lo que activa o acelera la dinámica de respuesta de la tribu poderosa o confederación de tribus, que dependiendo de los avatares del conflicto puede con la aplicación del terrorismo en cuanto «fuerza bruta» contra las tribus o colectivos más débiles, exterminándolos o esclavizándolos. Multitud de lenguas y culturas han sido destruidas por la violencia física o por la violencia económica soterrada, que liquida lenta o rápidamente el saber técnico y la conciencia productiva de un pueblo, haciéndole dependiente de los conocimientos externos y de la lengua y cultura en la que estos se expresan. No hace falta decir que con el modo de producción capitalista la destrucción lingüístico-cultural está llegando a niveles aterradores, especialmente en aquellos sitios donde las transnacionales de la industria cultural, y los Estados imperialistas que les protegen, tienen un interés político-económico por arrasar la cultura popular resistente y creativa, no solamente en los países empobrecidos del llamado Tercer Mundo, sino también en los países metropolitanos periféricos como los de Europa del Sur y Europa Oriental, según demuestra G. Yúdice[66].

La tercera vía de análisis que emerge de la tesis de Marx parte de las dos anteriores y corresponde a la dinámica antagónica contra

65. Mauro Olmeda: *El desarrollo de la sociedad*, Edit. Ayuso, Madrid 1975, tomo II, p. 226.

66. George Yúdice: *El recurso de la cultura*, Ciencias Sociales, La Habana 2006, p. 420.

el «derecho natural de la propiedad privada», que no es otra que la práctica colectiva, revolucionaria, de recuperar la propiedad colectiva privatizada por la «fuerza bruta», por el terrorismo en acción, o por la fuerza económica: «La propiedad de la tierra es la fuente original de toda riqueza y se ha convertido en el gran problema de cuya solución depende el porvenir de la clase obrera. Sin plantearme la tarea de examinar aquí todos los argumentos de los defensores de la propiedad privada sobre la tierra –jurisconsultos, filósofos y economistas–, me limitaré nada más a constatar, en primer lugar, que han hecho no pocos esfuerzos para disimular el hecho inicial de la conquista al amparo del derecho natural. Si la conquista ha creado el derecho natural para una minoría, a la mayoría no le queda más que reunir suficientes fuerzas para tener el derecho natural de reconquistar lo que se le ha quitado. En el curso de la historia, los conquistadores han estimado conveniente dar a su derecho inicial, que se desprendía de la fuerza bruta, cierta estabilidad social mediante leyes impuestas por ellos mismos. Luego viene el filósofo y muestra que estas leyes implican y expresan el consentimiento universal de la humanidad. Si, en efecto, la propiedad privada sobre la tierra se basa en semejante consentimiento universal, debe, indudablemente, desaparecer en el momento en que la mayoría de la sociedad no quiera reconocerla más»[67].

La tercera fase, la que acabamos de ver, es todavía más directa y contundente, es revolucionaria en su sentido estricto porque ya no estudia las propiedades colectivas de los territorios concretos, sino que ataca al principio burgués del derecho de propiedad en su sentido permanente, futuro y eterno: «Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexistan en un momento dado, son propietarias de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamadas a usarla como boni patres familias y a trasmitirla mejorada a las futuras generaciones»[68]. Hasta ahora, la propiedad de la tierra vista en su sentido total, económica y lingüístico-cultural, política y ética o de «derecho natural», como la critica Marx,

67. Karl Marx: *La nacionalización de la tierra*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo II, pp. 305-306.

68. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol. III, p. 720.

se había centrado en las parcelas concretas, más o menos amplias e incluso de continentes enteros. Más aún, con el imperialismo de comienzos del siglo XXI, la propiedad capitalista del planeta Tierra parece que está a punto de completarse definitivamente si son vencidos los pueblos rebeldes e invadidos sus territorios liberados, subsumidos luego en la acumulación planetaria del capital. Pero es precisamente aquí donde interviene Marx afirmando que la Tierra no pertenece a las generaciones actuales, sino a las futuras, es decir, que nunca nadie debe ser propietario siquiera transitorio de la Tierra sino, a lo sumo, su usufructuario. La radicalidad ecologista de este planteamiento es innegable, pero más lo es su esencia comunista, que es de lo que se trata.

S. Linddqvist ha sintetizado de la siguiente forma lo que hemos visto hasta ahora en este capítulo:

> El modo de vida de los pueblos naturales está tan adaptado al clima y a la naturaleza que un súbito cambio, por más inocente y útil que pudiese ser, se convierte en fatídico.
>
> Grandes cambios, como las privatizaciones de los terrenos que anteriormente habían sido propiedad común, conmueven todo el fundamento de un estilo de vida.
>
> Los europeos han destruido, por rapacidad o imprudencia, el fundamento de todo lo que los nativos pensaban, conocían, sentían y creían. Cuando la vida ha perdido sentido para ellos, sucumben.
>
> La violencia física es la causa más clara y concreta de la aniquilación. Las acciones sanguinarias de los blancos son aún más atroces porque las practican hombres de un alto desarrollo intelectual. No se puede decir que la violencia sea ejercida por personas aisladas, que podrían ser hechas responsables individualmente. No[69].

Hasta ahora hemos visto cómo fluctúa al son de las contradicciones sociales la extensión territorial del «hogar» en el que buscaban protección relativa las primeras agrupaciones humanas. Hemos visto que la tendencia a la territorialidad y a su defensa

69. Sven Lindqvist: *Exterminad a todos los salvajes*, Turner, Madrid 2004, p. 190.

aumenta conforme transcurre el tiempo, y la razón es debida a que el aumento del excedente social acumulado depende del aumento del territorio y a la vez exige más recursos para defender lo acumulado, lo que acelera la tendencia expansiva de la territorialización o bien la tendencia a su explotación intensiva, o ambas a la vez. En las dos el riesgo de guerra y violencias también aumenta en su doble forma de violencia interna al escindirse la sociedad en dos clases antagónicas, y de violencia externa al defenderse de un ataque invasor o al atacar el territorio de otro pueblo. Pero antes de estudiar esta dinámica que nos lleva directamente al terrorismo del pueblo invasor contra el invadido, o al terrorismo de la clase explotadora interna contra las clases explotadas del mismo pueblo, antes de esto, debemos examinar una violencia anterior, fundante y que estructura internamente a todos los modos de producción habidos desde entonces, hablamos del terrorismo patriarcal.

PRIMERAS VIOLENCIAS

Durante los siglos transcurridos entre el inicio de la autogénesis humana, mucho antes del Neanderthal, y la escisión social entre el sexo-género masculino dominante y el sexo-género femenino dominado, durante este tiempo no hay rastros de violencia humana, e incluso la prueba reciente de canibalismo que data de hace 1,3 millones de años descubierta en Atapuerca[70] no confirma que hubiera habido violencia mortal previa, pudo tratarse también de una persona muerta por enfermedad o accidente. El célebre historiador militar A. Ferrill afirma que apenas hay datos que sugieran la existencia de violencia entre humanos antes del Paleolítico, aunque recoge una referencia que habla de que un esqueleto neanderthal «revela un orificio en la pelvis que parece haber sido hecho con una lanza»[71]. Dos investigadores de la talla de Guilaine y Zammit, después de hablar sobre la práctica del canibalismo en la época Neanderthal[72], se

70. http://www.elmundo.es, 15 de julio de 2009.

71. Arther Ferrill: *Los orígenes de la guerra*, Edic. Ejército, Madrid 1987, p. 32.

72. Jean Guilaine-Jean Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, Ariel,

preguntan sobre si «¿eran los cromañones inofensivos?» y responden categóricamente que no, que han dejado pruebas contundentes sobre su recurso a la violencia y al «asesinato», afirmación sostenida en el hecho de que el llamado «niño de Grimaldi, atribuido al Gravetiense, hacia el -25000/-22000, llevaba clavado en la columna vertebral el extremo de un proyectil. En la cueva de San Teodoro (Sicilia), una punta de sílex se hallaba alojada en el lado derecho de la pelvis de una joven del -12000.», así como en la cantidad de pinturas rupestres con escenas de caza o guerra y de sacrificio o tortura, etcétera[73].

Hay además restos humanos y líticos encontrados en Djebel-Sahaba, Sudán, de entre -12000/-10000, que corresponden a lo que, hasta ahora, puede considerarse como primera «situación conflictiva» en la historia. Fue una carnicería en la que «una gran parte de la población abatida del "yacimiento 117" fue masacrada y presentaba rastros de impactos y traumatismos» producidos en un conflicto por «territorios codiciados [...] con un potencial de recursos (peces, animales acuáticos, mamíferos que frecuentaban el ecosistema de la ribera) importante. [...] Es evidente que los espacios privilegiados en número de especies vegetales y animales que permitían satisfacer las necesidades alimenticias de los grupos humanos, fueron objeto de una mayor codicia. Podemos hablar de territorialización y división del espacio en la medida que las comunidades se fueron estableciendo»[74].

Ferrill sostiene que en el Mesolítico, período situado entre el Paleolítico y el Neolítico, entre -12000 y -8000, se produjo una «revolución» en las armas sin parangón hasta el presente: aparecieron cuatro nuevas armas de «extraordinaria potencia» como fueron el arco, la onda, la espada corta y la maza, que junto a la lanza crearon una panoplia de alta letalidad. Poco después, al comienzo del Neolítico surgieron las primeras tácticas militares, como sugieren las pinturas rupestres en las que los «cazadores» se mueven en columna y en

Barcelona 2002, p. 62 y ss.

73. Jean Guilaine-Jean Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, op. cit., p. 71 y ss.

74. Jean Guilaine-Jean Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, op. cit., p. 88 y ss.

línea, e incluso una de ellas tiene imágenes que muestran una maniobra de flanqueo y envolvimiento realizado por unos arqueros contra otros. El autor sostiene que «es creencia general, probablemente correcta, que la estrategia y la táctica en la guerra surgieron de los complejos esquemas de caza del hombre del Paleolítico». Poco más adelante, hace una descripción detallada de las heridas mortales encontradas en los esqueletos del citado «yacimiento 117», descripción que ahorramos a los lectores y lectoras por su dureza, pero que muestra la ferocidad del atacante: «Puede que el ensañamiento sea un concepto moderno, pero como práctica es antiguo»[75]. También están los restos de un conflicto armado bastante posterior, en el Eneolítico, en la zona de Biasteri, Euskal Herria, con restos de unos trescientos individuos[76] de una ferocidad que no tiene nada que envidiar a la desatada en Sudán.

¿Por qué estallaron estos y otros conflictos de los que no han quedado rastro alguno? La razón más aceptada por los especialistas y estudioso se centra en el agotamiento de los recursos, el aumento de la población, el miedo de las castas y familias dirigentes, no de las clases dominantes pues aún no se habían formado, a las revueltas de las castas trabajadoras y, por último, la competitividad entre los grupos de guerreros que buscaban su gloria personal y colectiva. Pero antes de llegar a este debate, tenemos que estudiar qué violencia existía en las sociedades no rotas internamente por la explotación de sexo-género y por la explotación social. M. D. Sahlins ha estudiado cómo los códigos de solidaridad, trueque, etcétera, cambian según aumentan las distancias y se difuminan los límites territoriales propios para ir apareciendo cada vez más precisos los límites de otros territorios ajenos:

> Las armas de contienda tienen generalmente cálculo segmentario, cuidadosamente graduado en capacidad mortífera, proporcional a la distancia sectorial. Las cosas no deben ir más allá de palabras acaloradas cuando se trata de disputas de familia, y si bien los puños pueden actuar en riñas pueblerinas y las lanzas levantarse en querellas entre aldeas, la fatal flecha envenenada se reserva para los enemigos

75. Arther Ferrill: *Los orígenes de la guerra*, op. cit., pp. 34-39.

76. Xavier Peñalver: *Orígenes*, Txalaparta, Tafalla 2005, pp. 145-146.

de la tribu. Inversamente, la compulsión a negociar es mayor allí donde es más estrecho el sector social de la disputa. Dentro de la comunidad hogareña, y nada digamos de la familia, el conflicto debe dirimirse rápidamente so pena de que se rompa el grupo. Dentro de la tribu las desavenencias deben arreglarse y los agravios repararse más tarde o más temprano. Pero la enemistad hacia otras tribus puede ser eterna[77].

Podemos hacernos una idea algo aproximada sobre cómo debían ser las normas de orden y de evitación de la violencia hasta un determinado límite si leemos la descripción de las reglas de control de la violencia intracomunitaria que han sobrevivido durante siglos en zonas andinas peruanas pese a todas las agresiones criollas. Antes de la pasada guerra contrarrevolucionaria «matar era excepcional [...] un lema en el campo era "castigar pero no matar" [...] la sanción límite era la expulsión de la comunidad y la pérdida de estatus del "comunero". Sin embargo, aunque el matar era excepcional antes del conflicto armado, había algunos casos en los que se aplicó la "pena de muerte". Por ejemplo, en Carhuahurán, en 1975 o 1976, mataron a una familia de abigeos que había ignorado las múltiples advertencias de las autoridades comunales para que cesaran de robar ganado y se desplazaran hacia otra zona. Siguiendo un patrón común, las autoridades les habían dado tres castigos y oportunidades de dejar de robar antes de tomar esa fatal decisión»[78].

Nos imaginamos las condiciones del pasado, teniendo en cuenta lo que hemos leído, al saber que para las comunidades con poca independencia productiva el ostracismo, la expulsión de la colectividad, de la comuna, de la horda o de la tribu era un castigo tan severo en aquellas situaciones que, por ejemplo en los siux, se permitía que al condenado le acompañasen sus familiares si así lo querían e incluso todos aquellos que no estaban de acuerdo con la decisión del consejo por entenderla injusta[79]. El tiempo de expulsión podía variar, desde un año o dos, hasta cuatro, u otros períodos. Pero resulta muy ilustrativo para nuestro estudio saber que los griegos

77. Marshall D. Sahlins: *Las sociedades tribales*, Labor, Barcelona 1977, p. 36.

78. Kimberly Theidon: «Los encapuchados: encarándose con el pasado en el Perú», en *Miedos y memorias*, Comunicarte, Córdoba, Argentina 2006, p. 101.

79. Mari Sandoz: *Así eran los siux*, Hesperus, Barcelona 1996, pp. 36-37.

ampliaron el período a diez años[80], y más tarde otros poderes impusieron el destierro perpetuo, lo que muestra que conforme la propiedad privada aumenta su poder, también aumentan los castigos, condenas y penas, hasta llegar a la violencia física incluida la muerte, como es el caso visto del Perú. Con el triunfo definitivo de la propiedad privada burguesa el ostracismo ha adquirido formas de aplicación científica en las cárceles de exterminio.

Los grupos humanos de esta larga fase inicial tenían determinados criterios básicos para su regulación interna: «Las afrentas más graves son las que afectan a la comunidad por poner en peligro la existencia de la sociedad. Los tres crímenes que más universalmente se encuentran en los pueblos primitivos son: la traición, el incesto y la hechicería, que pueden exponer el grupo al peligro. En cambio, la muerte de una persona no era considerada tan grave, pues la vida del hombre no tenía gran valor para la colectividad»[81]. Se aprecia fácilmente que la conexión interna de los tres crímenes es la prioridad de la supervivencia colectiva antes que la individual. La traición interna debilita el grupo y refuerza al enemigo externo. El incesto debilita el grupo a la larga al procrear descendientes no aptos para la defensa, idiotas e improductivos. La hechicería crea tensiones interpersonales y debilita la confianza colectiva.

J. Keegan ha estudiado las formas de guerrear de varios pueblos «primitivos» y no pretende construir un modelo único de «guerra primitiva» sino que reconoce la existencia de costumbres diferentes. Pero también llega a la siguiente conclusión: «Suele aceptarse como criterio generalizado que el combate entre pueblos primitivos es fundamentalmente ritual, pero, aunque es bastante cierto, hay que entenderlo con gran reserva. No obstante, la violencia entre los yanomano de la Amazonía tiende a seguir una escala rigurosamente graduada, cuyas fases principales son el duelo a puñetazos en el pecho, el combate con porra, la lucha con lanza y la incursión entre

80. AA.VV.: «Ostracismo», en *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2004, tomo 15, p. 11472.

81. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, La Habana 1990, primera parte, p. 69.

aldeas». Tenemos que aclarar que el pueblo yanomano es considerado como uno de los más belicosos y violentos de entre los pueblos «primitivos», lo que indica que incluso este pueblo llamado como «la gente feroz» por los pueblos que le circundan, toma medidas que regulan y restringen en lo posible la letalidad de sus guerras, buscando alternativas de salida. También estudia a los maring, a los maoríes y a los aztecas[82], y en otro momento estudia las primeras formas de guerra de los zulúes que practicaron el método del desplazamiento de los pueblos vencidos que luego analizaremos y que llegaron a ser una de las naciones más organizadas militarmente de África, y las conclusiones son esencialmente las mismas: las formas iniciales de guerra tenían regulaciones sociales tendentes a evitar los baños de sangre.

Pero estas medidas de control social de la violencia, primero, no surgen de una especie de «bondad» inherente a la especie, al estilo roussoniano, sino, como se ha visto, de la necesidad de garantizar la vida colectiva en condiciones tan peligrosas e inciertas. Y segundo, como indica M. Harris: «Existen pruebas fehacientes que demuestran que el equilibrio entre población y recursos reside, en realidad, en la guerra grupal y aldeana y que el origen de este azote surge de la incapacidad de los pueblos preindustriales para desarrollar un medio menos costoso o más benigno de lograr baja densidad de población y alta tasa de crecimiento»[83]. Este autor, que ha insistido siempre en que los argumentos estrictamente culturalistas, psicologicistas, subjetivistas, etcétera, no sirven para explicar las causas de las guerras primitivas, pues estas responden a necesidades materiales de subsistencia, aunque sí explican consecuencias posteriores a los choques mortales, critica otras cuatro hipótesis diferentes a la suya sobre el surgimiento de la guerra –la guerra como solidaridad, como juego, como naturaleza humana y como política– para insistir en que la creación de «tierras de nadie» por la guerra al expulsar de ellas a otras poblaciones y dejando el espacio libre para la recuperación de sus recursos naturales, esta dinámica garantiza que las poblaciones vencedoras dispongan de nuevos espacios de caza, pesca,

82. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, 1995, pp. 127-151.

83. Marvin Harris: *Caníbales y reyes*, Salvat, Barcelona 1988, p. 41.

recolección, etcétera[84], mientras que las vencidas pueden sobrevivir aunque sea con menos recursos, pero sobrevivir.

De entre los muchos casos que validan esta teoría vamos a recurrir solamente a tres, expuestos cronológicamente. El primero es el de las formas de vida y organización de las hordas según las describe J. Diamond: grupos muy reducidos que como máximo llegan a ochenta personas emparentadas entre sí, sin residencia permanente aunque «propietarios» de un territorio utilizado por todo el grupo en vez de estar repartido entre subgrupos o individuos. Toda la horda trabaja en la recogida de alimentos y no existen especializaciones. La vida es «igualitaria» en el sentido de que la propiedad es común, tampoco existen castas ni clases y «cualquier "liderazgo" de la horda es informal y ha sido adquirido mediante cualidades como la personalidad, la fuerza, la inteligencia y las habilidades guerreras»[85]. Por tanto, estas comunidades pueden perfectamente evitar conflictos violentos destructivos, marchando de un lugar para otro, estableciendo alianzas y pactos, buscando nuevas tierras en la medida de lo posible y, en el caso extremo, reglamentando la violencia para evitar que la muerte o las heridas de uno o varios miembros de un grupo tan reducido agote su capacidad de producción de alimentos y de defensa frente a las fieras y la adversidad.

Para comprender mejor lo que queremos decir leamos a E. R. Service que insiste en una cuestión muy importante para el tema que aquí tratamos, como el del papel del individuo dentro de la identidad colectiva:

> Estas características de falta de especialización de la sociedad primitiva denotan un contraste especialmente importante con la civilización moderna, ya que ello significa que en la sociedad primitiva el individuo adulto participa más plenamente de cada aspecto de la cultura que los individuos de las sociedades más complicadas. Así resulta que la personalidad humana, a causa del contexto social íntimo en que todo se lleva a cabo, se halla altamente individualizada en la sociedad

84. Marvin Harris: *Caníbales y reyes*, op. cit., p. 45 y ss.

85. Pared Diamond: *Armas, gérmenes y acero*, Edit. Científico-Técnica, La Habana, Cuba 2005, p. 264.

primitiva. Parece paradójico decir, como hemos hecho a menudo, que las sociedades de bandas son fuertemente igualitarias, y recalcar ahora la individualización de sus componentes. Cuando decimos que una sociedad primitiva es igualitaria, queremos decir que se resiste fuertemente a ser dirigida por un poder autoritario de cualquier clase. Pero dentro de estas sociedades las personas no son iguales en el sentido de ser similares unas a otras. Cada persona es diferente de todas las demás en lo que se refiere a las características personales físicas y psicológicas, del mismo modo que en edad, sexo, estado marital, etcétera. Incluso en la vida económica no hay clases o categorías de ricos y pobres, señores y obreros, personas eficientes o no. Cada persona es lo que ella es, eficiente en una tarea particular, poco eficiente en otra, o lo que sea[86].

El segundo ejemplo es el de las guerras nómadas:

La guerra tuvo una importancia primordial entre los nómadas de la estepa, como he dicho. Se trata de sociedades en las que el saber vivir tenía como corolario el saber morir. En efecto, la muerte heroica en combate se presentaba como un ideal. A partir de la más tierna edad, no había nada que no preparara al nómada de la estepa para la guerra, comenzando por la caza. Por supuesto, los conflictos variaban en intensidad y, la mayoría de las veces, se trataba de breves combates entre tribus por motivos generalmente ligados al recorrido del ganado, aunque también se podía desembocar en la guerra total, expulsando definitivamente a los vencidos o aniquilándolos. El fenómeno más frecuente era el de la huida de un grupo determinado por la presión de otro, y que, en su huida, obligaba a otro adversario más débil a marcharse a su vez para ocupar su lugar[87]. Según las circunstancias, los nómadas saqueaban las ciudades para robarles sus excedentes y conseguir esclavos. Su forma de guerra estaba adaptada a la movilidad y a la falta de recursos para largos conflictos, y «algunas tropas, cuando eran capitaneadas por un jefe de valía, llegaron incluso a plegarse a una disciplina y a crear una cohesión de grupo, hecho excepcional en este tipo de sociedades[88].

Además, y sobre todo en el caso de las grandes estepas asiáticas

86. Elman R. Service: *Los cazadores*, Labor, Barcelona 1984, p. 100.

87. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, Paidós, Barcelona 2006, p. 159.

88. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, op. cit., p. 160.

en donde el nomadismo solo empezó a decaer militarmente con la aparición de los fusiles y cañones modernos, desde el siglo XVII, según muchos autores, los pueblos nómadas se desentendían del problema de la propiedad de la tierra para el uso privado agrícola, preocupándose solo por la regulación de los derechos de pasto del ganado. En la medida en que carecían de organización estatal estable, tampoco tenían mayores problemas con las disputas de soberanía y jurisdicción. Dado que la dialéctica entre lo individual y lo colectivo no se regía por las normas sociales de la economía privada, sino por la del nomadismo en territorios comunes, tampoco existían los problemas de regular las contradicciones entre los derechos y deberes individuales y colectivos, y cuando en situaciones especiales se imponía un código de conducta obligatorio, como las leyes de Gengis Khan, era gracias a complejos equilibrios entre la fuerza militar de la tribu más poderosa y las fidelidades siempre inseguras de las más débiles, de manera que la tiranía de la más poderosa «debió ser refrenada por las costumbres y la fuerza de los sentimientos del clan, que se establecerían a través de graduaciones en la jerarquía social, y el poder estaría también moderado por el temor de que se produjeran sublevaciones»[89].

El tercer y último ejemplo es el de los zulúes en su primera fase, cuando su forma pacífica y hasta cortés de existencia daba paso a luchas ritualizadas y socialmente controladas, empezando estas con insultos y terminando cuando se llegaba a un límite de bajas reglamentado por negociaciones sociales: «el vencido acababa en una tierra nueva más pobre. Como es clásico entre pueblos primitivos que viven en países poco poblados, el resultado no era la matanza sino el desplazamiento»[90]. Ahora bien, en un modo de producción en el que no existe aún el Estado, es decir, en una sociedad pre-estatal, las poblaciones deben desarrollar sistemas de control y administración alternativos que garanticen en lo posible la pervivencia de los recursos del territorio propio y de las «tierras de nadie», y la solución más importante es el control poblacional, básicamente el infanticidio y también la eutanasia de las personas que por su vejez se han vuelto

89. Gavin Hambly (compilador): *Asia Central*, Siglo XXI, Madrid 1972, p. 91.

90. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona 1995, p. 51.

improductivas, es decir una carga crítica en momentos de aguda hambruna. Pero sobre todo, el infanticidio femenino, matar a un número variable de niñas recién nacidas según las reservas alimentarias del momento para poder alimentar a todos los niños porque son necesarios para la guerra, menos los que nacen con malformaciones y taras, que también son muertos por representar un desgaste de recursos imposible de satisfacer. De cualquier modo, estas prácticas plantean el problema de su valoración moral, tema al que volveremos cuando hayamos analizado más detenidamente el problema de la «guerra primitiva».

Las complejas interacciones de factores naturales objetivos, desde sequías hasta inundaciones, pasando por plagas e incendios fortuitos, así como factores sociales específicos de cada colectividad humana originaria, estas circunstancias llevaron a la utilización de toda serie de métodos por brutales que fueran en los momentos desesperados, como la creación de normas de prevención y castigo. I. Diákonov afirma que: «inclusive en la sociedad primitiva existen costumbres que revisten carácter jurídico, porque ninguna colectividad social puede existir sin ciertas reglas obligatorias, que regulen la vida social. Ya los australianos que vivieron en la sociedad mesolítica o en la neolítica inferior sabían que por el rapto de mujeres de una tribu ajena correspondía matar a uno o dos miembros de la tribu de los raptores, y en una sociedad preestatal posterior (por ejemplo, entre los islandeses antiguos) la costumbre imponía con exactitud las normas de la multa por haber matado a personas que ocuparan en la tribu alguna posición social, por hurto de ganado, etcétera»[91]. Los dos ejemplos puestos por el autor nos remiten a cuatro situaciones decisivas para el estudio de las violencias: los primeros pasos en la opresión de las mujeres al raptarlas; los primeros pasos en la opresión de los pueblos al raptar mujeres de otras tribus; los primeros pasos de guerras intertribales –«internacionales»– y de formas de justicia paliativa para impedir esas guerras mediante ejecuciones de hombres de la tribu agresora y, por último, los primeros pasos de tensiones sociales internas a sociedades preestatales al constatarse la

91. Igor Diákonov: «El Estado y el Derecho en el Oriente Antiguo», AA.VV., en *Ciencias Sociales*, de la A. C. de la URSS, Moscú 1985, nº 3, p. 198.

existencia de robos y de ataques a la autoridad incluso preestatal.

Por tanto, no debe sorprendernos que ya en épocas tan tempranas la violencia fuera una realidad más o menos controlada y, además, que también fuera una realidad en ascenso la especialización de partes de las poblaciones para defender a la tribu de ataques exteriores, o para atacar a otras tribus. Aun así, habiendo incluso un germen de especialización para la defensa y el ataque, no podemos denominar guerra a los conflictos en aquella época, ni a los conflictos entre tribus, ni a los «asesinatos y torturas rituales que constituyen un medio indirecto de apaciguar el terror que inspiran las fuerzas naturales desconocidas y todopoderosas»[92]. Más adelante, cuando comparemos la tortura antigua, la centrada en la violencia y el sacrificio ritualizado, con la tortura en el capitalismo nos acordaremos de esta crucial diferencia. En las sociedades «primitivas», el pánico a la naturaleza incontrolable exigía una serie de rituales religiosos en los que no se buscaba el dolor y el sufrimiento premeditado de la víctima propiciatoria, sino el aplacamiento de la irascible e incontrolable voluntad de los dioses. Veremos que la tortura, el terror y las violencias capitalistas no tienen nada que ver con esto.

Estas sociedades no podían desarrollar la guerra en el sentido «moderno», y con ella el terrorismo sistemático que le es inherente, porque eran incapaces de producir personas especializadas para causar la muerte de otras personas, aunque dicha especialización durase unos pocos años, como era el caso de los hoplitas griegos y más tarde de los legionarios romanos. Es cierto que, como hemos visto, ya en el tránsito del Mesolítico al Neolítico se dieron casos de una brutalidad inhumana tremenda, y los autores Guilaine y Zammit nos ofrecen abundantes ejemplos al respecto, como el de la macabra perfección técnica de los «ingenios de muerte eficaces»[93], esas sesenta y tres puntas líticas de flechas especialmente construidas para perforar hasta el hueso buscando hacer el máximo daño en animales y humanos, ingenios que denotan una deliberada perfección técnica

92. Gilbery Mury: *Teoría marxista de la violencia*, Edit. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires 1973, p. 55.

93. Jean Guilaine-Jean Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, op. cit., p. 153 y ss.

empírica elaborada meticulosamente con el objetivo de maximizar la mortandad con el mínimo costo posible de trabajo y energía humanas, es decir, con una mentalidad que sin saberlo recurre al uso de la ley del mínimo esfuerzo y máxima rentabilidad, y a la ley de la productividad del trabajo tal y como podía operar en aquellas condiciones. Los «ingenios de muerte eficaces» de aquellas sociedades estaban limitados por la imposibilidad objetiva de especialización del proceso productivo, sin la cual el terrorismo aplicado en Sudán, en Biasteri y en otros sitios carece de sistematicidad y de proyección a largo plazo dentro de una visión de máximo beneficio sostenible.

Tenemos aquí expuestas las razones básicas que explican la imposibilidad de estos colectivos para pasar de la «guerra simple» a la «guerra compleja», de la «guerra primitiva» a la «guerra moderna», o pasar el «umbral de la guerra», por utilizar diversos calificativos demarcadores empleados por diferentes historiadores e investigadores. La «guerra compleja» y «moderna» exigen especialistas, personas cada vez más preparadas física, mental y técnicamente en la violencia, y eso requiere que otras personas trabajen más o que su trabajo rinda más para, así, acumular un excedente social que permita que una parte de la población se especialice en la violencia. Las sociedades a las que se refieren Service, las cazadoras, solamente podían preparar gente cazadora y recolectora, con el dominio de la violencia inherente a la caza y a la recolección, pero apenas más. La ausencia de especialización parte de la falta de excedente e imposibilita además la especialización militar.

También es decisiva la práctica del igualitarismo social asumido hasta el punto de rechazar la acumulación de riqueza individual, lo que explica que esas agrupaciones humanas fueran a la vez practicantes del armamento colectivo no especializado para impedir el monopolio de la violencia por parte de la minoría enriquecida. En este sentido, eran sociedades eminentemente pacíficas aunque no pacifistas, y menos en el sentido actual, en el cínico pacifismo burgués. Superar el «umbral de la guerra» exige, como veremos al estudiar el salto realizado en Grecia y Roma, superar definitivamente la economía de trueque no regida del todo por el valor de cambio y entrar en la

economía mercantil aunque sea precapitalista pero existiendo ya un embrión de capital financiero.

Además, tenemos que tener en cuenta la advertencia de que en modo alguno podemos trasladar nuestras estructuras mentales y conceptuales actuales a situaciones tan diferentes. Es verdad, empero, que la explotación total de la mujer por el hombre viene de esta época y que, desde entonces, el machismo ha mantenido lo esencial de su ideología, pero en el específico tema del desarrollo de la mentalidad mercantil el problema es cualitativamente diferente, como bien insiste V. Yakobsón:

> El problema terminológico es sumamente serio. Basta recordar la discusión en torno a si existía o no en Oriente Antiguo el concepto de «libertad». En efecto, al parecer no existía la palabra con este significado exacto, al menos todavía en los textos de escritura cuneiforme. ¿Puede de esto deducirse, acaso, que no existía este concepto? Simplemente estaba incluido en la semántica más amplia de otras palabras («hombre», «noble», «dos veces nacido», «nuestro-no nuestro», etcétera). Lo mismo puede decirse de la «propiedad» (en muchas lenguas antiguas no existe esta palabra)[94].

El autor advierte que no debemos subestimar la coherencia interna del pensamiento antiguo, creyendo que era desordenado, heterogéneo, de carácter disímil y con considerables lagunas, sino que, en realidad, tras tomar las precauciones científicas necesarias, muestra ser un sistema de «rarísima plenitud», y pone como ejemplo el *Código de Hammurabi*. Naturalmente, se trata de una plenitud inserta en un contexto muy diferente al nuestro, integrada en la lógica del modo tributario de producción. Partiendo de aquí, no debe sorprender a nadie que, en aquellas situaciones, las luchas de los pueblos también se libraran dentro de reivindicaciones plenamente racionalizadas a pesar de que ahora despreciamos por ser supuestamente pre-nacionales en el sentido burgués.

94. Vladimir Yakobson: «El Estado y el Derecho en Oriente Antiguo», AA.VV., en *Ciencias Sociales*, de A.C. de la URSS, Moscú 1985, nº 3, p. 194.

CIVILIZACIÓN Y GUERRA

Teniendo todo esto en cuenta, podemos decir que la evolución hacia la «guerra compleja» afectó a las sociedades en todos los aspectos, hasta el punto de cambiarlas completamente. No podemos realizar aquí un seguimiento pormenorizado de tal «ascenso» al terror y al terrorismo más planificado, como es el asirio según veremos, partiendo de la inicial «guerra simple» que también tenía su componente de terror y terrorismo. Dividiremos la exposición en tres partes. La mejor forma de empezar la primera, la dedicada al tránsito de la violencia tribal del Mesolítico a la violencia organizada del Neolítico es citando un valioso texto colectivo:

> La guerra se trata frecuentemente como una forma de caza, dentro de la cual las incursiones para conseguir ganado o mujeres, o simplemente por el placer del combate, conforman el tipo más común de la guerra tribal; tampoco son desconocidas las prácticas de conquista o exterminio de tribus enemigas [...] Sin embargo, a partir del año -9000, con la aparición de los Estados agrícolas sedentarios, la guerra cambió de forma, con Estados jerárquicos y disciplinados que alumbraron ejércitos igualmente disciplinados y jerárquicos. Por otra parte, la posesión de territorios permanentes que defender o conquistar conllevó la necesidad de batallas a mayor escala en las que el ejército derrotado era destruido para asegurar el dominio del territorio en disputa[95].

Por su parte, G. Chaliand ha resumido así el secreto de la violencia explotadora definitivamente establecida a partir de esta época: «Los propósitos principales de las guerras antiguas fueron la reducción a la esclavitud de los vencidos y el tributo anual pagado por las regiones recientemente ocupadas. Al lado de estos dos objetivos, el botín inmediato era la efímera recompensa del combate victorioso. El vencedor tenía que adueñarse de la fuerza de trabajo de los esclavos y de una parte a menudo importante de las riquezas producidas por los vencidos»[96]. La «esclavización de los vencidos» era especialmente dura para las mujeres, como venimos diciendo. No hay duda de la existencia de un terrorismo machista contra las mujeres

95. AA.VV.: *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo 3000 a.C-500 d.C.*, Libsa, Madrid 2006, pp. 8-9.

96. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, Paidós, Barcelona 2006, p. 71.

raptadas en las expediciones de saqueo, o esclavizadas masivamente por la tribu vencedora en el exterminio de la vencida; como tampoco hay duda del terror que debieron sentir las personas ancianas vencidas y los adultos que sobrevivieron al combate sabedores de su muerte inmediata a manos de los vencedores.

Varias novedades fueron decisivas en este tránsito que analizamos, además de la agricultura sedentaria y la explotación de la mujer a ella unida: la «creación» del caballo a partir de una selección sistemática exigida sobre todo por las crecientes necesidades de la guerra, la invención de nuevas armas y el amurallamiento de las ciudades. La bibliografía oficial ha minusvalorado el carácter sistémico de esta evolución global hacia la «guerra moderna» y hacia un nuevo terrorismo. A. Ferrill, por ejemplo, protesta por la nula atención dedicada por la arqueología a las influencias militares de la revolución neolítica y a la «desgana generalizada de los especialistas» a tratar la guerra, e insiste en el hecho de que el contenido defensivo-militar de la arquitectura urbana neolítica, que era más complejo y amplio que las simples murallas, como se aprecia en Jericó y en otra construcciones[97]. Jericó se construyó casi como una fortaleza para proteger el excedente social acumulado por su población, excedente codiciado por pueblos menos desarrollados pero decididos a quedarse con él. La primera base de la muralla de Jericó se construyó al comienzo del Neolítico, con instrumentos de piedra, y fue luego asaltada y tomada varias veces por sucesivos pueblos, hasta que fue destruida hasta su raíz. Sin embargo, Jericó era una ciudad-fortaleza pequeña, porque alrededor del -3000 empezaron a construirse bastante más grandes, como la de Ur[98].

Llegamos así a la segunda parte, la del asentamiento definitivo de las novedades alrededor del siglo -III, fecha aproximada que coincide con el resto de las investigaciones, siglo arriba siglo abajo. Fue desde principios del tercer milenio de nuestra era cuando la monarquía, que hasta entonces había sido un poder transitorio y de emergencia, empezó a hacerse hereditaria y permanente[99] porque,

97. Arther Ferrill: *Los orígenes de la guerra*, op. cit., p. 45 y ss.

98. AA.VV.: *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo 3000 a.C-500 d.C.*, op. cit., p. 183.

fundamentalmente, en ese mismo milenio «las gentes empezaron a temer el ataque armado de bandidos o enemigos tanto o más que las catástrofes naturales»[100]. Dos violencias terroristas son las que más nos interesan ahora: la patriarcal y la de la opresión de los pueblos. Sobre la primera fue en el período -3500 y -2000 cuando se impuso la denominada «inversión de símbolos», la virilidad se superpuso a la feminidad[101], y el hombre aparece ya como guerrero, activo, con iniciativa de dominación y exploración, creador e inteligente, que domina y vence a la naturaleza y a sus peligros, entre los que destacan los otros pueblos, mientras que la mujer queda reducida a simple subordinada al hombre. Hemos estudiado ya el terrorismo patriarcal así que no nos repetiremos ahora.

Sobre la segunda, la de la opresión de los pueblos, Oppenheim sostiene que «desde la mitad del tercer milenio en adelante, época del rey medio mítico sumerio Lugalannemundu, la conquista, o mejor, las invasiones por botín contra los vecinos más débiles forma parte inherente de la política exterior de cada reino, dentro y alrededor de Mesopotamia [...] El palacio del rey consumía la mayor parte del botín, recogido a base de campañas institucionalizadas anualmente, pero subsistía básicamente con inversiones en la tierra labrada por prisioneros de guerra y deportados, complementadas por nuevas entregas de mercancías de las naciones sometidas, aliadas, o bien amigas, llamadas “tributo”»[102]. La cuna misma de la que se define como «primera civilización», la sumeria, vivió un momento crítico a partir del cual la guerra condicionó toda su naturaleza:

> Entre el -3000 y el -2300 la guerra fue el elemento dominante en la vida sumeria, acabando por suplantar a los sacerdotes-reyes por jefes guerreros, y la especialización bélica, el acelerado desarrollo de la metalurgia y las armas, y probablemente, la intensificación del combate llegaron hasta un extremo en el que podemos comenzar a

99. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico*, op. cit., p. 87.

100. Jesús Mosterín: *El pensamiento arcaico*, op. cit., p. 103.

101. Jean Guilaine-Jean Zammit: *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, op. cit., pp. 201-203.

102. A. Oppenheim: «Comentario», en *Estado y clases en las sociedades antiguas*, AA.VV., Akal, Madrid 1982, p. 46.

> hablar de «batalla» [...] De particular importancia es la evidencia sobre la infiltración de pueblos semitas por el norte, los acadios, primeros en fundar ciudades propias en la llanura, las cuales, finalmente, tras varios siglos de conflicto con los sumerios, dieron el primer emperador de la historia: Sargón de Acad[103].

Estos conflictos se produjeron en un contexto evolutivo en el que también destacan transformaciones de igual trascendencia en la historia humana, la de las leyes, penas y condenas por las faltas cometidas. Aquí debemos recordar lo dicho por Pasukanis sobre el tránsito de la venganza en sangre a la venganza económica. Conforme se avanzaba en la guerra «moderna», más exterminadora y letal, también se avanzaba en el contenido mayormente económico de las penas y condenas impuestas por los sistemas jurídicos que crecían al calor de las exigencias de la economía dineraria en aumento, de la mercantilización y de la privatización. Korosec, citado por P. Garelli, ha establecido cuatro fases sucesivas en este proceso en la cultura hitita: la primera es la ley bruta, la venganza del ojo por ojo que llega al descuartizamiento en vivo de la persona culpable, o llevada a la total ruina económica. La segunda, el descuartizamiento en vivo es desplazado por las ofrendas expiatorias. La tercera, se establecen multas económicas muy elevadas y, la cuarta y última, se suavizaron en algo las cantidades económicas pero se fusionaron y reglamentaron las diversas leyes y penas, y se extendieron las responsabilidades a los esclavos[104]. La extensión del dinero como unificador de los valores, tema al que volveremos al estudiar el terrorismo grecorromano, está en el fondo de esta dinámica: las ciudades-Estado necesitaban cada vez más recursos económicos, lo que unido al efecto de la abstracción-mercancía, explica la mercantilización de los valores, de la axiología.

Debemos insistir en este desarrollo crucial porque sienta la base de la unidad genético-estructural del terrorismo a lo largo de la historia humana rota por la explotación de la fuerza de trabajo. La extensión de la propiedad privada de la tierra a costa de la cada vez más debilitada propiedad colectiva y comunal fue unida a la mercantilización y a

103. John Keegan: *Historia de la guerra*, op. cit., p. 172.

104. Paul Garelli: *El próximo Oriente asiático*, Nueva Clío, Barcelona 1982, p. 268.

la generalización del uso del dinero, que permitió a la minoría que lo poseía imponer su voluntad a la mayoría: «Lo que esto significa se lo enseñó el dinero, descubierto al mismo tiempo que advenía la propiedad privada de la tierra. El suelo podía ahora convertirse en una mercancía susceptible de ser vendida o pignorada. Apenas se introdujo la propiedad privada de la tierra, se inventó la hipoteca»[105]. Al margen de la época histórica de la que se trate, una persona hipotecada por una deuda es una persona atada a una fuerza externa que le esclaviza no mediante el látigo de piel de hipopótamo, como en Roma, sino mediante el látigo del miedo al desahucio. Una de las primeras formas de esclavitud es la impuesta por no pagar las deudas o los intereses. Las hipotecas atan a las personas hipotecadas con cadenas más fuertes que las argollas de los esclavos y esclavas. El terrorismo económico tiene en la hipoteca una de sus expresiones más brutales.

Según Ch. L. Redman desde el tercer milenio antes de nuestra era se acelera la confluencia de diversas tendencias socioeconómicas que darán vida a lo que ahora definimos como Estado. Redman ha resumido las tesis de los más serios investigadores del tema y ha encontrado cuatro factores que se fusionan durante este largo período: uno, centralización del poder económico y político; dos, organización basada en demarcaciones políticas y territoriales; tres, acceso jerarquizado y diferenciado a los recursos básicos y, cuatro, monopolio de la fuerza[106]. Simultáneamente a la formación de los primeros Estados y a la jerarquización social se produce la pérdida de poder de la denominada «democracia primitiva» sumeria y mesopotámica, «democracia» que no debe ser nunca entendida en el sentido esclavista y senatorial grecorromano, en el sentido comunal medieval, en el sentido burgués, ni en el socialista, sino más bien en cuanto «asambleas representativas» en las que participaban más o menos sectores sociales según los temas a debate, con bastantes poderes en lo judicial y administrativo, aunque posiblemente casi nulos en política exterior[107]. No deben extrañarnos las crecientes limitaciones

105. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho*, La Habana 1990, primera parte, p. 51.

106. Charles L. Redman: *Los orígenes de la civilización*, Crítica, Barcelona 1990, p. 358.

de las «asambleas representativas» en la política exterior porque en la historia de Sumeria, los conflictos entre Estados se remontan a casi su comienzo. Existen datos sobre guerras en el -2700 entre dos potencias de la zona, Kish y Elam, que se mantuvieron hasta el final de la Historia antigua. Un desencadenante de los conflictos era, obviamente, el acceso al agua como recurso vital y a otros recursos necesarios. En -2550 hubo un serio «conflicto internacional» entre Estados por el control del agua para los campos de cereales[108], que se resolvió mediante lo que hoy denominaríamos «diplomacia a tres bandas».

J. Burke y R. Ornstein han analizado este mismo proceso de centralización estatal pero investigando a la vez la creación y posterior evolución de la escritura como instrumento de orden y control en manos de la minoría rica[109], evolución inseparable del abandono de las viejas leyes violentas y de su reemplazo por las penas económicas. La cultura oral no sirve para hacer permanente de manera detallada la complejidad creciente de las transacciones económicas, del control de las mercancías y su almacenaje, de las nuevas penas y condenas, de sus cumplimientos, etcétera. Sostienen que «un temprano desplazamiento de la propiedad pública» en beneficio de la privada acaecido en Mesopotamia –«hace unos 4.500 años, sus tablillas de arcilla ya recogían detalles de las transacciones privadas y acuerdos contractuales»– antes que en otras culturas como la china, la india y la egipcia, obligó a un desarrollo de la escritura también más rápido.

El código legal más antiguo conocido data de entre -2112 y -2095, y muestra ya la tendencia a la uniformación de las unidades de medida, a la centralización administrativa, etcétera: «El proceso de estandarización de las mercancías y de la conducta se iba haciendo poco a poco incontenible»[110]. En -1792 se elabora el *Código de Hammurabi* instaurando la centralización administrativa, cultural y económica de Babilonia, en el que se mantiene la pena de muerte para

107. Paul Garelli: *El próximo Oriente asiático*, op. cit., pp. 202-205.

108. Federico Lara Peinado: «La Civilización Sumeria», *Historia 16*, Madrid 1999, pp. 41-44.

109. James Burke y Robert Ornstein: *Del hacha al chip*, Planeta, Barcelona 2001, p. 77.

110. James Burke y Robert Ornstein: *Del hacha al chip*, op. cit., pp. 80-81.

determinados casos:

> La preocupación babilónica por la continuidad del orden social, asegurada por la rígida codificación de los derechos y deberes individuales en las leyes, ha construido el núcleo de todo el pensamiento occidental posterior, especialmente como sustento de la división de la sociedad en clases bajo un monarca supremo, que gobierna por derecho divino[111]. Fue durante este período, concretamente entre -2093 y -2046, cuando los escribas de Ur III inventaron una forma de contabilidad que ahorraba trabajo en el momento de la suma total de superávit o de déficit[112], al igual que es entre -2036 y -2028 cuando tras una guerra: «grandes cargas de oro fueron llevadas a Nippur. El carácter político-comercial de las campañas es evidente. Por primera vez recibimos noticia de deportaciones de poblaciones extranjeras. Así surgió en las proximidades de Nippur una colonia de prisioneros, cuyos habitantes seguramente trabajaban en las obras públicas»[113].

Que la «primera civilización» nació y floreció en un contexto de violencias de todo tipo, desde las injustas y explotadoras hasta las justas y defensivas, es algo demostrado. Violencia y civilización, en general, son la unidad de contrarios en lucha permanente a lo largo de la dialéctica de la historia desde que esta se rompió por el surgimiento de la explotación. F. J. Presedo sostiene que una lectura seria de las *Admoniciones de Ipwer* como la *Profecía de Nefertiti*, de finales del imperio antiguo egipcio (dinastía III-VI, c. -2664 a -2181) puede sustentar la inferencia de que en ambos textos se describe «quizá por primera vez en la historia» y desde posturas conservadoras un período de cambio de estructuras económicas y sociopolíticas de manera progresista, desde un contexto anquilosado y estático hacia un «Egipto más justo». Son papiros de un realismo significativo que desde su perspectiva reaccionaria expresan la realidad de una guerra civil entre fuerzas ascendentes y fuerzas conservadoras: «se destruyen los archivos en una oleada de subversión social, que se manifiesta en el asalto de los de abajo a los puestos superiores»[114].

111. James Burke y Robert Ornstein: *Del hacha al chip*, op. cit., p. 82.

112. AA.VV.: *Los imperios del antiguo oriente*, Siglo XXI, Madrid 1971, tomo I, p. 121.

113. AA.VV.: *Los imperios del antiguo oriente*, op. cit., p. 116.

114. Francisco José Presedo: *El imperio antiguo*, en GHU CIL, Madrid 1986, tomo 3, pp. 166-168.

Que las tensiones sociales aquí descritas eran ya patentes en esa época ha sido demostrado por otros autores. Durante la dinastía VI entre -2345 y -2173 fueron los pequeños propietarios los que no pudieron responder a las sucesivas subidas de impuestos, luego se empobreció el pueblo y por fin el rey y el Estado, mientras se enriquecían los nobles. Simultáneamente se hundía la legitimidad del poder y de la religión por los abusos de la monarquía y la ineficiencia de la casta religiosa. Según el texto *Lamentaciones* de Ipur-ur –Ipu el Príncipe–, escrito al final de esta época, fue la primera revolución conocida de la historia. Antes de seguir, hay que decir que no estamos ante lo que ahora entendemos por revolución social[115] sino ante otro concepto meramente geométrico de dar vueltas alrededor de un eje «como el torno del alfarero», aunque la violencia fuera muy dura, según dice textualmente el documento de las *Lamentaciones*. Aun así la experiencia histórica es incontrovertible: «los dirigentes revolucionarios depusieron al rey y abolieron la monarquía [...] los pobres saquearon las casas de los ricos, les desposeyeron de sus bienes y mataron a sus hijos [...] los campesinos no se atrevían a arar la tierra, y si lo hacían iban armados por terror a las bandas de malhechores». El Príncipe da una versión pesimista y alarmista, derrotista, de la intervención de las masas contra los ricos y sus bienes, contra los archivos y tumbas reales; se queja del ateísmo y de que se hagan públicos los secretos religiosos entre el pueblo y la invasión extranjera que se produce al calor de la debilidad interna egipcia antes de la dinastía VII y VIII entre -2173 y -2160[116].

Otros autores también sostienen que «hacia el -II, Egipto se convirtió en campo de encarnizadas batallas de clase, que con frecuencia se transformaban en francas insurrecciones de los pobres y esclavos contra el poder de los faraones y de la nobleza esclavista». Estas contradicciones terminaron por reflejarse directamente en el panorama ideológico, religioso, cultural y filosófico, como se comprueba ya en *La canción del arpista*, y en muchas de las obras

115. M. I. Finley: «La revolución en la antigüedad», en *La revolución en la historia*, AA.VV., Crítica, Barcelona 1990, pp. 71-87.

116. B. G. Trigger: «Los comienzos de la civilización egipcia», en *Historia del Egipto Antiguo*, AA.VV., Crítica, Barcelona 1997, pp. 170-172.

llamadas *Instrucciones*, que expresan en buena medida la ideología reaccionaria de las clases dirigentes contra las sublevaciones sociales, justificando la necesidad del orden establecido. Especial importancia tiene por su contenido crítico el papiro *Diálogo de un desengañado con su alma*, en el que se constata y se denuncia que «la violencia se ha instalado por todas partes», y que «los corazones son duros y cada hombre quita las cosas a su propio hermano»[117]. Es decir, estamos ya ante los primeros datos incuestionables de la lucha social interna en una época que será decisiva para el futuro de Egipto, como es la determinada por la invasión de los hicsos y la larga guerra posterior. El que esta guerra se librase en un contexto de lucha de clases interna le otorga aún más valor teórico porque sintetiza así todas las contradicciones «modernas» del llamado «problema nacional».

F. Lara Peinado nos ofrece una descripción sintética tanto del estado de casi permanente inseguridad política interna de los poderes sumerios, desde la sublevación de Sargón (-2350 a -2300) contra el rey legítimo Ur-Zababa, derrotándolo, como del estado de guerra casi permanente contra otros pueblos y también contra sus reiteradas sublevaciones por la opresión que sufrían, existiendo algunos especialmente fanáticos de su independencia y libertad como los misteriosos qutu: «un pueblo que no toleraba control alguno»[118]. Este mismo autor habla de una «revolución interna» durante el reinado de Enmetema entre -2404 y -2375, rey que realizó reformas internas como la liberación de esclavos y remisión de las deudas públicas y privadas, y redactó el que puede ser considerado como el primer documento diplomático de la humanidad. También habla este autor de un «golpe de Estado» en -2352 llevado a cabo por el sector anticlerical y de «reformas sociales» en beneficio de las «clases medias»[119] de la época para reinstaurar las costumbres originarias. Las luchas de los grupos étnicos, por denominarlos de algún modo, para defender su libertad o para recuperarla no desaparecieron nunca del todo, y llegó un momento en el que jugaron un papel crucial. En otro texto diferente

117. M. A. Dynnik et alii: *Historia de la filosofía*, Grijalbo, México 1960, tomo I, p. 38 y ss.

118. Federico Lara Peinado: «Mesopotamia», *Historia de la Humanidad*, Arlanza Ediciones, Madrid 2000, tomo 3, p. 31.

119. Federico Lara Peinado: «La Civilización Sumeria», *Historia 16*, Madrid 1999, pp. 50-52.

al antes citado, el mismo investigador afirma que: «Los movimientos de estos pueblos, unidos al malestar general de las ciudades sumerias, causado por las reformas acadias y por problemas religiosos que provocaron levantamientos independentistas (caso de Uruk con su IV dinastía) motivaron la definitiva caída del imperio acadio»[120]. Pero la libertad también era buscada por los esclavos que se daban a la huida: en el Museo Británico «se conserva el primer anuncio que hace 3.000 años se originó en Tebas para buscar a un esclavo perdido o huido»[121].

Por su parte, P. Reader ha investigado en los archivos del Museo Británico de Londres, leyendo múltiples tablillas cuneiformes de la época del máximo esplendor mesopotámico, descubriendo textos que dicen lo siguiente sobre los objetivos, estrategias y tácticas de Sargón:

> El rey vencedor instala su trono a las puertas de la gran ciudad y hace que todos los prisioneros vayan desfilando ante él. Al rey de la ciudad vencida se le reservan los peores suplicios: se le arrancan los ojos y se le enjaula hasta el día en que el monarca asirio decida poner fin a su agonía.
>
> Sargón, el vencedor del rey de Damasco, mandó despellejar vivo a este y en su presencia. Mientras que a las hijas del rey vencido se las encadenó para ser conducidas a su harén de Asiria. Las otras mujeres, por orden suya, fueron convertidas en esclavas.
>
> Mientras tanto, todos los soldados se dedicaron a matar y decapitar a todos sus enemigos, llevando justa cuenta de tales hechos los escribas. Sin embargo, no todos los prisioneros fueron ejecutados, pues Sargón ordenó que los niños y gentes de oficio se dedicaran a la cautividad quedando, por ello, sujetos a los más duros trabajos en las construcciones reales. Lugares donde la mortandad era enorme debido a los abundantes pantanos que asolaban aquella región de Mesopotamia.
>
> Gran cantidad de prisioneros fueron degollados ante las puertas de la ciudad, y otro gran número se vio conducido al otro extremo del imperio. Esta última práctica estaba destinada a repoblar territorios deshabitados y a evitar, también, posibles rebeliones, pues las

120. Federico Lara Peinado: «La Civilización Sumeria», *Historia 16*, Madrid 1999, p. 78.

121. Eulalio Ferrer Rodríguez: *De la lucha de clases a la lucha de frases*, Taurus, México 1995, p. 317.

poblaciones autóctonas jamás apoyaban a los cautivos extranjeros.

> Tras la victoria se elevaba una acción de gracias en la que se ofrecían sacrificios a los dioses y una parte del botín conseguido. La matanza de prisioneros también tenía carácter de ofrenda y resultaba una práctica de origen religioso[122].

Una de las enseñanzas permanentes de las guerras en esta época es que los Estados participantes eran ya muy conscientes de la dependencia que tenían hacia los recursos energéticos y materiales en todos los sentidos. Las estrategias se ideaban en base a los recursos disponibles propios y ajenos, sobre todo teniendo en cuenta los grandes ejes de comunicaciones que conectaban las zonas de producción de bienes imprescindibles. Las guerras entre Babilonia y Asiria alrededor del -1300 estuvieron en buena medida condicionadas por estos problemas de abastecimiento de recursos materiales producidos en otras regiones, intentando ambos contendientes asfixiar económicamente a su enemigo cortándole sus vías de transporte[123]. Algo más tarde, en -1249, Asiria lanzó una ofensiva para aplastar a los diversos pueblos del Zagros, viéndose en la necesidad de renovarla regularmente por las tenaces resistencias que surgían una y otra vez. Dos fueron los métodos y objetivos buscados: uno, imponer el terror, colmar los valles de cadáveres amontonados en las ciudades destruidas para «descorazonar toda veleidad de revuelta» y saquear todo lo posible, de modo que «la guerra se convirtió a la vez en una forma de recaudación de impuestos y en una forma de comercio de Estado»[124], costumbre que no volvió a perderse nunca, hasta la destrucción de Asiria.

Pero además de los impuestos, Asiria buscó también quedarse con los hijos de los reyes vencidos, reeducándolos en las costumbres asirias para convertirlos en los mejores defensores del imperio que había exterminado a sus familiares. Este método fue aplicado posteriormente por casi todos los imperios, Roma incluida, aunque serían los turcos en el siglo XIV, como veremos, quienes lo

122. Paul Reader: *Cárceles, verdugos, torturas*, Seuba Ediciones, Barcelona 1997, pp. 9-10.

123. Paul Garelli: *El Próximo Oriente asiático*, op. cit., p. 162.

124. Paul Garelli: *El Próximo Oriente asiático*, op. cit., p. 163.

sistematizaron. La época de los «grandes conquistadores» asirios[125], a partir del -1300, se caracterizó además por sentar las bases para tres constantes que se acrecentarían con el tiempo hasta la destrucción del imperio: una, masificar el terror como arma de paralización del vencido, como cuando sacaron los ojos a 14.000 soldados enemigos en la guerra contra Khanigalbat; dos, justificar sus atrocidades bajo la supuesta voluntad divina, la de su dios-nacional, creando una única explicación en la que se juntaba la economía, el terrorismo y la religión, iniciando una costumbre típica de los imperialismos que se mantiene hasta ahora; y, tres, reiniciar cada poco tiempo nuevos ataques contra pueblos vencidos anteriormente, pero que volvían a la lucha mientras siguieran vivos. Como veremos, a la larga, esta capacidad de resistencia nacional a la opresión extranjera fue la causa de la destrucción de Nínive y de Asiria. De hecho, los habitantes de los pueblos atacados huían para volver más tarde[126], de manera que los asirios no tardaron en cerciorarse de que estaban entrampados en una guerra permanente en la que aumentaban los enemigos y disminuían las ganancias y las fuerzas propias.

C. Moreu ha investigado lo que define como «la gran conflagración de -1200», una verdadera «guerra mundial» dentro del amplio marco geográfico formado por el Mediterráneo oriental y el occidente de Asia. Diferentes problemas y tensiones de todo tipo fueron confluyendo en esta área hasta que se concretaron en una pugna abierta por el control de las zonas productivas de cobre y de otros materiales estratégicos, por el control de las vías del creciente comercio de mercancías y por el control de los pueblos y Estados más débiles. Una guerra internacional que terminó en «una victoriosa campaña llevada a cabo por los aqueos o micénicos con el fin de recuperar el control sobre sus rutas comerciales»[127], anteriormente cortadas en buena medida por el bando enemigo, liderado por el imperio hitita. La chispa que desató la gran conflagración se puede datar hacia -1240, cuando los hititas tuvieron que ocupar Chipre para asegurarse el suministro del imprescindible mineral de cobre, además

125. AA.VV.: *Los imperios del antiguo oriente II*, Siglo XXI, Madrid 1992, p. 64 y ss.

126. AA.VV.: *Los imperios del antiguo oriente II*, op. cit., p. 68 y ss.

127. Carlos Moreu: *La guerra de Troya*, Oyeron, Madrid 2005, p. 168.

de las otras riquezas de esta isla codiciada por todas las potencias del momento. Los hititas se lanzaron sobre Chipre debido a que antes habían perdido las minas de cobre del este de Anatolia por una invasión de los asirios que también necesitaban con la misma o mayor urgencia este metal estratégico. A la vez, el imperio hitita decretó un bloqueo comercial total contra el imperio asirio, ordenando al rey de Amurru, Sausgamuwa, lo siguiente: «Que tus mercaderes no vayan a Asiria y no admitas a sus mercaderes en tu país. Que ni siquiera transiten. Si alguno va, a pesar de todo, debes detenerlo y enviármelo»[128].

La importancia de la investigación de C. Moreu para nuestro estudio proviene de dos hechos: uno, que demuestra que las bases últimas del terror y del terrorismo que se desencadenaron en aquella guerra, con la destrucción de ciudades enteras, entre las que Troya es solamente una y precisamente no de las más ricas y poderosas, no provienen de la supuesta maldad genérica humana, sino de los intereses socioeconómicos. Imaginémonos las situaciones de pavor y espanto al leer que «todas estas invasiones y destrucciones causaron una considerable ola de refugiados»[129] que se trasladaban de un lugar a otro huyendo de masacres y esclavizaciones. Una inscripción egipcia de la época se refiere así a los llamados «pueblos del mar», que eran una de las confederaciones de pueblos que participaron en la conflagración: «Los pueblos que venían desde sus islas en medio del mar avanzaron hacia Egipto, con los corazones confiados en sus armas»[130].

El texto hace referencia a pueblos migrantes enteros, con sus mujeres y niños, que no provenían solo de «islas» sino de más allá del mar, porque el término egipcio de «isla» se refiere también a las zonas costeras. Por «los corazones confiados en sus armas» debemos entender la angustiada certeza egipcia de que tales invasores fusionaban en su cultura la guerra y los sentimientos como una unidad vital. Aunque Egipto terminó sobreviviendo a la guerra

128. Carlos Moreu: *La guerra de Troya*, op. cit., p. 156.

129. Carlos Moreu: *La guerra de Troya*, op. cit., p. 168.

130. Carlos Moreu: *La guerra de Troya*, op. cit., p. 134.

muy debilitada, las palabras citadas traslucen un miedo de fondo. Y el segundo hecho importante para nosotros es la afirmación de que: «Esta cadena de conflictos alteró completamente el desarrollo de los países del Mediterráneo oriental, provocando su posterior transición a la Edad del Hierro»[131], con lo que se confirma una de las tesis centrales del materialismo histórico según la cual las grandes guerras internacionales y todo lo que tiene implicación en los sentimientos y en la vida humana pueden llegar a ser una de las causas decisivas en el desencadenamiento del salto de una fase histórica a otra, en este caso de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro.

SAQUEO Y TERROR CALCULADO

Para hacernos una idea más exacta de lo aquí visto, podemos leer la siguiente descripción de los objetivos últimos del imperialismo egipcio:

> Enormes cantidades de mano de obra se empleaban en trabajos forzados dentro de la misma provincia y se deportaban esclavos y esclavas como propiedad de los templos, del palacio real o de los altos funcionarios. Anualmente se recogían tributos en especie, lo que nos da una imagen clara de los productos de Siria y Palestina. En primer lugar había que entregar productos agrarios (trigo, aceite, especias) y, en segundo, madera del Líbano, metales, sobre todo grandes cantidades de cobre, piedras semipreciosas, objetos artísticos y suntuarios y, naturalmente, armas. Aparte de esto, se transportaba a Egipto ganado en grandes cantidades, especialmente caballos, en cuya cría destacaban las regiones periféricas de Siria y Palestina. Incluso animales exóticos de esos países, como el oso y el elefante de Siria septentrional, y diversas clases de plantas desconocidas en Egipto pasaron a los jardines zoológicos y botánicos reales para realzar el prestigio de los faraones y subrayar las dimensiones ilimitadas de su poder.

Viendo la magnitud del expolio comprendemos tanto la magnitud de las resistencias al imperialismo egipcio, como la táctica de control,

131. Carlos Moreu: *La guerra de Troya*, op. cit., p. 169.

terror y desnacionalización de los ocupados empleada por Tuthmosis III consistente en mantener en sus puestos a los soberanos que se rendían sin batalla, pasando a ser vasallos, pero teniéndoles cogidos en lo que más querían: sus hermanos e hijos vivían como rehenes en Egipto para que no se sublevaran sus familiares, con lo que, con el tiempo: «Palestina y Siria vivieron intensamente la influencia egipcia»[132].

Llegamos a la tercera fase, la que más nos interesa ahora, la de Asiria que puede ser considerada como el primer imperio que «industrializó» todo lo relacionado con la guerra, con el ejército, con sus infraestructuras y fabricación de las armas más modernas, sofisticadas y letales de su época, muy conscientes de los efectos paralizantes del «síndrome del terror»[133], al decir de G. Chaliand. Los asirios fueron expertos en la pedagogía del miedo: «Como otros, antes y después que ellos, pero con más crueldad que la mayoría, los asirios emplearon en sus campañas un terror calculado. Para no encontrar resistencia, especialmente durante los asedios que podían resultar largos y costosos, tenían que hacer saber que las consecuencias de la derrota serían tan terribles que era preferible rendirse. Ser convertidos en esclavos era un mal menor frente al asesinato tras ser torturados. A modo de ejemplo, los asirios se tomaron el cuidado de exponer los cuerpos mutilados o desmembrados, con la piel hinchada de aire que se balanceaban al viento, al tiempo que sus viviendas eran arrasadas y los campos sembrados con sal. La deportación de poblaciones vencidas se volvió sistemática con la consolidación del imperio, por la necesidad que había de mano de obra. Se calcula que, durante los tres siglos que duró el imperio, habría habido más de cuatro millones de deportados hacia los centros asirios, ya para repoblar los nuevas ciudades, ya para absorber las poblaciones de las que no se estaba seguro en la periferia. Por otra parte, de forma clásica, el imperio seleccionaba a los artesanos que necesitaba. Así, una parte de la población judía de Samaria, por ejemplo, fue deportada a los montes Zagros, al este del núcleo central de Asiria»[134].

132. AA.VV.: *Los imperios del antiguo Oriente II*, Siglo XXI, Madrid 1992, pp. 158-161.

133. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, Paidós, Barcelona 2006, p. 75.

134. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, op. cit., pp. 71-72.

Se ha definido el método de guerra y de poder asirio como basado «en un terror puro y total. La política asiria reclamaba siempre adoptar acciones ejemplarizantes con quienes se les resistieran; ello incluía deportaciones de pueblos enteros y pavorosos castigos físicos [...] "Construí un pilar en la puerta de la ciudad, y desollé a todos los jefes de la revuelta, y cubrí el pilar con su piel; a algunos los emparedé, a otros los empalé con estacas" [...] métodos de asedio y horror; tecnología y terror». La destrucción de la ciudad sublevada de Laquis en el -701 y de Jerusalén en el -684, por poner solamente dos ejemplos, nos ilustran tanto de su capacidad estatal, económica y militar, como del papel del «terror calculado» antes de empezar los asedios y del terrorismo atroz una vez conquistadas las ciudades, saqueadas y destruidas. Las gentes sitiadas por los asirios, veían desde sus murallas a sus personas queridas degolladas, troceadas e hinchadas, y sus ojos les mostraban que rindiéndose al menos seguirían vivos como esclavos, pero vivos. ¿Para qué calculaban las dosis de terrorismo los asirios? Para obtener esclavos antes que muertos, es decir, fuerza de trabajo viva y productiva, mujeres, braceros y artesanos, antes que cadáveres inservibles excepto para los carroñeros; porque necesitaban repoblar áreas, hacerlas productivas aumentando así las riquezas del imperio. Carecía de sentido malgastar fuerzas en un ataque masivo a las murallas cuando los sitiados podían rendirse aterrorizados por las torturas que les esperaban tras ser vencidos, y por ello los asirios preferían ahorrar torturando a unos pocos al principio, ya que las ganancias serían mucho mayores si su pedagogía del miedo rendía efectos: muchas esclavas y esclavos vivos y ningún soldado propio muerto.

Herodoto afirmó casi al comienzo de su primer libro de historia, *Clío*, que «los hombres dan menos crédito a los oídos que a los ojos»[135]. No estaba diciendo que los hombres no den créditos a los oídos, porque afirmarlo sería negar la evidencia, sino que el crédito mayor se lo dan a lo que ven con sus ojos, directamente: «ver para creer», y en cierta forma esta es una de las bases del método científico-crítico. De hecho, Herodoto vuelve más adelante sobre este particular cuando en el Libro Cuarto, *Melpómene*, explica la táctica

135. Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*, Edit. Euroliber, Madrid 1990, p. 14.

de los escitas para domeñar por el terror a los esclavos sublevados simplemente avanzando contra ellos con los látigos en la mano[136]. Es por esto que, en primer lugar, la censura, la amenaza y la intimidación, el terror y la represión busquen siempre ser directamente visuales, golpear o prohibir con métodos y efectos apreciables «a simple vista», y ya después, en un segundo nivel y tras asegurar el primero, el poder hace intervenir otros sistemas basados en el oído, en el «se dice, se comenta, se rumorea…». Es por esto que el miedo oficial y su pedagogía se basen siempre en una especie de impronta física gravada en la persona y en el colectivo, una especie de impacto doloroso vivido en primera persona o visto impactar sobre las personas allegadas. Después, asegurada esta «memoria vívida» del dolor propio y ajeno, sobre ella se desarrollarán el resto de tácticas de intimidación basadas en el oído antes que en la vista. Herodoto, además de sentar la base materialista de su visión del mundo, también estaba sentado la base materialista de la pedagogía del miedo.

Herodoto nos ofrece tal vez el primer ejemplo de la efectividad del terror calculado registrado por la historia escrita y trata sobre cómo los lidios dirigidos por Aliates[137] aplicaban la pedagogía del miedo sabiamente dosificada: poco antes de recoger la cosecha, el ejército lidio atacaba Milesia «avisando» de su llegada con instrumentos agudos y graves. Los milesios se hacían a la mar abandonando su tierra al libre saqueo lidio. Los lidios se llevaban lo que encontraban pero no destruían las casas y los instrumentos de trabajo permitiendo así a los milesios volver a producir rápidamente y almacenar un sobrante hasta la siguiente invasión. Tras varias invasiones anteriores, con sus secuelas de destrucción, saqueo y terror, los milesios aprendieron a refugiarse rápidamente en el mar, donde no podían ser exterminados, para volver luego a sus tierras y empezar de nuevo. Por su parte, los lidios habían comprendido que les resultaba más productivo avisar de su llegada para encontrarse en el país vacío, pudiendo saquearlo sin encontrar resistencias que matarían a algunas tropas propias reduciendo así el beneficio obtenido.

136. Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*, op. cit., p. 202.

137. Herodoto: *Los nueve libros de la Historia*, op. cit., p. 18.

La ferocidad exterminadora de los asirios era tal que talaban los bosques y árboles frutales para condenar a hambre durante generaciones a los pueblos que se les habían resistido. Podemos leer en el Deuteronomio, el último de los libros del Pentateuco escrito al final de la dominación asiria, en el siglo -VII, cómo se prohibía talar los árboles frutales en caso de guerra, porque de ellos dependía buena parte de la alimentación del pueblo mediante las frutas secas. La prohibición buscaba garantizar que la gente pudiera comer algo tras la devastación militar, y el hecho de que se tuviera que prohibir esa práctica indica su alta frecuencia. Pero, como es de suponer, su prohibición religiosa no garantizaba en modo alguno que se dejara de talar los árboles frutales, práctica común en las devastaciones romanas posteriores. Tiene razón M. Walzer cuando detalla la larga lista de estrategias de arrasamiento de los recursos de los pueblos invadidos para someterlos a tales condiciones de penuria que anulen todo deseo de resistencia[138]. Llegamos aquí a un punto crucial en el problema del terrorismo: los límites de la política del terror masivo y permanente, el hecho constatado muy frecuentemente de que pasado un umbral de terrorismo aplastante, pueden reactivarse mecanismos de resistencia y de lucha que terminen sorprendiendo al poder terrorista, al Estado de clase y nacionalmente opresor. También tiene razón S. McGlynn cuando dice que parece abrumadora y desconcertante «la calculada crueldad de que hacían gala los comandantes medievales»[139] cuando planificaban sus campañas.

Los límites del terror calculado y del terrorismo se ejemplarizan en la propia historia de Asiria: «Como consecuencia del inmenso aborrecimiento que los pueblos sentían hacia los asirios, las primeras grietas aparecidas se aprovecharon a toda prisa, y el final fue bruscamente veloz. En el último cuarto del siglo -VII, casi todo el imperio se encontraba en rebelión; no eran solo luchas por la libertad, sino guerras de venganza. En el año -612, una coalición de rebeldes tomó la capital del imperio, Nínive, y la incendió hasta los cimientos»[140]. Fue debido a este terrorismo inhumano aplicado con

138. Michael Walzer: *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Piados, Barcelona 2001, pp. 236-237.

139. Sean McGlynn: A *hierro y fuego*, Edit. Crítica. Barcelona 2009, p. 315.

frialdad ejemplarizante tras el fracaso del previo «terror calculado», que los pueblos se fueron reorganizando, perdiendo el miedo y esperando la mejor oportunidad para sublevarse de nuevo iniciando la «guerra nacional» de resistencia como lo hicieron, por ejemplo, las tribus arameas o de los babilonios contra los asirios[141]. Pese a ser los asirios un «pueblo guerrero», sus «guerras destructivas acabaron con las riquezas de los países conquistados, induciéndolos a constantes revueltas, que hicieron necesaria una inmensa red de guarniciones, y a la larga, sus dominios imperiales excedieron a su capacidad para conservarlos»[142].

El terrorismo permitió al pueblo asirio y especialmente a su clase dirigente vivir por encima de sus capacidades productivas reales durante el tiempo en el que los costos militares fueron inferiores a las ganancias obtenidas mediante el terror. Se trataba de un imperialismo precapitalista que, empero, tenía una unión de fondo con el imperialismo actual: la explotación de los pueblos mediante la violencia. El imperialismo capitalista recurre al terrorismo cuando le fallan las tácticas de control económico e intimidación política anteriores, cuando falla el «terror calculado» moderno, que se ejerce mediante chantajes y amenazas de todo tipo. De la misma forma en que los asirios sabían contener su terror físico a la espera de que la dosificación del terror ejemplarizante paralizara todo deseo de resistencia en el pueblo amenazado, también hace lo mismo el imperialismo capitalista. Y también aprendió a hacer lo mismo el terror mongol visto antes. Igualmente hay una lección recurrente a lo largo de los tres terrorismos, el asirio, el mongol y el capitalista, y es la tendencia de los pueblos oprimidos a sublevarse contra el imperialismo de turno, contra su terror y terrorismo. Las restricciones económicas impuestas por los mongoles a los chinos, especialmente las relacionadas con los precios de venta de los caballos, mercado decisivo para el ejército mongol y por eso controlado estatalmente, terminaron por minar los apoyos chinos al régimen extranjero. Los mongoles tomaron precauciones para impedir que el pueblo chino

140. AA.VV.: *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo 3000 a.C-500 d.C.*, op. cit., pp. 185-188.

141. P. Garelli y S. Sauneron: *El Trabajo bajo los primeros Estados*, Grijalbo, 1974, p. 76.

142. J. F. C.: Fuller: *Batallas decisivas*, RBA, Madrid 2006, tomo 1, pp. 20-21.

desarrollara una fuerza militar propia y debilitase desde dentro el ejército ocupante: ningún chino alcanzó un puesto relevante en las administraciones militar y civil mongola mientras que, por el contrario, la guardia personal establecida por Kublai que defendía con su vida al emperador mongol estaba compuesta por 30.000 alanos cristianos, pero por ningún chino[143]. Pero a pesar de estas medidas tomadas porque el ocupante no se fiaba de los sentimientos del ocupado, los mongoles fueron derrotados por la sublevación nacional del pueblo chino a lo largo de una serie de rebeliones y guerras campesinas y urbanas que tomaron su impulso definitivo entre 1352 y 1356, en las que la lucha de clases y la lucha de independencia nacional estaba fusionada en el movimiento revolucionario denominado Ejército de Pañuelos Rojos, uno de cuyos lemas era «desposeer a los ricos para beneficiar a los pobres»[144], liberando a China de la ocupación mongola.

Otro ejemplo de los límites de la política terrorista extrema nos lo muestra la heroica lucha de resistencia nacional coreana contra la invasión japonesa iniciada en mayo de 1592. La ciudad portuaria de Pusan resistió hasta la desesperación, pero al final fue conquistada y sometida a una «matanza implacable». Yoshino escribió: «Tanto hombres como mujeres e incluso perros y gatos fueron decapitados y se vieron 30.000 cabezas». Pero «las atrocidades japonesas produjeron un movimiento de resistencia popular, los llamados ejércitos honrados de guerrilleros». Otras ciudades siguieron resistiendo, especialmente la estratégica de Chinju: «Se dice que las mujeres coreanas dieron su propio cabello como material de repuesto cuando las cuerdas de los arcos se rompían por el constante uso». Al caer Chinju «la matanza fue terrible, ya que era costumbre que los samuráis ganaran prestigio reuniendo cabezas. Al menos 25.000 coreanos murieron en este holocausto. Miles de cadáveres sin cabeza flotaban en el agua, a los que se unieron quienes se suicidaron o se ahogaron tratando huir»[145]. La guerrilla popular más la disciplina militar

143. AA.VV.: *Técnicas bélicas del mundo oriental 1200-1860*, Edit. LIBSA, Madrid, 2009, p. 83.

144. Bai Shouyi (coord): *Breve historia de China*, Edic. en Lenguas Extranjeras, Beijing 1984, pp. 297-299.

145. AA.VV.: *Técnicas bélicas del mundo oriental 1200-1860*, Edit. LIBSA, Madrid 2009, pp.

coreana fueron dos de los secretos que explican la tenaz resistencia al invasor. El almirante coreano Yi Sun-Sin escribió que «de los capitanes de esta flota se espera que obedezcan mis órdenes al pie de la letra; si no lo hacen, no mostraré indulgencia con los errores más nimios, y la rigurosa pena del reglamento militar caerá sobre ellos»[146]. Logró así una disciplina imprescindible para vencer a la armada japonesa en julio de 1592, aunque las disensiones internas en la corte coreana terminaron por arruinar este logro.

201-205.

146. AA.VV.: *Técnicas bélicas de la guerra naval 1190 a. C-Presente*, Edit. LIBSA, Madrid 2005, p. 101.

3 TERRORISMO ESCLAVISTA

MERCADO Y VIOLENCIAS

Mientras que en las sociedades tributarias de Mesopotamia, Egipto, India y China, las violencias estaban constreñidas pese a su extrema brutalidad a los límites insalvables impuestos por la economía de trueque, de tributo en especias y de poco desarrollo de la forma-dinero, es decir, donde el valor de cambio no se había impuesto definitivamente, en Grecia empezaba una transformación interna que generaría efectos cualitativos en el tema que tratamos, el del terrorismo. Hemos dicho que las primeras agrupaciones humanas carecían de la especialización suficiente para formar individuos dedicados exclusiva o mayormente al ejercicio de la violencia. La razón no es otra que el escaso desarrollo de las fuerzas productivas impedía la suficiente acumulación de recursos sobrantes, de excedentes que alimentaran a las personas que por dedicarse casi totalmente a la violencia dejaban de ser productivas en otras cuestiones; lo mismo sucedió en lo referente al conocimiento especializado en la agricultura, ganadería, irrigación, construcción, conservación de los alimentos, etcétera.

En la medida en que aumentaba el excedente acumulado se incrementaban los recursos que podían mantener más personas sin trabajar pero aprendiendo en su especialización, en nuestro caso en el de la violencia, y en la medida en que ese excedente era producido por una mayoría social pero administrado por una minoría especializada, esta iba acumulando más poder hasta terminar apropiándose de las

fuerzas productivas. Surgieron primero las jefaturas transitorias, luego los cacicazgos y las familias dominantes, más tarde las castas y por fin las clases sociales propietarias de las fuerzas productivas. La especialización y el monopolio de la violencia fue avanzando a la vez que esta escisión social interna como la otra cara de la misma moneda, y la opresión de la mujer por el hombre fue el primer experimento con éxito en esta privatización de la violencia explotadora y del terrorismo.

Estudiando el desarrollo de las fuerzas productivas y la consiguiente acumulación de excedente hasta que las sociedades estuvieron en condiciones de dar un paso más en la especialización militar, Y. Garlan dice que:

> En Grecia era cosa hecha desde mediados del segundo milenio y en Italia antes de la primera mitad del I milenio, es decir, en ambos casos, al comienzo de la época histórica. Por entonces, la división del trabajo, inseparable del progreso de las fuerzas productivas, había dado lugar a la aparición de un proceso de diferenciación social consagrado por la instauración de relaciones de explotación. Naturalmente, estas estaban basadas en el uso de la fuerza, el acaparamiento del producto o en la esclavización del productor, que eran los únicos modos capaces de asegurar un excedente, dada la escasa rentabilidad del trabajo humano[1].

Con el desarrollo socioeconómico posterior fue creciendo una dinámica expansiva en la que tuvieron decisiva importancia dos grandes bloques de fuerzas en interacción permanente: el uso del alfabeto y de la escritura, con la democratización de la cultura, y la relativa resistencia de la democracia comunal de los campesinos libres, con las consiguientes luchas en defensa de sus derechos y con las dificultades de la clase más rica, la oligarquía, para mantener su poder. G. Novack nos ofrece esta interesante descripción: «Lo característico de la sociedad ateniense no era la calma, sino la lucha. Las prolongadas y victoriosas guerras de defensa nacional elevaron el orgullo, la confianza en sí mismos y la autoestima de los atenienses; las intrigas y las guerras imperialistas con las ciudades-Estado rivales

1. Yvon Garlan: *La Guerra en la Antigüedad*, Aldebarán, Madrid 2003, p. 177.

les impulsaron a aprovechar, cuando no a agotar, todas sus energías; las vastas ramificaciones de sus empresas comerciales y colonizadoras, las disputas de los litigantes ante los tribunales, las contiendas electorales, las luchas fraccionales y las revueltas civiles, significaban una convulsión constante. Un mensajero de los corintios decía a los lacedemonios que los atenienses "llegaban al mundo y no se concedían ningún descanso a sí mismos ni se lo concedían a los demás"»[2].

Pensamos que este proceso fue debido a la interacción de, al menos, tres procesos estrechamente unidos a la extensión de la economía dineraria, de las primeras redes de comercio extenso basadas en el uso del dinero, de la moneda acuñada por las ciudades-Estado. Uno de ellos fue el desarrollo del alfabeto. Entre muchos otros investigadores, Burke y Ornstein, anteriormente citados, también resaltan las novedosas vías abiertas por la socialización del alfabeto entre las clases ricas griegas que, a diferencia de otras formas de escritura, estimula el tratamiento del lenguaje y acelera su interacción con la mano y el cerebro. La mayor facilidad para aprender el alfabeto en comparación al resto de escrituras entonces existentes, democratizó el conocimiento, aunque seguía controlado por una minoría, pero a pesar de esto «con la lectura alfabética, la capacidad para representar el mundo de manera abstracta y de combinar y recombinar elementos abstractos se convirtió en parte consustancial de la didáctica con que se nos enseñaba a pensar»[3]. Tales capacidades fueron sometidas a prueba y a crecientes exigencias por el expansivo comercio griego y por las presiones del tercer factor: el precio del hierro suficientemente bajo para permitir armar a los campesinos, artesanos y comerciantes libres con armas mejores y más baratas, lo que aceleraba la espiral de demandas intelectuales a un método de pensamiento sometido a fuertes presiones prácticas.

Bajo este contexto y «quizá porque esa capacidad acrecentada de dividir y controlar el pensamiento, los primeros intelectuales griegos se sentían en gran medida libres del respeto reverencial hacia las

2. George Novack: *Los orígenes del materialismo*, Pluma, Bogotá 1977, pp. 157-158.

3. James Burkey Robert Ornstein: *Del hacha al chip*, Planeta, Barcelona 2001, pp. 99-100.

religiones que había impregnado la casi totalidad del pensamiento anterior. La filosofía, tal como la conocemos, había comenzado a desarrollarse un siglo antes, y por primera vez en la historia planteaba preguntas acerca de la naturaleza del propio saber, de los aspectos prácticos del dominio de la ley y de las convenciones sociales. Los pensadores de Mileto, en el siglo -VI, fueron de los primeros en ocuparse de tales cuestiones. Todos ellos eran hombres prácticos, implicados en la política y el comercio de su ciudad, entendidos en aritmética y geometría. Fueron los primeros en dar explicaciones puramente naturales del origen del mundo, desprovistas de ingredientes mitológicos. Normalmente tendían a hacer grandes generalizaciones sobre la base de observaciones restringidas pero meticulosamente seleccionadas»[4].

Peter Jay ha explicado muy bien esta dialéctica de factores en cuatro densas y apretadas páginas que no podemos reproducir aquí al completo. No duda en citar a otros investigadores aceptando que: «acuñar moneda con el distintivo de la ciudad equivalía a proclamar su propia independencia política», y añadiendo que: «la íntima y necesaria conexión entre la identidad política y la monetaria se hizo aún más fuerte cuando los Estados descubrieron que podían beneficiarse de la emisión de monedas que necesitaba la sociedad para lubricar sus negocios y su comercio cotidianos». Más adelante escribe:

> Grecia estableció a la sazón lo que se ha convertido en una de las conexiones más sólidas de toda la historia de la economía: la existente entre la soberanía política y el ámbito de aceptación de una moneda. Esta era efectiva en ambos sentidos: los Estados emitían moneda porque resultaba rentable y porque servía para proclamar su poder e independencia, mientras que la fabricación de las propias monedas les daba libertad para financiar el comercio y la defensa necesaria para respaldar su prosperidad y libertad.

Aunque no llegaron a desarrollar un concepto capitalista de actividad bancaria, desconociendo los cheques y las letras de cambio, sí avanzaron en cuestiones directamente relacionadas con el crédito

4. James Burkey Robert Ornstein: *Del hacha al chip*, op. cit., pp. 100-101.

que afectan a temas fundamentales de la vida y conciencia colectivas, como la existencia de un sistema judicial adecuado:

> Se reconocieron así mismo los acuerdos escritos, y la idea de que la justicia debía ser expeditiva al tiempo que justa tomó cuerpo en una ley que establecía que los casos comerciales habían de dirimirse dentro del plazo de un mes, de tal manera que los mercaderes pudiesen salir a navegar conforme a sus necesidades (una idea que parece haber descuidado el mundo moderno)[5].

La moneda acuñada abrió un universo nuevo e inexplorado al pensamiento humano, obligándole a enfrentarse a lo no material que existe en algo material como es la mercancía. Es el problema del valor y de las contradicciones antitéticas que el dinero tiene con el mundo de los sentidos, y a pesar de ello, como dice A. S. Rethel, su intrínseca referencia a este. La búsqueda de soluciones a estas contradicciones «ocupó a la larga lista de filósofos que va desde Tales hasta Aristóteles durante trescientos años de sorprendente esfuerzo intelectual. Lo que apareció entonces fue la capacidad de razonar conceptualmente en términos de universales abstractos, una capacidad que establecería la total independencia del trabajo intelectual del trabajo manual»[6]. S. Rethel plantea una reflexión decisiva que atañe no solo a la teoría del conocimiento sino también a la práctica social, según la cual el impacto de la economía mercantil y dineraria tuvo efectos cualitativos sobre la forma anterior del conocimiento basado en el trueque y la reciprocidad fuera del mercado. Su teoría de la «falsa conciencia necesaria»[7] permite explicar por qué el conocimiento puede conocer la realidad y transformarla según las necesidades humanas aunque sea un conocimiento tergiversado y limitado por la dictadura de la mercancía y del dinero, de la «abstracción mercancía».

Esto se comprueba en Pericles, en la literatura de Sófocles, en los análisis estratégicos de los militares griegos, desde Brásidas hasta

5. Peter Jay: *La riqueza del hombre*, Crítica, Barcelona 2002, pp. 56-59.

6. Alfred Sohn Rethel: *Trabajo intelectual y trabajo manual*, El Viejo Topo, Barcelona 1979, p. 61 y ss.

7. Alfred Sohn Rethel: *Trabajo intelectual y trabajo manua*l, El Viejo Topo, Barcelona 1979, p. 61 y ss.

Jenofonte y, por no extendernos, en los textos «prácticos» de Aristóteles, o simplemente leyendo a Tucídides. Pero antes de todo esto, y dando la razón a A. S. Rethel, nos encontramos con que ya en el siglo -VI el sabio Tales de Mileto, iniciador de la ciencia presocrática y uno de los primeros, si no el primero, en fusionar el método de pensamiento racional y científico con la ganancia económica, había lanzado la idea de que la única forma que tenían los griegos, divididos en débiles ciudades-Estados, para resistir a la uniforme y cohesionada agresión persa era la de crear un auténtico Estado federal con el consejo en Teos[8].

Por no extendernos, nos limitamos a un único ejemplo más sobre las perspectivas abiertas por la irrupción de la economía mercantil liberada de las trabas de los imperios premercantiles: «En el año -399 Dionisio el Viejo, que reinaba en la ciudad griega de Siracusa, se preparó para una guerra con los cartagineses y decidió poner en marcha un programa de investigación militar. Utilizó técnicas que hoy en día nos resultarían familiares, como la reunión de grandes equipos de especialistas, la división del trabajo y los incentivos económicos. Con todo ello consiguió diseñar las primeras catapultas [...] Las catapultas alteraron de forma decisiva la conducción de la guerra»[9]. Con el tiempo, la vía abierta por este protocomplejo industrial-militar sería decisiva para el avance científico mediante el estudio de la balística, química, metalurgia, etcétera. Otras culturas también desarrollaron estas cuestiones, pero, como veremos, fue en Europa en donde más se investigaron las interrelaciones profundas entre guerra y ciencia, de modo que «el arte de matar a distancia se convirtió, muy tempranamente, en una especialidad europea»[10].

Es por esto por lo que hay que insistir en que la historia griega, y el terrorismo militar que inaugura, no se entiende si no se parte de la interacción entre la economía mercantil, la defensa de la soberanía de las ciudades-Estado y su conexión con una totalidad interestatal superior siempre móvil y con alianzas que se tejían y rompían

8. Anthony Pagden: *Pueblos e imperios*, Mondadori, Barcelona 2000, p. 33.

9. Víctor Barreiro Rubín: *La Guerra en el Mundo Antiguo*, Almena, Madrid 2004, p. 55.

10. Sven Lindqvist: *Exterminad a todos los salvajes*, Turner, Madrid 2004, p. 73.

sucesivamente, contexto amplio en el que los griegos desarrollaron su imperialismo y sus alianzas complejas que se ramificaban a terceros aliados, de modo que a veces se hacía muy difícil precisar las respectivas obligaciones, lo que facilitaba la marrullería y la reavivación de viejas afrentas que alimentaba odios inveterados entre Estados, como el que enfrentaba a los eginetas con los atenienses[11]. Una idea muy aproximada de qué era y cómo se expresaba esa complejidad de alianzas dentro de la concepción general de vida, la obtendremos leyendo la versión que ofrece Tucídides del célebre discurso fúnebre de Pericles a los pocos años de Platea, en el que juegos, fiestas, hermosas casas particulares, etcétera, están perfectamente integradas en el alejamiento de las preocupaciones y fatigas, en el disfrute de alimentos de otros países y, sobre todo, en la necesidad de mantener a Atenas fuerte, unida y consciente de su identidad colectiva para mantener su ejército prácticamente invencible[12]. Lo que se esconde debajo del discurso es la astuta brutalidad terrorista que era capaz de aplicar Atenas cuando veía en peligro su poder hegemónico.

A partir de un momento determinado tanto por la escisión sexual producida por la opresión de la mujer en una sociedad tan machista como la griega, a la que de Ste. Croix dedica todo un apartado para hablar de esta crucial injusticia[13] en su texto de obligado estudio, como por la escisión clasista, las luchas colectivas, etno-culturales, «nacionales», o como queramos definirlas ahora sin mayores precisiones, son inseparables de las luchas clasistas y de las alianzas internacionales, como muestra Tucídides en múltiples situaciones que no podemos exponer aquí más que en dos casos, al comienzo y al final de su libro *Historia de la guerra del Peloponeso*. La primera situación es su narración de la lucha de clases en la ciudad de Epidamno, en la que el partido popular venció a los aristócratas y oligarcas, que reaccionaron pidiendo apoyo a los pueblos «bárbaros», extranjeros, para recuperar el poder en una ciudad revolucionaria que sabedora

11. Herodoto: *Los nueve libros de la historia*, op. cit., p. 255.

12. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Akal Clásica, 1989, pp. 149-155.

13. De St. Croix: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Crítica, Barcelona 1988, pp. 122-136.

de sus limitaciones militares pidió ayuda a la ciudad de Corcira[14]. Tomando como eje de reflexión a Corcira y a las luchas sociales de su entorno y época, Bowra sostiene que «la lucha de clases en Grecia podía alimentar una brutalidad sangrienta, y las atrocidades de Corcira no fueron, en modo alguno, únicas. Interesaba a los demócratas evitar cualquier cosa de este tipo, y la violencia que les mostraron sus adversarios indica cuánto les temían y lo fuertemente que se les suponía atrincherados en el poder. Atenas dio a las masas un sentido de sus derechos y de su dignidad por el que estaban dispuestas a luchar, no solo contra enemigos inmediatos en el interior, sino contra Esparta u otros enemigos que encarnasen los sentimientos que ellos rechazaban»[15].

La segunda narra la experiencia de Samos, ciudad en la que la independencia estaba unida a la victoria de los demócratas sobre la oligarquía aristocrática, instaurando una dictadura de la mayoría sobre la minoría que afectaba incluso a los matrimonios interclasistas buscando aislar a la aristocracia impidiendo su recuperación mediante el mercado matrimonial, en el que las mujeres eran simples instrumentos de alianzas familiares; y a las reacciones de la oligarquía para retomar el poder de clase en su Estado, siempre con las respectivas alianzas internacionales: «Por aquella época, aproximadamente, se rebeló en Samos el partido popular contra los aristócratas con la ayuda de los atenienses que se encontraban todavía allí con tres barcos. Los demócratas de Samos mataron en total a unos doscientos aristócratas y condenaron al destierro a cuatrocientos, cuyas tierras y casas administraron ellos mismos. Como los atenienses después de esto decretaron su independencia, teniéndolos ya por aliados seguros, llevaron en lo sucesivo el gobierno de la ciudad y privaron a los terratenientes de cualquier derecho: no era lícito, por ejemplo, que nadie del partido popular tomara de ellos mujer o entregara su hija a uno de ellos»[16].

La base social de la forma de vida expuesta por Pericles era el

14. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, op. cit., p. 62 y ss.

15. C. M. Bowra: *La Atenas de Pericles*, Altaya, Barcelona 1996, pp. 84-96.

16. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, op. cit., pp. 551-552.

ciudadano-soldado. La sociedad griega clásica fusionaba en una sola visión lo que la burguesía divide en dos, los derechos y los deberes. Para el ciudadano-soldado griego derechos y deberes eran una unidad por la que había que matar y morir, explotar a las mujeres y esclavos, despreciar a los extranjeros y aplastar a los pueblos que rechazaban la supremacía ateniense. Según Garlan, en la Grecia clásica «un ciudadano es, por definición, un soldado»; «el buen soldado es propietario de tierras»; «el buen soldado era también padre de familia»; y «el soldado tiende, por definición, a comportarse como ciudadano»[17]. Sin embargo, este autor hace bien en advertirnos que pese a todo lo visto, en los ejércitos griegos solo las clases dominantes tenían derecho a dirigir la guerra: «El reclutamiento seguía teniendo una base censitaria: los estrategas debían pertenecer a la clase superior, la de los pentacosiomedimnos, y ser propietarios de tierras»[18]. Por tanto, dado que el buen soldado es propietario de tierras está interesado en protegerlas y en ampliarlas, y en practicar una forma de violencia que exprese ese criterio de propiedad. Volveremos a esta cuestión porque es decisiva.

Es igualmente decisivo para el estudio del nuevo terrorismo el hecho de que Grecia siempre sufrió una angustiosa carencia de tropas sobre todo cuando se enfrentó a las dos invasiones persas y cuando, para empeorarlo, desconfiaba con mucha razón de la fidelidad de las clases ricas oligárquicas dispuestas a negociar con los atacantes para recuperar su poder interno. Hay que tener el cuenta que en la primera fase de la guerra jónica, el avance persa sobre las ciudades jónicas resistentes en el -497, y en los años siguientes, fue en extremos brutal y exterminador: «ciudades y santuarios reducidos a cenizas, hombres asesinados, muchachas deportadas a los harenes orientales, muchachos castrados y convertidos en sirvientes eunucos, mujeres y niños vendidos como esclavos»[19]. Los griegos sabían qué futuro les esperaba si perdían la guerra contra Persia. El bloque defensor de la independencia de Atenas estaba dirigido, entre otros, por Milcíades «jefe del partido patriótico»[20], que el día de la batalla estuvo al mando

17. Yvon Garlan: *La Guerra en la Antigüedad*, Alderabán, Madrid 2003, pp. 61-63.

18. Yvon Garlan: *La Guerra en la Antigüedad*, op. cit., p. 156.

19. Philip de Souza: *De Maratón a Platea*, Osprey, Madrid 2008, p. 17.

del ejército griego.

La batalla de Maratón, -490, librada cerca de Atenas, ofrece dos lecciones. La primera, la militar, muestra la superioridad táctica, técnica y psicológica griega sobre el ejército persa, superior en masa pero inferior en calidad. La segunda lección es estratégica en dos sentidos relacionados ya que, por un lado, derrotó el desembarco persa y, por otro lado, impidió la conquista de Atenas por los invasores facilitada desde dentro por una «quinta columna»[21]. Al terminar la batalla, Milcíades mandó al soldado Filípides que fuera corriendo a Atenas para dar cuenta de la victoria con el fin de aumentar la moral del pueblo demócrata y atemorizar a la minoría oligárquica que había pactado con Darío las condiciones para recuperar su poder de clase en Atenas bajo la nueva ocupación persa. Mientras Filípides corría los 42 kilómetros el ejército volvía rápidamente a Atenas. Filípides murió nada más comunicar la victoria, y Atenas siguió siendo demócrata-esclavista.

Esta lección estratégica confirma la interacción entre luchas clasistas internas, luchas etno-nacionales entre dos modelos opuestos de comunidad nacional e invasiones externas en apoyo a las clases explotadoras. No era nada nuevo la existencia de una fuerza clasista dispuesta a pactar con el invasor persa. La cultura griega llevaba mucho tiempo dejando constancia del poder corruptor del «oro persa» entre las clases ricas, dispuestas a pasarse al invasor con tal de mantener parte de su poder. Incluso entre los espartanos, que eran tan propensos como los demás a dejarse corromper por el dinero[22], se dieron casos de colaboracionismo con los invasores por parte de desterrados ricos muy conservadores que habían sido bien recibidos y tratados por los persas, recibiendo tierras y riquezas a cambio de sus consejos. Persia sabía que necesitaba de estos colaboracionistas para ponerlos al mando de las ciudades griegas[23] que iba a conquistar,

20. AA.VV.: «Milcíades», *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 13, p. 10208.

21. Emile Wanty: *La historia de la humanidad a través de las guerras*, Edic. Aura, Barcelona 1972, tomo I, p. 11.

22. Antonio Escohotado: «Democracia y demagogia», en *Lo que hacen los sociólogos*, CIS, Madrid 2007, p. 148.

lo que le facilitaría el control interno y reduciría la posibilidad de revueltas de liberación nacional. Veremos que los romanos siglos después también aplicarán este método persa.

Grecia era una sociedad militar y, al igual que Roma, ambas eran «sociedades guerreras» en las que el papel de las mujeres era el de «criadoras de futuros soldados»[24]. De igual modo, ambas eran esclavistas hasta grados criminales cuando se trataba de mantener y aumentar su poder. J. M. Blázquez ofrece un listado estremecedor de las atrocidades realizadas por el imperialismo griego y cartaginés en su apogeo, de sus masacres sistemáticas de poblaciones enteras, incluidas las mujeres y los niños cuando no necesitaban más fuerza de trabajo esclava[25]. Cuando hablamos de la famosa «ciudadanía grecorromana» tendemos a olvidar estas dos realidades, la explotación de la mujer y de masas impresionantes de esclavas y esclavos, así como el desprecio al extranjero y la imposición de leoninos tributos a los pueblos débiles. Este segundo componente imprescindible para satisfacer los «derechos ciudadanos». Antes de seguir con el problema de la esclavitud, hay que partir de la denuncia crítica realizada por M. Lengellé en el sentido de que el «silencio de los esclavos», es decir, el desconocimiento profundo de la historia de la esclavitud, de sus luchas y de sus reivindicaciones, es debido a la voluntad de las «clases poseedoras»[26] de todos los tiempos de ocultar esta forma inhumana de explotación. En la Grecia clásica, la vida de algunos pocos esclavos fue mejorando dentro de lo posible, pero siempre estuvieron bajo la voluble voluntad del amo, y aunque las luchas sociales abiertas o soterradas que libraron no les devolvió la libertad, sí les alivió un poco su situación[27], que frecuentemente era infrahumana. En Roma, «la hostilidad de los amos hacia sus esclavos se descubre apenas se rasca un poco en la superficie de la civilización

23. Philip de Souza: *De Maratón a Platea*, Osprey, Madrid 2008, p. 85.

24. Sarah B. Pomeroy: *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Akal, 1987, p. 252.

25. J. M. Blázquez: «Problemas económicos y sociales de los siglos V y IV a. C. en Diodoro de Sicilia», en *Clases y conflictos sociales en la Historia*, Cátedra, Madrid 1977, pp. 32-34.

26. Maurice Lengellé: *La esclavitud*, Oikos-Tau, Barcelona 1971, p. 49.

27. Ettore Ciccotti: *La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano*, Círculo Latino, Barcelona 2006, p. 118.

romana»[28]. Como veremos luego, las luchas esclavas afectaban al corazón del sistema y el terrorismo grecorromano tuvo como uno de sus tres objetivos vitales acabar con ellas.

Es la dialéctica entre explotación, guerra y cultura la que nos explica otro «logro» de la civilización helénica: el de idear una de las primeras doctrinas de contrainsurgencia, uno de los primeros sistemas represivos de los que tenemos datos fiables en la historia, si no el primero. Recordemos que los espartanos aniquilaban periódicamente a un número de esclavos ilotas para advertir así a los demás que su vida dependía de los amos. Pero llegó el momento en que esas represiones preventivas dejaron de surtir efecto, y ante la resistencia del pueblo ilota, pueblo autóctono invadido y esclavizado por los espartanos cuando llegaron a Grecia, los espartanos idearon una estratagema aplicada con posterioridad por muchas clases y naciones dominantes. Según Tucídides:

> Con los atenienses amenazando el Peloponeso y en especial su país, cifraban sus mayores esperanzas de alejarlos en molestarlos a su vez con el envío de un ejército hacia sus aliados, máxime cuando estos estaban dispuestos a mantenerlos y los habían llamado con intenciones de rebelarse. Al mismo tiempo, estaban deseando disponer de un pretexto para enviar fuera a los ilotas, para evitar su posible sublevación ante el hecho de la toma de Pilos. Pues por temor a su ardor y a su número (en efecto, casi todas las disposiciones de los lacedemonios respecto a los ilotas trataron siempre fundamentalmente de su vigilancia) en cierta ocasión habían hecho lo siguiente: hicieron saber que cuantos ilotas consideraran haberse comportado con mayor valor ante el enemigo en beneficio de Esparta se sometieran a una investigación, cuyo resultado podría ser la libertad. Con ello hacían solo una prueba, convencidos de que los que por orgullo se consideraran dignos de obtener la libertad en primer lugar serían precisamente los mismos capaces de rebelarse contra ellos. Eligieron, pues, unos dos mil, quienes, adornados con coronas, rodearon los templos, como si fueran hombres liberados; pero poco después los espartanos los hicieron desaparecer y nadie sabe cómo murió cada uno[29].

28. Keith Hopkins: *Conquistadores y esclavos*, Edic. Península, Barcelona 1981, p. 149 y ss.

29. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Akal, Madrid 1989, p. 310.

Los espartanos tenían que recurrir a este y a otros métodos de exterminio porque vivían en «constante temor» por la latente posibilidad de sublevaciones de los esclavos, por lo que organizaban expediciones de castigo, criptias, en las que mataban a los esclavos más fuertes[30]. Otro método era el de que cada joven espartano matara una noche a un esclavo, para mantener a estos en el terror paralizante. No tenían apenas otro remedio que recurrir al terrorismo institucionalizado si querían seguir gozando de sus derechos a la propiedad de la tierra conquistada a los ilotas. En sus momentos de gloria, en Laconia vivían, aproximadamente, solo 5.000 espartanos con plenos derechos de decisión en las asambleas de la democracia esclavista impuesta por ellos y en la que solo ellos podían decidir. Existían además unos 50.000 periecos con libertades económicas pero no políticas, que podían llevar las armas de apoyo a los soldados espartanos, pero que no podían decidir absolutamente nada por no ser ciudadanos. Y por fin, todo el edificio se sustentaba sobre la explotación de unos 250.000 esclavos ilotas[31] sometidos a crueles condiciones de malvivencia. Naturalmente, las mujeres no contaban en absoluto.

GUERRA FEROZ, ATROZ Y BREVE

El exterminio salvaje de las revueltas esclavas hubiera sido imposible de no haberse creado antes una máquina militar, una mentalidad y una doctrina bélica, desconocidas hasta entonces y que fueron perfeccionándose respondiendo a las urgencias de la explotación interna y del imperialismo externo. Para comprender este proceso debemos volver a lo arriba dicho sobre el papel del ciudadano-soldado primero en Grecia y después en Roma. Tenemos que empezar por Grecia porque fue de ahí de donde aprendieron los romanos. En la época de gloria, la base de los ejércitos griegos

30. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, La Habana 1990, primera parte, p. 134.

31. Dominique Venner: «En un principio fue Esparta», en *Los grandes cuerpos militares del pasado*, A.T.E., Barcelona 1980, pp. 16-17.

eran los pequeños campesinos libres, los «ciudadano-soldados», conscientes de la importancia de las campañas militares cortas y contundentes, pues las tareas agrarias exigían la mayor parte del tiempo. No eran muchos, tenían que trabajar la tierra, vigilar a los esclavos y a las mujeres, y participar en la res publica, en la política. Así que inventaron algo desconocido hasta entonces, la disciplina.

J. Keegan ha resumido las diversas teorías que explican por qué los griegos fueron los primeros en desarrollar una forma de guerra «feroz, atroz y breve» destinada a producir el máximo daño posible en el adversario en el menor tiempo posible y con las mínimas bajas posibles. Una forma de guerra que si bien seguía respondiendo, al menos en sus principios históricos, a razones como el honor, la venganza de linaje y la síntesis de ambas cuando de por medio estaba el rapto de mujeres propias por otros enemigos, siendo esto verdad aunque de forma decreciente, lo decisivo llegó a ser el interés económico en su sentido mercantil. Fueron los persas los primeros en sufrir de manera impactante e incomprensible para su mentalidad guerrera la «locura destructiva» griega, su manera directa de atacar a fondo, hasta el corazón del adversario, sin rodeos ni ceremonias, sin piedad[32]. La narración que hace Herodoto de la batalla de Maratón es totalmente esclarecedora del nuevo sistema de guerra ateniense, que sorprendió a los persas, derrotándolos y persiguiéndolos hasta la orilla del mar en su retirada «haciéndoles pedazos»[33].

Según G. Parker, la disciplina es la principal ventaja y característica de los ejércitos occidentales, que hacen una guerra feroz e implacable, a diferencia de la de otros muchos pueblos. Además de la disciplina, también jugaron a favor de los griegos, y de occidente en general, la tecnología, la agresividad, la innovación y la financiación[34]. Pero era una disciplina consciente en el sentido más pleno de la palabra, y como ejemplo basta decir que los remeros de la marina de guerra occidental en la Antigüedad eran voluntarios, ciudadanos libres que asumían conscientemente los riesgos de la batalla y los rigores de

32. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona 1995, pp. 300-311.

33. Herodoto: *Los nueve libros de la historia*, Euroliber, 1990, p. 282.

34. Geoffrey Parker: «Implacables y feroces», en *Historia 16*, nº 250, febrero 1997, p. 66.

unos entrenamientos severos y estrictos, los únicos que garantizaban la exactitud y el ritmo de las paladas. Y los pocos esclavos que remaban lo hacían para liberarse mediante el cobro de una recompensa. Más aún, en contra de lo que se cree, jamás se usó el látigo en las galeras occidentales de la Antigüedad[35], porque participar en la defensa colectiva era tanto un deber como un derecho y, viceversa, al menos durante la fase ascendente y expansiva.

Los remeros voluntarios sabían que no podían entrar en combate en una batalla marítima porque no tenían los medios económicos necesarios para pagarse sus armas, porque pertenecían a las clases pobres libres de Grecia y Roma, pero sobre todo sabían que su forma de vida, sus lujos y la explotación de los esclavos y esclavas dependía también, en buena medida, de su disciplinada forma de remar en la galera. Asumían su lugar como un tornero de una fábrica de tanques en la Alemania nazi asumía el suyo, o como lo asume un obrero de una transnacional monopolística norteamericana que sabe, o intuye, que su forma de vida depende del saqueo de medio mundo, por no hablar de los soldados de los grandes portaaviones de las flotas imperialistas que nunca van a tripular un avión que extermina población indefensa, pero que son imprescindibles para que ese avión vuele, como los remeros grecorromanos lo eran para los crímenes masivos de sus respectivos imperialismos.

Los remeros-soldados sabían perfectamente lo que se jugaban, lo que podían perder y lo que podían ganar. Mientras que el terrorismo asirio y mongol buscaba la acumulación de riquezas en manos de un emperador que les representaba y al que se sentían unidos, el terrorismo griego se manifestaba en esos remeros voluntarios que buscaban asegurar y ampliar su propiedad privada, sus esclavos, fueran dos, tres o cuatro, y la esposa e hijas explotadas que trabajaban casi como esclavas, y buscaban además que Atenas, o su ciudad-Estado, tuviera grandes edificios y sobre todo la riqueza económica y la fuerza militar suficientes para garantizar los recursos alimentarios en las malas épocas, en las sequías y en las guerras. Tales objetivos provenían de la mentalidad social creada por la generalización de la

35. Víctor Barreiro Ribín: *La guerra en el mundo antiguo,* Almena Ediciones, Madrid 2004, p. 69.

economía mercantil y monetaria arriba vista.

Cuando esta economía entró en decadencia irreversible, buena parte del campesinado empobrecido y de las masas urbanas hambrientas empezó a multiplicarse el número de griegos que se dedicaron a vender su eficacia militar al mejor postor, es decir, que comercializaron la guerra como mercenarios, desde una perspectiva protoempresarial muy clara y con muy claros objetivos de enriquecimiento personal o al menos de lograr una estabilidad económica en su vejez de la que no había disfrutado en su infancia y adolescencia. Antes de la derrota de Grecia ante Macedonia, la crisis socioeconómica, política y cultural ya estaba propiciando el crecimiento del número de mercenarios griegos, desde luego sí de esos 13.000 que se pusieron a las órdenes de Ciro *el Joven* en su guerra civil contra su hermano Artajerjes II. La derrota de Ciro en Cunaxas en -401 fue debido a la incapacidad persa, mientras que los griegos se salvaron debido a su «impresionante disciplina»[36].

Graham Shipley nos ofrece una idea muy exacta de las motivaciones del mercenario griego: «Las ambiciones de estos miles de hombres –muchos de los cuales habrían experimentado una relativa pobreza en sus ciudades natales– puede haber proporcionado algo de la motivación para las conquistas iniciales de Alejandro y las luchas territoriales de los diadocos. Para los soldados las principales recompensas del servicio militar estaban en el saqueo, el botín y, en el fondo, en la tierra, de modo que –dejando de lado los riesgos de la vida y de pérdida de miembros– era importante continuar en la campaña»[37]. Leyendo a Jenofonte nos cercioramos de esto y de más cosas, como cuando explica cómo los griegos conservaban vivos a muchos prisioneros para venderlos a buen precio[38], cómo estuvieron a punto de saquear Bizancio pero se abstuvieron tras un estudio de las consecuencias desastrosas que ello les acarrearía a medio

36. J. M. González Cremona y N. Antón Serrano: *Diccionario universal de batallas*, Edit. Mitre, Barcelona 1990, p. 44.

37. Gram. Shipley: *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.*, Crítica, Barcelona 2001, p. 83.

38. Jenofonte: *Anábasis*, Sarpe, Madrid 1985, p. 161.

plazo[39], o la costumbre de degollar a los prisioneros que no les daban información[40], etcétera, y sobre todo cuando transcribe la contundente tesis de Clearco según la cual «el soldado tenía que temer más al jefe que al enemigo; únicamente así podía lograrse que vigilara con atención, no saqueara los países amigos y avanzara intrépido contra el enemigo»[41]. Recordemos estas últimas palabras porque volveremos a ellas cuando estudiemos el papel de la «figura del Amo», del miedo al superior, etcétera, en el proceso de formación de torturadores que realiza el Estado y de la personalidad de las tropas que aplican el terrorismo contra su propio pueblo en defensa de la clase dominante.

Cuando los macedonios se incorporaron a esta civilización militar asumieron como propios sus valores y los perfeccionaron aún más, tal y como lo hicieron luego los romanos, según veremos. Uno de los secretos de las victorias de Alejandro Magno radicó precisamente en que llevó el implacable método de guerra griego a sus últimas consecuencias en los momentos críticos y decisivos, sin posibilidad de vuelta atrás, como en la batalla de Gaugamela en la que derrotó a Darío[42]. Alejandro, al que Aristóteles enseñó la mentalidad militar griega, superó a sus maestros, de modo que cuando abandonó Persépolis dejó tras de sí una ciudad absolutamente esquilmada, despojada de cualquier cosa que tuviera un mínimo valor. Se propagó tan rápidamente su obsesión por la riqueza y su falta de escrúpulos para obtenerla, aun a costa de decenas de miles de personas civiles asesinadas, que muy pronto la gente abandonaba sus casas y ciudades antes de su llegada.

En otros casos:

> Muchos residentes preferían saltar de los muros con sus esposas e hijos o quemar sus propias casas y familias a ser destripados en las calles. El suicidio en masa es raro entre las poblaciones europeas, pero es más común entre las víctimas de los ejércitos occidentales.

39. Jenofonte: *Anábasis*, op. cit., p. 215 y ss.

40. Jenofonte: *Anábasis*, op. cit., p. 121.

41. Jenofonte: *Anábasis*, op. cit., p. 86.

42. Anthony Livesey: *Grandes jefes militares y sus batallas*, Edic. Folio, Barcelona 1996, pp. 8-19.

> Los pueblos no europeos, cuando se enfrentan a la desesperanza que supone resistir a los ejércitos occidentales, sean estos los Diez Mil de Jenofonte, las legiones romanas en Tierra Santa o los norteamericanos en Okinawa, con frecuencia prefieren una muerte voluntaria y en grupo[43].

La forma grecomacedónica y luego grecorromana de hacer la guerra, forma que sería retomada posteriormente por el capitalismo europeo desde el siglo XVI en adelante, parte de un principio elemental contenido en la esencia misma del comercio mercantil, el del aplastamiento de la competencia contraria, el de la victoria en el mercado destruyendo la producción enemiga, sea agraria, artesana o fabril. En el plano militar, esta necesidad ciega se expresa en que los occidentales «prefieren una guerra de aniquilación –para barrer a los melios del mapa del Egeo, sembrar de sal el suelo de Cartago, convertir Irlanda en una tierra casi baldía, destruir Jerusalén antes de reocuparla, confinar a toda una cultura, la de los nativos norteamericanos, a las reservas, reducir a las cenizas las ciudades japonesas– y son adversarios mucho más duros que los autócratas o los monarcas militaristas»[44]. Cuando las falanges griegas, menores en número pero superiores en armamento, disciplina y estrategia, cargaban a paso ligero contra las tropas orientales llevando sobre sí un equipo de alrededor de 30 kilogramos de peso, y cuando metros antes del choque la carga se convertía en una carrera animada con gritos unísonos, que no rompía pese a ello la sólida compactación de la falange, entonces, los orientales echaban a correr hacia atrás desquiciados no solo por el pánico, sino sobre todo por la incapacidad racional de entender qué y por qué hacían lo que hacían aquellos enemigos inferiores en número.

Lo mismo les ocurrió después y durante muchos siglos a las naciones «bárbaras» que no pudieron vencer a las legiones romanas siempre inferiores en número pero superiores en su voluntad de causar terror y muerte, y de aplicar el terrorismo más planificado

43. Victor Davis Hanson: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Turner-FCE, México 2004, p. 109.

44. Victor Davis Hanson: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, op. cit., p. 402.

contra las poblaciones civiles desarmadas e indefensas, a las que exterminaban sin remordimientos. R. Osborne ha expresado así la expansión de la sociedad europea occidental una vez recuperada de la implosión del imperio romano de occidente, cuando las cruzadas empezaron a sembrar el terror por donde pasaban: tras explicar que los cruzados europeos «saquearon y mataron sin freno» la cristiana Constantinopla en 1204, añade que «la guerra de agresión que practicaban sin parar los occidentales era una idea desconocida para algunas de las poblaciones que las sufrían [...] La población del Mediterráneo oriental observaba esta dinámica con alarma [...] Los francos sabían cómo utilizar el terror para convencer a la población local, y cuando tropezaban con resistencia organizada o rebelión, como le pasó a Guillermo en el norte de Inglaterra, optaban por destruirlo todo»[45].

Más adelante, este mismo historiador insistirá en la superioridad cualitativa de la ferocidad europea, desconocida e incomprensible para otros muchos pueblos, como los de las Américas, cuya forma de guerra era «limitada, involucraba a pequeños grupos y estaba muy ritualizada, y consistía en violencia coreografiada en la que se infligía daño al menor número posible de individuos»[46], justo todo lo contrario de la «brutalidad de los soldados europeos» que atacaban con «fuerza sanguinaria» para destrozar al enemigo. ¿El objetivo? Saquear y expropiar al pueblo vencido, como hicieron los ingleses en Irlanda y como volverían a hacerlo en América del Norte. En ambos sitios, los soldados invasores buscaban convertirse en propietarios de tierras, en terratenientes, y algunos llegaron a ser grandes latifundistas[47].

Es cierto que Sun Tzu escribió que «la victoria es el principal objetivo de la guerra. Si tarda demasiado en llegar, las armas se embotan y la moral decae […] Si el ejército emprende campañas prolongadas, los recursos del Estado no alcanzarán»[48]. Ésta y otras

45. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, p. 173.

46. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 290.

47. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 295.

48. Sun Tzu: *El arte de la guerra*, Edit. Fundamentos, Madrid 1974, p. 58.

tesis totalmente válidas –«todo el arte de la guerra está basado en el engaño»[49]– del arte militar que se practicaba en China entre el -400 y el -320, coinciden totalmente con el arte militar griego. Además de los condicionantes históricos objetivos que limitan la duración de toda guerra y de la simple lógica, ya que resulta difícil de comprender que alguien inicie una guerra sin el objetivo de ganarla al menos políticamente, hay otra razón que explica esta «coincidencia» entre ambos modelos tan lejanos geográfica y culturalmente: el desarrollo de la economía dineraria y mercantil en Grecia y en China. Pero con el tiempo, en China la economía mercantil terminó estando supeditada al control político del Estado, lo que a su vez terminó descomponiendo la disciplina militar, facilitando el mercenariado y la corrupción, y en síntesis el fácil desmembramiento de los ejércitos chinos debido, entre otros factores, a que los mandos se apropiaban de los recursos estatales. Estas limitaciones inconcebibles en la época de Sun Tzu se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XX[50].

La forma de guerra azteca es parte, en lo genético-estructural, de la violencia del modo de producción tributario, con sus formas histórico-genéticas propias de las Américas. A diferencia del modo de producción capitalista, el tributario se caracteriza porque el valor de uso no está dominado por el valor de cambio, por la producción de mercancías, lo que determina todos los aspectos de la vida social, sobre todo la violencia. Esto no quiere decir que en el modo tributario esta no existiese, sino que adquiría otras formas, tenía otra axiología y respondía a otros intereses, aún sin mercantilizar. El azteca era un imperio agresor y militarista, que vivía de sus propios recursos productivos y del tributo impuesto a los pueblos que oprimía, pero no en el sentido capitalista. En estas condiciones, uno de los objetivos de esta educación era el de crear buenos soldados, tarea que se iniciaba en las escuelas en donde niños y adolescentes eran entrenados en artes marciales[51]. Luego, este objetivo era reforzado por un sistema punitivo también muy duro y efectivo ya que, de los delitos castigados en el imperio azteca, el peor era el de traición al Estado, el de

49. Sun Tzu: *El arte de la guerra*, op., cit., p. 49.

50. AA.VV.: *Técnicas bélicas del mundo oriental 1200-1860*, Edit. LIBSA, Madrid 2009, pp. 10-11.

51. Manuel Lucena: *Así vivían los aztecas*, Anaya, Madrid 1992, p. 87.

comunicar al enemigo del pueblo azteca secretos que ponían en peligro la independencia del país. El acusado de traición era sometido a tortura, se le cortaba la nariz, la lengua, las orejas, etcétera, y después era ejecutado. Sus miembros descuartizados eran repartidos en los barrios y en las unidades militares si era soldado. Y sus familiares eran encollerados hasta la cuarta generación[52].

Pero este severo y efectivo sistema militar tenía cuatro grandes limitaciones que lo hacían incapaz de resistir a los invasores españoles: las dos primeras no eran otras que la colaboración con el invasor de pueblos oprimidos por los aztecas y los efectos terribles de la viruela[53]. La tercera era común a todos los ejércitos basados en el lealismo y en la fidelidad al jefe, pues cuando este cae muerto las tropas tienden a desbandarse, a huir sin ninguna disciplina. Esta limitación histórica salvó la vida a los invasores más de una vez, por ejemplo en la decisiva batalla de Otumba del 8 de julio de 1521 cuando estando a punto de ser aplastados, los invasores atacaron al general azteca y a su portaestandarte matándolos y desorganizando todo su ejército[54]. La cuarta limitación consistía en que los aztecas no buscaban matar al enemigo sino apresarlo y atarlo para, en su momento, ser sacrificado a sus dioses. Para los aztecas «un enemigo muerto no tenía ningún valor»[55], por lo que todo su esquema militar estaba pensado en función de hacer el mayor número de prisioneros, de futuras víctimas en sus sacrificios, lo que facilitó en extremo las victorias españolas pese al desesperado heroísmo de la gran mayoría de los combatientes. Un enemigo muerto no tenía ningún valor porque la esclavitud azteca no era como la grecorromana, centrada en la máxima explotación de su fuerza de trabajo. La esclavitud azteca estaba supeditada a la importancia central de la religión, lo que limitaba sobremanera la función del dinero y del valor de cambio. Cuando analicemos las diferencias cualitativas entre la tortura antigua y la tortura burguesa, volveremos a la violencia azteca como punto de

52. Mauro Olmeda: *El desarrollo de la sociedad*, Edit. Ayuso, Madrid 1971, tomo II, p. 363.

53. David Day: *Conquista*, Libros de Historia, Crítica, Barcelona 2006, p. 123.

54. Antonio Martínez Teixidó (direc.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 171.

55. Manuel Lucena: *Así vivían los aztecas.* op. cit., p. 88.

comparación con la violencia capitalista.

Para no extendernos en esta cuestión, vamos a concluir recurriendo a la ayuda de R. Cassá, que ha estudiado el proceso de desestructuración interna de los pueblos y naciones del Caribe y las Antillas bajo los impactos externos de la invasión española desde finales del siglo XV. Estos pueblos resistieron en diversas fases hasta bien entrado el siglo XVIII. Al principio se enfrentaron a los españoles, pero estos disponían de recursos cada vez más abundantes transportados por mar, y del olfato de los perros que no tardaban en localizar a los indios huidos, que eran exterminados sin piedad. Así:

> Poco a poco, grandes contingentes de indios fueron cayendo en un cuadro depresivo. Además de la presión irresoluble que comportaba el tributo, incidía la proliferación de la mortandad, así como las variantes de abusos, como palizas, violaciones de mujeres y hurto de bienes, los cuales vulneraban los principios éticos en que fundamentaban su existencia [...] Frente al espanto en que quedaban sumidos, se manifestaron actitudes suicidas; comunidades enteras decidieron autoaniquilarse en suicidios colectivos revestidos de ceremonial, a través de la ingestión del jugo venenoso de la yuca. Otros consideraron indigno tener descendencia, por lo que las relaciones matrimoniales entraron en un impasse al tiempo que las mujeres se dedicaron a abortar[56].

En su lucha contra los franceses en otras zonas de las Antillas: «Esta capacidad de supervivencia de los caribes se debe atribuir, sobre todo, a sus dotes guerreras, que incluían una decidida resolución a la resistencia contra cada escalada de la penetración europea. Supieron defenderse y, para ello, el conjunto de sus componentes culturales resultó de ayuda decisiva [...] En un principio, como conservaban la memoria centrada contra los españoles, acogieron amistosamente a otros navegantes europeos. Luego, cuando estos trataban de instalarse como dominadores, sobrevenía el conflicto. Aunque accedían a la paz cuando veían que no podían resistir más, e incluso tendieron a establecer alianzas con los franceses, nunca abandonaron un rencor profundo hacia la totalidad

56. Roberto Cassá: *Los indios de las Antillas*, Colec. Mapfre, Madrid 1992, pp. 193-194.

de los europeos. Atribuían el dominio de estos a una venganza de Maboya. Esta actitud se manifestó en la resistencia a la evangelización, tarea que siempre fracasó, a pesar de los esfuerzos de los misioneros franceses»[57]. Y por fin contra los ingleses hasta sucumbir.

L. Beltrán Acosta es autor de una de las mejores investigaciones sobre las formas de resistencia de los pueblos americanos a la invasión española mostrando cómo aprendieron a avanzar desde la guerra de guerrillas defensiva a la guerra general de los pueblos indígenas:

> Los esquemas operativos variaban, según la calidad de las fuerzas enemigas enfrentadas y la tipografía de la región. Pero la disciplina y distribución de los efectivos se realizaba de acuerdo a la especialización técnica-militar. La Junta Superior o Estado Mayor de Caciques o Jefes, dirigían la guerra. En vista de que el ejército estaba constituido por soldados de diferentes comunidades, los mandos se repartían de acuerdo al rango o veteranidad alcanzada por los caciques o jefes locales dentro de la disciplina general del ejército. Al liberarse el territorio de la presencia invasora, transitoriamente, el ejército se descentralizaba, pasando sus efectivos a desarrollar su vida en comunidad. Pero manteniendo siempre, unidades militares operando y un sistema comunicacional de enlace entre pueblos y comunidades de toda la región[58].

Los datos ofrecidos por este investigador muestran que los pueblos indios desarrollaron un arte de la guerra bastante efectivo, al menos hasta que los invasores no poseyeron una ventaja militar cualitativa y cuantitativa aplastante. Ésta y no otra fue la causa de la derrota del pueblo araucano. solo cuando se multiplicó la población blanca y, en especial, cuando esta dispuso de «las armas de ánima rayada, los navíos de casco metálico y grandes carros de llanta de acero», solo entonces los araucanos empezaron a perder su celosa independencia[59]. Y otro tanto sucedió en África, en donde los pueblos

57. Roberto Cassá: *Los indios de las Antillas*, op. cit., pp. 261-162.

58. Luís Beltrán Acosta: *La Verdadera Resistencia Indígena Contra la Corona Española*, Edic. Akurima, Caracas 2009, pp. 197-198.

59. AA.VV.: «Conquista de América», en *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 14, pp.

resistieron muy eficazmente hasta finales del siglo XIX con la irrupción de la ametralladora y el desarrollo de la química por parte de los invasores europeos.

Este repaso sucinto sobre los logros militares de pueblos tan diferentes al europeo nos ha servido para comprender mejor las razones de la victoria histórica, hasta ahora, del colonialismo capitalista, victoria basada en la conjunción del arte del exterminio terrorista inventado por los griegos unido al crecimiento de la economía mercantil, con el posterior desarrollo del capitalismo comercial a partir de los siglos XVI-XVII. Semejante desarrollo económico-militar se muestra en las identidades y diferencias entre la forma-falange y la forma-legión, que no podemos exponer ahora en detalle. De alguna forma, los espartanos habían intentado superar esas diferencias con su impresionante movilidad táctica y de orden de combate, pero fueron desbordados por la forma-legión desarrollada por Roma.

Salvando ahora todas las diferencias secundarias y superficiales entre la forma-legión y la forma-falange, diferencias que en alguna forma los espartanos ya habían intentado resolver con su enorme capacidad de maniobra táctica, lo decisivo para lo que ahora nos interesa es que las culturas no formadas alrededor del valor de cambio y del dictado de la mercancía fueron incapaces de encontrar en poco tiempo un antídoto a la forma de guerra basada en la disciplina militar que en última instancia se remite a la disciplina de acción frente al azar incontrolable del mercado. Había un abismo de civilizaciones que no podía ser superado por el heroísmo del guerrero individual por mucho que hubiera logrado desarrollar niveles de disciplina y orden desconocidos por otros pueblos por él sometidos. De hecho, los pueblos que tuvieron la desgracia de sufrir el ataque de Occidente, es decir, de la economía mercantil, carecían de respuestas materiales y morales contra la forma de guerra occidental que, salvando las distancias, había recuperado el espíritu de la falange griega y de la legión romana con el nuevo espíritu de la bayoneta: «La eficacia de la bayoneta residía en la disciplina. La visión de una formación cerrada

erizada de bayonetas resultaba terrible para los guerreros africanos y asiáticos, más acostumbrados a buscar el combate individual e incluso a no matar a su oponente, sino a esclavizarlo o utilizarlo como rehén»[60].

Y de la misma manera en que Alejandro Magno había superado a los griegos, los romanos superaron a los dos, pero conservando el mismo modelo. Kagan explica con estas palabras la superioridad de Roma sobre las sociedades de cultura helenística, en los temas que ahora tratamos: «Los romanos tenían todavía menos dudas sobre la conveniencia del poder y de la naturalidad de la guerra que los griegos. Su cultura veneraba las virtudes militares, un mundo de campesinos, que estaban acostumbrados al trabajo duro, las privaciones y la subordinación a la autoridad. Era una sociedad que valoraba el poder, la gloria y la responsabilidad del liderazgo, incluso de la dominación, sin que eso les causara vergüenza. El esfuerzo que se necesitaba para preservar todo esto podía darse por sentado; estaba en la naturaleza de las cosas y era parte de la condición humana»[61]. Hay que decir que la astucia pérfida y multifacética de los grecomacedonios no fue superada en lo esencial por la pérfida astucia romana, sino que, dentro del mismo patrón, los romanos superaron con creces el terrorismo y el terror calculado de sus maestros. Además, con respecto al control y vigilancia en los extensos y casi inabarcables territorios extranjeros conquistados, los romanos aprendieron rápidamente que no servía de mucho desarmar totalmente a la población invadida excepto durante los primeros tiempos de la ocupación. Luego, dependiendo de las circunstancias, Roma permitía que las clases ricas de los pueblos ocupados poseyeran grupos armados encargados de la vigilancia inmediata de sus propios territorios y de las primeras represiones, a la espera de que, si los compatriotas aumentaban su resistencia a la explotación, intervinieran las legiones romanas[62].

60. Antonio Martínez Teixidó (direc.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 250.

61. Donald Kagan: *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Turner FCE, Madrid 2003, p. 496.

62. Ste. Croix: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, op. cit., p. 311.

CONQUISTA Y ESCLAVISMO

Ahora bien, una vez que Roma conquistaba un territorio, los pueblos que lo habitaban no tenían más remedio que aceptar la ocupación por dura que fuera o morir matando, porque «los romanos jamás abandonaban los territorios en los que ponían los pies»[63]. Recordemos a Virgilio: «Tenéis el deber de gobernar a las naciones con talante imperial… de imponer la paz, perdonar a los humildes y someter a los soberbios»[64]. Según esto, los humildes son los que aceptan el «talante imperial» de la paz impuesta por el imperialismo y los soberbios son los que se resisten a la paz. ¿No apreciamos una directa conexión entre estas palabras y el discurso del imperialismo actual, sobre todo del yanqui, conexión establecida mediante la ideología cristiana de la virtud de la humildad y del pecado de la soberbia? Más adelante dedicaremos un capítulo a la crítica de la sociología y de otras «ciencias sociales» como la antropología, del eurocentrismo en general, como expresiones del complejo político-ideológico de legitimación del terrorismo en su forma actual, la capitalista, pero a la vez como forma histórico-genética del terrorismo genético-estructural aparecido con la propiedad privada de las fuerzas productivas y funcional a esta.

Roma, o cualquier otra potencia en aquella época, conquistaba un territorio por múltiples y variadas razones que, según F. Gracia, podemos dividirlas en dos grandes bloques. Uno, destruir o debilitar seriamente a un poder enemigo mediante los siguientes efectos: destruir su independencia política, destruir sus ciudades, destruir sus recursos económicos y destruir su sistema demográfico. Y otro, conseguir ganancias como la exigencia de rehenes y la esclavización de los vencidos, exigir contribuciones y tributos, y exigir tropas para las guerras iniciadas por la potencia vencedora en otros territorios[65]. Fernández Bulté explica que la expansión romana se vuelve cruel precisamente para saquear lo más posible. Analiza la extrema

63. Víctor Berreiro Rubín: *La Guerra en el Mundo Antiguo*, Edit. Almena, Madrid 2004, p. 195.

64. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 10.

65. Francisco Gracia Alonso: *La guerra en la Protohistoria*, Ariel, Barcelona 2003, pp. 135-162.

crueldad romana en Macedonia: «El país fue dividido en cuatro repúblicas independientes, totalmente aisladas, y por primera vez sale de Roma una medida tan severa como la prohibición de relaciones entre los habitantes de esas cuatro regiones o repúblicas: la prohibición de que se concertaran matrimonios entre ellos y pudieran comerciar recíprocamente. Al frente de cada una de estas repúblicas se coloca, artificialmente, una aristocracia reaccionaria, francamente filorromana. Más interesante aún, se establece la prohibición de que los macedonios extrajeran minerales de oro y plata, exportaran maderas para construcciones e importaran sal; su población fue desarmada y los sistemas de defensa desarticulados». No nos extendemos en transcribir las cifras de decenas de miles de personas esclavizadas en Macedonia, Grecia, etcétera, y vendidas en Roma, así como el hecho de que fue tan inmenso el botín saqueado de Épiro que Roma pudo exonerar de impuestos a su población durante varios años[66].

En su cenit Roma aplicaba una política de triple intervencionismo estatal: prohibía la exportación de productos entonces estratégicos como hierro, armas, vino, aceites y cereales; imponía gravámenes aduaneros a muchos productos de otras zonas; y «el Senado no vaciló en decretar que determinadas ciudades modificasen sus tarifas en favor de los ciudadanos romanos», lo que hizo que «las excepciones de todas clases» que el Senado concedió a los comerciantes romanos les permitieron acaparar prácticamente todo el comercio. Las decisiones del Senado se tomaban tras serios debates de informes internos y de los realizados por comerciantes que se arriesgaban a visitar pueblos todavía libres, independientes, analizando sus posibilidades económicas. Muchos eran tomados por lo que eran, espías, y ejecutados, pero otros retornaban a Roma donde informaban de los resultados de sus expediciones. Luego, inmediatamente detrás de las legiones, volvían a esos países cuando ya habían sido invadidos tras masacres terribles, por ejemplo en Delos, en Ponto, en la Galia, etcétera. Ya ocupados, los comerciantes y las legiones imponían las condiciones de Roma[67] que debían ser satisfechas sin excusa alguna

66. Julio Fernández Bulté: *Historia de las ideas políticas y jurídicas (Roma)*, Edit. Pueblo y Educación, La Habana 1984, p. 67.

en los plazos estipulados.

Simultáneamente, los comerciantes imponían leyes que les beneficiaban netamente como clase y que discriminaban negativamente a los romanos libres pero pobres, como las que se impusieron en el -123 en aspectos muy importantes como el procesamiento en juicios y derechos de monopolio económico[68]. Como se aprecia, llevar estos objetivos a su expresión máxima requería si no el exterminio de toda resistencia, sí la aplicación de un terror controlado y de una violencia preventiva tan ejemplarizante que, al menos, una parte de la población atacada desistiera de toda resistencia, aunque, como veremos, Roma buscaba muchas veces el colaboracionismo de las clases dominantes, de las castas ricas y de los grandes clanes y familias dirigentes, así como de los sacerdotes y druidas.

Semejante terror calculado no respondía a un humanismo altruista sino a un frío cálculo de rentabilidad y productividad última por cada unidad económica invertida en la campaña invasora. Pero, lo decisivo era la mentalidad imperialista y terrorista de Roma, tan terrorista que V. Davis Hanson habla de «los ciudadanos como asesinos», y tras explicar que, a veces, los adversarios a los que se enfrentaron estos «ciudadanos asesinos» romanos eran más aguerridos que ellos y que en muchas ocasiones luchaban por mejor causa que los romanos que «invadían su país, esclavizaban sin piedad a su gente, mataban mujeres y niños y rapiñaban sus riquezas»[69], pese a suceder esto, al final se imponía la superioridad estratégica de los «ciudadanos asesinos» aunque carecieran de la razón histórica y ético-moral.

La vida de Julio César nos ofrece aterradores ejemplos de la astucia feroz romana en la aplicación del terror calculado. G. Walter ha sacado al descubierto su habilidad para dosificar el terror físico con el terror moral, para anunciar mediante incendios masivos que

67. Mauro Olmeda: *El desarrollo de la sociedad*, Edit. Ayuso, Madrid 1973, tomo III, p. 350.

68. Juan Francisco Rodríguez Neila: *Economía y sociedad durante la época republicana*, en GHU, op. cit., tomo 9, p. 195.

69. Victor Davis Hanson: *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, op. cit., p. 155.

se vieran a distancia que sus legiones avanzaban destruyéndolo todo a su paso, de modo que los pueblos galos que se le resistiesen serían aplastados sin piedad, derrota seguida luego por una «caza del hombre larga y laboriosa». Aun así, sigue explicando G. Walter, continuaban las luchas de muchos pueblos galos que no se arredraban por la suerte sufrida por los otros pueblos hermanos aplastados por el terrorismo romano. Éste es el caso de los eburones, que no se dejaron impresionar por la derrota de los belovacos y continuaron con su lucha «violenta, tenaz, implacable; los hombres abandonaban las ciudades, desertaban los campos, se agrupaban en cuerpos francos y libraban contra los romanos una guerra de guerrillas». César, impotente, decidió destruir todo, hacer del país insurrecto un desierto, exterminar hombres, casas, ganado, de modo que cundiera el terror y el pánico en un sector del pueblo, logrando así que dejase de apoyar a su ejército guerrillero dirigido por Ambiórige que se movía como «un guerrero fantasma, huidizo» apoyado por la «complicidad unánime de su pueblo». Desechando otras sublevaciones galas simultáneas, Julio César decidió volverse contra los eburones, cuyo país fue «invadido de nuevo, saqueado, masacrado, incendiado, reinando la desolación por todas partes»[70].

Pero nuestro estudio del terrorismo esclavista sería parcial si no tocamos otros dos problemas importantes. Uno de ellos es el de la extensión del terror sexual más allá de la opresión de las mujeres para extenderse al de la opresión de la homosexualidad. A la cultura grecorromana se le debe aplicar las palabras de M. Harris: «Desde los puntos de vista histórico y etnográfico, la forma más frecuente de relación homosexual institucionalizada se da entre hombres instruidos no para ser peluqueros ni decoradores, sino guerreros», y tras esta afirmación dice que «los soldados griegos solían salir para el combate acompañados por jóvenes muchachos que les prestaban servicios como parejas sexuales y compañeros de cama a cambio de instrucción en las artes marciales. Tebas, antigua ciudad-Estado al norte de Atenas, disponía de una tropa de elite denominada el Batallón Sagrado, cuya reputación de valor invencible reposaba en la unión y devoción mutua de sus parejas de guerreros». Y sentencia: «Los

70. Gérard Walter: *César*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2001, pp. 284-289.

antropólogos han encontrado formas parecidas de homosexualidad militar en muchas partes del mundo»[71]. Los historiadores no han tenido más remedio que reconocer la homosexualidad institucionalizada en la Grecia clásica en lo referente a los grandes sabios y, a regañadientes, en Alejandro Magno, pero esta afirmación de M. Harris, saca al descubierto, además de otras cuestiones en las que no podemos extendernos, también algo importante para el tema de nuestra investigación como es la relación entre la misoginia machista, el mito de la virginidad de la mujer santa y la homosexualidad militar en la formación de las identidades colectivas, étnicas, nacionales, etcétera, en toda sociedad basada de algún modo en la explotación humana.

Para concluir estas reflexiones imprescindibles conviene volver a M. Harris sabiendo que cuando habla de Grecia también lo hace de Roma, aunque no la cite, y de una larga tradición cultural que pervive: «Lo mismo que en China, Bizancio y la Persia medieval, en Grecia la homosexualidad se concentraba principalmente en la expropiación de los cuerpos de individuos de rango inferior, es decir, esclavos y plebeyos de ambos sexos, por parte de las poderosas y androcéntricas clases gobernantes de los imperios antiguos. Los varones aristocráticos podían entregarse a cualquier forma de entretenimiento hedonista con que se encaprichara su mudable imaginación. Así, cuando estaban hartos de esposas, concubinas y esclavas, probaban con muchachos como solución temporal y si alguien estimaba que estas debilidades merecían algún comentario, en todo caso se lo reservó para sí»[72].

En los ejércitos grecorromanos, con su mentalidad machista y sus códigos de honor, estas costumbres se veían como normales, planteadas incluso mediante un lenguaje que podríamos definir como «sugerente». Por ejemplo, Anón decía claramente que «el general debe ser viril en sus actitudes»[73], mientras que Onasandro sostenía que «un general sabio dispone en las filas a hermanos con hermanos,

71. Marvin Harris: *Nuestra especie*, Alianza Editorial, Madrid 2004, p. 222.

72. Marvin Harris: *Nuestra especie*, op. cit., p. 225.

73. AA.VV.: *Técnicas bélicas en el mundo antiguo 3000 a. C-500 d. C*, Edit. LIBSA, Madrid 2006, p. 153.

amigos con amigos… el (soldado) luchará con arrojo por el hombre que tiene al lado»[74]. La célebre Legión Tebana, que derrotó a los espartanos, estaba compuesta por «amigos» que se sacrificaban cada uno por su pareja debido a sus relaciones amorosas y sentimentales.

La expropiación de los cuerpos de personas de las clases explotadas era una demostración del poder de las clases dominantes cuyos miembros se identificaban a sí mismos como los dirigentes de la sociedad, mientras que los miembros violados eran pasivos, dominados, objetos para utilizar y abandonar. La actividad homosexual no era mal vista siempre que fuera dominante, pero era despreciada cuando era pasiva, receptora y sumisa. P. Viene afirma que el dicho «Yo te someto» o te paedico, irrumo era la injuria más popular entre los muchachos romanos: «La moral que se practicaba era obsesivamente viril»[75]. Además de las prácticas homosexuales en los ejércitos y otras instituciones estrictamente masculinas, y entrando en otra problemática más compleja pero muy significativa, ocurría y ocurre que la violación de las mujeres de los pueblos invadidos, o de las mujeres de las clases trabajadoras, campesinas u obreras, tenía y tiene además de su contenido machista también un contenido homosexual latente o descarado por parte del violador con respecto al hombre propietario de la mujer violada.

Un contenido, una carga, que pretende simbolizar también o solo la violación simbólica del hombre mediante la violación real, material, de la mujer. En muchas torturas se amenaza con violar físicamente al detenido, o se le viola de hecho con un palo u otro objeto, o directamente por el o los torturadores según sean los casos. Éstas y otras vejaciones tienen un contenido explícito de violación simbólica del pueblo ocupado, o de la clase trabajadora, que es reducido bien al estatus inferior de mujer violable o bien al estatus inferior de pueblo afeminado violado.

E. Ciccotti ha estudiado en profundidad el «sistema atroz» del

74. AA.VV.: *Técnicas bélicas en el mundo antiguo 3000 a. C-500 d. C.*, op. cit., p. 72.

75. Paul Viene: «Familia y amor durante el alto Imperio Romano», en *Amor, familia, sexualidad*, AA.VV., Argot, Barcelona 1984, pp. 15-57.

esclavismo europeo, de la servidumbre esclava, y sostiene que «las tradiciones más antiguas ya nos dicen que los siervos eran casi considerados como un peligro permanente, prontos a servir de instrumento en manos de ambiciosos y rebeldes y dispuestos a auxiliar al enemigo en caso de asalto. Y cuando más aumentaban en número y se reunían en grandes masas, el espíritu de rebeldía y el propósito de emancipación se excitaban y crecían»[76]. Tras repasar algunas de las conspiraciones, revueltas y guerras serviles, aporta algunas cifras sobre la represión de los esclavistas romanos: «En -133 fueron decapitados en Roma ciento cincuenta esclavos, cuatrocientos cincuenta en Minturnio y cuatro mil en Sinuesio; y en aquella misma época estallaban revueltas de importancia en Delo, en las minas de Ática y en el reino de Pérgamo. Más tarde tenían lugar otras en Nuceria Capua y en el Brucio, y debió causar gran sensación ver a la cabeza de los esclavos a Vecio, caballero romano, contra el cual tuvo que salir un cónsul con una legión. Las conjuras y rebeliones tomaban grandes proporciones, como lo demuestran las guerras serviles de Sicilia y la de los gladiadores en Italia»[77].

El autor establece dos niveles de resistencia de las masas esclavas, una es la abierta, violenta y militar, la de las grandes rebeliones, y otra es la resistencia lenta, pasiva, inercial y permanente, con engaños y mentiras al amo, que si era descubierta y vencida no tardaba en expresarse incluso con formas más tensas. Contra esta resistencia invisible pero real, los esclavistas introducen la delación, la traición y el chivatazo[78], además de otros sistemas que serán retomados por los esclavistas burgueses como veremos en su momento. Más aún, reducidos a simple «instrumento ciego en manos de un amo malo, caprichoso y disoluto» los esclavos terminan haciendo de la mentira un arte y una necesidad, una necesidad artística para eludir la represión, la tortura y la muerte: «Era un heroísmo vuelto del revés; la extrema degradación que lindaba con la extrema dignidad; el extremo servilismo que reivindicaba la libertad;

76. Ettore Ciccotti: *La esclavitud en Grecia, Roma y el Mundo cristiano*, Edit. Reeditar Libros, Barcelona 2006, p. 190.

77. Ettore Ciccotti: *La esclavitud en Grecia, Roma y el Mundo cristiano*, op. cit., p. 191.

78. Ettore Ciccotti: *La esclavitud en Grecia, Roma y el Mundo cristiano*, op. cit., pp. 193-194.

la más baja abyección que humillaba al despotismo. Una divergente adaptación había reemplazado, andando el tiempo, a Enno, Atenion y Espartaco, con aquella otra forma de rebeldía cuya acción era más lenta, pero más segura»[79]. El esclavismo desarrolló un sistema represivo basado en tres niveles: uno, la libertad casi absoluta del amo para hacer lo que quisiera con sus esclavos; otro, consistente en que «en tiempo normal, las medidas policíacas aplicadas con mano dura conseguían mantener a raya una agitación siempre latente: de ellas se encargaban las autoridades locales apoyadas por los magistrados si era necesario»[80]; y, el tercero y definitivo, la masacre militar. En los tres, el terror jugaba un papel decisivo. Nos hacemos una idea del trato dado a los esclavos leyendo a J. P. Forner sobre la tortura, al decir que se consideraba al esclavo persona «vilísima y despreciable»[81] a la que solo se le otorgaba alguna credibilidad tras haber sido sometida a toda serie de tormentos.

El otro aspecto que no podemos dejar de investigar es el del terrorismo contra las sublevaciones esclavas y contra las luchas de los pueblos que se enfrentaron a Roma. Antes de seguir, debemos saber que los romanos, los griegos y todos los esclavistas, eran muy conscientes de las ventajas de orden político que obtenían con la esclavitud, aunque también supieran que debían dedicar grandes recursos al control, vigilancia y represión de las masas esclavizadas. K. Hopkins, en un estudio que se extiende también a Atenas, sostiene al respecto que «la esclavitud permitió a los ricos gozar de los frutos de la conquista mediante la explotación de los extranjeros en lugar de los connacionales, con lo que ahorraban una quiebra grande en la cultura política»[82]. Los romanos ricos, como los atenienses ricos, buscaron no romper la cohesión colectiva aumentando la explotación de los romanos pobres –y de los atenienses pobres– mientras que pudieron basar sus ganancias en la esclavitud. De este modo, las masas libres explotadas por su clase dominante no mostraban una mayor resistencia al no superar la explotación grados insoportables,

79. Ettore Ciccotti: *La esclavitud en Grecia*, *Roma y el Mundo cristiano*, op. cit., pp. 195-197.

80. A. Aymard y J. Auboyer: *Roma y su Imperio*, Destino Libro, Barcelona 1980, tomo 1, p. 252.

81. Juan Pablo Forner: *Discurso sobre la tortura*, Crítica, Barcelona 1990, p. 155.

82. Keith Hopkins: *Conquistadores y esclavos*, Península, Barcelona 1981, p. 144.

grados que sí recaían sobre los esclavos. Sin embargo, ello no demuestra la inexistencia de una expresión propia del sentimiento de las masas libres explotadas, sentimiento identitario diferente al de las clases dominantes pero perteneciente también a la superior identidad romana.

Además de esto, los esclavistas eran muy conscientes de la importancia de conocer el lugar de origen de los esclavos para prever posibles resistencias, revueltas y sublevaciones. En el mercado de esclavos estaba estipulado por ley que «el vendedor manifestase la nación a la que pertenecía el esclavo, pues este conocimiento daba un indicio de su carácter e influía en la decisión del comprador. Creíase que los dálmatas eran feroces; los cretenses embusteros; los misios, sirios, bitinios y capadocios robustos [...] A pesar de todas las precauciones de la ley, el vendedor la eludía a veces astutamente»[83]. La precaución de los compradores de esclavos no era infundada y aunque muchas de las características atribuidas a los diversos pueblos tenían mucho de tópicos y creencias sin bases, no era menos cierto que la experiencia había enseñado a los dueños de esclavos que debía existir alguna relación entre el «origen nacional» de los esclavos y sus formas de reaccionar, aceptar la injusticia, padecer los castigos, etcétera. Lo cierto es que, al margen de lo acertado que estuvieran los amos, la primera rebelión seria de la que se tiene constancia histórica no se produjo en Roma, sino en Sicilia en -396 a raíz de la derrota de los cartagineses y de los acontecimientos posteriores, surgiendo una poderosa sublevación que, según fuentes de la época, llegaron a 200.000 esclavos. Poco más tarde, en el -356 otra sublevación esclava se organizó en forma de «confederación» en Lucania, formando un ejército de «excelentes combatientes» que se autodenominó «brucios» o «esclavos fugitivos»[84]. La primera sublevación contra el esclavismo romano se produjo en -187 en Apulia y fue reprimida con 7.000 esclavos crucificados. La segunda rebelión importante estalló entre -134 y -132 en Sicilia bajo las órdenes del macedonio Cleón y el sirio Enno, que movilizaron un ejército de hasta 70.000 esclavos

83. Jose Antonio Saco: *Historia de la esclavitud*, Biblioteca Júcar, Madrid 1974, p. 63.

84. J. M. Blázquez: «Problemas económicos y sociales de los siglos V y IV a. C. en Diodoro de Sicilia», en *Clases y conflictos sociales en la Historia*, Cátedra, Madrid 1977, p. 35.

durante dos años de implacable guerra. Solamente con la muerte de ambos dirigentes pudo Roma vencer a los sobrevivientes agotados por el hambre, que pagaron su osadía con 20.000 crucificados[85].

La tercera rebelión estalló también en Sicilia entre -104 y -101. ¿Por qué de nuevo en Sicilia? Por que era una isla en la que los grandes latifundios cerealísticos habían concentrado grandes masas de esclavos que malvivían hacinados en condiciones muy duras, un trato «tremendamente cruel». Además, al ser una isla dificultaba la rápida llegada de legiones romanas, pese a su proverbial rapidez de movimiento y el pequeño trozo de agua que le separa de Italia. Lo cierto es que otra vez fue un líder sirio, Salvio y, ahora, otro cilicio, Athenión, los que dirigieron a los esclavos. Pero lo significativo y lo que preocupó más a Roma fue que en esta rebelión participaron «numerosos elementos del campesinado» libre. Además, coincidió con otras rebeliones simultáneas en las minas áticas de Laurión y en el reino del Bósforo[86]. Aunque se desconoce si hubo alguna conexión entre estas luchas, y lo más probable es que no existiera ninguna, lo cierto es que, por un lado, muchos campesinos se unieron a los esclavos y, por otro, que estallaron varias a la vez, una de ellas localizada en un contexto netamente diferenciado en lo étnico-nacional de la época como era la zona del Bósforo, todo esto muestra el dramático empeoramiento de las condiciones sociales, de la explotación esclava y etno-nacional.

La cuarta y más importante de todas las rebeliones se inició en -73 cuando un grupo de 200 esclavos gladiadores organizaron una sublevación en Capua, pero fueron descubiertos y solo lograron escaparse setenta dirigidos por Espartaco, tracio oriundo de una horda nómada. Inmediatamente empezaron a sumarse esclavos de todas partes y naciones, pero también campesinos pobres, mendigos, artesanos arruinados y hasta soldados licenciados y sin trabajo. Las informaciones sobre la odisea de las decenas de miles de esclavos es bastante conocida debido a los historiadores romanos, pero existen

85. Max Beer: *Historia general del socialismo y de la lucha de clases*, Siglo Veinte, Buenos Aires 1973, p. 54-55.

86. Mauricio Pastor: *La crisis social de la República romana: II. Mario y Sila (121-79 a. de C.)*, GHU CIL, Madrid 1986, p. 128.

dos grandes tesis sobre los proyectos de Espartaco y de buena parte de los rebeldes. Una es la tesis que sostiene que «no pretendió subvertir la situación social existente, pues ello no era posible en la época; aspiraba a huir de Italia con sus hombres para volver a la vida de libertad que llevaban en sus países de origen»[87], y que «nunca se puso en entredicho la legitimidad de la esclavitud, en tanto que institución social. Los compañeros de Espartaco y él mismo soñaban en primer lugar con regresar a sus países de origen y para eso agruparon a su alrededor a todos los descontentos. Pero apenas se observa el rastro de una ideología precisa»[88]. A favor de esta tesis está la inmensa mayoría de las revueltas sociales, en general, que se dieron en los modos de producción tributario y esclavista, en las que resultaba imposible elaborar un programa reivindicativo que superara los límites de la utopía.

Otra tesis sostiene, sin embargo, que: «Según ciertos indicios, parece que Espartaco había abrigado el plan de fundar en la Baja Italia un Estado organizado con arreglo al modelo de la Esparta de Licurgo. Suprimió el uso del oro y de la plata, dictó precios moderados para todos los artículos de consumición, implantó el género de vida sencilla de los espartanos, agrupó en una vasta asociación a los fugitivos de diferentes países, que vivían bajo su protección y les enseñó el arte militar»[89]. Esta tesis está avalada por el prestigio de Esparta como sociedad esclavista igualitaria para las personas libres y de Licurgo, al igual que Solón y otros, como un reformador en beneficio de los pobres; además, eran frecuentes las críticas al oro y a la plata como causantes directos del empobrecimiento. Lo cierto es que chocaban dos poderes antagónicos, aunque uno de ellos, los esclavos sublevados, no tuvieran una concepción acabada ni unitaria de su proyecto.

Sin embargo, los esclavos tenían dos desventajas insuperables y

87. AA.VV.: «Roma», en *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 6, pp. 194-195.

88. Claude Mossé: «Los orígenes del socialismo en la antigüedad», en *Historia General del Socialismo*, Edic. Destino, Barcelona 1976, tomo I, pp. 80-81.

89. Max Beer: *Historia general del socialismo y de la lucha de clases*, Edic. Siglo Veinte, Buenos Aires 1973, p. 59.

desastrosas al final: fueron incapaces de elaborar un plan estratégico que guiara su deambular frecuentemente errático por Italia y fueron incapaces de encontrar una unidad «internacionalista» entre ellos mismos por encima de los diversos intereses etno-nacionales de galos, germanos, sirios, macedonios y de otros pueblos. Pese a esto, su efectividad militar era tanta que el ejército romano instauró el atroz castigo de diezmar a las unidades que habían mostrado cobardía frente a los esclavos: tras la batalla uno de cada diez supervivientes era ejecutado delante del resto[90]. Al final fueron vencidos, en marzo de -71, por la superior planificación romana dejando una estela de miles de crucificados y sin que apareciera el cadáver de Espartaco. Fue una «extraordinaria y trágica epopeya, horriblemente sangrienta y brutal, puntuada por episodios en los que las acciones llenas de bajeza se codeaban con los actos más heroicos», en la que Roma tuvo que movilizar todos sus recursos militares, aplicando una estrategia de «despiadado terror»[91]. Desde entonces su memoria y la epopeya de los esclavos sublevados ha permanecido como algo más que un recuerdo histórico, sobre todo como un ejemplo ético-moral y sociopolítico válido para todos los modos de producción basados en la explotación humana, tal es el secreto de la admiración y reivindicación que Marx tenía hacia Espartaco[92].

Pero las luchas de los esclavos no se redujeron solo, por un lado, a la resistencia pasiva, al sabotaje encubierto, a la ejecución individual del amo por algún esclavo o incluso por una pequeña confabulación de varios de ellos, y, por otro, a las sublevaciones masivas vistas y a otras de menor importancia que debieron producirse con más insistencia que la admitida por los historiadores griegos y romanos. También hubo casos de fugas más o menos considerables de esclavos que volvían a su país huyendo de la explotación que sufrían.

Un caso excepcional por sus directas conexiones con una nítida «conciencia étnica» en proceso de avance a la conciencia nacional-

90. Angel Montenegro: *La lucha por el poder personal: el principado de Pompeyo (79-60 a. de C.)*, en GHU, op. cit., tomo 9, pp. 148-149.

91. A. Aymard y J. Auboyer: *Roma y su Imperio*, Edic. Destino, Barcelona 1980, tomo 1, pp. 253-254.

92. Jean Elleinstein: *Marx, su vida, su obra*, Argos Vergara, Barcelona 1985, p. 285.

esclavista de pueblo oprimido, es el de la fuga de «no pocos de los cántabros que servían como esclavos en la Galia, tras asesinar a sus dueños» para sumarse a la resistencia antirromana. Éstos habían sido apresados tras la invasión del norte de la Península Ibérica en el -25, por un ejército de 70.000 soldados y una fuerte escuadra. La invasión se hizo con meticulosidad romana, pues ya antes, desde el -38 habían empezado la ocupación de Aquitania y otros territorios, en -29 habían realizado el primer ataque a zonas limítrofes de Cantabria y Asturias. Sobre estas bases, en -25 Roma lanzó la ofensiva final que chocó con una «resistencia feroz» que solo fue vencida, en un principio, deportando a poblados enteros a las zonas llanas para asfixiar la lucha guerrillera y llevando a muchos como esclavos a las Galias. Son estos los que, tras ejecutar a sus amos, volvieron a su país para sumarse a las luchas que siguieron en las montañas. En -19 Agrippa lanzó el último ataque practicando «un auténtico genocidio frente a la desesperada resistencia cántabra»[93]. En el fondo, la razón del ataque romano no fue otra que la de explotar las minas y los recursos de la tierra en la que «la insumisión y la libertad de movimiento de los pueblos en la zona hacía difícil un aprovechamiento adecuado de estos yacimientos»[94].

Sin embargo, una vez más la «conciencia étnica» de los pueblos cántabros y astures, como la de todos los pueblos ya en esta época, estaba minada por las contradicciones sociales internas y, en especial, por el poder alienador de la economía dineraria que ya estaba disolviendo la unidad colectiva anterior a la irrupción del dinero. Como hemos visto antes, al analizar las resistencias de los íberos y celtas a las invasiones cartaginesas y romanas de la Península Ibérica, se rompieron las alianzas defensivas de las confederaciones tribales por una serie de factores de poder, de miedo, o por efecto de las ofertas de dinero, privilegios o tierras hechas por el invasor a los jefes tribales, etcétera. En las guerras cántabras se dio el caso de la traición del jefe tribal Corocota: «jefe cántabro que lideró una de las últimas resistencias a la conquista romana. Ante su contumaz rebeldía, Augusto había ofrecido una recompensa de 250.000 sestercios a

93. Angel Montenegro: *Augusto y su tiempo (44 a. de C.-14 d. de C.)*, op. cit., tomo 9, p. 224.

94. AA.VV.: «Las guerras cántabras», *Historia 16*, Madrid 1985, nº 58, p. 19.

quien trajese su cabeza. Pues bien, el valeroso guerrero, al conocer la recompensa que daban por él, y sin importarle un pimiento la causa de la libertad y la sangre vertida por sus hombres, o el verse acusado de cobardía, se presentó ante los romanos y reclamó tal cantidad como precio a su rendición y sumisión, lo que Augusto pagó con gusto. Puede suponerse que la práctica del soborno a cambio de la rendición de los jefes, conocida en este caso, fue una práctica muy común entre los conquistadores, pues les ahorraba vidas, esfuerzos, tiempo y gastos, a la larga, mucho más considerables»[95].

TERROR Y COLABORACIONISMO

Sobre estos cimientos y durante varios siglos, Roma invadió pueblos, controló y reprimió las sublevaciones y guerras etno-nacionales de resistencia al expolio, utilizando además de la espantosa brutalidad represiva, su superioridad económica aplastante lo que le permitía, en algunos casos, facilitar la integración de las clases o castas ricas de esos pueblos resistentes, dividiéndolos, pero, en otros casos, lo que buscaba era su total exterminio genocida. R. Auguet sostiene que la crueldad romana, además de no poder ser analizada desde la axiología actual sino contextualizándola en su época, en el papel central de la esclavitud[96], sostiene también que no era gratuita ni caprichosa. La crueldad romana era parte de una concepción vital en la que el objetivo consistía en explotar durante el mayor tiempo posible a los pueblos que dominaba: «Trataban generalmente al vencido con una generosidad cuidadosamente calculada; así evitaban atizar un deseo de desquite más o menos latente y preservaban un territorio que para ellos se había convertido en un capital. El aniquilamiento, la matanza despiadada era para ellos el último recurso frente al adversario irreductible; tal fue el caso de Cartago, o de las hordas bretonas que fueron exterminadas en masa en los anfiteatros porque eran demasiado indómitas para ser aprovechadas como soldados, y demasiado salvajes para servir de

95. Juan Carlos Losada: *Los mitos militares en España*, Biblioteca Nueva, Madrid 2005, pp. 35-36.

96. Roland Auguet: *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, Orbis, Madrid 1985, p. 167

esclavos: únicamente eran buenos como enemigo. El realismo y la prudencia imponían entonces el recurso a las violencias extremas»[97].

Frente a la gran mayoría de los pueblos, Roma tenía por lo general la ventaja de su superior centralización identitaria, cultural y estatal, que le permitía prolongados esfuerzos políticos, económicos y militares sin que azuzasen peligrosas tensiones internas. En síntesis, estas razones explican el devenir de las complejas, tensas y violentas relaciones greco-romanas, imprescindibles para entender la civilización occidental, hasta concluir en las sucesivas oleadas invasoras latinas, las resistencias desesperadas griegas y, por fin, el colaboracionismo de las clases dirigentes helenas con el ocupante ya que, como afirma de Ste. Croix, en su texto: «Roma se aseguró que Grecia se mantuviera “en calma” y amistad con ella cuando vio que las ciudades se hallaban controladas por la clase de los ricos, que para entonces habían abandonando toda idea de resistencia al gobierno de Roma y, de hecho, lo habían aceptado, al parecer, en su mayor parte del mejor grado imaginable, para sentirse seguros frente a los movimientos populares que pudieran surgir desde las bases»[98]. La colaboración de las clases ricas griegas con el ocupante romano explica, por un lado, las impresionantes sobreganancias obtenidas por el saqueo y la rapiña de Roma, parte de las cuales iban al bolsillo de los colaboracionistas, y, por otro lado, las dificultades de la resistencia griega.

En Grecia, como en todas partes, los romanos aplicaron lo que se ha definido como la «romanización», que en palabras de A. Santosuosso quiere decir: «[Romanización] entendida como la asimilación de la cultura y de la cosmovisión política romana por parte de los pueblos conquistados. Los conquistados se volvían socios en la conducción del imperio. Se trataba de un proceso selectivo que se aplicaba directamente sobre los sectores altos de las sociedades sometidas pero afectaba a todas las clases, con beneficios para algunas y consecuencias negativas para otras [...] La supremacía romana estaba basada en la combinación magistral de violencia y

97. Roland Auguet: *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, op. cit., p. 12.

98. De Ste. Croix: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, op. cit., p. 403.

persuasión psicológica –los castigos más duros para aquellos que la desafiaban, la percepción de que su poder no conocía límites, y los premios reservados solo para aquellos que se conformaban»[99]. El que estas palabras las hayamos extraído de un texto que analiza el imperialismo capitalista a comienzos del siglo XXI, indica que los autores de este texto ven, como nosotros, una continuidad interna en los objetivos y métodos entre el imperialismo romano y el capitalista, aunque se trate de dos modos de producción diferentes. Lo que les une es la lógica subyacente de la economía dineraria y mercantil precapitalista y la necesidad consiguiente del uso del terrorismo en los momentos en los que ha fallado el colaboracionismo comprado con «los premios reservados solo para aquellos que se conformaban».

V. Barreiro nos cuenta que «para Roma varios años sin guerra podían generar graves desórdenes sociales al privar a campesinos y gente humilde de la salida militar a su pobreza»[100]. Este autor nos explica cómo la política romana de «saqueo sistemático» facilitaba la entrada de masas de esclavos en los mercados, cómo los esclavos viejos, enfermos e improductivos se convirtieron en un estorbo tan grande que Catón propuso que se eliminaran los cuidados que recibían para dejarlos morir cuanto antes, ya que era más barato y productivo reemplazarlos por nuevos esclavos. Más adelante nos explica cómo la política exterior también estaba regida por el mismo criterio básico consistente en dosificar el terror en todas sus formas, estableciendo diversos niveles de sumisión de los pueblos vencidos militar o económicamente, desde los aliados, hasta los súbditos pasando por las colonias. Unos, los aliados, tenían algunos derechos pero muchas obligaciones, especialmente la de mantener tropas que tenían que luchar por Roma, además de pagar tributos, etcétera; pero otros, los súbditos, por ejemplo, no tenían más que obligaciones y deberes, no pudiendo disponer de armas ni tropas, aceptando su absoluta indefensión. Roma buscaba asegurarse el colaboracionismo de las clases ricas de los pueblos vencidos «para poder apoyarse en ellas en caso de necesidad», pero en el momento crítico en el

99. Citado por Leo Panitch y Sam Gindin (edit) en «Capitalismo global e imperialismo norteamericano», en *El nuevo desafío imperial*, Clacso, Argentina 2005, p. 20.

100. Víctor Barreiro Rubín: *La Guerra en el Mundo Antiguo,* Almena, Madrid 2004. p. 147 y ss.

que su poder explotador se ponía en riesgo ascendía en los niveles de la pedagogía del miedo, provocando el «temor a las represalias, que generalmente consistían en el exterminio puro y simple de los rebeldes»[101].

Otro historiador ha escrito: «En Grecia estallaron conflictos esclavistas del -134 al -133 y en los últimos años del siglo -II, pero no significaron una amenaza para el statu quo vigente. En su guerra contra Roma, Mitrídates VI Eupator se presentó como el libertador de Asia, imprimiendo a su lucha un fuerte carácter social de liberación frente al yugo romano. El rey del Ponto concedió la libertad a la mayor parte de los esclavos, pero cualquier intento de levantar a las masas frente al invasor romano fue en vano: los ejércitos de Roma, victoriosos, aplastaron toda expectativa y aseguraron la defensa de sus intereses en Grecia y en Asia Menor. A pesar de los desastres de la guerra mitridática, surgió en las ciudades de tradición griega en Asia Menor una oligarquía de griegos ricos que habían sido fieles a los planes de Roma y que en poco tiempo consiguieron aumentar sus riquezas e influencia»[102]. Todo indica, según lo visto, que estamos ante una guerra de resistencia nacional y social al mismo tiempo, en la que las diferentes clases sociales se aliaron y se enfrentaron defendiendo sus intereses globales, que, en el caso de las masas trabajadores y esclavas, pasaba por defender su independencia nacional preburguesa. Por esas mismas fechas se produjo la tenaz resistencia colectiva del reino de Pérgamo en -132 y -130, con la ayuda directa e indirecta de otras zonas de casi todas las ciudades griegas de Asia Menor. Debido a una serie de acontecimientos concernientes a la suerte de la tiranía criminal del reino de Pérgamo, de clara opción filoromana, a la muerte del rey Atalo Roma exigió la sumisión de este pueblo. La masiva respuesta de las clases populares y de los esclavos, dirigida por Aristónico, ofreció una desesperada resistencia «anticolonial»[103] de las clases trabajadoras y los esclavos que levantó

101. Víctor Barreiro Rubín: *La Guerra en el Mundo Antiguo*, op. cit., p. 151.

102. José Blázquez Martínez: *Vida económica y social*, en «Grecia Helenística», *Historia de la Humanidad*, Arlanza Ediciones, Madrid 2000, tomo 9, pp. 68-69.

103. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho*, Universidad de La Habana, 1990, tomo 1, parte primera, pp. 238-243.

grandes movimientos de solidaridad de otros pueblos de la zona.

De entre las causas principales que precipitaron la caída del imperio romano de Occidente, hay que reseñar en especial, por un lado y fundamentalmente, la irrecuperable crisis económica, que siempre es objeto de un debate en el que no nos vamos a extender[104], y, por otro lado y muy relacionado con el anterior, los efectos socioeconómicos y políticos causados por las luchas desesperadas de los esclavos y, cada vez más, de las masas empobrecidas, con sus limitaciones estructurales[105]. A lo largo de esta decadencia acelerada, en la que la ciudad de Roma perdió su antiguo peso decisivo en todos los sentidos cediendo ante las fuerzas centrífugas incontenibles, ocurrió que muchos grandes propietarios de tierras no arriesgaron sus inmensas fortunas en la defensa del imperio, en la defensa de una lejana ciudad de Roma que apenas conocían, o en la que no habían estado nunca.

Musset hace un repaso del comportamiento de los aproximadamente 3.000 miembros del ordo senatorius residentes en la Galia, mostrando no solo cómo permanecieron pasivos ante las invasiones sino que encima se enriquecieron todavía más al poco tiempo[106], precipitando la práctica desaparición de la base social del imperio y, sobre todo, de su ejército, como era la clase de pequeños campesinos libres, así como la crisis fiscal del Estado, incapaz de mantener la preparación del ejército para enfrentarse a nuevos peligros. Además, tampoco hay que olvidar el colaboracionismo explícito e implícito con los bárbaros de las masas oprimidas aunque fueran campesinos formalmente libres pero sobreexplotados, de las masas de esclavos, de los pueblos oprimidos, etcétera, al menos desde mediados del siglo II, cuando empezaron a empeorar estas condiciones estructurales. Para el siglo III la colaboración popular con los atacantes bárbaros era ya una práctica asumida incluso por los cristianos, de manera que hacia 255, san Gregorio Taumaturgo les

104. AA.VV.: «Roma», en *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 6, pp. 495-512.

105. Charles Parain: «Los caracteres específicos de la lucha de clases en la Antigüedad clásica», en *El modo de producción esclavista*, AA.VV., Akal, Madrid 1978, pp. 257-287.

106. Lucien Musset: *Las invasiones*, op. cit., pp. 121-123.

reprendió muy severamente en su Epístola canónica por colaborar con los ataques godos, por indicarles a estos las casas que merecía la pena saquear y los ciudadanos ricos que debían ser ejecutados por los godos. El bandolerismo social, las alianzas locales de las masas explotadas con los grupos bandoleros y con las pequeñas invasiones bárbaras en áreas restringidas, estas y otras resistencias[107] minaron también de manera importante las defensas de un imperio ya muy debilitado.

Para esta época la piratería era una forma de resistencia realizada intermitentemente por pueblos y pequeños reinos que burlaban la dominación romana. La crisis del poder central también se agravó con el aumento del bandolerismo en las zonas montañosas «débilmente romanizadas, y las franjas desérticas e inhospitalarias del limes, en donde el descontento podía adoptar una forma política más o menos elaborada, ya fuera por la reactivación de las tradiciones nacionales o en colaboración con los invasores bárbaros. A partir del siglo III, los movimientos de los bagaudas en la Galia y de los circunceliones en África, con unos objetivos particularmente complejos, alcanzaron unas proporciones alarmantes y llegaron incluso a amenazar la unidad del imperio»[108]. A la vez, y en contra de lo que se puede creer leyendo superficialmente a ciertos autores como, entre otros, P. Jay[109], el desarrollo del comercio a larga distancia durante la época del imperio, que llega a ser intenso en muchos productos y entre muchas zonas antes del inicio de la crisis, no supone una «desnacionalización» de los pueblos sometidos, sino al contrario. Como han estudiado J. Carpentier y F. Lebrun: «permitió una toma de conciencia más fuerte de pertenecer a una comunidad»[110] de muchos de esos pueblos. Más aún, a partir del siglo IV se va imponiendo «el gusto por todo lo indígena y un sentimiento de afirmación de las nacionalidades»[111].

107. Julio Fernández Bulté: *Historia de las ideas políticas y jurídicas (Roma)*, Edit. Pueblo y Educación, La Habana 1984, p. 214.

108. Yvon Garlan: *La Guerra en la Antigüedad*, Alderabán, Madrid 2003, p. 25.

109. Pater Jay: *La riqueza del hombre*, Crítica, Barcelona 2002, p. 63.

110. Jean Carpentier y François Lebrun (dirs): *Breve historia de Europa*, Alianza Editorial, nº 1676, Madrid 1994, p. 114.

111. Raquel López: *La sucesión de Teodosio y el fin del imperio de Occidente (395-476 d. de C.)*, op.

J. Kuczinski habla de una dialéctica entre factores externos determinantes, como las invasiones germanas, y factores internos que ayudan al hundimiento, como «numerosas sublevaciones en el interior» y precisa que las invasiones externas pudieron tener éxito «a causa de las sublevaciones internas que socavan los cimientos del imperio»[112].

Otros muchos investigadores insisten en la importancia de las resistencias nacionales a la ocupación romana como una de las causas fundamentales de la implosión de este imperio, reforzando así la tesis que hemos expuesto anteriormente sobre el hecho de que en determinadas circunstancias emergen a la superficie realidades populares de larga duración que no han sido derrotadas pese a las violencias terroristas sufridas y que resurgen en nuevas condiciones, pero con cambios adaptativos. Pues bien, tenemos que concluir este capítulo sobre el terrorismo esclavista estudiando cómo uno de los últimos intentos de la clase explotadora para mantenerse en el poder alargando la vida del imperio romano fue la de recurrir al cristianismo como arma de centralización imperial e imperialista. P. Jonson lo dice de forma indirecta aunque clara: «El imperio abrazó el cristianismo con el propósito de renovar su propia fuerza mediante la incorporación de una religión oficial dinámica»[113]. Otros autores sostienen también que «Constantino, para ser consecuente con el carácter y la naturaleza del poder autocrático sobre el que erigía su monarquía oriental, requería que esta fuera santificada por la gracia divina. Este apoyo religioso, totalizador, no le podía ser dado por el antiguo panteón del antiguo paganismo localista. Constantino supo advertir que el soporte religioso que requería, tenía que encontrarlo, como lo encontró, únicamente en el cristianismo»[114].

La aceptación oficial del cristianismo estuvo facilitada por la

cit., tomo 10, p. 150.

112. Jürgen Kuczinski: *Breve historia de la economía*, Castellote Editor, Madrid 1976, p. 101.

113. Paul Johnson: *La historia del cristianismo*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, Argentina 1989, p. 108.

114. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, La Habana 1990, primera parte, pp. 313-314.

pérdida de la concepción positiva de la vida que había caracterizado a la filosofía presocrática, pesimismo que se aprecia en germen en la obra intelectual del emperador Marco Aurelio, en su estoicismo que admite el suicidio cuando al sabio le resulta ya imposible alcanzar la bondad y el virtuosismo en un mundo que le supera[115]. MacIntyre ha dejado escrito en su imprescindible obra sobre la ética que: «Al leer los testimonios de la filosofía posterior a Sócrates que sobrevive en escritores como Diógenes Laercio y Cicerón, se percibe el sentimiento de un mundo social desintegrado en el que los gobernantes se encuentran más perplejos que nunca, y la situación de los esclavos y de los no propietarios no ha cambiado casi nada, pero en el que para muchos más miembros de la clase media, la inseguridad y la falta de esperanza son los rasgos centrales de la vida»[116].

En semejante contexto no es extraño que, como salida alternativa, surgiera el militarismo y junto con él la visión pesimista y autoritaria que Agustín hizo del cristianismo occidental. Una opinión esencialmente idéntica a la de MacIntyre sostiene R. Osborne cuando dice que «la nueva fe resultaba extremadamente atractiva para los herederos espirituales de Sócrates, pues eran tiempos de confusión moral»[117]. Este autor sigue analizando el aumento de las contradicciones en el imperio y creciente velocidad de su descomposición durante la crisis del siglo III, y su súbita recuperación en el siglo IV gracias a una serie de emperadores militares que intervinieron con planificada contundencia de modo que mucha gente comprendió que el imperio ya no estaba amenazado internamente por los cristianos sino que la nueva contradicción mortal no era otra que el choque entre el imperio y los bárbaros que lo amenazaban desde fuera, de modo que en esta nueva realidad «lejos de ser el “enemigo interior”, el cristianismo empezó a configurarse como una herramienta fundamental para la conservación del imperio»[118].

115. AA.VV.: «Marco Aurelio y los deberes de emperador», en *Historia de la filosofía*, Siglo XXI, Madrid 1972, vol. 3, p. 79.

116. A. MacIntyre: *Historia de la ética*, Paidós, Barcelona 1982, p. 105.

117. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 131.

118. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 136.

Más aún, este autor prosigue explicando que «Constantino se sirvió de la Iglesia cristiana para conquistar y utilizar el poder político: la Iglesia le apoyó frente a su rival Licinio y él utilizó a los obispos y a la comunidad cristiana como red de espionaje que le tenía informado de los acontecimientos políticos que se producían y de las opiniones que circulaban en todas las poblaciones del imperio. A cambio, Constantino, a semejanza de Pablo, se esforzó por unificar la fe cristiana bajo una sola institución. Hizo que la gente corriente simpatizara con el cristianismo declarando día festivo el sabbat cristiano e integrando las celebraciones paganas en el calendario cristiano. La crucifixión, las luchas de gladiadores y los sacrificios de animales fueron prohibidos en todo el imperio»[119]. Es innegable que el papel delator realizado por el cristianismo ayudó de algún modo a la conquista de esos tres logros progresistas, pero las nefastas consecuencias globales se verían poco después.

K. Deschner ha explicado sin ambages la putrefacción del pacifismo en el militarismo cristiano: «Hasta finales del siglo II ni siquiera se planteó la cuestión de si un cristiano podía ser soldado. En el siglo IV eso era ya algo incuestionable. Mientras que en el siglo III los cristianos hacían solo excepcionalmente el servicio militar, en el siglo IV eso se convirtió en norma para ellos. Si hasta el año 313 los obispos excluían del seno de la Iglesia a los soldados que no desertaban en caso de guerra, con posterioridad a esa fecha los excomulgados eran los desertores. Si anteriormente hubo objetores de conciencia que sufrieron el martirio, ahora sus nombres fueron rápidamente tachados del martirologio. Había pasado ya la hora de los soldados mártires y llegaba la de los obispos castrenses»[120]. Semejante evolución no debe llevarnos a escándalo porque la doble moral con respecto a la violencia estaba ya expuesta en los textos del Antiguo Testamento, y durante la escrituración del Nuevo Testamento se recoge esta misma doble moral, la que defiende, por un lado el derecho al uso de la violencia defensiva de los pobres contra los explotadores, y la que defiende la sumisión incondicional y pasiva de los explotados frente a la violencia de los explotadores. Lo que ocurrió

119. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 139.

120. Karlheinz Deschner: *Opus Diaboli*, Yalde, Zaragoza 1987, p. 89.

y se sigue manteniendo desde entonces es que las presiones de la clase dominante romana hicieron que fuera la segunda corriente la que triunfase oficialmente como la «palabra de dios».

4 TERRORISMO MEDIEVAL

VIOLENCIAS Y CRISTIANISMO

Hemos terminado el capítulo anterior, dedicado a las violencias y al terrorismo en el modo de producción esclavista, exponiendo el papel del cristianismo en el intento de salvaguardar la unidad del imperio romano de Occidente, porque buena parte del problema del miedo y del terrorismo en el modo de producción feudal surge precisamente de aquí, de la fuerza política adquirida por la versión oficial del cristianismo triunfante tras la decidida intervención del poder romano. Debemos empezar diciendo que la violencia medieval no tuvo su primera y única causa en el cristianismo, ya que, en realidad, esta sociedad «era una sociedad violenta y estaba organizada para la guerra […] No toda la sociedad estaba militarizada, pero las cuestiones militares afectaban a la totalidad de los aspectos sociales»[1]. Es sobre esta base estructural que fusiona la economía con la guerra sobre la que debemos entender el papel del cristianismo en la violencia medieval. El cristianismo occidental reelaborado por Agustín buscaba conseguir que una «religión basada en la aceptación de un Dios omnipotente y vengativo pudiera ser obedecida por personas que no eran merecedoras de Su amor [...] el pesimismo del resultado fue escalofriante: el papel del verdadero cristiano era temer a Dios, sufrir y esperar el juicio»[2]. La versión agustiniana, y especialmente su insistencia en el temor y miedo al castigo divino, no se impuso

1. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, Edit. Crítica, Barcelona 2009, pp. 32-33.

2. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., pp. 146-147.

de inmediato, necesitó un tiempo para desplazar a otras versiones y sectas cristianas, pero fue tomando fuerza en la medida en que las condiciones sociales volvían a empeorar a partir de las crisis posteriores al siglo XII. Pero no hay duda de que el autoritarismo agustiniano sería una de las fuerzas más poderosas para el desarrollo de la ferocidad exterminadora del catolicismo occidental, si la comparamos con la superior permisividad del cristianismo ortodoxo bizantino. Es indudable que un cierto humanismo y concepto de libertad, ambos preburgueses, anidaban en muchos momentos de la astuta política bizantina, aunque ello no niega las opresiones internas y masacres externas. G. Holmes ha dicho que: «La idea de que la matanza o la conversión de los infieles era un hecho particularmente meritorio siguió siendo una idea profundamente importante para los cristianos latinos que les distinguía radicalmente de los cristianos griegos»[3].

En Europa, durante los siglos V y VI, se vivió una impresionante dinámica de desaparición y extinción, cuando no destrucción, de tribus enteras, así como de formación de otras nuevas mediante alianzas entre las ya existentes o con restos a la deriva de las extinguidas, sobre todo en los grandes territorios del este europeo, entre los eslavos, tanto por el vacío dejado por el hundimiento de Roma como por las presiones más o menos implacables de pueblos nómadas llegados del este[4]. Por ejemplo, en el siglo V el armenio Eznik Kojbtsi escribió *Refutación de las sectas*, obra en la que «reflejaba la lucha tenaz y prolongada del pueblo armenio contra la expansión de los Estados extranjeros, Irán y Bizancio»[5].

Los pueblos germánicos si bien eran celosamente defensores de sus diferencias tribales propias, especialmente mostradas en las guerras en las que, como dice Ph. Contamine, «debían respetarse las diferencias étnicas» de modo que conservaran su «coherencia y homogeneidad»[6], también tenían cierto sentido de su identidad básica

3. Georges Holmes: *Europa: jerarquía y revuelta 1320-1450*, Siglo XXI, Madrid 1984, p. 278.

4. Boris Ribakov: *Kiev en los albores de su historia, A.C. de la URSS*, Moscú 1983, nº3, p. 21.

5. M. A. Dynnik et alii: *Historia de la filosofía*, Grijalbo, México 1960, tomo I, pp. 225-226.

6. Philippe Contamine: *La guerra en la Edad Media*, Nueva Clío, 1984, p. 23.

común que les diferenciaba sustancialmente de la identidad romana ya que si bien muchos germanos se pusieron a las órdenes romanas y algunos llegaron a ser generales fieles a Roma, sin embargo y por ello mismo fueron rechazados como traidores por la mayoría de sus pueblos: «muchos germanos no guardaban ninguna consideración con aquellos compatriotas que se habían pasado a los romanos»[7]. De hecho, esta fue una de las razones decisivas que hicieron fracasar el proyecto de Teodorico de acercar progresivamente a ostrogodos, otros germanos y romanos. Este proyecto se hundió a los pocos años de la muerte de su impulsor, en 526[8]. Sin embargo, tales diferencias no negaban la conciencia de identidad propia de los germanos.

Muchos poderes germanos quisieron mantener sus señas de identidad etno-cultural diferenciada del universalismo católico dominante, aunque tal defensa supusiera el debilitamiento de la unidad pangermánica superior, y hasta el aumento de las dificultades de supervivencia. Un ejemplo de la decisión común de los pueblos germanos por mantener sus identidades particulares, despreocupándose por avanzar en una construcción pangermánica superior, lo tenemos en la tajante decisión de los veinte mil sajones que ayudaron a los longobardos a ocupar amplias zonas de Italia; cuando estos pretendieron que los sajones abandonaran su identidad y costumbres propias y aceptaran las longobardas, los sajones se negaron radicalmente y dejaron las comodidades italianas para volver a las incomodidades del norte de Europa[9]. Otros, como los lombardos «durante unos dos siglos, habían conservado sus usos, tradiciones e idioma tribales», trasladándose luego a las ciudades, aprendiendo el latín e iniciando las bodas mixtas, pero aún así insistían en que los nativos italianos adoptaran la indumentaria lombarda de pantalones y manto, con flequillo, barba larga y nuca afeitada[10].

Pero otros pueblos nórdicos y del tronco germano no aceptaron el cristianismo y siguieron defendiendo sus respectivas religiones e

7. Ste. Croix: *La lucha de clases en mundo griego antiguo*, op. cit., p. 565.

8. Lucien Musset: *Las invasiones*, op. cit., pp. 44-48.

9. AA.VV.: *El auge del cristianismo*, op. cit., p. 345.

10. Harold Lamb: *Carlomagno*, Edhasa, Barcelona 2004, pp. 83-84.

independencias contra el mayor poder que entonces existía, el de Carlomagno. Este rey franco había heredado el sistema de poder creado por los linajes dominantes que se aglutinaron alrededor de su abuelo, Carlos Martel, y de su padre, Pipino. Los linajes más poderosos se aliaron bajo la dirección de Carlos Martel que creó «un ejército formidable, dispuesto a utilizar toda clase de medios para meter en cintura a su propia población y a la de los territorios adyacentes»[11]. Con este instrumento en sus manos, la aristocracia franca aplicó «un sistema político de servicios, tributos y sumisión, gobernado por una corte centralizada, cristiana y culta», que no permitió ninguna costumbre pagana o cristiana no aceptada por el dogma, condenando a muerte a paganos e infieles que no se convirtieran, a la vez que explotaba sin miramientos a las masas campesinas. Las resistencias de los pueblos paganos, especialmente de los sajones, fueron tenaces. Dirigidos por Widukindo, aproximadamente desde 772, los sajones luchaban a la desesperada, con altibajos en una larga guerra caracterizada por su extremo salvajismo, como la ejecución masiva de 4.500 sajones que se negaron a traicionar a sus caudillos en 783.

Éstas y otras brutalidades realizadas por tropas cristianas invasoras hicieron que muchos pueblos sajones, oficialmente cristianizados y pacificados, se sublevaran y de nuevo abrazasen su religión pagana, inseparable de su independencia nacional. El hecho es que para derrotar la invasión cristiana estaban aliándose daneses, sajones y eslavos de más allá del Elba, todos paganos. Carlomagno, viendo que militarmente no podía vencer a esta alianza y que tan larga y destructora guerra estaba matando por hambre a los pueblos resistentes, cambió totalmente de estrategia, declaró que había concluido la guerra e invitó a Widukindo y otros jefes a una fiesta con sobreabundancia de comida y regalos. Prometió que no atacaría más a los sajones y que podían comer todo lo que quisieran, con la única exigencia de que Widukindo se bautizara. Así lo hizo el Sachsenführer sajón y Carlomagno le llenó de oro y de ropas muy caras, y después de que hubieran comido hasta hartarse les puso una guardia de honor que les acompañó sanos y salvos a sus tierras independientes. Pero

11. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 162 y ss.

«después de humillarse ante el franco, Widukindo no pudo convencer nunca más a otro sajón para que desenvainara la espada contra Carlomagno y cayó en tal deshonor que ni siquiera quedó constancia de su muerte»[12].

La expansión del cristianismo se basó en el terror y en el terrorismo: «En la paz a la que se llegó finalmente, y en palabras de Eguinardo, secretario y biógrafo de Carlomagno, "los sajones tuvieron que renunciar a sus creencias paganas y a las ceremonias religiosas de sus padres, y aceptar los artículos de la fe y la práctica cristianas; y, unificados con los francos, tuvieron que formar con ellos un solo pueblo". Las mismas condiciones tuvieron que afrontar casi todas las poblaciones occidentales del continente que encontraron a su paso los ejércitos de Carlomagno, mientras avanzaban por Germania y llegaban por el este hasta el janato ávaro de Hungría y por el sur obligaban a los árabes a retroceder hasta el río Ebro. Las tradiciones religiosas locales, fuesen paganas o cristianas, quedaron abolidas y se castigó duramente toda desviación de la fe católica, como dice expresamente la *Capitulatio* de Carlomagno sobre los sajones: "Quien practicare ritos paganos o fuere infiel a nuestro señor el rey, sea reo de muerte"»[13].

Una de las razones de la conquista de Sajonia por el ejército de Carlomagno radica en que la clase senatorial sajona aceptó la dominación carolingia sin grandes problemas, mientras que las clases inferiores resistieron a la invasión extranjera[14]. En otros pueblos no sucedió lo mismo, o con tanta nitidez, sino en medio de contradicciones internas más agudas. Por ejemplo, frente a la tranquilidad de Carlomagno a la hora de organizar la invasión de Euskal Herria y del reino musulmán de Zaragoza, Guillermo de Toulouse desconfiaba porque los vascos y gascones eran «salvajes como cabras montesas y no ofrecían lealtad a príncipe alguno»[15]. Las contradicciones de clase dentro de los pueblos atacados no anulaban,

12. Harold Lamb: *Carlomagno*, Edhasa, Barcelona 2004, pp. 193-208.

13. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 164.

14. Philippe Contamine: *La guerra en la Edad Media*, op. cit., p. 27.

15. Harold Lamb: *Carlomagno*, op. cit., p. 126.

empero, los esfuerzos de algunos «intelectuales» de la época por definir qué era una nación tal como se vivía en el tránsito de la Alta a la Baja Edad Media. Así, hacia el año 900, según el canonista Reginon de Prüm: «Las diversas naciones difieren en ascendencia, costumbres, lenguas y leyes»[16]. Este autor se refiere aquí, muy probablemente, a las «naciones» ya constituidas, porque en el este de Europa se estaban formando los cimientos de otras naciones mediante fusiones y agregaciones de diversas tribus del mismo tronco etno-cultural. Éste es el caso, por ejemplo, de la nación que ahora llamamos Hungría desde que diversas tribus asociadas se asentaron en las tierras actualmente húngaras y nombraron como jefe colectivo a Árpád, de la tribu de los magiares, la más poderosa. La fusión progresiva de esas tribus alrededor de los magiares se realizó por las necesidades de centralización estato-militar impuestas por las permanentes correrías y saqueos que realizaban contra los pueblos circundantes, hasta que fueron tan aplastantemente derrotados por el germano Otón I en el río Lech en 955 que iniciaron un proceso de sedentarización. La unificación definitiva de las tribus la realizó el magiar Géza; su hijo Esteban aceptó el cristianismo y fue coronado rey de Hungría en el año 1000[17].

En cuanto a la evolución del tema que tratamos en la Europa oriental, tal «despertar» venía impulsado, además de por otros factores, por la necesidad de resistir al expansionismo germano que se hacía bajo la bandera de la cristianización de los paganos eslavos. Pero por debajo de la excusa germana en el sentido de propagar el cristianismo entre los paganos, lo que existía era un crudo interés material en el sentido de quedarse con las tierras y riquezas eslavas y, a la vez, esclavizar a sus habitantes. La esclavización de los eslavos apresados vivos fue tan sistemática e implacable, arrancándoles la dentadura si desobedecían determinadas leyes cristianas como comer carne después de la Septuagésima, por ejemplo, que la palabra «esclavo» proviene de una germanización de «eslavo»[18]. Según H. Focillon: «Los pioneros del cristianismo en los países eslavos

16. Robert Bartlett: *La formación de Europa*, PUV, Madrid. 2003, p. 263.

17. AA.VV.: «Hungría», *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 10, p. 7.853.

18. Jose Antonio Saco: *Historia de la esclavitud*, Biblioteca Júcar, Madrid 1974, p. 94.

limítrofes del imperio habían trabajado al mismo tiempo por la expansión de Alemania». Esto explica que las resistencias eslavas fueran además de etno-nacionales también religiosas en dos sentidos, el de defender en la medida de lo posible su religión pagana y si no era posible hacerlo, bien negociar la aceptación del cristianismo romano e imponerlo oficialmente para no dar excusas intervencionistas a los alemanes, bien negociar con Bizancio para aceptar el cristianismo ortodoxo, con el objetivo de evitar invasiones, además de centralizar el poder de las clases propietarias en ascenso.

Pero no solo existían las resistencias eslavas y de otros pueblos, sino que a comienzos del año 1001 en Roma se produjo un estallido de lucha de clases entre el pueblo contra sus señores en el barrio de Tívoli que, por diversos motivos, terminó en una insurrección contra los alemanes, masacrándolos y poniendo cerco al palacio en el que estaba el emperador Oton III[19]. Pero incluso en las concepciones feudales romano-germánicas en esta misma época existían fuertes discrepancias etno-culturales transmitidas desde el pasado. Hablamos de las tensiones entre el imperio germánico de los otones y la resistencia de la Iglesia romana. Así el papa Nicolás II decretó en 1059 que solo Roma podía nombrar papas, intentando cercenar las ingerencias de los poderes imperiales. Pero, y esto es lo que más nos interesa, en su resistencia al expansionismo germano Roma no dudó en utilizar a su favor «la vieja oposición italiana al dominio del rey alemán»[20].

E. H. Chamberlin ha descrito cómo era el ejército alemán que se presentó en Roma; cómo los romanos habían olvidado las artes de la guerra a campo abierto, pero cómo dominaban perfectamente la guerra en las callejuelas enrevesadas y estrechas en las que no podía desplegarse el ejército alemán que poco antes había aplastado a los hunos hasta entonces invencibles. Lo que pudo haber terminado en una feroz batalla urbana entre el pueblo invadido que conocía sus callejuelas y el ejército invasor no preparado para esas luchas, terminó en trifulcas porque el conflicto no les interesaba ni al papado ni al

19. Henri Focillon: *El año mil*, Altaya, Barcelona 1997, nº 34, pp. 217-231.

20. AA.VV.: «La Edad Media», en *Historia universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 10, p. 208.

emperador Otón. Las convulsiones sociales en la Roma de este tiempo nos dan una idea muy aproximada del fundamental papel jugado por la violencia y el terror de las diversas fracciones de las clases dominantes, porque Chamberlin denomina «jóvenes camorristas» a la corte de un papa veinteañero engreído e ignorante[21].

Un caso típico de fusión del terrorismo aplicado masivamente y de control exhaustivo desarrollado mediante un método de censo social, lo tenemos en la decisión de Guillermo I, rey normando que invadió Inglaterra, venció al ejército del rey Harold en la batalla de Hastings en 1066. La invasión respondió a la simple y fría ganancia económica que los normandos esperaban obtener con su victoria. Como sostiene Macaulay, Inglaterra no se había constituido aún en «nación» debido a las grandes diferencias entre sus respectivos poderes regionales, que volvieron a imponer su ley al nombrar a Harold y no al príncipe Edgard, heredero más próximo del fallecido Eduard. Sin entrar al análisis de la decisiva batalla de Hasting, en la que vencieron con muchos apuros los invasores, lo cierto es que el desarrollo posterior de la ocupación, el hecho de que las diferentes regiones de Inglaterra no pudieran ofrecer una resistencia planificada sino descoordinada, e incluso con rendiciones sin luchar de algunas de ellas, como la propia Londres, así como el hecho de que solo 5.000 caballeros feudales invasores lograsen repartirse, dominar y explotar a una población de un millón y medio de personas, estos y otros datos indican que la Inglaterra anterior a Hasting aún no se había centralizado como «nación» a principios del siglo XI[22].

Sí hay que decir, para comprender mejor este proceso, que el ejército inglés adolecía de todas las limitaciones de las formas feudales iniciales, limitado a disponer de tropas solo durante los pocos meses en los que los campesinos libres podían dejar el trabajo agrícola, en concreto entre julio y agosto, de modo que para comienzos de septiembre[23] el rey Harold no tenía ningún recurso legal

21. E. R. Chamberlin: *Los papas malos*, Orbis, Barcelona 1985, p. 60.

22. George Macaulay Trevelyan: *Historia política de Inglaterra*, FCE, México 1984, pp. 89-102.

23. John Macdonald: «Hasting», en *Grandes Batallas de la Historia*, Edit. Folio, Barcelona 2002, pp. 14-17.

para obligar a los campesinos libres a luchar contra los invasores, quienes sí tenían un ejército permanente. Este dato aplastante sugiere con bastante verosimilitud que al grueso del campesinado no le preocupaba mucho, en ese momento, que cambiara la minoría en el poder.

Pero hay que decir también que el implacable terrorismo normando tuvo efectos en la pasividad cobarde de algunas de las ciudades inglesas. De entrada, Guillermo forzó a Harold a recorrer muy rápidamente alrededor de 300 kilómetros para plantarle batalla en respuesta a las masacres premeditadas que los normandos hacían contra la población civil desarmada e indefensa. Harold acaba de vencer a un enemigo interno y no pudo dar un tiempo vital de descanso y recomposición a su ejército, sino al contrario. Ésta fue una de las razones de su derrota ante un atacante descansado y fresco.

La velocidad del avance normando inmediatamente después de la batalla así como su brutalidad exterminadora, explican también las dificultades inglesas para defenderse con un plan común. Una vez seguros de su victoria, los normandos se dedicaron a expropiar a las clases dominantes inglesas de sus propiedades, que no fueron devueltas a las masas trabajadoras autóctonas, sino que se concentraron en una nueva clase dominante extranjera y aún más reducida, pero más sanguinaria en su violencia. Para controlar mejor al pueblo invadido y para conocer sus recursos y riquezas, los normandos investigaron todas las propiedades escribiéndolas en los dos volúmenes del *Domesday Book*[24]. Un precioso instrumento de conocimiento y poder que solo pudo hacerse tras dos décadas de sofocante política de terror calculado, de rotura de la identidad inglesa y de imposición por la fuerza bruta de estructuras sociales que alteraron profundamente Inglaterra.

24. García de Cortazar y Valdeón Varuque: *Las monarquías feudales*, GHU CIL, Madrid 1986, tomo 12, pp. 152-154.

CULTURA DEL MIEDO

Newark describe así el clima de miedo e intriga en las cortes medievales: «El caudillo mantiene su poder mediante la amenaza de muerte y destrucción [...]. Sobrevivir y triunfar en la corte de un caudillo significa competir en un ruedo de terror perpetuo. Se necesita ser una persona extraordinaria. Algunos son inteligentes, algunos son duros y algunos están locos»[25]. Pero aún más espeluznante es esta descripción: «En las costumbres medievales eran corrientes los castigos corporales horrorosos. Procedían de la tradición germana y romana, y fueron reforzados por la poca frecuencia del encarcelamiento a principios de la Edad Media, y por la amplia publicidad que se daba a las ejecuciones públicas como medio para reprimir el crimen»[26]. Se sabe que «se pagaba dinero para contar con bandidos a los que poder descuartizar y sacrificar ante una turba local expectante, como una especie de transferencia mercantil aplicada al ámbito de las ejecuciones»[27]. Fue sobre esta costumbre de horrorosos castigos corporales sobre la que se levantó en los siglos XI y XII la «cultura del miedo» al infierno, a Satán, que apenas existía con anterioridad: «Satán apenas aparecía en el arte cristiano primitivo, y los frescos de las catacumbas lo han obviado. Una de las representaciones más antiguas data del siglo VI y lo muestra con los rasgos de un ángel, caído sin duda y con las uñas engarfiadas, pero sin fealdad y con una sonrisa algo irónica [...] en los siglos XI y XII se produce en Occidente la primera “explosión diabólica”, que ilustra a Satán con los ojos rojos, cabello negro y alas de fuego, el diablo devorador de hombres” y esta creación de miedo por parte del poder se intensifica a partir del siglo XIV con “una agresiva invasión demoníaca”»[28].

Como reacción popular a la territorialización aristocrática, empiezan a elaborarse de nuevo, tras el hundimiento romano-

25. AA.VV.: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. 500 a.C-1500 d.C., Libsa, Madrid 2007, p. 160.

26. John H. Mundy: *Europa en la Alta Edad Media 1150-1309*, Aguilar, Madrid 1980, p. 518.

27. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, Edit. Crítica, Barcelona 2009, p. 35.

28. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit. Debate, Barcelona 2007, pp. 48-49.

occidental y las vicisitudes posteriores entre las que destaca por su importancia global la pervivencia del imperio bizantino, las normas sociales de admisión y expulsión de las personas o de grupos enteros dentro de las comunidades, es decir, se precisa el criterio demarcador de dentro/fuera que delimita a todo colectivo, proceso unido al problema de la propiedad comunal, privada o eclesiástica de las tierras que se van ganando a las grandes selvas y de los bosques circundantes a esas tierras, y también unido al de la defensa de dicha propiedad frente a los ataques «para robar animales, grano, raptar muchachas, sorprender una torre, destrozar un molino»[29]. Tenemos que tener en cuenta que ya desde el siglo X el saqueo, el bandidaje y la razzia a corta escala es uno de los principales métodos de enriquecimiento de los señores; y que precisamente desde el siglo XI se da el salto a la esquilmación a gran escala de ciudades y reinos enteros, que se convierte en una gran empresa[30], sobre todo si son paganas e infieles, o si han sido excomulgadas por Roma. Semejante violencia generalizada, que frecuentemente culminaba en el terrorismo más espantoso, afectó especialmente a la mujer.

G. Duby ha estudiado la nueva cristalización del patriarcado en esta época gracias a la imposición del matrimonio como sacramento oficial sosteniendo que:

> Durante un siglo, el once, el del endurecimiento, la forma de producción señorial se impuso difícilmente en los tumultos, en la disputa encarnizada por el poder. Conservar este, extenderlo, imponía la concentración. El grupo de los guerreros cristalizó en linajes, aferrados a la tierra, al derecho de mandar, de castigar, de explotar al pueblo campesino. Para resistir a las agresiones de lo temporal, la Iglesia se cristalizó en el rigor de sus principios. El matrimonio es un instrumento de control, y los dirigentes de la Iglesia lo utilizaron para enfrentarse a los laicos con la esperanza de subyugarlos. Los dirigentes de los linajes lo utilizaron de otra manera para mantener intacto su poder[31].

29. Rober Fossier: *La infancia de Europa*, Nueva Clío, 1984, p. 298.

30. J-L. Gombeaud/M. Décaillot: *El regreso de la gran depresión*, Edit. El Viejo Topo, Barcelona 2000, pp. 66-67.

31. George Duby: *El caballero, la mujer y el cura*, Taurus, Madrid 1982, p. 241.

Éste es el contexto en el que la Iglesia impone una medida represiva que ha sido silenciada por la historiografía oficial pero que resulta estremecedora por sus efectos en las condiciones de vida de las masas explotadas y por su reforzamiento del terrorismo feudal. En el II Concilio de Letrán, celebrado en 1139, la Iglesia amenazó con excomunión[32] a quienes utilizasen la efectiva y democrática ballesta contra otras personas que no fuera infieles. La ballesta era un arma capaz de matar a soldados acorazados, fueran de infantería o de caballería. La ballesta era lo que se define como «arma democrática» porque costaba poco dinero, era fácil de construir y de manejar, y su letalidad causaba pavor en los señores feudales que temían que con esas armas las masas campesinas y urbanas les desbancaran del poder. A diferencia del arco, que exigía una preparación de años, el uso de la ballesta podía aprenderse en cuestión de minutos y una mínima colaboración entre un herrero, un carpintero y un cordelero servía para fabricarlas en poco tiempo. Lógicamente, la amenaza de excomunión no sirvió de nada y en el siglo XIII la Carta Magna inglesa volvió a prohibir su uso. La decisión eclesiástica a buen seguro causaría zozobra y terror moral en muchas personas pobres machacadas y explotadas, pero que al ser cristianas no podrían defenderse de las agresiones y violencias de todo tipo, mayormente causadas por la nobleza, por miedo a la condenación eterna por excomunión.

Mientras que la nobleza sí tenía permiso eclesiástico para armarse hasta los dientes con equipamientos muy caros, el pueblo trabajador sufría la más terrorífica de las indefensiones por la amenaza eclesiástica de excomunión si usaban ballestas, la única arma que podía protegerle de la iniquidad. El terrorismo moral y físico causado por la Iglesia con esta ley es inhumano. Conviene recordar que en estos siglos la seguridad física, tanto en los campos como en las ciudades, era una prioridad vital para las clases trabajadoras y explotadas, indefensas en todos los sentidos, pero también para las clases artesanales que ya empezaban a acumular algunos capitales y para la recién aparecida burguesía urbana que comerciaba, viajaba y necesitaba lugares seguros para sus negocios y reuniones. Pero

32. Vicente Segrelles: *Armas que conmovieron al mundo,* Edic. AFHA, Barcelona 1973, p. 40.

ocurría que «en la mayor parte de las ciudades, cualquier miembro de la nobleza podía matar a un plebeyo sin miedo al castigo, mientras que los matones a sueldo intimidaban a todo el que se entrometía en los asuntos o en el territorio del amo»[33]. ¿Cómo defenderse y prosperar en este contexto?

Desde los siglos XII-XIII, a las fuerzas de cohesión grupal, con sus correspondientes efectos de diferenciación de y hacia otros grupos, se une la creciente homogeneización lingüístico-cultural de los pueblos, que van superando el latín dominante hasta el milenio, que va cediendo desde el siglo XII ante la escriturización de otras lenguas gracias a la poesía épica, a la cortesana y al incipiente teatro. En el siglo XIII este proceso está ya asegurado y, lo que es más importante, determinados dialectos pertenecientes a troncos lingüísticos se van convirtiendo en la base de la evolución posterior de esas lenguas[34]. Además, según J. H. Mundy: «Como en la aldea, en la ciudad medieval se desarrolló un sentimiento de comunidad que le capacitó para movilizar sus fuerzas contra sus enemigos. El proceso fue en parte un fenómeno de unificación territorial. [...] No fue una simple cuestión de autodeterminación. Los príncipes locales, seculares o eclesiásticos, también fomentaron e incluso forzaron esta unificación, a fin de destruir enclaves de autoridad señorial independiente. Sin embargo, tan pronto como se desarrollaba un vigoroso sentimiento de comunidad capaz de promover sus propios intereses, los príncipes ya no consideraban conveniente apoyar su unificación». Mundy insiste en que este proceso generó «una cierta igualdad y solidaridad» asentada, al principio, «en una asociación revolucionaria juramentada» y, más tarde, en una prueba de ciudadanía consistentes en «el nacimiento, la residencia legal en la comunidad y la participación en las cargas comunes de defensa y tributo». Los extranjeros debían cumplir como mínimo un año de prueba para ser aceptados como miembros de la comunidad con todos sus derechos y deberes. Sin embargo, el desarrollo de este sentimiento colectivo rara vez, o nunca, fue completo por las limitaciones objetivas del medioevo[35].

33. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 207.

34. Jean Carpentier y François Lebrun: *Breve historia de Europa*, op. cit., pp. 224-225.

35. John H. Mundy: *Europa en la Alta Edad Media 1150-1309*, Aguilar, 1980, pp. 225-236.

La urgencia por definir los contrarios dentro/fuera, amigo/enemigo, conocido/extraño y seguro/inseguro en un mundo incierto y peligroso, la defensa armada, si es preciso, de los instrumentos de producción y bienes acumulados, el desarrollo de la economía dineraria y de un pequeño pero creciente mercado en esta época, llevan a que cobren especial importancia la seguridad, la paz y la estabilidad en los colectivos que se van formando: «Protegidos en su persona y en su actividad, los miembros del grupo quieren, además, permanecer entre ellos. El conservadurismo social que soporta todo el mundo medieval se desarrolla aquí plenamente: el feriante, el forastero, el extranjero de paso, en particular, es sospechoso y se le aparta de las estructuras de sociabilidad común». Aunque las personas se mueven en grupos de acá para allá: «conservan un vínculo con su célula de origen», vínculo que se sustenta en cuatro grandes fuerzas cohesionadoras y creadoras de identidad colectiva como son, uno, la importancia dada a la residencia, al «marco material del hábitat»; otro, la «responsabilidad colectiva» del grupo que ocupa ese hábitat; además, la definición jurídica de los «bienes comunes del grupo» y, por último, existan o no estos, la reivindicación obstinada y hasta violenta de «los usos» de las tierras[36].

Las personas ajenas, exteriores, de otras culturas, son vistas con recelo o preocupación en este contexto de inseguridad y miedo, lo que tiene sus repercusiones negativas además de en los extranjeros, sobre todo en las mujeres las que, por un lado, aguantaban sobre sus espaldas toda la estructura social y, por otro lado, sintetizaban material y simbólicamente el conjunto de contradicciones e injusticias, sobre todo la violencia. D. Nirenberg ha estudiado las razones de la violencia entre grupos etnoculturales en esta época y ha llegado a la conclusión de que:

> El malestar y la violencia se generaban sobre todo por otro tipo de transgresiones: las relaciones sexuales entre miembros de diferentes grupos religiosos. De todos los límites entre comunidades, este era quizá el más candente, tanto por su capacidad para provocar arrebatos ciegos de violencia como porque era la acusación que con más frecuencia aprovechaban los individuos para acusar a alguien ante la

36. Rober Fossier: *La infancia de Europa*, op. cit., pp. 359-369.

ley[37].

El movimiento comunal es de una importancia decisiva porque asegura las bases del crecimiento burgués y de las primeras clases asalariadas urbanas, con todas sus dificultades, derrotas y retrocesos, pero con su lenta tendencia a la recuperación. Muchas veces, las pequeñas ciudades y villas aparecen como lugares de seguridad relativa para un campesinado cada vez más golpeado por todas partes. Leamos la definición que ofrece G. Novack: «Las comunas aparecieron en primer lugar en los centros comerciales de Italia, tales como Venecia, Génova y Pisa, que llegaron a ser independientes antes del siglo XI. Tenían amplios derechos de autogobierno. La comuna era una asociación de vecinos nobles y plebeyos dentro de los muros de la ciudad, juramentados para sostener sus instituciones y extender sus libertades colectivas. Al igual que las democracias griegas, surgieron, por lo general, como una organización revolucionaria que había arrancado su libertad al príncipe u obispo gobernante con métodos de insurrección». Y para que nos hagamos una idea lo más exacta de aquella realidad, Novack recurre al estudio de J. W. Thompson sobre la comuna de Laon en 1112, en el norte del Estado francés: «Un populacho siempre preparado para la lucha, obispos siempre usurpando los derechos reales por un lado y las libertades de la comuna por otro; una gran y sangrienta insurrección, una venganza más sangrienta por parte de los nobles; una gran conflagración; una gran masacre –tales son, en resumen, los anales de Laon. El obispo de Laon, Grandi, mal sucesor de una línea de malos obispos, que juró observar la carta que había vendido cara a los ciudadanos, la violó tan pronto como pudo y de todas las formas posibles, y fue degollado en recompensa»[38].

J. Le Goff aporta estas fechas significativas sobre el crecimiento urbano en el que la lucha de clases entre burguesía y proletariado comienza a insinuarse: alrededor de 1030, principio del movimiento comunal en Italia, en Cremona; 1069 manifestación «comunal» en

37. David Nirenberg: *Comunidades de violencia. La persecución de las minorías en la Edad Media*, Península, 2001, p. 185.

38. George Novack: *Democracia y revolución*, Fontamara, Barcelona 1977, p. 49.

Mans; 1062, aparición del contrato de colleganza en Venecia; 1081, «cónsules» burgueses en Pisa; desde 1088 se empieza a enseñar Derecho romano en Bolonia; 1099, fundación de la Compagna Communis por los comerciantes de Génova; alrededor de 1100 desecación del pantano de Flandes; 1112, revolución comunal en Laon, con la muerte del conde-obispo, revolución a la que luego volveremos; 1120-1150, primeros estatutos de oficio en Occidente; 1127, las ciudades flamencas obtienen cartas de franquicia; 1154, Federico Barbarroja concede privilegios a los maestros y estudiantes de Bolonia; después de 1175, aparición del contrato de «comanda» en Génova; 1183, Paz de Constanza, Barbarroja reconoce la libertad de las ciudades lombardas; 1214, primeros privilegios concedidos a la Universidad de Oxford; 1215, fundación de la Universidad de París; 1229-1231, huelga en la Universidad de París; 1252, acuñación de florines de oro en Génova y Florencia; 1280, oleada de huelgas y motines urbanos en Brujas, Douai, Tournai, Provins, Rouen, Caen, Orleáns, Béziers; 1281, fusión de las hansas colonesas, hamburguesas y lubeckenses; 1284, se acuña el dorado de oro en Venecia, y principios del siglo XIV, difusión de la letra de cambio en Italia[39].

La necesidad de la violencia defensiva aparece nítidamente demostrada en la historia de Venecia y de otras ciudades-Estados del norte de Italia ante las invasiones alemanas. Leamos lo que sigue:

> Cuando Federico cruzó los Alpes para ser coronado emperador, en 1154, vio cosas que le turbaron. La riqueza y el poder militar de aquellas ciudades súbditas eran un peligro y una tentación, y al cabo de cuatro años volvió al frente de un ejército alemán con la intención de imponer su autoridad. [...] ocupó Milán sin problemas, pero varias ciudades del norte, capitaneadas por Venecia (que siempre había estado fuera del imperio), formaron una liga contra el emperador. Tras una serie de campañas, la liga derrotó a Federico en 1176, en Legnano. En la Paz de Constanza de 1183, el emperador concedió a las ciudades el derecho de gobernarse, dictar leyes y elegir cónsules, a cambio de pagar al emperador un impuesto… que dejó de pagarse muy pronto. Desde 1183 tuvieron libertad para gobernarse y este estado de cosas duró

39. Jacques Le Goff: *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Crítica, Barcelona 2003, pp. 179-181.

trescientos años[40].

Como hemos dicho antes, la cooperación defensiva de las gentes en sus aldeas, pueblos y villas no era sino una necesidad ante una realidad en la que las violencias se multiplicaban por todas partes, sobre todo la violencia opresora de papas, obispos, emperadores, reyes y nobles locales, necesitados todos ellos de explotar a las ricas ciudades, comunas y pueblos, o de negociar con ellas tributos e impuestos, amenazas en aumento a la vez que despegaba la economía dineraria desde el siglo XII en adelante. Era en las villas en donde, pese a las prohibiciones eclesiásticas y feudales, los maestros artesanos investigaban mejoras en los armamentos, en las ballestas y en otras armas muy eficaces contra las corazas de los nobles. Pero estos técnicos estaban sometidos a presiones crecientes de los poderes establecidos en lo que respecta a la relación entre técnica y guerra. Precisamente en esta época se aceleraba el proceso de financiarización de la guerra:

> El dinero es el intermediario casi obligado entre el poder y los guerreros. Según el testimonio de los propios contemporáneos, este fenómeno se fue acelerando a partir de mediados del siglo XII [...] Esta irrupción del dinero debe relacionarse, sin duda, con el fenómeno que se ha denominado «revolución comercial» [...] a la mayor abundancia de moneda se le añadió el hecho de que reyes y príncipes supieron hacer crecer a ritmo parecido, si no mayor, sus disponibilidades pecuniarias. Y lo hicieron de tres modos fundamentales: gracias a sus recursos dominiales, en plena expansión, a una fiscalidad pública que se fortalecía y se diversificaba y, finalmente, merced a las conmutaciones de los servicios militares por pagos en metálico[41].

Pero en la medida en que aumentaba el poder del dinero, aumentaba a la vez el malestar social y decrecía la efectividad de las viejas disciplinas y métodos de coerción y violencia, desbordados por el auge de las burguesías comunales, por el malestar de las masas campesinas y urbanas y por la gradual toma de conciencia de los pueblos sometidos a los tributos y saqueos múltiples tanto por parte de

40. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., pp. 205-206.

41. Philippe Contamine: *La guerra en la edad media*, Nueva Clio, Barcelona 1984, pp. 114-127.

los Estados extranjeros como por parte de la Iglesia romana, la Iglesia ortodoxa bizantina fue mucho más respetuosa con las identidades etnoculturales de los pueblos eslavos: «Bizancio derrotó a Roma en la mayor parte del mundo eslavo porque se mostró dispuesta a establecer un compromiso en relación con la cuestión cultural»[42]. Aquí, por «cuestión cultural» hemos de entender la identidad étnica que, en situaciones de guerra estructural adquiría la forma de «odio étnico» en palabras de S. McGlynn. Este historiador, junto a otros más, sostiene que ya en el siglo XII existían en las islas británicas «sentimientos nacionales» y «patriotismo» en sus diversos pueblos, sentimientos que se fortalecían durante las guerras entre ellos. El odio, la devastación y el saqueo generalizado, la toma de esclavos y esclavas, y la búsqueda de botín, caracterizaron las guerras nacionales entre escoceses e ingleses en aquellos tiempos[43].

La pérdida gradual y lenta, pero imparable, del poder de Roma bajo estos y otros cambios, fue la razón que llevó al Vaticano a crear la Inquisición a lo largo de diversas medidas represivas tomadas en la primera mitad del siglo XIII. La lógica terrorista de la Inquisición y especialmente la práctica minuciosamente estudiada de la tortura, esta lógica ya está expuesta en «reflexiones sumamente esenciales» de Agustín y después en el entonces contemporáneo Tomás de Aquino. Si la tortura física era ya en sí horrorosa, no debemos menospreciar el clima de terror latente o público desencadenado por el funcionamiento inquisitorial, que engullía a una persona simplemente por una denuncia anónima y la mantenía paralizada en el pavor durante años. «El concepto mismo de herejía fue extraordinariamente movedizo e indefinido de modo que cualquier manifestación y estado de ánimo se puede, si se desea, interpretar como herético y, además de ello, a falta de tales manifestaciones se pueden también inventar. En realidad, todo hombre estaba indefenso ante el peligro de una posible acusación de herejía»[44].

Leamos la descripción que hace J. C. Baroja del Santo Oficio:

42. Paul Johnson: *La historia del cristianismo*, Vergara Editor, Buenos Aires 1989, p. 215.

43. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, Edit. Crítica, Barcelona 2009, p. 348 y ss.

44. A. Kryvelev: *Historia atea de las religiones*, Júcar, Madrid 1984, tomo 1, pp. 300-304.

«Se fundó la Inquisición española con el objeto primordial de los judíos bautizados durante los terrores del siglo XV. Algún autor moderno parece haber confundido la actuación de los testigos y delatores en aquel momento terrible con el origen de los procedimientos del tribunal como tribunal religioso. En todo caso, el derecho inquisitorial español no difiere, en esencia, del de otros países; lo que sí cambia es la calidad y la cantidad de los procesos. El Santo Oficio fue inexorable con los judaizantes en un principio. Después de quemar a muchos, reprimió también con violencia los brotes de protestantismo. Fue severo en el siglo XVIII con los religiosos y clérigos de malas costumbres y terminó siendo una especie de tribunal de responsabilidades políticas, que asustó al mismo Fernando VII. Castigó a gentes por decir cosas que escandalizaban, y se mostró débil y obsequioso con el poder real en varios casos»[45]. Por su parte, I. Reguera ha estudiado el contenido esencialmente político a favor de la centralidad del Estado español realizado por la Inquisición, mostrando cómo la persecución implacable de las nuevas ideas religiosas, filosóficas y científicas no buscaban solo defender el catolicismo sino muy especialmente fortalecer la unidad lingüística, cultural y política del Estado español en esos siglos[46].

LA TORTURA, EL TERROR Y LA CRUZ

Dado que el terrorismo es la forma extrema de la violencia explotadora, dado que la Inquisición era el instrumento de las clases dominantes y dado que en el siglo XIII una parte apreciable de los beneficios de la producción agraria terminaban directa o indirectamente en las arcas de la Iglesia, queda claro que la Inquisición era el terrorismo preburgués en su máxima forma evolutiva. F. L. Beynon parte de estos intereses económicos por parte de la Iglesia para explicar el origen de la Inquisición. Este autor sostiene que no tiene mucho sentido debatir sobre la fecha exacta de aparición de

45. Julio Caro Baroja: *El señor inquisidor*, Altaya, Barcelona 1997, p. 60.

46. Iñaki Reguera: «Estado y control ideológico en los siglos XVI al XVIII», en *Conciencia y espacialidad*, IENC, Vitoria 1994, pp. 113-122.

este instrumento terrorista, aunque él empieza precisamente por la respuesta represiva feroz de la Iglesia contra la rebelión cátara en el Languedoc como «la causa próxima»[47] de la Inquisición. Según M. Beer: «Era el Languedoc en los siglos XI y XII el país más libre y próspero de toda Europa. En él florecían la industria y el comercio, las artes y las ciencias. Narbona, Tolosa, Albi, Béziers y Carcasona eran sedes de la ciencia y la filosofía. Traductores judíos divulgaban los tesoros de la filosofía árabe. Allí encontraban asilo y protección todas las corrientes religiosas. Las ciudades gozaban de grandes libertades municipales. Los duques de Aquitania y los condes de Tolosa y Provenza defendían celosamente sus derechos contra la Iglesia y la realeza»[48].

Debemos detenernos un instante en el asalto de los cruzados a la ciudad fortificada de Béziers en verano de 1209 porque muestra el terrorismo medieval en su pleno sentido, ya que no fue una cruzada contra paganos o contra musulmanes distantes en lo geográfico y en lo cultural, sino que fue una cruzada contra cristianos y dentro de Europa. Béziers contaba entre ocho y diez mil habitantes y sólidas defensas. La ciudad se negó a entregar a los cruzados los doscientos veintidós herejes más destacados, a cambio de salvar la vida el resto de la población. Béziers «había obtenido una considerable independencia y no tenía intención de renunciar a ella y ponerse en manos de fuerzas exteriores». La cruzada había tomado la decisión de arrasar todos los castillos que no se rindiesen, con «una deliberada estrategia, la de infundir el máximo temor a los enemigos». Toda la población de Béziers fue exterminada: «Ese comportamiento despiadado demostró ser tremendamente eficaz». La «táctica de terror» facilitó que otras ciudades se rindieran a los invasores[49].

P. Labal habla de «guerra de liberación» occitana desde 1216, en la que la lengua de oc es el «cimiento de este patriotismo popular» que empezó a formarse desde que en la segunda mitad del siglo XII

47. F. L. Beynon: *La muerte en nombre de Dios*, Edit. Antalbe, Barcelona 1982, p. 47 y ss.

48. Max Beer: *Historia general del socialismo y de las luchas sociales*, Siglo Veinte, Buenos Aires 1973, p. 128.

49. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, Edit. Crítica, Barcelona 2009, pp. 280-293.

un conjunto de problemas determinaron que Occitania no pasara de ser un «Estado inacabado» cercado por los reinos de París y Castilla, con un enemigo interno, la Iglesia católica, unidos todos ellos por el objetivo común de apropiarse de sus riquezas. Tras diversos avatares, victorias fugaces, derrotas terribles y recuperaciones sorprendentes, de 1244 a 1249 se produce «el final de la independencia occitana»[50], lo que no impide que pervivan sentimientos subterráneos que se van mostrando periódicamente hasta la actualidad. Mitre también afirma que la destrucción de Occitania fue una invasión del norte contra un sur mucho más próspero y culto, y que la «trituración de un movimiento heterodoxo, tuvo otro significado: un jalón decisivo en el proceso de formación de la nacionalidad francesa»[51].

El catarismo era igualitario y no corrupto, y daba a las mujeres libertades negadas por la Iglesia. Las mujeres cátaras denominadas las «perfectas», dirigían las ceremonias si no había ningún hombre «perfecto», logro impensable en la Iglesia. Tenían también otras libertades sociales, económicas, culturales, etceera, prohibidas bajo el catolicismo. Pero: «Las cosas cambiaron especialmente para las mujeres cátaras, cuando la Cruzada albigense atacó el Sur. Esta expedición patrocinada por el papa Inocencio III tenía la intención de extirpar la herejía, pero principalmente era una fuerza política dedicada a implantar el poder del rey francés en territorios sobre los cuales no había gobernado hasta entonces. Fue un aventura cruel y brutal que echó a perder gran parte de la vida cultural y política del Sur»[52].

Inocencio IV oficializó la tortura con su bula Ad extirpanda que ampliaba las categorías de personas torturables ya que, según nos cuenta Alfonso Sastre[53], gracias a este papa se podía ya torturar a los herejes y no solo a los ladrones y asesinos, como ocurría antes. En esa misma época, Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, puso el título «De los tormentos» a un capítulo de sus *Partidas* en el que se decía

50. Paul Labal: *Los cátaros*, Crítica, Barcelona 2000, p. 213.

51. Emilio Mitre: *Sociedad y herejía en el occidente medieval*, Zero-Zix, Madrid 1971, p. 42.

52. Margaret Wade Labarge: *La mujer en la Edad Media*, Nerea, Madrid 1988, p. 268.

53. Alfonso Sastre: «La tortura: un poco de historia», en *Tortura y sociedad*, Edit. Revolución, Madrid 1982, p. 136.

que era el método adecuado para conocer la verdad, que se podía aplicar a todas las personas menos a las mujeres embarazadas, a los niños de menos de 14 años y a los caballeros hidalgos y profesores de derecho, es decir, a las clases dominantes. Veremos cómo las clases dominantes han terminado torturando a mujeres preñadas y a niños y niñas menores de 14 años, del mismo modo en que el ostracismo ha ido aumentando en años al aumentar los intereses de la clase propietaria de las fuerzas productivas, otro tanto ha sucedido con la ferocidad de la tortura y con el alcance cuantitativo e intensidad cualitativa del terrorismo. Sastre cuenta que en Grecia y Roma la tortura estaba prohibida para las personas libres, y permitida contra los esclavos pero con el límite de su salud, de que no se dañase su capacidad de trabajo porque eran simples instrumentos de trabajo que debía rendir beneficios[54]. El capitalismo ha terminado torturando hasta la muerte a esclavos, niños, mujeres embarazadas, burgueses y expertos en leyes, respondiendo a la lógica inherente de la agudización de las contradicciones de todo tipo que frenan la acumulación de capital y el funcionamiento de la unidad entre producción y reproducción.

Una de las mayores barbaridades y crímenes cometidos por la Iglesia católica, según muchos investigadores, fue la elaboración e imposición del Derecho Penal Canónico: «se retrocedió asombrosamente: se juzgaban los animales, los cadáveres fueron objetos también de sanciones, se juzgaba mediante un procedimiento brutal, el inquisitivo [...] Se perdió el viejo concepto del carácter individual de la responsabilidad penal y se juzgó por los delitos a los familiares, a los vecinos, a los simples allegados; se sancionó de manera despiadada y brutal, con absoluta desigualdad entre nobles y plebeyos [...] durante la Inquisición los locos, los enfermos, los epilépticos, todos los que hoy son indubitablemente irresponsables criminalmente, eran condenados por el único pecado de ser enfermos, lo cual hacía suponer que eran poseídos por el diablo o herejes»[55]. Más concretamente sobre las torturas:

54. Alfonso Sastre: «La tortura: un poco de historia», op. cit., p. 136.

55. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, La Habana 1990, segunda parte, p. 129.

> Así vemos consagradas por el Derecho Penal de la Iglesia y aplicadas por tribunales inquisitoriales fórmulas brutales de producir dolor, y en nombre de una religión que se decía continuadora de la práctica de Jesús, que enseñaba el amor entre los hombres, proliferaron los desgarramientos de piel, quebrantamiento de huesos, introducción de cuerpos hirvientes en los orificios del cuerpo, se vio verter aceite hirviendo en la boca de los condenados, se presenció el descuartizamiento mediante la tracción ejercida por caballos que tiraban en direcciones opuestas y, en fin, toda una gama horripilante de medios dirigidos a producir despiadados dolores que, por demás, en la fase ordinaria de la tortura debían estar administrados con todo cuidado, a fin de que el reo sufriera mucho sin morir ni perder la lucidez. La misma pena de muerte, al aplicarse debía serlo mediante procedimientos dolorosos, mediante maneras traumatizantes[56].

Más adelante deberemos recordar estas breves pero estremecedoras descripciones sobre la tortura y el terrorismo cristiano medieval cuando comparemos la tortura antigua, representada en la violencia sacrificial azteca, con la tortura burguesa. La Inquisición fusionó el terrorismo patriarcal, el cristiano y el feudal, y la iniquidad exterminadora lanzada contra este movimiento progresista y emancipador abrió una larga época de desquiciante terrorismo preburgués que fue adaptándose a las nuevas exigencias introducidas por las nuevas necesidades de los poderes. Así, tres siglos después, la Iglesia católica con el apoyo del imperio español, puso a la Inquisición a funcionar al máximo intentando derrotar al movimiento protestante, para evitar que la alianza de príncipes, burgueses, artesanos y campesinos recuperara parte de las inmensas tierras y bienes que les había expropiado durante siglos:

> La Inquisición y los jesuitas pasaron a ser los custodios de la fe católica, las heterodoxias, los visionarios y los profetas fueron perseguidos hasta que desaparecieron, y los católicos corrientes vivían con un miedo muy real a ser acusados de herejes[57].

Pero el terrorismo cristiano no lo sufrieron únicamente los pueblos, clases y mujeres sometidos a la iniquidad inquisitorial, sino

56. AA.VV.: *Manual de Historia General del Estado y del Derecho I*, op. cit., p. 125.

57. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 253.

que otros pueblos geográficamente más distantes también padecieron en estos siglos XIII y XIV la ferocidad material de la cultura del miedo practicada, en este caso, por la germánica Orden Teutónica: «La cruzada organizada algunos años más tarde, en 1267, por Ottokar de Bohemia, da un nuevo dinamismo a la conquista del Este. Es una verdadera guerra de exterminio. La población masculina es sistemáticamente pasada a cuchillo. Las mujeres y los niños tendrán que dejar el campo libre y huir. Regiones enteras se convierten en desiertos. Pero los lugares vacíos serán pronto ocupados por colonos alemanes [...] Por el hierro y el fuego, los teutónicos continúan asegurando el desarrollo de la economía y de la civilización de los territorios conquistados. En 1350 han fundado unos mil cuatrocientos pueblos nuevos [...] Pero en estos territorios inmensos no hay nada definitivo. Los pueblos sometidos la víspera se sublevan al día siguiente. Y nunca podrán los teutónicos interrumpir su guardia vigilante»[58].

En los siglos XIV y XV «la guerra, la peste, las actividades depredadoras de los nobles, que esquilmaban a los campesinos, y las malas cosechas hicieron que a las ciudades llegasen oleadas de gente hambrienta y ociosa [...] las revueltas populares que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIV, asolaban la sociedad medieval»[59]. «La Europa medieval se encontró en un casi perpetuo estado de guerra» causado por el maremagnum de fricciones y choques casi permanentes entre los múltiples poderes existentes. De entre ellos, uno de los más sistemáticos en su belicismo expansivo fue el cristianismo: «La Iglesia católica, hambrienta de poder, también era una fuente importante de conflictos. Aplicaba su dominio con la espada contra los no creyentes, disidentes, libertarios y oponentes políticos»[60]. La mejora de los sistemas burocrático-estatales de control de la población, de vigilancia de los comportamientos, de administración de los negocios estatales y privados, etcétera, esta centralización que ha sido estudiada al detalle, la realizaron los Estados en ascenso

58. Jean-Jacques Mourreau: «Los caballeros teutónicos», en *Los grandes cuerpos militares del pasado*, A.T.E., Barcelona 1980, pp. 48-49.

59. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit. Debate, Barcelona 2007, pp. 43-47.

60. AA.VV.: *Técnicas bélicas del mundo medieval. 500 a.C-1500 d.C.*, Libsa, Madrid 2007, p. 134.

utilizando a «la Iglesia como modelo». Un instrumento decisivo que los poderes posteriores aprendieron del modelo eclesiástico fue el de la confesión, sistema estrechamente relacionado con el terrorismo simbólico y con el terror personal, que más tarde ha sido mejorado y ampliado, según explica J. Mª Arribas:

> El poder sobre uno mismo, del que el confesor es el depositario, pasa por la obligación de vigilarse continuamente y de decir todo acerca de uno mismo. Pasa también por una relación con el juicio, con el juzgarse, puesto que establece una relación entre la subjetividad y la ley [...] El sujeto confesante es atado a la ley en la misma operación en que es atado a su propia identidad. Reconoce la ley y se reconoce a sí mismo en relación con la ley. La confesión es un dispositivo que transforma a los individuos en sujetos en los dos sentidos del término: sujetos a la ley y sujetos a su propia identidad. Promueve formas de identidad que dependen de cómo el sujeto se observa, se dice y se juzga a sí mismo bajo la dirección y el control de su confesor. La secularización de la confesión en la medicina, la psicología, la pedagogía, etcétera, no cambia esencialmente, en cuanto a la forma general del dispositivo, el modo como integra la verdad, el poder y la subjetividad[61].

En el siglo XIII, por ejemplo, el papa Inocencio III se preocupó por recuperar la información de los registros oficiales, iniciando un proceso controlador que cogería impulso definitivo tras el Concilio de Trento, a partir de 1563, cuando la Iglesia católica ordenó registrar los nacimientos, matrimonios y muertes. La Inquisición fue, con mucho, el aparato represivo dedicado a obtener información, ordenarla y centralizarla. Según dice P. Burke: «El miedo creciente a la herejía, así como la mejora de la competencia en matemáticas contribuyeron al desarrollo de la estadística»[62]. Por su parte, J. M. Arribas, sin tocar el problema de la brujería, sí se refiere directamente a la urgencia de los intereses políticos, económicos y militares de las grandes potencias al afirmar que «la estadística social tiene sus orígenes en la aritmética política iniciada a finales del siglo XVII», indicando, por ejemplo, cómo la tabla de mortalidad elaborada en 1694 por Halley buscaba mostrar

61. Jorge Larrosa: «Tecnología del yo y educación», en *Escuela, poder y subjetivación*, La Piqueta, Madrid 1995, pp. 322-323.

62. Peter Burke: *Historia social del conocimiento*. De Gutenberg a Diderot, Paidós, Barcelona 2002, pp. 159-161.

la proporción de hombres aptos para la guerra en cualquier sociedad[63].

El control se realizaba sobre un fondo sociohistórico de miedo creado por el poder. Cada bloque social tiene sus propios miedos y temores, dependiendo del lugar que ocupa en la estructura de explotación, pero, como dice C. Pernasetti, la clase dominante interviene para manipular los miedos de las clases dominadas, imponerle los suyos y, así, controlarla mejor de manera que «el miedo aparece vinculado fuertemente a la necesidad de control de la sociedad, para mantenerla dentro de una normatividad funcional a las necesidades de los grupos dirigentes»[64]. La autora sigue desarrollando las tesis de Delumeau sobre cómo entre los siglos XIV al XVI la Iglesia católica hizo un gran esfuerzo para convencer a las gentes de que todas las calamidades naturales y sociales existentes eran advertencias y amenazas divinas. Guerras, carestías, pestes, lobos, etcétera, eran castigos de «un dios furioso, todopoderoso e implacable [...] porque nunca antes se habían desarrollado tantas herejías y ofensas a su nombre». La quema de brujas y la sospecha sobre todas las mujeres, la persecución de judíos y de herejes, son prácticas que unen a la Reforma protestante y a la Contrarreforma católica por dentro de sus diferencias externas. Y la autora concluye: «miedos y memorias son construcciones sociales e históricas que no pueden entenderse cabalmente si no es considerándolas como parte de la lucha de unos grupos por imponerse sobre otros»[65].

B. Geremek muestra que el miedo de las clases ricas europeas ante los efectos desestabilizadores de la pobreza creciente a finales del siglo XV y comienzos del XVI fue uno de los factores decisivos en el momento de imponer medidas de «caridad social» sufragadas mediante el erario público más las aportaciones de la Iglesia y de otros poderes, sin olvidar las de personas con grandes propiedades.

63. José Mª Arribas Macho: «Estadística y sociología: una reflexión histórica», en *Lo que hacen los sociólogos*, CIS, Madrid 2007, pp. 47-48.

64. Cecilia Pernasetti: «Vínculos entre los conceptos de miedo y memoria. El cine, la memoria y el miedo en la sociedad contemporánea», en *Miedos y memorias*, Comunicarte, Córdoba. Argentina 2006, p. 267.

65. Cecilia Pernasetti: «Vínculos entre los conceptos de miedo y memoria. El cine, la memoria y el miedo en la sociedad contemporánea», op. cit., pp. 267-268.

Estudiando en concreto el caso parisino, el autor dice que en los debates sostenidos entre estos poderes para decidir qué hacer y cómo controlar a las crecientes masas de empobrecidos y vagabundos «se manifiesta a menudo el miedo a reunir a los pobres en un único lugar. Incluso antes del discurso citado del preboste de los comerciantes, en el curso de la discusión sobre el estado de las fortificaciones en la ciudad, Jean Bisonte había avanzado la propuesta de emplear a los pobres en los trabajos de utilidad pública»[66]. El autor sigue narrando el desarrollo del debate, la contradicción entre las necesidades de las clases ricas, las necesidades de la defensa de París, etcétera, que justificaban la aplicación de esta especie de proto-keynesianismo y, por el lado opuesto, la consciencia de la minoría propietaria que pensaba que reunir a varios centenares de empobrecidos podría generar con rapidez una afluencia de muchos otros vagabundos de las cercanías de modo que, al poco tiempo, se juntaran varios miles y saquearan París.

Durante el final de la Baja Edad Media y sobre todo debido a las innovaciones administrativas, centralizadoras y disciplinadoras introducidas forzosamente durante la guerra de los Cien Años entre los reinos de Inglaterra y Francia, se produjo una significativa imposición del «orden y control»[67] sobre los comportamientos sociales en los ejércitos, en los Estados y en sus administraciones aproximadamente entre los años 1300 y 1450, y a partir de aquí progresivamente en las costumbres de los pueblos afectados, hacia las exigencias racionalistas y ahorradoras unidas cada vez más a la economía mercantil. Naturalmente, las crecientes exigencias recaudatorias e impositivas decretadas por los Estados en guerra no tardaron en suscitar protestas y hasta insurrecciones populares, como la acaecida en Rouen y conocida como la Harelle, en 1382[68].

Una de las razones fundamentales por las que el pueblo se resistía al aumento de los impuestos es que por entonces todavía las guerras, es decir, el terror y el terrorismo de las clases dominantes,

66. Bronislaw Geremek: *La piedad y la horca*, Altaya, Barcelona 1997, pp. 144-145.

67. Christopher Allmand: *La guerra de los Cien Años*, Edit. Crítica, Barcelona 1989, p. 156 y ss.

68. Christopher Allmand: *La guerra de los Cien Años*, op. cit., p. 174.

buscaban su autofinanciación mediante el saqueo, el botín, las requisas, las extorsiones impuestas a pueblos y villas, y los rescates impuestos a personas de las clases propietarias. En esta guerra, como en todas, existía todo un sistema legal que estipulaba el reparto de los beneficios obtenidos con estos métodos entre las tropas, los mandos y el rey[69]. No hace falta extendernos sobre los efectos desastrosos de estas prácticas en la población civil que vivía sometida a toda serie de peligros reales, desde el saqueo hasta la muerte pasando por la violación de mujeres y niñas por las tropas de un bando u otro. Los peligros reales eran, además, agrandados en el imaginario colectivo por los rumores, las exageraciones y las informaciones nunca verificables sobre la brutalidad militar. Si a todo ello le unimos los terrores a los castigos eternos del infierno, nos hacemos una idea muy aproximada del miedo contextual.

LUCHA DE CLASES Y LUCHA DE LOS PUEBLOS

Resulta imposible hacer siquiera un listado mínimo de las resistencias, motines, rebeliones y guerras que las masas explotadas realizaron para defenderse de las violencias dominantes, y el papel del terrorismo feudal en el extermino de muchas de ellas. Vamos a concluir con algunos casos muy diferentes en apariencia pero que nos llevan siempre al mismo problema, el del recurso al terrorismo por parte del poder para garantizar su propiedad privada.

El primero trata sobre las luchas revolucionarias de las masas para recuperar los espacios comunes, colectivos, en el norte de Italia durante los siglos XII y XIV. R. Osborne empieza explicando cómo en Florencia la oligarquía fue apropiándose de los espacios colectivos y públicos de las ciudades, privatizándolos, impidiendo el tránsito del pueblo, y protegiendo su nueva propiedad arrancada por la fuerza mediante enormes torres de piedra sitas en las encrucijadas de las calles, a la vez que se creaban jardines y paseos privados, exclusivos para la minoría propietaria. El autor continúa exponiendo cómo entre

69. Christopher Allmand: *La guerra de los Cien Años*, op. cit., p. 175.

1200 y 1300 las principales ciudades del norte italiano pasaron a manos del popolo, y en el caso de Florencia dice que: «no fue una rebelión espontánea, sino un movimiento continuado contra la endogámica autoridad establecida. Si los efectos políticos fueron importantes, los sociales, psicológicos y culturales fueron enormes y duraderos. Lo que el popolo proponía era una idea completa de lo que eran los pueblos y las ciudades, para qué existían, cómo debía vivirse en ellos. Se derribaron las torres y se abrieron los barrios de las grandes familias. En lo sucesivo, el espacio urbano –las calles, las plazas, las salas de reuniones, las iglesias– sería de todos. [...] Durante el mandato del popolo, en el siglo XIII, las ciudades italianas conocieron un crecimiento nunca visto, de población y de actividad económica. Hubo un aumento del interés y de la actividad en educación, hacienda pública, milicias urbanas, política, arquitectura autóctona, y en artes literarias y visuales. Hacia 1300, había menos analfabetismo y la educación estaba más extendida en las ciudades italianas que en el resto de Europa»[70].

No tenemos espacio para extendernos en esta premonitora historia de lucha de clases y de independencia política de las ciudades-Estado del norte de Italia, de la que ya hemos dicho algunas cosas importantes en páginas anteriores. Solamente queremos decir que la derrota del popolo fue debido a varios factores interrelacionados, de entre los que debemos reseñar ahora mismo una constante no exclusiva del norte italiano, sino de la experiencia mundial desde la época griega clásica, sino de antes: muchas de las clases oligarcas perdedoras y vencidas, que frecuentemente tenían que vivir en el exilio, reconquistaron su poder y destrozaron las fuerzas revolucionarias gracias a sus pactos con fuerzas invasoras, mientras que otras oligarquías, envalentonadas por estas derrotas del popolo en ciudades-Estado decisivas por su poder, vencían a sus pueblos apoyándose en el miedo: «a comienzos del siglo XIV, todos los nobles desterrados de Génova, Florencia y Milán declararon la guerra a sus ciudades con ayuda de fuerzas extranjeras. Mientras unas ciudades –Milán, Ferrara, Mantua– caían en manos de una sola familia, otras adoptaron una forma colectiva de gobierno republicano»[71].

70. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., pp. 208-209.

V. Rutenburg ha estudiado con especial interés la Florencia de finales del siglo XIV. Llama la atención el interés de la clase dominante para requisar las enseñas, banderas e insignias de los Ciompi, revolucionarios pertenecientes a las clases trabajadoras, prohibiendo a los artistas su reproducción bajo pena de muerte[72]. Estamos ante una deliberada acción de guerra psicológica y propagandista, de censura política e identitaria, para impedir que las clases trabajadoras florentinas tuvieran sus propias señas de identidad, de autodefinición y de demarcación con respecto a la identidad propia de la clase dominante. Sin embargo, los Ciompi superaron esta represión haciendo otras nuevas fuera de Florencia e introduciéndolas clandestinamente en la ciudad poco antes de una nueva insurrección popular, la de julio de 1383 que terminó en trágico fracaso[73]. Los Ciompi habían conseguido prohibir la tortura y las detenciones arbitrarias de los afiliados a los gremios revolucionarios, reformas bancarias en la reducción de los intereses, instauración del impuesto progresivo en beneficio de quienes menos tienen, etcétera[74], pero tras la derrota de 1383 los dirigentes revolucionarios fueron torturados, arrancándoles la carne a pedazos[75]. Luego, la burguesía florentina fue en auxilio de la de Siena, donde la lucha de clases estaba en su momento crítico y que había dado refugio a revolucionarios florentinos. En marzo de 1385 el gobierno popular de Pisa fue liquidado y muchos de sus seguidores asesinados. Poco antes, y en plena lucha, la burguesía de Siena había lanzado la consigna de «Viva la paz» para confundir, desorientar y debilitar la moral de lucha y radicalidad del bando popular. Como vemos, la clase dominante usó el pacifismo para preparar su ofensiva terrorista.

El segundo ejemplo trata de la resistencia del pueblo canario a la invasión peninsular. Se trató de una tenaz resistencia sostenida desde finales del siglo XIV hasta finales del siglo XV por un conjunto de tribus unidas por una lengua y cultura común pese a habitar un archipiélago

71. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., pp. 212-213.

72. Víctor Rutenburg: *Movimientos populares en Italia (siglos XIV-XV)*, Akal, Madrid 1983, p. 218.

73. Víctor Rutenburg: *Movimientos populares en Italia (siglos XIV-XV)*, op. cit., p. 232.

74. Víctor Rutenburg: *Movimientos populares en Italia (siglos XIV-XV)*, op. cit., pp. 225-226.

75. Víctor Rutenburg: *Movimientos populares en Italia (siglos XIV-XV)*, op. cit., p. 232.

que le incomunicaba relativamente. El pueblo canario vivía de una economía pastoril con inicio de agricultura estacionaria, y con una estructura social que aún no había llegado al nivel de separación en castas y menos aún de escisión en clases sociales antagónicas. Pese a este «atraso», las diferentes tribus mantuvieron una resistencia prolongada a los invasores facilitada por cierta ayuda portuguesa para frenar la expansión castellana. También se dieron los conocidos casos de ayuda de algunas tribus a los invasores para aplastar a otras de su mismo pueblo, cambio de bando de determinados caciques tras ser vencidos para mantener sus privilegios apoyando a los invasores, sublevaciones posteriores por la dureza del trato, por la expropiación de sus tierras e incumplimiento de las promesas castellanas, etcétera[76]. Especial importancia tuvo en esta guerra de exterminio el recurso al envenenamiento colectivo por parte de los invasores.

El tercer ejemplo es el largo conflicto sostenido en Catalunya y en concreto en Barcelona a finales del siglo XIV y mediados del XV. En 1391 estalló una revuelta que tras violencias varias se convirtió en revolución al dar el poder a los menestrales, al pueblo, que ampliaron su representación en el Consejo, investigó las cuentas del trigo y de los impuestos municipales, y pidió la reducción del sueldo de los consejeros. Pero los menestrales solo tuvieron el poder durante cinco meses. Sesenta años más tarde, los menestrales más los mercaderes crearon la Busca, que pretendía «controlar el gobierno municipal para hacer cumplir los privilegios, libertades y costumbres de Barcelona, que para ellos se reducen a sanear la hacienda municipal, a conseguir la devaluación monetaria y con ella una más fácil salida de sus productos e implantar medidas proteccionistas para la industria y el comercio». Por el lado contrario está el bloque nobiliario organizado en la Biga que se niega a devaluar la moneda, que cobra altos sueldos por sus cargos públicos y que antepone la entrada de paños caros para el consumo de los rentistas antes que políticas de protección de la industria autóctona. La Busca supo atraerse al pueblo y tras su victoria en 1453 «fueron rebajados los salarios de los funcionarios municipales y se suprimieron algunos cargos innecesarios. Se prohibió la acumulación de cargos y se redujo la duración de los vitalicios a

76. AA.VV.: «La conquista de Canarias», *Cuadernos Historia 16*, Madrid 1985, nº 79.

dos o tres años; la moneda fue devaluada; se tomaron medidas para mantener a Barcelona bien abastecida de carne y trigo. Se tomaron medidas contra los corsarios y se favoreció la construcción naval al reservar a las naves de la Corona el transporte de las mercancías nacionales. Por último, se favoreció la industria con la prohibición de importar paños de lujo y con medidas tendentes a facilitar la fabricación de este tipo de paños en la ciudad». Por una serie de razones que sería largo exponer, la experiencia acaba derrotada en 1461 con la victoria de la nobleza y la decapitación de los dirigentes más conocidos de la Busca[77].

El cuarto ejemplo es el de la revuelta de los irmandiños en la Galicia del siglo XV. Fue una lucha que puede definirse como intento de revolución burguesa apoyada por amplios sectores campesinos y del artesanado urbano, bajo clero y pequeña nobleza empobrecida, contra la clase feudal y la Iglesia católica. Además de las reivindicaciones de estas clases, también tuvieron mucha influencia los sentimientos de agravio acumulados por las masas, como la memoria que conservaba el pueblo de Compostela de los dos vecinos asesinados por los hombres del arzobispado, lo que aceleró el asalto a su fortaleza[78]. Es muy significativa la identidad que establecieron los irmandiños entre, por un lado, la justicia, la mentalidad justiciera y, por el lado opuesto, la existencia de las fortalezas y de la clase señorial que en ellas vive protegida y protegiendo sus propiedades. La justicia es así, para el pueblo gallego, lo opuesto de las fortalezas señoriales, que expresan el poder odiado por injusto y explotador[79]. Sin embargo, el solo deseo de justicia no lleva a la victoria, pues los errores cometidos por los irmandiños fueron superiores a la cuantía de su ejército de 80.000 voluntarios que fue derrotado en 1469 por el ejército mercenario[80]organizado por la aristocracia y la Iglesia.

77. José Luis Martín: «Conflictos sociales en la Edad Media», *Historia 16*, Madrid 1985, nº 158, pp. 28-32.

78. Carlos Barros: *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV*, Siglo XXI, Barcelona 1990, p. 121.

79. Carlos Barros: *Mentalidad justiciera de los irmandiños, siglo XV*, op. cit, p. 244 y ss.

80. *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 11, p. 8272.

El quinto ejemplo trata del husismo, el «mayor movimiento herético de la Edad Media», según Granda, buscaba sus causas en la conjunción de diversos factores entre los que destaca el religioso, el social y el nacional. Por ejemplo, sostiene que en el plano social hasta el cuarenta por ciento de la población de Praga estaba formado por «desposeídos urbanos» enfrentado a un patriciado urbano en su mayoría alemán, así como la existencia de una frecuente oposición del campesinado contra las ciudades; un campesinado que aguantaba sobre sus espaldas el que la Iglesia latina fuera propietaria de un tercio de las tierras checas. En estas condiciones no es de sorprender que, además de la reivindicación de la lengua y cultura checas asumida incluso por los sectores más reformistas del husismo, sobre todo el movimiento popular y más radical, el taborita y el picardo, desarrollaran: «una organización de tipo comunal, sin propiedad privada, y subsistían de lo que tomaban a sus enemigos»[81]. Aunque este movimiento, al decir de J. L. Martín, supo granjearse el apoyo nobiliario «mediante la secularización de los bienes eclesiásticos y su entrega a los nobles locales», no por ello abandonó las reivindicaciones sociales[82]. Uno de los factores que precipitaron su unidad nacional inicial fue que los ejércitos cruzados lanzados contra ellos por Roma y el imperio alemán asesinaban a todos los que oían hablar en checo, sin investigar si eran husitas o no[83].

La parte más radical del movimiento fueron los taboritas que «también eran revolucionarios sociales [...] el establecimiento de la igualdad, del comunismo incluso, y el derrocamiento del orden social establecido eran tan importantes como la reforma religiosas»[84]. Esta dialéctica entre liberación nacional, de clase y de amplia emancipación de la mujer, dialéctica en la que también actúan las derivas de los sectores más ricos de los sublevados hacia el reformismo, primero, y después hacia la negociación con el enemigo, es la que explica hechos

81. Cristina Granda Gallego: *El movimiento husita*, en «Las herejías medievales», AA.VV., Historia 16. Madrid 1985, nº 66, pp. 26-31.

82. José Luis Martín: «Conflictos sociales en la Edad Media», *Historia 16*, Madrid 1985, nº 158, p. 18.

83. Josef Macek: *¿Herejía o Revolución? El movimiento husita*, Edit. Ciencia Nueva, 1967, p. 47.

84. George Holmes: *Europa: jerarquía y revuelta 1320-1450*, Siglo XXI, Madrid 1984, p. 252.

de extrema dureza como los narrados por F. Garrido: «Indignado el pueblo por la conducta de los senadores, los arremetió furioso en sus palacios y echó a muchos por los balcones, recibiéndolos en las picas. Once solamente se salvaron de la matanza con la fuga»[85]. Interesa destacar aquí que las ideas taboritas no eran, en lo esencial, exclusivas de las masas checas, sino que formaban parte de la amplia corriente de herejía milenarista cristiana que venía de lejos, que había reaparecido en el siglo anterior y que había tenido especial fuerza en las luchas campesinas inglesas de 1381. Un investigador de la talla de N. Cohn no ha dudado en definir al movimiento checo como una lucha «anarco-comunista» dentro de un proceso más amplio relacionado con las reivindicaciones del campesinado inglés, pero con una peculiaridad específica que no era otra que la reivindicación nacional de las masas checas contra la doble alianza entre el Vaticano, poseedor de más de la mitad de las tierras y de otras ingentes riquezas, y la no menos rica minoría alemana, que controlaba buena parte del resto de las instituciones y poderes: «las quejas de los checos en contra del clero se fusionaron con las que tenían contra una minoría extranjera»[86]. Al final el husismo fue ahogado en un océano de sangre bajo la bendición del Vaticano.

El sexto ejemplo se aleja de la tónica de los anteriores y muestra el terrorismo europeo en su crudeza insoportable. Leamos con detenimiento a A. Pagden en lo que sigue:

> La esclavitud moderna [...] tuvo su origen en la mañana del 8 de agosto de 1444, cuando el primer cargamento de 235 africanos capturados en lo que hoy es Senegal fue desembarcado en el puerto portugués de Lagos. En los muelles se improvisó un rudimentario mercado de esclavos, y los africanos, confusos y acobardados, tambaleándose después de semanas confinados en insanas bodegas de los pequeños barcos en que habían sido traídos, fueron reunidos en grupos de edad, sexo y estado de salud. El cronista Gomes Eannes de Zurara, quien registró el suceso, escribió lo siguiente:
>
> ¿Qué corazón sería tan insensible de no sentirse traspasado por

85. Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras*, Zero Zyx, Madrid 1973, tomo 2, p. 214.

86. Norman Cohn: *En pos del Milenio*, Alianza Universal, Madrid 1981, pp. 198-222.

un piadoso sentimiento al contemplar esa compañía? Algunos tenían la cabeza baja, el rostro bañado en lágrimas cuando miraban a los demás; otros gemían lastimosamente mirando hacia los cielos con fijeza y gritaban con grandes alaridos, como si estuvieran invocando al padre del universo para que los socorriera. Para aumentar su angustia todavía más, llegaron entonces los encargados de las divisiones y empezaron a separarlos para formar cinco lotes iguales. Ello hizo necesario apartar a los hijos de los padres y a las madres de los esposos, y a los hermanos de sus hermanos… Y cuando los niños asignados a un grupo veían a sus padres en otro distinto daban un salto y salían corriendo hacia ellos; las madres estrechaban a sus hijos en los brazos y se tendían sobre el suelo, aceptando las heridas con desprecio del padecimiento de sus carnes con tal de que sus niños nos les fueran arrebatados.

Una persona que, al parecer, permaneció completamente impasible fue el príncipe Enrique *el Navegante*, quien había patrocinado el viaje. Según Zurara, llegó tirando de las riendas «de un brioso caballo acompañado de su gente». Separó, como era debido, el quinto real de las ventas –cuarenta y seis esclavos en total– y se alejó cabalgando. Acababa de empezar el tráfico del «oro negro[87].

Tenemos aquí una espeluznante descripción de cómo actuaba desde su mismo inicio el terrorismo colonialista de la civilización cristiana que ya daba sus primeros pasos en la economía burguesa. Muy pocos años después, Fray Bartolomé de las Casas, la cara amable del terror cristiano, ha dejado escritas espeluznantes detalles sobre cómo los cristianos, tras ser recibidos con regalos, comida y atenciones, por los aborígenes, los masacraban sin piedad, desde niños y viejos hasta mujeres preñadas a las que despanzurraban con sus espadas y lanzas, y qué trato daban a los caciques indígenas: «Comúnmente mataban a los señores y nobles desta manera: que hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atáñanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados, se les salían las ánimas»[88]. O de otra forma: «No existían limitaciones para esclavizar a los indios, mantener relaciones sexuales con ellos, someterlos a trabajos forzados, torturarlos o usarlos en deportes sangrientos, ni

87. Anthony Pagden: *Pueblos e Imperios*, Mondadori, Barcelona 2002, pp. 131-132.

88. Bartolomé de las Casas, citado por R. Osborne en *Civilización*, op. cit., p. 281.

tampoco para asesinarlos o dejarlos morir de hambre; de las Casas escribió que, durante su estancia de cuatro meses en Cuba, asistió a la muerte por inanición de siete mil nativos»[89].

Recordaremos palabras y conceptos leídos en estas citas: confusión, cobardía, cabeza baja, lágrimas, gemidos, gritos y alaridos, angustia, padecimiento, tormentos, esclavización, violaciones, fuego, hambre… porque han aparecido y aparecerán una y otra vez cuando hablemos del «terror calculado» y de la «pedagogía del miedo». Los recordaremos cuando leamos cómo actuaban los «psiquiatras de la muerte» nazis en el momento de separar brutalmente a las familias en los campos de concentración, a las madres de sus hijos: «Los psiquiatras de la muerte conocían las leyes que rigen en todos los mataderos del mundo. Ese momento de separar hijas y padres, madres e hijos, nietos y abuelas, maridos y mujeres, era uno de los más cruciales»[90]. Grossman nos remite aquí a lo constante y esencial del terrorismo: la carnicería de personas sobrantes para el sistema, personas que pueden ser un peligro para el poder y que deben ser exterminadas, y que son tratadas con métodos que atacan a lo definitorio de la especie humana como especie genérica, aunque esta identidad genético-estructural del terror adquiera expresiones histórico-genéticas diferentes en cada modo de producción basado en la explotación de la fuerza de trabajo.

Fijémonos en que el «oro negro» era fuerza de trabajo humana, seres humanos, mujeres, niños y hombres esclavizados y rebajados al nivel inhumano de mercancías valiosas. Fijémonos que si bien las naciones indias no pudieron ser esclavizadas al mismo nivel que las africanas, sí fueron y son explotadas con una saña especial. Intentemos imaginar qué hubiera escrito el cronista Zurara si en ese momento el grupo esclavizado hubiera recurrido a la violencia desesperada, hubiera matado a los portugueses e intentado huir. Lo más probable es que fueran aniquilados despiadadamente, y que el cronista nos dejase una descripción justificando el exterminio de los

89. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 283.

90. Anthony Beevor: *Un escritor en la guerra. Vasilo Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Crítica, Barcelona 2005, p. 358.

«salvajes». Ya sabemos qué han escrito otros muchos cronistas del poder sobre las revueltas y violencias africanas e indias.

El séptimo y último ejemplo plantea una cuestión decisiva para el tema que tratamos: ¿cómo formar a un pueblo para que se defienda ante la amenaza que se avecina? ¿De qué vale el pacifismo en los momentos críticos? ¿Qué responsabilidad tiene el poder al no educar al pueblo en el derecho y necesidad de la defensa violenta ante una invasión exterminadora? ¿De qué vale el pacifismo cuando las libertades y la propiedad colectivas están mortalmente amenazadas por un invasor que busca apropiarse de todo y destruir lo que se le resiste? Se trata, ni más ni menos, que de la «cobardía colectiva» del grueso de los bizantinos en edad militar en 1453, al decir de Fuller. De los 100.000 habitantes que tenía Constantinopla al acercarse los turcos, 25.000 eran hombres en edad militar, capaces de tomar las armas en defensa de su ciudad, sus vidas y las de sus familiares de la segura aniquilación en caso de vencer los otomanos.

Pues bien, a pesar de todo ello solo 4.973 respondieron al llamamiento a las armas, de manera que sumando las pocas ayudas exteriores, la defensa de Constantinopla la realizaron alrededor de 8.000 combatientes contra un ejército de 140.000 soldados apoyados por varios miles más de auxiliares[91], dotados de la mejor artillería pesada de todo el mundo. Así que cuando poco antes de que los turcos iniciaran su ataque al grito «Yagma! Yagma! (¡Al saqueo! ¡Al saqueo!)», eran muy pocos los bizantinos que realmente creían en el juramento de «¡Muramos por la fe y por la patria!» realizado poco antes del asalto final, en medio de una guerra en la que muchos católicos occidentales deseaban fervientemente la destrucción de Constantinopla por hereje. Al final de todo, y para hacer honor al Islam turco, ni las 4.000 personas de todas las edades asesinadas, ni las 50.000 personas entre hombres, mujeres y niñas y niños vendidas como esclavos y esclavas, ni el saqueo de riqueza y la quema de libros, nada de esto superó al terror católico: «aunque la matanza fue terrible, no superó a la de 1204» realizada por los cruzados católicos en nombre de Roma[92].

91. J. F. C. Fuller: *Batallas decisivas*, op. cit., pp. 148-149.

92. J. F. C. Fuller: *Batallas decisivas*, op. cit., pp. 151-161.

TERCERA PARTE

1 TERRORISMO CAPITALISTA

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y TERROR

Como veremos, el terrorismo capitalista es cualitativamente más destructor que el terrorismo medieval aquí descrito en sus líneas básicas. Iremos viendo cómo surge este nuevo terrorismo, cómo va desarrollando sus tácticas y métodos respondiendo tanto a las necesidades de la acumulación de capital como a las resistencias de los pueblos trabajadores. Sin embargo, ya en la última fase medieval estaba actuando una de las características básicas del terrorismo capitalista, la de asumir los peores, los más inhumanos métodos criminales de los terrorismos pasados e integrarlos en el nuevo terrorismo. La esclavitud, por ejemplo, iniciada como hemos visto a comienzos del siglo XV tiene sus diferencias con respecto a la esclavitud grecorromana, pero también sus identidades sustantivas. Las primeras, las diferencias, consisten en que la esclavitud capitalista integra también otros métodos como la servidumbre medieval en sus diferentes modalidades.

La relación interna entre esclavitud, servidumbre y aparición de la explotación asalariada en el desarrollo del capitalismo ha sido puesta en claro por la gran investigación realizada por Y. Moulier-Boutang especialmente en lo que define como «formas deformes» refiriéndose a la «segunda servidumbre» en Europa central y oriental[1]. Las identidades aparecen también en este caso de la «segunda

1. Yann Moulier-Boutang: *De la esclavitud al trabajo asalariado*, Akal, Madrid 2006, p. 127 y ss.

servidumbre» en las prácticas de los métodos de terror y de terrorismo cotidiano para maximizar los beneficios de la explotación. Zs. P. Pach detalla la práctica de las torturas más salvajes para destrozar las resistencias de las masas campesinas reducidas a la servidumbre. Pero también explica la interacción entre las diferentes violencias opresoras: «Al margen de la violencia física había otro medio de presión extra-económica de gran importancia: la violencia moral, la doctrina de la fe, la resignación, el abandono y la obediencia incondicional al señor». Este autor hace especial hincapié en el papel de la Iglesia como instrumento de la clase propietaria de las fuerzas productivas[2].

Hemos visto diferencias e identidades mediante el recurso a dos ejemplos diferentes, pero disponemos de la larga explotación de un pueblo por dos potencias imperialistas sucesivas, explotación que nos permite apreciar la evolución real del terrorismo esclavista occidental moderno dentro de una misma nación. Uno de los pueblos autóctonos que tuvieron la desgracia de servir como bisagra entre la invasión española por el sur desarrollada desde la primera mitad del siglo XVII y la invasión yanqui iniciada justo en la mitad del siglo XIX, fue la nación navaja. Cuando aparecieron los españoles, los navajos mantenían una economía mixta de ganadería, agricultura y recolección, y también de saqueo de otros pueblos indios, más débiles. Nos encontramos ante el típico caso de pueblos que son a la vez atacados y atacantes, oprimidos y opresores, sin analizar ahora su estructura interna de poder, contradicciones simultáneas que solamente pueden ser estudiadas desde la dialéctica materialista e histórica. La introducción del caballo aumentó la eficacia militar del pueblo navajo, lo que le permitió mantener una guerra defensiva de dos siglos:

> Cuando los españoles atacaban a los navajos, capturaban a las mujeres y a los niños para someterlos a la esclavitud y además alentaban a otros indios a que los apresaran y vendieran en los mercados. Cualquier familia española de cierta importancia poseía esclavos navajos. Naturalmente, los navajos se vengaban haciendo prisioneros a los españoles y a los indios que luchaban contra ellos[3].

2. Zs. P. Pach: «El desarrollo agrario de Hungría durante los siglos XVI y XVII», en *La segunda servidumbre en Europa central y oriental*, Akal, Madrid 1980, pp. 230-232.

De cualquier modo, y como en otras muchas cuestiones, Marx ya había denunciado el papel del esclavismo en el nacimiento del capital, y lo hizo como siempre, yendo a la raíz del problema, a su esencia más escalofriante, aterradora y terrorista, la esclavitud infantil:

> El sistema colonial, la deuda pública, la montaña de impuestos, el proteccionismo, las guerras comerciales, etcétera, todos estos vástagos del verdadero período manufacturero se desarrollaron en proporciones gigantescas durante los años de infancia de la *gran industria*. El nacimiento de esta potencia es festejado con la gran cruzada heroica del rapto de niños [...] *la necesidad del robo de niños y de la esclavitud infantil* para abrir paso a la transformación de la manufactura en la industria fabril e *instaurar la proporción justa entre el capital y la mano de obra*[4].

> A la par que implantaba en Inglaterra la esclavitud infantil, la industria algodonera servía de acicate para convertir el régimen más o menos patriarcal de esclavitud de los Estados Unidos en un sistema comercial de explotación. En general, la esclavitud encubierta de los obreros asalariados en Europa exigía, como pedestal, la esclavitud sans phrase [desembozada] en el Nuevo Mundo. Tantae molis erat [tantos esfuerzos se requirieron] para dar rienda suelta a las «*leyes naturales y eternas*» del régimen de producción capitalista, para consumar el proceso de divorcio entre los obreros y las condiciones de trabajo, para transformar en uno de los polos, los medios sociales de producción y de vida en capital, y en el polo contrario la masa del pueblo en obreros asalariados, en «*pobres trabajadores*» y libres, *ese producto artificial de la historia moderna*. Si el dinero, como dice Augier, «nace con manchas naturales de sangre en una mejilla», el *capital* viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza[5].

El modo de producción capitalista no recurrió solamente al terrorismo de la «nueva» esclavitud desarrollada desde el siglo XV que con formas «maquilladas» siguen en la actualidad[6], y de la

3. Clark Wissler: *Los indios de los Estados Unidos de América*, Paidós, Barcelona 1993, pp. 275-277.

4. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 644.

5. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 646.

6. Pauline Imbach: *Un mundo de esclavitud maquillado al gusto de nuestra época*,

servidumbre impuesta militarmente después, sino también a otros métodos que iremos viendo. Uno de ellos era el disciplinar la fuerza de trabajo campesina, para transformarla poco a poco en fuerza de trabajo fabril. Concretamente:

> El vagabundeo, que tanto preocupaba a las clases pudientes como factor que acentuaba la atmósfera agitada y como causante de desórdenes, generó actas estatales llamadas por Marx «legislación sangrienta». Esta legislación no solo reconocía de hecho el problema del pauperismo, de lo cual se ha tratado más arriba, sino que consideraba oficialmente a los trabajadores expropiados como haraganes ociosos. Castigaba despiadadamente a los proletarios desfavorecidos por la haraganería, declarándola hipócritamente causa de todas las calamidades de los pobres. En los siglos XVI a XVIII fueron promulgadas en Inglaterra decenas de leyes que constituyeron un sistema de apreciaciones de las «acciones criminales» de los pobres y una escala adecuada de castigos que comprendía pena de muerte, esclavitud, fustigación pública, estigmatización y muchos otros métodos represivos. Las autoridades coloniales en la América del Norte de los siglos XVII y XVIII procuraban imitar la legislación británica contra las «personas vagabundas, ociosas y disolutas» (acta de 1672, en Virginia; resolución tomada en 1750 en Rhode Island sobre la «introducción de todos los estatutos británicos relativos a los pobres en la medida en que sean aplicables en esta colonia». Leyes análogas se promulgaban en Francia a partir de los años cuarenta del siglo XVI. En actas legislativas posteriores, de los años 1551, 1553, 1555, 1558, etcétera, se reproducían las amenazas y prescribían duros castigos: fustigación, encarcelamiento, galeras, pena capital. Las ordenanzas de 1777 prescribían mandar a trabajos forzados a todo pobre sano de 16 a 60 años de edad. Además de disposiciones estatales se tomaban disposiciones urbanas contra las «personas ociosas y los pordioseros». En 1561 se resolvió en Lyon que todos los mendigos y vagabundos abandonaran la ciudad bajo la amenaza de ser ahorcados sin causa ni proceso judicial. Los estatutos de los Países Bajos del siglo XVI y, luego, las leyes estatales y los «carteles» de los consejos municipales de Holanda, modelo del ordenamiento capitalista, del siglo XVII, estipulaban medidas duras contra los pobres «ociosos». En la Suecia del siglo XVIII, el pobre que no se convertía en trabajador asalariado, era perseguido por vagabundo[7].

http://www.rebelion.org, 14 de mayo de 2009.

Otro método era el del saqueo de continentes enteros mediante el comercio realizado por empresas que eran a la vez civiles y militares, mercaderes y piratas incluso desde el siglo X en algunas zonas de Italia, en donde «esos marinos y burgueses, después de haber expulsado a los árabes, se apropian del oro africano y lo utilizan para el comercio internacional y para animar también los intercambios interiores»[8]. Más tarde, el poder de apropiación de los saqueadores italianos cedió a la expansión creciente de holandeses, ingleses y franceses, que además de expoliar a otros pueblos también atacaban a los imperios español y portugués en una larga guerra interimperialista, a través de compañías económico-militares:

> Sin duda alguna, se trataba de un negocio peligroso, en el cual el éxito o el fracaso estaba supeditado a la posesión de una fuerza superior. Los ladrones siempre han corrido el riesgo de ser robados por alguien más fuerte; y el recurso a la fuerza implicaba un peligro de muerte análogo al que los soldados afrontaban en tierra. Los inversionistas que hacían posible cada viaje comprando las acciones con que se cubrían los costes de equipamiento del barco y contratación de la tripulación corrían así mismo grandes riesgos, ya que muchos barcos jamás regresaban, y otros lo hacían con muy poco que mostrar a cambio del esfuerzo realizado[9].

Además, el ascenso de estas potencias burguesas se sostuvo también en guerras progresistas y en revoluciones de liberación nacional, así como en represiones duramente violentas de sus propias clases trabajadoras internas. Debemos recordar aquí lo explicado justo al comienzo de este texto sobre el método dialéctico, y la mejor forma es ver cómo fue la historia holandesa, en la que las violencias justas e injustas y el terrorismo español jugaron un papel crucial. La formación de los Países Bajos es un ejemplo de la dialéctica de las contradicciones sociales que ha creado el capitalismo más desarrollado y democrático-burgués que existe hoy en día, precisamente a partir de la interacción de todas las violencias

7. AA.VV.: «Génesis del proletariado», en *El movimiento obrero internacional*, Edit. Progreso, Moscú 1982, tomo I, p. 51.

8. Jacques Attali: *Historia de la propiedad*, Planeta, Barcelona 1989, p. 173.

9. William H. McNeill: *La búsqueda del poder*, Siglo XXI, Madrid 1988, pp. 112-113.

imaginables, las justas y las injustas, las defensivas y las ofensivas, insertas en la dinámica de acumulación originaria del capital y en medio de un desarrollo científico, filosófico y cultural brillante y exquisito. Hemos escogido el ejemplo de la formación histórica de los Países Bajos precisamente porque es un ejemplo de todo lo que estamos diciendo, desde la guerra justa de liberación nacional en la que no faltan las heroicidades y el terrorismo español más brutal, hasta las continuas guerras de saqueo colonial y de robo entre ladrones. El historiador C. Tilly ha escrito que:

> La larga lucha por la construcción estato-nacional en y de los Países Bajos es un ejemplo del carácter sinérgico de este proceso cuando se conjugan positivamente todos los factores, incluidas guerras de singular virulencia. En la segunda mitad del siglo XV la riqueza de los Países Bajos, una región con diversas lenguas y versiones del cristianismo así como con fuertes diferencias socioeconómicas, era codiciada por las grandes potencias europeas, a la vez que sus contradicciones internas se expresaban en rebeliones y revoluciones endógenas como la de 1477. Aunque ya en 1483 el imperio de los Habsburgo estaba en guerra con Brujas y Gante, no logró asentar su poder en la zona hasta octubre de 1492 cuando Felipe de Cleves, último jefe resistente, se refugió en el Estado francés. En 1539 la burguesía de Gante se rebeló reiniciándose una lucha que conquistó la independencia de facto de lo que ahora es Holanda en 1609 y su reconocimiento internacional en 1648. Fue una guerra atroz, como veremos, en la que Felipe II puso precio de 25.000 coronas de oro a la cabeza de Guillermo de Orange, uno de los líderes de la guerra de liberación nacional protoburguesa holandesa, que fue asesinado cuatro años más tarde, en 1584[10].

De entre estas acciones queremos destacar la resistencia titánica de Haarlem en 1572. Toda la burguesía holandesa tomó las armas, incluidas 300 mujeres con arcabuces, llegando a practicar las medidas más extremas para mantener la defensa de la ciudad: «Fueron erigidas horcas sobre los baluartes y colgados todos los prisioneros a la vista de sus camaradas. Empleaban aros impregnados de pez ardiendo para rodear los cuellos españoles y una lluvia de ascuas logró desbaratar un asalto general que el de Alba ordenó después

10. Charles Tilly: *Las revoluciones europeas*, 1492-1992, Crítica, Barcelona 1995, pp. 89-90.

de tres días de intenso cañoneo. [...] Los burgueses prosiguieron su rabiosa y desesperada resistencia hasta que fue devorada la última rata»[11]. Las mujeres estaban en primera línea de combate porque sabían qué futuro les esperaba si Haarlem caía en manos españolas: violaciones, la muerte de sus maridos, hijos y padres, cuando no de ellas mismas, y el saqueo de sus propiedades. De hecho, esto y bastante más fue lo que ocurrió en Amberes cuando el ejército español saqueó la ciudad en 1576 asesinando a 17.000 de sus habitantes, porque no habían cobrado sus sueldos por la quiebra fiscal del imperio español[12]. Las atrocidades del Duque de Alba son suficientemente conocidas como para repetirlas aquí, y el trato feroz dado por la burguesía revolucionaria a los prisioneros españoles, con los aros ardiendo en sus cuellos, debe ser estudiado dentro del contexto de una desesperada guerra defensiva.

De todos modos, esta guerra vuelve a confirmar la validez del método dialéctico e histórico que utilizamos porque muestra cómo, primero, la violencia organizada de forma creciente por el Estado burgués fue un elemento decisivo en la misma formación del Estado y de la nación que se constituía; segundo, fue un elemento inserto en la expansión capitalista y a la vez necesario para esa expansión; tercero, también lo fue para el consiguiente desarrollo científico, técnico y cultural. Volveremos más adelante a estas características. Pero nos interesa citar ahora mismo una cuarta: el hecho de que «protestantismo, democracia e infantería se complementan perfectamente» en la independencia de los Países Bajos. Mientras que las ciudades y pueblos que no reunían estas tres condiciones tenían miedo a la presencia de ejércitos en su interior, las ciudades holandesas «se disputaban el privilegio de albergar una guarnición»[13] porque habían creado un ejército de ciudadanos libres que defendía su país sin dudar en practicar una violencia igual o superior en dureza a la española, buscando debilitar las ansias de saqueo de los invasores con un terror igual o superior al español, pero que no era terrorismo pues su objetivo era defender los derechos nacionales de los Países

11. Lynn Montross: *Historia de las guerras*, Jano, Barcelona 1963, p. 172 y ss.

12. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 263.

13. Roger Caillois: *La cuesta de la guerra*, FCE, México 1975, p. 85.

Bajos.

Además de este desarrollo de la democracia burguesa armada y del papel del protestantismo, hay otro factor importante que debemos reseñar. Se trata de las profundas diferencias nacionales entre los holandeses y los castellanos en lo que concierne al trabajo asalariado. Comprenderemos con más facilidad lo que estamos diciendo si recordamos la insistencia del marxismo en la «matriz social» arriba analizada, en el peso de los «factores étnicos», de las tradiciones culturales, de la vis inertiae, del «pasado», etcétera, en la formación del capitalismo. El historiador militar J. Keegan sostiene que dadas las difíciles condiciones orográficas en las que se desarrolló la larga guerra, fueron decisivas no solo la superioridad económica creciente de los Países Bajos con respecto al ya decadente imperio español, sino también las peculiaridades de ambos pueblos enfrentados en algo muy importante en aquellos momentos: la aceptación de buena o mala gana de los muy penosos trabajos de drenaje de los campos y trincheras, de mantenimiento de las carreteas y las murallas, de modo que mientras los holandeses veían normal trabajar de peones abriendo zanjas y trincheras, y cobrando por ello, no sucedía lo mismo entre los invasores. El Duque de Parma se quejaba de lo difícil que le resultaba poner a los castellanos a trabajar en las necesidades militares, en las imprescindibles tareas defensivas u ofensivas por un salario, porque: «consideraban más honorable pedir limosna que trabajar cobrando»[14].

Con esto no estamos diciendo que los castellanos sean «vagos por naturaleza», en modo alguno, porque las clases explotadas castellanas han demostrado no serlo. Decimos que el desarrollo fracasado del capitalismo en el imperio español, la debilidad extrema de su burguesía comercial y financiera, la fuerza de la alta nobleza y de los terratenientes, el poder de la Iglesia, los efectos de la expulsión de los judíos y del desprecio engreído hacia la muy superior cultura productiva de la «España islámica», etcétera, todo esto que se define como la matriz social antes vista, hizo que se mantuviera viva buena parte de la ideología feudal contra la ideología burguesa del trabajo asalariado como un mérito, una virtud y un deber incluso religioso

14. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona 1995, p. 392.

para con Dios. Es esto mismo lo que explica C. M. Cipolla, pero aplicado a la producción en general y de la artillería en concreto, cuando dice que en el Estado español apenas había mano de obra cualificada, que los poderes de la época no se preocupaban por formar y cuidar esta mano de obra especializada, que cuando el imperio español necesitaba artillería contrataba técnicos extranjeros expulsándolos después y abandonando «sin trabajo y sin dinero» a los «escasos trabajadores españoles» y que, «en contraste con los progresos ingleses, holandeses y suecos, las empresas privadas españolas se destacaban por su abulia y no solo en la industria de las armas»[15]. Una vez más, la «abulia», el rechazo de la ética burguesa del trabajo asalariado, de la importancia de la ciencia y de la tecnología, etcétera, por parte del imperio español solamente se puede entender desde el concepto marxista antes visto de la matriz social que existía antes y durante el tránsito del sistema feudal al capitalismo en este y otros Estados.

Ahora bien, la dialéctica está en todas partes porque también en todas partes están activas las contradicciones sociales, y la burguesía holandesa, que tan heroicamente luchó por su independencia nacional capitalista, también aplicó el terror represivo contra las clases trabajadoras de su país cuando estas se sublevaron. Por citar un solo caso: en octubre de 1578 una alianza de diversas fracciones de las clases ricas, en la que destacaba la burguesía de Arras y Lille, masacró sin piedad la sublevación de las clases trabajadoras de esa primera ciudad[16]. No fue esta una masacre aislada sino que anteriormente, en la insurrección iconoclasta de 1566, el pueblo trabajador tuvo un papel decisivo en la lucha contra el ocupante español. Pronto surgió «el movimiento de los gueux forestales y marítimos: vengadores guerrilleros populares [...] obreros, artesanos pobres, campesinos desheredados, marinos, pescadores, obreros portuarios» que llegaron a liberar importantes zonas, que con el apoyo de sectores organizados clandestinamente dentro de las ciudades ocupadas por los españoles lograban entrar en ellas impulsando el proceso revolucionario. Era tal la fuerza en ascenso del pueblo

15. Carlo M. Cipolla: *Las máquinas del tiempo y de la guerra*, Crítica, Barcelona 1999, pp. 103-105.

16. Robert Lochhead: *Les revolutions bourgeoises*, IIRF, Amsterdam 1989, p. 12.

trabajador que «ya en el curso de la revolución, la burguesía temía la actividad de las capas bajas y aprobó en 1581 una ley que privaba de derechos políticos a las masas populares en los territorios liberados de extranjeros»[17].

La estrategia represiva del Duque de Alba ha sido definida como «una política de crueldad» aplicada a través de las decisiones del Consejo de Problemas: «Sus métodos y el número de problemas que causó le hicieron conocido para la población como el Consejo de Sangre. Más de doce mil personas fueron juzgadas ante él, de las cuales más de mil fueron condenadas a muerte y nueve mil a la pérdida total o parcial de sus propiedades»[18]. La guerra de liberación holandesa fue de una complejidad social extrema, pero en la que destaca el hecho decisivo de que fue un «levantamiento extraordinariamente popular», pese a lo cual «se abstuvieron de dar iguales derechos a las masas del pueblo»[19], reinstaurando el orden social basado en la propiedad privada allí donde había sido cuestionado por las masas insurrectas.

Así, el terror inherente a la violencia defensiva enfrentada al terrorismo de la invasión española, ese terror, deviene terrorismo contrarrevolucionario aplicado por la burguesía holandesa contra la clase trabajadora insurgente holandesa también, terrorismo destinado a proteger su propiedad privada. Pero esta burguesía culta, protestante y democrática no solo aplastaba a sus propios trabajadores cuando lo veía necesario, sino que también aplicaba el terrorismo colonialista más duro contra otros pueblos. Veamos dos ejemplos: uno, en 1620 los holandeses, para protegerse de los indios, ingleses y franceses, fundaron Fort Orange que daría vida a la ciudad de Albany en el actual Estado de Nueva York.

Más tarde los ingleses ocuparon la ciudad al derrotar a los holandeses y construyeron un fuerte mejor situado para defender sus

17. AA.VV.: «Génesis del proletariado», en *El movimiento obrero internacional*, op. cit., p. 105-106.

18. Pérez Zagorin: *Revueltas y revoluciones en la edad moderna. II. Guerras revolucionarias*, Edit. Cátedra, Madrid 1986, p. 120.

19. George Novack: *Democracia y revolución*, Fontamara, Barcelona 1977, p. 69.

negocios no solo de los indios y de los franceses, sino también de la población holandesa derrotada que, pese a ello, intentó recuperar su independencia venciendo a los ingleses, pero fracasaron[20]; y, otro, la sublevación en 1654 de los colonos portugueses afincados en Pernambuco contra la ocupación de «sus» tierras por los holandeses acaecida veinticuatro años antes, en 1630, a raíz de las guerras entre Holanda y el imperio de los Habsburgo[21]. Naturalmente, las tierras que los colonos portugueses de Pernambuco afirmaban eran suyas habían pertenecido a las naciones originarias afincadas en aquellas tierras del actual Brasil. Los colonos portugueses terminaron expulsando a los holandeses, con el tiempo Portugal perdería Pernambuco y Brasil. A lo largo de estos siglos existieron en aquella área procesos de violencia, terror y guerras sucesivas que no vamos a exponer aquí pero que nos remiten a la dialéctica de lo genético-estructural antes vista, por debajo de los cambios en las formas histórico-genéticas de las violencias concretas desencadenas en los distintos procesos.

La expansión del capitalismo neerlandés fue inseparable de sus guerras y de sus crímenes externos, además de su represión clasista interna y de su guerra de liberación nacional. Los tres procesos violentos, unidos a la expansión económica, nos llevan al papel del Estado como centralizador estratégico de las decisiones fundamentales para la expansión de la burguesía holandesa. Podemos hacernos una idea de lo decisiva que resultó la intervención estatal si realizamos una visión sintética de las guerras habidas en aquella época siempre en busca del beneficio económico:

> Los holandeses fueron los primeros en llegar a la costa de Coromandel al este de la India en 1601, alcanzados por los ingleses ocho años después; ambos no tardarían en enfrentarse en el Índico a los portugueses –los holandeses los combatieron también en Brasil en 1624-1629– y después se enfrentarían mutuamente en el Canal de la Mancha y en el mar del Norte en tres grandes guerras navales de 1652 a 1674; las dos naciones entraron igualmente en conflicto con los españoles por los derechos de comercio en el Caribe que, después de

20. David Day: *Conquista*, Libros de Historia, Crítica, Barcelona 2006, p. 145.

21. Luis Betrán Moya y Doris Moreno Martínez: «Barroco», en *Historia de la Humanidad*, Arlanza Ediciones, Madrid 2000, p. 24.

> la introducción del azúcar en las Canarias y de los esclavos de África para su cultivo, daría origen a la zona colonial más rica del mundo. Posteriormente entrarían en guerra con los franceses que, habiendo iniciado tarde la carrera de los viajes oceánicos, establecerían factorías en la India y en África occidental y un imperio embrionario en Norteamérica a mediados del siglo XVII[22].

Posteriormente, Holanda siguió atacando a otros pueblos que resistían por todos los medios disponibles, como «la guerra de escaramuzas» sostenida en 1825-1830 por los javaneses dirigidos por Diponegoro contra la invasión holandesa[23]. No queremos alargarnos en la historia de este país decisivo para el mito de la democracia burguesa occidental que «fue mucho más oligárquica que democrática [...] del alcance extremadamente restringido de los derechos de la gente»[24] trabajadora que había dado su vida por decenas de millares para independizar Holanda del imperio español. La alianza de clase entre burguesía comercial y terratenientes creó un nuevo poder que se mantuvo en medio de la abundancia pese a que, rápidamente, Inglaterra se impuso a Holanda. Pero el servicio de esta clase holandesa al mito de la democracia burguesa no había terminado todavía. Fue esta burguesía dirigida por el Príncipe Bernardo de Holanda la que en 1952 tuvo un papel insustituible en la creación del siniestro Club Bilderberg[25], una asociación semisecreta formada por selectos capitalistas de varios Estados imperialistas que debaten y deciden sobre cuestiones de suma importancia mundial al margen de los parlamentos de sus países, al margen de la democracia burguesa en general, cuando no contra ellos.

Las guerras libradas a múltiples bandas entre los reinos de Portugal, España, Holanda e Inglaterra, a las que se sumaría casi de inmediato el reino de Francia, no se hacían solo por la conquista de puertos y bases militares, de ciudades y de pueblos, ni tampoco solo para arrebatarse unas a otras colonias ricas ya establecidas,

22. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona 1995, p. 406.

23. María Soler Sala: «Imperialismo colonial en Insulindia», *Historia Universal*, Salvat, Madrid 2004, tomo 18, p. 197.

24. George Novack: *Democracia y revolución*, Edit. Fontamara, Barcelona 1977, p. 69.

25. Cristina Martín: *El Club Bilderberg*, ArcoPresigs, Barcelona 2008, p. 39 y ss.

que también, sino para, por un lado, dar salida a los aventureros, piratas, maleantes y revoltosos apresados, usándolos como punta de lanza contra los pueblos invadidos; y para, por otro lado, reprimir las ansias de mayor autonomía o independencia total de las colonias, haciéndolas volver a la dominación de la metrópoli a la que debían seguir pagando impuestos cada vez más gravosos. La matriz social burguesa también actuaba individualmente: «La mayoría de europeos que se desplazan a ultramar son marinos, soldados y comerciantes, sin gran cultura, muy enérgicos, de pasiones violentas, movidos por el rabioso afán de hacer fortuna, a quienes el lucro les lleva a hacer cualquier cosa. No es de extrañar, pues, que causaran en los pueblos indígenas una impresión de horror, y que a través de ellos todos los europeos fueran juzgados mal [...] estos europeos que lo abandonaban todo para satisfacer su avidez, les causaron la impresión de que eran unos salvajes»[26]. Incluso los revolucionarios apresados que eran deportados a otros continentes se comportaban de forma muy parecida con los indígenas, cuando no igual. No debe sorprender por tanto que la mayoría inmensa de los pueblos atacados se resistieran con todas sus fuerzas a la «civilización».

USURPACIÓN Y TERRORISMO INHUMANO

Nos haremos una idea muy aproximada de lo que buscaban las potencias europeas con la explotación de las colonias al leer un trozo del texto escrito en 1747 por Postlethwayt:

> Las colonias no deben olvidar nunca lo que deben a la madre patria por la prosperidad y riqueza de la que disfrutan. La gratitud y el deber les obligan a permanecer bajo su dependencia inmediata y subordinar sus propios intereses a los de ella. El resultado de tal interés y de tal dependencia será procurar a la madre patria:
>
> un mayor consumo de los productos de sus tierras;

26. R. Mousnier, E. Labrousse y M. Bouloiseau: *El siglo XVIII*, Destinolibro, Barcelona 1981, tomo 1, pp. 362-363.

ocupación para el mayor números de sus industriales, artesanos, pescadores y marinos;

una mayor cantidad de las mercancías que necesite[27].

Como se aprecia, estamos ante un calculado plan de enriquecimiento de la metrópoli a costa de las colonias. Pero un plan que no solamente estaba elaborado por las empresas privadas en connivencia con los Estados y las monarquías, así como con las clases nobles y burguesas en ascenso, sino que también estaba dentro de las cabezas y de los sueños, en su personalidad, de los individuos sin escrúpulos que, sobre todo a partir del siglo XVIII, se trasladaban a otros continentes, como hemos visto en el caso anterior. Comprendemos así la extrema facilidad con la que los colonizadores occidentales recurrían al terror y al terrorismo para superar las resistencias de los pueblos sojuzgados.

Si estos se rebelaban eran castigados con una violencia feroz que llegaba fácilmente al terrorismo, como fue el caso del exterminio de la sublevación de las naciones andinas dirigida por la familia de Túpac Amaru II en 1780. Según M. Lucena Salmoral las cinco reivindicaciones de Túpac Amaru eran: suprimir las aduanas, la alcabala y la mita; extirpar «todo género de pensiones a mi nación»; crear una audiencia en Cuzco; suprimir los Corregidores y los repartimientos y, último, nombrar un alcalde mayor indio en cada provincia indígena[28]. Tras la derrota de los sublevados a manos de un ejército español de 17.000 soldados, Túpac Amaru fue apresado y «sometido al terrible interrogatorio de Mata Linares. Finalmente fue sentenciado a morir descuartizado por cuatro caballos», sentencia que se cumplió el 18 de mayo de 1781 en Cuzco[29]. Cuenta S. Guerra Vilaboy que la familia de Túpac Amaru, que llegó a prometer la libertad a los esclavos negros de la costa, fue sometida a suplicio antes de morir[30]. El estudio realizado por A. Lapolla sobre esta rebelión no

27. Henri Sée: *Orígenes del capitalismo moderno*, FCE, México 1969, p. 87.

28. Manuel Lucena Salmoral: «Las resistencias al reformismo y presión fiscal: los levantamientos de la segunda mitad del siglo XVIII», *Gran Historia Universal*, Madrid 1986, tomo 30, p. 147.

29. Manuel Lucena Salmoral: «Las resistencias al reformismo y presión fiscal: los levantamientos de la segunda mitad del siglo XVIII», op. cit., p. 148.

olvida una de las razones de su derrota que apenas aparece en otros investigadores. Nos referimos al crucial papel represivo jugado por la Iglesia católica española. Constata, como es obvio, la «indudable superioridad militar de las armas de fuego españolas», pero de inmediato añade: «y en particular la participación militar directa de la Iglesia en la lucha contra el Inca. Al punto, que en la batalla final, fue decisivo el papel de las tropas armadas por la Iglesia española en América, en lucha contra el "indio hereje"». Poco después, extendiendo en el tiempo su investigación y extrayendo una especie de síntesis, afirma: «Los españoles acudieron al mismo sistema que usaron siempre para dominar a los pueblos americanos: el engaño, la doblez, la traición a los acuerdos establecidos y la violación de la palabra empeñada. También buscaron debilitar la rebelión, otorgando varios de los reclamos del Inca, y desatando una represión de exterminio sobre todos los pueblos que le apoyaban. Mataron a todos los indios que pudieron: cien mil en total entre 1781 y 1785»[31].

Tenemos el caso de la larga guerra de liberación nacional antiesclavista sostenida por el pueblo esclavizado de Haití contra diversas potencias invasoras y con tremendos costos para su población[32]. La misma suerte corrieron los pueblos que se enfrentaron al imperio español en América, y que tuvieron que aprender que su liberación nacional era a la vez liberación de clase, como lo constató Bolívar tras su estancia en la Haití revolucionaria y la consiguiente recapitulación de errores. Desde ese momento, Bolívar tomó decisiones de gran radicalidad social, como suprimir la esclavitud, expropiar a los ocupantes españoles y otras que le granjearon el odio de la oligarquía criolla y del ya agresivo Estados Unidos[33]. Un siglo más tarde, los españoles batieron ampliamente este «logro» en mortandad ya que durante la guerra de independencia del pueblo

30. Sergio Guerra Vilaboy: *Breve historia de América Latina*, Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2006, p. 80.

31. Alberto Lapolla: *Túpac Amaru, padre de la emancipación americana*, 4 de noviembre de 2006.

32. José Luciano Franco: *Historia de la revolución de Haití*, Ciencias Sociales, La Habana 2004, p. 157 y ss.

33. Francisco Pidival: *Bolivar. Pensamiento precursor del antiimperialismo*, Edic. Madres de la Plaza de Mayo, Buenos Aires 2005, p. 89 y ss.

cubano contra la dominación española que concluyó en 1898, se mataron aproximadamente 300.000 personas de todas las edades y sexos. Lo más terrible, como indica R. Izquierdo Canosa[34], es que de ellas solo 12.000, es decir un 4% del total, pertenecían al Ejército Libertador, mientras que el 96% restante, unas 288.000, eran personas civiles, desarmadas, de las cuales 260.000 muriendo de malos tratos, hambre y enfermedad en los campos de concentración españoles siguiendo la estrategia de reconcentración ideada por el general Weyler y que se adelantó a los campos de exterminio nazis. En cuanto a Filipinas, se calcula que murieron 600.000 personas nativas en la guerra de 1898-1910 contra la ocupación norteamericana[35], que siguió a la larga ocupación española.

Si esto sucedió en los pueblos caribeños, centro y sudamericanos, antes le había ocurrido otro tanto a los pueblos del norte de América. También aquí las reivindicaciones clasistas, antiesclavistas, indias y nacionales burguesas de los colonos se mezclaron y activaron impulsadas por el incremento de la explotación británica que utilizaba a las colonias del norte como principal recurso para pagar los gastos de la reciente guerra con Francia, de modo que estalló en 1775 una dura guerra de liberación nacional, clasista y a la vez antiesclavista, estas dos últimas con fracasos para los explotados[36], que acabó con la derrota británica en 1783.

La esclavitud jugó un papel en estas luchas, siendo derrotadas bastantes de sus sublevaciones espontáneas y desorganizadas, pero al final la rebeldía humana asestó un duro golpe a la acumulación de capital. Sin embargo, a diferencia de las sociedades precapitalistas, y a diferencia también de todos sus respectivos terrorismos, el desarrollado por la burguesía tiene la «virtud» de haber desaparecido de la ideología dominante, del sistema de pensamiento oficial y del saber académico. Más adelante nos extenderemos en la crítica teórica

34. Raúl Izquierdo Canosa: *El flagelo de las guerras*, Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2005, p. 67.

35. D. Bleitrach, V. Dedal y M. Vivas: *Estados Unidos o el imperio del mal en peor*, Edit. José Martí, La Habana, Cuba 2006, p. 220.

36. Howard Zinn: *La otra historia de los Estados Unidos*, Hiru, Hondarribia 1997, pp. 56-96.

de semejante escamoteo de la historia, ahora vamos a seguir buceando en la historia con la ayuda del método marxista, y del propio Karl Marx cuando dice que:

> Sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato; la violencia, en una palabra. En la dulce economía política, por el contrario, ha reinado siempre el idilio. Las únicas fuentes de riqueza han sido desde el principio la ley y el «trabajo», exceptuando siempre, naturalmente, «el año en curso». Pero en realidad, los métodos de la acumulación originaria fueron cualquier cosa menos idílicos»[37].

Más adelante, resume el terrorismo inherente a la acumulación originaria capitalista con estas palabras:

> La depredación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo de los terrenos comunales, la metamorfosis, llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumanos, de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada: he ahí otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Con estos métodos se abrió paso la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades[38].

Marx se extiende en valiosos y necesarios pormenores sobre el contenido, formas y métodos de la acumulación originaria del capital, indicando que desde fines del siglo XV y durante todo el siglo XVI se dictaron en toda Europa occidental leyes persiguiendo «a sangre y fuego el vagabundaje»[39], de modo que los padres de la clase obrera europea empezaron pagando por algo de lo que ellos mismos eran las víctimas, pues habían venido al mundo ya en un nuevo contexto social caracterizado por la destrucción de las viejas formas de propiedad, producción y reproducción, destrucción impuesta con brutalidad, a sangre y fuego y recurriendo al terrorismo más inhumano. Despojados violentamente de aquellas formas de propiedad que, por lo menos,

37. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol. I, pp. 607-608.

38. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 624.

39. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 625.

les garantizaba un mínimo de subsistencia en los peores momentos de hambruna, cuando las masas de campesinos que simultaneaban estos trabajos con otros temporales en las fábricas, o cuando los artesanos que seguían conservando su local y sus herramientas se veía arruinados y arrojados a la calle, o cuando los obreros que aún seguían manteniendo algunas tierras en propiedad o pertenecientes a la familia, clan o pueblo, tierras en las que refugiarse y de las que obtener la alimentación básica, ahora, estas clases trabajadoras expropiadas violentamente de sus medios de seguridad vital mediante la «guerra social», los nuevos trabajadores asalariados resultantes, oficialmente «libres», no tenían otro remedio que someterse a la bestial explotación capitalista, o morir de hambre, tragedia nada infrecuente.

Y Marx continúa precisando:

> Véase, pues, cómo después de ser violentamente expropiados y expulsados de sus tierras y convertidos en vagabundos, se encajaba a los antiguos campesinos, mediante leyes grotescamente terroristas, a fuerza de palos, de marcas a fuego y de tormentos, en la disciplina que exigía el sistema de trabajo asalariado. No basta con que las condiciones de trabajo cristalicen en uno de los polos como capital y en el polo contrario como hombres que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo. Ni basta tampoco con obligar a estos a venderse voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista, se va formando una clase obrera que, a fuerza de educación, de tradición, de costumbres, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas leyes naturales. La organización del proceso capitalista de producción ya desarrollado vence todas las resistencias; la existencia constante de una superpoblación relativa mantiene la ley de la oferta y de la demanda de trabajo a tono con las necesidades de explotación del capital, y la presión sorda de las condiciones económicas sella el poder de mando del capitalista sobre el obrero. Todavía se emplea, de vez en cuando, la violencia directa, extraeconómica; pero solo en casos excepcionales[40].

Los casos excepcionales no son otros que las situaciones críticas en las que la burguesía comprende que los métodos pacíficos, la

40. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 627.

alienación, las costumbres, etcétera, ya no le garantizan su propiedad privada, y en esos casos excepcionales el capital desencadena el terrorismo.

Detengámonos en tres cuestiones decisivas que resaltan en estas últimas citas. Una, que Marx relaciona directamente el terrorismo con la violencia extrema destinada a expropiar a las masas campesinas de las tierras comunales y de otras propiedades que todavía conservan y que les garantizan una independencia vital suficiente como para no tener que aceptar por hambre la esclavización asalariada. Dos, que sostiene que antes del uso del terrorismo, las clases dominantes recurren a otros métodos para obtener los mismos resultados; y, tres, que Marx abre definitivamente la constancia teórica de que el modo de producción capitalista se reproduce y refuerza mediante una interacción de fuerzas contradictorias, interacción de una complejidad cualitativamente superior a la que existe en todos los modos precapitalistas. Recordemos lo que hemos dicho anteriormente sobre la efectividad de la «coerción sorda» y de la «presión sorda» de las relaciones socioeconómicas sobre las clases explotadas, a diferencia de la directa coerción extraeconómica que rige en los modos precapitalistas.

Precisamente, recurriendo a la última cita de Marx aquí reseñada, M. A Lebowitz insiste en una cuestión que nos parece decisiva para nuestro tema: «El interés de Marx no era entender la fragilidad del capitalismo. Más bien era entender su fuerza. El suyo fue un intento de explicar precisamente cómo el capitalismo se reproduce a sí mismo, y por qué, en consecuencia, las paredes del capitalismo no se derrumban con un grito agudo»[41], y Lebowitz repite a continuación varias frases de la cita que hemos presentado antes. Lebowitz está interesado en demostrar que las tesis reformistas y utópicas de Holloway, a las que luego volveremos, ni siquiera reflejan el verdadero pensamiento de Marx, sus objetivos teóricos, sino que lo desvirtúa y desnaturaliza. Pero lo que ahora nos interesa es que, en efecto, la visión de Marx sobre la violencia y el terrorismo es parte de una teoría

41. Michael A. Lebowitz: «El grito de Holloway: todo ruido y furia», en *Marx Ahora*, nº 23, La Habana, Cuba 2007, p. 54.

más amplia destinada sobre todo a demostrar, primero, cómo y por qué el capitalismo necesita expandirse, crecer y acumular cada vez más, lo que le exige buscar medios de integración de las resistencias, y, segundo, conociendo esto, para qué y cómo el movimiento revolucionario puede volver contra el capital esa fuerza suya expansiva haciéndola destructiva, salto que exige la intervención de la conciencia política revolucionaria, exigencia que no se había planteado en ningún modo precapitalista e incluso tampoco en los comienzos de la sociedad burguesa. Para que surja la conciencia revolucionaria es necesario que «la contradicción se exalte hasta convertirse en contrasentido»[42].

Veamos ahora, rápidamente, una a una estas tres cuestiones comprobando cómo no se niegan sino que mantienen una conexión dialéctica que depende de la evolución de las contradicciones sociales. Según la primera cuestión, podemos y debemos calificar como puro terrorismo la siguiente descripción de la práctica «civilizadora» cristiana:

> Según una lista sometida al parlamento, la Compañía y sus funcionarios se hicieron *regalar* por los indios, desde 1757 a 1766, £6 millones de libras esterlinas! Entre 1769 y 1770, los ingleses fabricaron allí una epidemia de hambre, acaparando todo el arroz y negándose a venderlo si no les pagaban precios fabulosos.
>
> En las plantaciones destinadas exclusivamente al comercio de exportación, como en las Indias Occidentales y en los países ricos y densamente poblados, entregados al pillaje y a la matanza, como México y las Indias Orientales, era, naturalmente, donde el trato dado a los indígenas revestía las formas más crueles. Pero tampoco en las verdaderas colonias se desmentía el carácter cristiano de la *acumulación originaria*. Aquellos hombres, virtuosos intachables del protestantismo, los puritanos de la Nueva Inglaterra, otorgaron en 1703, por acuerdo de su Assembly, un premio de 40 libras esterlinas por cada escalpo de indio y por cada piel roja apresado; en 1720, el premio era de 100 libras por escalpo; en 1744 [...] por los escalpos de varón de doce años para arriba, 100 libras esterlinas de nuevo cuño; por cada

42. Friedrich Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo III, p. 159.

> hombre apresado, 105 libras; por cada mujer y cada niño, 55 libras [...] El parlamento británico declaró que la caza de hombres y el escalpar eran «recursos que Dios y la naturaleza habían puesto en sus manos»[43].

Sobre la segunda cuestión, E. P. Thompson nos ofrece una descripción casi perfecta de cómo se desarrolla la interacción de las diversas tácticas usadas por la burguesía para desactivar, desunir y derrotar las luchas obreras y populares mediante un proceso ascendente que empieza por algunas concesiones menores y termina en la represión implacable: «En la primera semana de febrero de 1812 expiró esta fase del luddismo, la más importante en las Midlands. Por tres razones. Primera, los ludditas habían triunfado en parte, pues la mayoría de los industriales y comerciantes medieros se decidieron a pagar mejores precios: los salarios subieron por lo general unos 2 chelines semanales. Segunda, por estas fechas ya había varios miles de soldados estacionados en el área, además de varios constables [policías] especiales y partidas de locales de vigilancia. Tercera, se acababa de presentar al Parlamento el proyecto de ley que sancionaba con pena de muerte la destrucción de máquinas, lo que obligó a poner el énfasis en la línea constitucionalista»[44]. Thompson sigue explicando que la rápida respuesta de los obreros cambiando de táctica para eludir la represión salvaje de la pena de muerte sugiere que estos, los obreros, estaban coordinados y dirigidos por un comité luddita, y añade que a pesar de todo y aunque la derrota se produjo en aquella región, inmediatamente surgieron más luchas ludditas radicales en otras zonas.

La dialéctica le lleva a Marx a investigar el origen histórico de esta interacción entre métodos de coacción y sometimiento, de violencias y de terrorismo inherentes a la acumulación originaria de capital, es decir, a la base de explotación sobre la que descansa y se yergue el capitalismo, sosteniendo que «las diversas etapas de la acumulación originaria tienen su centro, por orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Es aquí, en Inglaterra, donde a fines del siglo XVII se resume y sintetiza

43. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 640.

44. E. P. Thompson: *La formación histórica de la clase obrera*, Laia B, Barcelona 1977, tomo III, p. 155.

sistemáticamente en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista. En parte, estos métodos se basan, como ocurre con el sistema colonial, en la más avasalladora de las fuerzas. Pero todos ellos se valen del poder del Estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar a pasos agigantados el proceso de transformación del régimen feudal de producción en sistema capitalista y acortar los intervalos. La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. Es, por sí misma, una potencia económica»[45].

Al margen de las diferencias que existen en la aplicación de la «más avasalladora de las fuerzas» por parte, sobre todo, del colonialismo, del sistema de la deuda pública, del moderno sistema tributario y del sistema proteccionista, al margen de tales diferencias, sin embargo, lo que unifica las prácticas e instituciones citadas es «el poder del Estado» que acelera el proceso histórico y que es inseparable de la violencia que resulta ser, ella misma, una potencia económica. La teoría marxista del terrorismo forma parte de esta visión histórica y dialéctica general sobre el modo de producción capitalista. Marx y Engels estudiaron este sistema hasta el límite de una de sus fases, la colonialista, y adelantaron algunas características de lo que sería la fase imperialista, que no conocieron. Mas lo decisivo estaba ya desarrollado en su teoría del plusvalor y de la plusvalía, que nos lleva al sobreproducto y al excedente social acumulado que hemos expuesto antes. Por tanto, la dinámica que asciende de las formas de explotación no violenta a las más violentas hasta terminar en el terrorismo, nos remite siempre, a la dialéctica entre la resistencia menos o más decisiva y desesperada del colectivo que quiere mantener su excedente, y el ataque opresor más o menos violento del colectivo que quiere expropiárselo. En este sentido, lo esencial de la acumulación originaria de capital no ha concluido aún, si bien el grueso de la plusvalía y del beneficio lo obtiene el capitalismo mediante la explotación de la fuerza de trabajo asalariada.

Como ha recordado D. Harvey, en Marx ya se encuentra una

45. Karl Marx: *El Capital*, op. cit., p. 639.

teoría de esta dinámica que aparece en una parte concreta de su visión general:

> Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria, revela un rango amplio de procesos. Éstos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad –común, colectiva, estatal, etcétera– en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y de consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; y la usura, la deuda pública y, finalmente, el sistema de crédito. El Estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover estos procesos[46].

Veamos ahora la tercera y última cuestión, la de que Marx se preocupó especialmente por descubrir la razón de la supervivencia del capitalismo para poder así combatirlo mejor. En su obra existen, básicamente, dos grandes dinámicas que generan las violencias explotadoras: una es la ya vista de la acumulación originaria, y la otra es la que surge de la «presión sorda», de la «coerción sorda» que sufre el trabajador y que tiende a crecer hasta estallar de manera pública como lucha violenta social y, en la situación límite, con la respuesta terrorista de la clase dominante. Ambas dinámicas están a su vez dentro de la teoría general del papel de la violencia en la historia, teoría que podemos leer de forma sintetizada en Engels: «En política no existen más que dos fuerzas decisivas: la fuerza organizada del Estado, el ejército, y la fuerza no organizada, la fuerza elemental de las masas populares»[47]. Las masas populares deben organizarse pasando de ser una fuerza elemental a una fuerza capaz de enfrentarse al Estado burgués que dispone de una tremenda

46. David Harvey: «El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión», en *El nuevo desafío imperial*, L. Panitch y C. Leys (edit.), Clascso, Argentina 2003, p. 113.

47. Friedrich Engels: *El papel de la violencia en la historia*, Obras escogidas, Edit. Progreso, Moscú 1976, tomo III, p. 418.

ventaja que va más allá de lo militar en el sentido cuantitativo, más armas, más técnica, etcétera, sino que también es una ventaja cualitativa, por ahora, que se basa en la fusión lograda por la burguesía entre su civilización mercantil y fabril, y su ejército. La fusión entre guerra, fábrica y civilización la expone Engels con estas lapidarias palabras: «La moderna nave de combate no es solo un producto de la gran industria moderna, sino hasta una muestra de la misma; es una fábrica flotante –aunque, ciertamente, una fábrica destinada sobre todo a dilapidar dinero»[48].

La violencia burguesa es inseparable de la lógica mercantil que busca obtener el máximo beneficio en el tiempo mínimo. La base histórica de la fusión entre violencia y dinero apareció en Grecia, se perfeccionó en Roma, fue aceptada por otras potencias durante la Alta Edad Media, y volvió a reaparecer con más fuerza en la Baja Edad Media, para dar un salto cualitativo con y mediante el desarrollo capitalista. Durante estos siglos y especialmente desde la fase colonialista del capitalismo, la violencia invasora ha destrozado pueblos mediante el terrorismo más espeluznante. Uno de sus efectos más dañinos para la humanidad, y por ello más beneficioso para el capitalismo, ha sido el de crear fronteras artificiales para delimitar territorios artificiales pero necesarios para la acumulación capitalista. Y es en este problema crucial, el de las fronteras artificiales impuestas militarmente a los pueblos, en donde la violencia burguesa se transforma más fácilmente en terrorismo. Estudiando las incongruencias del sistema oficial de fronteras Marx afirma que la historia muestra que las reclamaciones de los pueblos no acabarán nunca: «Así nos lo enseña la historia. Ocurre con las naciones lo mismo que con los individuos. Para privarles del poder de atacar, hay que quitarles todos los medios de defenderse. No basta echar las manos al cuello; hay que asesinar»[49], y Marx continúa denunciando el fracaso histórico de la «política de conquistas» realizada por Napoleón I que terminó volviéndose contra él mismo.

«No basta echar la mano al cuello; hay que asesinar»: esta y

48. Friedrich Engels: *Anti-Dühring*, Grijalbo, México 1968, p. 166.

49. Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, Obras escogidas, op. cit., tomo II, p. 209.

no otra es la lógica ascendente de las violencias burguesas cuando topan con la resistencia popular en las cuestiones decisivas para el beneficio capitalista. No es casualidad que Marx escribiera esto en su celebérrimo estudio sobre el aplastamiento de la Comuna de París en 1871, ni es tampoco casual que iniciase este texto estudiando, como hemos visto, el problema del territorio, de sus fronteras, de la incapacidad de la «política de conquista» para derrotar a los pueblos aplastados, etcétera. Se trata, en esencia, del mismo problema: el de arrebatar a las naciones trabajadoras lo que es suyo. El primer paso de la burguesía es el de desarmar al proletariado, dejarlo indefenso para que no pueda atacar. El segundo paso es aplicar la coerción y la presión sordas e irlas aumentando al apretar las manos alrededor del cuello del explotado, según las tácticas de la pedagogía del miedo y del terror calculado, dosificándolos en la medida de la resistencia de quien está siendo asfixiado. Por último, si no se rinde, se le asesina de la forma más atroz posible: «Las casas en que se habían refugiado guardias nacionales eran rodeadas por gendarmes, rociadas con petróleo (primera vez que se emplea en esta guerra) y luego incendiadas; los cuerpos carbonizados eran sacados luego por el hospital de sangre de la Prensa situado en Les Ternes»[50].

Las clases dominantes del Estado francés comprendieron en 1871 que su poder estaba al borde de la derrota definitiva. Pidieron ayuda al invasor alemán, se aliaron con su enemigo de pocos días antes para aplastar sin piedad al enemigo común de ambas burguesías, la francesa y la alemana: la revolución comunera: «Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores y, ante la amenaza de un alzamiento proletario, se sirvieron del poder del Estado, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba, no solo a revestir al poder ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario –la Asamblea Nacional–, uno por uno, de todos sus medios de defensa contra el poder ejecutivo»[51]. El Estado burgués es, según lo define Marx, «una

50. Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, op. cit., p. 229.

máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo». El Estado burgués ha creado la máquina militar de la nación burguesa para aplastar a la nación trabajadora. Vemos así la dialéctica de las dos naciones enfrentadas a muerte dentro de una nación formal, oficial. No podemos analizar aquí las tremendas implicaciones que esta tesis marxista tiene, y menos aún extendernos en los detallados análisis que hace Marx poco después mostrando cómo la Comuna es en sí la nación proletaria que lucha por su independencia, en contra de la nación burguesa que ha pactado con el invasor para que este le ayude a recuperar su propiedad privada.

Marx hace hablar a los burgueses para mostrarnos la irreconciabilidad y el antagonismo irresoluble entre las dos clases enemigas y entre sus distintos proyectos de nación: «¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el "irrealizable" comunismo!»[52]. Para acabar con la Comuna y con el peligro del comunismo, la alianza burguesa franco-alemana aplicó el terrorismo contra el pueblo trabajador de París, con una ferocidad que sigue produciendo temor y escalofríos aún hoy cuando leemos no solo el texto de Marx, sino otros igualmente estremecedores como el de P. O Lissagaray acerca de las torturas a mujeres y a niñas y niños en Versalles, con la presencia y el consentimiento de los curas católicos que recriminaban a las mujeres comuneras. «Las que estaban en cinta abortaron o dieron a luz niños muertos [...] Los niños fueron encerrados en un departamento de la prisión de mujeres y tratados tan brutalmente como los hombres. El secretario de Mercereau abrió de una patada el vientre a un niño. El hijo de Ranvier, que tenía doce años, fue cruelmente apaleado por

51. Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, op. cit., p. 232.

52. Karl Marx: *La guerra civil en Francia*, op. cit., p. 237.

haberse negado a decir dónde estaba escondido su padre»[53].

Más adelante volveremos a toparnos con la crueldad terrorista de la burguesía aplicada contra la infancia al estudiar el rapto de niñas y niños por el franquismo y la Iglesia para entregárselos a familias católicas adictas al régimen, así como volveremos a ver la misma inhumanidad pero en el caso sudamericano. La denuncia de Lissagaray también habla de la humillación como método, aunque no cita esta palabra, y confirma la crítica radical de Marx a la civilización del capital, a su terrorismo. La investigadora R. Roux ha estudiado detenidamente la importancia decisiva que para Marx tenía lo que ella define como «despojo» de los bienes comunales y colectivos de las masas explotadas y de los pueblos por parte del capitalismo, en suma, despojo de la vida humana en beneficio del capital. La autora define así lo esencial de este proceso: «Mando despótico, coerción, violencia, despojo, humillación y explotación atraviesan este proceso en sus momentos constitutivos»[54]. Los efectos de este proceso letal sobre la vida humana son definidos de esta forma por la autora: «Despojo, desamparo, soledad y pérdida de autonomía aparecen entonces como dimensiones profundas del desgarramiento de la comunidad natural operado con la expansión del capital»[55]. Como se verá en su momento, la sensación de desamparo, soledad y pérdida de la autonomía produce miedo en las personas, generan pasividad y sumisión ante el poder opresor, y, por eso mismo, el terror calculado y la pedagogía del miedo, que son consustanciales al capital, también se desarrollan respondiendo a sus necesidades represivas.

La civilización burguesa, tan radicalmente desmenuzada por Marx en su esencia terrorista e inhumana, se caracteriza también por haber inventado la humillación como método de destrucción de la personalidad. R. Roux no ha dudado en introducir la humillación en la esencia de la crítica marxista al terrorismo inherente a la acumulación

53. P. P. Lissagaray: *Historia de la Comuna*, Edit. Laia, Barcelona 1975, tomo 2, p. 131.

54. Rhina Roux: «Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época», *Herramienta*, Buenos Aires, nº 38, junio de 2008. p. 63.

55. Rhina Roux: *Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época*, op. cit., p. 68.

de capital. S. Fernández Arregui ha estudiado el problema de la humillación desde la perspectiva de la psicología política. Sostiene que, en el sentido moderno, la humillación es un método de desarrollo muy reciente, de 1757 en concreto[56], surgido a la vez que el capitalismo. El autor recorre diversas áreas cruciales de la realidad burguesa actual, desde la explotación de la mujer hasta la globalización y el imperialismo norteamericano y europeo, pasando por el racismo, los derechos humanos, la cultura occidental, etcétera, indicando cómo, además del miedo y de otros sentimientos paralizantes, la sociedad establecida destroza el vital autorrespeto: «La humillación es un sentimiento de valor mucho más profundo, ligado a la esencia de lo que uno es. A pesar de ser un sentimiento profundamente íntimo y esencial que aparece por el simple hecho de sabernos humanos, el autorrespeto depende paradójicamente del trato y la consideración que los otros nos dispensan: si los otros –o las instituciones que conforman– nos tratan ignorando nuestra pertenencia igualitaria al grupo humano, nuestro autorrespeto puede llegar a verse amenazado. Cuando esto ocurre aparece la humillación»[57].

Una parte muy interesante del artículo es la que trata sobre la humillación como forma de tortura y sobre la personalidad de los torturadores norteamericanos en Iraq en concreto, pero más en general cuando reflexiona sobre la «psicología del mal: vulnerabilidad del individuo a la crueldad»[58]. Tortura y terror son algunas de las bases de las civilizaciones basadas en la explotación, y el terrorismo es la síntesis extrema de ambas, como expondremos detalladamente. Las reflexiones sobre la tortura y la humillación expuestas en el artículo son la respuesta a la pregunta sobre si Occidente humilla a las culturas no occidentales, lo que nos remite en directo a las relaciones entre el eurocentrismo racista y las fases colonialista e imperialista del capital, tema con el que concluimos este punto.

56. Saulo Fernández Arregui: «Reflexiones sobre el significado social de la humillación», *Psicología Política*, Valencia, nº 37, 2008, p. 31.

57. Saulo Fernández Arregui: «Reflexiones sobre el significado social de la humillación», op. cit., p. 33.

58. Saulo Fernández Arregui: «Reflexiones sobre el significado social de la humillación», op. cit., p. 42.

Mientras que en el corazón de la Europa civilizada se aplicaba el terrorismo más devastador contra el movimiento obrero revolucionario, fuera de este continente, el imperialismo europeo tampoco dudaba en aplicar diferentes dosis de terror según las necesidades de cada momento. Daniel R. Headrick explica cómo a finales del siglo XIX algunos expedicionarios y exploradores europeos preferían por diversas razones no recurrir a la primera excusa, al exterminio masivo de las poblaciones que encontraban, sino que se limitaban a aterrorizar a la gente con descargas al aire o contra muros. Por ejemplo, el explorador alemán Kling, que andaba por el África Occidental en 1893, demostró el poder de su ametralladora destrozando un muro, y Gustav Rohlfs dijo que cuando los habitantes de una zona se oponían a que su expedición acampara allí: «unos pocos disparos a ciegas les hacían entrar en razón»[59]. Pero no siempre era así y, sobre todo, cuando encontraban una resistencia sistemática el método aplicado nos remite a toda la tradición occidental desde griegos y romanos: «buscar al enemigo en su propio territorio, destruir sus fuerzas y su gobierno, y copar su tierra»[60].

MUNDIALIZACIÓN DEL TERROR BURGUÉS

Vamos a estudiar cuatro ejemplos sobre cómo, por un lado, el terrorismo capitalista había llegado a su definitiva mundialización desde finales del siglo XVIII y, por otro lado, cómo interactúan simultáneamente o en partes los múltiples niveles, facetas e instancias expuestas aquí por D. Harvey, y que hemos visto reaparecer en el análisis de la Comuna realizado por Marx, siempre bajo el control y el «rol crucial» que cumple el Estado burgués al «respaldar y promover estos procesos».

El primero trata sobre las resistencias de los pueblos aborígenes del norte de América a la invasión capitalista. En 1781, mientras Jefferson justificaba el exterminio de las naciones indias, los cherokee

59. Daniel R. Headrick: *Los instrumentos del imperio*, Altaya, Madrid 1998, p. 102.

60. Daniel R. Headrick: Los instrumentos del imperio, op. cit., p. 108.

organizaron la «defensa numantina» de sus territorios, que se extendían por lo que ahora es Alabama, Tennessee y Georgia. La guerra fue larga y las trampas, promesas y aparentes concesiones de los invasores, que siempre terminaban en nuevas agresiones, fueron muchas. En 1838 los debilitados cherokee tuvieron que aceptar las imposiciones yanquis y durante la travesía de retirada a las reservas asignadas, murió una cuarta parte de su población[61]. Mucho más al norte, en la parte que ahora se denomina Canadá, los británicos recurrieron a todos los métodos para destruir a las naciones indias que se les resistían. Los micmacs fueron uno de los pueblos que sufrieron en sus carnes «el terrible terror inglés» como lo ha definido B. Alden Cox, que el 1 de octubre de 1794 pusieron un precio de diez guineas sobre la cabeza de cada micmac vivo o muerto[62].

Después de la independencia norteamericana se mantuvieron las resistencias indias al avance blanco, algunas facilitadas por las ayudas española y británica. La más importante de todas ellas fue la alianza de delawares, miamis, wyandots, potawatomis, iroqueses y otros pueblos realizada en los años de 1780 con la ayuda británica. Las ofensivas norteamericanas fracasaron una y otra vez, incluso con cuantiosas bajas en determinadas batallas. Pero la cultura india aún no había desarrollado el sentido de la disciplina inherente a la guerra moderna por lo que, en el ataque norteamericano de agosto de 1794, fueron cogidos por sorpresa porque la inactividad había relajado las normas de seguridad y porque muchos indios habían vuelto a sus territorios. Sin embargo, no fueron derrotados en ese momento sino solo cuando los británicos dejaron de enviarles armas. Para 1795 la situación era insostenible y la confederación india tuvo que ceder casi todos sus territorios[63]. No sabremos nunca si esta confederación india hubiera podido avanzar hacia una especie de centralización nacional moderna, pero sí llegaron a desarrollar una especie de protoestado indio capaz de dirigir la guerra, superar las disputas internas y negociar con los británicos hasta que estos los abandonaron.

61. David Day: *Conquista*, Libros de Historia, Barcelona 2006, pp. 129-130.

62. Bruce Alden Cox: *Los indios del Canadá*, Colec. Mapfre, Madrid 1992, p. 50.

63. J. Anthony Paredes: *Indios de los Estados Unidos anglosajones*, Mapfre, Madrid 1992, pp. 237-238.

Otro intento similar de centralización protoestatal de los pueblos autóctonos fue el llevado a cabo por el llamado movimiento de los «Palos Rojos» que agrupaba a los sectores indios que fundaron un «movimiento militar nativista» y que habían tenido discrepancias con el Consejo Nacional del pueblo creek tendente a mantener relaciones pacíficas con Estados Unidos. Se trató de una especie de «guerra civil» interna a los pueblos indios ya que una parte optó por luchar con los norteamericanos contra el «movimiento militar nativista». En marzo de 1814 el ejército yanqui, apoyado por colaboracionistas cherokees y creeks dirigidos por el mestizo William McIntosh, vencieron a los «Palos Rojos» que tuvieron que ceder muchos territorios de Alabama; Estados Unidos concedió lotes de estos terrenos a los jefes indios colaboracionistas, lotes que les fueron retirados posteriormente. En 1825, W. McIntosh firmó en secreto otro tratado con los norteamericanos por lo que fue ejecutado por el jefe Manawa[64].

Como se aprecia, las naciones indias resistieron en la medida de sus fuerzas, y aunque algunas tribus bordearon los límites de la creación de un protoestado indio, no disponían de recursos socioeconómicos, culturales y militares suficientes dada la aplastante superioridad cuantitativa de la invasión de Estados Unidos. Las tierras indias, las inmensas praderas, los bosques y el subsuelo, todo aquello era codiciado por el capitalismo yanqui no solo por su ciega necesidad expansionista sino también porque la denominada «conquista del Oeste» o la «frontera móvil» absorbía buena parte de la mano de obra sobrante y de malestar social y clasista que estallaba cada determinado tiempo. Pero los yanquis llevaron la destrucción y privatización de lo comunal a lo absoluto, al exterminio de la esencia humana, la libertad y la cultura: en 1884 el gobierno norteamericano prohibió las reuniones sagradas indias, y cuando los indios siux se reunieron en 1890 para celebrar sus ritos, fueron atacados y exterminados por el ejército yanqui en la batalla de Wounded Knee[65].

El segundo trata sobre el consejismo y el sovietismo en un país

64. J. Anthony Paredes: *Indios de los Estados Unidos anglosajones*, op. cit., p. 251.

65. Rafael San Martín: *Biografía del Tío Sam*, Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2006, tomo I, p. 324.

tan distante y diferente a Italia, Alemania o las zonas superindustrializadas de la Rusia de 1917. Se trata de la India de finales de 1947 y todo 1948. B. Moore ha demostrado que el campesinado hindú no ha sido tan pacífico y obediente como lo ha dicho la propaganda gandhiana oficial, según la cual estas masas solamente protestaban con métodos de desobediencia civil no violenta, si es que alguna vez lucharon por sus derechos. La realidad es muy diferente y el autor desvela varias formas generales de violencia que luego se expresaban cada una de ellas en múltiples variantes particulares. De todas ellas, la que más nos enseña en la cuestión que ahora estudiamos es la experiencia revolucionaria del Estado de Hyderabad a finales de 1947 y comienzos de 1948: «Surgieron de golpe multitud de soviets aldeanos que pasaron a dominar un área considerablemente extensa. Por corto tiempo los comunistas rompieron el control de los grandes propietarios y de la policía, distribuyeron tierra, cancelaron deudas y liquidaron enemigos a la manera clásica [...] El 13 de septiembre de 1948, el ejército indio lo conquistó en menos de una semana. Pero reprimir a los campesinos comunistas dirigidos por Telingana llevó “algunos meses” de intensas operaciones militares y policíacas, miles de detenciones sumarias y una caza de líderes a tiro limpio»[66]. De nuevo se utilizó el terrorismo para privatizar las tierras comunales y de pequeña propiedad campesina que las masas habían recuperado con su violencia justa, para devolverlas a los grandes terratenientes.

El tercero trata sobre el golpe militar de septiembre de 1973 en Chile. Hay que empezar diciendo que Chile era hasta entonces uno de los Estado americanos con menos historial de golpes militares, que había tenido hasta entonces 160 años de política institucional burguesa pacífica, de los cuales los últimos cuarenta y un años ininterrumpidos. Debemos insistir en esta larga experiencia de democracia burguesa para poder entender mejor cómo funciona y cómo se gesta internamente el terrorismo hasta el momento de su irrupción pública destructora cuando 3.200 personas que fueron asesinadas o desaparecidas, no menos de 80.000 detenidas y

66. Barrington Moore, Jr.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Península, Barcelona 2002, pp. 542-543.

encarceladas y 200.000 huidas por motivos políticos[67]. Aunque el capitalismo chileno era dependiente del imperialismo internacional, sobre todo del yanqui, a pesar de esto, el bloque de clases dominante en el país no había necesitado apenas golpes militares para mantener su poder, y menos uno de la brutalidad del de Pinochet. Posiblemente la razón básica del golpe nos la ofrezca M. Gornov cuando tras repasar las enormes cuantías de «ayuda económica» norteamericana al capitalismo chileno, afirma que «como vemos, el gobierno de Estados Unidos primero pretendió afirmarse en Chile por medio de créditos y empréstitos, y al no lograr su propósito, recurrió a la actividad subversiva. La intervención de Estados Unidos fue sobre todo evidente en la campaña de las elecciones presidenciales de 1970»[68]. Recodemos que fue en esas elecciones cuando Allende llegó a la presidencia del país con el programa de la Unidad Popular.

De entre toda la bibliografía disponible uno de los textos que mejor sintetiza las contradicciones irreconciliables que, al final, precipitaron el golpe militar es el que recoge las exigencias de la burguesía chilena, representada por el Partido Demócrata-Cristiano (PDC), a la Unidad Popular, exigencias planteadas en la reunión del 30 de julio de 1973 entre el PDC y el Presidente Allende. Fueron tres las exigencias irrenunciables del capital:

la aplicación sin restricciones de la ley de control de armas;

detener las reformas económicas;

devolver a la burguesía las empresas ocupadas por los trabajadores[69].

Tales exigencias se redoblaban precisamente cuando Allende escoraba más y más al reformismo pacifista y parlamentario, negándose a armar al proletariado y a preparar la violencia defensiva de las masas. Las tres exigencias atañen al corazón del modo de

67. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona 2007, pp. 110-111.

68. M. Gornov: «La conspiración contra Chile», en *Sobre la historia de las intervenciones armadas norteamericanas*, Edit. Progreso, Moscú 1984, pp. 175.

69. Susana Bruna: *Chile: la legalidad vencida*, ERA, México 1976, p. 244.

producción capitalista:

la propiedad privada de las fuerzas productivas, de las fábricas recuperadas por el proletariado porque la burguesía las había cerrado para hundir económicamente a Chile provocando así que amplios sectores de la pequeña burguesía y del pueblo trabajador sin conciencia de clase girasen hacia la contrarrevolución;

restablecer la dinámica de la explotación capitalista, ligeramente debilitada por las reformas de la Unidad Popular y, especialmente, impedir que se siguiesen elaborando proyectos de nacionalizaciones y de otras formas de desarrollo socioeconómico en beneficio del pueblo; y

no solamente impedir que se armase al pueblo trabajador, sino desarmarlo del todo, dejándolo indefenso frente al ejército burgués.

Si profundizamos más, descubrimos que lo que conecta a las tres exigencias burguesas es el problema del Estado, del poder político estatal como centralizador del poder de clase. La izquierda chilena estaba dividida al respecto, desde las corrientes reformistas como la del PC hasta las revolucionarias, pero el problema de qué poder estatal tenía que ir construyendo el pueblo trabajador frente al Estado burgués se acrecentaba día a día[70] en la medida en que aumentaba la llamada «crisis de abastecimientos». En todos los procesos revolucionarios hay determinadas constantes que se repiten con mayor o menor exactitud, pero siempre aparecen, por ejemplo, la fuga de capitales, el cierre de empresas por parte de la burguesía, el boicot parlamentario, la guerra psicológico-propagandística para producir miedo y pánico al futuro, las llamadas crecientes al golpe militar y a la intervención extranjera, el azuzamiento de las fieras fascistas y el acaparamiento de mercancías para generar el desabastecimiento, la carestía y malestar social. La crisis de abastecimientos estaba llevando al caos a Chile y solamente quedaban dos opciones: ceder a las exigencias burguesas o avanzar en la revolución. La primera vía llevaba a la derrota popular y luego

70. Carlos Mistral: *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*, ERA, México 1974, p. 112 y ss.

a la represión de las izquierdas que siempre sigue a toda derrota. La segunda vía llevaba inevitablemente y al instante al problema del poder armado, de la violencia de un signo o de otro, contrarrevolucionaria e injusta, o justa y revolucionaria. Llegados a ese nivel de antagonismo, no existen «terceras vías», «caminos del medio», «concesiones mutuas», etcétera.

Viendo el agravamiento de las contradicciones, los efectos del desabastecimiento, la furia burguesa en ascenso y el retroceso claudicacionista de Allende y sus seguidores, R. Mauro Marini constata un sentimiento complejo en el pueblo, mezcla de indiferencia y cansancio en algunos sectores, y de sorda irritación desorganizada y creciente en la mayoría por su indefensión en las cuestiones decisivas de la vida tras tres años de gobierno popular, y el autor plantea directamente el problema del «rearme del pueblo», de aumentar su fuerza material y moral, física y psicológica, práctica y teórica para luchar en cada problema concreto de su vida derrotando la contraofensiva burguesa batalla a batalla, desde los abastecimientos hasta el derecho de autodefensa popular, pasando por los salarios, la educación, el transporte, los servicios sociales y públicos, etcétera. Y dice: «Es por donde tendrá de pasar el rearme del pueblo»[71]. Sobre este mismo problema, J. D. Cockcroft ha escrito lo siguiente: «Pocos chilenos creían que las fuerzas armadas pudieran ser derrotadas a corto plazo en caso de una confrontación decisiva. No obstante, muchos también pensaban que si Allende hubiera formado unidades de milicias populares de civiles armados cuando los sentimientos de los nacionalistas contra las maquinaciones de Estados Unidos[72] eran muy fuertes (por ejemplo después del escándalo de la revelación de los documentos de la ITT, en marzo de 1972, o cuando las tomas de los obreros y campesinos iban en aumento, tras el golpe fallido de junio de 1973), los militares, por lo menos, no hubieran podido matar al azar, y las posibilidades de alianzas victoriosas entre soldados y trabajadores hubieran sido una realidad. Los izquierdistas y

71. Ruy Mauro Marini: *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, ERA, México 1976, pp. 210-215.

72. José Pablo Feinmann: *Kissinger y el 11 de septiembre*, http://www.rebelion.org, 15 de septiembre de 2009.

demócratas de Chile también se criticaron severamente a sí mismos por su falta de unidad»[73].

Pero no se avanzó por esta línea sino por la contraria, la del desarme, la pasividad legalista y parlamentarista y las concesiones. Mientras tanto, la burguesía, con la inestimable ayuda de Estados Unidos, organizaba el golpe militar y su terrorismo físico apoyado por el terrorismo cultural y patriarcal que arrasó la capacidad crítica del país. N. Klein ha escrito en su estudio de las relaciones entre el neoliberalismo y el golpe fascista de Pinochet que este llevó el terrorismo a su máxima expresión: «Una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron sus fuerzas para lanzar una guerra total contra el tercer centro de poder –los trabajadores–, incrementando con ello de manera espectacular la porción de riqueza nacional controlada por la alianza»[74]. Mediante el terror se destrozaron las conquistas sociales, se multiplicó exponencialmente la pobreza y se concentró la riqueza en una reducida fracción del bloque de clases dominante: en 1975 el gasto público se recortó en un 27% y para 1980 se había recortado en un 50% con respecto a 1973. Bajo Allende, la compra de pan, la leche y los bonos de autobús suponían el 17% del salario de un empleado público, bajo Pinochet, la leche y el transporte apenas podían pagarse, y para comprar pan había que gastar el 74% del salario. La leche desapareció del programa escolar y «cada vez más estudiantes se desmayaban en clase, mientras que otros muchos dejaron de acudir a la escuela»[75].

El cuarto y último trata sobre la invasión y saqueo de Iraq, típico ejemplo de terrorismo masivo, total y aplastante, que buscaba no solo borrar Iraq del mapa político internacional, sino servir de catalizador para otros cambios igualmente totales que el imperialismo quería acelerar en el mundo árabe. Siguiendo aquí las investigaciones

73. James D. Cockcroft: *América Latina y Estados Unidos*, Ciencias Sociales, La Habana 2004, p. 630.

74. Naomi Klein: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona 2007, p. 122.

75. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, op. cit., p. 119.

realizadas por N. Klein, un consejero de la administración Bush, Michael Ledeen declaró que la invasión de Iraq era el comienzo de «una guerra para rehacer el mundo». Nada más terminada la fase oficial de la guerra, Bush declaró que el objetivo era crear una amplia zona de libre comercio entre Estados Unidos y Oriente Medio en el plazo de una década[76]. Los plazos y ritmos estaban pergeñados dentro de lo posible, aunque el primer objetivo era la expropiación del crudo de petróleo iraquí a manos de las transnacionales norteamericanas y británicas, por este orden. Para comienzos de 2006, en solo tres años de ocupación, sesenta y una empresas británicas habían obtenido unas ganancias no inferiores a 1.100 millones de libras esterlinas[77].

A mediados de 2007, A. Lepic se preguntaba sobre cual sería el botín que obtendrían los ocupantes, y respondía: el 10% de las reservas mundiales de petróleo[78]. Y por no extendernos en cifras y datos sobre el saqueo material, leamos esto:

> El 19 de junio de 2008, *The New York Times* informaba que treinta y seis años después de que Saddam Hussein nacionalizara los pozos petrolíferos iraquíes, el gobierno títere imperialista de Iraq ha otorgado concesiones a todas las principales petroleras mundiales para «mantener» de nuevo los pozos petrolíferos iraquíes. Después de treinta y seis años, las gigantescas Exxon Mobile, Chevron, Total, British Petroleum y Shell han vuelto para saquear los pozos petrolíferos más lucrativos del mundo. Desde su estrecha perspectiva, estas medidas del actual gobierno iraquí son bienvenidas, por esa razón, para ellas la destrucción y el derramamiento de sangre valen la pena[79].

Pero el saqueo no se limita a lo material. La ocupación de un pueblo por otro, u otros, busca en síntesis la esquilmación de su excedente social colectivo acumulado por el trabajo de generaciones enteras, y que dentro de este excedente hay que introducir los

76. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, op. cit., pp. 434-435.

77. http://www.elpais.com, 13 de marzo de 2006.

78. Arthur Lepic: *¿Entregará el Irak ocupado su petróleo a las grandes corporaciones?*, http://www.rebelion.org, 5 de julio de 2007.

79. Dekel Avshalom y Fred Weston: *La aventura de Bush en Iraq: ¿quién ha ganado con ella?*, http://www.elmilitante.org, 27 de julio de 2008.

impropiamente denominados «valores inmateriales», es decir la cultura en su generalidad, que en su esencia es una fuerza material; y, sin extendernos, también veremos luego, al estudiar el terrorismo patriarcal, que el placer sexual es uno de los objetivos más buscados por los ocupantes. Pues bien, el imperialismo eurocéntrico está procediendo a robar cinco mil años de cultura en Iraq, como denuncia M. Lagauche. Tras mostrar la enorme superioridad cultural, artística, científica y filosófica iraquí sobre la atrasada e ignorante Europa de hasta comienzos del capitalismo, este autor pone el dedo en la llaga al narrar el expolio cultural imperialista de Iraq[80].

En 2003 P. Martin denunció la política de destrucción cultural aplicada por Estados Unidos contra Iraq:

> Existen razones comerciales urgentes para que el gobierno de Bush permita el pillaje de los tesoros culturales de Iraq. De acuerdo a un informe del 6 de abril en el *Sunday Herald*, periódico escocés: entre los que se reunieron con el Pentágono antes del inicio de la guerra, se encontraban los representantes del Consejo de Estados Unidos sobre la Política Cultural [*ACCP*, en las siglas inglesas], grupo de gran influencia para los ricos coleccionistas y comerciantes de arte, que han buscado relajar las prohibiciones para la exportación de tesoros culturales. [...] El objetivo de la ocupación militar de Estados Unidos es imponerle a Iraq cierto tipo de dominio colonial y apoderarse de sus vastos recursos petroleros. Ello sirve a los intereses del imperialismo estadounidense para humillar a Iraq y condicionar a su población con tal de someterla a Estados Unidos y al régimen títere que se establecerá en Bagdad. La agresión contra los recursos culturales que vinculan al pueblo iraquí a siete mil años de historia forma parte de todo un proceso: destruir sistemáticamente su identidad nacional[81].

Por su parte, Ch. Johnson resume la destrucción, el saqueo y el expolio cultural de Iraq realizado por Estados Unidos como una destrucción de civilizaciones, en plural, porque son las siguientes: sumerios, acadios, babilonios, asirios, caldeos, persas, griegos,

80. Malcom Lagauche: *Cinco mil años de cultura robados a Bagdad*, http://www.boltxe.info, 25 de marzo de 2008.

81. Patrick Martin: *Estados Unidos emprender guerra contra la cultura y la historia*, http://www.wsws.org/es, 28 de abril de 2003.

romanos, partos, sasanidas y musulmanes. Johnson denuncia agriamente «la indiferencia –incluso el regocijo– mostrado por Rumsfeld y sus generales ante el saqueo del 11 y del 12 de abril de 2003 del Museo Nacional de Bagdad y el incendio del 14 de abril de 2003 de la Biblioteca y de los Archivos Nacionales, así como de la Biblioteca de Coranes en el Ministerio de Bienes Religiosos. Estos eventos, fueron, según Paul Zimansky, arqueólogo de la Universidad de Boston, "el mayor desastre cultural de los últimos 500 años". Eleanor Robson, de All Souls College, Oxford, dijo: "Hay que retroceder siglos, a la invasión de Bagdad por los mongoles en 1258, para hallar saqueos de esta dimensión". Pero el secretario Rumsfeld comparó el saqueo con las secuelas de un partido de fútbol y lo descartó con el comentario de que "la libertad es desprolija… La gente libre posee la libertad para equivocarse y cometer crímenes"»[82]. Y la escasa cultura que sobreviva en Iraq será colonizada[83] tras tanta destrucción de civilizaciones sin contemplaciones para asentar el modelo capitalista occidental como dominante.

Aunque más adelante volveremos a la crucial tarea del Estado en la centralización estratégica del terrorismo, ahora nos interesa un pequeño adelanto al respecto porque la cita que sigue confirma al menos cuatro grandes tesis que defendemos en este texto: una, la imbricación entre Estado y terrorismo; dos, las relaciones entre terrorismo e invasión de tierras y pueblos para expropiarles el excedente social acumulados; tres, el imprescindible apoyo del racismo como justificación eurocéntrica de la invasión terrorista; y, por último, cuatro, la irreconciabilidad entre terrorismo e internacionalismo de las clases y pueblos explotados:

> Cuando llegué a Iraq en 2003, aprendí una nueva palabra: haji. Haji era el enemigo. Haji era cada iraquí. No era una persona, un padre, un maestro, o un trabajador. Es importante que se comprenda de donde proviene esa palabra. Para los musulmanes, lo más importante es hacer un peregrinaje a La Meca: el Haji. El que ha hecho el peregrinaje a La Meca es un haji. Es algo que, en el Islam tradicional, es el mayor

82. Chalmers Jonson: *La destrucción de civilizaciones*, http://www.rebelion.org, 4 de septiembre de 2005.

83. Dahr Jamail: *Iraq: Colonizar la cultura*, http://www.rebelion.org, 4 de junio de 2009.

llamado de la religión. Tomamos lo mejor del Islam y lo convertimos en lo peor. Desde la creación de este país, el racismo ha sido utilizado para justificar la expansión y la opresión. Los americanos nativos eran llamados «salvajes», los africanos eran llamados toda clase de cosas para excusar la esclavitud, y los veteranos de Vietnam conocen la multitud de palabras utilizadas para justificar esa guerra imperialista. Así que haji es la palabra que usábamos. Era la palabra que usamos en esa misión en particular de la que voy a hablar. Hemos oído hablar mucho de incursiones, de romper puertas a patadas en las casas de la gente y del saqueo de sus casas, pero esta era una incursión de un tipo diferente. Nunca nos daban explicación alguna por nuestras órdenes. solo nos decían que un grupo de cinco o seis casas era ahora de propiedad de los militares de Estados Unidos, y que teníamos que ir y hacer que esas familias se fueran de sus casas. Íbamos a esas casas e informábamos a las familias que sus hogares ya no eran suyos. No les dábamos ninguna alternativa, ni dónde ir, ni compensación. Se veían muy confundidos y muy asustados. No sabían qué hacer y no se iban, así que teníamos que sacarlos [...] Nos dijeron que combatíamos a terroristas; el verdadero terrorista era yo, y el verdadero terrorismo es esa ocupación. El racismo dentro de las fuerzas armadas ha sido desde hace tiempo un instrumento importante para justificar la destrucción y ocupación de otro país. Sin el racismo, los soldados se darían cuenta de que tienen más en común con el pueblo iraquí que con los multimillonarios que nos mandan a la guerra[84].

ESTADO, PRODUCCIÓN Y MILITARISMO

Hemos visto que la maquinaria estatal es imprescindible para que funcione bien el terrorismo. Pero las palabras siempre influyen en el pensamiento y en las formas de entender e interpretar la realidad. Hablar del Estado como si fuera una «máquina» solamente es válido en muy determinados casos y dentro de unos límites muy precisos, siempre sujetos a urgentes explicaciones inmediatas. Ahora bien, no tenemos que cometer el error consistente en negar toda importancia al Estado, en negar su papel central en el capitalismo y en renegar de la necesidad de construir otro Estado alternativo y opuesto al burgués.

84. Aaron Glaz/Michael Prysner: *Cómo los militares de EEUU en convirtieron en terroristas*, http://www.rebelion.org, 22 de octubre de 2008.

Bastante antes que las modas reformista y reaccionaria lanzadas al mercado de las ideologías de consumo intelectual volvieran a actualizar las tesis de que el marxismo carece de una teoría del Estado, o que los micropoderes y las redes disciplinarias funcionaran sin la extinta centralidad estatal, o que se pudiera y se debiera hacer la revolución sin «tomar el poder», o que el «nuevo capitalismo» y el «imperio» funcionaran ya sin Estado alguno, etcétera, mucho antes de todo esto, Engels y Marx desarrollaron una extensa obra sobre el Estado repartida entre múltiples escritos, en los que ponían siempre el acento en la tesis de que la esencia del Estado es el poder político de clase[85]. Un poder que no se limita solamente a reprimir, sino también, y en muchos casos sobre todo, a producir más poder, más ideología, más integración y más colaboracionismo con los explotadores.

Un ejemplo entre mil: Engels le escribió a Meyer que «desde hace doscientos años, esas gentes no viven más que de las ayudas del Estado, que les han permitido sobrevivir a todas las crisis»[86]. Engels se refería a los junkers prusianos, a la vieja nobleza que utilizaba el Estado para sobrevivir a pesar de que se habían agotado las condiciones que garantizaban automáticamente su expansión. Al margen de los cambios formales de gobiernos y ministros habidos en dos siglos, lo esencial es que el Estado aseguró la vida de una clase obsoleta, parasitaria y explotadora en grado extremo. ¿Cómo lo hizo? La explicación es muy simple: mediante una dialéctica de reproducción y de represión. J. Texier reivindica las aportaciones de Engels a la teoría del Estado, mostrando su incuestionable vigencia: «El Estado es tanto un instrumento de coerción como instrumento de clase, pero también es productor de un orden que supone las normas que lo instauran»[87]. Producir orden es reproducir las condiciones que legitiman la explotación, que la invisibilizan en buena medida, y que alienan a las clases trabajadoras.

Si Texier reivindica con razón a Engels, G. Therborn reivindica

85. Adolfo Sánchez Vázquez: *Entre la realidad y la utopía*, FCE, México 1999, p. 32 y ss.

86. Friedrich Engels: «Carta a R. Meyer», en *Cartas sobre El Capital*, LAIA, Barcelona 1974, p. 306.

87. Jacques Texier: «Estado, luchas de clases y formas del desarrollo histórico en Engels», en *Marx Ahora*, nº 21, La Habana 2006, p. 8.

a Marx con la misma razón: «Marx mantenía que el estudio de una determinada sociedad no debe centrarse solo en sus sujetos o en sus estructuras, sino, también y al mismo tiempo, investigar sus procesos de *reproducción*»[88], procesos que son las prácticas, disciplinas, instituciones, aparatos, etcétera, que garantizan que la clase trabajadora siga reproduciéndose dócil y alienadamente, o con miedo a sublevarse, mientras el Estado reproduce sus fuerzas armadas, ideológicas, educativas, etcétera: «El análisis de la reproducción nos permite explicar cómo pueden estar interrelacionados los diferentes momentos del ejercicio del poder dentro de la sociedad, aun cuando no exista una conexión interpersonal consciente. Están unidos entre sí, en realidad por sus efectos reproductivos. Por ello, unas determinadas relaciones de producción pueden ser reproducidas –o favorecidas o permitidas por la intervención del Estado– aun en el caso de que la clase explotadora (dominante), tal como la definen esas relaciones, no "controle" el gobierno en ninguno de los sentidos convencionales de la expresión. El hecho de que se reproduzca una forma específica de explotación y dominación constituye un ejemplo de dominación»[89]. R. Castel ha estudiado el papel del «Estado del crecimiento»[90] en el capitalismo francés de mediados del siglo XX, como elemento clave para asegurar la reproducción del sistema evitando que la «cuestión social» girase a la izquierda.

La dialéctica entre reproducción y represión puede funcionar y de hecho funciona «aun cuando no exista una conexión interpersonal consciente» por dos razones básicas: una, porque la dinámica histórica formada durante siglos gira alrededor de los intereses objetivos de la explotación, cuyos beneficios aglutinan consciente e inconscientemente a los sectores sociales que viven bien gracias a ella; y, otra y fundamental, porque la lógica de la explotación capitalista tiende a desplazar a los sectores burgueses poco efectivos o anticuados, cambiándolos por otros más actualizados y aptos para relanzar la dinámica expansiva. Ahora bien, toda la historia del capitalismo demuestra que la clase dominante termina siendo incapaz

88. Göran Therborn: *¿Cómo domina la clase dominante?*, Siglo XXI, Madrid 1979, p. 161.

89. Göran Therborn: *¿Cómo domina la clase dominante?*, op. cit., p. 162.

90. Robert Castel: *Las metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires 1997, pp. 375-387.

de solucionar las crisis decisivas solamente por medios estrictamente económicos, necesitando entonces el recurso a medidas políticas y, en último caso, violentas y militares. D. Harvey sostiene que:

> El Estado desempeña un papel vital en casi todos los aspectos de la reproducción del capital. Además, cuando el gobierno interviene para estabilizar la acumulación en vista de sus múltiples contradicciones, solo lo logra al precio de absorber en su interior estas contradicciones. Adquiere la dudosa tarea de administrar la dosis necesaria de devaluación, pero tiene alguna opción sobre cómo y cuándo hacerlo. Puede situar los costos dentro de su territorio por medio de una dura legislación laboral y de restricciones fiscales y monetarias, o puede buscar alivio externo por medio de guerras comerciales, políticas fiscales y monetarias combativas en el escenario mundial, respaldadas al final por la fuerza militar. La forma final de devaluación es la confrontación militar y la guerra global[91].

Harvey pone la guinda de su argumento en el punto crítico de la guerra, pero no dice nada sobre cómo organiza el Estado dicha guerra aunque esta cuestión está implícita en su argumento. Tanto la guerra como la reproducción se sustentan en el trabajo diario, callado y gris de la burocracia estatal, esa plaga invisible denunciada sin piedad alguna por Marx desde sus primeros escritos[92]. Luego, otros marxistas, especialmente Lenin, desarrollaron esa crítica inicial, pero la ideología burguesa en su forma reformista fue desviando el debate hacia la trampa de la denominada «administración pública», manera aséptica y neutral, interclasista, de negar el contenido de clase de la burocracia estatal. O. Guerrero recuperó la teoría marxista demostrando la naturaleza opresora de la burocracia del Estado, de la «administración pública» como pieza decisiva en su funcionamiento cotidiano[93]. Ya sea en la tortura y en el terrorismo, como en la pedagogía del miedo y en el terror calculado, como en la elaboración y aplicación de las doctrinas de contrainsurgencia, en todas estas tareas la burocracia estatal cumple una función decisiva, como también la

91. David Harvey: *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, FCE, México 1990, p. 451.

92. Karl Marx: *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, OME, Grijalbo, Barcelona 1978, tomo 5, pp. 58-59.

93. Omar Guerrero: *La administración pública del Estado capitalista*, Fontamara, Barcelona 1981, p. 243 y ss.

cumple en la tarea de impulsar las «ciencias sociales» desde los aparatos de producción de ideología, según veremos en todos estos casos.

Todo Estado, sea precapitalista o capitalista, tiene como uno de sus objetivos la preparación de la guerra tal cual se practica en su contexto y época. Desde el origen del capitalismo, el intervencionismo estatal ha ido en ascenso y la dialéctica entre reproducción y represión ha forzado dicho intervencionismo a la vez que este ha reforzado a aquélla, hasta tal punto que podemos decir que la matriz social del modo de producción capitalista está fuertemente determinada además de por esta dialéctica también por el papel del militarismo. Mumford es tajante en líneas generales:

> En cada fase de su desarrollo moderno fue más bien la guerra que la industria y el comercio, la que mostró en plan general los principales rasgos que caracterizan a la máquina. El levantamiento de planos, el uso de mapas, el plan de campaña –mucho antes de que los hombres de negocios idearan los diagramas de organización y de ventas– la coordinación del transporte, los suministros y la producción (mutilación y destrucción), la amplia división entre caballería, infantería y artillería, y la división del proceso de producción entre cada una de dichas ramas; finalmente, la distinción de funciones entre las actividades de la plana mayor y las del campo, todas estas características colocaron al arte de la guerra muy por delante de los negocios o de la artesanía con sus mezquinos, empíricos y faltos de perspicacia métodos de preparación y operación. *El ejército es de hecho la forma ideal hacia la cual debe tender un sistema industrial puramente mecánico*[94].

La progresiva integración entre la militarización y la máquina dio un salto cualitativo durante los tiempos en los que se produjo la denominada «revolución militar» consistente en cuatro grandes avances que, al unirse, dieron la aplastante superioridad al capitalismo. Un avance fue el de crear una potente, rápida y efectiva artillería de campaña, lo que le permitía concentrar una terrible devastación en un muy reducido espacio; un segundo avance fue desarrollar buques de guerra navegables con artillería muy superior a las de los imperios precapitalistas; un tercer avance fue el de la

94. Lewis Mumford: *Técnica y civilización*, Altaya, Barcelona 1998, tomo I, pp. 109-110.

mosquetería segura y precisa; y un cuarto y último fue el desarrollo de la logística y del abastecimiento necesarios para todo lo anterior. Para mantener esta «revolución militar», los grandes Estados europeos gastaban entre el 70 y el 90% de sus ingresos en todo lo relacionado con la guerra[95] en su sentido amplio, lo que nos da una idea de la dialéctica entre Estado, economía y violencia. Los choques múltiples dentro de Europa y fuera de esta entre el expansionismo colonialista y la resistencia de los pueblos e imperios, aceleraron la «revolución militar». G. Rudé nos ha legado un brillante capítulo –«Las guerras y la expansión europea»[96]– en el que explica el papel decisivo de la guerra tanto en las contradicciones entre nobleza decadente y burguesía ascendente en el siglo XVIII, como de las tensiones internacionales de los Estados europeos y las repercusiones de ambos en la expansión del capitalismo europeo.

La «revolución militar» impulsada desde la alianza empresarial y el Estado hizo que se creara una mentalidad militar obediente, mecánica y hasta suicida, en defensa de la clase dominante. Los militares europeos estudiaron con rigor a los militares grecorromanos y aprendieron de ellos la utilidad de la disciplina mental y psicológica antes incluso que la física: «La aceptación de las reglas establecidas desde arriba se hizo normal, no solo porque los hombres temían los duros castigos por las infracciones de la disciplina, sino también porque los soldados rasos encontraban una satisfacción psicológica real en una obediencia ciega e irreflexiva, así como con los rituales de la rutina militar [...] La creación de semejante Nuevo Leviatán –quizá casi inadvertida– fue ciertamente uno de los mayores logros del siglo XVII, tan notable como el nacimiento de la ciencia moderna o cualquiera de los grandes avances de la época»[97]. No es casualidad que fueran las clases sociales más relacionadas con el beneficio mercantil quienes comprendieron que la pérdida de tiempo es perjudicial tanto para la economía como para la guerra, y quienes buscaron en la mentalidad racional-mercantil de los militares

95. J. R. McNeill y W. H. McNeill: *Las redes humanas*, Crítica, Barcelona 2004, pp. 213-217.

96. George Rudé: *Europa en el Siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Altaya, Barcelona 1998, pp. 276-298.

97. W. H. McNeill: *La búsqueda del poder*, Siglo XXI, Madrid 1988, pp. 146-147.

grecorromanos los métodos para ahorrar tiempo mediante la disciplina. Esta problemática está expuesta con más detalle en el texto de Iñaki Gil de San Vicente *La violencia y lo militar en Marx - La combinación de todas las formas de lucha*, de 19 de marzo de 2009, a libre disposición en internet, y remito a él a las lectoras y lectores.

Durante estos siglos, el capitalismo desarrolló una totalidad en la que lo económico-militar y lo cultural-bélico se imbricó en el Estado, resultando una matriz social en la que las violencias opresivas sustentaban el ejercicio de la democracia-burguesa patriarcal y eurocéntrica, primero censitaria y muy restringida socialmente y, después, debido solo y exclusivamente a las luchas populares, más abierta en lo aparente pero cerrada herméticamente en lo decisivo, en la política económica y en la militar. El concepto de matriz social, explicado al comienzo de este texto, muestra de nuevo su efectividad porque muestra cómo y por qué el capitalismo europeo supo asumir la lógica racional-mercantil de los militares grecorromanos, integrándola en una mentalidad superior, más compleja, pero también centrada en la denominada «abstracción-mercancía». La matriz social capitalista subsumió así la tendencia mercantil precapitalista hacia el terrorismo en la tendencia capitalista hacia el terrorismo, recuperando la ferocidad del primero pero mejorándola con la tecnociencia del segundo. Es esta misma base común la que responde a la pregunta sobre por qué la civilización burguesa eurocéntrica encuentra tanta identidad sustantiva en los crímenes brutales del esclavismo grecorromano, en su fusión entre terror y cultura, crueldad y placer, y muerte y belleza.

La matriz social capitalista en lo relacionado con las violencias y el terrorismo se sustenta, muy especialmente, en el papel del Estado burgués como el centralizador estratégico de la dialéctica entre reproducción y represión, entre consenso y coerción. Debemos tener en cuenta esta totalidad para entender por qué la violencia capitalista fue tan superior a la de otros muchos pueblos. Según G. Parker: «Los pueblos indígenas de América, Siberia, África negra y el sudeste asiático perdieron su independencia porque parecían incapaces de *adoptar* la tecnología militar occidental, los del mundo musulmán sucumbieron aparentemente por no poderla *adaptar* a su propio

sistema militar. Por el contrario, los pueblos del este de Asia fueron capaces de mantener a raya a Occidente durante todo el período inicial de la Edad Moderna porque, al parecer, conocían ya las reglas del juego. Las armas de fuego, las fortalezas, los ejércitos permanentes y los barcos de guerra habían formado parte durante largo tiempo de la tradición militar de China, Corea y Japón»[98]. Si nos fijamos, quienes no pudieron adoptar el militarismo europeo se caracterizaron por la debilidad de sus estructuras estatales; quienes no pudieron adaptar ese militarismo al suyo, se caracterizaron por el «atraso» de su estatalismo en comparación al europeo y, por último, los Estados fuertes asiáticos resistieron con cierta efectividad las agresiones europeas, hasta un límite. Por unas u otras razones, los Estados y las matrices sociales correspondientes aparecen siempre en el centro del problema. Aún así, debemos recordar siempre la larga lista de guerras de todas clases, sobre todo de contraguerrilla, que los ejércitos occidentales han tenido que librar durante muchos años –y siguen librando– desde comienzos del siglo XIX y que solo han sido ganadas por los invasores occidentales gracias a su superioridad en armamento[99]. No hay duda de que estas guerras han influenciado poderosamente en la ideología burguesa, en la sociología, como expondremos más adelante.

Antes de pasar a enumerar solamente cinco ejemplos que reafirman el papel fundamental del Estado por activa y por pasiva, debemos ofrecer un punto comparativo, demarcador, entre el Estado burgués y el Estado proletario tal cual estuvo operativo en la Comuna de París de 1871, para así disponer de referentes que nos permitan una mejor comprensión de los cinco ejemplos que siguen. Vamos a contrastar el Estado burgués y el Estado proletario en cuatro aspectos cruciales: primero, en lo referente a los funcionarios, el Estado burgués usa empleados impuestos por la burguesía, mientras el Estado proletario usa delegados elegidos por el pueblo. Segundo, en lo referente al poder armado y al ejército, el Estado burgués los usa para oprimir al pueblo y defender a la burguesía, mientras que el Estado proletario los usa para defender al pueblo (Guardia Nacional). Tercero,

98. Geoffrey Parker: *La revolución militar*, Crítica, Barcelona 1990, p. 186.

99. Gérard Chaliand: *Guerras y civilizaciones*, Paidós, Barcelona 2006, pp. 301-305.

en lo referente a la propiedad, el Estado burgués protege la propiedad capitalista de la tierra, las industrias, etcétera, mientras que el Estado proletario realiza la confiscación de la propiedad de los capitalistas que huyeron e instaura el control obrero sobre las industrias. Y, cuarto, en lo referente a la situación de los obreros, el Estado burgués impone largas horas de trabajo, cruel explotación, multas, opresión, etcétera, mientras que el Estado proletario asegura la jornada de ocho horas, la eliminación de la explotación, de las multas, de la opresión, etcétera[100]. No hace falta un análisis detallado para mostrar cómo la producción y el militarismo están interrelacionados en cada uno de los cuatro aspectos expuestos y cómo, a su vez, ayudan de modo decisivo a estructurar el Estado burgués, del mismo modo que, justo lo contrario, el pueblo en armas, el control obrero y la elección de delegados garantizan una interacción muy diferente entre Estado proletario y producción económica.

Uno de los ejemplos es el de Etiopía, que se enfrentó a diversos enemigos africanos pero, sobre todo, al imperialismo italiano al que derrotó en 1896 gracias a la formación de un ejército con la tecnología militar occidental[101]. Italia poseía desde 1882 una concesión en el puerto de Assab, junto al mar Rojo. En 1885 empezó a invadir territorios cercanos como el puerto de Massana y luego la costa de lo que hoy es Eritrea, hasta lograr imponer un protectorado en Etiopía en 1889. Pero el emperador Menelik preparó una sublevación tras pedir y obtener el apoyo militar francés. Tras la sublevación, Italia envió refuerzos a las órdenes del general Baratieri, que fueron exterminados casi en su totalidad en los desfiladeros de la región de Adua el 1 de marzo de 1896. Si bien Italia no tuvo más remedio que reconocer la independencia etíope, su venganza se realizó con la invasión de octubre de 1935. La resistencia etíope fue tenaz pese al empleo sistemático de la aviación por los italianos, con sus bombardeos indiscriminados de poblaciones civiles indefensas, adelantando lo que poco después serían los bombardeos de Durango y Gernika por el ejército internacional a las órdenes del dictador Franco. Addis Abeba

100. Rosa María Yañez: *Historia general del Estado y del Derecho*, Edic. ENSPES, La Habana 1983, p. 95.

101. Daniel R. Headrick: *Los instrumentos del imperio*, op. cit., pp. 105-107.

fue tomada en mayo de 1936[102].

Otro ejemplo, el segundo, trata de las sucesivas luchas de las poblaciones malgaches que ya hicieron fracasar el intento francés de invadir Madagascar a partir de 1642; y que de un modo u otro mantuvieron las oposiciones a los sucesivos invasores occidentales de manera que a finales del siglo XVIII no quedaba ningún establecimiento francés en la isla y ninguno europeo a comienzos del siglo XIX[103]. Esto facilitó que en la primera mitad del siglo XIX la reina Ranavalona I expulsase a los misioneros, cerrara la isla a los europeos y derrotase a un ejército anglo-francés en la batalla de Tamatave en 1846. Es innegable que las dos primeras medidas más la victoria militar son tres actos típicos de todo Estado que quiere, primero, erradicar toda influencia religioso-cultural extranjera para desarrollar su propio complejo lingüístico-cultural y religioso, es decir, identitario, en peligro de extinción; segundo, asegurar la propiedad estato-nacional del excedente social colectivo producido por el pueblo malgache, impidiendo el saqueo de los comerciantes extranjeros, y, el tercero y decisivo en última instancia, asegurar la independencia político-militar del país mediante la derrota de la coalición invasora. Sin embargo, los sucesores de Ranavalona I aceptaron de nuevo a los extranjeros, debilitando la independencia nacional y la fortaleza del Estado malgache, con el resultado de que para 1885 el Estado francés pudo declarar a Madagascar protectorado, y tras reprimir la sublevación popular de 1896 la anexionó como colonia. Los malgaches lograrían su independencia en 1947[104].

El tercer ejemplo o muestra la debilidad de un pueblo invadido por el imperialismo holandés que tuvo que aceptar las duras exigencias extranjeras debido a que su desesperada resistencia militar no pudo dar el salto a la creación de un Estado fuerte. Nos referimos al pueblo de Aceh, cuyos habitantes «aunque poco unidos, opusieron una feroz

102. Emile Wanty: *La historia de la humanidad a través de las guerras*, Alfaguara, Madrid 1972, tomo II, pp. 91-93.

103. Rafael Sánchez Mantero: *La civilización africana*, en «El Siglo XIX», *Historia de la Humanidad*, op. cit., tomo 25, p. 129.

104. AA.VV.: «Madagascar», en *La Enciclopedia*, Salvat, Madrid 2003, tomo 12, p. 9417.

resistencia a la dominación holandesa. Tras fracasar en sus tentativas de obtener ayuda exterior, emprendieron una lucha de guerrilla que se prolongaría durante un cuarto de siglo. Aunque más adelante chocarían con algunos núcleos de resistencia, en 1898 los holandeses se sintieron lo bastante fuertes como para imponer a todos los príncipes que se hallaban bajo su dominio los *Tratados Sucintos*, que anulaban todos los acuerdos firmados anteriormente y estipulaban que la función de los jefes de los «Estados indígenas», pagados por el gobierno colonial, consistía en ejecutar las órdenes de este»[105]. Los «democráticos» Países Bajos mantuvieron una guerra injusta durante decenios para obtener unos beneficios para su burguesía, pero también para su proletariado. Lo que de nuevo confirma la valía y la necesidad del método dialéctico, es el hecho de que, como hemos visto anteriormente, mientras los Países Bajos resistían a los invasores nazis en 1940-1945 aunque de una forma «moderada» y con relativamente pocos muertos en comparación a otros países ocupados[106], seguía pensando y actuando como potencia imperialista en Asia. En realidad, lo mismo hicieron todas las potencias europeas ocupadas por los nazis que tenían posesiones en otros continentes, como el caso francés que endureció su imperialismo nada más liberarse para descargar buena parte de los costes de la guerra y de la reconstrucción sobre esos pueblos oprimidos.

El cuarto ejemplo es emblemático porque no solamente muestra la importancia del Estado sino también su capacidad de manipulación de las masas creyentes y de dirección estricta del proceso social. Cuando los portugueses y los jesuitas llevaron las armas de fuego a Japón en la mitad del siglo XVI, el emperador Hideyoshi hizo creer a los campesinos que iba a construir un gran templo en Kyoto para lo que necesitaba todas sus armas[107], que se las entregaron convencidos de que decía la verdad; también desarmó a la nobleza. Durante tres siglos, la dinastía dominante impuso una paz muy reglamentada pero

105. María Soler Sala: «Imperialismo colonial en Insulindia», en *Historia Universal* Salvat, Madrid 2004, tomo 18, p. 198.

106. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2008, p. 259.

107. J. R. Elting, H. C. Parish y K. Kawana: *Japón en guerra*, Edic. Folio, Barcelona 1998, tomo I, p. 32.

desarmó al pueblo y a la nobleza, negándose a desarrollar la tecnología militar necesaria. Por esto, cuando en 1853 la armada norteamericana y poco después la de la Gran Bretaña y Rusia impusieron severas condiciones comerciales a Japón, estalló casi de inmediato, en 1860, un movimiento de reafirmación nacional que ha sido denominado «revolución meiji», tomó el poder del Estado lanzándose a introducir el capitalismo a marchas forzadas mediante una planificación severamente dirigida por el Estado. Todo lo militar fue objeto de una meticulosa estrategia y las crecientes protestas sociales, que se mostraban con el ascenso del partido comunista japonés, fueron reprimidas ferozmente y el partido despedazado[108] por las detenciones masivas en 1927. Derrotado el movimiento obrero y revolucionario, el nacionalismo imperialista impulsado por el Estado llegó a cambiar el propio budismo que pasó de su esencial seña de identidad pacifista y no violenta a entrenar militarmente a los monjes, mientras que los sacerdotes Shinto alistados en el ejército imperial fueron sustituidos por mujeres sacerdotisas[109] rompiendo la tradición religiosa.

El quinto y último es el que más contenido histórico tiene por su importancia, como veremos. Según E. Toussaint:

> La utilización de la deuda externa como arma de dominación ha jugado un rol fundamental en la política de las principales potencias capitalistas a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX en relación con aquellas potencias de segundo orden que habrían podido pretender acceder al rol de potencias capitalistas. El imperio ruso, el imperio otomano y China solicitaron capitales internacionales para acentuar su desarrollo capitalista. Estos Estados se endeudaron fuertemente bajo la forma de emisión de bonos públicos con préstamos en los mercados financieros de las principales potencias industriales. En el caso del imperio otomano y de China, las dificultades encontradas para rembolsar las deudas contraídas los pusieron progresivamente bajo la tutela extranjera. Las cajas de deuda son creadas y gestionadas por funcionarios europeos. Estos últimos mandaban sobre los recursos del Estado a fin de que cumpliese con los compromisos internacionales. La pérdida de su soberanía financiera condujo al imperio otomano y a

108. J. R. Elting, H. C. Parish y K. Kawana: *Japón en guerra*, op. cit., pp. 14-15.

109. J. R. Elting, H. C. Parish y K. Kawana: *Japón en guerra*, op. cit., p. 74.

China a negociar el reembolso de sus deudas contra concesiones de instalaciones portuarias, líneas de ferrocarriles o enclaves comerciales. Rusia, amenazada por la misma suerte, utilizará otro camino tras la revolución de 1917, repudiando todas las deudas externas consideradas como odiosas[110].

Mientras que en los cuatro casos anteriores hemos visto cómo los pueblos necesitaban recurrir bien a Estados, aunque fueran débiles, bien a una mínima autoorganización protoestatal para resistir a las invasiones que sufrían, al margen de la suerte última que tuvieron cada uno de ellos, ahora vemos un caso en apariencia diferente del todo, pero idéntico en lo esencial. La capacidad de un Estado para garantizar la independencia de su pueblo se mide, en última instancia, por su fuerza militar, pero esta depende de principio a fin de su fuerza económica, de su capacidad productiva. Sin esta segunda, la primera se hunde tarde o temprano. Peor aún, teniendo alguna fuerza militar residual, restos de glorias pasadas, pero habiendo perdido ya su poder económico, en estos casos tan frecuentes, no pasará mucho tiempo sin que se debilite la independencia económica, sin que comience la dependencia hacia las empresas, banca y Estados extranjeros, más poderosos en lo económico y que incluso ni necesitan el recurso de la fuerza militar para explotar económicamente a la antaño potencia económico-militar.

La tragedia de Rusia, China y Turquía, que habían sido poderosos imperios con poderosos Estados y ejércitos, fue precisamente esta, que no pudieron mantener su productividad económica al ritmo del aumento de la productividad de otras potencias, antes más débiles. Tuvieron que recurrir a préstamos en condiciones leoninas y a la larga toda deuda económica es deuda política. Su debilidad económica originó su debilidad militar, y el imperialismo se benefició de ello. Las clases y naciones oprimidas por el imperio zarista hicieron la revolución para recobrar las independencias correspondientes, y con el tiempo lo mismo tuvieron que hacer los chinos y, con diferencias, los turcos porque esta no fue una revolución social, y menos socialista, sino una revolución política, laica y militar destinada a occidentalizar

110. Eric Toussaint: *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2003, p. 97.

en lo posible a Turquía, buscando reinstaurar partes de su imperio perdido, como bien lo sufrieron los armenios, con el extermino de un millón y medio de personas entre 1915 y 1923 a través de un implacable genocidio[111].

La capacidad de los Estados europeos más poderosos para moverse entre estas complejidades evitando el estallido de una guerra europea se demostró a finales del siglo XIX, en los años de negociación de «la gran rebatiña» del continente africano, troceado y repartido entre algunas potencias europeas. Leopoldo II de Bélgica, que «más que un soberano era un hombre de negocios»[112], impuso en el Congo ocupado por Bélgica una explotación atroz cercana al esclavismo, obteniendo suculentos beneficios para la burguesía belga, y después organizó el reparto de África entre algunas potencias europeas. El hecho de que todos los Estados interesados actuasen de común acuerdo evitó el estallido de la guerra en Europa en la década de 1880[113]. Y esto es precisamente lo que ahora más nos interesa, a saber, la relativa eficacia de la previsión estratégica centralizada por el Estado para evitar, durante un cierto tiempo, que las contradicciones sociales no llevaran el capitalismo a una guerra internacional, como terminó sucediendo al cabo de dos décadas.

Al final, la guerra estalló porque la irrupción de la fase imperialista así lo exigía. Los Estados, sin embargo, quedaron superados por la rapidez e intensidad de la nueva forma de guerra, por la enorme letalidad de las fuerzas destructivas desencadenadas por el capitalismo. El fracaso estatal a la hora de prever las nuevas exigencias de la guerra[114] no anula la valía del Estado como garante del capital, al contrario. La readaptación de los Estados a las necesidades fue rápida e incluso un Estado podrido hasta la médula como el zarista pudo recuperarse en 1916, aunque la ofensiva de

111. http://www.genocidioarmenio.org, 5 de septiembre de 2009.

112. Alfonso Lazo Díaz: «La expansión colonial», en *Historia de la Humanidad*, Arlanza Edic., Madrid 2001, tomo 25, p. 163.

113. Alfonso Lazo Díaz: «La expansión colonial», op. cit., p. 166.

114. Antonio Martínez Teixidó (dirc): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, Planeta, Barcelona 2001, p. 304.

ese verano fue el canto del cisne del imperio. De cualquier modo, lo decisivo fue que los Estados europeos que supieron expandir su imperio a otros continentes, es decir, los que mejor fusionaron la militarización y el imperialismo fueron los que, a la postre, ganaron la guerra, mientras que los que se limitaron al continente la perdieron[115].

Quiere esto decir que si bien la planificación militar a corto plazo fracasó, la planificación imperialista y militarista a largo plazo triunfó porque enormes cantidades de carne de cañón, materias primas y alimentos fueron expropiados violentamente por el imperialismo para ser sacrificados en beneficio de algunas burguesías. Esta segunda y decisiva planificación estratégica es la que nos interesa para comprender las causas estructurales del terrorismo en el modo capitalista de producción. No vamos a extendernos aquí sobre la demostrada valía teórica del marxismo al descubrir qué era el imperialismo y qué relaciones esenciales mantenía y mantiene con la militarización, con las violencias y con la atrocidad, y también con los medios de propaganda, con la prensa, que actuaba tan al unísono con el militarismo imperialista que Lawrence, experto en manipular el sentimiento nacional árabe para lanzarlo a la guerra contra turcos y alemanes en 1914-1918, traicionándolo después, dejó escrito que la imprenta era «el arma más grande en el arsenal del comandante moderno»[116].

La militarización es así inseparable de las necesidades ciegas del capitalismo que le llevan a pretender explotar a toda la humanidad, y ambas son inseparables del Estado necesitándolo e impulsándolo. Dicha dinámica fue analizada en sus formas genético-estructurales por muchos marxistas, especialmente por Marx y Engels y más tarde por Rosa Luxemburg, Lenin, Bujarin, Trotsky, además de otros socialistas como Hilferding y otros. A comienzos de los años cincuenta del siglo XX, F. Sternberg avanzó la tesis, entre otros logros, de que el capitalismo se encaminaba hacia la proliferación de «guerras pequeñas»[117] que se insertaban como tácticas de una estrategia

115. J. M. Winter: *La primera guerra mundial*, Aguilar, Madrid 1992, p. 40.

116. Eulalio Ferrer Rodríguez: *De la lucha de clases a la lucha de frases*, Taurus, México 1995, p. 372.

117. Fritz Sternberg: *La revolución militar e industrial de nuestro tiempo*, FCE, México 1961, pp.

general, como ha demostrado R. González Gómez con su estudio sobre la militarización impulsada deliberadamente por Estados Unidos como parte esencial de su poder imperialista a lo largo de toda la «guerra fría», destacando determinadas constantes que se han mantenido durante estos decenios por debajo de las diferentes doctrinas elaboradas, y que buscaban un único objetivo: «la contención del comunismo»[118].

La militarización en todas sus formas fue teorizada en el truculento informe *Iron Mountain* encargado en 1961, y que fue coordinado por tres destacados miembros de la Administración Kennedy. Fue conocido en 1966 gracias a que un único diario se atrevió a publicarlo en medio del silencio cómplice de la mayoría aplastante de la prensa imperialista. Una de las propuestas del informe era popularizar la «guerra deseable»; otra la de crear miedo en la sociedad a supuestos enemigos peligrosos y amenazas de toda índole, desde extraterrestres hasta enfermedades y plagas: «además, podrían introducirse juegos violentos orientados a la sociedad y contemplaba el establecimiento de una fuerza policial internacional omnipresente y virtualmente omnipotente»[119].

La necesidad del Estado es incuestionable a lo largo de la creciente fusión entre la economía y la militarización, por mucho que toda una corriente reformista lo niegue. Incluso un investigador que en absoluto toca para nada la militarización como es R. Jessop, que se centra exclusivamente en lo económico, hablando de lo «extraeconómico»[120] para referirse al conjunto de problemas de todo tipo que influyen desde «fuera» en lo económico, demuestra que el Estado es cada vez más necesario para el modo de producción capitalista. Andrés Casas habla «de la *militarización* como “modo de regulación” y de *guerra global* como instrumento político»[121],

82-120.

118. Roberto González Gómez: *Estados Unidos: doctrinas de la guerra fría 1947-1991*, Edit. Orbe Nuevo, Centro de Estudios Martianos, La Habana 2003, p. 241 y ss.

119. Cristina Martín: *El Club Bilderberg*, ArcoPresigs, Barcelona 2008, pp. 164-168.

120. Robert Jessop: *El futuro del Estado capitalista*, Catarata, Madrid 2008, pp. 265-304.

121. Aldo Andrés Casas: *Guerra y Militarismo en el Siglo XXI*, Herramienta, Buenos Aires, nº 33,

basándose en una tendencia innegable al militarismo en el capitalismo contemporáneo, tendencia que hemos visto ya embrionaria y latente en la civilización grecorromana, que fue dando saltos cualitativos y acelerones en siglos posteriores, con sus inevitables estancamientos, hasta llegar a la «revolución militar» antes vista. Como síntesis de todo este proceso, en lo que a nosotros nos interesa ahora, es la tesis de R. Osborne de las relaciones entre artillería y civilización, tesis ya sostenida de forma diferente por otros autores. Tras narrar el impacto destructor de los cañones de las grandes monarquías en ascenso desde finales del siglo XV, que barrieron todo el poder de la nobleza y del Vaticano, explica que la artillería, como nueva arma, exigía cambios totales en la sociedad y en el Estado y concluye: «El nuevo modelo se iba reforzando a sí mismo y condujo al nacimiento de un nuevo tipo de Estado y de una nueva civilización»[122].

Como hemos dicho al comienzo, la civilización es la síntesis social de un modo de producción. Si este, o mejor dicho, si el modo de producción dominante en una época histórica está basado en la explotación económica, en la opresión política y en la dominación cultural, entonces la totalidad de las relaciones dominantes y decisivas para la producción social y su reproducción simultánea estará a su vez bajo los dictados de la explotación, opresión y dominación. Toda la síntesis social que refleja, expone y a la vez refuerza la estructura civilizatoria existente, también reforzará, expondrá y reflejará esas dinámicas explotadoras, opresoras y dominadoras. Dentro de este sistema el Estado cumple una función clave y con él el resto de aparatos vitales para asegurar y acelerar la producción y la reproducción. Los casos vistos hasta ahora muestran por activa o por pasiva la necesidad de un Estado que elabore una política centralizada tanto en la dialéctica entre la reproducción y la producción, como en la dialéctica entre el consenso y la coerción, sin olvidar la defensa que garantice la independencia nacional. Así, la creación de «orden» va unida a la creación de «ley», y ambas a la planificación estratégica de los objetivos a medio y largo plazo. La civilización es, por tanto, la síntesis social de todo ello, lo que hace que la obediencia al poder

octubre de 2006, p. 23.

122. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, p. 259.

opresor aparezca como «normal» porque es «civilizada» y porque, en caso de desobediencia, la civilización está apoyada en su artillería.

EL ESTADO, ESA MÁQUINA DE OBEDIENCIA

Portinaro define de manera general al Estado como «una máquina de obediencia» y afirma que:

> Para un análisis de la trayectoria de los Estados, es ineludible considerar las técnicas, las prácticas y las ideologías en acción a los efectos de producir obediencia. Los Estados son aparatos para producir obediencia o para persuadir a la obediencia [...] Miedo, interés, honor, son los resortes que en cada coyuntura histórica resultan activados para conseguir un comportamiento adecuado: a través del monopolio de la coerción, el Estado atemoriza recurriendo a los discursos a su disposición, dispensando ventajas materiales y honorabilidad social (ya para Bodin, como se ha visto, un imprescindible requisito de la soberanía). Pero el temor, el interés material, la consideración social no bastan para garantizar la estabilidad del poder. Existe un factor ulterior: la creencia en su legitimidad, entendida como cualidad peculiar, de carácter personal, del poseedor del poder, o bien como validez de un ordenamiento impersonal [...] Una vez más, el modelo de esta evolución está constituido por la Iglesia, que durante siglos había dado pruebas de su capacidad disciplinadora y de su virtuosismo para conjugar el elemento activo del mando con el pasivo de la obediencia, educando para el autocontrol a los pastores y para la obediencia a la grey[123].

No entramos ahora en el debate sobre las limitaciones del concepto de «máquina» desde la perspectiva de las visiones instrumentalistas del Estado, que lo reducen a una simple maquinaria que funciona mecánicamente, sin apenas contradicciones internas y, sobre todo, libre de las contradicciones en el seno del Estado, contradicciones que responden a las tensiones existentes entre diversos sectores del bloque de clases dominante[124]. Sí debemos decir que, en lo que respecta, a la represión y al terrorismo, estas

123. Pier Paolo Portinaro: *Estado*, Claves, Buenos Aires, Argentina, 2003, p. 87.

124. AA.VV.: *Capitalismo y Estado*, Edit. Revolución, Madrid 1985, pp. 198-205.

fricciones innegables en el seno del Estado, la autonomía relativa de sus partes, tienden a desaparecer o se supeditan a la línea dominante. Dicho esto, es innegable que el miedo, el interés, el prestigio y la legitimidad son cuatro de las razones que explican la supervivencia de la explotación y del Estado que la garantiza, pero el autor olvida, al menos, el decisivo papel de la alienación, del fetichismo y de la coerción sorda del capital sobre el trabajo, a no ser que por razones de economía intelectual las incluya en las cuatro que ha citado. Sin entrar en debates bizantinos, podemos completar la tesis de este autor con la de C. Tuya sobre cómo la ideología reformista oculta la eficacia de la pedagogía del miedo mediante la fraseología sobre el consenso y la coacción, negando la realidad estructural y objetiva de la dialéctica entre «ley», «dominio» y «fuerza»:

> La «ley» expresa siempre una determinada «correlación de fuerzas» sociales. Es por decirlo de alguna manera, su tiempo «muerto», pese a que su base es algo dinámico, «hacer cumplir la ley» tiene, por tanto, un carácter inmovilista, trata de cosificar la «correlación de fuerzas», y se opone, con toda su fuerza –que siempre es mayor que la fuerza de la ley– al cambio de dicha correlación. La ley expresa el dominio, y la lucha contra el dominio es siempre, de una u otra forma, la lucha contra la ley (lo cual no quiere decir que esta lucha deba ser violenta, o incluso «ilegal»). Por eso, las masas en su avance histórico siempre han estado «fuera de la ley». Toda ley presupone necesariamente una ilegalidad precedente y una posterior ilegalidad. El momento de la fuerza siempre precede y acompaña al del consenso. O si se quiere, el consenso siempre es la fuerza aceptada, la fuerza como base de la convivencia. La fuerza es la capacidad operativa, estatal por tanto, de una clase para configurar la sociedad, que es el consenso. Y solo esa capacidad puede generar el consenso de otras clases y convertir la fuerza en función social. Por eso, el problema del famoso consenso, otra de las piedras angulares del reformismo, que utiliza así una vieja y querida categoría de la sociología y teoría burguesa, queda en la práctica reducido a la coerción y la consagración del dominio. Así, el consenso generado por la clase obrera, indispensable para su conquista del poder y la manifestación de su hegemonía, solo puede establecerse en la fuerza, entendida como la capacidad de dotarse de organicidad estatal y, por tanto, fuerza contra el dominio burgués, que en cuanto tal se ofrece a las clases subalternas como alternativa social[125].

La constatación de que las masas, en su avance histórico, siempre han estado «fuera de la ley», es decisiva para entender que el terrorismo es el último recurso del poder para introducir a las masas «dentro de la ley» a base de violencias, torturas, cárceles, campos de exterminio y desapariciones. Para introducir a las clases peligrosas «dentro de la ley» interviene la violencia del Estado, la dinámica compleja y multifacético que va de la provocación del temor al terrorismo masivo. Mientras que las masas permanecían pasivas «dentro de la ley», el sistema podía suavizar sus represiones e incluso dejar de usar las más brutales, pero cuando se reiniciaban las luchas y especialmente si se producían cambios cualitativos en la producción y en la reproducción, creando una «nueva» clase explotada que radicalizaba sus luchas, entonces el poder volvía a los métodos brutales abandonados, y creaba otros nuevos. Foucault constata una disminución del recurso al suplicio desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, aunque no desaparece la «acción sobre el cuerpo»[126]. De las diversas razones que ofrece, la que ahora más nos interesa es su análisis sobre los cambios en las formas de resistencia y bandidaje sociales a lo largo del siglo XVIII en respuesta a las mejoras represivas de los Estados, lo que obliga a los bandoleros a cambiar sus formas de acción para eludir la creciente efectividad estatal[127], intervención estatal que recurría masivamente a la propaganda criminalizadora pero que, en determinados casos, como el de un tal Montagne[128] en 1769, podía volverse contra el Estado al producir en el pueblo trabajador empobrecido y machacado un efecto-rebote de simpatía hacia el bandolero. Siendo esto cierto, lo decisivo fue que la naciente revolución industrial empezaba ya a crear la incipiente lucha del proletariado industrial.

Era una época en la que los Estados europeos más potentes, sobre todo el británico, mantenían permanentes guerras injustas contra los pueblos a los que querían dominar y, a la vez, como hemos

125. Carlos Tuya: *La función histórica del Estado y de la democracia*, Akal, Madrid 1980, pp. 134-135.

126. Michel Foucault: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid 1986, p. 23.

127. Michel Foucault: *Vigilar y castigar*, op. cit., p. 79.

128. Michel Foucault: *Vigilar y castigar*, op. cit., p. 71.

visto, dentro de Inglaterra el contexto social era de malestar por la pobreza. Con el ejército y la marina dedicados a exterminar pueblos y a ganar guerras interimperialistas, hacía falta una fuerza represiva interna en Europa. D. Garibaldi ha estudiado cómo las medidas «criminales» de las masas empobrecidas, como robos de barcos, de almacenes y tiendas, así como otras prácticas de defensa frente a las malas condiciones de vida[129] realizadas por las clases explotadas, llevaron en el siglo XVIII a la aparición de las policías, primero en Inglaterra, más tarde en el Estado francés y por fin en el resto de Estados burgueses. Pero creada la policía para proteger la propiedad privada, la tendencia anterior al abandono del terrorismo en su forma más atroz empezó a revertirse, pero no en otras más suaves, es decir, en la disminución de la tortura y del suplicio, del tormento, aplicados sistemáticamente y masivamente hasta esa época. Las luchas de la clase obrera que se estaba formando al mismo ritmo en el que se formaba la burguesía y, sobre todo, en que se expandía la revolución industrial, exigían cada vez mayores medidas represivas, como hemos visto anteriormente en el análisis de Thompson, aunque, en líneas generales, el último cuarto del siglo XIX fue «relativamente "pacífico"»[130] en comparación con las violencias terroristas posteriores desatadas por la burguesía.

Fue un proceso complejo, con altibajos y vaivenes, tanto como el de la formación del movimiento obrero a partir de las sectas obreras tan bien estudiadas por E. J. Hobsbawm[131]. Hemos transcrito en su literalidad lo de contexto social «relativamente "pacífico"» en el último cuarto del siglo XIX, porque estamos de acuerdo con la advertencia de Alfonso Sastre de que si bien muchos Estados abolieron legalmente la tortura, ello no implicaba a la fuerza y automáticamente que se hubiese dejado de torturar en las oscuras e inaccesibles cloacas de los Estados. Después de citar las fechas de prohibición oficial de la tortura por algunos Estados, como los de Noruega, Bulgaria, Turquía

129. Daniel Garibaldi: *La seguridad interior y sus ausencias*, http://www.elaleph.com, http://www.rebelion.org, 24 de julio de 2009, p. 14 y ss.

130. AA.VV.: «El movimiento obrero y socialista después de la Comuna de París», en *El movimiento obrero internacional*, Edit. Progreso, Moscú 1982, tomo II, p. 228.

131. E. J. Hobsbawm: «Las sectas obreras», en *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona 1974, pp. 191-226.

y el Estado español en 1814, Sastre advierte que «eso no quiere decir que la tortura no se siga practicando»[132]. De la misma opinión que Sastre es el especialista chileno D. A. Egaña que habla de «represión de baja intensidad», advirtiendo que:

> los gobiernos han descubierto que la represión no necesita de la espectacularidad para ser eficiente. Hubo un momento en la historia en que la tortura era legítima tanto en el proceso como en la pena. Era un acto público, ejemplificador. Pero a finales del siglo XVIII, como bien relata Foucault, junto a toda la reflexión de los derechos del hombre, nace la cárcel moderna y el carro celular. El espectáculo es sustraído de la escena pública, y aparentemente la tortura desaparece. Pero sabemos que eso es una ilusión, que la tortura nunca desapareció y solo fue proscrita del abanico de prácticas que maneja «legítimamente» el Estado. De cierta forma, la represión de baja intensidad es un nuevo carro celular, destinado a esconder el «espectáculo» de la esfera pública. La dispersión es un ejemplo de ello. Al ubicar al detenido a grandes distancias de su familia y de sus redes sociales, no solo se le mantiene virtualmente incomunicado, rompiendo los lazos que le vinculan a cierta comunidad, sino que se intenta eliminar o al menos limitar una serie de manifestaciones que las redes sociales del detenido pueden realizar fuera de las cárceles, evitando hacer público las razones que envuelven la detección. [...] los gobiernos han descubierto que sin romper los límites de una democracia es posible articular sistemas represivos altamente selectivos. Lo que se llama represión de baja intensidad tiende a hacerse en los estrictos límites del derecho, satisfaciendo las exigencias de la comunidad internacional. Y ése es uno de los peligros de orientar los debates sobre el uso de la violencia ilegítima hacia formalismos[133].

E. Peters ha estudiado el proceso que va desde las mejoras cualitativas en las fuerzas policiales, en el sentido «moderno», de la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII, concretamente cita el año 1754, que se precipita posteriormente al calor de la revolución industrial y de la agudización de las luchas obreras y populares, citando los disturbios de Gordon 1780 y la matanza de Paterloo de

132. Alfonso Sastre: «La tortura: un poco de historia», en *Tortura y sociedad*, Edit. Revolución, Madrid 1982, p. 135.

133. Daniel Andrés Egaña Rojas: *La represión de baja intensidad*, http://www.lahaine.org, 2 de noviembre de 2008.

1818, hasta finales del siglo XX, mostrando cómo ante este ascenso de las resistencias de las gentes explotadas, la autoridad establecida volvió a recurrir a la tortura a lo largo del siglo XIX. Especial mención hace este investigador de la tortura practicada por las diversas policías en Estados Unidos de Norteamérica[134], país muy avanzado en el desarrollo de las fuerzas policiales durante el siglo XIX, para concretar un poco más adelante que:

> El desarrollo de una burocracia administrativa en la mayoría de los Estados de Europa y América del Norte a finales del siglo XIX, unida a las fuerzas policiales que estaban bajo control político independiente o a fuerzas policiales encargadas específicamente de tareas políticas, ofreció un amplio espacio para el resurgimiento de la tortura, aun en Estados con una judicatura fuerte e independiente y en donde la ley prohibía expresamente la tortura. El Estado había creado otros funcionarios, además de los jueces, a quienes podía confiarse la tortura, y la prohibición legal de la tortura significaba poco si solo regía para los jueces y funcionarios de tribunales y no para funcionarios del Estado que estaban fuera de su control. El aumento de la policía de seguridad del Estado, la policía política propiamente dicha, es quizá la última causa de la reaparición de la tortura en el siglo XX. Pero cronológica e institucionalmente fue precedida por el segundo de los órganos extrajudiciales del Estado moderno: el militar[135].

Recordemos que este capítulo ha empezado analizando las interacciones de fondo entre la producción y reproducción, el Estado y el militarismo y que hemos estudiado cómo la burguesía desarrolló una nueva interacción entre represión, policía, tortura y ejército en respuesta a las nuevas formas de lucha de las clases explotadas. Ha sido durante este proceso represivo innovador, intensivo y extensivo, cuando se ha creado el nuevo modelo de contrainsurgencia. En un estudio colectivo que ya es un clásico en el tema, se estudiaron los objetivos, estrategias y tácticas de Estados Unidos respecto a las luchas en Latinoamérica, y se elaboró una definición básica de la contrainsurrección: «traducida a un lenguaje no técnico, la contrainsurrección es un enfoque de *cebo y castigo*, cuyo objeto es

134. Edward Peters: *La Tortura*, Alianza Editorial, Madrid 1987, p. 158.

135. Edward Peters: *La Tortura*, op. cit., pp. 159-160.

contener a los movimientos sociales dentro de límites aceptables para los intereses estadounidenses, exterminando entre tanto, de modo despiadado, a los *subversivos*»[136]. La definición vale, pensamos, para todo Estado que necesite «contener a los movimientos sociales dentro de límites aceptables» para los intereses de la clase burguesa a la que representa y defiende.

Más adelante dedicaremos un punto a la contrainsurgencia, así que ahora vamos a cerrar este desarrollando las conexiones estructurales, internas al Estado, entre la contrainsurgencia, las represiones y las formas «invisibles» de acción represiva estatal. No vamos a extendernos sobre la «guerra sucia» –término equívoco que da a entender que el imperialismo y el Estado burgués son capaces de practicar «guerras limpias»–, por lo que, dejando de lado algunas críticas, nos ceñimos a esta definición realizada por I. Egaña:

> La guerra sucia engloba todas las cuestiones expresamente prohibidas en la guerra convencional: ejecución de personas indefensas, ensañamiento con las víctimas, vulneración de los derechos de los prisioneros, no reconocimiento de las acciones propias, la difusión de noticias falsas, etcétera. Son elementos que, en su conjunto, comportan una forma de hacer lejana de cualquier planteamiento ético y moral, algo ya de por sí puesto en entredicho por la guerra misma. En Euskal Herria, la guerra sucia ha estado presente a lo largo de toda su historia, en función de la actividad más o menos ofensiva de los gobiernos de París y Madrid[137].

Hemos definido el Estado como el centralizador estratégico de las represiones. Quiere decir esto que existen prácticas represivas que se realizan desde fuera del Estado, o relacionadas con este pero sin ser practicadas directamente por sus aparatos especializados. Volveremos a este tema tan importante cuando critiquemos las tesis de Foucault, Negri y Holloway. Desde la teoría marxista, las diferentes represiones son centralizadas estratégica o tácticamente en el Estado mediante un conjunto de prácticas imprescindibles para asegurar la

136. AA.VV.: *Imperialismo y Ciencias Sociales. La penetración de las fundaciones norteamericanas y la compraventa de (algunos) intelectuales latinoamericanos*, Referencias, La Habana, Cuba 1970, p. 44.

137. Iñaki Egaña: *Diccionario histórico-político de Euskal Herria*, Txalaparta, Tafalla 1996, p. 385.

dominación burguesa en su unidad de clase. En lo que ahora nos interesa, lo relacionado con la contrainsurgencia, las represiones más duras y directamente sociales, clasistas y nacionales, debemos decir que hace tiempo la teoría marxista dejó resuelto el asunto. Por ejemplo, y sin retroceder al siglo XIX, en 1925 V. Serge estudió la importancia de las «policías privadas» en la represión estatal: «La existencia de policías privadas, extralegales, capaces de proporcionar a la burguesía excelentes manos armadas a sueldo», tras un repaso de algunas experiencias europeas, va directamente al corazón y al cerebro del monstruo imperialista: «En Estados Unidos, la participación de las policías privadas en los conflictos entre el capital y el trabajo ha tomado una amplitud temible. Las oficinas de célebres detectives privados proporcionan a los capitalistas soplones discretos, expertos provocadores, riflemen (tiradores de elite), guardias, capataces y también "militantes de trade unions" placenteramente corrompidos»[138].

Pero las acciones extralegales no se limitan únicamente a las policías privadas y a la guerra sucia sino que existe dentro del Estado, en sus subsuelos y cloacas, un poder invisible e incontrolable en gran medida, compuesto por los servicios secretos. Todas las variantes del reformismo «olvidan» obstinada y sistemáticamente la existencia de esta fuerza represiva. Hemos preferido recurrir a una frase lapidaria dicha por el que fue uno de los responsables máximos de los servicios secretos del Estado francés para zanjar este tema sin el cual no se entiende nada de lo que es el terrorismo: «Los servicios especiales, en guerra permanente, no conocen tiempo de paz»[139].

138. Victor Serge: *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*, ERA, México 1973, pp. 91-92.

139. Ch. Ockrent/Conde de Marenches: *Secretos de Estado*, Planeta, Barcelona 1987, p. 200.

2 TERRORISMO Y ESTADO BURGUÉS

El Estado interviene directa e indirectamente en la violencia simbólica y cultural, que analizaremos en su momento. Uno de los objetivos de la violencia cultural es el de tergiversar la realidad imponiendo la ideología dominante, siendo considerable su efectividad para imponerla. Por ejemplo, como sostiene Ozecai, la definición de terrorismo que ofrece el Diccionario de la Real Academia de la Lengua –sintéticamente: dominación por el terror, actos violentos para infundir terror y acciones de bandas organizadas que generan terror indiscriminado– es parte de la «batalla semántica»[1] que se libra desde el poder, y que deja fuera del concepto de «terrorismo» a muchas situaciones opresoras y violentas, precisamente las que benefician al poder establecido. Analizando una problemática muy parecida, T. Martín sostiene que:

> la palabra *terrorismo* da forma léxica (no sé si contenido, pero forma seguro que sí) a una parte importante de nuestro sistema de creencias de ciudadanos españoles. En fin, todo esto es, por supuesto, una canción bien conocida. La resistencia francesa contra el ejército nazi era considerada terrorista, igual que las tropas de George Washington que resistían al imperio británico o los grupúsculos de resistencia españoles en las guerras napoleónicas. Quienes luchan militarmente contra el sistema establecido son terroristas, pero no los que luchan militarmente desde los órganos «legítimos». Pero lo que se ha conseguido desde posiciones de dominio político es conseguir implantar un estado de cosas en la mente de las personas, conseguir que unas palabras tengan un significado y, desde ellas, construir unos discursos. Todo ello, desde luego, implica el uso del lenguaje, pero no

1. Ozecai: *Definición de terrorismo*, http://www.rebelion.org, 31 de diciembre de 2008.

necesariamente el uso de la lingüística, no al menos la que hace Chomsky[2].

Nir Rosen, ya citado anteriormente por su justa crítica de la ética universal y kantiana dice que:

> El terrorismo es un término normativo y no un concepto descriptivo. Una palabra vacía que significa todo y nada: es utilizada para describir lo que hace el Otro, no lo que hacemos nosotros. Los poderosos, ya sea Israel, Estados Unidos, Rusia o China, siempre describirán la lucha de sus víctimas como terrorismo, pero la destrucción de Chechenia, la limpieza étnica de Palestina, la matanza lenta de los palestinos que quedan, la ocupación estadounidense de Iraq y Afganistán, con las decenas de miles de civiles que ha matado… nunca merecerán el título de terrorismo, aunque el objetivo eran civiles y aterrorizarlos era el propósito. [...] Las reglas normativas son determinadas por relaciones de poder. Los que poseen poder determinan lo que es legal e ilegal. Acorralan a los débiles con prohibiciones legales para impedir que se resistan. Que los débiles se resistan es ilegal por definición. Conceptos como terrorismo son inventados y utilizados normativamente como si un tribunal neutral los hubiera producido, en lugar de los opresores. Lo peligroso en este uso excesivo de la legalidad reside en que en realidad la socava, disminuyendo la credibilidad de instituciones internacionales como las Naciones Unidas. Se hace obvio que los poderosos, los que hacen las reglas, insisten en la legalidad simplemente para preservar las relaciones de poder que les sirven, o para mantener su ocupación y colonialismo[3].

Al principio de este texto hemos citado a A. Sastre cuando dijo que el poder llama terrorismo a la guerra de los pobres y guerra al terrorismo de los ricos, y también hemos citado a los historiadores progresistas que definen como «violencia patriótica» lo que los ocupantes nazis en la Segunda Guerra Mundial denominaban «terrorismo», «crimen», «bandidos» y otros apelativos. Dicho con otras palabras, el problema del origen y sentido histórico del terrorismo siempre dependiente del modo de producción dominante, en nuestro caso el capitalista, se resuelve de inmediato cuando nos enteramos

2. Salvador López Arnal: *Una conversación con el lingüista barcelonés Txus Martin sobre lenguaje y política*, http://www.kaosenlared.net, 13 de noviembre de 2009.

3. http://www.kaosenlared.net, 31 de diciembre de 2008.

que el reciente golpe de Estado realizado contra el pueblo hondureño ha sido sufragado económicamente por las diez familias más poderosas[4] de este empobrecido y martirizado país. Precisamente el terrorismo aplicado contra el pueblo hondureño nos remite a las opiniones de B. Martínez Zerpa en las que desde una perspectiva del derecho de autodefensa ante la violencia opresora e injusta, reconocido por algunos sistemas jurídicos internacionales y escuelas políticas y filosóficas, expone la existencia de seis clases de terrorismo, además del contra-terrorismo. Son estas:

Terrorismo de Estado, uno de cuyos ejemplos lo tenemos en la invasión de Iraq. *Terrorismo de agavillamiento*, que aparece cuando dos o más Estados agreden a un tercero, o a un pueblo. *Terrorismo defensivo*, que es la violencia de los oprimidos contra los opresores. *Terrorismo mediático*, que consiste en la manipulación y mentira propagandística. *Terrorismo jurídico*: «consiste en encarcelar o ejecutar a los adversarios con irrespeto al debido proceso en violación a las leyes del país y a las leyes internacionales. Utilizar la tortura como medio para obligar a los detenidos a declarar lo que ellos quieran, dado el terror que estas torturas producen en la persona [el submarino, electricidad en sus partes, inmovilización por largos períodos, ruidos infernales (caso de Honduras por los golpistas de Michelletti), gases asfixiantes, etcétera]». Y *terrorismo económico* que «consiste en tomar medidas económicas tendientes a desestabilizar un Estado; tales como el acaparamiento de productos de primera necesidad, subir exageradamente los precios de productos y servicios (para así manipular la inflación); y, en el campo externo, negar créditos, prohibir la importación de productos de ese país, negarle, en violación de contratos legalmente vigentes, piezas de repuestos médicos o de medios de transporte o militares (caso de Venezuela)»[5].

Dejando por ahora de lado que nosotros pensamos que es más correcto hablar de violencia defensiva que de «terrorismo defensivo», como expondremos en el último capítulo, no es menos cierto que las cinco formas restantes de terrorismo nos remiten directamente a

4. http://www.rebelion.org, 3 de agosto de 2009.

5. Braulio Martínez Zerpa: *Terrorismo (I y II)*, http://www.aporrea.org, 11 de octubre de 2009.

los aparatos de Estado, a las relaciones que el Estado mantiene con sistemas de control y vigilancia paraestatales y extraestatales pero que, en última instancia, necesitan de la centralidad estratégica estatal para mantener una coherencia, efectividad operativa global y visión de conjunto. Partiendo de esta base comprenderemos rápidamente lo correcto de la definición de terrorismo que nos ofrece el colectivo Lau Haizetara Gogoan, resumido por Nebera en su artículo *Terrorismo, definición, y terroristas*. Este colectivo elaboró su informe mediante el estudio sistemático del casi medio siglo de dictadura franquista:

> Desapariciones forzadas.
>
> Asesinatos y fusilamientos en masa clandestinos (paseos, fosas comunes, cunetas...).
>
> Detenciones y encarcelamientos masivos por motivos ideológicos, discriminación racial, credo o identidad sexual.
>
> Internamiento de miles de prisioneros políticos y sociales en campos de concentración y de exterminio.
>
> Secuestro de niñas y niños como actos de guerra, genocidio y represalia sobre los «vencidos».
>
> Confinamientos, destierros... como medida de represión y anulación contra personas y sus actividades.
>
> Castigos masivos a trabajos forzados y mano de obra esclava.
>
> Secuelas físicas y mentales provocadas por el terror, la soledad, la exclusión social... siendo frecuentemente causa principal de muerte.
>
> Utilización del hambre como elemento de guerra y represión.
>
> Torturas y trato humillante y vejatorio por motivos ideológicos, étnicos y culturales.
>
> Represión de género. La mujer sufrió una represión añadida: fue víctima de abusos sexuales y violaciones como estrategia de guerra y represión. También sufrió los efectos más opresivos de la educación y, en general, una situación de marginación y dependencia.

Establecimiento de tribunales militares y civiles de excepción.

Establecimiento de la escuela como elemento de represión, que incluye la pérdida forzada de la identidad cultural, lingüística e ideológica. Prohibición de uso de la propia lengua y cultura.

Forzar a prisioneros de guerra a servir en las fuerzas de una potencia enemiga.

Ilegalización de partidos, sindicatos, organizaciones socioculturales, etcétera.

Contratación de mano de obra bajo condiciones de explotación.

Despidos de trabajadores y medidas de exclusión social.

Anulación de todos los derechos civiles, políticos, sociales, libertad de expresión...

Depuraciones: de funcionarios, de maestros...

Robo y saqueo de propiedades y bienes como medio de represión y vía de enriquecimiento de los responsables[6].

Si nos fijamos en el resumen que ha realizado Nebera del estudio de Lau Haizetara Gogoan, nos encontramos inmediatamente frente a algo que vertebra como un endoesqueleto a todas las áreas de intervención del terrorismo: la información previa, el servicio de inteligencia realizado anteriormente, la selección de los objetivos a destruir y sus prioridades y fases. Es obvio que la tortura, los malos tratos, los interrogatorios «normales», la acción policial permanente, los chivatos, colaboradores e infiltrados, etcétera, todo esto es decisivo para la efectividad del terrorismo que a su vez depende de la efectividad de la contrainsurgencia. Por ejemplo, esta estructura burocrática, así como la aportada por la Iglesia era necesaria para vigilar y rentabilizar la esclavización de los prisioneros. Una vez más aparece la alianza estratégica entre el dinero y dios protegida por el ejército, de manera que estas tres instituciones resuelven en la práctica la elucubración abstrusa del misterio irresoluble de la

6. Nebera: *Terrorismo, definición y terroristas*, http://www.kaosenlared.net, 29 de marzo de 2009.

Santísima Trinidad. R. Torres presenta una lista de empresas, instituciones eclesiásticas y servicios militares que obtenían grandes beneficios con el trabajo de los 11.554 presos políticos esclavizados en 1943 en unas condiciones penosísimas[7]. Sin embargo, es necesario decir que el secuestro de niñas y niños no se debió únicamente a una represalia como acto de guerra, sino que fue una práctica sostenida en el tiempo que respondía a un objetivo a muy largo plazo. El franquismo aplicó la doctrina nazi al respecto, raptando 30.000 niñas y niños entregándoselos a familias ricas y a la Iglesia. Leamos algunas partes del sobrecogedor artículo escrito por la investigadora Esteso Poves:

> «Lo llevaron a bautizar y no me lo devolvieron. Yo reclamaba el niño, y que si estaba malo, que si no estaba. No lo volví a ver». Este es el testimonio de Emilia Girón, que dio a luz en el hospital de la cárcel de Salamanca en 1941. Su delito, ser hermana de un guerrillero. [...] En Santurrarán (País Vasco) las monjas mandaron salir a las presas al patio. Cuando volvieron, sus hijos habían desaparecido. Ya no existían, no habían sido inscritos en el registro de entrada. El rapto se convirtió en «legal» por la Orden de 30 de marzo de 1940 que da la patria potestad al Estado. El general y médico Vallejo Nájera, formado en Alemania e ideólogo del régimen, afirmaba que era necesario «extirpar el gen marxista» y recomendaba el traslado de los niños a hospicios para «la eliminación de los factores ambientales que conducen a la degeneración». Para ello, aplicó descargas eléctricas a los presos y otros experimentos. La Iglesia regía todos los órdenes de la vida, los internados moldeaban a los niños, mientras el régimen los presentaba como «sacados de la miseria material y moral». Victoriano Ceruelo, de 65 años, estuvo en Zamora: «Desde los cinco años, todos los días nos levantaban a las 5h de la mañana para ir a misa. Los domingos venían familias y las monjas nos ponían en fila. Y decían “me gusta ese”, y se lo llevaban. Un día me tocó a mí, pero él le daba mala vida a mi madre y ella se suicidó». Hasta hace poco iba cada año a preguntarle a la superiora quiénes eran sus padres. Ella le decía: «No tienes derecho a remover». El 4 de diciembre de 1941 una ley autorizó cambiar los apellidos «si no se pudiera averiguar el Registro Civil en el que figuren inscritos los nacimientos de los niños que los rojos obligaron a salir de España y que sean repatriados [23.000 volvieron]. Igual inscripción se hará a los niños cuyos padres y demás familiares murieron o desaparecieron durante el Glorioso Movimiento Nacional»

7. Rafael Torres: *Los esclavos de Franco*, Oberon, Madrid 2001, pp. 147-148.

> [...] «Falsificaban las partidas, apellidos y todo tejido por monjas, curas, secretarios, alcaldes y hasta médicos que se forraban. Era un negocio»[8].

Nos hemos extendido un poco en la definición de terrorismo dada por Lau Haizetara Gogoan porque pone al descubierto la totalidad del problema. Queda claro que el terrorismo no puede aplicarse sin la existencia previa de un aparato de Estado, sin una fiel burocracia o «administración pública» eficaz en la designación de los objetivos a exterminar a lo largo del proceso ascendente que concluye la represión masiva e indiscriminada. Llegamos así al penúltimo asunto que debemos tratar en este capítulo sobre la necesidad que tiene el capitalismo del Estado. Nos referimos a la decisiva importancia no solo del conocimiento en general, ni de la información más precisa sobre las personas a reprimir, sino de los servicios de inteligencia. R. Whitaker ha definido el pasado siglo XX como «el siglo de los servicios de inteligencia»[9], mostrando cómo se fue estrechando la interacción entre estos servicios y el resto de instituciones y aparatados sociales que podían ser utilizados por el Estado para aumentar su poder de control y de dominación, especialmente con la ciencia, las universidades, el mundo académico, etcétera, es decir con la producción de conocimiento. En realidad, los «servicios de inteligencia» han existido prácticamente desde que se tienen datos históricos fiables, desde las sociedades mesopotámicas. Una de las obligaciones de los pequeños Estados sometidos al poderoso imperio hitita en el -3000 era darle «informaciones útiles» sobre todo lo que necesitasen los hititas para reforzar su imperio[10]. Y si reducimos el concepto de «poder» a las relaciones con la naturaleza, simplemente, sin introducir las relaciones sociales, vemos que ya hace más de 13.660 años que el ser humano realizaba mapas de su entorno para maximizar el conocimiento que iba adquiriendo[11].

Pero ahora no hablamos tanto de «conocimiento» como de

8. María José Esteso Poves: *Los 30.000 menores robados del franquismo*, http://www.kaosenlared.net, 6 de mayo de 2009.
9. Reg Whitaker: *El fin de la privacidad*, Paidós, Barcelona 1999, pp. 15-44.
10. Mario Liverani: *El Antiguo Oriente*, Crítica, Barcelona 1995, p. 411.
11. http://www.gara.net, 5 de agosto de 2009.

inteligencia. Para nuestro tema, la segunda es mucho más que el primero aunque ambos tienen la misma naturaleza. La Inteligencia, con mayúscula, es el conocimiento preciso y funcional a las necesidades esenciales del poder, es decir, conocer las debilidades del enemigo, que era la preocupación de los hititas y de otros muchos poderes anteriores. Necesitamos este concepto porque es uno de los pilares sobre los que descansa la contrainsurgencia, en primer lugar, y, en segundo, la eficacia del terrorismo, aunque más adelante también criticaremos el «conocimiento» de las «ciencias sociales». Whitaker reproduce la lista de once categorías de información personal realizada por O. Gandy:

Información personal para identificar y cualificar.

Información financiera.

Información sobre pólizas de compañías de seguros.

Información sobre servicios sociales.

Información sobre servicios domésticos.

Información sobre propiedades inmobiliarias.

Información sobre entretenimiento y tiempo libre.

Información sobre el consumo.

Información laboral.

Información educativa, y

Información policial[12].

Vemos que O. Gandy empieza por lo general y más amplio de la sociedad, y concluye con lo más preciso y concreto, la acción policial. Prácticamente, toda la vida de la persona está registrada en estas once categorías incluso antes de haber nacido, desde que su

12. Reg Whitaker: *El fin de la privacidad*, op. cit., pp. 155-156.

madre acude por primera vez al centro de salud para certificar su embarazo. Luego, conforme crezca, sus actos, deseos, pensamientos y relaciones quedarán registradas en las categorías correspondientes y, para no extendernos, muy probablemente todas sus comunicaciones quedarán registradas en sistemas como Echelon, que es mucho más que un efectivo sistema de espionaje porque, como ha demostrado el investigador cubano C. del Porto Blanco, es también y sobre todo un sistema de análisis[13], o por el denominado Frenchelon, nombre con el que los anglosajones designan al sistema de espionaje y análisis francés que este Estado ha creado[14]. O si la persona escapa a estos y otros sistemas de control de las comunicaciones exteriores y de análisis de sus sentimientos más íntimos, aún así seguramente quedará dentro del control y del seguimiento que se hacen ya mediante los perfiles genéticos[15].

Pero si tiene la desgracia de ser una persona norteamericana, tendrá que soportar el sistema de control, vigilancia y represión más sofisticado e integrado sistémicamente de los que funcionan en el mundo, un sistema que avanza en «la estrecha coordinación de múltiples agencias, incluyendo el FBI, la NASA, el Comando Norte de Estados Unidos y la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial (NGA). Teléfonos celulares y otras comunicaciones electrónicas fueron monitorizados en tiempo real y la NGA suministró análisis detallados derivados de satélites espía militares»[16]. Desde septiembre de 2001, Estados Unidos se ha lanzado a la industrialización de la política de seguridad «antiterrorista», de control de toda persona que pudiera llegar a ser un peligro según los parámetros decididos por las grandes corporaciones yanquis para crear «un mercado para el terrorismo»[17].

13. Carlos del Porto Blanco: *El cielo amenaza. Echelon, red de espionaje y análisis*, http://www.rebelion.org, 12 dde julio de 2009.

14. Arantxa Manterola: *París multiplica las escuchas y crea una red de alcance global*, http://www.gara.net, 30 de marzo de 2009.

15. Arantxa Manterola: *Perfiles genéticos: tecnología al servicio del fichaje policial*, http://www.gara.net, 30 de marzo de 2009.

16. Tom Burghardt: *La ciberseguridad como fachada para la ciberguerra*, http://www.rebelion.org, 30 de abril de 2009.

17. Noemí Klein: *La doctrina del shock*, op. cit., p. 403 y ss.

Ahora bien, desde hace mucho tiempo se sabe que todos los instrumentos de control, vigilancia y represión tienen un límite estructural irresoluble. Por mucha cantidad de información que recojan y analicen, siempre terminan yendo por detrás de la evolución real de las contradicciones sociales y de las ansias de libertad. Los servicios de inteligencia se mueven en el plano cuantitativo, mientras que la libertad humana se mueve en el plano cualitativo. Para salvar este abismo, los Estados solo tienen el recurso de la represión selectiva, primero, y de la generalizada después, es decir del terrorismo. Buscando otro método que les permita dominar sin tanta sangre, han desarrollado las doctrinas de la contrainsurgencia. I. Martí Baró ha estudiado las limitaciones inherentes a la aplicación masiva de la tortura y de otras formas de violencia extrema. Tras analizar las tácticas yanquis en Vietnam, en donde los expertos surcoreanos asesinaban a uno de cada diez pobladores de las aldeas vietnamitas según un plan científicamente diseñado, o en donde el truculento Proyecto Phoenix asesinó a más de 20.000 personas; y después de estudiar sistemáticamente el uso de todo tipo de torturas, incluidas las drogas, etcétera, en Chile y en otros países, este investigador llega a la siguiente conclusión: «Ante todo, se sabe que el castigo es más eficaz con respecto al *aprendizaje de evitación* que el aprendizaje de castigo propiamente dicho»[18].

El *aprendizaje de evitación* consiste en educar, en formar con antelación a las personas y colectivos para que no realicen tal o cual acto declarado como punible, por ejemplo, ejercitar el derecho de rebelión y de autodefensa declarado como «terrorismo» por el poder opresor. Se trata de evitar que la gente llegue a conocer que ese derecho existe, y sobre todo evitar que llegue a tomar conciencia de que está oprimida y por tanto tiene el derecho a la rebelión en ausencia de vías democráticas efectivas. El aprendizaje de castigo consiste en reprimir después o durante la rebelión de los oprimidos, en machacarlos para que no vuelvan a resistirse. Dicho en otras palabras, que la simple tortura no vale a medio plazo, pues aunque destruya personas concretas, no puede destruir a un pueblo o a una clase social; y también que el terrorismo puede destruir una generación de

18. Ignacio Martín Baró: *Poder, ideología y violencia*, Edit. Trotta, Madrid 2003, p. 279.

luchadores y la dictadura posterior puede aterrorizar y alienar a dos generaciones sucesivas, pero a la larga, si perdura la injusticia, el problema volverá a surgir tarde o temprano, y posiblemente con más virulencia. El aprendizaje por evitación busca adelantarse e inculcar disciplina y obediencia sumisa, anulando o reduciendo las posibilidades de nuevos conflictos. Las doctrinas de contrainsurgencia se han pensado desde el aprendizaje de evitación aunque también incorporan el aprendizaje de castigo.

Un ejemplo casi insoportable de aprendizaje de castigo es el de la política japonesa desde 1931. Es cierto que Japón lanzó una campaña de nacionalismo panasiático destinada a tejer una alianza de movimientos antioccidentales en la que los Estados asiáticos podrían apoyarse mutuamente. Pero este proyecto, que obtuvo algunos éxitos, fue diluyéndose en la medida en que se conocía el comportamiento real de los ejércitos japoneses y su política de saqueo económico. P. Reader describe la destrucción urbana y humana de la ciudad china de Nanking en 1937 en donde más de 200.000 personas fueron asesinadas en las primeras seis semanas de ocupación, lo que explica que nada menos que el embajador alemán calificara al ejército japonés de «bestial»[19]. Poco después el autor explica que «el salvajismo y la brutalidad fueron las características primordiales del ejército japonés. A su paso sembraban la degradación, la humillación, el sadismo, las matanzas colectivas, la refinada tortura individual, la violación, mutilación y explotación. Nadie como ellos para despreciar todo sexo y condición en civiles o militares»[20].

ESTADO Y TERRORISMO BURGUÉS

Sintetizando lo que acabamos de leer nos colocamos ya directamente ante el terrorismo como una de las funciones del Estado burgués aunque no sea practicado en todo momento y de forma masiva y aplastante, ya que también la puede aplicar y de hecho

19. Paul Reader: *Cárceles, verdugos, torturas*, Seuba Ediciones, Barcelona 1997, p. 188.

20. Paul Reader: *Cárceles, verdugos, torturas*, op. cit., p. 189.

la aplica con tácticas parciales, sobre objetivos concretos, aislados e individualizados, y generalmente de manera invisible, imperceptible para la sociedad en su conjunto. S. Kangas nos ofrece un ejemplo aplastante de las conexiones entre Estado y terrorismo en su historia de la CIA, desde antes de su formación en 1947, ya embrionaria desde 1929, hasta el presente[21]. Partiendo de esta base comprenderemos perfectamente las aportaciones de W. Schulz, que ha realizado uno de los mejores estudios críticos del Estado terrorista, mostrando cómo es más correcto definirlo así, en vez de «Estado contrainsurgente», y aunque su estudio se ciñe a América Latina, su calidad teórica trasciende este límite geográfico para poder iluminar lo esencial del Estado como centralizador y dosificador de la pedagogía del miedo hasta llegar a la aplicación masiva del terrorismo en su poder aniquilador. Según W. Schulz:

> El Estado terrorista se caracteriza por dos elementos particulares:
>
> la creación de una estructura arcana o clandestina de represión, paralela a su estructura visible o manifiesta; y
>
> el uso masivo y sistemático del terrorismo de Estado mediante los siguientes sistemas: detención ilegal (desaparición)-interrogatorio/ tortura-desaparición definitiva
>
> [...] En términos teóricos, se trata de un proceso de concentración y autonomización del poder en el núcleo del Estado, es decir, en su complejo militar y de inteligencia –apoyado generalmente por fracciones de la clase dominante y, a veces, por sectores medios– mediante la creación de un sistema clandestino de represión. El uso del terrorismo, procura lograr cuatro objetivos:
>
> Neutralizar los controles *internos* de la sociedad política (el Estado), por ejemplo, el control judicial sobre las fuerzas policíacas;
>
> Neutralizar los controles de la sociedad civil. La relación entre sociedad civil y Estado está regulada normalmente (en la sociedad burguesa) por una serie de normas definidas que explicitan los derechos de ambas entidades y estipulan sus obligaciones. Esta normatividad,

21. Steve Kangas: *Memorial de las atrocidades de la CIA*, http://www.aporrea.org, 29 de diciembre de 2009.

expresada en la constitución, el derecho de habeas corpus, la división de poderes, los derechos humanos, la existencia de una prensa independiente, etcétera, limita la capacidad de acción del poder ejecutivo. Al actuar fuera de estos controles mediante un sistema arcano represivo, el Estado burgués puede emplear medidas totalitarias para atacar ciertos sectores de la sociedad civil o política sin tener que abandonar su fachada de democracia formal.

Aumentar el efecto psicológico de la represión al volverla anónima y omnipresente.

Protegerse contra la crítica a la violación de los derechos humanos tanto dentro del país como en el extranjero[22].

Dejando de lado ahora el debate que podríamos sostener con el autor en lo referente al uso del concepto de «sociedad civil» como algo separado de la «sociedad política» y del «Estado», en la sociedad burguesa no hay duda que prácticamente todos los Estados burgueses tienen esenciales componentes terroristas, más o menos activos, parcial o totalmente desarrollados. En todo Estado burgués duerme o permanece alerta con un ojo abierto el monstruo terrorista, fiera que se lanza con mucha más frecuencia de lo que sospechamos contra colectivos y sujetos que la sociología no incluye en los conceptos de «sociedad civil» y menos aún en los de «sociedad política», como eso que denominan «pequeña delincuencia», inmigración, prostitución, vagabundos, grupos de prácticas sexuales reprimidas, etcétera, pero que no duda en ampliar sus áreas de depredación conforme aumentan los ataques a la propiedad privada de las fuerzas productivas. El tercer objetivo citado por Schulz incluso supera a la afirmación de Foucault según la cual «el detenido no debe saber jamás si en ese momento se le mira; pero debe estar seguro de que siempre puede ser mirado»[23]. Como vemos, mientras Foucault se movía en el plano del preso individual, Schulz se mueve en el de la sociedad en su conjunto, aunque en el fondo ambos dicen exactamente lo mismo.

22. William Schulz: «Estados Unidos y el terror contrarrevolucionario en América Latina», en *Terrorismo de Estado. El papel internacional de EEUU*, Txalaparta Argitaletxea, Tafalla 1990, pp. 127-129.

23. Michel Foucault: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid 1986, p. 205.

Pero la aportación de Schulz no acaba aquí sino que profundiza en una idea que venimos desarrollando desde el comienzo de este texto: las relaciones entre terrorismo y tortura como la forma más plena de la pedagogía del miedo. El autor sigue afirmando que la segunda característica más importante del Estado terrorista es el uso de la tortura y de las desapariciones forzadas. Los objetivos que buscan estos métodos son tres: uno, obtener información para destruir a las organizaciones revolucionarias mediante el «interminable ciclo de: secuestro-tortura/interrogatorio-secuestro, etcétera»[24]. Antes de seguir con el segundo objetivo de la tortura y de las desapariciones forzadas, debemos detenernos un instante en este primero. Si bien Schulz, con toda razón, analiza la situación extrema, en la realidad cotidiana, en la que se enfrentan casi de manera permanente opresores y oprimidos tanto individual como colectivamente, en estas situaciones tan frecuentes los micropoderes usan de formas suaves de «secuestro legal» –convocar a la obrera al despacho del patrón, al soldado ante el oficial, al sospechoso ante el fiscal, etcétera– en las que se aplican múltiples tácticas de interrogatorio que bordean las presiones psicológicas o las aplican sutil o descaradamente, que amenazan velada o directamente, que, en suma, recurren a tácticas de la pedagogía del miedo en las que la violencia simbólica juega un papel central.

El segundo objetivo de las desapariciones y de la tortura, en el que vamos a detenernos un poco más por su gran importancia, es el de generar los efectos «expansivos» del terror: «su efecto de intimidación sobre la población en general», lo que se consigue no solo con las desapariciones y torturas de las personas más comprometidas en la lucha y más famosas y conocidas por el pueblo sino, sobre todo, aplicando un «elemento *aleatorio* –lo que se percibe como "irracionalidad"– es decir, debe torturar, hacer desaparecer y matar a inocentes y no-involucrados. De esta manera el terror se hace omnipresente y omnipotente y no deja a la población ningún refugio psicológico: se vuelve pesadilla permanente»[25]. El elemento aleatorio

24. William Schulz: «Estados Unidos y el terror contrarrevolucionario en América Latina», op. cit., p. 129.

25. William Schulz: «Estados Unidos y el terror contrarrevolucionario en América Latina», op. cit.,

al que se refiere Schulz es lo mismo, en esencia, que la «represión aleatoria», en la que fueron expertos los nazis, y que consiste en que la violencia extrema, desde la detención hasta la muerte pasando por la tortura, en medio del silencio oficial absoluto, puede caer sobre cualquier persona en cualquier momento y por cualquier motivo, o, más concretamente y lo que es peor, sin motivo alguno según las leyes anteriores a las nuevas impuestas por los nazis. F. Neumann escribió un capítulo impresionante sobre derecho y terror[26] en el nazismo explicando cómo las violencias nazis, legalizadas, podían golpear a quien menos se lo esperase.

Uno de los efectos de la represión aleatoria es el de la provocación de un estado mental de indefensión absoluta ante un poder omnipotente y arbitrario, caprichoso e impredecible, de modo que tiende a generarse en el pueblo un estado mental que F. Neumann observó en la Alemania nazi. Este autor, siguiendo a Rudolf Otto, lo definió como anonadamiento frente al Mysterium Tremendum[27]: «el misterio recrea el temor reverente, el miedo y el terror». Ante situaciones que no puede captar ni comprender racionalmente por la misma naturaleza azarosa y fortuita, aleatoria, de la violencia que golpea sin causa aparente, la persona busca una explicación mítica, un líder salvador. Neumann sostiene que a los hombres «se les hace deliberadamente incapaces» de comprender las causas sociales del sufrimiento que les azota, y en esa ignorancia se entregan al líder. Una vez subyugados y dominados por este y sus secuaces ocurre que «como apunta Young, el secreto de apelar al miedo del individuo es hacerle ver que ciertas necesidades básicas no están cubiertas o están amenazadas, de modo que acepte la solución a sus ansiedades, que obviamente es la que favorece al propagandista»[28], en este caso al líder, y más adelante explica que «esta es una de las estrategias clásicas de la propaganda de guerra: la exaltación o invención de

pp. 129-130.

26. Franz Neumann: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, FCE, México 1983, pp. 485-504.

27. Franz Neumann: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, op. cit., p. 120.

28. Carlos Quintero y Yéssica Retis Rivas: «Guerra en los medios», en *Comunicación e insurgencia*, Hiru Argitaletxe, Hondarribia 1997, p. 303.

crímenes del bando enemigo con el fin de desprestigiarlo o fomentar el odio hacia él»[29]. Un odio fomentado que es especialmente demoledor cuando prende en las masas y se vuelve contra otros colectivos criminalizados y, en especial, cuando se trata de un «odio sin riesgo»[30] porque sus víctimas son débiles, están indefensas y atemorizadas, pasivas. Entonces, las masas alienadas se envalentonan sádicamente contra los débiles obedeciendo masoquistamente al poder.

Marx y Engels denunciaron el «odio sin riesgo» de los trabajadores ingleses contra los irlandeses, descargando en ellos sus frustraciones y cobardía. En la medida en que descargaban su rabia y desviaban sus miedos sobre los irlandeses, los trabajadores ingleses reforzaban el capitalismo explotador y, lo que es peor, reforzaban la conciencia sumisa y la lógica de la «obediencia al mal» entre sus propios hijos e hijas. Desde entonces la burguesía británica ha mejorado y ampliado la producción de miedo inducido, creado artificial y programadamente por el Estado, sin tener que llegar al uso masivo de torturas y desapariciones: «Los efectos del debilitamiento de la seguridad, la certeza y la protección son notablemente similares, y nunca resulta claro si el miedo generalizado deriva de una insuficiente seguridad, de la ausencia de certeza o de la desprotección. La angustia es inespecífica y el miedo resultante puede atribuirse a causas erróneas y realizar acciones inútiles para resolver el problema de fondo. Se tiende a la agresividad, y se buscan chivos expiatorios, porque la desconfianza es corrosiva y la identidad del yo transitoria, cambiante. La vida insegura se vive entre gente insegura y solitaria, porque, como dijo Margaret Thatcher, la sociedad no existe. La única certeza es la espera de mayores incertidumbres, de las que nadie está protegido»[31]. Provocar la incertidumbre es uno de los objetivos de la pedagogía del miedo en su generalidad y de la represión aleatoria en concreto. Desde verano de 2005, a raíz de los atentados en el metro de Londres, el sistema británico hace lo imposible por generar miedo e indefensión, lo que le permite introducir leyes represivas[32]

29. Carlos Quintero y Yéssica Retis Rivas: «Guerra en los medios», op. cit., p. 308.

30. Gabriel Jackson: *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2008, p. 207.

31. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit. Debate, Barcelona 2007, p. 245.

antes inaceptables con las que perseguir a cada vez más sectores de la «población sospechosa».

La efectividad del elemento aleatorio de la represión no se limita a lo anterior, por tremendo que sea, sino que llega a niveles más «pequeños» y cotidianos, en los que sistemas de poder basados en la obediencia a un líder, como las sectas, han recurrido y recurren a la misma táctica de azar y de falta de lógica aparente en el uso de castigos y recompensas. Quien haya sufrido torturas o malos tratos, y quien haya estudiado estos infiernos, conocerá las sutiles distancias que separan los castigos y las recompensas en la utilización de las torturas en sus muchas maneras de aplicación y las finas interacciones que se establecen entre ellas. Como ha afirmado D. Rushkoff al estudiar los mecanismos de coerción y de obediencia en la sociedad y en las sectas, grupos y colectivos: «La CIA recomienda utilizar las recompensas y los castigos al azar, de forma ilógica, para que los sujetos *regresen* a un estado de dependencia infantil. De esta manera, el confundido adepto acaba experimentando un estado de regresión y transfiere la autoridad paterna al líder. Por esta razón, muchos líderes insisten en ser llamados *padre* o *madre*»[33]. Pero esta producción de miedo social no se limita a espacios concretos y relativamente reducidos, sino que busca plasmarse en toda la sociedad siguiendo un modelo ya activado y minuciosamente investigado en el marketing de ventas y en el diseño de los grandes hipermercados: la aplicación de la «coerción pasiva» estudiada al detalle por especialistas que llegaron a la conclusión de que «el truco consiste en crear la sensación de que no existe –ni hace falta– ninguna alternativa. La atmósfera coercitiva definitiva es aquella que no se parece a una atmósfera porque recrea un mundo entero: el mundo real»[34].

Pero el extremo absoluto de la represión aleatoria y sus absolutos efectos paralizantes llegan cuando se generaliza la política de la desaparición de personas. Leamos esto:

32. http://www.insurgente.org, 17 de agosto de 2008.

33. Douglas Rushkoff: *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, Edit. La Liebre de Marzo, Barcelona 2001, p. 248.

34. Douglas Rushkoff: *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, op. cit., p. 117.

«La figura extrema de la política terrorista llevada adelante por el Estado es la del desaparecido. Se puede suponer que el miedo básico del ser humano es el miedo que nos despierta la muerte. La muerte propia, que nunca es de uno sino por el otro. La desaparición de personas, la suspensión de la existencia de una persona en ese lugar ilocalizable que la separa de la muerte, se convierte en un signo distintivo del terror. Uno de los modos en el que miedo se troca en terror consiste en no dejar aparecer la muerte, cuando se la sustrae, se la oculta o niega: ni vivos ni muertos. El dolor, en este caso, tampoco tiene lugar, y tramitar el duelo implica un doble esfuerzo: aceptar la muerte, crear su imagen y luego saber que el ser amado se ha perdido. Nada lo puede devolver, salvo nuestra memoria justa, la justicia que convoca su recuerdo»[35].

Recordemos el terror calculado asirio, con sus miles de asesinados expuestos al sol, y el terror extremo grecorromano y mongol, por no acercarnos más hacia el presente: no hacían desaparecer a los asesinados, sino que los mostraban.

Solamente cuando se deportaba en masa a las poblaciones esclavizadas, repartiéndolas en grupos por diversos territorios, y solo cuando la compraventa de esclavos dividía a familias enteras, únicamente entonces podemos hablar de algo parecido a las actuales desapariciones, porque las personas eran separadas para siempre unas de otras, verdaderas desapariciones en masa practicadas por la civilización. Osborne cita el espantoso espectáculo de una venta de esclavos en Estados Unidos de 1846, las rupturas brutales de las familias al ser comprados sus miembros por diferentes amos y trasladados a explotaciones geográficamente distantes donde serían maltratados con una crueldad inhumana, separando para siempre a las madres de sus hijos y a los esposos de sus esposas[36]. Para cada uno de los esclavos, el resto de sus familiares, conocidos y amigos, habían desaparecido para siempre, y conociendo las feroces condiciones de explotación que sufrían, sospechando siempre lo peor sobre el presente y el futuro de sus personas queridas. Pues bien, la civilización capitalista ha superado los logros de las civilizaciones

35. Daniel Mundo: «Miedo y memoria», en *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*, Comunicarte, Córdoba, Argentina. 2006, p. 205.

36. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, pp. 305-306.

pasadas en este y en otros muchos aspectos al mejorar «científicamente» el método de desapariciones en la Alemania nazi, el franquismo español, el terror del Cono Sur latinoamericano dirigido por expertos yanquis y, ahora mismo, en el corazón de la democrática Europa, la desaparición de vascos a manos de los Estados español y francés. Un ejemplo de la crueldad mental burguesa en estas cuestiones lo tenemos en la obstinada negativa del Estado español y de la Iglesia católica por resolver el problema de las personas desaparecidas durante el franquismo y, en concreto, por cuantificar e identificar[37] los miles de cadáveres amontonados alrededor de la tumba del dictador Franco.

Nos hacemos una idea exacta del terrible efecto paralizante de las desapariciones si recurrimos a solo dos ejemplos. Uno trata de una desaparición ya «resuelta» aunque el caso sigue siendo estremecedor por lo inhumano ya que nunca deberemos olvidar el empalamiento del joven de 14 años Floreal Avellaneda, hijo de un delegado gremial comunista argentino que apareció flotando en aguas del Río de la Plata en agosto de 1976. Los terroristas no pudieron apresar al padre y empalaron al hijo como venganza, castigo y advertencia. Floreal era militante de la Federación Juvenil Comunista[38]. Floreal fue detenido junto a su madre, que también fue torturada aunque logró salvar su vida después de dos años de encarcelamiento. Imaginémonos, primero, el impacto de terror paralizante que golpeó a la parte de la población que conoció la desaparición del joven de 14 años, sobre todo una vez que «apareció» viva su madre; segundo, el impacto causado al descubrirse el cadáver del hijo y, tercero, la permanencia del miedo y del temor durante todos los años que ha tardado la «justicia» argentina en condenar a los culpables. El segundo trata de los largos efectos destructivos del terror paralizante introducido en la población argentina por la dictadura militar, y es la simple constatación que tras ellas, tras las grandes movilizaciones de masas desorganizadas y espontáneas posteriores a la crisis de 2001, etcétera, el pueblo trabajador argentino sigue sin apenas poder

37. Salvador López Arnal: *Claridad y distinción cartesiana en el valle del nacional-catolicismo español*, http://www.rebelion.org, 3 de octubre de 2009.

38. http://www.insurgente.org, 14 de agosto de 2009.

articular un movimiento poderoso de lucha y avance revolucionario, padeciendo en el presente una tasa de pobreza del 23% de la población en medio del rebrote el hambre[39]. Es cierto que no se puede achacar solo a las desapariciones de 30.000 personas, la mayoría sindicalistas y cuadros obreros, la actual hambruna y las debilidades de la izquierda revolucionaria, pero sí es cierto que hay que tener presente el miedo interno en amplios sectores populares para disponer de una teoría adecuada del por qué de la situación angustiosa.

Siendo esto cierto e incuestionable, lo peor es que no hace falta llegar a tales extremos para generar psicosis colectivas y menos aún estados estructurales de preocupación por el presente y el futuro que deriva rápidamente de la ansiedad e incertidumbre a la angustia, etcétera. Hemos analizado estos procesos en otros textos, pero siempre hay que insistir en el hecho de que la sociedad capitalista desarrolla formas sutiles y hasta imperceptibles de «terror» basadas en la realidad objetiva de la precariedad absoluta de la fuerza de trabajo, que no tiene otra opción de vida que la de asumir su dependencia e inseguridad vital, con todo lo que ello implica. La tesis de la pedagogía del miedo, que también se confirma en las aportaciones de Schulz, permite profundizar en estas cuestiones hasta llegar a su matriz última: la propiedad privada de las fuerzas productivas en manos de la clase, nación y sexo-género dominante.

Por último, el tercer objetivo de la tortura, de las desapariciones y del terrorismo estatal es «la destrucción de la identidad del disidente», afirma con toda razón Schulz, y a continuación transcribe un párrafo del libro *El Estado terrorista argentino* de Eduardo L. Duhalde:

> El modelo desintegrador aplicado tiene fines muy precisos: hacer de un hombre libre, un hombre sometido; de un ser sano, un ser enfermo; de un militante político, una persona desquiciada. A ello tiende su aislamiento sensorial, su descondicionamiento y reacondicionamiento permanentes, el estimular las regresiones infantiles, el provocar estados catatónicos, las profundas angustias y padecimientos, etcétera. Nada queda fuera de esta planificación que tiene como elemento conductor la relación amo-esclavo y como hábitat el campo de concentración, con la

39. http://www.elpais.com, 21 de septiembre de 2009.

particular percepción fenomenológica del tiempo que este transmite: el presente continuo, el pasado negado y el futuro imposible[40].

Podemos hacernos una idea más exacta sobre la interrelación entre, por un lado, Estado, terrorismo y desapariciones, y, por otro, el capitalismo, al conocer que, según informó la ONU en agosto de 2009, las desapariciones forzadas se han incrementado en un 91% en 2008 con respecto a 2007. En este último año se registraron oficialmente 629 casos en todo el mundo, pero en 2008 llegaron a 1.203 desapariciones forzadas[41]. Pensamos que la razón básica que explica este brutal ascenso de una práctica inhumana es la agudización de las luchas sociales y el endurecimiento de la represión capitalista a escala mundial.

ESTADO Y FORMACIÓN DE TORTURADORES

E. Peters ha estudiado, en base a los datos disponibles hasta mediados de la década de 1980, las relaciones entre tortura, los llamadores torturadores «normales», las escuelas de formación de torturadores y la tendencia a la normalización social de la práctica de la tortura siendo consciente de «la ambigua frontera entre la tortura y el trato estatal legítimo a los presos», haciéndose la pregunta sobre si «¿debe el torturador ser solo un sádico nato o un sádico hecho?». Peters hace referencia a la investigación de 1963 de Hannah Arendt sobre Eichmmann, en la que sostenía que si bien no hay un torturador potencial en cada hombre, sí hay en la sociedad actual la posibilidad de que un funcionario se distancie tanto de la realidad que termine practicando la tortura tranquilamente, y llega a la siguiente conclusión: «El torturador brutal –nato o creado– y el torturador distanciado son dos figuras de finales del siglo XX que pertenecen al lado oscuro de la sociedad civil»[42]. Este investigador analiza las conclusiones extraídas en 1974 por el psicólogo norteamericano Stanley Milgrand,

40. William Schulz: «Estados Unidos y el terror contrarrevolucionario en América Latina», en *Terrorismo de Estado. El papel internacional de EEUU*, Txalaparta Argitaletxea, Tafalla 1990, p. 130.

41. http://www.enlacesocialista.org.mx, 31 de agosto de 2009.

presentadas en su texto *Obediencia a la Autoridad*[43], en el que sostiene que prácticamente en cada persona anida un posible torturador, que se activa y emerge en determinadas circunstancias y bajo especiales presiones. Esta tesis ha sido muy debatida por las implicaciones políticas que tiene, como vamos a ver a continuación.

Fiasche también ha estudiado el problema de la influencia del contexto sociopolítico y estatal en la formación de los torturadores, en concreto sobre Milgrand, del que dice lo siguiente: «En su contacto con los psiquiatras y psicólogos argentinos, el Dr. Milgrand dio muestras de un perfecto dominio del castellano, de una fluidez que solo se adquiere por medio de la convivencia en determinados medios sociales y culturales. Financiado probablemente por alguna agencia norteamericana, vivió durante algún tiempo en Perú y Colombia, desarrollando esas actividades, no muy definidas, que se diseminaban por el Tercer Mundo. Era la época de auge de los «Cuerpos de Paz» (sostenidos por los fondos del Departamento de Estado norteamericano), cuyos integrantes, en general, tenían formación universitaria, preferentemente en el campo de las ciencias humanísticas. Las tareas de estas organizaciones se desarrollaron en las «villas miseria» y entre el campesino paupérrimo, especialmente en Centroamérica, pero también en América del Sur[44]. No hace falta tener mucha imaginación para comprender que, entre líneas, Fiasche sugiere posibles conexiones prácticas de Milgrand con el imperialismo norteamericano precisamente en las zonas de mayor conflictividad social, donde existían más condiciones objetivas y subjetivas para la expansión de las luchas revolucionarias antiimperialistas.

Hay que tener en cuenta, sobre todo, que la psicología, a la que volveremos luego al analizar el terrorismo laboral que provoca suicidios como respuestas desesperadas, fue pronto uno de los instrumentos más eficaces del control social en Estados Unidos entre otras cosas por su «organización política» en los críticos años de

42. Edward Peters: *La Tortura*, Alianza Editorial, Madrid 1987, p. 247 y ss.

43. Ana Muñoz: *La obediencia a la autoridad: los experimentos de Milgrand*, http://www.capvi.com.

44. Angel Fiasche: «La obediencia al mal», en *Hacia una psicopatología de la pobreza*, Universidad Popular Madres de la Plaza de Mayo, Buenos Aires, Argentina. 2003, p. 277.

finales del siglo XIX[45]. El director de la CIA en 1977, el almirante Turner, declaró que la agencia había realizado 149 estudios sobre el control de la mente entre los años cincuenta y sesenta, con la participación de doscientos científicos de cuarenta y cuatro universidades, tres prisiones, doce hospitales, doce fundaciones y otros institutos, con un gasto de 25 millones de dólares[46]. N. Klein ha investigado los experimentos de Ewen Cameron para mejorar la efectividad de las torturas mediante psicofármacos, aislamiento sensorial, electroshock y otros métodos, ocultando todo ello bajo rimbombantes títulos de investigación científica y académica. La CIA sufragó los gastos hasta 1961, cuando era ya imposible ocultar o negar por más tiempo lo que se estaba haciendo al amparo de esas mentiras oficiales, sobre todo cuando investigaciones públicas serias demostraron que «la CIA y Ewen Cameron habían destrozado con absoluta impunidad las vidas de los pacientes, sin ningún resultado mínimamente válido»[47]. Sin embargo, la ciencia del terror no se amilanó por el fracaso. Subvencionada por la «democracia yanqui» siguió investigando y para 1963 estaba elaborado el manual *Kubark* que recogía buena parte de las experimentaciones de Cameron sobre el aislamiento sensorial. Éstas y otras investigaciones suponían un salto cualitativo en relación a la tortura medieval, «al tormento sangriento e inexacto» realizado por la Inquisición: «En todos los territorios donde el método Kubark se ha enseñado surgen los mismos modelos de comportamiento, diseñados para inducir, profundizar y mantener el estado de shock en el prisionero [...] se los captura de la forma más desorientadora y confusa posible, a última hora de la noche o en veloces operaciones al amanecer [...] se les pone una capucha o les ponen un trapo encima de los ojos. Les desnudan y reciben una paliza. Luego son sometidos a todo tipo de privación sensorial [...] el empleo de las descargas eléctricas es omnipresente»[48].

G. Thomas explica detalladamente cómo los psiquiatras de la

45. Óscar Daza Díaz: «El paradigma del control social en los orígenes de la psicología», en *Antipsychologicum*, Virus Editorial, Barcelona 2006, p. 35 y ss.

46. J. M. Alvaro: *El Estado policía y la democracia*, Hordago, Donostia 1981, p. 132.

47. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, Paidós, Barcelona 2007, p. 65.

48. Naomi Klein: *La doctrina del shock*, op. cit., p. 69.

CIA discuten con los psicoanalistas de la misma organización sobre la efectividad de sus correspondientes teorías para aumentar los resultados de la tortura[49]. En buena medida, como demuestran las investigadoras Moraza y Basterra, son las «batas blancas», que se esfuerzan en mejorar las técnicas de tortura que aplican los funcionarios del Estado, las responsables de que se inventen «técnicas de tortura que parecen "no-tortura" [...] el dolor es una estructura compleja, subjetivamente percibida y psicológicamente condicionada [...] Pero la sofisticación o cientifización, no solo se refiere a las técnicas de tortura dirigidas a infligir intencionadamente dolor físico, sino también –y aquí entramos en lo más temido, en el terror, pues es desconocido para la inmensa mayoría y causa un poco de miedo adentrarse en estas profundidades– dolor psíquico infligido intencionadamente por medio de métodos estudiados y comprobados científicamente sin utilizar técnicas de tortura física, es decir, métodos psicológicos de tortura»[50]. La acción de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas en las torturas ha sido demostrada contundentemente por multitud de experiencias concretas y denuncias en prensa.

Muy recientemente, una prestigiosa revista médica británica ha denunciado que los médicos participan en las torturas practicadas en más de cien países[51]. A la vez, M. Benjamin y K. Eban han denunciado que la Asociación de Psicólogos Americanos, con cerca de 150.000 afiliados, sigue permitiendo que entre estos existan psicólogos que ayudan a los torturadores: «no solo en los procedimientos que han dado una sacudida eléctrica a los sentimientos de la humanidad alrededor del mundo, sino que de hecho estuvieron a cargo de diseñar esas tácticas brutales y de entrenar a los interrogadores en esas técnicas. En particular, dos psicólogos desempeñaron un papel central: James Elmer Mitchell, que fue contratado por la CIA, y su colega Bruce Jessen. Ambos trabajaron en el programa de entrenamiento militar clasificado llamado Supervivencia, Evasión,

49. Gordon Thomas: *Las torturas mentales de la CIA*, Ediciones B, Barcelona 2001, p. 162 y ss.

50. Lurdes Moraza y Mertxe Basterra: *La columna infame*, Txalaparta Argitaletxea, Tafalla 1994, pp. 71-73.

51. Manuel Ansede: *Los médicos participan en torturas en más de 100 países*, http://www.publico.com, 1 de agosto de 2008.

Resistencia y Escape (SERE), que condiciona a los soldados para aguantar el cautiverio en manos enemigas. De una manera casi-científica, según psicólogos y otros con conocimiento directo sobre sus actividades, Mitchell y Jessen diseñaron la reingeniería de las tácticas infligidas a los aprendices de SERE para usarlas sobre detenidos en la guerra global al terror. Con la adopción completa de las técnicas interrogativas SERE por parte de los militares de Estados Unidos, la CIA puso a Mitchell y a Jessen a cargo del entrenamiento de los interrogadores en sus técnicas brutales, incluyendo el submarino, en toda su red de sitios negros. Mientras tanto estaba cada vez más claro que Estados Unidos ha sacrificado su conciencia y su imagen global por tácticas que en el mejor de los casos son ineficaces»[52].

Una vez constatadas las implicaciones de ramas enteras de la medicina con el Estado y su terrorismo, podemos volver con más fuerza a las ideas de A. Fiasche. Tras ponernos en antecedentes sobre Milgrand, resume su experimento según el cual «en ciertas oportunidades –como consecuencia de la verticalidad de un sistema– se puede torturar, matar, fusilar, etcétera», y más adelante Fiasche añade que la teoría de Stanley Milgrand «pudo llegar a ser utilizada para justificar en las organizaciones de carácter represivo, con férreos sistemas de horizontalidad (policías, fuerzas armadas, etcétera,) que los subordinados, por lo general, se permitieran ejecutar actos aberrantes y crímenes de lesa humanidad, amparados en las órdenes recibidas de sus superiores»[53]. Las tesis de Milgrand pueden servir para atenuar la responsabilidad de los torturadores ya que la «posibilidad» de convertirse en un torturador está latente en toda persona según la presión de las circunstancias. De ser cierta esta hipótesis, los torturadores, o muchos de ellos, tendrían menos responsabilidades criminales o ninguna si se demostrase que habían estado sometidos a fuertes presiones psicológicas, a órdenes de la autoridad, a condiciones muy duras ante las que claudicaron.

De este modo, los torturadores o muchos de ellos podrían librarse

52. Mark Benjamín y Catherine Eban: *Psícologos cómplices de los torturadores de la CIA*, http://www.rebelion.org, 16 de octubre de 2008.

53. Angel Fiasche: «La obediencia al mal», en *Hacia una psicopatología de la pobreza*, op. cit., pp. 278-281.

de la condena humana, y la tortura pasaría a ser una simple «anormalidad», cuando de hecho es una práctica normal y necesaria para todo sistema explotador. Pero, destruyendo todo este montaje exculpatorio, J. C. Scott sostiene que el factor decisivo del experimento de Milgrand es que todos los sujetos eran voluntarios y no conscriptos renuentes que podían buscar cualquier pequeña oportunidad para presentar una resistencia imperceptible pero eficaz. Sigue diciendo Scott que la experiencia muestra que las personas que se niegan a aceptar la ley opresora encuentran sistemas sutiles y sinuosos para resistir, y sostiene que los resultados de las investigaciones de Milgrand cambiaban cuando las personas usadas en la investigación encontraban resquicios en la vigilancia del experimento, resquicios que les permitían mostrar su rechazo a «torturar» a otra persona[54].

M. Rosencof y E. Fernández Huidobro escribieron conjuntamente un imprescindible libro en forma de diálogo sobre sus terribles sufrimientos durante la dictadura militar argentina. En un momento intercambian sus opiniones sobre si los torturadores eran «normales» o «anormales», sádicos y psicópatas o buenos padres de familia, amigos y compañeros, así como oficiales responsables que cuidan a sus soldados. No coinciden en todo y tienen sus diferencias, pero les une la insistencia en que la ideologización contrarrevolucionaria, anticomunista y fascista era permanente y masiva en el ejército argentino, tanto que había creado un clima interno en el que la tortura y los malos tratos a los presos eran tan «normales» como la amistad y camaradería entre soldados y oficiales. Y señalan una cosa significativa: que el ejército buscaba con esa estrategia de participación colectiva en las torturas que ningún soldado u oficial pudiera echarse hacia atrás, negarse, resistirse a torturar a un semejante, y sobre todo buscaba crear una responsabilidad colectiva que impidiera que alguien denunciase o hiciese público tanto horror inhumano, imponiendo así el silencio cómplice y egoísta[55]. Los militares no estaban muy seguros de la fiabilidad de sus tropas para aplicar la tortura, por lo que las sometían a una presión psicológica e

54. James C. Scott: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Txalaparta, Tafalla 2003, pp. 129-131.

55. Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro: *Memorias del calabozo*, Txalaparta, Tafalla. 1993, pp. 101-104.

ideológica permanente. Como vemos, no se trataba de un laboratorio en el que participaban voluntarios, sino de una estructura totalmente jerarquizada, esencialmente antidemocrática, con una disciplina basada en el pánico a la acusación de insubordinación ante un consejo de guerra. ¿Qué hubieran hecho esos soldados y oficiales sin semejantes presiones? Vemos que la crítica de Scott a Milgrand tiene más razón de lo que podríamos pensar a simple vista.

Según S. Fernández, los estudios de Zimbardo sobre los torturadores norteamericanos en Iraq confirman esta tesis: «Las condiciones situacionales (el comportamiento grupal, la deshumanización y desindividualización, junto con las dinámicas de poder, conformidad y obediencia) facilitan enormemente que los carceleros llevaran a cabo un trato vejatorio, denigrante y humillante hacia los presidiarios. Dicho de otra forma: si quieres que un grupo de personas humille y maltrate a otro, no has de buscar a personas especialmente sádicas y crueles por naturaleza, sino que basta con que selecciones a personas corrientes y las introduzcas en una situación creada para fomentar la desindividualización, la conducta grupal, la deshumanización del otro, el poder de unos sobre otros y las dinámicas de obediencia y sometimiento»[56]. Por tanto, los culpables de las torturas no son únicamente los soldados sino también el mando, toda la estructura del ejército yanqui, que anula la personalidad crítica de la tropa, que reactiva sus componentes sádicos y autoritarios y, tras desatarlos, los dirige contra el enemigo a destruir.

La experiencia de los campos de concentración refuerza estas críticas, ya que los prisioneros se dividieron en tres grandes bloques: los colaboracionistas con los nazis, los que crearon organizaciones clandestinas en su seno para organizar fugas y hasta rebeliones en su momento, y los que simplemente se hundieron en la pasividad derrotista aceptando todas las vejaciones y crueldades sin ninguna protesta. Incluso en las terribles condiciones de los campos de exterminio nazi, la rebelión individual o colectiva se producía de forma desesperada e individualista u organizada con paciencia, como nos

56. Saulo Fernández Arregui: «Reflexiones sobre el significado social de la humillación», en *Psicología Política*, Valencia, nº 37, 2008, p. 41.

informa Grossman: «Hubo un día feliz en Treblinka… Los prisioneros planearon un levantamiento [...] Muy pocos rebeldes sobrevivieron, pero ¿qué importa? Murieron luchando, con las armas en la mano»[57]. Aquí Grossman narra cómo se organizó y estalló la rebelión, y cómo terminó, pero páginas antes nos ha explicado acciones de resistencia individual contra los nazis dentro del campamento: personas que matan a cuchilladas a los guardias, personas que esconden una granada de mano y la hacen explotar entre los nazis inmolándose en el estallido, una «alta muchacha»[58] que arrancó por sorpresa el fusil a un guardia y empezó a disparar, y así muchos otros casos. Todos estos actos conocidos, y otros muchos desconocidos, fueron realizados por personas que no se resignaron a morir sin matar, a dejarse asesinar impunemente por la bestia parda, personas que no querían vivir como esclavos unos segundos más para ser sacrificados luego como objetos pasivos, inertes y deshumanizados.

V. Romano ha escrito con razón sobre las personas que, sometidas a estas condiciones, han dejado de ser seres humanos:

> Por lo demás, solo los esclavos son aptos para la represión. Como se sabe, los atenienses solo empleaban esclavos en la policía. Quien practica la represión como oficio tiene que ser él mismo un reprimido ejemplar. Ésta es la causa profunda de que la obediencia ciega y los ejercicios absurdos de instrucción desempeñen un papel tan importante en el ejército y en la policía. Quien se ha acostumbrado a hacer preguntas es un mal represor y, por lo tanto, un mal vigilante. ¿Cómo va a golpear, clavar la espada y la bayoneta o disparar a trabajadores y manifestantes, como exigen las leyes de emergencia en ciertos casos, alguien que reflexione sobre la validez de las reglas de juego existentes? En la instrucción actual de la policía y del ejército se repite el adiestramiento de los esclavos que traicionaban a sus compañeros. Entre los vigilantes más fieles y seguros de los campos de concentración nazis estaban los propios prisioneros. La democratización del ejército no redujo nunca su fuerza de combate en caso de defensa nacional, contra el enemigo exterior; pero sí lo hizo en caso de ataque a otro pueblo.

57. Anthony Beevor: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Crítica, Barcelona 2005, pp. 372-373.

58. Anthony Beevor: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, op. cit., p. 363.

> La democratización del ejército reduce la fuerza de combate sobre todo cuando se emplea contra el propio pueblo[59].

Cuanta más democracia efectiva y real, no formal, existe menos posibilidades de manipulación de las tropas para que torturen sin piedad a sus compatriotas, y a la inversa, cuanta más dictadura, silencio y obediencia jerárquica ciega, más posibilidades de volverse un torturador, siempre que exista una «educación» adecuada. J. M. Biurrun ha resumido los cinco puntos del entrenamiento para la tortura analizados por Pérez Arza:

deshumanización del enemigo;

habituación a la crueldad;

obediencia automática;

oferta de impunidad, y

oferta de poder.

Y a estos puntos, Biurrun añade otros como el pensamiento maniqueo, el narcisismo instrumental, la experiencia del dolor, la humillación y el miedo, el sadomasoquismo, ideas megalomaníacas o paranoides[60]. Dentro de poco veremos la importancia que tienen las desapariciones de prisioneras y prisioneros torturados para garantizar tanto la impunidad como el poder de los terroristas. Ahora queremos desarrollar otro aspecto crucial en la preparación de los torturadores por parte del Estado.

Hemos visto la preparación psicológica sobre todo explotando determinadas características de la personalidad previa, ahora vamos a ver la preparación de las «condiciones laborales». Desde luego que existe una estrecha conexión entre ambas, pero aquí seguimos el análisis de Biurrun al respecto, que divide las «condiciones laborales»

59. Vicente Romano: *Las formas de la mentalidad sumisa*, Colección Analítica, Caracas, Venezuela 2007, pp. 34-35.

60. Jesus Mª Biurrun Monreal: *De cárcel y tortura*, Txalaparta, Tafalla 1993, p. 64.

del trabajo del torturador en cinco aspectos:

la exposición a la pérdida de los privilegios del torturador si, arrepentido, abandona su trabajo y, a la inversa, la garantía de que los mantendrá si continúa torturando;

el resentimiento social y de vindicaciones del torturador contra la sociedad, lo que le permite sentirse alguien más importante sobre todo cuando la persona que tortura está más valorada socialmente, y este resentimiento es también genérico e imaginario;

la implicación en el crimen de la tortura, lo que le lleva a involucrarse más y más en su práctica y en la defensa de las estructuras que la practica;

la inculcación de un dispositivo circular autoconfirmador por el cual siempre se encuentran argumentos que demuestran que el torturado es el mal y el torturador el bien, que el mal debe ser torturado por el buen torturador, y

«la satisfacción de necesidades no confesadas. La tortura proporciona la posibilidad de legalizar y satisfacer deseos sexuales, fantasías sadomasoquistas o exhibicionistas, u obtener sobreganancias narcisistas»[61].

Para reprimir hay que ser un reprimido, y para torturar hay que sufrir una especial relación con el sadomasoquismo, además de otras predisposiciones. La predisposición al sadismo puede estar oculta, latente o desactivada en la vida normal, insinuándose mediante lapsus, pero la función del Estado burgués es la de activar mediante la manipulación especializada tales latencias, hacerlas emerger a la luz y volverlas operativas, que se practiquen en las torturas. Para lograrlo, el Estado tiene especialistas y sobre todo tiene instrumentos muy centralizados, autoritarios y dictatoriales, sadomasoquistas en su misma lógica interna. Algunas personas normales, sometidas a estas presiones abrumadoras en un entorno desconocido e incontrolable, del que no pueden salir sino a costa de grandes riesgos, terminan por

61. Jesus Mª Biurrun Monreal: *De cárcel y tortura*, op. cit., pp. 66-67.

volverse como sus amos, sádicos contra los torturados y masoquistas frente a los amos y frente a la jerarquía de mando. Se trata de la famosa «lógica del hombre sumiso» que podemos resumirla en el siguiente aforismo: «quien desea mandar, debe saber obedecer»[62].

Incluso hay personas que no claudican ante las amenazas y manipulaciones que sufren dentro de estas estructuras de violencia en las que se busca que el subordinado tenga más miedo a su propio mando que al enemigo. Recordemos aquí, y volveremos a hacerlo más tarde, la cita que Jenofonte hace de Clearco sobre la importancia de que la disciplina de la tropa se asiente en el miedo al mando, antes que al enemigo. Muchos siglos más tarde, el almirante británico Nelson escribió: «Primero deben obedecer las órdenes, sin intentar formarse ninguna opinión acerca de su pertinencia. En segundo lugar, se debe considerar enemiga a toda persona que hable mal del rey; y, tercero, hay que odiar al francés como al mismo diablo»[63]. Como vemos, el nacionalismo imperialista británico se formó bajo la interacción de tres componentes disciplinarios basados tanto en el miedo al poder propio como en el odio al extranjero, en este caso al imperialismo francés. Todas las estructuras reaccionarias y autoritarias se basan en este principio, además de en otros, y especialmente los ejércitos opresores. Son estructuras que no perdonan las «traiciones» de sus miembros. El caso del ejército alemán, oficialmente «democrático» desde 1945, es estremecedor en este sentido. Durante la guerra de 1939-1945 fue creciendo la indisciplina en su seno y, según Kolko[64], para finales de la contienda casi medio millón de soldados habían sufrido diversas condenas, incluido el fusilamiento, por indisciplina, cobardía, deserción y traición. Pues bien, a pesar de la supuesta «desnazificación», el ejército alemán «democrático» ha tardado sesenta y cuatro años en «perdonar»[65] estos «actos delictivos» cometidos contra un régimen especialmente aterrador como el nazi.

62. Alejandro Dorna: «Elementos para una psicología política del fascismo», en *Psicología Política*, Valencia, nº 15, 1997, p. 4.

63. AA.VV.: *Técnicas bélicas de la guerra naval 1190 a. C.-Presente*, Edit. LIBSA, Madrid 2005, p. 157.

64. Gabriel Kolko: *El siglo de las guerras*, Paidós, Barcelona 2005, p. 198.

65. http://www.elmundo.es, 9 de septiembre de 2009.

Pero otras personas no necesitan mucha preparación especial por parte del Estado o de cualquier otra institución menor –por ejemplo, la Iglesia y su jerarquía autoritaria y reprimida especialmente apta para el sadomasoquismo y la pedofilia–, sino que les basta un pequeño impulso, o ni eso. Un militar británico, G. Wolsley, que había exterminado población africana en las guerras de 1874-1876, no dudó en exponer públicamente sus ideas y sentimientos: «Es tan solo a través de las propias experiencias que uno se da cuenta de qué intenso y encantador sentimiento de placer puede inspirar de antemano el ataque a un enemigo. Todas las otras sensaciones son como el timbre de una puerta comparado con el estruendo del Big-ben»[66]. El placer sádico que obtenía este criminal al exterminar a poblaciones indefensas surgía de lo más hondo de su personalidad autoritaria, pero fue el ejército británico el que le facilitó que pudiera hacerlo, y siempre respondiendo a las necesidades de la acumulación de capital de Gran Bretaña.

Grossman detalla las orgías de los nazis de Treblinka con las jóvenes más bellas: las seleccionaban de entre cada remesa, las violaban a la noche de su llegada, las torturaban y a la mañana siguiente los mismos nazis las conducían a las cámaras de gas. Grossman narra que «el comandante en jefe del campo seleccionó a varios niños de uno de los envíos, mató a sus padres, vistió a los niños con las mejores ropas, les dio montones de dulces, jugó con ellos y pocos días después dio órdenes de matarlos cuando se aburrió de ese juego». Grossman explica que a los nazis les gustaban las construcciones teóricas, los debates filosóficos, los grandes discursos frente a los prisioneros en los que les explicaban «la importancia y la justicia de su obra», y que sus mandos cuidaban mucho de su salud psicológica, dándoles permisos varias veces al año para que volvieran a Alemania a descansar[67].

En su estudio sobre la masacre de Béziers por los cruzados en 1209, S. McGlynn explica cómo los oficiales azuzaron el odio

66. Sven Lindqvist: *Exterminar a todos los salvajes*, Turner, Madrid 2004, p. 82.

67. Antonthony Beevor: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, op. cit., pp. 370-371.

sanguinario y la avaricia de las tropas asaltantes para que asesinaran a toda la población y prendiesen fuego a la ciudad al grito de «¡Quemadla! ¡Quemadla!»[68], y cómo rápidamente los asaltantes superaron voluntariamente las órdenes recibidas, es decir, que la instigación primera fue superada más tarde por las tropas. Este mismo historiador cita las palabras de un soldado norteamericano que avanzado el siglo XX llevaba un collar de orejas humanas:

> Solíamos cortarles las orejas. Así teníamos un trofeo. Si un tío tenía un collar de orejas es que era un buen verdugo, un buen soldado. Se nos animaba a cortar orejas, a arrancar narices, a segar el pene de los tíos. A una mujer le cortamos los pechos, se nos instaba a hacer esas cosas. Los oficiales esperaban que las hiciéramos, o de lo contrario pensaban que nos pasaba algo malo[69].

Por su parte, el colectivo Gasteizkoak hizo un resumen muy somero de las bestialidades y crímenes cometidos por los «ejércitos humanitarios» de Estados «civilizados y democráticos» como Alemania, Bélgica, Canadá, Estado español, Estados Unidos, Estado francés, Gran Bretaña, Países Bajos, Italia y Portugal, entre finales del siglo XX y comienzos del XXI, durante sus «labores humanitarias»:

> En un informe de la organización de derechos humanos African Rights se detallan los delitos cometidos por cascos azules en Somalia: asesinatos, tortura psicológica, robos, atropellos deliberados… El informe recoge el caso de tres niños que fueron arrojados al río Juba por soldados belgas[70].

Las violaciones masivas de mujeres no fueron una excepción de los nazis, también los japoneses las realizaron como hemos visto al estudiar el terrorismo patriarcal. Sí resulta muy interesante lo que dice Grossman sobre los discursos éticos y filosóficos de los nazis, sus reflexiones «humanitarias», porque esta costumbre reaparecerá en las torturas norteamericanas en Iraq, como veremos, y nos remite a una

68. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, Edit. Crítica, Barcelona 2009.

69. Sean McGlynn: *A hierro y fuego*, op. cit., p. 403.

70. Colectivo Gasteizkoak: *La abominable cara oculta de los ejércitos humanitarios*, ZAP Ateneo, Gasteiz 2003, pp. 79-87.

característica genético-estructural de la tortura y del terrorismo desde su origen histórico como instrumentos de la opresión: que buscan una autojustificación ante sus víctimas. Ahora bien, la tortura burguesa, a diferencia de la tortura preburguesa, añade cualidades nuevas a esta constante, de modo que surge una nueva forma de terror, que analizaremos en el capítulo siguiente.

Después de lo visto, podemos decir que, por término medio, para el experimento de Milgrand no vale cualquier persona que, en un laboratorio, se dedique a apretar varios botones sin saber exactamente qué está sucediendo en la otra habitación. Que V. Romano tiene razón se comprueba viendo que ya antes de los griegos, los egipcios «sintieron cierta repugnancia a emplear nacionales para este ingrato oficio», como lo indica que el nombre que daban a la «policía», ya en una época tardía como el imperio nuevo, era el mismo con el que designaban a tribus sudanesas, aunque más adelante «en la última época parece que había también egipcios»[71]. Desde entonces, y hasta el presente, los Estados dedican especial atención a la formación de determinadas personas como policías o militares, y a unas cuantas de estas, en torturadores. Los expertos nazis en tortura sabían bien cómo seleccionar en los campos de exterminio a fieles colaboradores que les simplificaban y ahorraban el trabajo. Existe una descripción estremecedora de una persona que ha estudiado detenidamente esta situación, y que debería aparecer escrita en todos los textos de ética y dignidad humana: «Y tú, pobre prisionero, te doblegas y empuñas el bastón para golpear a tus semejantes, a los miserables como tú, para merecer el honor de un puntapié por parte de tu patrón y una rebanada de pan sucio, humillándote como un perro, pensando que ese mundo no ha de acabar nunca, dando implícitamente la razón a quienes te oprimen»[72].

Fiasche analiza las decenas de miles de personas torturadas y desaparecidas en Argentina, la ley de punto final que permitió que la inmensa mayoría de esos criminales apenas recibieran castigo alguno con la excusa de la obediencia debida al mando. De este modo,

71. Francisco José Presedo: *El imperio nuevo egipcio*, en GHU CIL, Madrid 1986, tomo 3, p. 210.

72. J. Bogatsvo: *Cómo torturaban las SS*, Edit. De Vecchi, Barcelona 1979, p. 148.

Fiasche pone al descubierto tres problemas cruciales del terrorismo: la imbricación de las «ciencias sociales» con el terror estatal, creando «teorías» que forzadas más allá de sus límites justifican el terrorismo y lo amparan; la necesidad de enfrentar a estas trampas no solo una visión científico-crítica exquisita, que impida esas manipulaciones, sino también una ética humanista que impida que la trampa de la «obediencia debida» se transforme en «obediencia al mal», y la necesidad de extender al resto de Estados terroristas la crítica que él hace al caso argentino. Tras leer estas palabras, puede parecer que hemos vuelto al comienzo de este libro, cuando desarrollábamos la ética marxista, el rechazo de la sumisión y del servilismo al poder, el carácter justo de la violencia defensiva –contra el Estado torturador, por ejemplo–, e incluso el carácter necesario en los momentos críticos de esa violencia justa, en los momentos en los que hay que optar por el mal o por el bien, por la «obediencia al mal» o por la práctica del bien.

Del mismo modo que la violencia imperialista exige y conlleva la existencia del Estado opresor, también la tortura occidental exige y conlleva la existencia del terrorismo y del Estado en el que se sustenta. Hemos visto al estudiar la «revolución militar» que esta creaba sus propias disciplinas, las estructuras psíquicas obedientes que mataban y se dejaban matar en defensa del poder al que obedecían ciegamente. Pero antes de este «logro», algo idéntico lo habían logrado los mongoles y sobre todo los romanos y griegos. Con la tortura y el terror sucede lo mismo pero en su plano específico. Ambos casos nos remiten a los efectos de la propiedad privada sobre la psicología humana, por un lado y, por otro, al papel central del Estado. La tortura ritualizada y la violencia sacrificial ha existido en muchas culturas, y algunas de ellas eran tan inhumanas como las occidentales, pero su razón de ser, su objetivo, difería cualitativamente del de la tortura burguesa. La tortura sacrificial y ritual era religiosa y buscaba mejorar las relaciones con los dioses y diosas, mientras que la tortura europea buscaba, primero, defender el orden vigente y atemorizar al pueblo a la vez que, supuestamente, salvar del infierno eterno al torturado o torturada; y segundo, con respecto a la tortura burguesa, busca salvar al capitalismo, destruir psíquica o físicamente a la persona y atemorizar al pueblo.

TORTURA ANTIGUA Y TORTURA BURGUESA

Desarrollemos un poco esta importante cuestión porque nos ayuda a comprender la diferencia entre el terrorismo capitalista y el terrorismo precapitalista. Dado que la tortura es una de las bases inexcusables para definir el terrorismo, este será diferente del otro si su práctica de la tortura es diferente de la del otro. La tortura en Roma, por ejemplo, que solamente era aplicada a los esclavos y no a las personas libres, no es lo mismo que la tortura en el capitalismo, sistema en el que además puede aplicarse a cualquier persona «libre» en el sentido burgués. La inhumanidad de la tortura romana era verdaderamente espeluznante porque, como esclavistas, sabían que no solamente su forma de vida, sino también esta misma, dependían de que las masas esclavas estuvieran paralizadas por el terror, y prefirieran aguantar una dura explotación a padecer tormentos insufribles que podían prolongarse días enteros. La tortura burguesa, que no le va a la zaga en ferocidad, es sin embargo cualitativamente diferente a la romana y a todas las torturas precapitalistas, incluida la inquisitorial. Todas ellas, también la capitalista, tienen en común que son torturas, pero la de la actual civilización tiene una esencia distintiva: la lógica de la subsunción real del trabajo en el capital.

La mejor forma de explicar esta diferencia es comparando la violencia sacrificial azteca con la española. Al principio, la violencia bélica azteca era ritualizada en grado sumo, y no tuvieron más remedio que aprender a defenderse con la misma ferocidad que los invasores, aunque inicialmente no la entendieron, al igual que les sucedió al resto de pueblos que no habían llegado a la mentalidad mercantil, que desconocían la forma asiria y grecorromana, y más tarde feudal y capitalista. Por el contrario, la violencia bélica española y occidental estaba y está orientada a la máxima destructividad en el mínimo tiempo, que no es sino la forma que adquiere la ley de la productividad del trabajo en su aplicación militar.

Se han utilizado las prácticas aztecas y mesoamericanas de sacrificios humanos y de canibalismo ritual para justificar la denominada conquista en base al mito civilizador, así como las feroces represiones que le acompañaron. El imperialismo español y el

eurocentrismo han creado así toda una explicación justificatoria de sus atrocidades en base a la supuesta previa crueldad azteca. Sin embargo, estudios objetivos y críticos han desbaratado esta tramoya, concretando y contextualizando la realidad mesoamericana y azteca, demostrando cómo los invasores cristianos mintieron, falsificaron y exageraron con premeditación y alevosía. Por ejemplo, P. Moctezuma, además de mostrar cómo la propaganda cristiana ya había acusado a los judíos de comerse a niños cristianos, siendo mentira, también saca a la luz todas las contradicciones y falta de pruebas y argumentos de la «versión española». No niega los sacrificios humanos, pero minimiza su cuantía y, con toda razón, sostiene que los sacrificios y el canibalismo sagrado han sido prácticas generalizadas en la historia humana[73].

Sin ir muy lejos, P. Tierney, en su impresionante estudio sobre los sacrificios humanos muestra cómo la Biblia recoge la quema de niñas y niños vivos hasta el siglo -VII, cómo la tradición judeo-cristiana está determinada por «el nacimiento del infierno» en esta época, y cómo la «comunión ritual» inventada por San Pablo nos remite directamente a la realidad del canibalismo sagrado[74]. P. Odifreddi demuestra también cuan legitimado estaba el sacrificio humano en el Antiguo Testamento para ganar los favores divinos[75] en cuestiones terrenales, como batallas y disputas familiares por el poder. Nos hemos detenido un segundo en este problema porque, por debajo de las excusas eurocéntricas y cristianas, que es lo mismo, la cuestión actual es muy simple: ¿en qué medida el rechazo eurocéntrico a aceptar la realidad histórica del canibalismo y de los sacrificios humanos –el secreto de la última cena cristiana y de la pasión– nos pone al borde del problema absoluto, a saber, que un ser humano viva gracias al dolor, al sufrimiento y a la muerte de otro, es decir, el problema de la explotación? Al fin y al cabo, ¿qué es el canibalismo sino transferir energía de un ser humano a otro por medios terroristas? ¿Y qué es

73. Pablo Moctezuma Barragán: *Moctezuma y El Anahuac*, Noriega Editores, México 2006, pp. 47-60.

74. Patrick Tierney: *Un altar en las cumbres. Historia y vigencia del sacrificio humano*, Muchnick Editores, Madrid 1991, p. 445 y ss.

75. Piergeorgio Odifreddi: *Por qué no podemos ser cristianos y menos aún católicos*, RBA, Barcelona 2008, pp. 49-50.

el beneficio capitalista, la plusvalía, sino la succión vampiresca de trabajo vivo perteneciente a la clase obrera para mantener la forma de vida de la clase burguesa? ¿Qué es la explotación imperialista sino el «canibalismo energético» que garantiza a una minoría vivir derrochando recursos a costa de la mayoría?

Volviendo al caso azteca, tiene razón N. Davies en su brillante investigación sobre los sacrificios humanos: «En cuanto a la crueldad con sus congéneres, los aztecas carecían de los refinamientos de sus contemporáneos los inquisidores. Podemos sentirnos justificadamente impresionados por los ritos aztecas, pero ciertos horrores ideados por otros pueblos, tanto del Viejo Mundo como del Nuevo, se hallaron notablemente ausentes entre ellos. No hubo suicidios colectivos, como en la India; ni tormentos prolongados, como en Oceanía, Norteamérica o Europa; ni tribus condenadas a la extinción, devorados hasta la última mujer y el último niño, como en las islas Fidji; nunca se supo de nadie que hubiera sido enterrado vivo, como en la antigua Ur o en América del Sur; y los muertos no fueron exhumados y consumidos, como en Nueva Guinea»[76]. Con respecto a la crueldad romana, la violencia sacrificial azteca parece un candoroso juego infantil. En el circo romano, se «recomendaba» a quienes estando desarmados y medio desnudos iban a ser comidos vivos por las fieras, que les azuzasen y provocasen con gestos[77] en el caso de que los leones, los tigres, los osos, etcétera, no tuvieran ganas, no tuvieran hambre: este mandato tenía como objetivo aumentar la truculencia macabra de la degollina para mayor solaz y diversión del público, para evitar su aburrimiento. Para festejar la muerte de un lugarteniente de Espartaco, se organizó una fiesta en la que se obligó a doscientos pares de esclavos a matarse entre ellos[78] en medio de las risas de los asistentes.

Podemos alargar la cita con las crueldades recientes de la civilización capitalista, como por ejemplo, dejar morir a miles de personas por no darles sanidad gratuita y pública dentro mismo de

76. Nigel Davies: *Sacrificios humanos*, Grijalbo, Barcelona 1983, p. 219.

77. Roland Auguet: *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, Orbis, Madrid 1984, p. 73.

78. A. Aymard y J. Auboyer: *Roma y su Imperio*, Edic. Destino, Barcelona 1980, tomo I, p. 254.

los grandes Estados imperialistas, no solamente en los pueblos empobrecidos y aplastados, como es el caso reconocido por el propio presidente norteamericano, Obama[79], de que al menos 45.000 personas mueren al año por falta de servicios médicos públicos, o el robo de órganos de prisioneros palestinos[80] a los que las mafias sionistas asesinan después de extraérselos para venderlos en Estados Unidos mediante la colaboración de rabinos judíos. Y ya que estamos comparando la violencia sacrificial con la violencia burguesa, pongamos el ejemplo de la dictadura argentina entre 1976 y 1983: «Le cortó los testículos, se los metió en la boca y le cosió los labios»[81]. Esto hicieron los militares argentinos con un subcomisario sospechoso de colaborar con la guerrilla. Después, y mientras la víctima agonizaba durante dos horas hasta morir desangrado, los torturadores se comieron un asado hecho a las brasas; al concluir y tras limpiar el lugar, metieron el cadáver en el maletero de un coche, cadáver que sigue «desaparecido» hasta ahora. Conviene recordar que la Iglesia argentina colaboró activamente con la dictadura militar: «El régimen militar que secuestraba y mataba por izquierda, lo hacía en nombre de Cristo. Decía defender un orden occidental y cristiano. Y (la dictadura) necesitaba la legitimidad de la Iglesia, y si bien aparecían algunos documentos críticos, rápidamente quedaban diluidos por otros mucho más ambiguos e inclusive por cantidad de actos, fotos, misas, ceremonias de todo tipo donde el Episcopado aparecía mano a mano con (Jorge Rafael) Videla, (Emilio) Massera, (Orlando) Agosti. Y eso no solo sucedió en los años setenta sino también en los ochenta, donde ya se sabía muy bien lo que estaba pasando [...] Visto desde hoy, su actitud deja muchísimo que desear. De parte de la Iglesia institucional no hubo una reacción contra, por ejemplo, la desaparición de las monjas francesas, Alice Domon y Leónie Duquet o de los curas palotinos»[82].

79. http://www.elmundo.es, 18 de septiembre de 2009.

80. Donald Böstron: *A nuestros hijos les roban sus órganos*, http://www.lahaine.org, 28 de agosto de 2009.

81. http://www.elmundo.es, 15 de noviembre de 2009.

82. Cristiano Morsolin: *Argentina: Plan Condor y rol de la Iglesia Católica*, http://www.boltxe.eus, 20 de febrero de 2009.

N. Davies muestra cómo la tortura europea tenía un significado «más profundo» que el que tuvo la tortura que practicaban los iroqueses, por ejemplo, ya que la europea buscaba «arrancar confesiones», lo que le llevaba a alargar los tormentos durante períodos «muchísimo más prolongados», además justificaba esas atrocidades basándose muchas veces en la más mínima insinuación, sospecha o prueba. Demuestra que los Autos de Fe de la Inquisición no estaban en modo alguno limitados, como lo estaban los sacrificios aztecas, por un calendario ritual que impedía realizar más de uno al mes, mientras que en la civilizada Europa bastaba que se hubiera reunido a un número de sospechosos para torturarlos, juzgarlos y, con toda probabilidad, quemarlos; es decir, era un acto de masas más frecuente y normalizado que el azteca[83]. Además, resulta casi decisivo constatar que muchas de las técnicas de tortura de los pueblos americanos provienen de los invasores europeos, que las importaron y las enseñaron con su práctica, como quemar vivas a las personas. En la sublevación de 1597 de los indios Huale, de Georgia, contra los españoles por el mal trato que recibían, fue hecho prisionero un fraile al que se le sometió a una parodia de hoguera inquisitorial, pero los indios no prendieron fuego a la madera[84].

La tortura es la práctica institucional del terror que a su vez es clave para comprender el terrorismo como el garante de la civilización que sintetiza socialmente a la propiedad capitalista. Una vez más, para definir la tortura, como sucede con el terrorismo en su forma histórico-genética burguesa, debemos ir más allá de la ideología dominante y buscar en la praxis científico-crítica marxista. J. de la Cueva[85] se basó en la definición de tortura elaborada por el Tribunal Popular contra la Tortura de Barcelona para iniciar una de sus excelentes aportaciones teóricas, siguiendo luego con otra definición de J. P. Sartre. La primera, la del Tribunal dice así: «Tortura es toda acción u omisión mediante la cual son infringidos, deliberadamente, dolores o sufrimientos físicos o mentales a una persona por los agentes de la función pública o

83. Nigel Davies: *Sacrificios humanos*, op. cit., pp. 259-260.

84. Nigel Davies: *Sacrificios humanos*, op. cit., p. 266.

85. Justo de la Cueva: «Tortura, manipulación informativa, respuesta social», en *Tortura y sociedad*, Edit. Revolución, Madrid 1982, pp. 12-13.

bajo su institución, ya sea para obtener información o declaraciones, para castigar actos cometidos o que se sospeche que lo hayan sido o para intimidar». Y la definición de Sartre: «El objeto de la tortura no es solamente obligar a hablar, a traicionar. Es necesario que la víctima se reconozca a sí misma, por sus gritos y su sumisión como una bestia humana a los ojos de todos y a los suyos propios. Es necesario que su traición la aniquile, la destituya para siempre de su ser. Al que cede a la tortura no se le ha obligado solamente a hablar. Se le ha reducido para siempre a un estado, el de lo infrahumano».

Para no extendernos en las relaciones entre tortura y civilización, y poder así seguir avanzando en nuestro tema, recurrimos al minucioso informe del colectivo TAT en el que se detallan nada menos que dieciséis métodos psicológicos de tortura: impedimento de la visión; restricciones o supresión de las necesidades básicas; amenazas; humillaciones; insultos y descalificaciones; juego del policía bueno-policía malo; obligatoriedad de elegir entre los distintos métodos de tortura y departir sobre la tortura; tortura sexual; apelación a la imaginación; crear sentimientos de culpabilidad; simulacro de tortura; exponer a la persona detenida a los gritos/ver a otras personas detenidas que están siendo torturadas; cambios bruscos de temperatura; utilización de drogas; agresiones sonoras, y agresiones de luz, practicados por las diversas policías españolas, policías autonómicas, Policía Nacional y Guardia Civil[86]. Como se ve, estas técnicas exigen de un alto grado de dominio de las capacidades destructivas inventadas por las ciencias al servicio de la explotación humana, tema este recurrente en nuestra reflexión y al que volveremos dentro de poco.

La tortura capitalista se diferencia de las torturas precapitalistas en dos grandes bloques de cuestiones que debemos analizar con cierto detalle. Los dos se basan en el papel del método científico tal cual es elaborado y aplicado en el modo de producción capitalista, pero los dos nos remiten al proceso de subsunción del trabajo, del ser humano-genérico, en el capital. Antes de seguir, debemos definir qué es la subsunción y después desarrollaremos estos dos bloques. Por

86. Torturaren Aurkako Taldea: *Tortura en Euskal Herria*, TAT, Lizarra 2004, pp. 148-153.

subsunción se entiende el proceso que va de la desintegración de un cosa, su disolución como unidad concreta independiente y soberana, a su posterior absorción e integración en otra cosa superior, que tras digerirla, la incorpora a ella pero como simple parte secundaria, o siquiera ni eso, como un componente más de la totalidad superior que le determina y condiciona en todos los sentidos. En lo que respecta a la sociedad humana, la primera parte del proceso de subsunción es definida por Marx como «subsunción formal», que consiste en que las clases trabajadoras aun mantienen cierta «independencia» con respecto a las clases propietarias, lo que obliga a estas a recurrir a la coacción y a la violencia abierta para arrancarles a través del miedo el plusproducto, mientras que no ocurre así en el capitalismo, en donde la clase trabajadora es parte interna del proceso capitalista en su totalidad. Marx compara explícitamente las diferencias entre el esclavo y el obrero:

> La *continuidad de la relación* del esclavo y del esclavista estaba asegurada por la coacción sufrida directamente por el esclavo. En contrapartida, el obrero libre está obligado a asegurar, él mismo, la continuidad de su relación, pues su existencia y la de su familia depende de la continua renovación de la venta de su fuerza de trabajo[87].

El «obrero libre» no tiene otra alternativa que venderse al capital para poder vivir, lo que le ata de por vida. A partir de aquí, la violencia, la coacción, no necesita ser totalmente pública y palpable, sino que, en primer lugar y sobre todo, ha de actuar dentro de la cabeza del obrero, o en palabras de Marx: «*Aprende a dominarse a sí mismo, contrariamente al esclavo*, el cual tiene necesidad de su amo»[88]. El esclavo tiene «necesidad» del amo porque no sabe ni puede hacer otra forma de trabajo, mientras que el obrero puede variar de una forma de trabajo a otra. Marx insiste en esta diferencia cualitativa y compara la limitación del esclavo con el trabajo del campesino libre, de los artesanos y de los gremios, que veían en el trabajo un oficio. Aún así, el esclavo, el campesino libre y el artesano están dentro de la subsunción formal, porque la subsunción real solamente surge

87. Karl Marx: *El Capital*, libro I, sexto capítulo (inédito), Edic. Curso, Barcelona 1997, p. 81.

88. Karl Marx: *El Capital*, libro I, sexto capítulo (inédito), op. cit., p. 83.

con el capitalismo, con la producción generalizada de mercancías, con la dominación total del valor de cambio sobre el valor de uso. La subsunción formal es el «sometimiento directo del proceso de trabajo al capital»[89], lo que explica que la violencia actúa mucho más directamente que en el capitalismo, aunque se disfrace con dogmas religiosos e idealistas, la voluntad divina, etcétera. En estas condiciones domina la plusvalía absoluta, la explotación basada en las largas jornadas de trabajo y pocas máquinas, es decir, más en el agotamiento físico que en el intelectual.

Por el contrario, la subsunción real del trabajo en el capital se produce cuando toda la sociedad, todas las ramas económicas y la clase obrera en su totalidad están ya insertas en la lógica del capital, y cuando este necesita aumentar la explotación intensiva y cualificada, la realizada mediante máquinas cada vez más modernas y productivas. Es decir: «si la producción del plusvalor *absoluto* corresponde a la subsunción *formal* del trabajo al capital, la del plusvalor *relativo* corresponde a la subsunción real del trabajo al capital»[90]. En estas condiciones domina la plusvalía relativa, la explotación basada en el uso intensivo de las máquinas, más en el agotamiento psicofísico que solamente físico. Quiere esto decir que, en el capitalismo, los trabajadores son «simples medios de producir, mientras que la riqueza material, devenida un fin en sí, se desarrolla en oposición del hombre y a costa de él»[91]. La contradicción es, por tanto, insalvable ya que, por un lado, el trabajador ha de dominarse a sí mismo, llevar en su cabeza alienada a un policía mental que le domine internamente sin tener que recurrir a la violencia externa, mientras que, por el lado opuesto, al desarrollarse el capitalismo a costa del trabajador y contra él, tarde o temprano ha de estallar esta contradicción entre el orden impuesto por el policía mental interior y la explotación creciente que destruye al propio trabajador. La tortura y las violencias capitalistas aparecen entonces con brutalidad cualitativamente superior a las precedentes porque abarcan toda la realidad social.

89. Karl Marx: *El Capital*, libro I, sexto capítulo (inédito), op. cit., p. 85.

90. Karl Marx: *El Capital*, libro I, sexto capítulo (inédito), op. cit., p. 72.

91. Karl Marx: *El Capital*, libro I, sexto capítulo (inédito), op. cit., pp. 89-90.

Para solucionar esta contradicción irresoluble, el capitalismo introduce una novedad en la historia de la explotación con repercusiones totales sobre la historia de la tortura y del terrorismo. Demos la palabra a C. Napoleoni, que resumió magistralmente esta novedad en su estudio sobre el capítulo 6 (inédito) de *El Capital*: «La explotación precapitalista es estática, la capitalista es evidentemente dinámica»[92]. La subsunción real logra dos cosas que Napoleoni resalta con especial ahínco: una, que la explotación «desaparece» en su forma directa, ocultándose bajo la apariencia de «libertad», haciéndose urgente la concienciación teórico-política para destrozar la falsa «libertad» sacando la explotación a la escena pública; y, otra, que la explotación se centra no en el valor de uso, sino en el valor de cambio y más concretamente en la forma-valor, es decir, en la producción y reproducción en su conjunto: «he aquí por qué el capital es voraz de plusvalía, de trabajo excedente, cosa que nunca había sucedido»[93]. La explotación capitalista es y debe ser dinámica porque necesita incrementar el plus-valor para acelerar la acumulación ampliada de capital. No es estática la explotación porque, de serlo, este sistema se desintegraría en la crisis total.

La explotación precapitalista es estática porque no gira alrededor de la acumulación de capital sino del simple atesoramiento de riqueza para el consumo suntuoso, para el despilfarro. Por tanto, el terror y la tortura precapitalista aplican métodos reiterativos en lo esencial aunque cambiantes en su forma porque no necesitan destruir una lucha dinámica, ofensiva y creativa como es la proletaria, sino destruir una resistencia estática, defensiva y circular como era la de las clases explotadas precapitalistas. Es una tortura y un terrorismo que no busca la innovación cualitativa porque este concepto solo es pensable desde y para la necesidad de una acumulación ampliada, de un incremento del plus-valor extraído mediante la subsunción real. En las páginas que siguen y hasta el final de este ensayo veremos cómo la tortura y el terrorismo capitalista, manteniendo el fondo genético-estructural común al terror básico inherente a las violencias opresoras, añaden

92. Claudio Napoleoni: *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*, ERA, México 1976, p. 168.

93. Claudio Napoleoni: *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*, op. cit., pp. 164-166.

una cualidad nueva en su evolución histórico-genética. De hecho, una de las tareas cruciales del Estado burgués es la de mantener la innovación represiva, como hemos estado viendo hasta aquí y como veremos más en detalle.

Dado que la subsunción real exige la tecnificación y la reducción del ser humano a simple tuerca de la máquina, la tortura capitalista se caracteriza precisamente por desarrollar dos contenidos que no podían existir en las violencias y torturas antiguas, precapitalistas, que desconocían lo anterior. Dicho en términos burgueses: uno, el uso de las «ciencias naturales» y, otro, el uso de las «ciencias sociales». En cierta forma, ambas también fueron usadas muy embrionariamente en las torturas y violencias antiguas, pero de forma empírica; del mismo modo que las críticas a la efectividad de la tortura como método para descubrir la verdad también se basaban en un creciente pero limitado uso del método científico de pensamiento, llegando a la denuncia de la falibilidad de la tortura, como indica S. Mollfulleda[94]. La limitación en el método científico que sustentaba dicha crítica, por demás cierta como han demostrado tantos estudios, radica, como el propio autor citado explica, en el uso de la adulación como «procedimiento común» y «normal»[95] que practicaban grandes intelectuales del siglo XVIII. Donde hay adulación no hay dialéctica materialista, no hay método científico-crítico, aunque sí haya método científico institucionalizado.

Las violencias y torturas realizadas bajo criterios de ganancia que nos remiten a la propiedad privada, las «mejoras» aportadas por el capitalismo consisten en que las matemáticas permiten una más precisa y casi exacta medición de las dosis de terror que hay que aplicar. Si en el siglo XX la matemática ha dado un paso de gigante en su capacidad de conectar lo general con lo particular y «observar lo que de unitario hay en teorías aparentemente inconexas» demostrando su potencia para la resolución de problemas muy concretos[96], ese mismo paso se ha producido también en su precisión

94. Santiago Mollfulleda: «Estudio Preliminar», en *Discurso sobre la tortura*, de J. P. Forner, Crítica, Barcelona 1990, p. 109.

95. Santiago Mollfulleda: «Estudio Preliminar», op. cit., p. 49.

96. Javier de Lorenzo: «La matemática en el siglo XX», en *El legado filosófico y científico del siglo*

para medir las dosis de dolor y sufrimiento aplicables en cada tortura particular. Los médicos y psicólogos están para medir con mayor exactitud posible el límite del torturado y la posibilidad de endurecer la tortura: para eso están las escuelas y manuales de torturadores[97]. Otro tanto respecto al terrorismo. Un ejemplo espeluznante de la matematización del terrorismo lo tenemos en las lecciones que extrajo un general tras el exterminio de más de 100.000 personas en Guatemala en el golpe militar organizado por la CIA en 1954 para impedir la reforma agraria dirigida por un gobierno democráticamente elegido: «Basta con matar al 30% de la población para obtener la paz»[98].

La investigación de T. Todorov sobre la «normativa increíblemente meticulosa» de los manuales de tortura de la CIA nos permite comprender el significado de la subsunción real en el terrorismo capitalista. Todorov demuestra que «se trata de unos procedimientos pautados hasta en sus menores detalles, al milímetro, perfectamente cronometrados»[99], lo que nos remite al hecho de que, como en el capitalismo, en la tortura la economía del tiempo es vital, como en la producción capitalista en la tortura el despilfarro de tiempo redunda en aumento de los costos y en reducción de la ganancia. En la tortura la pérdida de tiempo es pérdida de eficacia porque permite al torturado un tiempo de recuperación. La subsunción real del torturado en el torturador implica que el primero se desintegra como persona que domina su tiempo en la lógica del torturador y en su tiempo torturante, al igual que en la producción capitalista el tiempo obrero es subsumido realmente en el tiempo burgués, en el tiempo de la explotación. Además, como en el capitalismo, en la tortura actúa el componente autolegitimador, el que invisibiliza la explotación. Por no extendernos, Todorov confirma lo arriba dicho por Grossman sobre las disquisiciones filosóficas de los torturadores nazis en Treblinka pero

XX, Cátedra, Madrid 2005, p. 743 y ss.

97. Arthur Lepic: *Los manuales de tortura del ejército de los Estados Unidos*, http://www.voltairenet.org, 4 de junio de 2004.

98. D. Bleitrach, V. Dedal y M. Vivas: *Estados Unidos o el imperio del mal en peor*, Edit. José Martí, La Habana, Cuba 2006, p. 120.

99. Tzvetan Todorov: «Los torturadores voluntarios de Bush», *Hika*, 209-210, junio-agosto de 2009.

ahora realizadas por los torturadores norteamericanos en Iraq.

El desarrollo de las ciencias ha permitido una intensificación y a la vez una extensión de las represiones y violencias, de los controles y de los sistemas de vigilancia. Como hemos dicho arriba, el Estado juega un papel clave en esta dinámica. Concretamente, en el terrorismo económico, sus burocracias altamente tecnificadas son imprescindibles para aplicar la violencia laboral, su coerción sorda, que queda expresada en el concepto de «cuota de plusvalía» o grado de explotación de la fuerza de trabajo[100], a partir del cual se derivan otras violencias más explícitas. La «razón instrumental» capitalista puede calcular con bastante precisión la cuota de plusvalía y explotación que tendrá que imponer a las clases trabajadoras, las cantidades de bombas que tendrá que lanzar contra un pueblo antes de invadirlo y el tanto por ciento de población que deberá ser exterminada para garantizar lo que Klare ha definido como el secreto de la política energética de Estados Unidos, cambiar «sangre por petróleo»[101]. Puede sorprender esta afirmación, pero conviene leer a N. García cuando demuestra cómo, desde su orígenes, Estados Unidos recurrió a métodos de «compra, despojo, asesinato, invasiones; todas las acciones posibles se utilizaron para asegurar ese movimiento»[102], el de la expansión en todas las direcciones, y por qué el autor sintetiza más adelante de esta forma la naturaleza de la política exterior yanqui durante la llamada «guerra fría»: «Ingerencia y agresión»[103].

Por su parte, Theotonio dos Santos habla claramente de «el terror como arma de la aventura hegemónica»[104] de Estados Unidos. Debemos acusar de lo mismo al resto de Estados imperialistas, pero explicando que, antes del modo de producción capitalista, el terror y las violencias extremas de los imperios pasados nunca pudieron

100. Karl Marx: *El Capital*, FCE, México 1973, vol.1, p. 160 y ss.

101. Michael T. Klare: «Sangre por petróleo: la estrategia energética de Bush y Cheney», en *El nuevo desafío imperial*, Clacso, Buenos Aires 2005, p. 207 y ss.

102. Néstor García Iturbe: *Estados Unidos, de raíz*, Centro de Estudios Martiano, Cuba, La Habana 2007, p. 88.

103. Néstor García Iturbe: *Estados Unidos, de raíz*, op. cit., pp. 261-301.

104. Theotonio dos Santos: *Del terror a la esperanza*, MilenioLibre, Venezuela 2006, p. 362 y ss.

llegar a los niveles de sofisticación cuantitativa aunque cambiasen sangre por mujeres, por caballos, por trigo, por esclavos o por oro. El capitalismo también hace lo mismo, pero desde y para una estructura explotadora cualitativamente más injusta.

Más aún:

> la tortura es uno de los fundamentos del actual Estado-institución; una máquina compuesta por el poder legislativo con sus leyes de excepción, por el poder judicial que no investiga los casos de tortura y por el ejecutivo que nombra, entre otros, los ministros de Justicia e Interior superiores inmediatos de los funcionarios que practican las torturas[105].

Por último, la tortura burguesa se diferencia de la precapitalista en algo que parece secundario pero que resulta central desde la perspectiva del materialismo histórico, del marxismo. Grossman nos ofrece una pista decisiva. Tras detallar las tres fases en las que los nazis dividían la entrada en Treblinka de las nuevas remesas de prisioneras y prisioneros, a cada cual más dura y atroz, dice: «Acababa la tortura de la gente con mentiras; la tortura de no saber, una fiebre que los llevaba en pocos minutos de la esperanza a la desesperación, de expectativas de vida a visiones de muerte… Y cuando llegaba el momento de la última etapa del robo a los muertos vivientes, los alemanes cambiaban de pronto la forma de tratar a las víctimas. Arrancaban los anillos de sus dedos, los pendientes de sus orejas», e imprimían una rapidez aún mayor a todo el proceso dando grandes gritos. Grossman sigue: «Sabemos por la cruel realidad de los últimos años que una persona desnuda pierde inmediatamente la fuerza de resistir, para luchar contra su destino. Cuando se la desnuda, una persona pierde inmediatamente el instinto de supervivencia y acepta su destino como inevitable»[106]. E inmediatamente después los nazis les quitaban lo poco que les quedaba, un trozo de jabón y toalla, obligándoles a andar desnudos con los brazos en alto. En otro momento, Grossman dice que uno de los comandantes del campo

105. Aiert Larrarte: «Makina, ingurimaria eta iceberga», *Herria 2000 Eliza*, nº 219, 2009, p. 19.

106. Anthony Beevor: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, op. cit., p. 360.

tenía un perro amaestrado para arrancar a mordiscos los genitales de los hombres vivos, desnudos e indefensos[107].

Los nazis habían concentrado en poco tiempo, y en el plano de la tortura, lo básico de la subsunción real del capitalismo: al inicio, el proceso explotador-torturador se inicia con promesas vagas, con esperanzas de que no será mucha la dureza de la explotación y de que al final se evitará lo peor. Cualquier obrero u obrera con un mínimo de conciencia va en las mismas condiciones psicológicas al trabajo: que acabe cuanto antes la jornada para poder volver a casa, a su vida libre y propia. Después, el proceso explotador-torturador se va endureciendo conforme la patronal aumenta el ritmo e intensidad del trabajo, y las esperanzas se van agotando conforme transcurre la vida del trabajador, que cae en la apatía desilusionada y derrotista, en la espera a que acabe su vida laboral, al igual que el torturado se desploma en el vacío sin fondo de la desesperación. En este mundo, el explotado-torturado solo oye las órdenes de trabajar más y más rápido, de no perder tiempo, de cumplir los objetivos, de obedecer. Y de la misma forma que al torturado se le despoja de toda referencia a su vida interna y externa, a su identidad al ser desnudado y al arrancársele todo recuerdo por íntimo que sea, también el asalariado tiene que ponerse su uniforme, o las ropas que le manda la empresa, o mantener una imagen laboral acorde con la explotación que sufre.

Sabemos que el uniforme despersonaliza, uniformiza y extermina la identidad individual para imponer la identidad del patrón, de la máquina. Y aunque no se imponga el uniforme, sí se impone una forma de vestir acorde con la imagen que necesita la empresa, no se admite la imagen propia de la explotada y del explotado. Por esto mismo, la gente se vuelve a vestir con su ropa al acabar la jornada, buscando reencontrar su identidad personal, la que han tenido que abandonar para la explotación. La desnudez del torturado es la quintaesencia de la despersonalización absoluta del trabajador aunque este vaya vestido. En la realidad esencial, uno y otro están despersonalizados de todo porque se les ha negado su identidad. La

107. Anthony Beevor: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, op. cit., p. 363.

diferencia estriba en que al torturado se le ha llevado al límite absoluto de la desnudez física mientras que al explotado se le ha llevado a la desnudez moral y personal. Al final del proceso, el torturado es introducido en la cámara de gas o exterminado de cualquier otro modo, del mismo modo que el capitalismo destroza fuerza de trabajo agotada, mercancías obsoletas y recursos naturales. El exterminio del torturado es la quintaesencia del abandono del trabajador a su suerte con una pensión que le da justo para malvivir hasta que muere al poco tiempo.

El método marxista consiste en estudiar las contradicciones antagónicas en su máximo grado de irreconciabilidad. Marx estudió el capitalismo británico porque era el más desarrollado de su época. Para comprender la dialéctica entre terrorismo, tortura y Estado debemos estudiar el imperialismo norteamericano con la ayuda de Chomsky:

> En los sesenta años pasados, las víctimas en todo el mundo han soportado el paradigma de tortura de la CIA, desarrollado a un costo que llegó a mil millones de dólares anuales, según documenta el historiador Alfred McCoy en su libro *A Question of Torture*. Allí muestra cómo los métodos de tortura desarrollados por la CIA a partir de la década de 1950 aparecen, con pocas variantes, en las fotografías infames de la prisión de Abu Ghraib, en Iraq. No hay hipérbole en el título del penetrante estudio de Jennifer Harbury sobre el historial de tortura estadounidense: *Truth, Torture, and the American Way*. Así pues, es sumamente engañoso, por decir lo menos, que los investigadores del descenso de la banda de Bush a las cloacas del mundo lamenten que al emprender la guerra contra el terrorismo, Estados Unidos haya extraviado el rumbo. No se quiere decir con esto que Bush-Cheney-Rumsfeld, et al., no hayan incorporado innovaciones importantes. En la práctica normal estadounidense, la tortura se encomendaba a subsidiarios, no la ejecutaban estadounidenses directamente en cámaras de tortura propias, instaladas por su gobierno. En palabras de Allan Nairn, quien ha llevado a cabo algunas de las investigaciones más reveladoras y valerosas sobre el tema, lo que la [prohibición de la tortura] de Obama cancela es ese pequeño porcentaje de tortura que hoy realizan estadounidenses, pero conserva el conjunto abrumador de la tortura del sistema, que es llevado a cabo por extranjeros bajo patrocinio estadounidense. Obama podría dejar de apoyar a fuerzas extranjeras que torturan, pero ha elegido no hacerlo[108].

¿PUEDE EXISTIR TERRORISMO SIN ESTADO?

Hemos visto hasta aquí las bases materiales, objetivas, que sostienen la estructura del Estado como parte esencial del sistema capitalista en su conjunto, como el engarce imprescindible entre la violencia burguesa y la civilización del capital. Sin embargo, una corriente de la casta intelectual se empecina en negar o reducir el papel del Estado tanto en la sociedad capitalista como, muy especialmente, la necesidad del Estado obrero y del poder popular en el tránsito al socialismo. Debemos solventar este escollo antes de poder seguir investigando qué es el terrorismo. Si negamos la importancia del Estado o la reducimos a su mínima expresión, negamos a la vez la esencia genético-estructural de la violencia en toda sociedad explotadora y la naturaleza histórico-genética de esa violencia en el modo de producción capitalista, con lo que el terrorismo queda reducido a una simple explosión casual y azarosa del irracionalismo de los instintos asesinos de la animalidad genética de nuestra especie.

Aunque parezca una herejía, hay que admitir la responsabilidad de Foucault en el debilitamiento de las nociones de «poder de clase», «poder estatal», etcétera; o sea, de la licuación del papel del Estado como centralizador estratégico y frecuentemente táctico de los micropoderes que Foucault analizó. Desde una visión benevolente de Foucault, es innegable que podemos aprender algunas cosas por él aportadas. Ésta es la idea de F. J. Martínez que sostiene que la concepción del poder de Foucault no reside solo en el Estado, sino en otras muchas instituciones y aparatos, siguiendo en esto a Gramsci, y criticando a la escuela althusseriana. Según la versión de este autor, entre las ontologías de Foucault destaca su última fase en la que «sustituye la concepción negativa, represora y excluyente que tenía el poder en la historia de la locura por una noción más flexible, según la cual, el poder, más que reprimir y negar, reconduce, orienta, dirige, disciplina, en una palabra, las energías y especialmente la sexual, sobre la que se monta un cuerpo teórico y práctico considerable en el

108. Noam Chomsky: *Por qué no podemos ver ni los árboles ni el bosque: tortura y amnesia histórica*, http://www.rcci.net/globalizacion, junio de 2009.

que se unen el poder religioso, el poder político y el poder médico»[109]. En realidad, en estas palabras no aparece nada esencialmente novedoso, sobre todo si partimos de la dialéctica de la producción y reproducción antes vista, y si hemos sido radicalmente críticos contra las «hinchadas vaciedades» de Althusser, como las definió M. Sacristán.

Hay que decir que Foucault amplía y mejora el sendero por el que se introdujo en la progresía eurocéntrica la creencia de que el Estado ya no era necesario, ya no tenía sentido, y de que el poder de clase como unidad de objetivos centralizados en el Estado había desaparecido con este. Agrandada esta brecha, luego vinieron los postmodernos y Negri, y toda la recua de charlatanes, mientras que el imperialismo fortalecía y ampliaba sus Estados, los relacionaba mejor entre ellos y se lanzaba a una ofensiva mundial en la que el terrorismo iba adquiriendo cotas insospechables. Una de las mejores síntesis comunes, al uso del pensamiento oficial, de la obra de Foucault en la fase de 1970 a 1980, centrada en los textos básicos de *Vigilar y castigar* e *Historia de la sexualidad*, nos la ofrece M. Poster al mostrar cómo en ambos textos Foucault sostiene que «conocimiento y poder están profundamente interrelacionados, y que su configuración gravita como una presencia imponente sobre la sociedad industrial avanzada, impregnando los repliegues más íntimos de la vida cotidiana. La forma de dominación característica del capitalismo avanzado no es la explotación, ni la alienación, ni la represión, ni la anomia, ni la conducta disfuncional. Es una nueva pauta de control social que está encastrada en la práctica de varios y numerosos puntos del campo social, formando una constelación de estructuras que está a la vez en todas partes y en ninguna»[110].

Según este autor, Foucault barre y echa a la basura todas las teorías anteriores. Pero si nos fijamos bien, el grueso de ellas son marxistas: explotación, alienación y represión; la anomia, pertenece a Durkheim, al que volveremos al analizar el papel de la sociología en la legitimación del terrorismo. Y la conducta disfuncional hace referencia

109. Francisco J. Martínez Martínez: *Las ontologías de M. Foucault*, FIM, Madrid 1991, p. 143.

110. M. Poster: *Foucault, el marxismo y la historia*, Paidós, Buenos Aires 1987, pp. 117-118.

al funcionalismo yanqui desde que Parsons le dio cuerpo[111] en la mitad del siglo XX, en los años dorados del imperialismo yanqui, corriente oficial y dominante de la sociología en cuanto base «científica» de la ideología burguesa, corriente oficial que sigue dominando con adaptaciones sucesivas y que explica cómo y por qué hay que integrar en la reproducción del capitalismo a las «conductas anómalas». Según la versión de Poster, Foucault no deja títere con cabeza, cuando en realidad lo que hace, según este autor, es atacar lo esencial de la teoría revolucionaria, la existencia objetiva de la explotación asalariada, y embellecer el ataque central con otros ataques secundarios y nada originales a la sociología en dos de sus ramas políticas más comunes. Por último, y para no extendernos, no podemos dejar de recordar el «misterio de la Santísima Trinidad» y todo el idealismo barato cuando leemos que el control social está «a la vez en todas partes y en ninguna». Juegos de palabras típicos de la teología.

Nosotros preferimos darle la palabra a M. Ivo Delicado, que está en lo cierto al decir:

> El problema del planteamiento foucaultiano es que si resulta completamente irrelevante quién ejerza el poder, este ya no es tal porque se disipa como el humo. Parece que se olvida del sentido del poder, esto es, de concretar hacia dónde y desde dónde surge el poder. Cuando el poder no lo ejerce nadie, ya no podemos hablar de poder. Si nadie vigila a nadie, puesto que cualquiera lo puede hacer, no hay razón lógica para sentirse vigilado. Pensar que todos llegamos a ejercer el poder del mismo modo, es una manera de decir que no hay poder y, por lo tanto, de eludir el problema. En este preciso punto es donde Foucault nos muestra su lado más nihilista o negador del límite. En el ámbito de una microfísica del poder no es posible hablar de poder. Si cualquiera puede ejercer el poder, nadie tiene por qué ejercerlo[112].

Desde esta perspectiva marxista, D. Krujoski profundiza en una crítica que llega a la raíz misma de la debilidad de Foucault en lo relacionado con la teoría del poder y del Estado: la ausencia de un

111. Talcott Parsons: *El sistema social*, Alianza Editorial, Madrid 1999, pp. 239-307.

112. Martín Ivo Delicado Cárdenas: «De la caverna al panóptico. Consideraciones en torno al poder», en *Cuadernos de Materiales*, nº 13, *Poder y control social*.

estudio crítico de las relaciones entre lo político y lo económico:

> «Pero de la lectura de muchos trabajos de F (Foucault) se desprende que, para este autor, las relaciones de poder no tienen otro fundamento que ellas mismas. En tal sentido no pudo proveernos de un análisis de las fuentes del poder, puesto que sus reflexiones no encararon detalladamente las relaciones entre la política y la economía. Aunque reconociera que la existencia de las técnicas disciplinarias se vinculaba íntimamente con lo económico, esa dimensión apenas asoma en algunos de sus textos. Justamente en *Vigilar y castigar* su analítica del poder presenta esa inexplicación de las resistencias, cómo un individuo tan maquínicamente construido podría ser capaz de oponerse a la dominación, si bien F reconoció que el carácter relacional del poder implica una constante tensión entre el poder y la oposición, donde hay poder siempre hay resistencia, sus afirmaciones, por su indistinción y generalidad, no resuelven el problema de la ausencia de fundamento de las resistencias. Si no se puede fundamentar el poder fuera del poder mismo, si no se desvela la constelación compleja entre dominación y explotación, entre lo político y lo económico, el poder acaba por ser absolutizado y esencializado».

D. Krujoski continúa diciendo que Foucault no llega a tener una concepción verdaderamente crítica de la modernidad capitalista, sino una visión limitada por el influjo de Weber en la que desaparece la dialéctica de las contradicciones en el interior de la modernidad capitalista, que es la que permite comprender por qué surge realmente la lucha de clases. Los conceptos de explotación asalariada, de plusvalía y de mercancía son inherentes al de «modernidad», y ni Weber ni Foucault los entendieron, como tampoco Horkheimer y Adorno. Pero al desconocer la dialéctica de la explotación inherente a la modernidad capitalista, se desconoce obligatoriamente la dialéctica entre poder y Estado, otra de las limitaciones de Foucault:

> Otra de las limitaciones del planteamiento de F (Foucault) es que no nos aclara la relación entre la positividad del poder, su carácter esencialmente productivo, y ese núcleo coactivo que es también esencial a todo poder, no precisa esa naturaleza coercitiva e impositiva, el referente de la coacción que el poder representa en la sociedad capitalista. Lo que quizá le llevó a subvalorar el papel del Estado en la conformación y mantenimiento de la dominación moderna. La

> observancia del análisis de la lucha de clases permitió a Gramsci salvar algunas unilateralidades presentes en F, ambos coincidieron en que el poder no es algo impuesto desde arriba, comprendiendo que es producido y reproducido en los intersticios de la vida cotidiana, el poder es ubicuo, pero Gramsci al contrario de F no evoca la imagen de ubicuidades «incalificables e incuantificables» de poder, si el poder está en todas partes, no está en todas partes en la misma forma y el mismo grado, algunos grupos sociales poseen más poder económico, social y cultural que otros, y poseen estos dos últimos porque poseen el primero, y en tanto este desbalance de poder no es fácilmente subvertible, existe una direccionalidad de las relaciones de poder. Mientras Gramsci coincide con F en sus tesis sobre la ubicuidad del poder, difiere de aquel cuando especifica el carácter igualmente ubicuo de la desigualdad de las relaciones de poder. Si bien todos los individuos son sitios del poder, no todos ellos incorporan, cuantitativa y cualitativamente, la misma forma de poder. Algunos poseen más, y otros menos, y la direccionalidad del poder en las relaciones de poder tiene como finalidad la conservación de este balance desigual de poder [113].

Sin embargo, para conocer qué es el terrorismo debemos utilizar conceptos decisivos como los de política, economía, explotación, mercancía, Estado, etcétera, cosa que, como hemos visto en la crítica de Krujoski a Foucault, este no emplea.

Por otra parte, es meritorio el esfuerzo de D. Pierbattisti por llenar los vacíos de Foucault en lo relacionado con el poder, mediante la ayuda de Clausewitz, dejando ahora de lado algunas discrepancias sobre todo en lo relacionado a las diferencias entre la lógica dialéctica y la «lógica estratégica» que propone el autor. Insistir en la importancia de los «objetivos políticos» es vital si la política se entiende en su sentido marxista, como quintaesencia de la explotación y del poder de clase. También es importante la recuperación del «modelo de guerra», cogido de otro autor que Pierbattisti cita:

> La importancia del modelo de guerra es que se trata de un ejercicio sobre la confrontación de fuerzas materiales, que permite observar la materialidad de las fuerzas sociales. Así, empieza a objetivarse, a tomarse conciencia del ámbito del poder como «modo de producción».

113. Diego Krujoski: *Ubicuo poder: Ubicua diferencia. El legado de Foucault y el marxismo*, http://www.corrientepraxis.org.ar, 19 de agosto de 2007.

> El modelo de la guerra, originado en el campo del enemigo, empieza a clarificar el ámbito del poder porque nos advierte de la materialidad de las fuerzas sociales, pero, además, porque nos indica que la fuerza material deviene no solo de los instrumentos materiales sino de los cuerpos; y, en particular, de la relación entre el ámbito de las cosas y el ámbito de los cuerpos. Este es el camino por el que se ha empezado a tomar conciencia del poder. El ámbito del poder es, de una manera u otra, el largo proceso de constitución de la materialidad involucrada –pero siempre mistificada, encubierta, enmascarada– en las relaciones sociales entre los cuerpos[114].

Por último, otro de los campos de investigación que permite el «modelo de guerra» es el de replantear las relaciones entre violencia-terrorismo, patriarcado y su sistema de saber, y la crítica feminista a favor del denominado «privilegio epistemológico», es decir, que para conocer bien la situación de las gentes oprimidas, hay que ser persona o colectivo oprimido, en este caso las mujeres. Además, y aquí viene la crítica a Foucault, esta corriente feminista que se declaraba deudora del materialismo histórico marxista, sostiene que Foucault «no admite que el discurso de un grupo oprimido sea mejor, en el sentido de más cercano a la realidad, que los discursos dominantes. Para él no existe ninguna perspectiva privilegiada epistemológicamente para la elaboración del conocimiento. El discurso de las mujeres sería, para Foucault, un discurso más»[115]. Esta crítica, además de demoledora porque va a la raíz del problema del conocimiento desde el materialismo dialéctico e histórico, es coherente con las dos vistas anteriormente. Existe una estructura de violencia que funciona unitariamente en toda la sociedad patriarco-burguesa para garantizar el beneficio, unidad que sin embargo no anula la gran autonomía de algunas de sus partes sino que la exige para lograr mejor sus objetivos. Pero, al final del análisis, las diversas violencias no remiten al Estado como centralizador estratégico, lo que sucede también con la violencia y el terrorismo patriarcal que en lo fundamental se termina rigiendo por las grandes decisiones estatales en aspectos vitales como

114. Damián Pierbattisti: «Clausewitz-Foucault: apuntes para un debate inexistente», *Herramienta*, nº 36, Buenos Aires, octubre 2007.

115. Carmen Magallón Pórtoles: «Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder», en *Interacciones ciencia y género*, Icaria, Barcelona 1999, p. 66.

la política poblacional, los gastos sociales y públicos, la política sanitaria, educativa, etcétera, y la mayor o menos indiferencia legal y punitiva con respecto al terrorismo sexual que padecen las mujeres.

La visión marxista sostiene que son los grupos oprimidos, en este caso las mujeres, los más capacitados para comprender desde dentro la dinámica de explotación y violencia, porque la viven en carne propia, mientras que desde fuera es mucho más difícil entenderlo, o imposible. Ahora bien, nada de esto se comprendería si no se viese que las explotaciones que ejerce el capitalismo sobre diversos colectivos –básicamente, patriarcal, sexual, etcétera; etno-nacional, racista, etcétera, y de clase– son diferentes y específicas en su forma pero coincidentes en su objetivo básico: la obtención de beneficio material y simbólico. Es sobre todo en este segundo aspecto, el más oculto, en el que el Estado juega su papel centralizador decisivo. Dado que Foucault se despreocupa del Estado y de la centralidad de la violencia, dado que se despreocupa de las diferencias en las explotaciones, por estos y otros motivos, su aportación al tema que tratamos –todo lo relacionado con el terrorismo–, siendo válida en lo micro y aislado, falla en lo decisivo, en lo macro y en lo estructural. El «modelo de guerra», por el contrario, permite estudiar cómo las diversas estrategias parciales y particulares de los micropoderes concretos terminan o empiezan confluyendo en el Estado para mejor obtener sus objetivos, aunque muchas de sus tácticas se ejerciten de manera tan autónoma y distante en lo cotidiano del Estado que parezcan ser plenamente independientes de este, cuando no es cierto.

El «modelo de guerra» nos remite al Estado dominante, a las contradicciones de todo tipo, desde las de sexo-género hasta las clasistas pasando por las nacionales. Los micropoderes y las resistencias concretas que generan y a las que se enfrentan, tienen en el Estado su centralizador estratégico de modo que, como veremos en su momento, si al Estado le interesa ocultar, disminuir o manipular la realidad del terrorismo empresarial, los llamados «accidentes de trabajo», o del terrorismo racista, o del terrorismo machista, o de otros terrorismos, si quiere hacerlo, y lo quiere, tiene recursos de sobra para lograrlo. Comparando la minúscula cantidad de textos científico-críticos sobre la violencia –al margen de lo que pensemos hacia cada

uno de ellos– con la enorme cantidad de toda clase de publicaciones y otros medios propagandísticos burgueses, viendo tamaña desproporción comprendemos más fácilmente la derrota de la izquierda a la hora de defender y legitimar la teoría de la violencia y rebatir la propaganda del «terrorismo». Dentro de esta desproporción de medios, también juegan a favor del sistema capitalista otros instrumentos como son la alienación y el fetichismo de la mercancía que si bien actúan en una esfera básica de la realidad social, la más profunda y decisiva como es la de la producción y reproducción, por ello mismo tienen efectos devastadores sobre la capacidad humana de conciencia crítica, anulándola muchas veces.

No podemos extendernos en una crítica general de Foucault, pero, para acabar este punto, debemos decir que precisamente es en lo relacionado con el Estado como aparato centralizador y definidor de la estrategia de violencia, miedo y terror de la burguesía, en donde han surgido opiniones duras contra este investigador al cual nadie niega sus méritos en cuestiones secundarias. J. Fontana, tras reconocer que las obras fundamentales de Foucault aportaron una crítica de los mecanismos ocultos del poder que el saber establecido, los historiadores oficiales y dominantes, había pasado por alto. Pero añade de inmediato que:

> Sorprende por otro lado que el poder, que se supone controla tan eficazmente la sociedad, consintiese que sus métodos ocultos fuesen denunciados por un hombre a quien permitían que llegase a una cátedra del Collège de France a los cuarenta y cuatro años. Se ha dicho que resultaba útil porque alejaba a los intelectuales críticos de cuestiones como las de la economía, que afectan directamente «al poder», y los desviaba hacia el terreno de la filosofía: hacia unas teorizaciones expresadas en lenguajes codificados y con un vocabulario esotérico, apto solamente para los iniciados. Con motivo de la publicación de *Surveiller et punir*, Jean Léonard observó que Foucault abusaba en sus denuncias de expresiones impersonales y se preguntaba: «no se sabe quiénes son los autores: ¿poder de quién?». Esto no significa, sin embargo, que Foucault fuese un instrumento consciente del sistema; la confusa evolución de sus ideas políticas, que pasaron en pocos años de la proximidad al maoísmo al descubrimiento, con motivo de un viaje a Irán en 1978, de «una política espiritual que era un modelo para todo el mundo» –seguida, poco después, por el desencanto ante «el

gobierno sediento de sangre de un clero fundamentalista»–, refleja las fluctuaciones de su vida[116].

Después de esta demoledora andanada, Fontana continúa reconociendo que los problemas planteados por Foucault eran importantes, aunque estaban presentados confusamente y «a veces de forma tramposa», y que su influencia en los historiadores, en la mejora del método histórico gracias a sus aportaciones, fue muy reducida debido a su «conocimiento sesgado y escaso de las fuentes, agravado por el uso de citas textuales adulteradas y por la formulación de afirmaciones de forma vaga, que no permitía someterlas a crítica»[117]. Tras extenderse un poco más en estas y otras limitaciones de Foucault, Fontana pasa a exponer el definitivamente esclarecedor comportamiento del filósofo francés a raíz de las críticas que P. Vilar hizo a uno de sus escritos publicado en un volumen especial, *Faire de l'histoire*, editado por los *Annales*: «El primer problema lo tuvieron con la contribución de Pierre Vilar a *Faire de l'histoire*, que los compiladores no se habían preocupado de leer antes de darla a la imprenta. El texto contenía una denuncia de las trampas y errores de Foucault y daba a entender que eran tan grandes que solo podían ser deliberados. La ira de Foucault ante esta denuncia le llevó a exigir a los compiladores que el texto de Vilar se retirase en la segunda edición, demanda propia de la miseria moral del personaje y que demuestra su incapacidad de enfrentarse a una crítica hecha con rigor»[118]. Y a pie de página, Fontana explica cómo la presencia de un historiador marxista de la talla de P. Vilar servía para dar «color progresista» a una revista, los *Annales*, en la que escribían autores de la extrema derecha, y que otro historiador de prestigio innegable, Hamilton, salió en defensa de P. Vilar porque encontraba que su denuncia a Foucault era «totalmente apropiada».

Nos hemos extendido en estas cuestiones no porque sean «menores» o «secundarias», o porque coincidan con nuestra visión crítica de las aportaciones y limitaciones de Foucault, sino porque

116. Josep Fontana: *La Historia de los Hombres*, Crítica, Barcelona 2001, p. 289.

117. Josep Fontana: *La Historia de los Hombres*, op. cit., pp. 289-290.

118. Josep Fontana: *La Historia de los hombres*, op. cit., p. 191.

tocan un tema central en el debate sobre el terrorismo: en la medida en que el Estado desaparece de la teoría, o es reducido a una mera abstracción sin importancia en la opresión sociopolítica, sin incidencia en la explotación social, sin responsabilidades en la dominación cultural e ideológica, al margen de la dictadura de sexo-genero patriarcal, etcétera, en esta medida se facilita la penetración de la ideología burguesa en todos los recovecos de la sociedad. Y una de las características de la ideología burguesa es que se presenta así misma como el dechado de las virtudes del pacifismo, y condena a la teoría marxista y a la praxis revolucionaria como la quintaesencia del terrorismo.

Es cierto que Foucault no ha llegado a tanto, y que en muchas de sus obras aparecen denuncias de violencias burguesas y actos de solidaridad contra el terrorismo y el fascismo, pero sus debilidades y silencios facilitan que la ideología del capital se cuele por otros resquicios, del mismo modo que sucede lo mismo con el estructuralismo «marxista» en el que no aparece en modo alguno la voluntad consciente de la clase burguesa para causar el mayor daño posible, para aterrorizar física y mentalmente todo lo posible a la humanidad trabajadora cuando esta burguesía ve en peligro su propiedad privada, su Estado y su monopolio de la violencia. La tesis althusseriana de la «historia sin sujeto» es incapaz de entender que el terrorismo lo aplican sujetos sociales precisos, con nombres y apellidos, con domicilios, cuentas corrientes y con grandísimas propiedades privadas. Por último, tampoco el postmodernismo es capaz de criticar el terror y su papel en la historia humana porque ello le obligaría a recurrir a conceptos del materialismo histórico como «modos de producción», «clases sociales» y otros que son rechazados como «metarrelatos».

PODER POPULAR CONTRA TERROR

La evanescencia del papel del Estado en el imperialismo de finales del siglo XX y comienzos del XXI fue facilitada, en buena medida, por los «descubrimientos» de Foucault y por el rechazo

explícito de la dialéctica. La tesis foucaultiana del «biopoder», que parece materializarse en la panoplia de aparatos tecnológicos y medios psicológicos de control social, desde la videovigilancia y los brazaletes electrónicos para los criterios médicos, es actualizada según D. Bensaïd por una corriente intelectual que va desde Negri hasta G. Agamben, según la cual la «omnipresencia del control uniforme»[119] anularía la capacidad de lucha y resistencia de las masas explotadas en los múltiples campos en donde sufre esa explotación, lo cual no es cierto y sí es muy peligroso por cuanto desmoralizador y desmovilizador.

Las obras de Negri y de Holloway son, por ahora, la espuma hueca e inasible teóricamente de la evanescencia del Estado y del terrorismo. Hace pocos años era mucho más urgente que ahora desmontar las vaguedades de Negri pero la precipitación de la crisis capitalista desde verano de 2007, las intervenciones de los Estados capitalistas entregando al capital financiero ingentes cantidades de dinero público a costa de las clases trabajadoras, y el endurecimiento imperialista, es decir, el derrumbe de la ficción postmodernista, ha dejado a Negri en el más espantoso de los ridículos. De cualquier modo, quien desee acceder a una crítica más detenida del reformismo de Negri puede leer el texto *¿Marxismo en el siglo XXI?*[120]. Sucede lo contrario en el caso de Holloway por la simple razón de que la crisis capitalista ha demostrado que el accionar del Estado burgués se acelera en situaciones como las actuales, y que, frente a ello, el movimiento obrero, los pueblos oprimidos, las mujeres explotadas, etcétera, necesitan sus propios poderes de autodefensa y de avance en la liberación.

La realidad es tozuda y recientemente se acumulan las informaciones fidedignas que indican que se están intensificando los planes imperialistas contra Venezuela, planes que van desde la amenaza externa, con las bases militares norteamericanas en Colombia, la IV Flota, hasta el entrenamiento de terroristas

119. Daniel Bensaïd: *Elogio de la política profana*, Península, Barcelona 2009, p. 69.

120. Iñaki Gil de San Vicente: *¿Marxismo en el siglo XXI?*, Universidad Central de Ecuador, 2007, pp. 175-227, a disposición también en internet.

venezolanos para que provoquen tensiones internas que desestabilicen el país. Teniendo en cuenta todo esto, P. F. Alvarado se pregunta si Estados Unidos no estará reactivando contra Venezuela la vieja y fracasada Operación Mangosta ideada por la administración Kennedy a finales de 1962 destinada a sumir a Cuba en el caos mediante centenares de actos terroristas[121]. Lo que ahora más nos interesa de tales informaciones es que muestran, primero, cómo el imperialismo sigue existiendo y siendo uno, en contra de las afirmaciones de Negri, y, segundo, cómo la existencia de un poder que cuente con una amplísima participación y apoyo populares es decisiva para derrotar al terrorismo en sus formas permanentes, tanto en la Cuba de 1962 como en la Venezuela actual, en contra de las ideas de Holloway. Si el imperialismo fracasó contra Cuba fue debido, fundamentalmente, al poder popular cubano, y si está fracasando contra Venezuela es debido, fundamentalmente, al poder popular bolivariano. La dialéctica nos permite fundir en una sola lección teórica las experiencias cubana y venezolana, enseñándonos la importancia innegable del poder popular para vencer al terrorismo, al imperialismo, desautorizando así a Negri y a Holloway.

Holloway ataca la raíz misma de la teoría marxista del Estado y del poder obrero cuando desautoriza de forma lapidaria y sin argumento alguno toda la obra de Lenin, Rosa Luxemburg, Trotsky, Gramsci, Mao, el Che. Todos quieren luchar contra el poder burgués mediante otro poder, el proletario, y eso es un error. Holloway no analiza las tesis de cada uno de estos revolucionarios, sino que los excomulga a todos a la vez y sin pruebas, con afirmaciones genéricas[122]. Exceptuando la parte dedicada al fetichismo, que puede ser leída con atención, la falta de contenido real de sus tesis reaparece nada más terminar ese tema, y llega al culmen de la nada cuando intenta describir la «realidad material» del anti-poder, afirmando que «el anti-poder es ubicuo [...] su invisibilidad»[123], frase de claras resonancias foucaultianas. Una empresa recuperada por los trabajadores y mantenida en su poder

121. Percy Francisco Alvarado Godoy: *¿Desempolva la CIA la Operación Mangosta contra Venezuela?*, http://www.rebelion.org, 30 de septiembre de 2009.

122. John Holloway: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Herramienta, Buenos Aires 2002, p. 37.

123. John Holloway: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, op. cit., p. 226.

asambleario, defendiéndola de las agresiones del Estado burgués, esta experiencia no tiene nada de ubicuo, no es invisible, sino que es un campo de lucha absolutamente material, concreto y palpable[124], en el que se debaten de nuevo buena parte o todas las tesis clásicas del movimiento revolucionario desde el inicio del cooperativismo y del consejismo. Podríamos seguir con el resto de luchas obreras y populares que han logrado avanzar y asentarse, siquiera transitoriamente a la espera de poder resistir el contraataque burgués, para ver lo espurio de la demagogia de Holloway.

Pero flotar en una abstracción tan vaporosa a la fuerza genera contradicciones, sobre todo si su autor usa terminología marxista, como se aprecia en un texto algo posterior: «El dinero y la propiedad son formas muy violentas de lucha. Sin duda, han causado en los recientes veinte años muchas más muertes que todas las guerras libradas en el último siglo. Cada día mueren 35 mil niños, simplemente porque la propiedad y el dinero les separan de lo que necesitan para sobrevivir»[125]. ¿Cuáles son las mediaciones que permiten que el dinero y la propiedad maten a 35.000 niños al día en todo el mundo? No encontraremos respuesta alguna a esta pregunta, pese a que es fundamental para avanzar en las luchas concretas, nada ubicuas e invisibles, contra las causas de tantas muertes. En el mismo escrito leemos:

> El concepto de clase subraya el hecho de que detrás de las cuestiones particulares (por ejemplo: contra el sida en África, por copiar música en internet, contra la pobreza en América Latina, etcétera) existe una lucha única: la lucha del capital para extraer ganancias, es decir, la lucha de parte del capital por explotar, convertir el hacer en trabajo e imponer su forma de relaciones laborales; y la lucha de nuestra parte en contra de todo esto, por una forma diferente de hacer, una sociedad basada en el reconocimiento de la dignidad humana[126].

124. Freteco: *Apertura del Segundo Encuentro Latinoamericano de empresas recuperadas por sus trabajadores*, http://www.elmilitante.org, 26 de junio de 2009.

125. John Holloway: «¿Dónde está la lucha de clases hoy?», en *Antagonismo social y marxismo crítico*, Herramienta, Buenos Aires 2004, p. 101.

126. John Holloway: «¿Dónde está la lucha de clases hoy?», op. cit., p. 102.

Para luchar contra el sida en África ¿es necesario disponer de poderes populares armados e internacionalmente coordinados –un Estado– capaces de vencer a las transnacionales capitalistas de la salud, y presionar en las Naciones Unidas para detener la política imperialista de patentes de los descubrimientos científicos? Holloway no responde, cuando tiene a su disposición toda la impresionante experiencia cubana, con sus logros y conquistas mundialmente reconocidas[127]. ¿Cómo luchar contra la propiedad cultural y a favor de bajarse la música en internet si no es con grandes movilizaciones que presionen a las transnacionales y que, además de hablar de «dignidad humana», sobre todo reivindiquen el saber colectivo, desmercantilizado? ¿Se puede avanzar mucho en esta lucha sin un poder de masas capaz de meter en cintura al capitalismo? J. Fernández Bulté cuenta en su prólogo a un libro básico, cómo actuaron Fidel Castro y la revolución cubana en 1966 para romper el cerco económico y político imperialista que estaba a punto de dejar sin libros al pueblo: nacionalizando la cultura, saltando por encima de la legislación burguesa internacional y contactando directamente con los autores sin respetar el derecho burgués de la industria cultural capitalista[128]. Sin un Estado independiente, Cuba jamás hubiera podido tomar aquella decisión transcendental para su futuro. ¿Cómo luchar contra el hambre en América Latina si no es frenando en seco a sus burguesías y al imperialismo? Pongamos el ejemplo de Bolivia, que es el de toda América: las sublevaciones populares en defensa del agua, del gas y de los recursos del país han puesto en el orden del día el problema del poder popular más a la izquierda que los gobiernos progresistas actuales[129].

Hemos respondido a cada una de las generalidades de Holloway con su correspondiente crítica concreta, basada en experiencias sociales precisas, que han costado sufrimientos y sangre, y que motivan reflexiones teóricas muy ricas y decisivas. No es este el

127. Movimiento Bolivariano de Solidaridad con Cuba: *La verdad de la cooperación médica cubana*, http://www.kaosenlared.net, 3 de septiembre de 2009.

128. Julio Fernández Bulté en *Derecho de ¿autor?*, de Lillian Álvarez Navarrete, Ciencias Sociales, La Habana 2004, pp. VII-XVI.

129. Yasser Gómez: *El marxismo tenemos que indianizarlo. Entrevista a Felipe Quispe «El Mallku»*, http://www.kaosenlared.net, 5 de septiembre de 2009.

sitio para extendernos en esta cuestión porque necesitaríamos varias páginas más, pues someter a crítica una abstracción exige, en primer lugar, sentar las bases históricas de las que se parte, contrastadas y contrastables, para no degenerar en el mismo bizantinismo metafísico de Holloway y, después, mostrar que todas ellas nos conducen al problema del Estado, de las violencias y del terrorismo como arma última del poder burgués tanto en las cuestiones planteadas por Holloway como en todas las restantes. A. Borón ha desmontado de manera brillante el idealismo subyacente en la tesis de Holloway y de otros autores de lo que él define como un «extravío teórico-político» en un momento en el que el capitalismo está interesado en ocultar el papel criminal de su Estado mientras que, a la vez, lo refuerza y expande en sus fuerzas armadas y sus presiones económicas por todo el planeta. La crítica de Borón a Holloway es radical no solo en el fondo sino también en la forma, porque sostiene que el planteamiento de Holloway no es utópico, sino quijotesco o quimérico, algo totalmente opuesto a la utopía[130]. Por su parte, G. Almeyra, en su crítica a Holloway, reprochándole que desconoce lo que sucede en Argentina, en Chiapas, y en otros lugares, pone el dedo en la llaga: «Pero la política tiene a su favor que el capital, para realizarse, necesita también hacer política, necesita territorio, necesita el Estado (las leyes favorables, los jueces corruptos, los policías represivos, etcétera)»[131]. Y por no repetirnos, D. Bensaïd, en el mismo volumen y tras repasar muchas experiencias históricas incluida la zapatista, dice que «Holloway alimenta ilusiones peligrosas»[132].

Con todo, una de las críticas más demoledoras a las peligrosas ilusiones quijotescas de Holloway, la encontramos en las declaraciones de un militar argentino retirado que sí conoce desde dentro cómo es el aparato estatal en su núcleo duro, en esos jueces corruptos, en esa policía represora, en esas leyes que siempre favorecen al capital y en ese ejército formado para el golpe militar. H. Ballester dijo en 2001 que las fuerzas armadas argentinas tenían

130. Atilio Borón: «Poder, “contrapoder” y “antipoder”», en *Contra y más allá del capital*, J. Holloway, Edit. Milenio Libre, Caracas 2006, p. 156.

131. Guillermo Almeyra: *El dificultoso no-asalto al no-cielo*, op. cit., p. 174.

132. Daniel Bensaïd: *¿La revolución sin tomar el poder?*, op. cit., p. 193.

«solo misiones represivas» contra quienes rechazan el neoliberalismo, contra las rebeliones campesinas y contra los pueblos del mundo que rechazan el orden imperialista. Sigue explicando cómo a partir de 1930 el ejército se distancia cada vez más del pueblo y tras enumerar una enervante lista de golpes militares que «van aumentando en frecuencia y virulencia», hasta llegar al de 1976-1983 concluye: «Dejaron así de ser las Fuerzas Armadas nacionales para convertirse en las fuerzas de la represión de regímenes repudiados por la mayoría de la población, ya que no sirven a intereses argentinos sino foráneos, así como de los servidores vernáculos que van sobreviviendo a todos los cambios de gobierno, sean dictaduras militares o democracias de baja intensidad»[133]. Una de las cosas buenas de estas palabras es que están dichas en un debate sobre la sociedad postmoderna, presentando una visión de largo alcance, una perspectiva histórica coherente que critica el mito de la desaparición del poder de clase y su difuminación entre la sociedad.

Hemos iniciado este capítulo sobre el Estado como el engarce entre la violencia y la civilización del capital, como el centro que dirige el terrorismo que garantiza la propiedad privada en los momentos críticos, y lo hemos concluido viendo la inconsistencia de las tesis que aseguran que el Estado ha dejado de existir, o ya no es importante, precisamente cuando el capital culmina la fusión entre militarismo y Estado. Pero debemos ser más precisos en nuestro análisis una vez que nos hemos liberado de los tópicos reformistas.

133. Horacio Ballester: «El poder militar», en *El poder en la sociedad posmoderna*, Prometeo, Buenos Aires 2001, pp. 128-129.

3 TERRORISMO E IDEOLOGÍA BURGUESA

LAS CIENCIAS DE TERROR APLICADO

Mientras que la militarización capitalista era inseparable del fortalecimiento del Estado burgués, mientras que la lista de golpes militares y de Estado se acrecentaba desde finales de la guerra mundial, en 1945, mientras que las oleadas represivas «suaves» o «duras» se sucedían en los países capitalistas desarrollados para derrotar la oleada prerrevolucionaria iniciada a finales de los años sesenta, y, por no extendernos, mientras que los Estados multiplicaban sus intervenciones económicas en los ochenta para imponer la «salida neoliberal», por el lado de la casta intelectual y académica se procedía justo en la dirección contraria: negarlo todo, o lo esencial, como hemos visto en el caso de Foucault y otros. Lo peor de este retroceso o huida es que se ha dado no solamente en el momento de mayor ofensiva imperialista a escala mundial desde el estallido de la guerra de 1939-1945, con las espeluznantes experiencias prácticas amontonadas desde entonces, sino también en un momento en el que la teoría revolucionaria abierta o encubierta estaba aportando brillantes ideas al respecto, sobre el insustituible papel del Estado para la continuidad del capitalismo.

Empezamos recurriendo a una obra colectiva sobre las relaciones entre economía, política y militarismo en Estados Unidos entre 1945 y 1985, con una crítica totalmente premonitoria de los efectos a largo plazo de la política iniciada por la administración Reagan, consistente en reactivar al máximo la doctrina Monroe, en masificar la política

del miedo interno en Estados Unidos a un enemigo implacable y en pasar a la ofensiva en la lucha mundial contra el comunismo[1]. Para comprender en su justo alcance las implicaciones de estas palabras tenemos el ejemplo de la tristemente Escuela de las Américas creada en 1946, trasladada de lugar en 1984, cuando fue sacada de Panamá, cambiándole el nombre en 2001 tras conocerse muchos datos sobre su responsabilidad directa en golpes de Estado, en decenas de miles de desapariciones y asesinatos, en incontables detenciones y torturas, en campañas de guerra psicológica y de violencia reaccionaria de toda índole, y en muchas otras acciones terroristas. Se calculan que ha formado en las sucesivas doctrinas de contrainsurgencia a más de 60.000 militares, policías y agentes de nada menos que veintitrés países. Lo que nos interesa de este ejemplo, que no es el único, es la triple lección consistente en, primero, que aplicaba el pensamiento elaborado por investigadores siempre relacionados con el Estado y sus fuerzas armadas; segundo, tenía una directa relación con las industrias político-mediáticas de ésos y otros países y, tercero, respondía a una visión mundial del imperialismo yanqui, no solo a una visión estrictamente latinoamericana. Pero al final del análisis minucioso de todas las variantes, diferencias y matices que aparecen en la superficie de las prácticas geoestratégicas del imperialismo, en nuestro caso del norteamericano ejemplarizado en la Escuela de las Américas, lo que descubrimos no es otra cosa que «como resulta descaradamente patente, una vez más, este es el verdadero sentido de los conceptos geoestratégicos: siempre tienen una finalidad principal socioeconómica y solo secundariamente militar, política o ideológica»[2].

Este texto abarca una época en la que el imperialismo mantuvo grandes guerras en defensa de sus intereses pero también desarrolló nuevos métodos de dominación indirecta mediante el poder de penetración de las grandes empresas monopolísticas. No vamos a extendernos aquí en las características de los conglomerados

1. M. A. Cabrera, P. Calderón y M. P. Colchero: *EEUU 1945-1985 Economía Política y militarización de la Economía*, Iepala, Madrid 1985, p. 337.

2. M. A. Cabrera, P. Calderón y M. P. Colchero: *EEUU 1945-1985 Economía Política y militarización de la economía*, op. cit., p. 366.

transnacionales que, sin apenas recurrir a la violencia, invadían económicamente a los países débiles, empobreciéndolos todavía más. Durante la década de 1960 el poder efectivo de los monopolios era ya incuestionable, y su falta de escrúpulos generaba cada vez más preocupaciones en los países en los que se asentaban las transnacionales. En una brillante síntesis, J. Cambre presentó una «lista de seis temores de los países frente al poder imparable de los monopolios:

> Temor de que la compañía multinacional tomará mucho y dejará poco.
>
> Temor de que [...] aplastará la competencia en el país penetrado y alcanzará rápidamente una dominación monopolística del mercado y tal vez del conjunto de la economía nacional.
>
> Temor del país penetrado de hacerse dependiente de las fuentes extranjeras en lo que respecta a la tecnología moderna.
>
> Temor de que las subsidiarias de las compañías multinacionales se usen como un instrumento de política exterior del gobierno del país en el que está radicada la compañía matriz.
>
> Temor de que los mejores empleos se otorgarán a los ciudadanos del país originario de la empresa multinacional y no a los ciudadanos de la nación penetrada.
>
> Temor de que la compañía matriz adopte decisiones en flagrante desconsideración [...] de la economía nacional del país penetrado…
>
> Eso puede ocurrir simplemente si una empresa subsidiaria orientada hacia la exportación recibe órdenes de la casa matriz de que cese de exportar a determinado mercado extranjero debido a presiones políticas del gobierno del país originario[3].

Como se aprecia, estos temores surgían de las entrañas mismas de los pueblos ante, primero, el poder de saqueo de las multinacionales; segundo, ante su control interno creciente de los pueblos penetrados, y, tercero y especialmente, ante su pérdida de

3. J. Cambre: *Nuevo poder del capitalismo*, ZYX, Madrid 1972, pp. 97-98.

independencia económica y política de facto, que no de su independencia formal y aparente, sino de su decisiva independencia económica, superada por el poder de las transnacionales. Lógicamente, la necesidad de asegurar esta independencia real creció en respuesta a dichos temores, pero a la vez y en sentido opuesto, también creció la determinación de las multinacionales y de sus Estado-cuna, del imperialismo en suma, por aplastar de cualquier modo tales resistencias. Es en este contexto mundial de polarización entre los pueblos y el imperialismo en donde tenemos que ubicar el ascenso del militarismo capitalista en estos años.

Pero sin duda fue G. Menahem quien más «acertó» en la naturaleza de la militarización y en su tendencia expansiva en todos los sentidos, especialmente en lo que concierne a la determinación de la ciencia y del conocimiento por los intereses militares. Al final de su actual e impresionante texto, pese a los años transcurridos, el autor analiza «el control de las masas en vías de insurrección y las técnicas de la "represión suave"» constatando los «gigantescos esfuerzos para sofocar los movimientos de liberación nacional en todo el mundo»[4] realizado por Estados Unidos en la segunda mitad de los años setenta del siglo XX. Sostiene que a comienzos de los años sesenta Estados Unidos era consciente de que el orden mundial e interno sufría una crisis preocupante, por lo que decidió «recurrir una vez más a su valiosa aliada, la investigación científica y técnica» que, entre otras muchas medidas, tomó la de fichar en los nuevos ordenadores las características de cada uno de los hombres mayores de 14 años de la población del Sur del Vietnam, además de otras medidas de control y prevención anti insurreccional[5]. Sigue mostrando cómo en 1973 la OTAN empezó a investigar los aspectos psicosomático, psicodiagnóstico y terapéutico de la agresividad humana, ayudada por especialistas de la Alemania Federal, con avances en el uso del método de la privación sensorial, del aislamiento total impuesto a los prisioneros, así como de la «cámara insonorizada» en la que se daban a los prisioneros productos químico-farmacéuticos. Se investigó también sobre las primeras posibilidades de manipular genéticamente

4. George Menahem: *La ciencia y la institución militar*, Icaria, Barcelona 1977, p. 258.

5. George Menahem: *La ciencia y la institución militar*, op. cit., p. 260.

a las poblaciones y aunque se decía que aquello era ciencia-ficción, el autor sostiene que «la producción de *armas étnicas* que atacarían selectivamente a ciertas poblaciones con características genéticas especiales y solo a esas poblaciones, parece, por el contrario, pertenecer por completo a la realidad presente»[6].

Menahem informa que decenas de miles de policías y militares de todo el «mundo libre» fueron entrenados en estas novedades a la vez que aportaban sus experiencias prácticas. Especial importancia adquiere su crítica al comportamiento represivo del «reformismo del partido socialista francés», y hablando sobre la «represión suave» sostiene que es tímida «en comparación con aquellos procedimientos futuros que prometen los estudios del psiquismo y de los compuestos psicótropos [...] La privación sensorial es reforzada por un "ruido blanco" continuo que sofoca todos los demás ruidos producidos por el prisionero en su celda, con el objeto de debilitar su resistencia psíquica a los interrogatorios». Pero, tras reconocer que todavía, a mediados de los años setenta, tales métodos eran aplicados en pequeñas dosis, no duda en sostener que su aplicación a gran escala dependerá de si se agudiza o no la lucha de clases[7].

Por último, para lo que aquí nos interesa, el autor da cuenta de la evolución hasta ese momento de tres contradicciones en la violencia, y avanza otras tres hipótesis sobre su evolución previsible: la primera es que desde 1789 los conflictos entre las grandes potencias han adquirido la forma de guerra total, pero todo indica que la tecnificación científica de la guerra está acabando con la solidaridad y la disciplina al estilo antiguo imponiéndose la aplastante superioridad de la moderna técnica de la guerra científica; la segunda es que en las guerras contrarrevolucionarias, en las guerras contra las luchas de liberación nacional también se impone la alta tecnología destinada a aplastar y destruir a los pueblos rebeldes, mientras que la antigua «valentía colonial» es suplantada por «un diluvio de fuego y de muerte automatizado»; y la tercera es que la represión de las luchas revolucionarias en las metrópolis imperialistas también se está

6. George Menahem: *La ciencia y la institución militar*, op. cit., pp. 262-263.

7. George Menahem: *La ciencia y la institución militar*, op. cit., p. 268.

modernizando y tecnificando con rapidez en todos los sentidos, especialmente con la ayuda de la electrónica, y lo que es más importante, en las metrópolis se tiende a utilizar los métodos de «investigación y aniquilamiento» o de «destrucción y pacificación» experimentados en la sofocación de las guerras de liberación nacional[8].

Un tercio de siglo más tarde, las tres hipótesis sobre los desarrollos tendenciales fuertes han sido confirmandas inequívocamente tanto por la evolución del capitalismo como por otros estudios que han aportado nuevos datos. Por ejemplo, G. Piccoli ha recordado que ya en 1954 el presidente Eisenhower había constituido una comisión para estudiar formas de guerra que más tarde se denominarían de «contrainsurgencia», para atacar a los enemigos de Estados Unidos con métodos no convencionales, de guerra no declarada oficial y legalmente, métodos en los que la propaganda y lo que ahora se define como «guerra psicológica» ya estaban enunciados en su núcleo. Fue a partir de ese estudio que se avanzó en la industria del cine como arma de contrainsurgencia, de modo que Hollywood empezó años más tarde a inundar el mundo con las películas de Stallone, Schwarznegger y otros personajes idénticos, de manera que una investigación de la UNESCO de 1997 mostraba que 9 de cada 10 niños se identificaban con esos personajes[9]. Más adelante, este investigador explica cómo esa línea abierta en 1954, reforzada tras la humillante derrota imperialista en Vietnam, llevó a la creación de «ejércitos privados» asesinos y criminales en grado extremo, subvencionados por los Estados, que operaban al margen de la propia ley burguesa. Grupos terroristas que no solamente asesinaban en el Tercer Mundo sino también en Estados capitalistas «democráticos» como la red Gladio en Italia, o los GAL contra Euskal Herria[10].

Por otra parte, asistimos a una síntesis de las tres hipótesis

8. George Menahem: *La ciencia y la institución militar*, op. cit., pp. 269-270.

9. Guido Piccoli: *El sistema del pájaro. Colombia, laboratorio de barbarie*, Txalaparta, Tafalla 2004, pp. 226-227.

10. Guido Piccoli: *El sistema del pájaro. Colombia, laboratorio de barbarie*, op. cit., pp. 229-231.

avanzadas por Menahem, para ser aplicada en la lucha contrarrevolucionaria en los enormes, densos, enrevesados y hasta caóticos espacios urbanos en los que las grandes zonas industriales se entremezclan con las vías de transporte, con barriadas populares y empobrecidos, con zonas de almacenamiento de toda serie de productos y mercancías, con islotes burgueses acorazados y protegidos por tropas privadas, con aeropuertos cada vez más cercanos a estas gigantescas conurbaciones y con instalaciones portuarias sitas en su mismo centro geográfico.

L. Philippe ha estudiado las nuevas estrategias militares imperialistas[11] ante estas nuevas realidades. Los militares saben que los medios urbanos destrozados por la guerra y los bombardeos masivos son especialmente aptos para la guerra irregular urbana, en donde la moderna tecnología blindada y el control aéreo masivo pierden mucha de su efectividad. Y lo más grave para el imperialismo es que la mitad de la población mundial vive ya en estas gigantescas conurbaciones cada día más difíciles de controlar. Estas recientes mejoras represivas ahondan en las reflexiones sobre el mismo problema que ya se hacían con anterioridad y que engarzan directamente con los análisis de Menahem de hace un tercio de siglo. Aquí debemos recordar con especial interés el acierto que tuvo la Internacional Comunista cuando repartió masivamente el libro sobre la insurrección armada, arriba citado, sobre todo las páginas dedicadas a la lucha en las calles de las grandes ciudades[12], que adquieren cada día más importancia por la tendencia objetiva a la urbanización del mundo[13], por el crecimiento de las conurbaciones masivas en las que las enormes barriadas empobrecidas rodean a los pequeños núcleos acorazados en los que se refugia la gran burguesía mostrando la realidad del poder capitalista[14], y porque en estas luchas la clase dominante aplica buena parte de sus más recientes innovaciones

11. Leymarie Philippe: *Hacia la codificación de una doctrina. Los ejércitos se preparan para el combate urbano*, http://www.rcci.net/globalizacion, mayo de 2009.

12. A. Neuberg: *La insurrección armada*, op. cit., pp. 231-265.

13. *Informe de World Wacht Institute*, en http://www.gara.net, 2 de mayo de 2007.

14. Aksel Álvarez: *La configuración del territorio: Expresión del poder*, http://www.aporrea.org, 24 de noviembre de 2007.

represivas y planes estratégicos, como ha demostrado D. Harvey en su investigación sobre Nueva York[15] o en general sobre todos los espacios urbanos empobrecidos y en los suburbios míseros[16], con el agravante de que ahora las fuerzas imperialistas extienden su estrategia a los centros urbanos del capitalismo más desarrollado, en donde la pobreza avanza más y más, llevando la «guerra contra los pobres»[17] a su propio interior.

Un tema que nos llevaría mucho tiempo analizar es el de los cambios premeditados introducidos por el poder en la geografía urbana para facilitar la represión. Desde hace tiempo se conoce la efectividad controladora del denominado «orden oculto» en todo espacio urbano, que busca más la función social impuesta por el sistema que la felicidad y el libre desarrollo del individuo, o usando el ejemplo del autor, el del ama de casa que ha de malvivir sin alegría ni libertad alguna en el urbanismo oficial[18], en el urbanismo ideado por la clase dominante. El «orden oculto» actual es resultado de una larga evolución previa en la que la interacción de conceptos como geografía, poder y modo de producción es decisivo como se ha demostrado[19], de modo que las luchas sociales y las estrategias represivas de planificación urbana en el capitalismo llegan a fusionarse en una sola. L. E. Zavaleta investigó en 1998 la estrategia de control social dentro de la gran arquitectura precolombina en Perú[20], mostrando la unidad de intereses de dominación social y de planificación arquitectónica y urbana, que tiene cada vez más en cuenta los problemas de control y prevención de las resistencias populares en cualquiera de sus formas de acción, para lo que el

15. David Hatvey: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid 2007, p. 53 y ss.

16. Mike Davis: *Los suburbios de las ciudades del tercer mundo son el nuevo escenario geopolítico decisivo*, http://www.kaosenlared.net, 10 de marzo de 2007.

17. Raúl Zibechi: *Guerra contra los pobres: la militarización de las periferias urbanas*, http://www.lahaine.org, 17 de febrero de 2008.

18. Emile Aillaud: *Orden oculto, desorden aparente*, Biblioteca CIM, Madrid 1976, p. 158.

19. Joan-Eugeni Sánchez: *La geografía y el espacio social del poder*, Edit. Los Libros de la Frontera, Barcelona 1981, p. 211.

20. Luis Enrique Zavaleta Paredes: *Arquitectura y control social: los accesos en el centro urbano de Huacas del sol y la luna, valle de Moche*, http://www.arqueologia.deperu.com.

poder introduce las más recientes tecnologías. P. Virilio ha analizado cómo la videovigilancia omnipresente que infecta nuestras vidas está potenciando la «delación generalizada»[21].

En 2005 se publicó un estudio sobre las resistencias y luchas a escala mundial al calor del aumento de la explotación imperialista. En el capítulo dedicado a la represión de las protestas sociales se demostró el proceso de endurecimiento, en todos los sentidos, de las acciones punitivas que estaba teniendo lugar en las «democracias occidentales» contra las movilizaciones sociales. Conforme acababa el siglo XX la represión de los derechos democráticos ha ido en aumento, sobre todo cuando atañen a derechos de manifestación, organización, expresión y otros. Uno de los argumentos que el poder emplea para justificar sus tropelías es el del fin de la política en el sentido de actividad pública organizada fuera de los cauces estrictamente electorales. La ideología del fin de la política[22], jaleada por la derecha neoliberal, ha sido también aceptada por la «izquierda» que se limita exclusivamente a las campañas electorales habiendo desistido ya de cualquier presencia en los conflictos, en las fábricas y en la calle, de modo que, a su amparo, el poder reprime con creciente facilidad porque aduce que toda acción no limitada al marco legal establecido sale fuera de la ley. Esta tendencia represiva al alza es definida por D. Bensaïd como «estado de excepción corriente» pensado para responder con rapidez a estallidos sociales como el de otoño de 2005 en las barriadas empobrecidas francesas[23], que el autor analiza y a la que volveremos.

A la vez, las policías recurren a armamento especializado en el control de masas[24], como las pistolas y porras eléctricas, gases paralizantes, cañones de agua con colorantes, entre otros, incluidas las nuevas armas sónicas todavía en experimentación y que han sido

21. Paul Virilio: «Videovigilancia y delación generalizada», en *La post-televisión*, Icaria, Barcelona 2002, pp. 73-80.

22. Donatella della Porta y H. Reiter: «Las medidas policíacas frente a las protestas altermundialistas», en *Globalización de las resistencias*, Icaria, Barcelona 2005, pp. 287-303.

23. Daniel Bensaïd: *Elogio de la política profana*, Península, Barcelona 2009, p. 57 y ss.

24. Pablo Elorduy: *Crece el uso de las armas destinadas al control de masas*, http://www.lahaine.org, 6 de noviembre de 2008.

utilizadas por la dictadura hondureña y por la policía norteamericana contra los manifestantes que protestaban contra la reunión del G-20 en Pittsburg[25]. Éstas y otras armas que están en período de prueba están ideadas para reprimir las «nuevas» formas de protestas que van creciendo en las grandes conurbaciones del planeta. Por ejemplo, la quema de coches de lujo que aparcan en los barrios pobres y alternativos, coches de personas que empiezan a residir en esos barrios acelerando el proceso de expulsión del pueblo y de transformación de los barrios populares en zonas burguesas residenciales, proceso de expulsión de las masas trabajadoras y de aburguesamiento que se denomina *gentrificación*[26]. Por su parte, D. Harvey explica así qué es la gentrificación: «expulsión de la población de un barrio deteriorado para aumentar el precio de las viviendas, que obligan a las clases populares a desplazarse»[27]. Los cambios urbanos en detrimento de las clases oprimidas, el aumento de la explotación y el descenso de los salarios, el aumento de la represión y de las vigilancias, etcétera, terminan generando más protestas.

No hay duda de que los gigantescos espacios urbanos empobrecidos y sobreexplotados son ya una de las mayores inquietudes de las fuerzas represivas capitalistas. B. Lima Rocha ha estudiado la explosiva situación de la «guerra urbana» en Río de Janeiro[28], mostrando cómo interactúan las fuerzas policiales y militares, las bandas parapoliciales, las bandas de las drogas, bajo la indiferencia calculada del poder estatal, en medio de una realidad de pobreza y miseria en la que la delincuencia aparece como una de las formas más rápidas de obtención de recursos básicos. En esta guerra urbana cotidiana el poder estatal no duda en recurrir, cuando quiere, a las mejores armas de alta tecnología a la vez que a las tácticas más siniestras y oscuras de provocación, espionaje y

25. Eva Golinger: *La Guerra Sónica de Washintong*, http://www.rebelion.org, 30 de septiembre de 2009.

26. Tageszeitung: *¿Es la quema de automóviles de lujo una acción política?*, http://www.rebelion.org, 19 de septiembre de 2009.

27. C. Prieto-D.Harvey: *Esto no es el final del modelo neoliberal sino una intensificación del mismo*, http://www.lahaine.org, 16 de octubre de 2008.

28. Bruno Lima Rocha: *El capitalismo salvaje y la guerra urbana en Río de Janeiro*, http://www.enlacesocialista.org.mex, 16 de noviembre de 2009.

guerra sucia, en un contexto brutal determinado por el capitalismo salvaje. La derecha y las fuerzas reaccionarias, que son las causantes de esta realidad, la manipulan para generar miedo y terror entre la población sin conciencia crítica con la propaganda de la «inseguridad ciudadana». En Venezuela y especialmente en Caracas pero también en otras grandes urbes, como indica M. Guaglianone[29], la reacción exagera la realidad de la «violencia urbana» para intentar debilitar el proceso bolivariano.

En el Estado francés van a funcionar los drones, aviones teledirigidos de observación, para controlar las grandes barriadas populares: «se trata más de crear un clima de desconfianza hacia los habitantes de los suburbios que de buscar la reducción de una violencia real. La metáfora es obvia: las ciudades deben estar rodeadas de muros virtuales bajo control aéreo permanente. La sensación de vivir en territorios ocupados militarmente, en una especie de colonización, ya está interiorizada por numerosos jóvenes procedentes de la inmigración desde las revueltas de noviembre de 2005 durante las cuales se instauró la ley de estado de emergencia, aplicada por primera vez desde la guerra de Argelia. [...] Esta lógica de guerra colonial conduce a tragedias como la de la muerte de Chunlan Zhang Liu, un chino sin papeles que se arrojó por una ventana el 21 de septiembre de 2007 para huir de un control de la policía. Anteriormente, en dos meses, otros cuatro extranjeros también se lanzaron por la ventana, lo que demuestra el miedo que se ha apoderado de los hogares de miles de familias que no se atreven a salir, viajar, ir al trabajo, acudir a la escuela… un escarnio de los derechos fundamentales»[30]. Sin extendernos, pero para reseñar un dato muy ilustrativo sobre el avance de la represión legalizada, tenemos las nuevas leyes coercitivas implementadas en Bélgica[31], país tenido por uno de los más «demócratas» de Europa, que reduce los derechos internos con la excusa de vigilar la acción política de

29. Miguel Guaglianone: *La violencia urbana*, http://www.aporrea.org, 14 de diciembre de 2009.

30. Noël Mamère: *Los suburbios franceses bajo vigilancia teledirigida*, http://www.rebelion.org, 26 de noviembre de 2008.

31. Jean-Claude Paye: *Bélgica perfecciona su ley antiterrorista*, http://www.vientosur.info, 4 de julio de 2009.

organizaciones prohibidas en Turquía.

T. Burghardt ha investigado los recientes desarrollos militares en neurociencia destinados a crear el «guerrero perfecto», el soldado invencible en el combate urbano, en esas abigarradas extensiones de edificios, fábricas, almacenes y carreteras que invaden la geografía mundial. Deja constancia de las decisivas aportaciones realizadas por prestigiosos psiquiatras y psicólogos bien pagados por la CIA, sacando una vez más a la luz el papel de la psicología en el reforzamiento del capitalismo, tema al que volveremos al analizar los suicidios de la gente explotada para escapar del terrorismo empresarial, y añade:

> La Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de la Defensa [Estados Unidos] (DARPA, siglas en inglés) que no se siente precisamente muy conturbada por consideraciones de carácter ético, ha estado explotando y sirviéndose de los avances de la tecnología punta en neurociencia, ordenadores y robótica en su intento de construir el «guerrero perfecto». Los investigadores de la DARPA, al ajustarse y aprovechar toda una serie de proyectos para su objetivo de «dominar» el «campo de batalla» urbano del sur global y de las ciudades de la «patria», están pasando conscientemente desapercibidos[32].

Uno de los objetivos de estos estudios es el de aumentar al máximo la precisión y exactitud no solo del material sino de las tropas:

> Los estrategas norteamericanos han desafiado el concepto de precisión dimensional completa, a partir de la consideración de la vulnerabilidad de las fuerzas armadas estadounidenses a las asimetrías y como forma de justificar el desarrollo de armamentos más sofisticados, de mayor precisión física (al impactar los blancos) y psicológica. La precisión física se deriva del perfeccionamiento de los sistemas llamados inteligentes y de la habilidad de ajustar o graduar los efectos de un armamento particular. La precisión psicológica es más compleja, pues se trata de conseguir que, en una operación militar, el enemigo y la opinión pública internacional tengan opiniones y conductas que se avengan a los intereses de los Estados Unidos [...] La psicotecnología es la ciencia que desarrolla armamentos no letales de alta precisión psicológica dirigidos a manipular el pensamiento y la conducta del ser

32. Tom Burghardt: *Neurociencia, seguridad nacional y guerra contra el terror*, http://www.rebelion.org, 7 de agosto de 2008.

> humano. En estos momentos, se está creando una tecnología que ofrezca la posibilidad de alterar las percepciones de la audiencia blanca mediante el incremento del miedo, de una total tranquilidad o de cualquier reacción requerida para lograr sus objetivos[33].

La ciencia del terror no se detiene con tales logros, sino que respondiendo a las necesidades del imperialismo, que prevé una agudización de las contradicciones irreconciliables y un aumento de las resistencias mundiales, está desarrollando en los últimos tiempos diez investigaciones represivas en las que los ejércitos van a tener un papel decisivo, según informes de prensa crítica. De entre ellos queremos destacar, además del uso creciente de toda serie de drogas y psicofármacos, parapsicología incluida, también la utilización de cobayas humanas, y muy especialmente la creación del «soldado perfecto», del «guerrero 24/7», capaz de mantener su capacidad de muerte todas las horas del día durante los siete días de la semana gracias a píldoras estimulantes cada vez más eficientes y compatibles con la compleja tecnología del armamento actual[34].

Éstos y otros planes no se realizan aisladamente sino que pertenecen a paradigmas, doctrinas y sistemas de contrainsurgencia que los Estados imperialistas van elaborando y reelaborando periódicamente, tanto a nivel general como a nivel concreto, planes globales y planes parciales, siempre dentro de una perspectiva de largo plazo. Por lo común, y hasta ahora, los restos de las viejas libertades burguesas que sobreviven mal que bien en Estados Unidos están permitiendo que se conozcan algunos de estos planes, no todos. Retrocediendo cronológicamente del presente al pasado, vemos que el investigador cubano E. Acosta Matos ha publicado recientemente sus estudios sobre el manual *Countreinsurgency*, de diciembre de 2006, es el que rige oficialmente la política en este campo del Ejército y el Cuerpo de Marines de Estados Unidos. A pesar de que presenta algunas páginas censuradas, la mayoría de sus 282 cuartillas pueden ser consultadas en internet. Se identifica por las siglas FM 3-24 y MCWP 3-33.5, sustituye a otros manuales semejantes de 1980 y de

33. Emiliano Lima y Mercedes Cardoso: *La sicotecnología y los siniestros laboratorios del Pentágono para intervenir el cerebro humano*, http://www.lahaine.org, 25 de noviembre de 2006.

34. http://www.rebelion.org, 5 de septiembre de 2009.

2004, y está firmado por los generales David H. Peatreus y James F. Amos. En su «Introducción» reconoce que viene a llenar «la brecha doctrinal de los últimos veinte años», por lo que ha de ser considerado lo más actual y vigente del pensamiento contrainsurgente yanqui. Acosta Matos resume así este documento:

> Algunas de sus definiciones permiten entender mejor lo que ha ocurrido en Honduras, pues facilita entender la mentalidad de los jefes militares formados en tales doctrinas:
>
> En el ejército y los marines reconocen que cada insurgencia es contextual y presenta desafíos particulares. Usted no puede combatir de la misma manera a los partidarios de Saddam Hussein y a los extremistas islámicos, como combatió al Vietcong o los Tupamaros.
>
> Las insurgencias, aún en nuestros días, siguen siendo guerras dentro de un mismo pueblo. Ellas utilizan variantes de los estándares, pero coinciden en formar parte de un mismo plan revolucionario.
>
> Conducir operaciones de contrainsurgencia exitosas requiere de fuerzas flexibles, guiadas por jefes ágiles, bien informados y culturalmente astutos.
>
> La insurgencia es un movimiento organizado que busca derrocar a un gobierno constituido mediante el uso de la subversión y de conflictos armados. La contrainsurgencia son acciones militares, paramilitares, políticas, económicas, psicológicas y cívicas tomadas para derrotar a los insurgentes. Ambas son caras de un mismo fenómeno que ha sido llamado también «guerra revolucionaria» o «guerra interna».
>
> El éxito duradero de las operaciones contrainsurgentes depende de que el pueblo acepte ser gobernado por el gobierno. Para ello el gobierno deberá eliminar tantas causas de la insurgencia como sea posible. Eso incluye eliminar a los extremistas cuyas creencias sean incompatibles con el gobierno.
>
> La respuesta (contrainsurgente) a una guerra interna no puede ser «limpia»; muchas de las reglas vigentes favorecen a los insurgentes.
>
> La omnipresencia de los nuevos medios de comunicación de alcance global, afecta la conducción de las operaciones militares como nunca antes… Entrene a los soldados y marines para que consideren

esa audiencia global, ellos deberán asumir que todo lo que hagan será publicado. Ayude a los reporteros a narrar su historia y ellos le ayudarán a dar una imagen militar favorable[35].

Nydia Egremy resumía, muy poco antes, el manual titulado *Tácticas en contrainsurgencia*, diciendo que:

> El manual de táctica contrainsurgente que desclasificó el Pentágono en abril pasado concentra la experiencia de décadas de lucha a nivel global y la adapta a las ciudades, futuro escenario de los conflictos. El documento, que sirve de base para combatir guerrillas de todo el mundo, dicta que la contrainsurgencia debe ser total: involucra todas las acciones políticas, económicas, militares, paramilitares, psicológicas y cívicas que puedan ser tomadas por un gobierno para lograr su objetivo [...] La urbanización, vista como el desarrollo de las zonas urbanas, debido al crecimiento poblacional y a la migración rural, avanza a un ritmo tal que en 2008 vivía en zonas urbanas casi el 50 por ciento de la población mundial, contra lo que ocurría en 1950 cuando apenas vivía en ciudades el 29 por ciento de las personas. Esa tendencia permite a los estrategas estadounidenses anticipar que, para 2050, el 60 por ciento de los habitantes del planeta residirá en ciudades, con lo que «existe un alto potencial» para que las futuras insurgencias nazcan, se nutran y se combatan en zonas urbanas[36].

A mitad de 2008 se conoció un manual militar estadounidense que sintetizaba su doctrina de guerra sucia, psicológica, propagandística y otros aspectos de la guerra sucia, practicada en la década de 1994 y 2004 en prácticamente todo el mundo. J. Assange lo ha sintetizado así:

> Cómo entrenar clandestinamente a paramilitares, censurar la prensa, prohibir los sindicatos, emplear terroristas, realizar allanamientos sin mandato judicial, suspender los recursos de amparo, ocultar las violaciones de la Convención de Ginebra y hacer que la población lo adore[37].

35. Elíades Acosta Matos: *Golpes suaves y manuales de contrainsurgencia*, http://www.rebelion.org, 23 de agosto de 2009.

36. Nydia Egremy: *Contrainsurgencia para el siglo XXI*, http://www.rebelion.org, 1 de julio de 2009.

37. Julian Assange: *Manual militar filtrado de EEUU*, http://www.rebelion.org, 24 de junio de 2008.

Pero de este documento nos interesa además de su valor en sí, también el hecho de que abarca una década decisiva, la que concluye poco después del 11 de septiembre de 2001.

Otros manuales y programas militares tanto de Estados Unidos como de diferentes potencias –recordemos el Plan Zona Especial Norte elaborado por el Estado español entre finales de 1982 y comienzos de 1983 por el gobierno del Partido Socialista[38], así como la estrecha colaboración mutua entre los servicios israelíes del Mossad y la policía española en esos años y posteriormente[39]– insistían en el mismo objetivo y con las mismas estrategias, aunque con tácticas algo diferentes. W. Blum ha extractado manuales militares y de la CIA desde 1950 hasta 1984. Veamos uno desclasificado en 1997 y que en sus 1.440 páginas trata sobre los métodos empleados en relación con el golpe de Estado en Guatemala: «Técnica del Salón de Reuniones: (Asesino)#1 entra en el salón rápidamente pero con calma. #2 se para en la puerta de entrada y abre fuego sobre el primer sujeto que reacciona. Hace un giro a través del grupo hacia el centro del grupo de gente. Tira varias ráfagas hasta vaciar el cargador al final del giro. #1 vigila al grupo para impedir reacciones individuales peligrosas; si es necesario, dispara ráfagas sueltas de tres tiros. #2 termina de disparar. Da la orden de "cambio". Salta hacia atrás a través de la puerta. Sustituye el cargador vacío. Cubre el corredor. #1 al recibir el comando "cambio" abre fuego sobre el lado opuesto del objetivo. Tira una ráfaga girando a través del grupo. Deja propaganda para implicar a la oposición»[40].

Sería prolijo incluir aquí todos los extractos realizados por este autor, pese a que estremecen por su brutalidad fría y metódicamente diseñada. Sí debemos reseñar uno que concatena directamente con la larga experiencia de los poderes dominantes aprendida mediante el recurso de criminales y sociópatas para mejorar sus tropelías terroristas. El 17 de octubre de 1984 el diario *New York Times* publica un manual titulado *Operaciones Psicológicas en la Guerra de Guerrilla*

38. *Anuario Egin 1983*, Orain, Lizarra 1984, pp. 106-126.

39. AA.VV.: *Euskadi eta askatasuna*, Txalaparta, Tafalla 1994, tomo 6, p. 87.

40. William Blum: *Estado villano*, op. cit., p. 68.

en el que, entre otras cosas se dice: «Si es posible, debe emplearse a criminales profesionales para realizar tareas específicas seleccionadas»[41]. No es la primera vez que Estados Unidos recurre a criminales para luchar contra la emancipación humana. Son sobradamente conocidas las negociaciones y acuerdos mantenidos entre la mafia y el gobierno norteamericano para que los criminales mafiosos italianos ayudaran a los ejércitos norteamericanos a debilitar la retaguardia enemiga en Sicilia y en la península italiana a cambio de que la mafia recuperara y ampliara su poder, debilitado por la represión fascista, y sabemos también las diferencias de criterio entre el gobierno británico y el estadounidense al respecto[42]. Igualmente es conocido el método nazi de reforzar sus tropas de ocupación y de lucha contra la guerrilla y los partisanos integrando en sus unidades más inhumanas a los criminales detenidos en las cárceles de los países ocupados. Pensamos que es innecesario extendernos en la inacabable bibliografía que demuestra la fusión entre servicios secretos, terrorismo y crimen organizado.

Inseparable de lo que estamos viendo, son las conexiones entre el crimen, las drogas, el fascismo y los servicios de inteligencia, no solamente en Colombia, que es el «narco Estado» por excelencia, sino en las «sociedades democráticas». Se trata de una larga historia que dio un salto significativo con la represión de la Comuna de París en 1871, que dio otro salto en las fuerzas armadas contrarrevolucionarias alemanas en la revolución de 1918-1919, y que tuvo su definitiva irrupción con el fascismo, cuando estos regímenes abrían las puertas de las cárceles para integrar en sus escuadras de asesinos a lo peor de la escoria criminal. P. Echeverria[43] ha hecho un seguimiento de esta historia de terror institucionalizado, y nos remitimos a ella.

Las decisiones de integrar al crimen organizado o a criminales a título individual en las estrategias represivas son tomadas por los

41. William Blum: *Estado villano*, op. cit., p. 72.

42. Richard Deacon: *Historia del servicio secreto británico*, Edic. Picazo, Barcelona 1973, p. 366 y ss.

43. Pedro Echeverria V.: *Espionaje y bandas paramilitares, armas de «inteligencia» en gobiernos fascistas*, http://www.kaosenlared.net, 21 de agosto de 2009.

aparatos estatales que pueden recurrir a especialistas que no trabajan en el Estado. El historiador J. Keegan define como «académicos integrados en las instituciones directrices de la política de los gobiernos occidentales»[44] a los grupos de expertos en contrainsurgencia, en planificación político-militar estratégica que se insertaron permanentemente o para tareas concretas en los Estados imperialistas. En este sentido clave recurrimos a W. Blum cuando cita las palabras del historiador Christopher Simpson en su estudio *Ciencia de la Coerción*:

> Las agencias militares, de inteligencia y de propaganda como el Departamento de Defensa y la Agencia Central de Inteligencia, ayudaron a financiar sustancialmente todas las investigaciones de la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial en técnicas de persuasión, medición de opiniones, interrogatorio, movilización militar y política, propagación ideológica, y otras cuestiones relacionadas.

Y W. Blum continúa informando que en 1999 la Administración Clinton anunció que estaba formando un nuevo grupo de información pública internacional «para influir sobre las audiencias extranjeras»[45].

La interacción entre personas individuales, partidos políticos y aparatos de Estado juega aquí, y en todo, un papel destacado. De hecho, la teoría marxista del Estado parte de esta interacción para estudiar sus autonomías relativas con respecto a la centralidad estratégica que cumple el Estado mediante sus múltiples tentáculos. Muy recientemente, una investigación de D. Fernández ha sacado a la luz la estrecha conexión entre el terrorismo practicado por los GAL, la policía, el narcotráfico y la extrema derecha en el Estado español. El autor nos recuerda que:

> Los GAL se suman a la larga lista de siglas que antes, en el período de transición, bajo diversas siglas (BVE, ATE, GAE, AAA) y siempre conectadas con las terminales del Estado, operaron contra el independentismo vasco causando 43 muertes[46].

44. John Keegan: *Historia de la guerra*, Planeta, Barcelona 1995, p. 454.

45. Wiliam Blum: *Estado villano*, Casa Editorial Abril, La Habana 2005, p. 294.

46. David Fernández: *GAL, policías, narcotráfico y ultraderecha*, http://www.boltxe.info, 13 de

DOCTRINAS DE CONTRAINSURGENCIA

Veamos ahora un ejemplo de esta interacción entre personas, partidos y Estado. G. Regan ha estudiado cómo los nazis, especialmente Goebbels, analizaron al detalle los errores cometidos por el Estado alemán en todo lo relacionado con la propaganda durante la guerra mundial de 1914-1918, así como los aciertos de las potencias enemigas. Y basándose en las opiniones de H. Trevor-Roper al respecto, afirma:

> La campaña de propaganda alemana resultó ser un error catastrófico, una lección de cómo alienar la opinión neutral. Resulta interesante comprobar que el propagandista maestro de la Segunda Guerra Mundial, Joseph Goebbels, al resumir su filosofía general, muestra lo mucho que aprendió de los fallos de sus antecesores de 1914: |El principio fundamental de toda propaganda –declaró– era la repetición de argumentos eficaces»; pero estos argumentos no debían ser demasiado refinados, habida cuenta que no se pretendía convencer a los intelectuales. De hecho, los intelectuales nunca hubieran sido convertidos y de cualquier modo acaban aceptando al más fuerte; «hay que dirigirse por tanto al hombre de la calle». Por consiguiente, los argumentos han de ser toscos, claros y vigorosos, apelar a los instintos y emociones, no al intelecto. La verdad no importa en absoluto y está totalmente subordinada a la táctica y la psicología, pero las mentiras convenientes… siempre deben resultar creíbles. De acuerdo con estas directrices generales, se darán instrucciones precisas. «El odio y el desprecio deben dirigirse a individuos concretos…»[47].

Goebbels llevaba tiempo estudiando por su cuenta el arte de la manipulación de masas, y el partido nazi le ayudó a sistematizar sus investigaciones de modo que, cuando accedieron al poder estatal, los nazis pusieron a disposición de los expertos en propaganda dirigidos por Goebbels toda la enorme fuerza burocrática del Estado alemán férreamente controlado, poniendo en funcionamiento «*Los principios de la propaganda fascista*:

septiembre de 2009.

47. Geoffrey Regan: *Historia de la incompetencia militar*, Edic. Crítica, Barcelona 1989, pp. 191-192.

Principio de simplificación y del enemigo único. Adoptar una única idea, un único símbolo. Individualizar al adversario en un único enemigo.

Principio del método de contagio. Reunir diversos adversarios en una sola categoría o individuo. Los adversarios han de constituirse en suma individualizada.

Principio de la transposición. Cargar sobre el adversario los propios errores o defectos, respondiendo al ataque con el ataque. «Si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan.»

Principio de la exageración y desfiguración. Convertir cualquier anécdota, por pequeña que sea, en amenaza grave.

Principio de la vulgarización. «Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además, tienen gran facilidad para olvidar.»

Principio de orquestación. «La propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentarlas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisuras ni dudas.» «Si una mentira se repite suficientemente, acaba por convertirse en verdad.»

Principio de renovación. Hay que emitir constantemente informaciones y argumentos nuevos a un ritmo tal que, cuando el adversario responda, el público esté ya interesado en otra cosa. Las respuestas del adversario nunca han de poder contrarrestar el nivel creciente de acusaciones.

Principio de la verosimilitud. Construir argumentos a partir de fuentes diversas, a través de los llamados globos sondas o de informaciones fragmentarias.

Principio de la silenciación. Acallar las cuestiones sobre las que no se tienen argumentos y disimular las noticias que favorecen al adversario, también contraprogramando con la ayuda de medios de comunicación afines.

Principio de la transfusión. Por regla general, la propaganda opera

siempre a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales. Se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en actitudes primitivas.

Principio de la unanimidad. Llegar a convencer a mucha gente que piensa «como todo el mundo», creando una falsa impresión de unanimidad[48].

La casta intelectual burguesa ha debatido sobre si estos métodos de propaganda se pueden aplicar o no en las «sociedades democráticas» o «abiertas», ya que se supone que en estas la «libertad de prensa y de mercado» exige que exista una variedad en la información, lo que anula toda posibilidad de una propaganda centralizada estatalmente. Pero se trata de un debate bizantino destinado a ocultar la realidad de fondo. En septiembre de 1880 el periodista neoyorquino John Swinton reconoció que:

No existe en América prensa libre ni independiente. Ustedes lo saben tanto como yo. Ninguno de ustedes se atreve a escribir su opinión honestamente y saben que si lo hacen no serán publicadas. Me pagan un salario para que no publique mis opiniones y todos sabemos que si nos aventuramos a hacerlo nos encontraremos en la calle inmediatamente. El trabajo del periodista es la destrucción de la verdad, la mentira patente, la perversión de los hechos y la manipulación de la opinión al servicio de las Potencias del Dinero. Somos los instrumentos obedientes de los Poderosos y de los Ricos que mueven las cuerdas tras bastidores. Nuestros talentos, nuestras facultades y nuestras vidas les pertenecen. Somos prostitutas del intelecto. Todo esto lo saben ustedes igual que yo[49].

No se puede negar la actualidad de esta confesión autocrítica realizada precisamente en una fase histórica en la que la extrema corrupción socioeconómica y política dominaba en Estados Unidos, y de la reunión celebrada un tercio de siglo después. Era tanta la podredumbre que «en la elección presidencial de 1876 los republicanos tuvieron que echar mano del fraude para asegurar la

48. Goebbels: http://www.boltxe.info, 10 de abril de 2008.

49. D. Bleitrach, V. Dedaj y M. Vivas: *Estados Unidos o el imperio del mal en peor*, Edit. José Martí, La Habana, Cuba 2006, p. 161.

continuidad en la cumbre política», al igual que lo volvería a hacer la Administración Bush a comienzos del siglo XXI. R. San Martín, autor de la cita anterior, nos ha dejado una soberbia descripción del contexto norteamericano en el que J. Swinton realizó su autocrítica en 1880. R. San Martín afirma que: «Siendo la política una rama de los negocios, la ética de estos se convirtió en la de aquéllos [...] Como en un juego de marionetas, los muñecos y sus voces obedecían a unos pocos»[50]. Por su parte, H. Zinn también explica el contexto represivo reinante en aquellos años, especialmente en las masacres de las huelgas obreras, en el endurecimiento del trato a los negros «libres» oficialmente, etcétera, mostrando cómo la clase dominante se enriqueció al máximo entre otras cosas explotando a las crecientes masas de emigrantes que llegaban desde Europa y desde Asia, y cómo esta clase propietaria supo aplicar diversos baremos, recompensas y castigos diferenciados, a unas clases explotadas multidivididas en fracciones que se enfrentaban mutuamente[51].

Está claro que la autocrítica de J. Swinton expresa la dictadura burguesa en todo lo referente a la «información social», en una época decisiva para el asentamiento del imperialismo yanqui. Veamos a modo de resumen lo que dice R. San Martín:

> La prensa –con la honrosa extrañeza de casos aislados– era más que conservadora, reaccionaria. Hubo deformación, prejuicios y hostilidad hacia la incesante evolución social y, por encima de todo, incomprensión áspera por las demandas sociales. Gracias al monopolio de los medios de información, los grandes medios o cualquiera de sus emanaciones podían hacer lo que les viniera en gana, fuese o no legal, aun dentro de un sistema donde no había código que no obedeciera el deseo expreso de los mandones consagrados. Las planas de los periódicos se podían abrir sin temor, con la seguridad de no hallar allí ningún espectro shakespeariano [...] y las actividades culturales –producidas, distribuidas, y aun consumidas bajo orden– se convirtieron en parte comercial del andamiaje cotidiano, y si no eran consideradas ventajosas para los custodios del sistema, entonces tenían poca o

50. Rafael San Martín: *Biografía del Tío Sam*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2006, tomo I, pp. 287-288.

51. Howard Zinn: *La otra historia de los Estados Unidos*, Hiru Argitaletxea, Hondarribia 1997, p. 224.

> ninguna trascendencia pública. Como el pensamiento (la primordial bujía humana) era subversivo, los censores se consumían alzando diques. Como la labor obcecada de Sísifo los cercenadores trituraban, suprimían o mutilaban las expresiones creadoras, arrogándose el derecho de anunciar lo que se podía consumir como si fuera propiedad definitiva de su peculiar concepción ideológica[52].

La rápida evolución posterior a la autocrítica de J. Swinton de la industria mediática como instrumento del poder político quedaría confirmada con la sucesión de eventos internacionales en los que diversos Estados capitalistas reglamentaban y aseguraban la propiedad burguesa de la creatividad intelectual. Así en 1886 tuvo lugar el primero y decisivo Convenio de Berna, revisado y ampliado en el Convenio de Berlín en 1908 para incluir la propiedad burguesa sobre las obras fotográficas y cinematográficas. En el Acta de Roma de 1928 se instaura la propiedad de las obras elaboradas para la radiodifusión, y así hasta la actualidad[53]. Debemos insistir aquí en el papel decisivo jugado por los Estados burgueses en la regulación de la propiedad privada intelectual, propiedad imprescindible para la expansión de la industria político-mediática ya que sin ella no dispondría de las fuerzas represivas suficientes para expropiar a las clases, pueblos y mujeres explotadas de sus bienes intelectuales colectivamente creados. La producción industrial de cultura burguesa exige la expropiación de la capacidad colectiva de producción de cultura libre y crítica, anulando su valor de uso y reduciéndola a simple mercancía, a simple valor de cambio. Pero antes de extendernos con más detalle en los efectos anticulturales de la privatización burguesa, y en concreto la multiplicación de las «guerras culturales», debemos analizar con un poco de detalle la industria mediática.

> solo treinta y siete años más tarde de la confesión de J. Swinton, en marzo de 1917, los dos capitalistas norteamericanos más grandes de aquél entonces, los banqueros Rockefeller y Morgan, organizaron una reunión con la asistencia de los doce hombres más influyentes en la industria periodística:

52. Rafael San Martín: *Biografía del Tío Sam*, op. cit., tomo I, pp. 350-351.

53. Lillian Álvarez Navarrete: *Derecho de ¿autor?*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana 2006, p. 75.

> Llegaron a la conclusión de que solo era necesarios hacerse con el control de veinticinco de los periódicos más importantes [...] se compró la línea editorial de los periódicos, a los que se pagaba mensualmente; se colocó a un director en cada diario, que se encargaba de supervisar y corregir adecuadamente la información sobre militarismo, políticas financieras y otros temas de naturaleza nacional e internacional considerados vitales para los intereses de los compradores[54].

Rockefeller y Morgan, y otros magnates, querían que Estados Unidos entrara en la guerra de 1914 y necesitaban urgentemente vencer el profundo rechazo a la guerra existente en la sociedad yanqui. La militarización material y cultural, el culto a la guerra en todos sus sentidos, fue uno de los ejes de la propaganda sistemática realizada por la prensa. Pero el control de la prensa no se limitaba al interior de Estados Unidos sino que, a los pocos años, los tentáculos yanquis dirigían muchos de los periódicos americanos bien por el directo poder económico, bien por el indirecto control político disfrazado de «libertad de expresión».

A mediados del siglo XX tuvo lugar una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa en la que la CIA dio un golpe, imponiendo el control yanqui sobre esta Sociedad que debía cuidar de la libertad de prensa e información y de un código ético, en todos los países americanos. Investigando este golpe de mano, E. Vera se pregunta:

> ¿Es que se pueden promover y organizar golpes de Estado contra gobiernos democráticos sin otro riesgo que el del derecho solo individual de no adquirir la publicación y de no ver o escuchar espacios en la radio y en la televisión? De ser así, todo quedaría reducido a la «ética» de la impunidad, como una religión de nuevo tipo con iglesias en lugar de medios. Y lo trágico es que hoy es así y de esa forma lo proclama y respalda la Sociedad Interamericana de Prensa, desde que hace cincuenta y ocho años secuestraron esa libertad mediante una maniobra de la CIA y del Departamento de Estado en el golpe organizado y dado en New York donde la perversidad imperialista pasó de tener un voto a contar con 424, mediante la reforma estatutaria, después de impedir la asistencia de los pocos miembros progresistas que la integraban desde 1943, cuando fue fundada en La Habana. El concepto

54. Cristina Martín: *El Club Bilderberg*, ArcoPresigs, Barcelona 2008, pp. 238-239.

> de prensa como empresa privada que está en el origen y la actualidad de la SIP es la negación del periodismo y la digna y ética función de los periodistas que son fieles en la defensa de la responsabilidad social, de los intereses populares, razón principal de una profesión que, además, tratan de negar como tal mediante las más diversas formas. Esto último es así porque a los grandes propietarios les resulta incómodo estar obligados a contratar a periodistas con ética profesional. Nada de compartir la libertad de prensa es la máxima que pretenden tener sus dueños absolutos[55].

Una vez realizado este rápido repaso necesario para disponer de una base histórica y teórica que muestre que no tiene mayor sentido perder el tiempo en disquisiciones sobre si la propaganda nazi se puede aplicar o no en la «democracia», podemos leer la opinión de W. Colby, ex director de la CIA, que declaró tranquilamente que «la CIA controla a todos los que tienen cierta importancia en los principales medios de comunicación»[56]. La burguesía norteamericana no ha necesitado del nazismo para dirigir la propaganda política, porque dispone de otros mecanismos menos ostentosos y burdos, más invisibilizados pero más efectivos por ello mismo, como la CIA, además de otros métodos. Dejado esto claro, es decir, no cayendo en la trampa de la verborrea academicista, lo primero que debemos hacer antes de introducirnos en el tema de la guerra psicológica, de la contrainsurgencia político-militar y de la manipulación informativa, es dar una definición válida. F. Sierra Caballero ha hecho decisivas aportaciones al tema que tratamos, algunas de las cuales vamos a utilizar aquí. Empecemos por esta definición imprescindible para entender todo lo que sigue:

> La guerra de baja intensidad se definirá aquí como el arte y la ciencia de utilización del poder político, económico, psicológico y militar de un gobierno, incluyendo la policía y las fuerzas internas de seguridad, para evitar o vencer a la insurgencia, más allá o por encima de la oposición política y de la opinión pública nacional e internacional[57].

55. Ernesto Vera: *Doble terrorismo imperial: de Estado y mediático*, http://www.alainet.org, 4 de abril de 2008.

56. D. Bleitrach, V. Dedaj y M. Vivas: *Estados Unidos o el imperio del mal en peor*, Edit. José Martí, La Habana, Cuba 2006, p. 14.

57. Francisco Sierra Caballero: «Antecedentes y contexto político de la guerra total. La información,

Y después:

> Si la guerra de baja intensidad se caracteriza por ser en cierto modo una forma renovada de guerra sucia encubierta que se destaca por permanecer oculta a la opinión pública, es necesario igualmente destacar la naturaleza de esta doctrina contrainsurgente como una estrategia de guerra prolongada –esto es, la doctrina de la guerra de baja intensidad viene siendo, en realidad, una guerra total y permanente– en la que se emplean todo tipo de medios psicológicos y de persuasión para la derrota político-militar de las tropas y ejércitos insurgentes. En otras palabras, la guerra de baja intensidad puede considerarse una variante militar de intervención política basada en la propaganda y la guerra psicológica. Más aún, la guerra y la propaganda son aquí una y la misma cosa. Pues la guerra psicológica constituye actualmente el factor político-militar decisivo para la victoria en la estrategia de guerra de baja intensidad. En ella se integran numerosas actividades de tipo militar, político, ideológico, cultural e informativo[58].

A partir de esta definición podemos empezar estudiando el papel de la manipulación de masas como requisito imprescindible para garantizar la efectividad de la propaganda política y de la guerra psicológica. Nos conviene leer en este sentido, primero, la impresionante lista de mentiras realizadas por el gobierno Bush sobre Iraq:

> Según un estudio reciente del Centro para la Integridad Pública, los altos funcionarios de la Administración Bush contaron al menos 935 mentiras sobre Iraq en 532 ocasiones distintas. Estas incluyeron 259 mentiras de Bush, 254 mentiras del Secretario de Estado Colin Powell, 109 mentiras del Secretario de Defensa Donald Rumbsfeld, 109 mentiras del Secretario de Prensa Ari Fleischer, 56 mentiras de la Consejera para la Seguridad Nacional Condi Rice y 48 mentiras del Vicepresidente Cheney[59].

la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas», en *Comunicación en insurgencia*, Hiru Argitaletxe, Hondarribia 1997, p. 138.

58. Francisco Sierra Caballero: «Antecedentes y contexto político de la guerra total. La información, la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas», op. cit., pp. 146-147.

59. Bob Fertik: *¿De cuántas mujeres y niñas prostituidas es responsable Bush?*, http://www.rebelion.org, 25 de marzo de 2008.

Y después a María Victoria Reyzábal:

> Los recursos de la propaganda son tan diversos que resultaría imposible hacer una sistematización exhaustiva. F. Munné (1980, 159) sugirió los siguientes principios básicos:
>
> *Regla de la simplificación*. Exige reducir la información al mínimo. Los lemas políticos y, en general, los eslóganes constituyen un buen ejemplo.
>
> *Regla de la exageración*. Implica ofrecer únicamente los contenidos favorables al emisor, enfatizándolos al máximo.
>
> *Regla de la orquestación*. Se debe repetir una y otra vez la idea central, variándola de acuerdo con las características del medio y de la audiencia.
>
> *Regla de contagio*. Para crear unanimidad se recurre a ideas comunes (la amistad, la solidaridad...), al testimonio de personas con prestigio o populares o a expresiones masivas que favorezcan la impresión de unidad.

La investigadora continúa analizando la «especificidad de la propaganda [...]:

> *Uso de estereotipos*. Consiste en «tipificar» a la gente o cualquier aspecto de la realidad mediante palabras o expresiones generalizadoras, creando una impresión que, a la larga, resulta casi impermeable a los datos que aporta la experiencia directa. Así, la percepción de «los negros», «los capitalistas», «los vascos», etcétera, y la reacción ante ellos no se explican por sus características como individuos, sino en función de ciertos juicios preconcebidos y generalizadores.
>
> *Sustitución de unos nombres por otros con fuerte connotación emocional*. En muchas ocasiones, el propagandista recurre a términos con fuerte connotación emocional. Así, en lugar de «comunista» se habla de «rojo», o de «facha» para referirse a alguien con ideas conservadoras...
>
> *Selección de información*. Como se señaló anteriormente, la censura es el ejemplo más extremo, aunque existen formas de selección

mucho más sutiles.

Mentira. La propaganda, en la medida que ofrece solo determinados aspectos de la realidad favorables a los objetivos de su emisor, implica casi invariablemente la distorsión de la información, deformación que en ocasiones se convierte en engaño descarado. La materia y los mecanismos de las mentiras propagandísticas resultan variados y sutiles.

Repetición. La reiteración constante de ciertas cuestiones constituye un factor decisivo para que un determinado mensaje sea asimilado por el público, incluso cuando se trata de frases sin ningún contenido importante. Para evitar el aburrimiento y la pérdida de interés del público que esta técnica puede conllevar, se ha de diversificar el medio o el «envoltorio» de las ideas repetidas. Lo que se denomina «orquestación de un tema» (Domenach, J. M.: 1963, 65-71) consiste en la reproducción del mismo a través de todos los medios propagandísticos posibles, mediante las variaciones formales que resulten más adecuadas para los diversos públicos.

Simplificación de la información. El propagandista prescinde de cualquier argumentación racional, sustituyéndola por afirmaciones rotundas a favor de su tesis, eliminando la posibilidad de que existan dudas, cuestionamientos o alternativas frente a lo que él defiende. Para lograr esta rotundidad, simplifica al máximo la información que aporta, presentándola mediante concreciones extremadamente condensadas y concluyentes: manifiestos, profesiones de fe, declaraciones, catecismos... aunque sin duda los ejemplos más paradigmáticos son las consignas, los eslóganes y en general los símbolos de diversa naturaleza (icónicos: como banderas o insignias; gestuales: como los saludos; musicales: como los himnos, etcétera).

Señalar al enemigo. Las acusaciones y la designación de adversarios (incluso aunque no existan en realidad) constituyen el otro componente esencial de cualquier mensaje propagandístico. Esta maniobra tiene notables consecuencias psicológicas: favorece la cohesión grupal, estimula el instinto de autodefensa junto con las emociones asociadas a él, actuando como potente estímulo catártico, movilizador y «purificador» de numerosas frustraciones que se canalizan a través de la agresividad hacia ese enemigo externo.

Alusión a la autoridad. Ya nos hemos referido anteriormente a la poderosa influencia que ejerce la visión de ciertas figuras a las que el

público otorga su confianza incondicional por razones heterogéneas. La referencia a tales personajes puede sustituir y tener tanto o mayor efecto que cualquier prueba, demostración o argumentación [60].

Los investigadores Carlos Quintero y Jessica Retis han resumido de esta forma los diversos recursos que emplea simultáneamente la propaganda oficial:

Nominación. Consiste en calificar una idea, una situación, un líder, un oponente, con un calificativo poderoso emocionalmente, positivo o negativo, según las intenciones. Así, los políticos conservadores son *reaccionarios* según sus adversarios, que a su vez pueden ser tachados –en el contexto de los noventa– de *rojos*. Las modas sociopolíticas de cada momento van dictando cuáles son las etiquetas *buenas* y las *malas*.

La generalidad brillante. Es el uso del estereotipo como instrumento para la descalificación. Si en la nominación la relación entre el calificativo y el objeto era arbitraria, con el uso del estereotipo el propagandista simplemente aprovecha las generalizaciones simplistas que toda comunidad tiene sobre otros grupos, nacionalidades o razas. Así tenemos al tecnócrata frío, calculador y cuadriculado, al indio (como veremos más adelante) débil, incapaz de saber lo que quiere y de organizarse y, por tanto, manipulable.

El llamado a la sencillez del pueblo. Este recurso se basa en la percepción –también estereotipada– del individuo sencillo, poco preparado como garante de la sabiduría popular. Al ser este segmento el que mayor cantidad de población agrupa, el propagandista se esforzará por hacer ver que la gente sencilla está con su programa y contra el del oponente, según los casos. Consecuentemente el nivel de los razonamientos se reduce al mínimo, y se trata de exponer siempre los problemas en términos simples, maniqueos y polarizados: buenos contra malos, blancos contra negros. La frase corta pero cargada de significado, el eslogan, son la muestra palpable de este reduccionismo intelectual.

Muy unido al anterior se encuentra el recurso de la *ilusión de universalidad*, también conocido como el «vagón de cola» (el más lento).

60. María Victoria Reyzábal: *Propaganda y manipulación*, Acento Editorial, Madrid 1999, pp. 171-174.

Hay que esforzarse por demostrar que todo el mundo comulga con el proyecto, el líder para, apelando al sentimiento gregario del individuo, lograr la adhesión de las masas. Éste es el sentido de los mítines masivos y también del empeño de los políticos de mostrarse como ganadores en las encuestas electorales: invitar a la gente a unirse al bando al que todos van.

La mentira. Empleada en proporciones adecuadas y con inteligencia puede resultar el arma más persuasiva. Como afirmaba Goebbels, maestro indiscutible en su manejo, la única condición para usar la mentira –asumida la falta de escrúpulos– es que persiga el mismo objetivo que el resto de la campaña y que, sobre todo, resulte creíble. Así, la calumnia sobre la supuesta malversación de fondos del enemigo político es mucho más efectiva si ya se le ha caracterizado como deshonesto ante la opinión pública. Pero la acusación falsa es solo una de las múltiples variantes de la mentira [...] en un conflicto bélico, cuando las afirmaciones vertidas son a veces imposibles de comprobar, la mentira se hace tanto o más frecuente que la verdad[61].

Es conveniente precisar aquí que no debemos caer en una visión errónea de la industria mediática en el sentido de que su censura y silencio, sus mentiras y manipulaciones, se basan en reducir las informaciones, en dar pocas informaciones. Al contrario, como bien advierte R. Reig:

El control de los medios de comunicación de masas sobre la sociedad no se produce por medio del déficit informativo sino, al revés, por medio de la hiperinflación de datos, espacios y publicaciones. Esto es posible porque el receptor carece de capacidad sincrónica o interpretativa, carece de poso cultural, documental e, incluso, ideológico (referentes). Una vez que la sociedad en su generalidad es privada de este requisito indispensable (que conlleva no la información sino el conocimiento) se puede autolegitimar cualquier segmento social dominante y cualquier medio de comunicación afirmando que el ciudadano es libre y vive en democracia. Pero la base esencial para tener ambas cualidades y ventajas en realidad no existe o apenas se da. Lo que se da es un discurso dominante porcentualmente abrumador con respecto a otros. Pero con la presencia de estos otros trata de legitimarse[62].

61. Carlos Quintero y Jéssica Retis Rivas: «Guerra en los medios», en *Comunicación e insurgencia*, Hiru Argitaletxe, Hondarribia 1997, pp. 243-245.

Visto lo anterior, podemos ahora pasar a una comparación más detenida de las similitudes entre la práctica represiva en Euskal Herria y las lecciones extraídas por el profesor Pizarroso tras su estudio de la primera guerra del Golfo, en 1991, «explica que:

> La configuración de una cobertura total a escala planetaria por la imagen monopólica estadounidense de la CNN (Global journalism).
>
> La dependencia casi total de las imágenes proporcionadas por agencias militares bajo control del Pentágono.
>
> La tendencia a editorializar la información paralelamente al plegamiento editorial de los medios periodísticos según los intereses nacionales de seguridad.
>
> La utilización de la guerra como espectáculo o como negocio informativo.
>
> La primacía de la imagen sobre la palabra en la cobertura de la guerra, ya sea a través de la participación en televisión o por medio del recurso periodístico a la infografía del ordenador, para ilustrar las maniobras militares.
>
> Y el imperio mediático de la realidad virtual en la representación informativa del conflicto.
>
> Todo ello asegurado y facilitado mediante «el uso intensivo de la desinformación y la propaganda, pero también de la ciencia social aplicada» lo que permitió manipular la opinión general que dudaba sobre la necesidad de la invasión de Kuwait y que «acabó convirtiéndose en un sí afirmativo unánime, por efecto intencional de la espiral de sondeos que pulsaron la opinión pública» [63].

Pasemos ahora a las tesis de Klare sobre la guerra de baja intensidad, y comparémoslas con la situación vasca:

> La guerra de baja intensidad se caracteriza generalmente por una estrategia contrarrevolucionaria dirigida a defender los regímenes

62. Ramón Reig: *El control de la comunicación de masas*, Libertarias, Madrid 1995, p. 52.

63. Francisco Sierra Caballero: «Antecedentes y contexto político de la guerra total. La información, la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas», op. cit., pp. 47-48.

existentes y los intereses económicos del orden social dominante en los países aliados frente a los levantamientos y movilizaciones revolucionarias.

La campaña contrainsurgente de intervención incluye en la lucha contrarrevolucionaria formas militares y políticas de combate. En virtud del carácter social de los movimientos revolucionarios, las acciones militares de Estados Unidos incluyen todas las formas posibles que puedan neutralizar el descontento público mediante iniciativas sociales, políticas y económicas *dirigidas a ganar las mentes y corazones a favor del gobierno aliado*.

La participación militar comprende el despliegue de unidades y operativos especiales de elite, altamente adiestrados, con el fin de intervenir eficazmente en acciones quirúrgicas que requieren el concurso y liderazgo de Estados Unidos.

La naturaleza ambivalente de la guerra de baja intensidad favorece el recurso a una amplia gama de operativos militares alternando diferentes tipos de maniobras según el contexto de intervención.

El desarrollo y aplicación de la doctrina de la guerra de baja intensidad en el extranjero exige un tipo de acción militar rápida y eficaz, mediante el uso aplastante de la fuerza y la potencia de fuego.

El exitoso y buen desempeño militar en la guerra exige una continua intervención política en el plano militar, ganando la batalla en el frente civil mediante la lucha política y psicológica que legitima la solución de la fuerza militar como el mejor instrumento político para combatir las amenazas desestabilizadoras de los movimientos subversivos y sediciosos, a través de *una sofisticada e impactante campaña informativa, con objeto de modificar las actitudes públicas* educando a la ciudadanía en los valores del orden y la seguridad nacional [64].

Luego, F. Sierra Caballero continúa afirmando que ocho puntos caracterizarían en principio la nueva perspectiva de lucha contra la insurgencia en términos de estrategia militar:

64. Francisco Sierra Caballero: «Antecedentes y contexto político de la guerra total. La información, la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas», op. cit., p. 133.

El enfoque de *corazones y mentes*, cuyo objetivo será conquistar la voluntad de la población más que la ocupación militar de territorios.

El moderado uso administrativo de la fuerza militar asumiendo la idea de que *las matanzas pueden ganar las batallas, pero al final perder la guerra*.

El trabajo de inteligencia acerca de las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales para tomar en cuenta las características del contexto de intervención.

La estrategia de *construcción nacional*, basada en el establecimiento de un sistema social alternativo que haga frente a las desigualdades e injusticias sociales en el origen de la guerrilla mediante reformas parciales.

La modernización y capacitación de las fuerzas locales aliadas para ganar el apoyo y prestigio nacional entre la población en aras a la participación en los proyectos de construcción nacional según la dirección política de la guerra.

El enfoque regional de los conflictos, frente a la perspectiva militar localista.

La coordinación dinámica de las diversas fuerzas armadas, así como de las agencias de inteligencia civil, de ayuda y desarrollo, y los sistemas de información.

La política informativa de control, censura, desinformación y propaganda para lograr el apoyo de la población norteamericana y de la población extranjera durante las estrategias de contrainsurgencia en busca de la confusión de la opinión pública, opuesta a la guerra sucia en otros países[65].

Para concluir con las aportaciones de este investigador y recurriendo a otro libro suyo, leamos estas palabras:

Las operaciones psicológicas (PSYOP) de las fuerzas especiales comprenden, a este respecto, el recurso a estrategias de información, propaganda y desinformación a todos los niveles. La instrumentalización

65. Francisco Sierra Caballero: «Antecedentes y contexto político de la guerra total. La información, la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas», op. cit., pp. 134-135.

mediática admite grados y escalas diferentes de manipulación, control, censura y desinformación, conforme a la intensidad del conflicto y la escalada militar en el continuun de gradación de la guerra a la situación de paz, mediante la propagación de los intereses militares en la prensa, los medios audiovisuales, los líderes de opinión e incluso la comunicación interpersonal cara a cara, a fin de influir en el conjunto de las audiencias y lograr:

El desarrollo a largo plazo de los objetivos estadounidenses, influyendo en las actitudes de la población de forma determinante.

El control militar de las instituciones y de los poderes políticos nacionales y las agencias civiles bajo la supervisión del ejército y la Agencia de Información de Estados Unidos a través del establecimiento de la Junta de Estado (JCS).

La efectividad de las campañas de planificación informativa desarrolladas por los técnicos de la división PSYOP en diferentes segmentos específicos de audiencia.

La penetración de las técnicas audiovisuales entre diferentes grupos de población (*target*) y la difusión de los mensajes planeados para promover el respaldo o la neutralidad amistosa de las audiencias durante la misión militar, al fin de evitar las resistencias y oposiciones al cumplimiento de sus objetivos tácticos y estratégicos de guerra psicológica [66].

M. Collon ha definido así el *Hilo de Ariadna* que nos guía por los vericuetos de la propaganda de guerra del imperialismo:

Emplee usted esta parrilla de lectura en los próximos conflictos, se sorprenderá de encontrarlos a cada vez y siempre nítidos. Veamos.

Ocultar la historia.

Ocultar los intereses económicos.

Diabolizar al adversario.

Blanquear a nuestros gobiernos y a sus protegidos.

66. Francisco Sierra Caballero: *Los profesionales del silencio. La información y la guerra en la doctrina de los EEUU*, Hiru Argitaletxe, Hondarribia 2002, pp. 57-58.

Monopolizar la información, excluir el verdadero debate.

Aplicación al caso de Honduras – julio de 2009:

Ocultar la historia. Honduras es el ejemplo perfecto de la llamada «República bananera» en las manos de Estados Unidos. Dependencia y saqueo colonial causaron una enorme brecha: ricos-pobres. Un 77% de pobres según la ONU. El ejército hondureño fue formado y adoctrinado –para los peores crímenes– por el Pentágono. El embajador estadounidense John Negroponte (1981-1985) fue apodado «el virrey de Honduras».

Ocultar los intereses económicos. En la actualidad, las multinacionales USA (plátano Chiquita, café, petróleo, farmacia…) quieren impedir a este país conquistar su independencia económica y política. Como Suramérica se une y transita hacia la izquierda, Washington quiere impedir a Centroamérica seguir la misma vía.

Diabolizar al adversario. Los medios de comunicación acusaron al presidente Zelaya de querer hacerse reelegir para preparar una dictadura. Silencio sobre sus proyectos sociales: aumento del sueldo mínimo, lucha contra la ultra explotación en las fábricas-cárcel de las empresas estadounidenses, disminución del precio de los medicamentos, ayuda a los campesinos oprimidos. Silencio también sobre su negativa a cubrir los actos terroristas made in CIA. Silencio sobre la impresionante resistencia popular.

Blanquear a nuestros gobiernos y sus protegidos. Se oculta la financiación del golpe por la CIA. Se presentaba a Ovada como neutro mientras que él se negaba a encontrarse y sostener el presidente Zelaya. Si hubiera aplicado la ley habría suprimido la ayuda de Estados Unidos a Honduras, lo que habría detenido rápidamente el golpe de Estado. *Le Monde* y la mayoría de los medios de comunicación blanqueó la dictadura militar hablando de «conflicto entre poderes». Las imágenes de represión sangrienta no se muestran al público. En resumen, un contraste sorprendente entre la diabolización de Irán y la discreción sobre el golpe de Estado hondureño made in CIA.

Monopolizar la información, excluir el verdadero debate. La palabra se reserva a las fuentes y expertos «aceptables» para el sistema. Se censura todo análisis crítico sobre la información. Es así como nuestros medios de comunicación impiden un verdadero debate sobre el papel de las multinacionales, de Estados Unidos y de la Unión Europea en el

subdesarrollo de América Latina. En Honduras, los manifestantes gritan «TeleSur! TeleSur!» para saludar al único canal de televisión que los informa correctamente[67].

Para concluir este apartado sobre doctrinas de contrainsurgencia, es conveniente no solo recordar que los Estados imperialistas mantienen desde hace décadas una creciente alianza represiva a escala mundial, sino que es necesario insistir en que tal coordinación se está estrechando en los últimos años. Un historiador como Ch. Tilly, que no puede ser definido como crítico radical del sistema capitalista, ha reconocido recientemente que «durante estos últimos años, la policía y los profesionales de la seguridad coinciden en conferencias internacionales en las que se organizan talleres sobre estrategias para controlar a las muchedumbres, asisten asesores especializados que dan a conocer las últimas novedades en "buenas prácticas" y donde los funcionarios experimentan con nuevas tecnologías de vigilancia y control fronterizo para tener bajo control las protestas políticas internacionalizadas. Esto ha desembocado en una cierta convergencia en las estrategias de control de las multitudes»[68]. Se trata de la «globalización represiva» que va pareja a la «globalización económica».

PEDAGOGÍA DEL MIEDO

Son varias las constantes que reaparecen a lo largo de las doctrinas de contrainsurgencia, de las estrategias represivas, de los niveles diferentes pero coordinados de militarización social, etcétera, que hemos visto arriba, pero aquí vamos a desarrollar solamente la relacionada con el miedo provocado, con la dosificación calculada del terror en las sociedades capitalistas. Diabolizar al presidente Zelaya es introducir el miedo en la población que no tiene un nivel de conciencia política suficiente, atemorizarle de tal manera que no pueda establecer

67. Michel Collon: *Hilo de Ariadna para recorrer los hilos de las cinco reglas de propaganda de guerra*, http://www.kaosenlared.net, 10 de julio de 2009.

68. Charles Tilly: *Los movimientos sociales, 1768-2008*, Edit. Crítica, Barcelona 2009, p. 225.

un diálogo crítico con otras personas sobre el golpe de Estado, que no pueda leer un revista o libro, u oír un programa radiofónico, etcétera, sin sentir alguna forma de angustia, temor o miedo que bloquee u oscurezca la capacidad humana de pensamiento racional y objetivo, empantanándola en el fango de la emotividad, del egoísmo y del shock paralizante incapaz de reaccionar.

Existen dos métodos de estudio y crítica de estos procedimientos represivos. Uno es el formal, el que investiga con más o menos rigor las partes externas del problema, sin remontarse mucho en su pasado y prestando poca atención a las interacciones de ese problema con el resto de problemas relacionados con él. La dialéctica ofrece otro método que no desdeña las aportaciones del anterior, las asume y las considera válidas, pero la dialéctica no se limita a lo externo, tampoco se contenta con el pasado reciente y rechaza el aislamiento del problema tratado. Un ejemplo del primer método lo tenemos en el libro de J. F. Alcántara que define la política del miedo «como una nueva manera de entender la política en la cual los discursos políticos no enfatizan las promesas de un futuro mejor, sino que abundan en profetizar el catastrofismo derivado de no obedecer al pie de la letra lo que nos está ordenando el político de turno. Si tradicionalmente la política ha consistido en desarrollar acciones que desembocarían en un futuro mejor y en explicarlas al pueblo para ganar su apoyo, la política del miedo recurre a la seguridad (generalmente la *seguridad nacional*) para obtener el apoyo incondicional de la ciudadanía a una serie de medidas políticas que de otra forma no serían respaldadas»[69]. El autor afirma que la política del miedo es anterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, y que estos fueron solo una excusa para relanzarla con más fuerza y alcance. Haciéndose eco de la doctrina del shock de N. Klein dice que esta «se relaciona íntimamente con la política del miedo, pues el shock es por definición un estado transitorio y superable. La política del miedo persigue mantener a la población sumida en un estado de shock para poder llevar a cabo medidas y reformas impopulares»[70].

69. José F. Alcántara: *La sociedad de control*, Edic. El Cobre, Barcelona 2008, p. 57.

70. José F. Alcántara: *La sociedad de control*, op. cit., p. 63.

Estando de acuerdo con la definición, sin embargo nos parece limitada en cuanto a su alcance. La política del miedo no se limita solo a la política en el sentido de gobernabilidad, es decir en el sentido burgués, sino a la política como síntesis de la explotación, como la economía concentrada, como base esencial que garantiza la acumulación ampliada del sistema. La política del miedo no es nueva, sino que se remonta precisamente al nacimiento de la misma política entendida en el sentido que nosotros le damos, es decir, como política del poder explotador. Al hablar de «político de turno» parece indicar que se trata de una cuestión de personalidades individuales en vez de una política sistemática y total. Si bien es cierto que el catastrofismo en utilizado en la política del miedo, lo más importante de esta radica en que a partir de un momento preciso no se limita a la ambigüedad inherente a la catástrofe sino que precisa con algún detalle en qué va a consistir esa catástrofe, qué daños va a causar, y lo hace así porque busca producir no solo miedo sino terror, o sea, miedo incontrolado e incontrolable, aterrorizar, y eso requiere advertir que, por ejemplo, si el ejército va a dar un golpe militar es para exterminar físicamente a los revolucionarios y a las personas relacionadas con ellos. Un ejemplo entre millones lo tenemos en el bando militar del general Mola sublevado en 1936.

El método dialéctico va más lejos ya que, en este problema concreto, lo primero que hace es establecer qué relaciones existen entre la obediencia y el proceso que va de la preocupación al terror, pasando por la inquietud, para concluir en el miedo a la libertad. Tras explicar que es el poder existente en cada época quien determina e impone qué es lo racional e irracional, qué es la obediencia y la desobediencia, A. Sánchez Vázquez añade:

> Se obedece porque es racional obedecer y es racional lo que el poder determina; o lo que es lo mismo: el poder presenta su querer, el interés particular que expresa, como racional y universal. Así, pues, obedecer por razones es, en definitiva, obedecer por las razones del poder [...] en cuanto que la moral forma parte de la ideología dominante y esta no puede ser separada del poder al que sirve, se obedece porque así lo impone el poder [...] el sujeto cree que no se justifica asumir ese riesgo y entonces obedece porque no le queda otra alternativa[71].

¿A qué riesgo se refiere el autor? Al de sufrir daños de cualquier tipo e incluso perder la vida si no obedeciera, es decir, el problema del miedo.

¿Cuál es la base objetiva, material y social del miedo? La respuesta nos la da E. Fromm:

> En la historia humana hasta el momento actual el hombre ha visto limitada su libertad de actuar por obra de dos factores: el uso de la fuerza por los gobernantes (esencialmente su capacidad de matar a quienes se oponían), y lo que es más importante, la amenaza del hambre contra quienes no estaban dispuestos a aceptar las condiciones de trabajo y de existencia social que se les imponían[72].

Sabemos que el hambre es un instinto básico, pero también existe el «hambre inducida» socialmente por la presión consumista, por lo que antes de llegar al hambre físico pueden sufrirse otras «hambres» menores pero que también nos lleven a la rendición y al miedo. Las «crisis de desabastecimiento» provocadas por la reacción burguesa para derrotar a los procesos revolucionarios, como vimos en el Chile de 1973, buscan precisamente esto, crear pánico y reacción contrarrevolucionaria mediante el miedo a las «hambres» y sobre todo al hambre físico.

Lo mismo debemos decir con respecto al miedo al despido y por tanto del miedo a la huelga, a la lucha y a la libertad, porque el despido del trabajo nos deja desprotegidos frente al hambre socialmente definida en ese momento, frente al consumismo. Con respecto al uso de la fuerza por los gobernantes, tenemos que hablar no solo de violencias físicas sino también de la dosificación del miedo, del terror calculado que aplica el gobernante. Scott habla de la «enorme libertad» de tienen los amos, los señores, los brahmanes para aplicar el terror de forma arbitraria sobre las personas oprimidas mediante palizas, violaciones sexuales, violencia psicológica, mediante humillaciones e insultos y muchas otras violencias.[73]. Esta libertad

71. Adolfo Sánchez Vázquez: *Entre la realidad y la utopía*, FCE, México 1999, pp. 20-22.

72. Erich Fromm: *Sobre la desobediencia y otros ensayos*, Paidós, Barcelona 1984, p. 129.

73. James C. Scott: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Txalaparta, Tafalla 2003, p. 49.

no ha desaparecido en el capitalismo sino que se presenta con más métodos y por ello con más efectividad invisible. El terror arbitrario ha sido siempre uno de los métodos fundamentales en la pedagogía del miedo y en el terror calculado porque, como veremos, somete a las personas o colectivos que lo padecen a un permanente terror próximo, inmediato pero impredecible, fortuito, caprichoso e incontrolable, lo que multiplica todos los temores a lo desconocido pero terrible.

E. Fromm ha estudiado la dinámica que concluye en el miedo a la libertad como una de las realidades que más facilitan la continuidad del capitalismo. Fromm insiste en la naturaleza dialéctica de la libertad: apreciamos los logros positivos de la libertad conquistada con respecto a las opresiones del pasado, pero no nos atrevemos a enfrentarnos a los costos y riesgos que supone conquistar la libertad en el presente, ahora mismo, y en el futuro[74]. Tenemos miedo a la libertad y nos contentamos con la que otros conquistaron para nosotros pero no luchamos para mejorarla y ampliarla. Más adelante el autor explica cómo es el mercado capitalista el que define nuestra personalidad condenándonos a un aislamiento total que no es sino el reflejo de que somos simples mercancías humanas, y aquí Fromm expone la teoría marxista del fetichismo, del extrañamiento[75], imprescindible para entender el problema del miedo a la libertad. Continúa denunciando los efectos de las técnicas de marketing para multiplicar la irracionalidad consumista, «métodos de embotamiento de la capacidad de pensamiento crítico que son más peligrosos para las libertades y la democracia que muchos ataques abiertos»[76]. E. Fromm tras denunciar que «en su mayoría, los psiquiatras aceptan como un supuesto indiscutible la estructura de su propia sociedad»[77], se extiende en los mecanismos de evasión desarrollados por la sociedad burguesas que nos «liberan» del problema de enfrentarnos a nuestro miedo a la libertad: el autoritarismo, la destructividad y la conformidad automática.

No podemos extendernos en la dinámica de estos grandes

74. Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, Planeta-Agostini, Barcelona 1985, p. 128 y ss.

75. Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, op. cit., p. 143.

76. Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, op. cit., p. 153.

77. Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, op. cit., p. 163.

mecanismos de evasión, sus conexiones y en cómo combatirlos. Debemos dar un paso más y partiendo de lo visto, definir lo que es el miedo, sabiendo que toda definición se caracteriza por detener el movimiento de lo real y, lo que es peor, por paralizar la vida bullente de las contradicciones antagónicas insertas en la realidad en cambio y en permanencia. Teniendo esto en cuenta, podemos decir que el «miedo» es una parte, un momento, del proceso general que parte del instinto de supervivencia y acaba en el pánico paralizante o con la resistencia desesperada. De entre todas las definiciones que hemos leído, empezamos con la que ofrece Enrique González Duro:

> El miedo ha sido –y es– un sentimiento permanente, recurrente o muy frecuente en la vida y en la obra de los hombres; un miedo mayor o menor, individualizado o colectivo, según los tiempos en los que se viva. El miedo surge espontáneamente cuando algo o alguien nos amenaza con hacernos daño o destruirnos, haciéndonos reaccionar: la inhibición paralizante, la huida, la reacción catastrófica, la defensa o el ataque. El valor, cuando no es orgullo narcisista o pomposa vanidad, encubre el miedo o puede resultar suicida[78].

Esta relación entre miedo y valor, entre pasividad y resistencia, entre huida aterrorizada y ataque desesperado, va a ser muy importante en todo lo que sigue porque sirve para explicarnos uno de los problemas de fondo de la pedagogía del miedo aplicada por la clase dominante y, a partir de ahí, la necesidad que tiene de dosificar la provocación del miedo mediante el terror calculado, que más adelante estudiaremos, para que no termine escapándosele la situación al generar una masiva reacción de valor entre la gente explotada que se ha hartado de aguantar pasivamente. La dosificación del miedo y el terror calculado son tanto más efectivos cuanto que se aplican no sobre grupos que pueden pensar y reaccionar colectivamente, sino sobre individuos atomizados, separados unos de otros aunque vivan en colectividad, que no pueden o no se atreven a comentar con otros individuos, con sus vecinos y otras personas conocidas, la realidad social cargada de violencia opresora y de terror represivo, sino que padecen en silencio su miedo y su terror, sin buscar apoyo en nadie y sin dar a nadie apoyo. La razón por la que el poder

78. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit, Debate, Barcelona 2007, p. 15.

busca mantener y aumentar el aislamiento individualista radica en que: «el miedo compartido une y refuerza, o al menos consuela. En determinadas épocas y circunstancias hubo poblaciones que vivieron aterrorizadas y, no obstante, pudieron divertirse y hasta rebelarse»[79].

La investigadora María Inés Mudrovcic sostiene que:

> En el miedo surge algo externo que parece poner en peligro la conservación del individuo o los miembros de su grupo, pero siempre de modo que –en esto estriba la diferencia con el susto y la agitación– la amenaza no es como directamente actual y palpable, sino como posible, según nos dicta la experiencia [...] La angustia no sabe lo que teme. Pero el miedo siempre tiene un objeto que, o bien está presente, o bien es actualizado en tanto que representación de una amenaza futura [...] Debido a las fuertes emociones de terror y sorpresa causados por ciertos eventos, la mente se disocia: es incapaz de registrar la herida de la psique porque los mecanismos ordinarios de conciencia y cognición son destruidos, por lo que dichos acontecimientos no son incorporados al espacio de experiencia del individuo…[80].

Por su parte, Paula Rodríguez Marino, a la que hemos citado anteriormente en su afirmación de que subsisten dificultades para diferenciar angustia, miedo y terror, pero, siguiendo a Freud, más adelante sostiene que «la angustia involucra a un estado de expectativa frente a un peligro, lo que permitiría cierta preparación frente al peligro aunque este sea desconocido mientras que el miedo requiere necesariamente la presencia del objeto que provoca este sentimiento. Lo distintivo del terror sería, entonces, la falta de preparación frente al peligro, la sorpresa». Siguiendo a Freud y a Kaufman, la autora dice que «esta ausencia de una protección anticipatoria se reconoce también en la vivencia del evento o experiencia traumática. La violencia y la masividad del acontecimiento traumático pueden producir una ausencia o incapacidad de responder de forma adecuada»[81]. El arrollador impacto de la violencia terrorífica

79. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, op. cit., p. 16.

80. María Inés Mudrovcic: «Trauma, miedo y memoria», en *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*, ComunicArte Edit., Argentina 2006, pp. 207-208.

81. Paula Rodríguez Marino: «Exilio, trauma y miedo…», en *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*, op. cit., p. 250.

puede incapacitar y de hecho incapacita a las personas, anulándolas, paralizando su capacidad de respuesta racional. Emilio Crenzel sostiene esto mismo cuando dice que: «el terror interviene desmantelando o desestructurando las defensas operativas de los sujetos, quebrando sus imaginarios sociales y sus recursos personales preexistentes»[82].

Otras investigaciones añaden una tesis muy importante para nuestra reflexión sobre el terrorismo. Según W. F. Stone, la teoría de la manipulación del terror permite explicar por qué son las personas autoritarias, débiles psicológicamente, con identidades poco desarrolladas y, por tanto, necesitadas de una autoridad superior que las proteja y guíe, las más manipulables por el terror inducido o provocado por el poder establecido. Haciendo referencia a otras investigaciones, Stone dice que «el autoritario tiende a utilizar la superstición y la estereotipia para desplazar la causalidad hacia fuerzas externas, fuera del control personal. El miedo a la propia debilidad le lleva a valorar exageradamente el poder y la fuerza»[83]. La «conciencia de la muerte» es manipulada, ampliada y orientada hacia los fines dictados por el poder establecido. Las personas con una autoestima e identidad sólidas, estables y democráticas pueden controlar mucho mejor el miedo a la muerte y a todo lo que le precede, como el dolor y el sufrimiento, racionalizándolo.

Pero las personas con débil identidad y autoestima, que necesitan de la autoridad externa, tienen más dificultades para racionalizar la muerte, tienen mucho más miedo a lo desconocido, a los peligros que acechan y que pueden acelerar la muerte y los dolores insufribles que se le supone. En base a esto, el terrorismo, además de exterminar toda resistencia, también logra movilizar en su apoyo a un sector social caracterizado por su necesidad de protección. Por tanto, la propaganda burguesa busca ampliar la base social autoritaria que apoye al terrorismo capitalista, que apoye a Hitler, a Franco, a Pinochet… «La literatura sugiere cierto paralelismo con los resultados

82. Emilio Crenzel: «Cartas a Videla: una exploración sobre el miedo, el terror y la memoria», en *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*, op. cit., p. 135.

83. William F. Stone: «Manipulación del terror y autoritarismo», en *Psicología Política*, Valencia, nº 23, 2001, p. 8.

empíricos sobre el autoritarismo, en cuanto que la activación de la ansiedad, por el recuerdo o conciencia de la muerte, produce conductas que se han descrito ampliamente como características de individuos que puntúan muy alto en la escala de Autoritarismo de Derechas (RWA) y la escala F»[84].

Vamos a poner un ejemplo sobre cómo funciona la pedagogía del miedo y del terror calculado en un caso verídico que reunía el shock de la sorpresa, la violencia medida que busca que la victima salte del miedo controlado al terror incontrolable y, al final, la obtención del objetivo buscado por el agresor. Se trata de los métodos de intimidación empleados por los ejércitos napoleónicos para vivir del saqueo y del robo de los recursos de las poblaciones que invadían, para aliviar así el peso y el volumen de sus transportes adquiriendo más rapidez de movimientos y pudiendo transportar más armas y municiones. C. Summerville narra en su investigación sobre la guerra entre británicos y franceses en la Península Ibérica, cuando el ejército británico huía a toda prisa hacia Galicia para embarcar destino a Gran Bretaña perseguido muy de cerca por los franceses:

> Pero los soldados no podían obtener nada de sus exasperados oficiales, ni de los empobrecidos campesinos que, naturalmente, solían proteger el poco forraje que poseían. Aquellos prisioneros franceses que marchaban con las columnas de Moore se divertían, aunque les sacaba de quicio la falta de experiencia que sus captores demostraban ante la dura realidad de la vida en campaña. En una ocasión, un oficial francés se ofreció voluntariamente para conseguir comida para los hombres que los escoltaban. Enseguida mandó llamar a uno de los patriarcas de una aldea y antes de decir nada lo derribó de un golpe para luego exigirle desayuno para todo el grupo. Poco después el pobre hombre volvió a aparecer con todo lo que habían pedido[85].

Estamos ya, por tanto, en condiciones para pasar a estudiar qué es la pedagogía del miedo. R. Rodríguez Molas empieza su magistral obra sobre la represión y la tortura en Argentina con estas palabras extraídas de su capítulo sobre los comienzos de la pedagogía del

84. William F. Stone: «Manipulación del terror y autoritarismo», op. cit., p. 15.

85. Christopher Summerville: *La marcha de la muerte*, RBA, 2006, p. 128.

miedo: «Como es sabido, la tortura “legal” de los códigos primitivos y la contemporánea de las sociedades represivas definen un criterio de “justicia” y poder impuestos a través del dominio y el terror»[86]. Hay muy poco escrito sobre la pedagogía del miedo, aunque sea imprescindible como basamento del proceso que va de la inquietud inicial al terror último, como expresión del pánico ante la aplicación del terrorismo; proceso que en ningún momento termina de separarse del Estado aunque algunas de sus plasmaciones concretas funcionen con una autonomía tal que semeje independencia de facto con respecto al Estado. Por ejemplo, uno de los campos en donde más se aprecia el juego entre dependencia, autonomía o independencia formal con respecto al Estado es el de la educación, desde la pública ejercida directamente por funcionarios estatales hasta la privada ejercida por empresas o grupos religiosos.

El autor al que recurrimos dice unas páginas más adelante que:

> La pedagogía del miedo, la fuerza irracional, se expande asimismo a otros ámbitos. Los castigos en las escuelas eran tradicionales en el Antiguo Régimen. Ian Gibson, un prestigioso hispanista nacido en Irlanda, estudia en su admirable libro *El vicio inglés*, la costumbre de azotar a los niños en Gran Bretaña. En el ámbito español y americano esa tendencia no le iba a la zaga. Como es sabido, en las escuelas públicas y privadas los azotes y los palmetazos eran una práctica cotidiana, sin olvidarnos de otros castigos corporales a los que aluden los libros de memorias, considerándoselos de importancia fundamental para la formación del carácter de la juventud[87].

Más todavía y para concluir con el investigador que ha realizado una de las mejores críticas del terrorismo que hayamos leído nunca, veamos la siguiente cita en la que R. Rodríguez muestra cómo interactúan diversos niveles de la realidad represiva, sin olvidar nunca la presencia más cercana que lejana, o inserta en ellos mismo, del poder, del Estado:

86. Ricardo Rodríguez Molas: *Historia de la tortura. El orden represivo en la Argentina*, EUDEBA S.E.M., 1984, p. 5.

87. Ricardo Rodríguez Molas: *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, op. cit., p. 26.

Pero es posible decirlo mejor todavía, y es que por lógica, sin ninguna duda, la moral exclusivamente utilitaria e individualista inculcada desde el poder, una acción que no es reciente, se muestra intolerante y en el mejor de los casos indiferente ante las agresiones a los derechos humanos. Y no solo no se compromete en la defensa de los militantes políticos, tampoco en la de aquellos que trasgreden las reglas de la sexualidad considerada, por decirlo así, como «normal». No es necesario volver a insistir en el hecho de que la represión, todos los tipos de represión, están profundamente arraigados en la sociedad argentina. Con insistencia se trató de aniquilar por todos los modos posibles cualquier expresión racional e independiente, condicionando por todos los medios, mecánicamente se ha observado, desde las escuelas y los medios de comunicación «la enseñanza de ideales y símbolos emocionalizados, mediante la planificación y coordinación de los ambientes, los equipos de trabajo y los juegos, y después mediante una propaganda inteligente» (Mannheim 1963, 335). A este proceso de fusión y coordinación, suman la doctrina de los «valores más altos», los de la «tradición» o los ya aludidos de la «civilización occidental y cristiana» (todos ellos formas indudables de infalibilidad), en sustento de los cuales justifican la censura y toda clase de represión y violencia.

En esto estriba el carácter autoritario de un amplio sector de la población. Es posible mencionar numerosos casos en relación a una situación que en gran medida motiva el desinterés en analizar las causas más profundas del autoritarismo. ¿Por qué esto? Sobre todo, quizá sea debido al hecho de que es más simple y menos complicado practicar el olvido, y ese ejercicio se ha observado con suma frecuencia. Por otra parte, tal como son las cosas, suele caerse en lo anecdótico y superficial. En ese aspecto, y frente a los problemas que afectan a nuestra realidad y que interfieren en el logro de la felicidad individual genuina, una y otra vez sectores políticos y confesionales acusan al sistema constitucional de fomentar la pornografía («democracia pornográfica», dicen con referencia a la mayor permisibilidad en las relaciones cotidianas y dejan a un lado las deformaciones propias de una sociedad alienante que considera a la mujer como un simple objeto sexual)[88].

Como vemos, la pedagogía del miedo aplicada desde el poder central y los micropoderes circundantes a este, como la Iglesia, por

88. Ricardo Rodríguez Molas: *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, EUDEBA S.E.M., 1984, p. 97.

ejemplo, produce personas que además de autoritarias, están desinteresadas e incapacitadas para analizar las causas más profundas del autoritarismo, censura, represión y violencia que padecen y que a la vez ejercitan. Cuando el autor insiste en que estudia a la sociedad argentina, debemos concluir que no piensa que dicha sociedad sea ácrata, anarquista, sin Estado, o que incluso haya llegado ya al comunismo. Nada de esto, investiga y denuncia radicalmente el papel del Estado y del terrorismo en la historia argentina, sin olvidarse de las ayudas que ha recibido y recibe de otros micropoderes como el eclesiástico. Por tanto, podemos concluir diciendo que uno de los objetivos prioritarios de la pedagogía del miedo es protegerse a sí misma al producir sujetos tan obedientes que ni piensan en preguntar por qué obedecen, que ni siquiera sepan que cumple con uno de los mecanismos de evasión citados por Fromm: el consentimiento mecánico, y el otro objetivo es borrar para siempre el mayor rastro posible de sus atrocidades, hacerlas desaparecer tanto en la memoria y en la historia, como en los posibles restos que pudieran denunciar el crimen.

La pedagogía del miedo se sustenta y se ejerce mediante el denominado «lenguaje del miedo», tal como lo han definido los investigadores que estudiaron el terrorismo padecido por el pueblo chileno bajo la dictadura de Pinochet. El Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo, CODEPU, elaboró un impresionante estudio de los efectos del terrorismo en el capítulo dedicado a la sociedad represiva y, especialmente, al lenguaje del miedo. Tras exponer la dinámica del terror y del terrorismo, añade:

> El factor común a los elementos señalados de esta guerra psicológica es el Miedo. El miedo es, en todas sus modalidades de existencia, al mismo tiempo medio y fin, condición necesaria y resultado procurado. El miedo, como situación planificadamente creada y exacerbada por el poder del Estado dictatorial, ha dejado de ser una reacción natural que protege al sujeto y una vivencia puramente individual, para transformarse en trasfondo y nexo de las relaciones sedales, es decir, de la comunicación entre las personas.

Poco después presenta las siguientes conclusiones:

Para gran parte de la población en Chile bajo dictadura, el miedo dejó de ser una reacción individual transitoria y ha devenido en trasfondo y nexo comunicacional permanente.

La situación general de contexto está determinada por un discurso del poder que es un continuum de mensajes doble vinculantes. Éste ha sustituido la básica confianza interaccional por desconfianza.

Las distorsiones de reglas y hábitos comunicacionales se rigen predominantemente por la negación, el fingimiento y el ocultamiento.

El concepto psicológico de negación no agota la explicación, ni incluye las formas principales de la comunicación del miedo.

El fingimiento y el ocultamiento activo son verdaderas técnicas lúcidas de sobrevivencia. Podrán gradualmente dejar de ser utilizadas en la medida que se reconstruya la mutua confianza grupal y social.

Los mecanismos de fingimiento, ocultamiento y negación intragrupales (ejemplo: familia) van fuertemente acompañados de procesos de culpa, hostilidad y soledad.

Los fenómenos descritos, especialmente los de la desconfianza básica provocados por la tortura son de primera importancia en la psicoterapia[89].

FIGURA DEL AMO Y DE LOS INTOCABLES

Por uno u otro motivo, aquí nos viene muy bien recordar el poder disciplinador que tiene la denominada «figura del Amo», según la feliz expresión de D. Sibony en su estudio sobre la indiferencia política de las gentes explotadas[90]. En la medida en que la participación en política puede llegar a cuestionar el orden establecido, en esa medida interviene la «figura del Amo» autoritario y coercitivo que el poder introdujo en nuestra personalidad, conduciéndonos a la indiferencia

89. CODEPU: *Persona, Estado, Poder. Estudios sobre salud mental* - Chile 1972-1989, http://www.derechos.org/nizkor, 5 de marzo de 2002.

90. Daniel Sibony: «De la indiferencia en materia de política», en *Locura y sociedad segregativa*, Armando Verdiglione, Edit. Anagrama, Barcelona 1976, p. 108.

social. El Amo está siempre presente como figura ideal que se adapta a cualquier contexto, unas veces castigando y otras protegiendo, pero siempre asegurando la obediencia ya que:

> Mientras obedezco al poder del Estado, de la Iglesia o de la opinión pública, me siento seguro y protegido. En verdad, poco importa cuál es el poder al que obedezco. Es siempre una institución, unos hombres, que utilizan de una u otra manera la fuerza y que pretenden fraudulentamente poseer la omnisciencia y la omnipotencia. Mi obediencia me hace participar del poder que reverencio, y por ello me siento fuerte. No puedo cometer errores, pues ese poder decide por mí; no puedo estar solo, porque él me vigila; no puedo cometer pecados, porque él no me permite hacerlo, y aunque los cometa, el castigo es solo un modo de volver al poder omnímodo[91].

La «figura del Amo» es especialmente necesaria en las estructuras e instancias encargadas de garantizar el poder establecido, en las que la disciplina y la jerarquía tienen un papel clave en el control de las ansias de libertad de sus miembros, para mantenerlos siempre sumisos y obedientes a las órdenes, al margen de estas y de a quienes afecten, al margen de quien sean sus víctimas. La «figura del Amo» es central en las fuerzas represivas, sean de represión material o espiritual. Ya hemos visto el cuidado que ponen los Estados burgueses en la formación de sus torturadores, y una preocupación similar tienen en mantener la fidelidad de sus ejércitos, para lo que no dudan en mantener formas disciplinarias aprendidas de los ejércitos antiguos porque atañen a lo más profundo de la estructura psíquica, al miedo y al terror a lo intocable, al tabú que supone la «figura del Amo». J. Zulaika ha estudiado el proceso de imposición del terror del soldado a los «intocables»[92], a los oficiales, que son la expresión corpórea del tabú a la «figura del Amo», del ser superior que dispone de la vida del soldado. Recordemos que Jenofonte nos dejó escrita la importancia de este método disciplinario basado en el miedo al superior jerárquico antes que al enemigo.

Naturalmente, aquí hablamos de los ejércitos opresores, porque

91. Erich Fromm: *Sobre la desobediencia y otros ensayos*, Paidos Studio, Barcelona 1984, pp. 9-15.

92. Joseba Zulaika: *Chivos y soldados*, Edit. Baroja, San Sebastián 1989, pp. 85-92.

la disciplina cambia cualitativamente en los ejércitos formados para las guerras justas y liberadoras. Clausewitz ya se percató de esta diferencia sustantiva aunque utilizaba una terminología un tanto confusa, en lo relacionado con la guerra justa y con la relación entre los fines y los medios, como demuestra O. Korfes[93]. Todo lo contrario a los «intocables», al Amo, es la práctica revolucionaria la que, según Trotsky y sus textos contra los desertores del Ejército Rojo, plantea la cuestión de la obediencia consciente en el nivel decisivo de optar entre el obrero huelguista que lucha por su país y el esquirol que vende a sus compañeros, a la empresa y a su país a los amos internos y externos por pocas monedas[94].

Mantener activo el miedo a la transgresión del tabú al amo, a los intocables, es una prioridad vital en cualquier ejército basado en la disciplina no asumida conscientemente, basado en la disciplina coercitiva e impuesta, en la del patrón y el capital. En lo que respecta a la introducción del miedo en los ejércitos, para mantenerlos fanatizados, vamos a recurrir a la experiencia venezolana anterior al actual proceso bolivariano que precisamente consiste en lo contrario: en devolver la consciencia y libertad al pueblo y a sus fuerzas armadas; y en lo que respecta al segundo objetivo, garantizar el silencio propio y ajeno, más adelante diremos algo sobre las desapariciones forzadas. En la década de 1950 este país se encontraba en una fuerte crisis sociopolítica determinada por la opción proyanqui de su burguesía, dispuesta a vender el país y sus enormes riquezas energéticas al imperialismo para asegurar su poder y aumentar sus beneficios. El sentimiento nacional venezolano se plasmó entre otras cosas en el fortalecimiento de organizaciones armadas revolucionarias con conexiones dentro del ejército que ya desde 1957 tenía en su interior grupos simpatizantes con el independentismo progresista. En 1962 estos grupos se acercaron a las guerrillas y en 1963 se crearon las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Uno de sus documentos más conocidos fue el llamamiento

93. Otto Korfes: «De la guerra y su influencia sobre la posteridad», en *Clausewitz en el pensamiento marxista*, PyP, nº 75, México 1979, p. 180 y ss.

94. Lev Trotsky: «Deserción y tribunales», en *Escritos militares*, Ruedo Ibérico, París 1976, tomo 2, pp. 141-146.

al resto del ejército oficial venezolano, publicado en 1964, en el que se argumentaba por qué se debía optar por la democracia y la independencia nacional, ya que:

> Venezuela es actualmente un país subdesarrollado, dependiente, por obra y gracia de nuestros gobernadores, del coloso del norte quien con la inversión de capitales en nuestro territorio, ha logrado poner a su servicio la mayoría de nuestras riquezas naturales contando con la complicidad de los círculos gobernantes y de algunos sectores económicos criollos, que medran al amparo de esa entrega. Tener conciencia nacionalista significa disposición y actitud de combate ante esa penetración y la traición de los serviles criollos. Tener conciencia nacionalista es negarse a apoyar un gobierno que no responde a la defensa de los intereses nacionales y se empeña en obstaculizar y detener la construcción del país independientemente, con sus industrias básicas elaborando nuestras materias primas; participando de mayores beneficios en la industria petrolera y realizando una efectiva reforma agraria que reivindique a nuestro campesino. Tener conciencia nacionalista es estar en conocimiento de las tremendas injusticias sociales existentes en nuestro país y trabajar por remediarlas. Es tener conciencia de que no podemos esperar de gobiernos como el actual la solución de esos problemas por su carácter antipatriótico y antinacional. [...]
>
> Hemos permitido que estos gobiernos vendan a Venezuela, nosotros que nos llamamos sus más ardientes defensores. Hemos permitido que trafiquen con nuestra soberanía y la mediaticen intereses extranjeros. Si por soberanía entendemos la independencia completa que deben tener los países para decidir sobre los problemas que afectan su vida interna y sus relaciones externas, debemos admitir que hemos sido unos vulgares alcahuetes de estos gobiernos; de todos es conocido la influencia que tiene el Departamento de Estado norteamericano en la política nacional y bien sabemos cómo se mueve la misión militar de ese mismo país en nuestro medio militar. Ningún pronunciamiento se ha dado sin su consentimiento: es más, muchas son las veces que lo han propiciado cuando el gobierno de turno no se aviene a sus directivas[95].

Como respuesta al peligro que este llamamiento revolucionario suponía para la burguesía venezolana, consciente de que el

95. AA.VV.: *De militares para militares*, Ministerio de la Cultura, Edit. El Perro y la Rana, Caracas, Venezuela 2006, pp. 199-200.

sentimiento independentista en contra del dominio de Estados Unidos podía arraigar en amplios sectores del ejército, esta respondió aplicando una auténtica pedagogía del miedo dentro de las unidades militares, método destructivo resumido así por el documento de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de 1963:

> El miedo fue introducido en los sectores militares como objetivo inicial para el debilitamiento de la moral. Bajo la amenaza constante del Servicio de Información de las Fuerzas Armadas (SIFA), se creó un estado de desasosiego que luego se traduciría en la división de los cuadros permanentes. La hermandad de promoción, el espíritu de cuerpo, el simple compañerismo, fueron desterrados por la aprensión. Al crear sospechas recíprocas y psicosis persecutorias, los servicios de espionaje hicieron saltar todos los vínculos morales y fraternales que aseguraban la unidad militar. ¿Cómo estrechar la solidaridad en una familia llena de temores y acorralada por la situación? ¿Qué grado de confianza puede existir entre colegas que se temen entre sí? ¿Cómo coordinar acciones entre gente que deben protegerse los unos contra los otros? Y este era exactamente el objetivo del SIFA: inhibirnos, desarticularnos, para luego entregarnos atados a los caprichos de políticos inescrupulosos. Sin embargo, la obra de los partidos de gobierno no está concluida. Aún quedan reservas morales para enfrentarnos a esta vil maniobra y derrotarla. Debemos calcular los riesgos de la delación y tomar providencias contra sus efectos, pero es preciso, hoy más que nunca, unirnos contra los enemigos, echar por la borda los temores y aceptar el reto que se nos está lanzando. [...] Lo único que se opone a esta gran jornada es el miedo, por miedo hemos sido divididos, por miedo hemos luchado unos contra otros, por miedo hemos apoyado un gobierno de apátridas, y si continuamos buscando excusas para justificar el miedo, será el miedo al epitafio escrito sobre la tumba de una institución que no tuvo hombres que la defendieran y sobre una Patria que no tuvo hijos que la salvaran[96].

Si nos fijamos bien, la táctica de introducir el miedo para romper la solidaridad colectiva de un cuerpo selecto y especializado como es el militar, que aquí se describe crudamente, sirve en lo esencial para destrozar cualquier otra solidaridad colectiva, desde la de una plantilla de trabajadores en huelga, hasta la de una asociación de vecinos, pasando por un sindicato estudiantil y terminando en una poderosa

96. AA.VV.: *De militares para militares*, op. cit., pp. 128-129.

movilización de masas. El valor fundamental de este ejemplo radica no solo en que describe cómo se provoca el miedo a los demás, el recelo y la duda, la sospecha hacia los compañeros, etcétera, sino sobre todo en que todo esto responde a un plan diseñado y aplicado desde los aparatos del Estado y con el apoyo de poderes extranjeros, en este caso desde el Estado venezolano y la ayuda de los expertos yanquis. Un plan destinado a depurar de demócratas y personas críticas y libres un instrumento decisivo en la aplicación del terror como es el ejército, aparato vital para la clase burguesa. Como veremos más adelante, el Estado produce sus propios funcionarios con mentalidad estatalista, el terror estatal necesita y produce las personalidades terroristas que aplican y mejoran en la práctica dicho terror en cualquiera de sus formas. La depuración del ejército es, desde esta perspectiva, una necesidad permanente para garantizar su efectividad en el momento de aplicar el terror, como lo demostró la propia experiencia venezolana hasta la victoria del proceso revolucionario actual.

Pero aquí, en Venezuela, como en otros muchos lugares la pedagogía del miedo falló en su efectividad y una buena parte del ejército se integró al cabo de los años a la lucha emancipadora de su pueblo. Sin embargo, la derrota del imperialismo no ha significado que este diera por perdidos definitivamente sus intereses económicos y geoestratégicos en la región. Al contrario, como ha demostrado C. Lanz, Estados Unidos recurre a una empresa especializada en la manipulación psicológica y propagandista de masas llamada The Rendon Group, para amplificar e intensificar el uso de tácticas pertenecientes a la pedagogía del miedo contra Venezuela. Centrándose en el objetivo prioritario de destrozar física y simbólicamente al comandante Chávez, esta empresa ha ideado y aplica sistemáticamente un plan con cuatro objetivos, de menor a mayor:

Criminalizar y desprestigiar la figura presidencial.

Deslegitimar el cambio y el conjunto de las instituciones.

Generar escepticismo o desencanto, con proyecciones electorales.

Legitimar la emergencia de mecanismos violentos, armados y no armados, como preparación de un magnicidio, golpe suave o una intervención militar foránea[97].

Como se aprecia, estamos ante una estrategia que va de ataques menores a mayores, de centrarse contra una persona, Chávez, para ir ampliándose hasta llegar a la invasión extranjera de una nación.

A cada paso adelante en la estrategia corresponde un aumento en la provocación del miedo. Primero, se ataca a la autoridad suprema, buscando además de su desprestigio y debilitamiento político, también el aumento de la incertidumbre y desmoralización en sus inmediatos seguidores, los más sólidos y fieles. Si bien una de las reacciones de la gente cuando se siente atacada en su solidez colectiva es la de reforzarla y cohesionarla, también ocurre que surgen grietas internas en su cohesión, fisuras poco visibles que pueden agrandarse según derive el conflicto. Buscando aumentarlas, The Rendon Group lanza el segundo ataque consistente en minar la legitimidad de las instituciones elegidas por el pueblo y del proceso democrático en general, con lo que se amplía la población afectada, la mayoría incluso que apoya el proceso democrático aunque tenga algunas diferencias con respecto a Chávez, mayoría sometida a una guerra psicológica y propagandística que busca minar la estabilidad del sistema en su propia base. El objetivo no es otro que, en tercer lugar, alterar el resultado electoral, es decir, derrotar la democracia por métodos aparentemente «democráticos» obtenidos mediante la manipulación masiva de todo lo que sea susceptible de ser manipulado. Cuarto y último, tanto como resultado de lo anterior o como alternativa extrema, el poder piensa en la utilización de un capítulo en el que la violencia terrorista adquiere todas sus formas, desde el magnicidio hasta la violencia simbólica, no armada, terminando en la invasión pura y dura.

Vemos nítidamente la pedagogía del miedo en acción desde la simple propaganda contra una persona hasta la invasión militar. La mayor parte de las veces, el poder dominante no necesita llegar al

97. Carlos Lanz Rodríguez: , VII Cumbre Social por la Unión Latinoamericana y Caribeña, CaracasLas operaciones de “The Rendon Group” centradas en la criminalización del Comandante Chávez 2008, p. 13.

extremo del terrorismo en toda su extrema brutalidad, sino que detiene el proceso en un momento determinado porque ya ha obtenido los resultados que buscaba. Con mucha frecuencia, la efectividad de los niveles inferiores del terrorismo aplicado por micropoderes es la que evita que tengan que entrar en acción niveles superiores, más generalizados y amplios, aunque no siempre. H. Zinn nos ofrece un ejemplo del fracaso de uno de los niveles intermedios de la violencia terrorista aplicada por un micropoder como era la patronal del negocio de taxis en sus años jóvenes. Este historiador nos narra cómo impactó en su proceso de toma de conciencia de clase la paliza que le dieron al padre de su amigo León «los matones del burgués», del empresario que controlaba el negocio del taxi, «por intentar constituir con sus compañeros un sindicato de taxistas»[98]. Pero, desgraciada y significativamente, la efectividad paralizante de estos niveles intermedios de intimidación mediante actos terroristas dirigidos contra las personas que comienzan las luchas por los derechos democráticos más elementales, como el de sindicación en este caso, es mayor de lo que sospechamos, aunque no es nunca absoluta.

Lo decisivo es su efectividad, aunque incluso ni se hable de pedagogía del miedo. E. González Duro, basándose en la teoría de Batjin sobre el «miedo cósmico», el que tiene en sí y de por sí la especie humana hacia las fuerzas desencadenadas de la Naturaleza ingobernable, utiliza el concepto de «miedo oficial», el construido por el poder existente en cada época y sociedad, acercándose a la teoría de la pedagogía del miedo, de hecho la pone en práctica aunque sin nombrarla, al sostener desde el comienzo de su obra que «el poder, que a menudo se disfraza de Dios o pacta con alguna Iglesia, produce el miedo, somete a los miedosos, los culpabiliza por ello y los castiga»[99]. Y mucho más adelante dice:

> La producción de «miedo oficial» era –y es– la clave de la eficiencia del poder. El poder terrenal no venía –no viene– al rescate de los seres humanos presos del miedo, pero hacía –hace– por convencer a sus súbditos que sí lo hace. Para que el poder se congraciase y se ganase

98. Howard Zinn: *Nadie es neutral en un tren en marcha*, Hiru Argitaletxea, Hondarribia 2001, p. 235.

99. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, Edit, Debate, Barcelona 2007, p. 12.

su lealtad al ser duro con lo que aquéllos temían, primero debía producir el «capital del miedo». Para que el poder dure, hay que hacer a los seres humanos vulnerables, inseguros y temerosos, y mantenerlos en dicha situación [...] Volver a la gente insegura y sumisa fue la tarea que más ocupados tuvo a la CIA y al FBI tras los atentados del 2001[100].

Y más adelante:

El mantenimiento de la ideología del miedo se ha convertido en un arma política, en particular en las estrategias de los grandes poderes: confirmar la culpa definitiva e intrínseca del otro y la necesidad de protegerse a sí mismo mediante las medidas de seguridad o por la fuerza de las armas [...] Cuando las autoridades concentran los temores del público a la amenaza terrorista, adquieren una libertad de movimientos que no sería imaginable si se tratarse de otro enemigo público, auténtico o supuesto. En ningún otro caso puede estar tan seguro el Estado, en su calidad de defensor de la ley, de que sus ciudadanos están dispuestos a tomar el no cumplimiento de los peligros como prueba de su realidad y del papel misericordioso de los organismos de seguridad del Estado que advirtieron de su inminencia[101].

Por otra parte, la producción de miedo está facilitada por otras fuerzas y realidades sociales que existen al margen de cómo las interpretemos o pensemos sobre ellas. Por ejemplo, tiene razón M. Brinton cuando explica cómo en los momentos angustiosos, quienes no han desarrollado suficiente independencia psicológica, afectiva y emocional, crítica y autocrítica, teórica y política, ética y moral, tienden a adoptar «actitudes infantiles cuando se ponen frente a frente con los que simbolizan la autoridad, con los que representan en la escala de la sociedad la imagen de sus padres (es decir, los dirigentes del Estado, los jefes de las fábricas, los curas, los políticos consagrados, etcétera)»[102].

El potencial teórico-crítico de estas palabras es innegable y aletea en todo el texto que aquí se presenta, reapareciendo específicamente cuando analicemos la vital unión entre Estado, terrorismo y tortura.

100. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, op. cit., p. 209.

101. Enrique González Duro: *Biografía del miedo*, op. cit., p. 254.

102. Maurice Brinton: *Lo irracional en política*, Edit. Aguilera, Madrid 1977, p. 81.

Tiene también razón P. Brückner cuando no duda en decir que:

> La prohibición colectiva de buscar o preguntar fuera del campo de los problemas abiertos (los que están permitidos por los estilos educativos autoritarios) provoca miedo en el que se atreve a hacerlo, si es que ha llegado ya a proyectar sobre sí mismo aquellas exigencias de prohibición; incluso las desviaciones de un método establecido, llegan a producirle intranquilidad. Aquí es donde termina la formación y comienza la obediencia social[103].

Por no extendernos, L. Rozitchner sostiene en su impresionante capítulo sobre la transformación de las categorías burguesas fundamentales, que la única salida es la revolución colectiva que destruya los modelos de sometimiento. Pues bien, al plantear la urgente necesidad de introducir al sujeto en la historia, el autor afirma que «la libido, por terror y sentimiento de muerte del yo, no puede investir los objetos del mundo exterior negados por el superyó. Y el síntoma expresa dónde va a parar la libido objetal: a investir una forma sustituta, un objeto ideal o tal vez alucinado, pero siempre subjetivo. La agresividad, que el instinto de vida tendría que orientar hacia el obstáculo que se opone en el mundo a la satisfacción, es vuelto aquí también a lo subjetivo, convertido en masoquismo, contra el mismo sujeto»[104]. El terror introducido en el yo impide al sujeto tomar conciencia de la realidad, del mundo exterior, porque el superyó se lo impide, le niega la posibilidad de ver el mundo tal cual es, mientras que solo le permite verlo de forma alucinada, siempre subjetivamente.

A la vez, ese terrorismo que el superyó ejerce sobre el yo, hace que la persona no se enfrente a los obstáculos, a la opresión en suma, que le aplastan con la infelicidad, sino que en esa inversión subjetiva y alucinada, el sujeto se vuelva contra sí mismo de manera masoquista en vez de contra la dominación y explotación que sufre. Pero el superyó es una construcción social impuesta generalmente por la presión de los componentes más autoritarios y reaccionarios

103. Peter Brückner: «Sobre la patología de la obediencia», en *Psicología política*, AA.VV., Barral Edit., Barcelona 1971, p. 182.

104. León Rozitchner: *Freud y los límites del individualismo burgués*, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina 1972, p. 269.

de la sociedad burguesa, de modo que, mediante mil vericuetos, descubrimos el fino hilo que conecta el masoquismo resultante con la estructura terrorista de la sociedad del capital.

CREACIÓN DEL MIEDO Y DEL GRAN PÁNICO

Debemos hacer una matización crítica a estas palabras aun admitiendo la corrección de la tesis de fondo sobre los efectos del miedo. Pensamos que la efectividad de la propaganda anti «terrorista» es mucha, pero que otras manipulaciones del miedo y del terror de masas producen también los mismos efectos esenciales, beneficiosos para las clases dominantes. Se trata de analizar cada caso concreto en su situación concreta, cada creación y manipulación concreta del miedo concreto que una vez será al «terrorismo», otra vez será al «comunismo bolchevique» y otras veces será a cosas diferentes pero que cumplen la misma función. Hace tiempo F. Neumann mostró cómo la manipulación política de la ansiedad colectiva y del miedo social ha sido una de las razones de las masivas respuestas reaccionarias orientadas contra «enemigos exteriores» e «interiores» presentados en forma de «conspiración» desde el inicio del siglo XVII: la de los jesuitas, la francmasona, la comunista, la capitalista, la judía, concluyendo muy acertadamente con la tesis de que «el mundo se ha hecho más susceptible al crecimiento de movimientos de masa regresivos»[105]. Miedo y ansiedad que buscaban en el dictador la reencarnación protectora de la imagen mítica de la autoridad paterna a la que se obedece sin condiciones.

Desde entonces, se han creado nuevas «conspiraciones» exteriores e interiores que, sin romper en absoluto con la lógica de lo expuesto, sino confirmándola, han ampliado los objetivos a criminalizar, perseguir y exterminar por los movimientos reaccionarios. Pero, antes de seguir y para contextualizar el problema, debemos remarcar una dinámica que solamente el marxismo ha estudiado con

105. Franz Neumann: «Ansiedad y política», en *Miedo y sociedad*, Rollo May y otros, Editorial Escuela, Argentina 1976, pp. 43-78.

rigor y que es decisiva para entender el contexto ideológico mundial actual y el papel que cumple la pedagogía del miedo en la civilización burguesa de comienzos del siglo XXI. Nos referimos al aumento de corrientes ideológicas que van desde el irracionalismo en sus formas más toscas hasta el desprecio sutil y delicado de la valía del método científico-crítico, si comparamos su descomposición actual con su optimismo racionalista y humanista burgueses en el siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX. Sin extendernos ahora, Engels ya demostró que la filosofía burguesa había llegado al final de su capacidad creativa progresista[106], indicando que solamente el movimiento obrero podía abrir una nueva etapa en el conocimiento humano en el sentido verdadero del término, es decir, como liberación de las potencialidades insertas en el valor de uso. Engels concluyó el texto ahora citado en 1886 y para entonces tenía a su disposición una abundante cantidad de textos que confirmaban no solo el agotamiento del progresismo burgués, sino su descarado retroceso.

Conforme la burguesía mundial constataba desde la crisis revolucionaria de 1848 y especialmente desde la de 1871 que su poder era cada vez más cuestionado en el capitalismo occidental, pero también por parte de los pueblos explotados en otros continentes, desde estas fechas, dicho a grandes rasgos, se inició un retroceso teórico e ideológico que aquí solamente vamos a presentar en sus aspectos centrales. Por un lado, en la economía política burguesa se produjo un espectacular retroceso de los logros iniciales de los economistas clásicos, a las vulgaridades subjetivistas de la «teoría» marginalista y especialmente de la «escuela austriaca» en la década de 1870 en adelante[107]. Por otro lado, el grueso de la filosofía burguesa se fue inclinando al irracionalismo, como demostró Lukács en uno de sus libros clásicos en el que extendió su crítica a la sociología, al darwinismo social y al racismo, mostrando sus conexiones de fondo con el fascismo[108]. Por último, sobre esta base racista y occidentalista

106. Friedrich Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, pp. 379-395.

107. AA.VV.: *Historia de las doctrinas económicas*, Edit. Pueblo y Educación, La Habana 1980, tomo I, pp. 561-612.

108. Georg Lukács: *El asalto a la razón*, Grijalbo, Barcelona 1975, pp. 471-580.

se produjo una multiplicación de tesis sobre el control social masivo, sobre la justificación de las vigilancias y de las represiones «científicamente aplicadas», etcétera, en su mayoría de origen yanqui[109], desde finales del siglo XIX que tienden a reaparecer una y otra vez al calor de las urgencias económicas y militares del imperialismo, como se ha comprobado en las duras pugnas sobre el desarrollo de las investigaciones del genoma humano, con las grandes posibilidades de control político y marginación social que pueden crear si sus efectos negativos no son controlados, si el poder capitalista emplea en su beneficio una de «las dos caras de Jano»[110].

Esta involución se fue dando a la vez que el reforzamiento de la ideología liberal formada desde finales del siglo XVIII y que desarrollaría su núcleo central con la teoría marginalista o de la preferencia subjetiva, que abandona toda pretensión de objetividad científica inicialmente presente en la teoría clásica de la economía política burguesa, pero abandonada después. A. Vachet. sintetiza la ideología liberal en cuatro puntos decisivos para entender las justificaciones de todas las atrocidades cometidas por el terrorismo desde la irrupción burguesa:

El derecho de propiedad determina todo derecho y todo deber.

La prioridad de la propiedad privada exige la prioridad del individuo propietario sobre la sociedad.

La naturaleza y la razón están para impulsar el desarrollo del individuo propietario.

El individualismo también está bajo la férula de la propiedad privada y de las exigencias inherentes a la producción de bienes[111].

Y más adelante:

109. Stephan L. Chorover: *Del génesis al genocidio*, M. I. Orbis, Barcelona 1986, p. 83 y ss.

110. José Sanmartín: «Proyecto del Genoma Humano: de la ciencia a la sociedad», en *El legado filosófico y científico del siglo XX*, Cátedra, Madrid 2005, pp. 815-818.

111. André Vachet: *La ideología liberal*, Edit. Fundamentos, Madrid 1973, tomo 2, p. 115.

> El modelo fisiocrático que califica al individualismo por la propiedad puede extenderse, sin dificultades y con pocas modificaciones, a la totalidad del liberalismo. Tanto en un caso como en otro, hay una reducción del individualismo a su contenido económico; lo que implica la subordinación previa de la expresión de los valores humanos no económicos al proceso de la producción, de la circulación y de la apropiación de bienes. De esta forma, la propiedad se ha de ver libre de controles, bien morales, en virtud de una teoría de la justicia relativa al orden económico; bien de la sociedad, por la finalidad de las funciones políticas exclusivamente limitadas a mantener el orden esencial necesario para la consecución de los intereses económicos del individuo y de la sociedad. De esta forma, la libertad, la igualdad y la seguridad se conciben tan solo como anexos necesarios de la propiedad que, al determinarlos, los subordina[112].

Fue este magma ideológico centrado en la dictadura del beneficio burgués a cualquier precio, el que, por un lado, actualizó la esencia terrorista del cristianismo platónico y agustiniano con la aparición del fundamentalismo y el integrismo; por otro lado, potenció la amplia corriente contrarrevolucionaria que va desde el fascismo al militarismo y, por último, unió lo anterior con el racismo y la creencia de la supremacía occidental. La revolución bolchevique de 1917 fue el aglutinante de esta mezcla explosiva y su estallido en una política internacional imperialista de azuzamiento del miedo a escala nunca vistas con anterioridad, ni incluso durante el terrorismo contra la Comuna de 1871. Estudiando el contexto europeo de fortalecimiento de las corrientes de izquierda y de extrema derecha tras la guerra de 1914-1918 y especialmente bajo el impacto del surgimiento de la URSS en las enfrentadas clases sociales del continente, G. Kolko escribe que:

> Una derecha cada vez más fuerte se dedicó a extender el miedo a la Unión Soviética entre la población, logrando persuadir incluso a muchos de los que antes habían creído en el sistema parlamentario. A mitad de la década de 1920, cuando empezó a disminuir el miedo a la izquierda, este volvió a ser alimentado por las consecuencias de la crisis económica mundial, y después por la guerra civil española y por la formación del Frente Popular en Francia[113].

112. André Vachet: *La ideología liberal*, Edit. Fundamentos, Madrid 1973, tomo 2, p. 171.

Teniendo en cuenta la definición amplia, procesual e inclusiva del concepto de terrorismo como último peldaño del proceso ascendente que se inicia en la preocupación e inquietud y tras pasar por las diversas formas de miedo a la violencia, se transforma en terror y en pánico en la misma dinámica en la que las violencias se concretan en terrorismos, teniendo en cuenta esta definición dialéctica, es innegable que el proceso descrito por el historiador G. Kolko acaecido en los años veinte y treinta del siglo XX debe ser entendido como una de las formas de la dinámica del choque de contradicciones irresolubles que acabaron en el terrorismo masivo de la guerra de 1939-1945. Tanto el fascismo como la derecha en cualquiera de sus formas de poder, desde el militarismo hasta la «democracia» burguesa, se dedicaron con sistemática insistencia a producir miedo al comunismo, a la URSS y a los movimientos revolucionarios en Europa, miedo destinado a ampliar las bases de apoyo social reaccionario para golpes represivos posteriores. El nazifascismo, además de esto, concretó aún más el objetivo de su miedo y de su política de terror: preparar las condiciones adecuadas para la invasión de la URSS y su destrucción. Quiere esto decir que el inhumano terrorismo aplicado luego ya estaba in nuce, en ciernes, en su esencia, en la propagación del miedo desde la década de los años veinte.

Aunque se trata de un colectivo de investigadores no caracterizado por su radicalidad crítica, quienes han estudiado la inducción por la burguesía internacional de un clima social masivo de miedo y terror, de derechismo fanático, militarista, racista y religioso en respuesta a la oleada revolucionaria mundial iniciada con la revolución bolchevique de octubre de 1917, no han dudado en denominar dicho clima social como el «gran pánico» provocado por una desbordante campaña propagandista que creaba «las informaciones más inverosímiles, como “la nacionalización de las mujeres”, provocaron un estado de “histeria colectiva”»[114]. Todo valía con tal de paralizar primero y luego derrotar la revolución que avanzaba por tantos países

113. Gabriel Kolko: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Paidós, Barcelona 2005, p. 169.

114. Maurice Crouzet (direc.): *La época contemporánea. En busca de una nueva civilización*, Edic. Destino, Barcelona 1982, pp. 99-100.

y pueblos. Muchas burguesías laicas y cultas, que habían defendido la separación entre su Estado y la Iglesia hasta 1913, en 1918-1919 se volvieron rápidamente hacia la Iglesia aliándose con ella para defender el orden y colmándola de riquezas y privilegios. Especial importancia tiene para nuestro estudio el análisis que hacen sobre el papel de la Iglesia católica que en todas partes optó por reforzar el conservadurismo y la reacción más autoritaria mediante los grupos de Acción Católica, y con respecto a Estados Unidos, citan a las iglesias protestantes con entusiasmo al ataque a «cualquier movimiento de reforma social susceptible de amenazar el orden establecido»[115].

Fue dentro de semejante reacción autoritaria hacia el conservadurismo en todos los sentidos, cuando irrumpió Spengler con su texto *La decadencia de Occidente* de 1918-1922, es decir, en pleno auge del bolchevismo y en medio del espanto de la burguesía. Luego irrumpió Toynbee con su obra *Estudio de la Historia*, publicada entre 1933 y 1961, ambos, sentaron la base de la ideología imperialista actual pese a las discrepancias formales que existían entre sus concepciones. J. Fontana ha mostrado la unión reaccionaria entre el irracionalismo de Spengler y el conservadurismo de Toynbee, quien primero se acercó a Hitler y después defendió los intereses de Estados Unidos como la potencia encargada de llevar la civilización occidental a su esplendor, convirtiéndose durante bastantes años en una especie de «historiador oficial», pese a la nula calidad de su obra, que puede ser definida como un gran «engaño intelectual»[116]. Como muestra de la ideología subyacente en esta obra de Toynbee vale, entre otras muchas, esta frase: «El ataque musulmán a la Cristiandad Occidental…» y todo el párrafo que sigue, que presenta a la «Cristiandad Occidental y Oriental» como agredidas por el «ataque musulmán» cuando la realidad histórica fue mucho más compleja. Otro ejemplo lo tenemos en el tono peyorativo y despectivo hacia Etiopía, pese a ser de religión cristiana monofisita, que es calificada como «fósil» estancado culturalmente sobre un «fondo de apatía» por no haber aprendido de los cuatro ataques de invasores superiores en

115. Maurice Crouzet (direc.): *La época contemporánea. En busca de una nueva civilización*, op. cit., p. 107.

116. Josep Fontana: *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona 2001, pp. 188-191.

cultura, un ataque islámico en la primera mitad del siglo XVI, y los tres siguientes católicos[117].

De cualquier modo, Toynbee seguirá siendo utilizado como fuente de argumentos a favor del sistema, aunque sea indirectamente y a pesar de reconocer su escoramiento prooccidentalista[118], como se comprueba leyendo a A. Garzón Pérez en su artículo sobre la visión psicológica de Toynbee.

Justo cuando Toynbee empezaba a saborear la gloria se iniciaba el lento ascenso neoliberal cuyos ideólogos –von Hayek, Friedmann, von Mises y hasta Popper durante un tiempo– se habían organizado como grupo de presión en 1947 celebrando su primera asamblea en el balneario suizo de Mont Pelerin. El documento fundacional empezaba así: «Los valores centrales de la civilización están en peligro». Vemos así su directa conexión con Spengler y con Toynbee, aunque su fuerte no era la historia sino una versión empobrecida de la economía política clásica burguesa, heredera de los grandes defensores de la teoría marginalista o «escuela austriaca». Tanto el marginalismo al final del siglo XIX como, sobre todo, el neoliberalismo a mediados del XX tenían como único objetivo acabar con la crítica marxista al capitalismo y, en menor medida, acabar también con la corriente burguesa reformista inaugurada por Keynes. D. Harvey explica cómo los sectores más reaccionarios de la alta burguesía imperialista, especialmente la norteamericana, iban aumentando su apoyo económico y político al grupo de Mont Pelerin, hasta que este empezó a adquirir poder político en la década de los años setenta del siglo XX[119].

Mientras la burguesía más reaccionaria se reorganizaba para lanzarse al contraataque, otros ideólogos reforzaban por su cuenta la tesis de la urgente respuesta occidental a la creciente amenaza oriental, identificada con el comunismo. A comienzos de 1956 el

117. Arnold Toynbee: *Estudio de la Historia*, Planeta-Agostini, Barcelona 1985, tomo I, pp. 152-155.

118. Adela Garzón Pérez: «Psicología política y el estudio de la historia», en *Psicología Política*, Valencia, nº 29, 2004, pp. 87-104.

119. David Harvey: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid 2007, pp. 26-37.

italiano J. Evola disfrazó su anterior fascismo de un occidentalismo anticomunista, dictatorial y militarizado, reactualizando el mito de Gog y Magog. Evola se dedica en su texto a adaptar el miedo y el terror apocalíptico descrito en el Antiguo Testamento como una fuerza destructora que emerge de lo más profundo de Asia a las condiciones de la mitad del siglo XX, insistiendo en la importancia de luchar contra el «enemigo interno», contra el desorden social, y «que las hordas de Gog y Magog representan en última instancia a las masas sin rostro, al reino de la cantidad, a la humanidad colectivizada y materializada, al anti-Estado afirmado por el frente de la subversión mundial»[120], es decir, contra el socialismo y el comunismo.

La occidentalización fue unida a la cristianización. A comienzos de la década de 1950, un movimiento conservador norteamericano denominado Caballeros de Colón empezó una campaña para introducir a dios en la promesa de fidelidad a Estados Unidos que todas las escuelas realizan cada mañana. Según describe S. George, en 1954 el presidente Eisenhower aprobó el cambio con estas palabras: «De este modo reafirmamos la trascendencia de la fe religiosa en la herencia y el futuro de Estados Unidos; de este modo reforzamos constantemente nuestras armas espirituales, que siempre serán el recurso más poderoso de nuestro país en la paz y en la guerra»[121]. Con la bendición presidencial, la irracionalidad daba un paso decisivo en el corazón del imperialismo más asesino y terrorista que padeció la humanidad hasta ese momento. Semejante decisión no es casual ya que justo en esos mismos años, la Iglesia católica europea ve con extrema preocupación cómo descienden las vocaciones sacerdotales, cómo parte del clero joven empieza a preguntarse por el socialismo y cómo, en 1952, el papa Pío XII reconoce la existencia de «una crisis bastante grave»[122].

Una vez asentada la tesis doble de que Occidente está en peligro, pese a ser la civilización superior, y que el cristianismo es un arma espiritual decisiva para su recuperación, el imperialismo endurece

120. Julios Evola: *Las hordas de Gog y Magog*, en http://www.juliusevola.blogia.com.

121. Susan George: *El pensamiento secuestrado*, Público, Madrid 2009, p. 243.

122. Andrea Ricardi: *El poder del papa*, PPC, Madrid 1997, p. 180.

sus posturas en todos los planos, como el intento de invasión de Cuba en 1962, y una larga lista de agresiones que no podemos resumir aquí. La patronal yanqui da muestras extremas de inquietud a finales de esa década y en 1971 aparece el *Memorando Powell*[123], un llamamiento a la total movilización de la burguesía norteamericana para tomar la ofensiva social ante la crisis generalizada que debilita interna y externamente a Estados Unidos. De esta forma, va tomando cuerpo la contraofensiva ideológica reaccionaria que precederá a la contraofensiva neoliberal iniciada justo en 1973 con el golpe militar de Pinochet en Chile. A partir del acercamiento y práctica fusión en una sola dinámica de varias corrientes reaccionarias a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, se sientan las bases para el reforzamiento del irracionalismo y del eurocentrismo. La década de 1980 será la del ataque en toda regla y, tras la implosión de la URSS, el imperialismo buscará otro «peligro», otro «enemigo mortal» de la civilización cristiana, el Islam. Previamente, en 1992, Fukuyama había asegurado que la lucha de clases ya no existiría nunca más debido al fin de la historia y un año más tarde, en 1993, Huntington decretó que el nuevo enemigo sería el Islam. El caso de Toynbee con respecto a Fukuyama y Huntington ya ha sido analizado por M. Garrido[124] y no me extiendo al respecto, pero sí es conveniente recordar la crítica que W. D. Mignolo hace a Huntington de que «no percibe el fascismo y el nazismo como autoritarios», ni tampoco percibe los cambios en el imperialismo norteamericano desencadenados con su creciente autoritarismo[125] tras 1945, por ceñirnos a lo que más nos interesa ahora sobre las bases ideológicas autoritarias que sostienen el terrorismo desencadenado en las dos últimas décadas contra la humanidad por el imperialismo.

Debe insistirse en que por debajo de los cambios y de las novedades que se han producido incluso desde inicios del siglo XVII, por admitir la fecha dada por Neumann, en el interior de estos

123. Susan George: *El pensamiento secuestrado*, op. cit., p. 261 y ss.

124. Manuel Garrido: «El canto de cisne de la gran filosofía europea», en *El legado filosófico y científico del siglo XX*, Cátedra, Madrid 2005, p. 67.

125. Walter D. Mignolo: «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Clacso, Argentina 2003, p. 78.

procesos se mantiene una continuidad esencial en lo básico determinada por la continuidad de las contradicciones inherentes al capitalismo. Esta realidad de fondo es la que determina que periódicamente resurjan comportamientos de masas como los que estamos analizando, y que permanentemente exista una especie de «reserva reaccionaria» más o menos inactiva pero siempre expectante, que funciona en la cotidianeidad y hasta en niveles de la vida pública, formada por ese ramificado y polifacético universo de obediencias, sumisiones, angustias y miedos, magma irracional manipulable por el poder y que no siempre necesita de un líder carismático, del cesarismo ni de la dictadura para expresarse. No hay que despreciar la alta capacidad de las sociedades capitalistas «democráticas» y «normales», con sus sistemas político-parlamentarios y sus «derechos civiles», para reactivar las «reservas de reacción» latentes en la estructura psíquica de masas. La civilización burguesa puede recurrir a las viejas tácticas del cesarismo pero también a las modernas de la rotación periódica de los «gobiernos democráticos» elegidos electoralmente, para reactivar total o parcialmente la reserva de reacción autoritaria.

Bien es cierto que nunca se trata de una incitación mecánica, de un plan perfecto que funciona de maravilla, porque el inconsciente colectivo, no en el sentido jungiano, tiene una autonomía apreciable y sus propios ritmos, y que sobre todo está minado por las contradicciones sociales objetivas; pero siendo esto verdad, también lo es que los Estados prestan especial atención a las técnicas de manipulación de la llamada «opinión pública», que es una de las capas superficiales del magma de reserva reaccionaria. Por ejemplo, con respecto a la historia de Estados Unidos, D. Harvey ha escrito que este país:

> también tiene su lado oscuro sembrado de la paranoia sobre temibles amenazas de fuerzas enemigas y malignas provenientes del exterior. Se teme a los extranjeros y emigrantes, a los agitadores externos y, actualmente, por supuesto, a los «terroristas». Esto conduce a un círculo vicioso interno y a la clausura de los derechos y libertades civiles que hemos conocido en episodios como la persecución de los anarquistas en la década de 1920, el macartismo de la década de 1950 dirigido contra los comunistas y sus simpatizantes, la veta paranoica de

> Richard Nixon respecto a los opositores a la guerra de Vietnam y, desde el 11 de septiembre, la tendencia a tachar toda crítica a las políticas de la Administración como una forma de ayuda y de incitar al enemigo. Este tipo de nacionalismo converge fácilmente con el racismo (más en particular hacia los árabes), con la restricción de las libertades civiles (la Patriot Act), el freno de las libertades de prensa (el encarcelamiento de periodistas por no rebelar sus fuentes), y la opción de la encarcelación y de la pena de muerte para tratar la criminalidad[126].

D. Harvey hubiera podido empezar su lista de oleadas criminalizadoras y represivas habidas en Estados Unidos no en la década de 1920 sino bastante antes, desde la fundación de las colonias en el siglo XVII y sobre todo desde 1733 con la institucionalización de la persecución y exterminio de las naciones indias, la esclavización africana y la mezcla de desprecio, odio y miedo a estas poblaciones y a los mexicanos y latinoamericanos, o el Ku Kus Klan con toda su parafernalia prefascista, sádica y absolutamente racista. Tiene razón al decir que el macartismo de los años cincuenta fue una de las oleadas reaccionarias más fuertes porque se basaba en una profunda base psicológica de masas caracterizada por el «sentimiento de miedo y de insignificancia» que dominaba a la sociedad yanqui como ya estudió E. Fromm una década antes[127]. El macartismo fue también una manera de manipular la insignificancia aumentando el orgullo imperialista mediante la exacerbación del miedo al comunismo invasor; una táctica que fue parcialmente reactivada por el reaganismo en los años ochenta para recuperar el orgullo yanqui tras la aplastante derrota de Vietnam, y que fue más tarde definitivamente recuperada por la Administración Bush a comienzos del siglo XXI en su cruzada «antiterrorista»[128].

J. Fontana ha expuesto cómo fue la «acción represiva» desatada contra la intelectualidad norteamericana con la excusa del «peligro comunista». Como mínimo, nada menos que 170 libros fueron denunciados por contener expresiones consideradas procomunistas.

126. David Harvey: *Breve historia del neoliberalismo*, op. cit., pp. 214-215.

127. Erich Fromm: *El miedo a la libertad*, Planeta-Agostini, Barcelona 1985, p. 157.

128. Manuel Castro Rodríguez: *¿Seguridad o Mccarthismo?*, http://www.kaosenlared.org, 8 de octubre de 2007.

En las universidades y en la enseñanza superior se produjeron «centenares de despidos» por la misma razón[129]. Muchos de esos despidos respondían también a venganzas personales de intelectuales de derechas para desalojar de los puestos superiores a los de izquierdas, quedándose con ellos. No hace falta decir que el miedo a la represión y al despido ahogó mucha de la capacidad crítica y creativa de la intelectualidad norteamericana. Pero el macartismo no ha desaparecido, sino que está activo y se ha extendido más allá de Estados Unidos para desplegarse por Latinoamérica de mano de poderes criminales y terroristas como son los que superando las fronteras colombianas se expanden y atacan a todas las organizaciones revolucionarias que combaten al imperialismo, como ha denunciado C. Casanueva[130] con toda serie de argumentos incuestionables.

Llegados a este punto debemos precisar un poco más la dialéctica entre lo genético-estructural de la pedagogía del miedo y del terror calculado, que hemos visto se remonta como método a la Antigüedad, con datos fiables, y lo histórico-genético, es decir, las formas particulares que adquiere en cada modo de producción basado en la propiedad privada. En concreto, debemos ver la tendencia capitalista a la intensificación del miedo y del terrorismo en los sucesivos cambios de hegemonía dentro de este modo de producción, hasta llegar a la situación presente. Arrighi y Shilver plantean sin tapujos la tendencia al aumento del «caos sistémico», es decir, de las crisis de todo tipo que al confluir en una de cualidad mayor genera contextos caóticos, especialmente propensos a la manipulación y a la provocación del miedo por las clases dominantes y sus Estados:

> En las anteriores transiciones hegemónicas, los grupos dominantes solo asumieron exitosamente la tarea de crear un nuevo orden mundial tras importantes guerras, la propagación del caos sistémico y las intensas presiones ejercidas por parte de los diversos movimientos de protesta y autoprotección. Esta presión desde abajo se ha ampliado y profundizado de una transición a otra, originando bloques sociales más voluminosos con cada nueva hegemonía. Así pues, cabe esperar

129. Josep Fontana: *La Historia de los Hombres*, Crítica, Barcelona 2001, p. 263.

130. Carlos Casanueva: *Vuelve el macartismo*, http://www.larosablindada.org, 25 de junio de 2009.

> que las contradicciones sociales desempeñen un papel mucho más decisivo que nunca en la configuración tanto de la transición misma como del nuevo orden mundial que finalmente emerja del inminente caos sistémico[131].

Hay que decir que las transiciones hegemónicas son, según estos autores, los procesos cada vez más tensos de reordenación de los poderes globales dentro del capitalismo, es decir, del poder del norte de Italia al español, de este al holandés, de este al británico, de este al norteamericano, teniendo en cuenta los intentos desesperados de otros poderes como el francés, el alemán y el italiano, básicamente, para desplazar a los anteriores imponiéndose ellos. Los caos sistémicos que han estallado en estos tránsitos han ido agudizándose, ampliándose e intensificándose, y aunque los autores dejan abierta la posibilidad de que el actual caos no tiene por qué resolverse con un estallido peor que los anteriores, no hay que descartar esa posibilidad. Pero lo que sí es cierto es que los pocos años transcurridos desde la edición de ese libro atestiguan que el caos sistémico ha aumentado en su expresión decisiva: el agravamiento de las condiciones de vida del planeta, el aumento de la explotación, la crisis estructural del capitalismo y la tendencia a la radicalización de las luchas sociales de toda índole.

Por tanto, en respuesta, el imperialismo está aumentando todo lo relacionado con el proceso que va de las violencias simbólicas a las físicas, y de estas al terrorismo, pero también está aumentando otro componente del caos, el del miedo manipulado socialmente a raíz de problemas más o menos graves. Hace unos años se popularizó la denominación de «sociedad del riesgo» a partir del libro del mismo título de U. Beck, que rezumaba reformismo por todas sus páginas, cuando realmente estamos inmersos en «el peligro del miedo», como sugiere Ana Delicado que parte de la teoría del shock de N. Klein para analizar cómo los poderes aturden a la ciudadanía con la provocación de miedos para «abrir el camino a la imposición de programas económicos y a la restricción de derechos civiles»[132].

131. G. Arrighi y B. J. Silver: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Akal, Madrid 2001, p. 292.

132. Ana Delicado Palacios: *El peligro del miedo*, http://www.rebelión.org, 16 de mayo de 2009.

Hemos empezado este capítulo estudiando la necesidad creciente que el capitalismo tiene de su Estado para, entre otras cosas, centralizar cada vez mejor la amplitud, densidad y complejidad que va adquiriendo el proceso que acaba en el terrorismo. Más aún, gracias al Estado, la militarización capitalista que hemos visto arriba está penetrando en el conjunto de la sociedad, no solo en la economía y en el Estado, en donde ya lo ha hecho hace tiempo. Podemos hablar, así, de una especie de «cultura general del miedo» que R. Vidal Jiménez define con cinco características:

> conversión del «estado (social) de excepcionalidad» en «estado de normalidad»;
>
> concepción policial-delictiva del «terrorismo»;
>
> la defensa (acrítica) de la necesidad (histórica) de la «lucha permanente» entre el Bien y el Mal;
>
> manipulación e inversión neolingüística y
>
> criminalización sistemática de las víctimas de la globalización «neo-liberal»[133].

En la medida en que el Estado burgués ha ido acaparando poderes represivos, también se ha expandido la «cultura general del miedo», y viceversa, porque miedo y Estado forman una unidad como se vuelve a comprobar en el caso argentino, por citar uno solo:

> La escalada fascista, alentada desde los grandes medios de comunicación masiva, necesita «domesticar» mediante el miedo y trasladar la responsabilidad de la inseguridad cotidiana a sus víctimas [...] Quietud, silencio, encierro, aislamiento, desdén. La existencia condenada a balbucear entre cuatro paredes. Alguien, alguna vez, llamó sometimiento a esta situación. Someterse: acomodarse a una realidad fraguada que anula nuestros deseos e incluso ignora nuestras necesidades básicas, pero que por razones muy complejas, diríase que culturales y atávicas, aceptamos como orden natural, preestablecido e inviolable. Someter: subordinar la voluntad o el juicio propios a los de

133. Rafael Vidal Jiménez: *Capitalismo (disciplinario) de redes y cultura (global) del miedo*, Edic. del Signo, Buenos Aires 2005, pp. 105-118.

otra persona o grupo. Inculcar y propagar el temor en una sociedad, es acaso el modo más sutil y certero para mantener un estado de sometimiento que, en más de una ocasión, se asemeja a la esclavitud. Porque uno, de pronto, apenas piensa en escapar solo y a las corridas entre el maizal. Y no hay mejor bocado para el poder político y económico que la soledad, el individualismo, ponerse a responder solo y a las patadas. El temor, cuando está fundado en un recelo generalizado, crea solidaridades efímeras y echa por tierra la solidaridad franca y duradera»[134].

MIEDO DIFUSO Y MIEDOS CONCRETOS

La pedagogía del miedo y la dosificación calculada del terror se extienden como una lacra por la sociedad burguesa bajo el impulso, por un lado, de las fuerzas antes analizadas pero también y por otro lado, bajo el impulso de la propia coerción sorda de la explotación capitalista. Una vez más, debemos recurrir al método dialéctico para saber cómo interactúan ambas fuerzas en la totalidad del sistema de producción y reproducción capitalista. Dos investigadoras, de innegable valía científica, estudiaron en 2003 la tendencia al aumento de los ataques de pánico entre la población argentina y mundial, contextualizando su incremento dentro de las crisis de todo tipo generadas por la evolución capitalista reciente, la que podemos definir como «globalización neoliberal». Tras un repaso de las nuevas realidades problemáticas, las investigadoras llegaron a la conclusión de que:

> Estos cambios han gestado movimientos de dispersión social y procesos de fragilización y fragmentación subjetiva y vincular, dando lugar a numerosos síntomas patógenos y a procesos de intenso sufrimiento psíquico. Quiroga ha observado que la agudización de la crisis nos ha expuesto a quiebres y discontinuidades que implican una ruptura de nuestra cotidianidad, generando intensas vivencias de confusión, incertidumbre y ambigüedad. Y que esta crisis adquiere la calidad de emergencia social. Es una situación límite, tiene un aspecto

134. Hernán López Echague: *Argentina: Construcción del miedo*, http://www.kaosenlared.net, 30 de octubre de 2008.

> de peligrosidad en términos de desintegración. Está afectado el proyecto, tanto en su dimensión individual como colectiva, y puede darse una pérdida del sentido, de la visión del futuro. La OMS, en 1997, planteó que estamos ante una verdadera catástrofe epidemiológica, en la que los desórdenes mentales representan el 12 por ciento de las causas de enfermedad en todo el mundo[135].

Una de las mejores exposiciones de los efectos destructivos del capitalismo en su acción permanente sobre las clases trabajadoras a comienzos del siglo XXI nos la ofrece W. Darakjian, quien tras explicar qué es la «experiencia de ruptura» de la unidad colectiva que envuelve, protege y dota de sentido a la vida de la persona, pasa a exponer la importancia del «apuntalamiento grupal», es decir «el trabajo en grupo significa, sobre todo para aquellas personas sometidas a condiciones de carencia, aislamiento, desamparo y otras formas de violencia, los beneficios de sentirse parte de un grupo, al cumplir este funciones de apoyatura, contención, protección y organización. El psiquismo se construye a través de la apoyatura grupal, cumpliendo el grupo una función anaclítica para el sujeto. Todo apoyo pertenece a una red de apoyaturas, significa una mutualidad de apoyos y puede explicarse a través de la noción de contrato de apoyatura: una relación de reciprocidad en el placer y el beneficio del apoyo mutuo». Pues bien, cada vez aumentan las fuerzas que destruyen lo colectivo e imponen el trauma de la ruptura del grupo vivencial, y entre ellas destaca lo que W. Darakjian define como:

> *La violencia de la desocupación.* La experiencia para un sujeto de haber estado sometido a pérdidas muy significativas, a diferentes modalidades de desapuntalamiento, exclusión –expulsión– social y económica, situaciones de injusticia u otras múltiples formas de violencia que se potencian entre sí, llega a producir en el psiquismo un efecto del orden de lo *traumático*, de destrucción de las tramas representacionales. Sabemos que el trabajo cumple una función constitutiva determinante en los procesos de subjetivación e identitarios. Los sentimientos de fracaso de los proyectos vividos como personales y de inferioridad, cuando se pierde un empleo (sobre todo en ciertas condiciones, edad, etcétera) pueden conducir a estados de parálisis psíquica, de empobrecimiento

135. Maria Dolores Galiñanes y Marta Hernández: *Los ataques de pánico en el marco de la crisis social*, http://www.corrientepraxis.org.ar, 30 de enero de 2003.

mental progresivo, de incapacidad de imaginar y de inhibición de la creatividad [...]. Tiene lugar un proceso de «avasallamiento del yo» que compromete su condición de ser pensante y deseante (V. Giorgi, 1990). Se activan, de este modo, la compulsión a la repetición, las catectizaciones frágiles y precarias, la predisposición a la (auto) agresión por los montos de agresión libre (actingout), las somatizaciones. La afección de la vida vincular constituye una dimensión central de la trama. El análisis del enorme impacto en las parejas y en los grupos familiares, sobre su (des)estructuración, sobre sus proyectos, sobre su vida, excedería los objetivos de este trabajo [...] el circuito se cierra para el sujeto multidimensionalmente afectado, al producirse un desmentimiento o desentendimiento por parte de los estamentos del poder político instituido, inductores de los dispositivos de estigmatización y privatización de la culpa»[136].

El despido del puesto de trabajo, el desempleo, es presentado como desgracia personal fortuita, azarosa, sin contenido violento alguno. El marxismo afirma que el despido es una forma más de la «violencia social» que ejerce la burguesía contra el proletariado, como sostiene A. Toledo en su comentario sobre el texto colectivo titulado «El despido o la violencia del poder privado»[137], en el que se demuestra la estrecha unión entre el sistema jurídico burgués y la violencia privada de la patronal, conexión que permite ocultar el hecho de que el despido laboral es una forma de violencia. Por su parte, la investigadora M.ª del R. Arregui ha estudiado detenidamente los efectos globales de la precarización en toda la vida de las clases trabajadoras y muy especialmente en su capacidad de interpretar la realidad e idear un proyecto de futuro a medio y largo plazo:

El fin del contrato regular es también el del tiempo de la previsibilidad del trabajo, de destinos certeros y de enraizamientos geográficos que habilitan compromisos a largo plazo y asunción del riesgo en función de un porvenir posible. Hoy el destino es de incertidumbre, configurando un gran interrogante para todos y cada uno de los trabajadores y el compromiso en la lucha una apuesta en el vacío, porque la lucha por el futuro implica la certidumbre de que el futuro

136. Wilson Darakjian Fajardo: «Que no haya soledad…» Acerca de la crisis y la función de los vínculos en la construcción de lo nuevo», en *Salud mental y derechos humanos*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires 2004, pp. 273-274.

137. Albert Toledo: «El despido como violencia social», en *SinMuro*, nº 35, diciembre 2009, pp. 29-31.

> existe. Las nuevas relaciones laborales han dado surgimiento a un tipo de trabajador caracterizado por una «mentalidad precarizada». Al estar rota la posibilidad de vivir una narrativa laboral de largo aliento, porque el oficio que se ocupa tal vez dure solo un año, algo menos o un poco más; por el despido o la búsqueda de una ocupación más ventajosa, el trabajador reconstruye simbólicamente esquemas de acción fragmentados y superpuestos, que anulan la posibilidad de una articulación estratégica»[138].

Antes de desarrollar las potencialidades teóricas del concepto de «mentalidad precarizada» en lo referente a la explotación asalariada, debemos englobar el nivel de la explotación del trabajo en la totalidad de la precarización vital y del miedo difuso o concreto que le acompaña para disponer de una perspectiva más amplia. El aumento de la inquietud por el futuro va unido al aumento de las ansiedades y, en general, de todo el proceso que concluye en el terror y en el pánico según estamos viendo en este texto, pese a lo complejo que resulta definir formalmente sus niveles y sus interrelaciones. Conforme avanzaba la crisis de fondo del capitalismo y con ella las medidas represivas generales aplicadas por la burguesía, antes de que la crisis financiera apareciese pública, oficialmente en verano de 2007, para entonces era patente que el miedo, tal cual lo analizamos aquí, se extendía por dentro de la cotidianeidad burguesa. J. Balboa lo plasmó así:

> Vivimos sobre el miedo. Miedo al fracaso, miedo a la soledad, miedo a la muerte. Miedo a la pobreza, miedo a la marginación. Miedo a las enfermedades, a la inseguridad. Miedo a la exclusión. Miedo a los delincuentes, miedo a la prisión. Miedo a los extraños, miedo a perder el trabajo, a perder la vivienda. Miedo a la violencia. Y miedo tras miedo marcan el sino de nuestras acciones, de nuestras decisiones, de nuestras opiniones y de nuestra visión de la sociedad. Una auténtica oleada de miedos y temores se expanden por el cuerpo social. Pero, antes de nada, ¿qué es el miedo? El mecanismo del miedo (según la RAE: 1. m. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario. 2. m. Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea.), puede esquematizarse a

138. María del Rosario Arregui: «Crisis de la modernidad y culturas laborales», en *Salud mental y derechos humanos*, op. cit., pp. 291.

partir de los siguientes elementos: el objeto que causa el miedo, cierto desconocimiento (sobre el objeto o sobre cómo afrontar el peligro), la parálisis y la reacción hacia la seguridad buscada por parte del sujeto atemorizado. El elemento común a todo temor, a todo miedo, es cierto desconocimiento sobre el objeto que lo genera: toda una aureola de ignorancia cubre el fenómeno en sí (sea una bruja, una posible pandemia, un enemigo poderoso, una amenaza natural de efectos catastróficos, un terrorista, un Dios o cualquier otra cosa). Podemos afirmar que el miedo aumenta de manera directamente proporcional al desconocimiento sobre el objeto temido o al desconocimiento (o impotencia) ante cómo afrontarlo[139].

Pedro Miguel ha realizado un estudio sobre el miedo idéntico en lo esencial al de J. Balboa, pero ciñéndose a la realidad de México, realidad que podemos extender a la de otros muchos países:

> En las zonas del país que han tenido la desgracia de ser seleccionadas por el régimen espurio para exhibir músculo y determinación, la gente vive aterrorizada por el poderío de los *cárteles*, pero también por un Estado de derecho que se expresa en cateos, arrestos, torturas y hechos peores, perpetrados sin orden judicial alguna, las más de las veces, en retenes y «controles» en los que no es fácil distinguir si el enemigo a vencer es el *narco* o la población civil, en un aparato policial y militar que actúa libre de escrúpulos legales y humanitarios. En el devastado territorio de la economía se vive en la zozobra de perder el empleo, de enfrentar incrementos súbitos e imprevistos de precios, de padecer acosos hacendarios sin sentido ni justificación, de sufrir –bien lo saben los empresarios– peticiones de diezmos, que se llaman mordidas, en el recodo menos pensado de un trámite o autorización, de amanecer con la noticia de un nuevo endeudamiento colosal, de una devaluación sorpresiva. Sobrellevamos el temor a que cualquier día nos roben la cartera, el coche, los recursos naturales de la nación, el derecho al libre tránsito, las conquistas laborales, la playa pública, el sentido de nuestro voto. Padecemos la presencia de un gobierno que se las da de honesto pero que, siempre que encuentra la oportunidad, echa un pedacito de país a los bolsillos de sus integrantes o a los de sus socios nacionales o foráneos»[140].

139. Jaume Balboa: *Entre el miedo y la violencia. Estrategia de terror y de represión para el control social*, http://www.lahaine.org, 29 de junio de 2006.

140. Pedro Miguel: *El gobierno del miedo*, http://www.enlacesocialista.org.mx, 14 de julio de 2009.

El concepto de «mentalidad precarizada» que ha estudiado Arregui es tremendamente ilustrativo de los efectos destructores de la interacción de todas las formas de presión física y psicológica del capitalismo. La creciente posibilidad de ser echado del puesto de trabajo cayendo en la categoría del precariado o subempleo, peor incluso, cayendo en el desempleo crónico o permanente según las circunstancias, esta inquietud latente en toda persona que no tiene medios de producción propios y que depende exclusivamente de vender su fuerza de trabajo por un salario, inquietud que con suma facilidad se transforma en miedo consciente y luego en terror difuso, en una locura ya que la psicopatología es consustancial al capitalismo[141]. Son todas estas condiciones estructurales las que explican que el 73% de las personas asalariadas en el Estado español estén «quemadas», sufran estrés, según lo confirma un estudio de la UGT basado en 4.000 encuestas:

> Las situaciones de estrés laboral, muy extendidas entre la población ocupada, pueden deberse a diversos factores, entre los que se encuentran la falta de autonomía en el puesto de trabajo, inseguridad respecto a las condiciones laborales y al futuro e indefinición sobre las tareas a desarrollar [...] siete de cada diez trabajadores «se sienten quemados» por su trabajo. Esta sensación se denomina síndrome de burnout y está directamente relacionado tanto con factores físicos (cefaleas, dolores musculares, fatiga crónica, etcétera) y psicológicos (frustración, ansiedad, irritabilidad), como con aspectos organizativos (menor rendimiento, absentismo laboral). [...]
>
> El informe del sindicato revela además que hablar a gritos, criticar la vida privada y ser amenazados, ignorados o asignados a lugares aislados son otras conductas que padecen algunos trabajadores en su lugar de trabajo y que pueden afectar a su salud. [...] El 26% de los trabajadores se encuentran en riesgo de acoso al desarrollar su actividad en un ambiente que califican de «hostigador». Un 2% de las personas entrevistadas son víctimas de acoso moral en el trabajo de manera permanente y un 15% reconocen haber sido víctimas puntuales [...] el 43% de los encuestados dicen haber sufrido abuso por parte de sus superiores y más de la mitad de las víctimas de acoso se quejan de haber recibido un comportamiento vejatorio mediante gritos. Este tipo

141. Guillermo F. Parodi: *El capitalismo como psicopatología*, http://www.rebelion.org, 27 de marzo de 2008.

de comportamientos puede provocar depresiones en los trabajadores y conducir, por tanto, a la baja laboral. Dentro de los trabajadores entrevistados para el estudio que estaban de baja por depresión, el 35% se vieron sometidos a intimidaciones y amenazas, el 32% a acoso moral, el 26% a algún tipo de violencia verbal y el 23% sufrieron agresiones físicas[142].

En verano de 2008 el INE dio a conocer datos impactantes sobre la realidad de la coerción sorda de la patronal sobre la clase trabajadora: el 80% de los trabajadores aseguró sufrir sobrecarga de trabajo o presiones de tiempo para que hicieran en menos tiempo el trabajo encargado. Además, el 11% declaraba haber sufrido violencia en el trabajo y el 7,4% haber padecido acoso o intimidación, y los porcentajes aumentaban en las mujeres, subiendo al 11,7% y al 9,4% respectivamente. Un año antes, un estudio de la OIT sobre las condiciones psicológicas de los trabajadores de la Unión Europea decía que el 75% de los trabajadores europeos padecía estrés debido al trabajo y que el 30% de las bajas laborales tenían esa causa. El mismo estudio concluía advirtiendo que para el 2020 la depresión producida por el estrés será la principal causa de bajas laborales. Sin embargo, en una demostración de la peculiaridad de la sociología oficial española, el gobierno español reducía al 30% el porcentaje de trabajadores del Estado con estrés laboral[143]. Deberemos recordar estas cifras cuando veamos el problema del suicidio en aumento como respuesta escapista y de protesta pasiva contra el incremento de toda serie de presiones y violencias capitalistas.

Siendo estos datos impactantes, no descubren toda la gravedad del problema por varias razones que conciernen, por un lado, a los límites del método y, por otro, a que existen colectivos de trabajadores todavía más indefensos y presionados hasta niveles muy altos, como son los emigrantes. El objetivo de las leyes de repatriación de emigrantes no es tanto el de repatriarlos como el de aterrorizar a estas poblaciones, y a la vez introducir el miedo entre las clases trabajadoras autóctonas con denominada «deslocalización in situ», que consiste precisamente en que «el recurso al trabajo de extranjeros en situación

142. http://www.cincodias.com, 2 de junio de 2008.

143. http://www.abc.es, 17 de marzo de 2007.

irregular permite reconstruir en nuestras propias ciudades, en nuestros propios países, las condiciones propias de la mano de obra en los países del Tercer Mundo. Esto es, salarios muy bajos, protecciones reducidas al mínimo, nada de derechos sindicales, condiciones de trabajo espantosas, tiempo ilimitado de trabajo, contratos salariales no respetados porque los pagos se hacen siempre en mano, etcétera. Por consiguiente, las empresas que no pueden deslocalizar, recurren al trabajo ilegal como un sustitutivo de las deslocalizaciones: «esto me ha llevado a hablar de deslocalizaciones in situ. En cierta medida, la deslocalización in situ es aún más ventajosa que la deslocalización en el extranjero porque si deslocalizas en el extranjero, por una parte, puedes tener un problema de retrasos (y gastos de transporte para repatriar tu producción), y por otra estás obligado a exportar algunos directivos o algunos técnicos que cuestan muy caro. Cuando deslocalizas in situ, no hay gastos de transporte, no hay demoras ni cuadros expatriados. Pienso que este mecanismo explica la permanencia del trabajo ilegal en nuestras sociedades»[144].

Las crisis económicas multiplican las violencias que sufren las clases trabajadoras, lo que, según M. González:

> genera sentimientos de malestar, preocupación, temor, desconcierto. Es posible que buena parte de las personas no sepan exactamente qué es lo que viene a raíz de la crisis económica, pero sí sienten en el bolsillo y en el estómago lo que está pasando. En términos estrictamente psicológicos habrá más frustración, tensión, descontento. A nivel individual la reacción depende de una serie de factores. La pérdida de estatus, nivel de vida o las mismas posibilidades de vivir puede generar una serie de reacciones, incluso equiparables a las de la pérdida de un objeto querido. La escasez de recursos genera tensión y malestar en tanto que no es posible satisfacer las diversas necesidades. [...] Desorganizada muchas veces, organizada en otras, la indignación popular puede expresarse en estallidos sordos de cólera y en protestas más sostenidas y planificadas. Es necesario recordar que las personas están siendo amenazadas en su propia subsistencia y toda la ira y la desesperanza se puede canalizar a través de formas violentas de reivindicar la corporalidad sufriente. [...] Se genera incertidumbre, no

144. Emmanuel Terray: *La política aplicada no pretende expulsar a la gente, sino aterrorizarla*, http://www.rebelion.org, 15 de agosto de 2008.

> se sabe qué pasará, aunque usualmente se tenga cierta sensación de desesperanza y desaliento. Se buscan chivos expiatorios y se pueden tomar diversas medidas para «paliar» la crisis. Sentimientos xenofóbicos ya presentes pueden salir reforzados, entre otras posibilidades. [...] El problema es que buena parte de los actores económicos fuertes (incluyendo gobiernos), pueden pensar en clave neoliberal y querer continuar «ajustando» las políticas neoliberales, no sustituyéndolas por otras alternativas. Seguir hacia el suicidio colectivo les parecerá la opción más «natural»[145].

La tendencia a algo similar al «suicidio colectivo» al que se refiere este autor ya fue teorizada por el marxismo desde hace siglo y medio, y ha ido tomando cuerpo posteriormente. Pero ahora no podemos extendernos en este problema. Si queremos estudiar por qué aumentan los suicidios y qué relación tiene este incremento con el deterioro de las condiciones de vida y trabajo debemos partir de todo lo que hemos visto hasta aquí que queda confirmado con los resultados de una reciente investigación realizada en diez grandes conurbaciones planetarias que concluye afirmando que vivimos «atrapados en el miedo», que las sociedades más «seguras» son las más atemorizadas y que los factores que más miedo producen entre la población son la precariedad de la existencia, el racismo y la tecnología. Una de sus conclusiones nos lleva directamente a la explotación patriarcal y clasista como dos causas directas del miedo:

> Cunde un poco más entre las mujeres, y sobre todo entre los que tienen menos medios, menos cultura y más años. Lo sufren el 8% de los que viven en familias acomodadas frente al 22,5% de los que provienen de origen humilde; el 27,5% de los que solo tienen educación primaria frente al 10% de los que han recibido una educación superior». Además: «El miedo es una ganancia permanente para los políticos que parecen arrogarse el deber de acabar con él. Lo mismo vale para las empresas que nos ofrecen seguridad privada. Unos y otros prefieren no resolver nuestros miedos, porque cada uno de ellos genera nuevos réditos».

Y por no extendernos:

145. Mariano González: *Algunos efectos psicosociales de la crísis económica global*, http://www.rebelion.org, 6 de junio de 2008.

> Sentimos un miedo nuevo que resume todos los demás. «Es el temor a no ser adecuado, a no servir. Sabemos que podemos ser excluidos si no somos lo suficientemente hábiles». Ese miedo viene de todos los rincones del capitalismo global, concluyó el sociólogo de la *modernidad líquida*: «Podría desaparecer la empresa para la que trabajamos, podrían no hacer falta más nuestras competencias» [146].

A estas conclusiones lógicas y más que previsibles, debemos añadirle, sin embargo, otros factores que pueden presionar e incitar al suicido como, por ejemplo, el empeoramiento de la salud como consecuencia del paro o del miedo al paro. Un estudio ha confirmado que el 96% de los trabajadores del Estado español tienen problemas de insomnio relacionados con el trabajo y que el 81% los tiene relacionados con la búsqueda de trabajo; también indica que entre los trabajadores ingleses que pierden su trabajo las posibilidades de infarto aumentan un 54% y que aumentan un 83% las probabilidades de sufrir algún problema de salud entre los nuevos parados que se encuentran sanos[147]. La clara tendencia al empeoramiento de la salud como efecto de la crisis, que puede agravar otras enfermedades psicofísicas, puede a su vez tomar mayor impulso debido a las presiones muy sutiles del capitalismo contra la vida, tan sutiles que se disfrazan justo de lo contrario, de que son medidas de protección de la salud mediante la creación de supuestas enfermedades o de la proliferación de toda serie de peligros y factores patógenos que nos inducen a un sobregasto en sanidad con el consiguiente aumento de la presión psicológica y económica. Se trata de lo que Josefa Vivanco ha definido diciendo que «a la invención de enfermedades le llaman el marketing del miedo»[148], o dicho en palabras de M. Jara, el marketing del miedo «es el negocio de crear temor para vender su tratamiento»[149]. Si al conjunto de presiones de todo tipo que a diario machacan nuestro equilibrio psicosomático –el 80% de personas que acuden al médico por dolor sufren algún trastorno depresivo[150]– le

146. Miguel Mora: *Vivimos atrapados en el miedo*, en http://www.elpais.com, 3 de octubre de 2008.

147. http://www.gara.net, 20 de julio de 2009.

148. Josefa Vivanco: http://www.gara.net, 11 de junio de 2008.

149. Miguel Jara: *La salud que viene*, http://www.lahaine.org, 10 de noviembre de 2009.

150. http://www.abc.es, 26 de junio de 2008.

sumamos las del marketing del miedo sobre nuestro estado real de salud, comprenderemos cómo y por qué se hace más resbaladiza la pendiente que nos lleva del estrés y toda serie de preocupaciones al fondo de la depresión y de otras crisis, fondo que en bastantes casos es el trampolín al suicidio.

Tanto el marketing del miedo como la certidumbre de que la crisis capitalista daña la salud obrera como, por no extendernos, el hecho de que muchos trabajadores que saben que su salud no está bien, que empeora, estos y otros factores empujan a las clases oprimidas a ocultar sus problemas de salud para no coger una baja por el riesgo de perder su puesto de trabajo o de ver reducido su salario. Los sindicatos alemanes han denunciado esta situación y han advertido que aumenta el dopaje entre los trabajadores para dar la sensación de que se encuentran sanos: «Las propias cajas de salud han reconocido que el temor a la pérdida de empleo ha hecho caer en picado las solicitudes de bajas laborales por enfermedad. Mientras estas alcanzaban un porcentaje del 5,07 por ciento hace unos años, actualmente se sitúan a un nivel de 3,24 por ciento y con tendencia a reducirse aún más»[151]. Pero el problema es más grave de lo que parece porque a la ocultación de sus dolencias y enfermedades por parte de los trabajadores hay que sumarle el silencio creciente de la patronal que oculta el 50,2% de las enfermedades de sus asalariados[152] porque lo fundamental para el capitalismo no es la salud humana, sino la salud de los beneficios, y más en medio de una crisis tan dura como la actual. Peor aún, se ha sabido que la Seguridad Social del Estado español ha pagado 30 millones de euros para que los médicos prescriban menos bajas por enfermedad, siguiendo un programa de reducción de bajas en base a una lista de catorce patologías que abarcan el 30% de todas las incapacidades laborales[153]

Aquí tenemos uno de tantos ejemplos sobre el miedo cotidiano que padece la clase trabajadora por la coerción sorda del capital, por

151. http://www.rebelion.org, 16 de julio de 2009.

152. Juanjo Basterra: *Los empresarios ocultan más del 50% de las enfermedades*, http://www.gara.net, 17 de agosto de 2009.

153. http://www.rebelion.org, 23 de diciembre de 2009.

el hecho incontrovertible de que el pueblo trabajador sufre y depende de la nueva esclavización asalariada impuesta por el capitalismo. Sin el salario que recibe a cambio de una parte del producto de su fuerza de trabajo, sin ese salario el pueblo trabajador termina condenado al hambre más temprano que tarde, una vez agotados los ahorros que había acumulado a lo largo de su vida. El miedo al paro, el terror a quedarse sin medios de subsistencia, quita el sueño, como hemos visto. Y lo que es peor, ese complejo mundo de sensaciones de dependencia e indefensión absolutas en última instancia, en el momento de la verdad, aterrorizan tanto a la moderna esclavitud asalariada que esta es capaz de hacerse el harakiri en vida, en dejarse morir poco a poco con tal de seguir obteniendo el salario esclavizante del que malviven. No hay otro calificativo que terror para designar esta mansedumbre acobardada, un terror que lleva a un suicidio lento, sostenido y consciente. Un terror reforzado por el premeditado terrorismo de la patronal que oculta la mitad de las enfermedades que ella misma provoca a sus esclavos asalariados. Como efecto de esta insoportable realidad cotidiana, surge el denominado «síndrome de fatiga crónica»[154], que expresa el agotamiento psicosomático del ser humano debido a la sobreexplotación capitalista.

No debe sorprender a nadie, por tanto, que se dispare el consumo ansioso y desesperado de psicofármacos y antidepresivos[155], de drogas legales e ilegales[156], para paliar una vida tan mísera en el fondo. Y tampoco debe causar escándalo el que se demuestre que la cocaína arrasa entre los jóvenes trabajadores del metal en Italia, con unos efectos demoledores sobre su conciencia de clase y su futuro personal: «En la fábrica Sevel en Val di Sangro uno de cada dos obreros consume sustancias estupefacientes. Lo mismo sucede en lugares en los que la edad media es muy baja. Se esnifa para aguantar “una mierda de trabajo, una mierda de vida”, porque todo el

154. Salvador López Arnal: *Desde una documentada rebeldía. Reseña de Clara Valverde*, http://www.rebelion.org, 27 de diciembre de 2009.

155. Noemi Navas: *Las ventas de antidepresivos se incrementan por encima del mercado farmacéutico*, http://www.cincodias.com, 3 de noviembre de 2008.

156. Raúl Bracho: *Cuando a la felicidad la llaman droga*, http://www.kaosenlared.net, 22 de julio de 2009.

mundo lo hace, porque la fábrica ya no es una comunidad. Trapicheo, robos, registros de la policía. El polvo blanco cambia la relación con el trabajo y el sindicato. En la cadena de montaje se han dado casos de chicas que se prostituían para pagarse la dosis. Ahora son menos. solo lo hacen cuando se termina el sueldo»[157]. La cocaína y otras drogas no son únicamente un arma de destrucción biológica del movimiento revolucionario occidental sino, a la vez, un gran negocio del imperialismo norteamericano[158] y un instrumento muy importante en la nueva división internacional del trabajo que Estados Unidos quiere imponer a otros países, lo que amenaza las luchas y las resistencias de todo tipo, porque atacan directamente la capacidad cognitiva y de pensamiento crítico[159] de estos pueblos rebeldes, como es el caso actual de la ofensiva imperialista para pudrir la revolución bolivariana en Venezuela mediante la guerra de las drogas.

DE LA DESESPERACIÓN AL SUICIDIO

No podemos abstraernos de estas escalofriantes realidades que, de mil maneras, pudren la vida cotidiana de las clases y de los pueblos explotados, entonteciéndolos y llevando imperceptiblemente a muchas personas a callejones sin salida, a situaciones depresivas tan prolongadas y profundas que, al final, solamente el suicidio aparece como la única salida. La alarma sobre el aumento de los suicidios a consecuencia del empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo, de la explotación, venía dada desde hace mucho tiempo, pero dio un salto significativo cuando estudios solventes mostraron que el gobierno japonés estaba tomando medidas para reducir el alarmante aumento de los suicidios que, junto con Rusia, llegaba a las cotas más altas de las estadísticas internacionales conocidas hasta ese

157. Loris Campetti: *La cocaína arrasa en las fábricas entre los más jóvenes*, http://www.rebelion.org, 21 de septiembre de 2008.

158. Hernán Carrera: *Estados Unidos y los quinientos mil millones de dólares del negocio de la droga*, http://www.rebelion.org, 6 de diciembre de 2008.

159. Raúl Crespo: *USA, Las drogas un gran negocio directo al cerebro*, http://www.aporrea.org, 5 de septiembre de 2008.

momento. El estudio del gobierno japonés concluía que los jóvenes y los trabajadores jubilados o en paro daban las tasas más altas de suicidio en respuesta a que no alcanzaban el nivel de prestigio social impuesto por el competitivismo o por problemas económicos[160] en una economía capitalista que en 2007 arrastraba una larga década de crisis. Naturalmente el estudio oficial no entraba en ningún momento a cuestionar la esencia capitalista de ambas razones fundamentales. Pero al poco tiempo se tuvo conocimiento de estudios, tanto o más concluyentes, que demuestran que la prolongada crisis económica japonesa está agudizando no solo la muerte por agotamiento laboral, sino también los suicidios:

> Aunque el karoshi, como se le conoce en el país asiático a esta causa de muerte, no es un fenómeno aislado, ya había dado señales alarmantes en la década de los sesenta, lo cierto es que la crisis y su particular impacto en la segunda economía del mundo aumentaron los casos y las víctimas. Especialistas aseguran que incluso ha derivado en otra manifestación, igualmente terrible: el suicidio[161].

Otra investigación demostraba que en la India se habían producido unos 150.000 suicidios de campesinos entre 1997 y 2005 como consecuencia de los desastres de toda índole causados por las imposiciones del neoliberalismo, de las transnacionales agropecuarias y de los transgénicos, etcétera. O sea, un suicidio cada poco más de media hora[162] motivado por la destrucción súbita y brusca, sin ninguna alternativa de reforma de las formas culturales y productivas que durante siglos había garantizado con muchos problemas, pero garantizado a la postre, la subsistencia del campesinado hindú. En México, en enero de 2001, se llegó a contabilizar un suicidio cada tres días, la mayoría de ellos en las barriadas empobrecidas y golpeadas por la crisis. La depresión, el «fracaso vital», el empobrecimiento, la impunidad de la violencia opresora y el aumento de las violencias criminales y delincuenciales, estos y otros factores constituyen la base del aumento de los suicidios y del empeoramiento de la salud mental

160. http://www.20minutos.es, 22 de junio de 2007.

161. Nyliam Vázquez García: *La crisis, ¿mata?*, http://www.rebelion.org, 27 de diciembre de 2009.

162. P. Sainath: *Un campesino se suicida cada 32 minutos en la India*, http://www.rebelion.org, 20 de noviembre de 2007.

colectiva: «La mayoría de los suicidas en México son de estratos sociales pobres o marginados»[163].

Uno de los ejemplos más recientes que vuelven a confirmar el complejo proceso de fases interactivas que culmina en el terror y en el terrorismo, pero que empieza en la agudización de las contradicciones sociales, pasando por la aplicación de la pedagogía del miedo, etcétera, lo tenemos en la investigación de N. Turse sobre el aumento de los efectos «en sangre», no solo en dólares y centavos de la crisis financiera en Estados Unidos. Turse repasa las consecuencias «en sangre» de la gran crisis iniciada en 1929 y de otras menores sucedidas posteriormente, deteniéndose en la cantidad de actos desesperados que pueden culminar en asesinatos y suicidios, causados por el pánico y el terror generados por los efectos destructores de la crisis:

> El suicidio es, sin embargo, solo un tipo de acto extremo para el cual la catástrofe financiera parece haber sido el catalizador. Desde comienzos del año, historias de resistencia a desalojos, autodefensa armada, canicidios, incendios premeditados, heridas autoinfligidas, asesinatos, así como suicidios, especialmente como reacción a la crisis de las ejecuciones hipotecarias, se han multiplicado en las noticias locales, aunque la mayoría de los informes han pasado desapercibidos a escala nacional, como ha sucedido con todas las pautas relacionadas con estos eventos. Aunque es imposible saber qué factores, incluyendo los profundamente personales, contribuyen a semejantes actos extremos, violentos u otros, muchos parecen estar innegablemente vinculados con la crisis actual. ¡No es de extrañar! Las tasas de estrés, depresión y suicidio aumentan invariablemente en tiempos de confusión económica. Como Kathleen Hall, fundadora y directora ejecutiva del Stress Institute de Atlanta, dijo a Stephanie Armour de *USA Today* anteriormente durante este año: «Los suicidios tienen mucho que ver con la economía».[164].

Por economía debemos entender la totalidad del proceso de

163. A. Blanca Aguilar Plata: «Memoria cotidiana», en *La violencia nuestra de cada día*, PyV Editorial, México 2007, pp. 203-204.

164. Nick Turse: *Comienzan a medir la catástrofe financiera en EEUU no solo en dólares y centavos, sino en sangre*, http://www.rebelion.org, 22 de octubre de 2008.

producción y reproducción al que nos hemos referido anteriormente, en el que el Estado de clase juega un papel crucial. Considerando todo lo que venimos exponiendo, resulta desgraciadamente comprensible que aumenten las tasas de suicidio juvenil en México, Colombia y Estados Unidos a la vez que aumente el uso de estupefacientes en estos países y en Canadá[165]. Las razones expuestas por el autor de este texto son esencialmente idénticas, y casi formalmente también, que las que ofrece por su parte P. A. Honrubia en su reciente estudio sobre las consecuencias nefastas de la alienación consumista sobre la enfermedad mental, aportando datos que corroboran lo visto hasta aquí, de entre los cuales destacamos el que muestra cómo han aumentado las depresiones infantiles en países como el Estado español, Estados Unidos y Japón[166]. Y como síntesis escalofriante de lo visto hasta aquí nos encontramos con la noticia de que Irlanda repartirá más de 100.000 folletos sobre salud mental para prevenir el aumento de suicidios motivados por la crisis. El desempleo creciente en Irlanda, que se ha duplicado en un año llegando casi al 12% y que se estima llegará al 15% en 2010, es el responsable de que el riesgo de suicidio se dispare un 70%. De hecho la cifra de personas que se provocaron daños por su propia voluntad subió a 200 por cada 100.000 en 2008, comparadas con las 188 por 100.000 del año anterior. Para los adultos jóvenes irlandeses el suicidio es la principal causa de muerte[167], mientras que en el Estado español el suicidio es la segunda causa de fallecimiento juvenil[168].

La decisión irlandesa no es descabellada, al contrario. Las fuerzas sindicales y los trabajadores de la transnacional France Télécom están preocupados por el aumento de los suicidios en esta empresa, con una tasa que quintuplica[169] la tasa estatal de suicidios. Achacan el

165. Javier Monagas Maita: *Las juventudes mexicana, colombiana y estadounidese se suicidan*, http://www.aporrea.org, 22 de agosto de 2009.

166. Pedro Antonio Honrubia Hurtado: *Alienación consumista y enfermedad mental en el Capitalismo: Análisis dialéctico de una relación evidente*, http://www.kaosenlared.net, 23 de agosto de 2009.

167. http://www.elmundo.es, 30 de julio de 2009.

168. http://www.publico.es, 2 de noviembre de 2009.

169. Eduardo Febbro: *Dejaron sus vidas en France Télécom*, http://www.rebelion.org, 20 de septiembre de 2009.

incremento a los cambios producidos tras la privatización de la empresa, que era de capital público y que fue vendida por el gobierno francés al capital privado en 1997 pero con un 26% de capital público. La dirección niega la importancia de los suicidios aunque reconoce que los cambios por ella introducidos han podido provocar estrés[170] entre los trabajadores, y ha tomado la solución de aumentar el número de psicólogos. La propiedad estatal de una empresa en modo alguno significa propiedad colectiva de los medios de producción ya que todo depende de a qué clase social obedece ese Estado. France Télécom era una empresa pública controlada por un Estado burgués. Aún así, mantenía una política social menos dura y explotadora que la impuesta por el capital privado, igualmente burgués. Pero los nuevos propietarios, libres por fin de todo control público por limitado que fuera, multiplicaron tanto la explotación de los trabajadores que creció la tasa de suicidios. Tras unos años de pasividad y silencio, y solamente después de que sean inocultables los efectos criminales de su política de explotación y de que se acelere el «efecto de contagio», la patronal ha decidido suspender durante mes y medio, hasta finales de octubre de 2009, los cambios de los puestos de trabajo, causa aparente de los suicidios e incrementar la plantilla de psicólogos[171].

Los suicidios en France Télécom han servido para sacar a la luz pública la existencia de un problema sistemáticamente silenciado por la prensa burguesa, como denuncia I. Piñuel, que sostiene que en el Estado español se suicidan entre 300 y 400 personas al año por problemas en el trabajo[172]. Estas cifras suponen un incremento del 50% con respecto a las de hace tres años. Lo grave es que hay muchas «muertes naturales» que no se declaran como suicidios porque no se han estudiado sus relaciones concretas con las depresiones que habían padecido los afectados, ya que el sistema médico no tiene en cuenta estas y otras problemáticas, y eso a pesar de que más del 50% de las personas que se quitan la vida voluntariamente acuden antes al médico[173]. La indiferencia de la salud

170. http://www.elmundo.es, 13 de agosto de 2009.

171. http://www.gara.net, 15 de septiembre de 2009.

172. Miguel López: *France telecom ¿un hecho aislado?*, http://www.diagonalperiodico.net, nº 109-110.

pública hacia estos síntomas tan alarmantes es una muestra del papel que juega el sistema de salud en la explotación de la fuerza de trabajo, en la ocultación de los efectos destructores del capitalismo, en el silenciamiento del miedo y hasta del terror psíquico que sufren muchos explotados que les lleva al suicidio ante la imposibilidad de solucionar la siguiente reflexión: «Este trabajo me está matando»[174].

¿Qué función juega aquí la psicología? Dejando ahora de lado la situación actual de esta disciplina, su crisis de perspectiva debido a los cambios habidos en el capitalismo[175], hay que decir que su origen data de las inquietudes del poder ante los efectos sociales perturbadores causados por otra crisis demoledora, la de la industrialización capitalista, que destrozó la salud psicosomática del proletariado británico en el siglo XIX. Los méritos de Engels son muchos, y uno de ellos consiste en haber sido de los primeros en hacer una rigurosa investigación científico-crítica en 1845-1846 de los efectos de la industrialización capitalista sobre la clase trabajadora: «Todo cuanto mayor violencia despierta nuestra repugnancia y nuestra indignación es de origen más reciente, pertenece a la *época industrial*»[176]. Fue la «época industrial» la que propagó el alcoholismo masivo, el hambre, la suciedad y el hundimiento de la salud de las clases explotadas. Todo esto llevó a un aumento generalizado de las «enfermedades mentales» y a la aparición del miedo a sus efectos en la burguesía, miedo que se expresaba en toda una serie de artículos aparecidos en la prensa y en las inquietudes en el interior de esta clase dominante[177]. La psicología tiene en este miedo burgués, una de sus razones históricas de surgimiento.

Una respuesta más general la encontramos en la teoría sobre «la observación del hombre»[178] que describe cómo la psicología fue

173. http://www.elpais.com, 2 de noviembre de 2009.

174. Julio Godoy: *Este trabajo me está matando*, http://www.rebelion.org, 17 de octubre de 2009.

175. Julio Seoane: «Psicología», en *El legado filosófico y científico del siglo XX*, Cátedra, Madrid 2005, pp. 821-841.

176. Friedrich Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, OME, Barcelona 1978, tomo 6, p. 309.

177. José Luis Peset: *Ciencia y marginación*, Crítica, Barcelona 1983, p. 97.

creada a finales del siglo XIX con el objetivo, entre otros, de aumentar el control de la fuerza de trabajo, de vigilar a las «clases peligrosas» y domesticarlas psicológicamente. A grandes rasgos, los fundamentos de la psicología, desde esta visión crítica, surgieron dentro del contexto de las necesidades de la burguesía europea y alemana en la época de Bismarck para vencer al movimiento obrero en general y especialmente al socialismo en ascenso. Y la respuesta concreta la conocemos al saber que un grupo de psicoanalistas especializados en enfermedades laborales, según les llaman, han pronosticado más suicidios si continúan aplicándose sistemas disciplinarios copiados del ejército[179], destinados a impedir que los jefes y capataces conozcan a los trabajadores y confraternicen un poco con ellos, rompiendo así posibles lazos de solidaridad y resistencia frente al aumento de la explotación. Los psicoanalistas aplican los descubrimientos de Freud y posteriores avances para mejorar el control de la fuerza de trabajo reduciendo transitoriamente las formas más inhumanas de explotación asalariada, las que provocan el suicidio, y mejorando así a la larga la tasa de explotación y la tasa de beneficios.

En realidad, no estamos ante algo absolutamente nuevo y desconocido hasta el presente. Ya en 1921 existía el Instituto Tavistock que investigaba cómo utilizar la estructura psíquica deteriorada de los exsoldados que habían sufrido las conmociones de la guerra de 1914-1918 para producir «generaciones de idiotas» obedientes al imperialismo, y que recibió fuertes apoyos económicos de grandes capitalistas y Estados burgueses[180]. Otro estudioso de esta problemática descubrió en sus buceos en la historia lo que sigue:

> Más allá del parecido entre las líneas ideológicas de la «guerra psicológica» y las del Congreso por la Libertad de la Cultura que muestran la coherencia relativa del plan concebido por Wisner y los dirigentes de la CIA, se puede notar que los especialistas de la «manipulación de masas» son frecuentemente marxistas arrepentidos. Un ejemplo de ello es la carrera de Paul Lazarsfeld. A finales de los años

178. Julia Valera y F. Álvarez-Uría: *Las redes de la psicología*, Edic. Libertarias, Madrid 1986, pp. 63-104.

179. http://www.elpais.com, 15 de septiembre de 2009.

180. Andrés Solís Rada: *Generaciones de idiotas*, http://www.lahaine.org, 4 de septiembre de 2007.

veinte, el que será uno de los principales ideólogos de la «comunicación de masas» es un socialista activo. En Francia, tiene relaciones con la SFIO y con Leo Lagrange. En 1932, la Fundación Rockefeller le ofrece una beca de dos años para estudiar en Estados Unidos. Considerando que existe «una correspondencia metodológica entre la compra de jabón y el voto socialista», se da a conocer escribiendo artículos de marketing[181].

Al fin y al cabo:

Fue un sobrino estadounidense del propio Freud, Edward Bernays, el primero en percatarse del incalculable potencial que las teorías de su tío ofrecían al capitalismo y su visión del mundo, de la economía y del papel que el individuo debe jugar en la nueva sociedad consumista-capitalista que estaba emergiendo. El razonamiento propuesto por este hombre, aunque con efectos devastadores para la libertad humana, fue sencillo: si es verdad eso de que el hombre está sometido por una serie de fuerzas, pulsiones, deseos y necesidades inconscientes que ni si quiera él mismo conoce, y que operando desde un oscuro lugar de la mente tienen capacidad para influir en la conducta del hombre, también lo será que, manipulando convenientemente estas pulsiones, deseos y necesidades ocultas, quien sea capaz de realizar tal manipulación será capaz también de influir directamente, sin que ellos lo sepan, en la conducta, el pensamiento y el comportamiento de estos sujetos, y todo ello, además, mientras que por la vía de los mecanismos conscientes habituales se les está diciendo que se hace justamente lo contrario»[182].

López Arnal ha preguntado a G. Rendueles sobre la función sociopolítica de la psiquiatría y de la psicología establecidas, y ha obtenido esta respuesta:

En el sentido señalado de psiquiatrizar y de psicologizar, son tareas similares. No se trata de sustituir una práctica psiquiátrica por una psicológica sino de salirse de ambas redes que limitan los análisis y soluciones populares al egoísmo y al cálculo afectivo que hoy domina la ideología popular y que psiquiatras y psicólogos refuerzan como aparatos del Estado que son. Ante un duelo o un despido ambos

181. Denis Boneau: *Las ciencias de la dominación mundial*, http://www.voltaire.net, 7 de marzo de 2005.

182. Pedro Antonio Honrubia Hurtado: *La ilusión de la libertad en el Consumismo-Capitalismo: Libre de derecho, esclavo de hecho*, http://www.rebelion.org, 11 de junio de 2008.

discursos recurren a metáforas economistas para formular sus tratamientos: desinvertir afectos del muerto o el trabajo perdido, volver a invertirlos. Cualquier situación se enmarca por ambos gremios en las oscuras aguas del cálculo egoísta que decía Marx. No conozco a nadie que haya ido al psicólogo y le haya preescrito la lucha solidaria contra sus males sino cuidar de sí en el marco intimista. Nadie que no haya ido y no le hayan dicho que él no puede arreglar el mundo ni tiene culpa de sus desarreglos y que se afane al carpe diem. De hecho leer un manual de autocuidado es una incitación al egoísmo y muchos de los manuales para mujeres una auténtica agresión a sentimientos altruistas: aprender a decir no, no amar demasiado, calcular bien el intercambio afectivo para no salir defraudadas. En fin, una especie de buen inversor no solo en la bolsa sino en la casa o la cama[183].

S. L. Chorover ha escrito: «Como sucede con otras muchas etiquetas peyorativa, la palabra *violencia* es frecuentemente utilizada no para iluminar, sino para oscurecer fenómenos merecedores de un estudio y un análisis cuidadosos». Sigue afirmando que hay violencias justas e injustas[184] y continúa:

Durante todo el transcurso de la historia, los principios de un grupo han sido las herejías del otro, y una conducta insensatamente violenta puede convertirse en «resistencia heroica» cambiando simplemente de perspectiva. Así, cuando quienes organizan y perpetran la represión son quienes se titulan autoridad legítima, su actuación será calificada de «pacificadora» y recibe el aplauso oficial [...] las víctimas de la violencia oficial son muchísimo más numerosas que las víctimas de la violencia interpersonal, y sin embargo el poder de la etiquetación es tan grande que la violencia oficial es frecuentemente redefinida para hacerla aparecer como correcta, necesaria y justa.

Los psicólogos, psiquiatras, psicocirujanos y otros profesionales de la salud mental se centran por lo general en el comportamiento del individuo, no en el funcionamiento del sistema. Los tipos de violencia que les preocupan son los crímenes, violaciones y disturbios callejeros que llenan nuestros medios de comunicación. La tendenciosidad social del enfoque médico de la violencia hace que los posibles candidatos

183. Salvador López Arnal: *Entrevista con Guillermo Rendueles, psiquiatra y ensayista*, http://www.kaosenlared.net, 1 de julio de 2009.

184. Stephan L. Chorover: *Del génesis al genocidio*, M. I. Orbis, Barcelona 1986, p. 183.

> a psicocirugía o a cualquier otra forma de control de la conducta sean seleccionados entre los miembros de las clases inferiores o entre los dementes o los desesperados que depositan maletines llenos de dinamita en una oficina o en un laboratorio, aduciéndose como justificación diagnóstica que el individuo en cuestión es «incapaz de controlar sus impulsos violentos».
>
> Pocas veces, sin embargo, aplican sus etiquetas y proponen sus tratamientos los profesionales de la salud mental cuando la violencia es ejercida por individuos que ocupan un puesto oficial: los altos funcionarios que ordenaron la destrucción de Indochina mediante bombardeos aéreos y navales escaparon a tales diagnósticos y tratamientos. El enfoque de la violencia desde la perspectiva de la salud mental es selectivo: lo emplean con las conductas disidentes de los débiles[185].

Una de las cosas que subyace en estos y en otros muchos ejemplos es que las contradicciones, ambigüedades y limitaciones tanto de las «ciencias sociales» como de la psicología, permiten al capitalismo desarrollar una violencia simbólica apenas perceptible que amortigua mucho los efectos concienciadores generados por las violencias físicas, de manera que el sistema puede manipular las dosis de terror, calcular su aplicación y medir las reacciones de los explotados.

VIOLENCIA CULTURAL Y SIMBÓLICA

Harry Pross sostiene que la violencia física aparece cuando deja de ser efectiva la violencia simbólica, la que se ejerce mediante los símbolos sociales creados por la estructura del poder dominante. Existe una «dialéctica del poder» que consiste en la interacción entre la orientación vertical de los sistemas de valor, los que son construidos e impuestos por el poder desde su posición superior en la escala vertical, y la orientación horizontal de los signos, que carecen de valor en comparación al poder establecido. Pross dice que:

185. Stephan L. Chorover: *Del génesis al genocidio*, op. cit., p. 184.

> Todo orden político dispone, así, de su propia «teoría del conocimiento», en la cual existe más o menos conformidad con las reglas. Y más o menos negación del carácter meramente simbólico de la organización. El «hacer como sí», las mentiras tienen aquí su razón de ser [...] Quien puede imponer la validez de determinados significados, determinada por jerarquías «verticales» de valor y materialización horizontal de signos, ejerce «violencia simbólica». La violencia simbólica es el poder de imponer a otros seres humanos la validez de significado mediante signos, con el efecto de que estos otros seres humanos se identifiquen con el significado validado[186].

Es cierto que la forma de expresión de Pross puede inducir a la elucubración abstracta desligada de toda realidad de explotación material, al usar exclusivamente una terminología centrada en los signos y en los significantes, en su interacción, y en sus resultados en la evolución de la simbología social. Pero si nos fijamos bien descubrimos que, por debajo de tanto fraseología, hay dos críticas que nos son de gran utilidad para nuestra reflexión: que la violencia simbólica está basada en la imposición realizada por el poder dominante y que, además, este poder político elabora, en el ámbito de la política, una «teoría del conocimiento» que no es neutral sino que forma parte de la misma dominación. Esta segunda tesis es repetida más adelante:

> Todo el énfasis puesto en la comunicación parece ser inútil si el receptor no está en condiciones de remitir las comunicaciones pretendidas a sus propias representaciones de valor. Lo decisivo es *la validez*; pero validez no significa verdad. Esto implica una serie de cuestiones relacionadas con la política de confianza o falaz [...] El análisis de la comunicación política también significa siempre análisis de violencia simbólica[187].

Por tanto, de lo que se trata con la violencia simbólica del poder no es desarrollar la verdad, sino la validez y efectividad del sistema de comunicación y de creación de símbolos sociales por parte del poder establecido. O sea, su objetivo no es construir verdad sino ampliar el poder que ya detenta, o al menos asegurarlo, reproducirlo. Por

186. Harry Pross: *La violencia de los símbolos sociales*, Anthropos, Barcelona 1989, pp. 112-113.

187. Harry Pross: *La violencia de los símbolos sociales*, op. cit., pp. 136-137.

tanto, la «teoría del conocimiento» elaborada por el poder y que se desarrolla mediante su comunicación política y su violencia simbólica, esa «teoría» supuestamente destinada a crear verdad, solamente está en función de crear efectividad de dominación simbólica, y si esta falla la violencia simbólica deja paso a la violencia material, física.

Sin hablar de violencia simbólica, pero sí de explotación lingüística, F. Rossi-Landi profundiza en el mismo problema crucial, ayudándonos a comprender mejor la dialéctica entre violencias, lenguaje y economía mercantil, y, más específicamente y para lo que nos interesa, la dialéctica entre deseo, privilegio y explotación en el lenguaje que da como resultado, entre otros, la existencia de un «terrorismo lingüístico»[188] inseparable de la alienación. Este autor reconoce que son muchas las referencias a las conexiones internas entre dinero, saber y lenguaje, y que él solamente aporta unas ideas más. Aun así es necesario recordar ahora que la clase dominante dispone de muchos más medios de producción lingüística, usando su superioridad en esta cuestión decisiva como instrumento de dominación. Desde esta perspectiva, la educación y la escuela, por ejemplo, son instrumentos de «guerra de los ricos contra los pobres». No son simples sistemas de ideologización, que también, sino que, en lo decisivo, son armas de la guerra lingüístico-cultural del capital contra el trabajo, guerra lingüística que también existe en las instituciones científicas ya que estas también están regidas por la guerra de «los dirigentes contra los subordinados». La explotación y el terrorismo lingüísticos son componentes decisivos de la estructura de poder existente, y condicionan en beneficio de este la comprensión de la realidad que hacen las clases explotadas.

Por su parte, P. Bourdieu ha estudiado críticamente la «construcción estatal de las mentalidades» insistiendo en la particular eficacia simbólica que ejerce el Estado, afirmando que «las relaciones de fuerza más brutales son al mismo tiempo relaciones simbólicas y los actos de sumisión, de obediencia, son actos cognitivos que, en tanto que tales, ponen en marcha unas estructuras cognitivas, unas

188. Ferrucio Rossi-Landi: «Sobre el dinero lingüístico», en *Locura y sociedad segregada*, Anagrama, Barcelona 1976, pp. 149-155.

formas y unas categorías de percepción, unos principios de visión y de división [...] en las sociedades diferenciadas, el Estado está en condiciones de imponer y de inculcar la forma universal, a escala de un ámbito territorial determinado, unas estructuras cognitivas y evaluativas idénticas o parecidas y que debido a ello constituye el fundamento de un "conformismo lógico" y de un "conformismo moral"». El autor sigue detallando cómo el Estado logra imponer «llamadas al orden»[189] que se introducen profundamente en la mentalidad social fortaleciendo un «orden simbólico» que abarca la totalidad de la existencia humana. Dejando de lado algunas críticas no necesarias ahora, esta tesis de Bourdieu facilita la comprensión de las interacciones entre las violencias físicas y simbólicas, el terrorismo lingüístico, el dinero del lenguaje, etcétera, mediante la intervención del Estado como otra fuerza violenta en la elaboración de una ideología adecuada a las necesidades de la explotación capitalista. Es aquí, en la construcción estatal de las mentalidades, y en todo este capítulo en general, en donde debemos recordar lo arriba expuesto sobre los esfuerzos del Estado burgués por imponer su definición de terrorismo, ocultando su práctica criminal, y haciendo creer que el terrorismo es la violencia defensiva de las masas explotadas contra el opresor.

Aquí conviene recordar la feliz y acertada definición de las «ciencias sociales» como «violencia epistémica» dada por Gayarik Spivak y recordada por S. Casto-Gómez en su crítica a las «ciencias sociales» en cuanto instrumentos para crear obediencia, reforzar el orden e imponer las disciplinas de explotación[190]. Por violencia epistémica hemos de entender el conjunto de mecanismos que permiten al poder crear una masa dócil, obediente y pasiva que además de cumplir mecánicamente lo que está mandado, también interprete su realidad según una epísteme que en realidad no la cuestiona sino que la legitima, y viene a decir los mismo que la «teoría del conocimiento» de Pross, elaborada bajo la presión de la

189. Pierre Bourdieu: *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona 1997, pp. 115-125.

190. Santiago Castro-Gómez: «Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro"», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Edgardo Lander (compilador), Clacso, Buenos Aires 2003, pp. 145-161.

violencia simbólica y física, y que la tesis del «dinero lingüístico» de F. Rossi-Landi, que consiste en el lenguaje elaborado bajo la presión de la clase propietaria del dinero, de las fuerzas productivas. Las tres insisten en el peso determinante de las violencias en el desarrollo del conocimiento humano, aunque la de F. Rossi-Landi da más en el clavo, a nuestro entender. Tanto Pross como F. Rossi-Landi tienen razón si entendemos la «teoría del conocimiento» y el «dinero lingüístico» en su sentido restrictivo y muy concreto en su alcance histórico, es decir, dentro del marco de un modo de producción o dentro de la economía mercantil desde sus orígenes hace muy pocos miles de años.

Sin embargo, yerran si las entendemos como la capacidad de la especie humana para conocer la realidad y transformarla a lo largo de su autogénesis siempre relacionado mediante el trabajo social con la tendencia objetiva de desarrollo de lo complejo a partir de lo simple. El método dialéctico asume la interacción de ambos extremos dentro de una totalidad histórica de largo alcance constreñida, a su vez, por las contradicciones internas, entre ellas la contradicción entre el efecto retardatario y reaccionario de las violencias opresoras, sean físicas o simbólicas, y el efecto progresista e impulsor de las violencias liberadoras. Dicho escuetamente, el conocimiento de lo complejo a partir de lo simple es lo que define la objetividad científica a lo largo de los modos de producción[191] mientras que la imposición de lo simple, del dogma y de las creencias mediante los sistemas de dominación material y simbólica, es lo que define tanto la «teoría del conocimiento» elaborada por las clases explotadoras dentro de cada modo de producción, como el «dinero lingüístico» a partir de los intereses de las minorías propietarias.

Por tanto, dentro de la «teoría del conocimiento» y del «dinero lingüístico», así como de la «violencia epistémica», sistemas interpretativos todos ellos generados por el poder dominante, siempre existe un contenido de verdad objetiva que funciona en la práctica, pero tapado y supeditado por la ideología y la subjetividad socialmente impuestas por las violencias simbólicas y materiales explotadoras, y

191. Julián Mateos Tornés: *Tipos históricos de unidad del conocimiento científico*, Ciencias Sociales, La Habana 1986, p. 114 y ss.

por el impacto alienante y terrorista del lenguaje del dinero. La relación entre el contenido de verdad y la estructura productiva que crea la ideología dominante, que va desde el dinero necesario para poner en marcha la producción hasta el accionar de las violencias inherentes a la propiedad privada, se hizo más compleja con la conversión de la imprenta en un negocio mercantil desde el siglo XV en adelante, sobre todo cuando los nuevos empresarios de la industria del libro empezaron a encargar por su cuenta[192] y en base a criterios de rentabilidad comercial textos clásicos, traducciones y libros de consulta, inaugurando así lo que llegaría a ser lo que ahora es la poderosa industria cultural, en el sentido cualitativo de industria capitalista, no el de «industria» precapitalista en la que la producción de «mercancías culturales» estaba supeditada a la supremacía última del valor de uso, como era el caso grecorromano[193].

Debemos extendernos un poco más en esta cuestión, que engarza directamente con lo arriba expuesto sobre el método dialéctico y el materialismo histórico, porque hay que evitar el error de negar o reducir drásticamente la validez transformadora del conocimiento humano al sobrevalorar el impacto de las violencias en su praxis. A. Sohn Rethel avanzó una teoría muy esclarecedora que reúne lo hasta aquí visto pero que va más allá, a lo que denomina «conciencia falsa necesaria» y que expone el hecho de que, desde el surgimiento de la economía mercantil y de las violencias que le son implícitas, la clase dominante impone una conciencia falsa a las clases dominadas, pero esta conciencia falsa no anula la validez del método científico que sigue siendo capaz de descubrir la verdad, como demostró Marx entre otros muchos. Bajo la economía dineraria, bajo el «dinero lingüístico», el ser humano está engañado pero hundido en el error:

> Es inocente de su falsa conciencia necesaria, y ni la crueldad ni la mortandad que ella provoca entre los hombres puede impedir que la humanidad desarrolle la voluntad de luchar por una sociedad sin clases[194].

192. Peter Burke: *Historia social del conocimiento*, Paidós, Barcelona 2002, p. 207.

193. Guglielmo Cavallo: «Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, México 2006, pp. 99-139.

La falsa conciencia es necesaria por condiciones objetivas e históricas, porque las clases explotadas aún no han podido superar el engaño y la falsedad con la que interpretan su existencia. Pero el conocimiento científico y crítico no produce errores sino verdades, aunque la economía mercantil, la explotación y las violencias de todo tipo impidan que la crítica llegue a las masas trabajadoras. La crueldad de las clases dominantes causa mortandad entre las explotadas, y la conciencia falsa de estas actúa como un opiáceo, una droga que les adormila y entontece. Además de estas formas violentas y crueles, según A. Sohn Rethel el capitalismo tiene otros métodos para dominar, como son la naturaleza misma del proceso productivo asalariado y, el que más nos interesa ahora, el imperialismo como alternativa de escape para evitar la guerra civil dentro de los grandes países capitalistas[195]. Como vemos, los tres métodos nos remiten siempre a las violencias burguesas, sea en su forma ideológica y simbólica, cultural, sea en su forma violentamente física, sea mediante el imperialismo con sus guerras injustas y sus masacres. Por otra parte, el método científico en el capitalismo está sujeto al dictado de la apropiación privada, a la lógica de la producción privada, mientras que en el socialismo está sujeto a lógica de la producción colectiva[196].

El capitalismo contemporáneo ha logrado en buena medida ocultar esta realidad e imponer el mito, la creencia social, de que hemos entrado en la «era del saber», en la «sociedad del conocimiento». Así, en un mundo donde el «conocimiento» definido abstractamente forma la base ontológica a partir de la cual elaborar la epistemología, en este mundo ideal han desaparecido las estructuras socioeconómicas y políticas, los intereses de la clase propietaria de las fuerzas productivas, de manera que el «saber» está al alcance de todos, siendo una opción individual, de vagancia y desinterés egoísta, el no adquirirlo. Por tanto, la responsabilidad última y definitiva de la pobreza, de la enfermedad y del hambre no radica en la irracionalidad capitalista sino en los «fracasados». R. Vega Cantor sostiene, con razón, que este esquema reaccionario corresponde a la visión

194. Alfred Sohn Rethel: *Trabajo manual y trabajo intelectual*, El Viejo Topo, Barcelona. 1979, p. 196.

195. Alfred Sohn Rethel: *Trabajo manual y trabajo intelectual*, op. cit., p. 144.

196. Alfred Sohn Rethel: *Trabajo manual y trabajo intelectual*, op. cit., p. 179 y ss.

neoliberal que parlotea sobre la «sociedad del conocimiento», definido este desde la «lógica mecánica»[197] que consiste en sumar la tecnología a la cantidad de información para dar como resultado el conocimiento mecánicamente entendido. La crítica de Vega Cantor llega a su culmen en la respuesta que da a la pregunta: «¿"Sociedad del conocimiento" o capitalismo de la ignorancia generalizada?». No tenemos espacio para desarrollar todas las ricas implicaciones de su respuesta, pero sí debemos reseñar la parte en la que denuncia la «destrucción de miles de lenguas», «la bestial homogeneización cultural» y «la erosión cultural»[198] que está imponiendo el capitalismo aplicando todos sus recursos de dominación.

Un ejemplo que confirma lo dicho aquí lo encontramos en las declaraciones de Ada Yonath, Premio Nobel de Química de 2009, en las que muestra todas las grandezas y limitaciones que chocan como unidad de contrarios en la mayoría inmensa de lo que se define como «mundo científico». Por un lado, esta investigadora reconoce sin ambages que «investigar en una empresa es perder independencia científica»[199], en el sentido de que las exigencias patronales, el dictado de la tasa de beneficios, etcétera, anulan la independencia creativa del método científico al reducirlo a simple fuerza cualificada de trabajo asalariado, sujeto a la dominación del capital y a sus necesidades de acumulación. Pero por otro lado, semejante crítica queda prácticamente reducida a una simple pataleta cuando reconoce que los y las científicas no deben inmiscuirse en política, no deben salir en defensa de las masas palestinas oprimidas por Israel y deben limitarse a su «trabajo científico». Ada Yonath hizo unas declaraciones pidiendo la liberación de las y los prisioneros políticos palestinos, y fueron tantas las advertencias recibidas que ha decidido no hacer más declaraciones «políticas», asumiendo el principio burgués de la incompatibilidad entre los «juicios de hecho» y los «juicios de valor».

197. Raúl Vega Cantor: «La "sociedad del conocimiento": una falacia comercial del capitalismo contemporáneo», en *Herramienta*, Buenos Aires, nº 35, junio de 2007, p. 176.

198. Raúl Vega Cantor: «La "sociedad del conocimiento": una falacia comercial del capitalismo contemporáneo», op. cit., pp. 179-183.

199. http://www.elpais.com, 4 de noviembre de 2009.

La violencia cultural y simbólica tiene en el principio burgués de una «ciencia libre de valores», de la separación absoluta entre «juicios de valor» y «juicios de hecho», uno de sus fundamentos más reaccionarios, fortalecido con el mito de la «sociedad del conocimiento». En páginas posteriores volveremos al contenido reaccionario de esta mentira sobre la separación total entre axiología y epistemología, cuestión que recorre toda nuestra reflexión desde que hemos empezado exponiendo la ética marxista y el problema de las violencias y del terrorismo. Para comprender mejor la contradicción irresoluble que mina el pensamiento de la Premio Nobel y del «mundo científico», en general, podemos recurrir a la crítica que realiza B. Easlea a este principio burgués, a la función que cumple en la dominación sociocultural y económica capitalista. A lo largo de varias páginas, Easlea argumenta cómo el capitalismo se ampara en la «ciencia libre de valores» para imponer sus intereses, para impedir el desarrollo del pensamiento científico-crítico, llegando a predecir, en sentido general, lo que podía haberle sucedido a Ada Yinath si hubiera continuado «metiéndose en política» a favor de la nación palestina. Hace más de un tercio de siglo Easlea escribió:

> Aquellos científicos sociales que se dan cuenta de la fealdad de los fenómenos del hambre, de la privación y de la opresión, y, más aún, de que se trata de una fealdad que puede y debe eliminarse, tienen que comprometerse con un programa de investigación que cuando menos se enfrente a las estructuras institucionales básicas de diversos países, y quizá de aquellos en los que viven. En este caso se exponen a peligros físicos. La posición del científico social no es envidiable. No obstante, no hay fórmula alguna para soslayar la responsabilidad de las opciones morales y políticas. La opción de la «neutralidad» moral y política, que generalmente se adopta a partir de una situación ventajosa de bienestar material, supone igualmente un compromiso, y es un compromiso en favor del statu quo y de servicio al poder político *de facto*. La pretensión de que la ciencia en sí dicta la «neutralidad» moral y política supone, en el mejor de los casos, un autoengaño y, en el peor, un intento deliberado de utilizar el prestigio de la «ciencia» como medio de asegurar el *statu quo*[200].

200. Brian Easlea: *La liberación social y los objetivos de la ciencia*, Siglo XXI, Madrid 1981, pp. 240-241.

Es indudable que las declaraciones de la Premio Nobel dejan meridianamente claro que ha sentido sobre sí revolotear alguna especie de «peligro físico», o de amenazas o de «advertencias profesionales» que pudieran mermar su «situación ventajosa de bienestar material», de manera que ha retrocedido de su anterior valentía expuesta a todos los riesgos personales al seguro refugio del silencio «neutral» que se supone inherente a la «ciencia». Pero esta coerción sorda o sonora de la violencia cultural y simbólica sobre los científicos superan los límites de la tolerancia del poder, en este caso del terrorismo sionista, es solamente una parte de la totalidad de violencias inseparables del proceso de producción de pensamiento burgués. Sin extendernos, sí debemos reseñar rápidamente la violencia simbólica que opera a través de las mentiras, fraudes y engaños sistemáticos realizados por la industria tecno-científica. F. di Trocchio es implacable en la crítica del «científico como impostor»[201]. Especial contenido inhumano tienen los fraudes que atañen a la salud realizados por las industrias de la biotecnología y la medicina, engaños imprescindibles para sostener el marketing del miedo antes analizado, industrias en las que «el fraude en la ciencia existe desde siempre»[202], según reconoce el director de la prestigiosa revista *Nature Medicine*.

Tras este repaso de algunos autores estamos en condiciones de sumergirnos en los entresijos de la ideología burguesa, en cuanto conocimiento invertido de la realidad, buscando cuáles son sus relaciones estructurales con la coerción sorda del capital, con las violencias en todas sus formas, con los miedos y, al final, con el terrorismo. Interpretamos una realidad móvil y contradictoria con las categorías estáticas y mecanicistas de la ideología burguesa, y somos incapaces de tomar conciencia de que el miedo, en general, es una parte sustantiva del pensamiento burgués. De hecho, ahora mismo, la sociedad interpreta sus problemas desde las violencias simbólicas y epistémicas, y desde las teorías que se sustentan en los miedos inconscientes a transformar críticamente la realidad, miedos generados por esas violencias. Criticar el miedo, descubrir su origen sociohistórico, es criticar la forma de no-pensar y de obedecer

201. Federico di Trocchio: *Las mentiras de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid 1997, pp. 407-438.

202. Juan Carlos López en http://www.publico.es, 6 de abril de 2008.

mecánicamente a las reglas de la creencia miedosa, acobardada. Y es así porque la construcción del miedo es inseparable de la construcción de las reglas que convencen a la gente de que el miedo, además de necesario, también es bueno. Por esto mismo, el lenguaje no es neutral, sino que ya está condicionado por las estructuras de poder; tampoco es una construcción natural, que emerge de sí mismo, impoluto, sin depender para nada de las contradicciones sociales, de las necesidades y de las limitaciones históricas. El lenguaje, al contrario, lo mismo que el conocimiento, está determinado por las contradicciones sociales, las expresa y las reproduce, pero, desde el surgimiento del poder minoritario, condicionado por el miedo artificial que ese poder introduce con su pedagogía entre las masas a las que explota.

Hasta ahora hemos estudiado solo una parte de la violencia cultural, precisamente la más simbólica en el sentido de que no aparenta tener una relación directa con la materialidad física de la violencia práctica. Sin embargo, los lazos entre la violencia simbólica y la material son muy estrechos. Por ejemplo, la violencia cultural es directamente material cuando se saquea el arte y la literatura, cuando los invasores vacían las bibliotecas y museos de los invadidos. Sabemos que Roma ordenó coger vivo a Arquímedes para explotar sus conocimientos en su beneficio, pero que un legionario lo mató. Sabemos que Napoleón robaba con planificada metodología las mejores[203] bibliotecas de los países que ocupaba. Nos cansaríamos citando ejemplos pasados. En el presente, otra forma de violencia cultural es la imposición por el imperialismo de la política de patentes, con casos inhumanos como el de la salud, por ejemplo, la «batalla cultural»[204] que se está librando a gran escala por la propiedad intelectual de las vacunas contra la gripe A/H1N1. Que nadie crea que la «batalla cultural» por las patentes sanitarias está libre de las mil violencias sutiles o abiertas que atemorizaron a Ada Yinath, Premio Nobel en Química. En absoluto. De hecho, las transnacionales de la salud, de la alimentación, y de otros sectores, patrocinan las

203. Svend Dahl: *Historia del libro*, Altaya, Barcelona 1997, p. 218 y ss.

204. María Victoria Kan: *La batalla cultural asociada a la propiedad intelectual en la A/H1N1*, http://www.rebelion.org, 27 de octubre de 2009.

investigaciones químicas, biotecnológicas, genéticas, etcétera, apoyadas por sus Estados respectivos. Las conexiones entre la violencia cultural y la material aparecen al desnudo en todo lo relacionado con las patentes de la salud aunque la propaganda imperialista quiera ocultarlo creando ilusiones falsas[205].

A la vez, estas industrias tienen conexiones directas o indirectas con la industria cultural que fabrica modas ideológicas destinadas a legitimar la creencia en el determinismo genético, en el racismo y en la superioridad blanca para justificar el control imperialista del mundo. Siendo cierto que existe una base biológica en el proceso de conocimiento[206], no lo es menos que dicha base está penetrada y condicionada internamente por la realidad sociohistórica humana, por su evolución y por sus contradicciones. La constante influencia de los valores sociales en el proceso de conocimiento inserto en todo lenguaje, es decir, la dialéctica entre las axiologías y los conocimientos, es especialmente problemática y a la vez cierta cuando desarrollamos las conexiones entre el terrorismo, el terror, la agresividad y la violencia, como hemos visto en el caso del patriarcado y de sus efectos en la síntesis entre valores machistas y lenguaje, así como en el rápido repaso a los sucesivos modos de producción. La cultura burguesa está muy fuertemente influenciada por el determinismo inherente a la sociobiología y el neodarwinismo, a pesar de que no se hayan podido encontrar bases científicas que los justifiquen pese a los esfuerzos desesperados por lograrlo, algunos estrambóticos y todos ellos reaccionarios[207]

Lo relacionado con la violencia en cualquiera de sus formas, pero muy especialmente con la violencia defensiva aplicada por quienes sufren explotación, ha sido uno de los campos más trabajados por la elucubración reaccionaria de determinismo genético[208], pese a que

205. Frente de Trabajadores Socialistas Bolivarianos del MPPILCO-SAPI: *Patentes, Mentiras y Medicamentos*, http://www.aporrea.org, 30 de septiembre de 2008.

206. Juan B. Fuentes Ortega: «El conocimiento como hecho biológico», en *Compendio de Epistemología*, Edit. Trotta, Barcelona 2000, pp. 88-94

207. Lewontin, Rose y Kamin: *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Edit. Crítica, Barcelona 1987, p. 283 y ss.

208. Stephan L. Chorover: «Del génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión», *Orbis*, nº 21,

tras muchos estudios, prestigiosos investigadores «neutrales» no dudan en reconocer que «la neurobiología de la agresividad humana constituye un campo de estudios que plantea grandes dificultades. A pesar de su gran interés e importancia, los avances en esta área de conocimiento son lentos y costosos [...] El concepto de agresividad es difícil de acotar. Hasta la fecha no se ha establecido una definición aceptada de forma universal por la comunidad científica»[209] A pesar de los fracasos a la hora de intentar demostrar la supuesta veracidad científica del genetismo, no desaparecerán los esfuerzos para lograrlo por dos razones: una, por necesidad ideológica y de orden social capitalista; y, otra, por necesidad de encontrar una justificación ética que oculte o legitime la creciente masa de capitales que se invierten en la industria de la biotecnología[210], una industria que se rige por las mismas leyes económicas que el resto del capitalismo como demuestran las investigadoras Hubbard y Wald[211]. Y una de las grandes barreras que frenan los avances críticos al respecto no es otra que, volviendo a la interacción «ciencia-valores», la fuerza de la opresión patriarcal en la actividad científica por la pervivencia de lo que V. Stolcke denomina el sexo de la biotecnología[212]. Más adelante, cuando veamos el papel de la antropología y de la sociología en el reforzamiento del imperialismo, veremos cómo la sociobiología aparece como el puente que conecta las «ciencias naturales» con las «ciencias sociales», según la definición oficial al uso.

No solamente en la mejora científica de la tortura, como hemos visto, que es un componente básico del terrorismo, sino también en otros de sus elementos centrales, como son los relacionados con las mejoras del armamento y del arte de la guerra en cualquiera de sus modalidades, la biotecnología, la síntesis entre nanotecnología y

Barcelona 1986, p. 179 y ss.

209. D. Huertas, J.J. López-Ibor y María D. Crespo: *Neurobiología de la agresividad*, Ars Médica, Barcelona 2004, p. 139.

210. Noemí Navas: *La biotecnología seduce al capital y a los fabricantes*, http://www.cincodias.com, 31 de octubre de 2007.

211. Ruth Hubbard y Elijah Wald: *El mito del gen*, Alianza Editorial, Madrid 1999, pp. 203-222.

212. Verena Stolcke: «El sexo de la biotecnología», en *Genes en el laboratorio y en la fábrica*, Alicia Durán y J. Riechmann (coord.), Trotta, Madrid 1998, pp. 99-118.

genética, por no extendernos[213], juegan un papel clave en lo material de la letalidad, mientras que las mentiras ideológicas creadas por la sociobiología y el darwinismo social lo juegan en la guerra psicológica, propagandística y mediática. Yendo más al fondo, debido a las difusas y porosas fronteras convencionales que delimitan en la concepción burguesa los campos de las «ciencias sociales» con los de las «ciencias naturales», que en parte pero no en todo corresponde a la objetiva unidad material del mundo, hay que decir que también las «ciencias sociales» son instrumentadas por la burguesía para facilitar la acumulación de capital, en general, a la vez que en lo particular muchas de ellas sirven activamente como medios directa o indirectamente coadyuvantes a la guerra imperialista y al terrorismo.

COLONIALISMO CIENTÍFICO

En 1970 la Universidad de La Habana publicó un texto colectivo de obligada lectura titulado *Imperialismo y Ciencias Sociales* en el que se detalla la profunda imbricación de las «ciencias sociales» con el terrorismo yanqui. Para lo que ahora tratamos, nos interesa especialmente la explicación del «colonialismo científico» como una de las tres formas del colonialismo en general, siendo las otras dos, el colonialismo político y el económico. Según los investigadores cubanos:

> Nos referiremos al *colonialismo científico*, cuando el proceso de adquisición de conocimientos sobre un país, se encuentra fuera de él. Esto puede realizarse de diversas formas, una de ellas es reclamar el derecho de acceso ilimitado a la información de otros países; otra es la de exportar información sobre ese país a otro, procesarla allí y regresarla como una magnífica obra terminada, en forma de libros, artículos, etcétera. Esto es similar –como ha señalado el sociólogo argentino Jorge Graciarena– a lo que sucede con las materias primas exportadas a un bajo precio e importadas a un altísimo costo como excelentes productos. Las fases más importantes, más creativas, más

213. Nick Turse: *Choque del futuro en la Conferencia Científica del Ejército de EE.UU*, http://www.rebelion.org, 20 de enero de 2009.

> difíciles del proceso productivo tienen lugar en cualquier otro país. Bajo el programa de asistencia técnica, vemos el éxodo de inteligencias. Es bien conocido por todos, como los jóvenes intelectuales son invitados y admitidos en sociedad, siendo persuadidos posteriormente a permanecer en esos países ricos, pasando en ellos toda su etapa creadora, después de lo cual pueden o no ser reexportados para sus respectivos países o ser enviados a una organización internacional. [...] la mayoría de las veces sucede que *los intelectuales de los países científicamente desarrollados conocen más sobre los países colonizados que lo que estos conocen sobre si mismos*[214].

Esta última frase es decisiva para nuestra definición de terrorismo porque nos permite comprender en su pleno alcance cómo el imperialismo desarrolla tácticas y estrategias contrainsurgentes, de guerra psicológica, de propaganda política sistemática interna y externa, y de manipulación mediática, insertas en la pedagogía del miedo que antes hemos analizado, en base a los profundos conocimientos que posee de la cultura e identidad, de las tradiciones y costumbres, de las contradicciones, tensiones y fallas internas del pueblo al que quiere dominar. No es por casualidad que en el mismo texto se analice más adelante la función de antropólogos que recurren a trampas y sobornos, y de sociólogos que terminan asumiendo los valores de la potencia extranjera dominante[215], como instrumentos de dicho poder imperialista. Aunque ya hemos estudiado algunos sistemas, paradigmas y estrategias de contrainsurgencia en todos los sentidos, sí es cierto que apenas nos hemos volcado en la función de las «ciencias sociales» dentro de la contrainsurgencia, tema que ahora debemos desarrollar más en extenso por su decisiva importancia.

Tenemos así, sobre el papel, varias de las piezas del puzzle que nos van a permitir completar la visión teórica y política decisiva: el imperialismo usa las «ciencias sociales» para crear una «industria de la contrainsurgencia»:

214. AA.VV.: *Imperialismo y Ciencias Sociales. La penetración de las fundaciones norteamericanas y la compraventa de (algunos) intelectuales latinoamericanos*, Referencias, La Habana, Cuba 1970, p. 20, también en http://www.amauta.lahaine.org.

215. AA.VV.: *Imperialismo y Ciencias Sociales. La penetración de las fundaciones norteamericanas y la compraventa de (algunos) intelectuales latinoamericanos*, op. cit., p. 25 y ss.

En páginas atrás hemos mencionado las denuncias formuladas por Peter Henig en la *NACLA Newsletter*, respecto de la existencia de una formidable *industria* de la contrainsurgencia. Henig reveló que además de las fábricas a las que se asigna contratos para producir artículos o equipos materiales destinados a reprimir movimientos insurreccionales de toda índole, desde los tradicionales gases lacrimógenos hasta armas de guerra convencionales como helicópteros, existe la *industria* de la investigación de la contrainsurgencia. Señaló que en el léxico de esa *industria*, los «productos» se dividen en duros y blandos. Entre los productos duros figuran los armamentos, equipos y materiales electrónicos y todo lo vinculado a esa rama, incluyendo la investigación en los campos de las matemáticas, la física, la química, la biología, la astronáutica, etcétera.

Entre los productos blandos se cuentan tanto las recomendaciones sobre cómo manejar a campesinos que según los oficiales estadounidenses de Inteligencia están en el período de preguerrilla, cuanto los sistemas de persuasión del tipo Cuerpo de Paz o Acción Cívica Comunitaria, o los estudios de vulnerabilidad de bienes tan preciosos como podría serlo los de la Creole Petroleum Company, de Venezuela, ante la eventualidad de ataques de guerrilleros o la acción de los simples saboteadores. Existe una designación convencional para estos dos tipos de industrias: COIN R&D Industries (Counterinsurgeney líesearch and Development Industries, o Industrias de Investigación y Desarrollo Contrainsurreccional)[216].

La denuncia incuestionable realizada en este libro de 1970 se ha visto confirmada, actualizada y enriquecida por muchos estudios posteriores sobre el papel reaccionario de antropólogos y sociólogos. Además, su crítica refuerza una larga corriente de denuncia del papel jugado por los famosos «viajeros», «geógrafos», «exploradores», «comerciantes» y «misioneros» desde la Antigüedad como espías de potencias extranjeras. Ya hemos dicho algo con respecto a Roma en este sentido. Más tarde, los sacerdotes y frailes españoles jugaron un destacado papel en el estudio de las debilidades de los pueblos de México[217] para facilitar su conquista y la de toda Latinoamérica más tarde. En otros textos ya hemos hablado sobre las directas conexiones

216. AA.VV.: *Imperialismo y Ciencias Sociales. La penetración de las fundaciones norteamericanas y la compraventa de (algunos) intelectuales latinoamericanos*, op. cit., p. 43.

217. Nydia Egremy: *Contrainsurgencia para el siglo XXI*, http://www.rebelion.org, 1 de julio de 2009.

de los antropólogos con el capitalismo en general, desde el consumismo hasta la tortura, pasando por la cultura, la explotación, etcétera; pero aquí debemos insistir sobre este particular y la mejor forma de hacerlo es recurriendo a la lucidez crítica de G. López y Rivas en su texto *Antropología, contrainsurgencia y terrorismo global* que reproducimos ampliamente por su extrema importancia:

> Ya en su sesión anual en noviembre de 2006 y con la presencia de cientos de sus integrantes, la American Anthropological Association condenó por unanimidad «el uso del conocimiento antropológico como elemento de tortura física y sicológica», ante el alegato de que los torturadores de la prisión Abu Ghraib, en Iraq, pudieron ser inspirados por la obra de un antropólogo, a partir de la idea que «hombres árabes humillados sexualmente podrían llegar a ser informantes comedidos» (Matthew B. Standard, "Montgomery McFate'Mission. Can one anthropologist possibly steer the course in Iraq?", *San Francisco Chronicle*, 29 de abril de 2007).
>
> En julio de 2007, el antropólogo Roberto J. González escribió un excelente artículo («¿Hacia una antropología mercenaria? El nuevo manual de contrainsurgencia del Ejército de Estados Unidos FM-3-24 y el complejo militar-antropológico», *Anthropology Today*, vol. 23, nº 3, junio de 2007), en el que detalla críticamente las contribuciones de antropólogos en la elaboración de dicho manual. González demuestra, incluso, que algunas de estas «contribuciones» no son innovadoras desde el punto de vista de la teoría antropológica y más bien parecen «un libro de texto introductorio de antropología simplificado –aunque con pocos ejemplos y sin ilustraciones».
>
> La antropología mercenaria estadounidense se caracteriza por la beligerancia y el cinismo con que justifica la estrecha colaboración entre antropólogos y militares en guerras imperialistas y violatorias de los más elementales derechos humanos y los principios fundacionales de la Organización de Naciones Unidas. Una de sus más aguerridas defensoras y autoras intelectuales es la antropóloga estadounidense Montgomery McFate, quien se impuso la tarea de «educar» a los militares y cuya misión en los últimos cinco años ha sido convencer a los estrategas de la contrainsurgencia de que la «antropología puede ser un arma más efectiva que la artillería». McFate ignora y le exasperan las críticas de sus colegas en la academia, a quienes considera encerrados en una torre de marfil y más «interesados en elaborar resoluciones que

en encontrar soluciones». Ella es ahora la «comisaría política» de los militares, una de las autoras del citado manual de contrainsurgencia, creadora del programa *Sistema Operativo de Investigación Humana en el Terreno*, iniciado por el Pentágono, y consejera de la Oficina del Secretario de Defensa. Todo un éxito del American way of life.

En realidad, la participación de antropólogos en misiones coloniales e imperialistas es tan antigua como la propia antropología, la cual se establece como ciencia estrechamente ligada al colonialismo y a los esfuerzos por imponer en el ámbito mundial las relaciones de dominación y explotación capitalistas. Un clásico sobre el tema es el libro de Gerard Leclercq, *Anthropologie et colonialisme* (Paris, Librairie Artheme Fayard, 1972) que en su introducción asienta: «El nacimiento común del imperialismo colonial contemporáneo y de la antropología igualmente contemporánea puede situarse en la segunda mitad del siglo XIX. Trataremos de poner en evidencia la relación de la ideología imperialista, de la que la antropología no es sino uno de sus elementos, con la ideología colonial, y las razones por las cuales una investigación "sobre el terreno" se hacía necesaria y posible por la colonización de tipo imperialista».

Hay que recordar en México el papel protagonista que jugaron los antropólogos en la elaboración de las políticas indigenistas desde el momento en que Manuel Gamio –padre fundador de la disciplina en este país– definió a la antropología como «la ciencia del buen gobierno», iniciándose un maridaje entre antropólogos y el Estado mexicano que fue roto en parte cuando el movimiento estudiantil-popular de 1968 creó las condiciones para que las corrientes críticas se manifestaran y denunciaran el papel de complicidad de la antropología mexicana postrevolucionaria en el afianzamiento del colonialismo interno que rompió la rebelión zapatista. El grotesco maquillaje cultural de la antropología contrainsurgente no cambia la naturaleza brutal de la ocupación imperialista ni ganará la mente y los corazones de la resistencia y de los millones de estadounidenses que se manifiestan de manera creciente contra la guerra[218].

Podemos concretar el papel represor global que cumplen muchos antropólogos en base a las posibilidades tremendas que le ofrece esta «ciencia social» nada neutral, con un ejemplo muy reciente que

218. Gilberto López y Rivas: *Antropología, contrainsurgencia y terrorismo global*, en http://www.tlaxcala.es, 23 de julio de 2008.

muestra la interacción de todas las formas de opresión imperialista que facilita esta «ciencia social» inserta en el colonialismo cultural, pero cuyas capacidades de innovación teórica cualitativa están ya agotadas, como demuestra P. García Olivo en su extensa crítica a la antropología porque:

> El análisis antropológico nunca cambia de plano, nunca afronta una verdadera «explicación», remontando el nivel empírico-descriptivo; el análisis antropológico no pone a prueba la teoría, no elabora una teoría, quiebra la dialéctica entre la vertiente teórica y la vertiente práctica de la investigación, entre lo conceptual y lo empírico, y se limita a «ilustrar» para cada caso concreto (para cada «sociedad primitiva» particular) lo que presupone dogmáticamente, lo que prejuzga, aquello que arrastra desde el momento originario, liminar, de los a priori teórico-sociales del método de investigación –la concepción de los sistemas sociales como «todos auto-regulados», como «unidades funcionales», proyección del «equilibrio» y de la «armonía» que el pensamiento liberal sueña en las sociedades burguesas contemporáneas... [...] Por su matriz «colonial», por su indigencia etnocéntrica y por su solidaridad apenas velada con los fines y procedimientos del capitalismo avasallador, la antropología, saber «reclutado», no es hoy mucho más que un zombi (también en su segunda acepción: «atontado, que se comporta como un autómata», Diccionario de la lengua española), «muerto viviente» como las familias, los sindicatos, los partidos, las escuelas [...][219].

El antropólogo P. Fuchs, que destroza los dogmas de la antropología norteamericana sobre la historia de los pueblos andinos, demostrando que el asentamiento humano es anterior a lo aceptado por esta, no duda en denunciar su dominación cultural al respecto, reforzada por el hecho de que Estados Unidos posee los materiales de Machu Picchu, que deben ser devueltos a Perú[220]. El colonialismo cultural muestra aquí su eurocentrismo al rechazar que existan poblamientos andinos anteriores a los asentados en territorios del actual Estados Unidos. El imperialismo político-cultural necesita un referente histórico para justificar su pretendida superioridad «natural»

219. Pedro García Olivo: *La antropología como saber reclutado*, http://www.lahaine.org, 5 de agosto de 2009.

220. Jacinto Antón: *El enigma del círculo ritual de Sachín Bajo*, http://www.elpais.com, 29 de octubre de 2008.

como base de su imperialismo económico y político-militar. A. Quijano ha mostrado cómo el aparato cultural yanqui, además de provenir directamente del aparato cultural europeo, es una pieza clave en la explotación imperialista de los pueblos de las Américas, insistiendo en el papel central que juega el eurocentrismo en la dinámica de opresión racista, de multidivisión de la fuerza de trabajo, de legitimación de los mecanismos de explotación asalariada, de desnacionalización de los pueblos y de intento de re-nacionalización a partir de la cultura burguesa norteamericana[221]. Ahora bien, no debemos olvidar que como en el resto de las «ciencias sociales», también en la antropología existen personas de bien, investigadores críticos y revolucionarios que se niegan a ser zombis del capitalismo, a que la burguesía imponga la «utilización mercenaria de la antropología»[222] destinada, sobre todo, a formar a los ejércitos opresores en sus guerras contra la emancipación de los pueblos indios y contra el resto de las Américas, como muy correctamente denunció G. López Rivas.

Según Rushkoff:

> El fundamento histórico de la comunicación de masas se encuentra en siglos de coerción cultural imperialista. Financiados principalmente por sus gobiernos, antropólogos bien intencionados –y unos cuantos no tan bienintencionados– desarrollaron métodos de análisis y dirección mientras estudiaban pueblos *primitivos* con culturas extrañas. Conscientes o no de las intenciones de sus patrocinadores, estos antropólogos prepararon el terreno a las posteriores invasiones militares [...] Invariablemente, el proceso de dominación cultural seguía los tres mismos pasos que hoy utilizan los especialistas en relaciones públicas: primero, descubrir los mitos dominantes de la población y, durante el proceso, conseguir su confianza; segundo, encontrar supersticiones o lagunas en sus creencias; y, tercero, reemplazar la supersticiones o incrementarlas con hechos que modifiquen las percepciones o lealtad del grupo[223].

221. Anibal Quijano: «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, op. cit., pp. 201- 242.

222. Gilberto López Rivas: *Antropología latinoamericana y transnacionalización neoliberal*, http://www.rebelion.org, 4 de agosto de 2008.

223. Douglas Rushkoff: *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, La Liebre de Marzo, Barcelona 2001, p. 160.

D. Rushkoff insiste mucho en el papel de los misioneros cristianos como predecesores de las invasiones posteriores, como predecesores de la antropología burguesa. Y el autor añade más adelante:

> En la década de los ochenta, todas estas técnicas de *guerra psicológica* fueron reunidas en un volumen de la CIA bajo el nombre de *Counter Intelligence Study Manual*, utilizado principalmente en los conflictos de América Central [...] Para reunir información sobre una determinada población, los agentes se mezclan entre la gente y asisten a «actividades pastorales, fiestas, cumpleaños e incluso velatorios y entierros» con el fin de estudiar sus creencias y aspiraciones. También organizan *grupos de discusión* para medir el apoyo local a las acciones planeadas. El proceso de manipulación se pone en marcha y los agentes identifican y reclutan a «ciudadanos bien situados» para que sirvan como modelo de cooperación, ofreciéndoles trabajos inocuos aparentemente importantes. A continuación, transmiten conceptos difíciles o irracionales a través de eslóganes simples [...] En los casos en que los intereses de la CIA se oponen de modo irreconciliable a los de la población, el manual sugiere la creación de una organización que actúe como tapadera, con una serie de objetivos muy diferentes a sus verdaderas intenciones. Finalmente, todos los esfuerzos para garantizar la conversión deben adaptarse a las tendencias preexistentes de la población seleccionada: «Debemos inculcar a la gente toda esta información de forma sutil, para que esos sentimientos parezcan haber nacido por sí mismos, espontáneamente»[224].

J. Gelman afirma que desde 2003 el imperialismo está capacitando a sus servicios de inteligencia con nuevas teorías y campos de las «ciencias sociales» que antes apenas eran objeto de atención:

> La idea originaria nació en la cabeza del antropólogo Felix Moos, un acérrimo defensor de la relación de los científicos con el Pentágono y con los servicios de inteligencia, así como del empleo de la antropología en la guerra «antiterrorista». Durante años ha dictado cursos sobre *Violencia y terrorismo* en la Universidad de Kansas y después de los atentados del 11 de septiembre recurrió a la CIA para que el Senado financiara su propuesta de amalgamar antropología, academia, análisis de inteligencia y capacitación de espías. El resultado es el Prisp, los

224. Douglas Rushkoff: *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, op. cit., pp. 164-165.

becarios estudian química, psicología o biología, además de dos idiomas por lo menos, y su empeño presente y futuro no es conocido por profesores, administradores y compañeros de aula. Así cumplen su primera misión encubierta. Los torturadores de Abu Ghraib utilizaron técnicas de humillación propias de una cultura cuando desnudaban a los prisioneros, les hacían vestir prendas femeninas, los fotografiaban en posturas inicuas y los azuzaban con perros para obtener confesiones. Algún mando de la CIA habrá leído el libro del antropólogo Raphael Patai titulado *The Arab Mind* (Springer, Nueva York, 2002) en el que se subraya el aborrecimiento que los árabes sienten en general por los perros y por la degradación sexual. Esto plantea problemas éticos a los profesores y especialistas civiles, similares de algún modo a los que han experimentado algunos científicos que fabricaron la bomba atómica[225].

La antropología es una disciplina necesaria en la «guerra cultural» que el imperialismo ha declarado a los pueblos rebeldes. La antropología oficial, dominante, tiene en su paradigma interno la obsesión de conocer «neutralmente» la cultura de los pueblos, pero siempre trabajando desde y para los intereses del imperialismo. De nuevo, es G. López el que nos explica que como las invasiones norteamericanas van contra pueblos con culturas extrañas, los «científicos sociales» yanquis han de colaborar estrechamente en la guerra.

La antropóloga contrainsurgente Montgomery McFate lo explica de esta manera:

«En un conflicto entre adversarios simétricos, en el que ambos son equivalentemente iguales y usan tecnología similar, comprender la cultura del adversario es en gran parte irrelevante. La guerra fría, con toda su complejidad, enfrentó entre sí a dos poderes de herencia europea. En una operación de contrainsurgencia contra un adversario no occidental, sin embargo, la cultura es importante» (*Military Review*, marzo-abril, 2005). Ya que los comandantes y estrategas militares requieren «profundizar en las culturas, percepciones, valores, creencias y procesos de toma de decisiones de individuos y grupos», el Pentágono integró equipos de expertos en economía, antropología y ciencia política [...] Los antropólogos-militares definen –con la ayuda del plagio ya denunciado– conceptos como sociedad, grupo étnico, tribu, redes,

225. Juan Gelman: *La invasión de los espías*, http://www.rebelion.org, 29 de junio de 2009.

> instituciones, roles y estatus, estructura y normas sociales, cultura, identidad, sistema de creencias, valores, actitudes y percepciones, lenguaje, poder y autoridad, fuerza coercitiva, capital social, participación política, entre otros. Todo para conocer lo que realmente interesa a los militares: los insurgentes, sus objetivos, motivaciones, apoyo o tolerancia de la población hacia ellos, sus capacidades y vulnerabilidades, formas de organización, líderes y personalidades claves, actividades y relaciones políticas, libertad de movimiento, sustentos logísticos, financieros y de inteligencia, nuevos reclutas, armamento y capacidades militares, entrenamiento, etcétera[226].

GUERRAS CULTURALES Y PUEBLOS EN LUCHA

La colonización cultural que hemos analizado es parte de un proceso más amplio que recurre a la guerra cultural, que a su vez es una parte de una estrategia imperialista más amplia, la de la guerra permanente. A. Recalde ha estudiado parte de esta dinámica global desde la perspectiva concreta del papel jugado por la industria del cine como elemento clave de la colonización cultural yanqui. Ha sintetizado cinco puntos: uno, hace apología del orden represivo interno a Estados Unidos; dos, construye los «enemigos externos» a los que hay que atacar, destruir y saquear por la importancia de sus recursos; tres, usando al «peligro externo» legitima el control, la vigilancia y la represión interna; cuatro, legitima el papel de las fuerzas militares norteamericanas y, cinco, insiste en que el destino yanqui es salvar al mundo[227].

La «guerra cultural», según E. Acosta Matos, debe ser entendida de forma amplia, a escala mundial, y no meramente restringida a escala estatal, entre diversos componentes de la «cultura» de un país. La «guerra cultural» es así el conjunto de presiones ideológicas, culturales, artísticas, científicas, etcétera, que el imperialismo realiza

226. Gilberto López y Rivas: *Inteligencia en la contrainsurgencia*, http://www.jornada.unam.mx, 14 de diciembre de 2007.

227. Aritz Recalde: *La colonización cultural. Parte I: La industria cultural norteamericana y la guerra permanente*, http://www.rebelion.org, 10 de octubre de 2009.

contra los pueblos que se niegan a plegarse a sus exigencias:

> Las guerras culturales forman y formarán parte destacada en las estrategias mundiales de dominación y expansión imperialistas en el siglo XXI, de hecho su originalidad radica, precisamente, en que son las que mejor expresan, y de manera más concentrada, los cambios sufridos por los mecanismos de penetración, dominación y reconquista del imperialismo en nuestros días, que a su vez reflejan, a fin de cuentas, los cambios experimentados en la profundidad de su sistema productivo y reproductivo. No son las fronteras terrestres, aéreas o marítimas las que deberán ser vulneradas para implantar el dominio universal del capital; no son ejércitos enemigos a los que hay que derrotar en el campo de batalla para izar sobre territorio ocupado las banderas de las metrópolis ni obligar a las naciones vencidas a abrirse a su insaciable sed de mercados y ganancias. Hoy los arrolladores avances en las ciencias, las telecomunicaciones y las tecnologías hacen de la esfera cultural y de la mente de los hombres el campo de batalla definitivo, la última frontera a conquistar, el último reducto enemigo a asaltar[228].

Las guerras culturales pueden ser rastreadas desde la época de Roma, si no antes, ya que esta «toleraba las religiones ajenas mientras no supusieran una amenaza para su dominio, pero no vacilaba en aplastar las costumbres religiosas que fortalecían la identidad local de sus súbditos más revoltosos»[229]. En el esclavismo la guerra cultural tenía unas limitaciones precisas, que la burguesía ha superado porque se trata de otro modo de producción. Pero, como en la antigüedad, si falla la guerra cultural el imperialismo, fuera el romano o el yanqui, no tiene más remedio que recurrir a la guerra clásica, a la invasión militar. En la tesis de E. Acosta se echa en falta esta precisión así como la interacción entre las presiones militares, económicas y políticas, por un lado, y por otro la guerra cultural. La tesis de E. Acosta da la sensación de que lo militar ha perdido fuerza frente a lo cultural pero la realidad muestra que, primero, son las contradicciones internas de los pueblos las causantes de su derrota; segundo, que estas contradicciones son azuzadas por presiones económico-militares externas y que, tercero, la guerra cultural, siendo importante, es una parte del proceso, no el

228. Eliades Acosta Matos: *Las guerras culturales: intimando con la historia*, http://www.rebelion.org, 27 de diciembre de 2008.

229. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 131.

proceso mismo.

Por ejemplo, la interacción entre servicios de inteligencia y presión cultural es innegable, como ha demostrado J. Petras en su estudio sobre las estrechas conexiones entre la CIA y la Fundación Ford[230], que como es sabido tiene una especial incidencia en la evolución de las modas culturales burguesas. Teniendo en cuenta estas interacciones la guerra cultural, en sí misma una realidad, debe ser tenida como un capítulo importante de lo que muchos definen como «guerra de cuarta generación»[231] y que consiste en la efectiva integración en una estrategia única de agresiones económicas, políticas, culturales y propagandísticas, y militares. Pero fue F. Stonor Saunders la que en 1999 publicó la demoledora investigación sobre la guerra cultural que la CIA llevaba practicando contra el socialismo y comunismo desde hacía décadas. Intelectuales «apolíticos y neutrales» e incluso «progresistas» quedaron al descubierto como agentes voluntarios o involuntarios, inconscientes, de la CIA. Tiene razón C. M. Tur[232] cuando dice que el libro de Saunders no presta atención a otros continentes, especialmente a Centroamérica y Sudamérica, y por eso aporta sus propias investigaciones y recomendaciones al respecto. De cualquier modo, el concepto de «guerra cultural» que ahora tratamos es más profundo que el desarrollado por Saunders y C. M. Tur.

Pero ahora nos interesa insistir en la relación entre las guerras culturales y todo lo que hemos visto arriba sobre la «violencia epistémica» por citar uno de los varios sinónimos sobre la dialéctica entre ideología burguesa y violencia simbólica capitalista. En este sentido R. González nos ayuda mucho cuando estudiando la relación entre hegemonía imperialista y guerra cultural sostiene que debemos:

> concebir la hegemonía como un fenómeno multidimensional, más allá de los límites del poderío económico y militar, basado en la capacidad para generalizar una visión del mundo. El poderío militar y la

230. James Petras: *Imperio vs resistencia*, Casa Editora Abril, La Habana 2004, pp. 38-42.

231. Jutta Schmitt: *Guerra de Cuarta Generación: Trastornando nuestras mentes hacia la sumisión total*, http://www.lahaine.org, 25 de agosto de 2009.

232. Carlos M. Tur Donatti: *La CIA y la Guerra Cultural*, http://www.voltairenet.org.

> organización económica, para ser eficaces, deben construir «discursos de verdad» y convencer de su infalibilidad y de su inmanencia, al tiempo que deben estar integrados a una visión del mundo capaz de brindar explicaciones coherentes en todos los campos, sin olvidar el de la vida cotidiana. El soporte de la hegemonía radica en la capacidad para universalizar la concepción propia del mundo, de modo tal que desplace la perspectiva de un mundo pensado sobre otras bases, al punto de llegar a admitirlo como deseable pero imposible de alcanzar. En consecuencia, desde la perspectiva hegemónica actual, la batalla primera es contra cualquier posibilidad de organización distinta de la capitalista, sin distinguir si se trata de herencias culturales, principios religiosos o tradiciones, invenciones, utopías, indisciplinas o rebeldías[233].

El autor expone la importancia del consumo de la cultura producida por las transnacionales norteamericanas que mayoritariamente monopolizan la industria cultural, una de las más poderosas de Estados Unidos.

La producción de «discursos de verdad» se realiza dentro de la lógica del capital, de su violencia implícita e invisible, simbólica y cultural, pero también material cuando es necesario. Y es aquí en donde tenemos que avanzar un poco más, hasta llegar a la sociología en cuanto forma «científica» de la ideología burguesa. Sobre la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, etcétera, hemos visto lo fundamental anteriormente, así que ahora vamos a hablar sobre sociología, sin pretender abarcar ampliamente un problema casi inabarcable, a no ser que le dedicásemos un libro a él solo. Al igual que en la antropología y en otras ramas de las «ciencias sociales», en la sociología también existen investigadores de izquierda e incluso comunistas, pero los puntos de ruptura entre el marxismo y el grueso de la sociología radica, uno, en que el primero estructura su método alrededor del proceso de producción y el segundo lo hace alrededor del proceso de circulación, y que el primero aplica la dialéctica y el segundo no. Ahora no podemos extendernos en estos puntos de ruptura que determinan todos los demás y que se sintetizan tanto en la crítica de Marx a Comte, y que no reproducimos aquí[234], en la que,

233. Rolando González Patricio: *Hegemonía y guerra cultural*, http://www.cubasocialista.cu, julio de 2005.

entre otras cosas, sale en defensa de Hegel, como, profundizando en esta crítica decisiva, en el planteamiento de H. Lefrebvre cuando hunde el positivismo[235] de Comte por su incapacidad para entender la dialéctica de lo social.

Podrá objetarse que desde Comte la sociología ha variado mucho, ha asumido parte de las críticas marxistas y ha mejorado su capacidad de estudio de las contradicciones sociales. Carecemos de espacio para extendernos en esta cuestión, parte de la cual volveremos a tocar más adelante. Ahora nos interesa recomendar la síntesis demoledora sobre la sociología de Comte realizada por M. Martín Serrano, en la que demuestra la continuidad de una misma ideología burguesa a lo largo de las diversas modas sociológicas desde Comte hasta la teoría de los sistemas, siempre manteniendo «la apariencia de neutralidad [...] de cientificidad [...] aplicada al control social»[236]. Según dice este autor, Comte es el «padre negado» de la sociología porque no dudó en defender públicamente que el objetivo de su nueva «ciencia» era salvar el sistema capitalista. El grueso de la sociología sigue con ese mismo objetivo pero sin reconocerlo oficialmente. Para comienzos de la década de 1960 era innegable que en Estados Unidos la sociología era una «industria» con miles de trabajadores[237] subvencionada generosamente por grandes capitalistas como Rockefeller, Carnegie y otros, por universidades privadas, por el gobierno federal y hasta por grupos financieros que buscaban, además de información para sus negocios, también la creación de pequeños centros privados de investigación sociológica que sirvieran de tapadera para invertir en bolsa y defraudar al fisco.

Como decimos, más adelante criticaremos con más detalle el papel de la sociología en la justificación del capitalismo desde finales del siglo XX, para lo que simplemente tendríamos que leer a Weber,

234. «Carta de Marx a Engels del 7 de julio de 1866», en *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*, Anagrama, Barcelona 1975, p. 48.

235. Henri Lefebvre: *Lógica formal, lógica dialéctica*, Siglo XXI, Madrid 1972, pp. 84-87.

236. Manuel Martín Serrano: *Comte, el padre negado*, Akal, Madrid 1976, p. 97.

237. Roger Girod: «La investigación sociológica y el progreso social», en *Marxismo y sociología*, J. Álvarez Editor, Buenos Aires 1964, pp. 162-169.

su defensa del imperialismo alemán de comienzos del siglo XX y su satisfecho orgullo al dar una conferencia contra el marxismo[238] a la oficialidad del ejército alemán en verano de 1918; o limitarnos a ver el trabajo realizado por Durkheim en el fortalecimiento del imperialismo francés, en su defensa del socialismo utópico y en su crítica del socialismo marxista con sus vulgaridades sobre que las diferencias entre el «socialismo» y el «comunismo» radican en sus diferentes alternativas al consumo[239], o el papel de Pareto con el imperialismo italiano, o la opción antibolchevique de Sorokin, y un inacabable etcétera. R. Lanz ha resumido la incompatibilidad última entre marxismo y sociología negando el argumento mayor de esta, negando que exista «lo social»[240], que es supuestamente el objetivo propio de la sociología. Lanz sostiene que sí existe «lo económico», «lo político» y «lo ideológico-cultural», interactuando siempre dentro de la totalidad social capitalista, en la que, al final, «lo económico» determina al resto. Pero «lo social» no existe como esfera específica, cualitativamente diferenciada, porque, en realidad, está dentro de las demás. Estamos de acuerdo con esta crítica que nos explica el por qué de la supina ignorancia de los sociólogos en todo lo relacionado con la economía, con la política y con la cultura e ideología. Por su parte, A. Romero Reyes estudia las relaciones entre economía burguesa, «ciencia social», alienación y fetichismo, adelantando razones para el posterior capítulo sobre la sociología como arma del imperialismo y para el debate sobre la confrontación entre el «marxismo eurocéntrico» y el «marxismo latinoamericano» desde la perspectiva de la colonización del pensamiento crítico latinoamericano[241] por la razón instrumental, mecanicista y gradualista eurocéntrica.

Veamos solamente tres ejemplos de cómo la sociología, aislada de lo real en su burbuja «científica», elabora «teorías» en beneficio de la clase dominante. El primero es la explícita recomendación que hace el *Manual de Terrorismo y Guerrilla Urbana* antes citado, en

238. Weber: «El socialismo», en *Escritos políticos*, Altaya, Barcelona 1999, pp. 305-349.

239. Émile Durkheim: *El socialismo*, Edit. Nacional, Madrid 1982, p. 145.

240. Rigoberto Lanz: *Marxismo y sociología*, Fontamara, Barcelona 1981, pp. 163-164.

241. Antonio Romero Reyes: *Teoría económica y ciencias sociales: Alienación, fetichismo y colonización*, http://www.correntroig.org, 27 de septiembre de 2009

su capítulo séptimo «Análisis de inteligencia del terrorismo», sobre la necesidad de usar métodos tales comos la inducción y la deducción, pero muy especialmente la denominada «teoría de los juegos», que ya fue destrozada teóricamente por D. Bensaïd cuando demostró que «luchar no es jugar»[242]. El segundo, es la verborrea hueca y reformista de la sociología oficial española cuando se enfrenta a uno de los problemas decisivos, el del Estado como centralizador estratégico de las diversas fracciones de la burguesía desde los intereses de la más poderosa. En una extensa compilación de textos que volveremos a usar después, aparecen varios artículos sobre el Leviatán, escrito por Hobbes en 1651. Los autores no hacen ningún esfuerzo por comparar la versión hobbesiana del Estado de la mitad del siglo XVII, progresista comparada con el poder medieval, con su evolución desde entonces hasta ahora, y menos aún reflexionan sobre la contradicción hobbesiana entre el derecho abstracto a la rebelión contra la injusticia y la defensa del poder represivo del Estado[243] por Hobbes, cuya filosofía es definida por J. M. Bermudo como «la razón del orden»[244]. Tampoco analizan si Hobbes partía de una interpretación equivocada de la «naturaleza humana», según afirma E. Gellner[245]. La atemporalidad y el olvido de la historia, o sea, la negación de la dialéctica, aparece en el texto de F. Vallespín sobre todo en su capítulo sobre «el conservacionismo del miedo»[246] repleto de tópicos oficiales como los del miedo al «terrorismo» islamista y otros más, pero sin referencia algunas a las explotaciones y a las violencias capitalistas.

La crítica marxista a la sociología queda confirmada al leer dos de las ponencias recogidas en este compendio. Ambas están realizadas por sociólogos relacionados de algún modo con Euskal Herria, y escritas en unos años especialmente duros y tensos. Ninguna de las dos dedica una sola palabra a la realidad vasca, que no existe para

242. Daniel Bensaïd: *Marx intempestivo*, Edic. Herramienta, Buenos Aires 2003, pp. 187-243.

243. AA.VV.: *Historia de la filosofía*, Edit. Progreso, Moscú 1978, tomo I, pp. 212-214.

244. José Manuel Bermudo: *La Filosofía moderna y su proyección contemporánea*, Barcanova, Barcelona 1983, pp. 54-60.

245. Ernest Gellner: *Antropología y política*, Altaya, Barcelona 1999, p. 233.

246. Fernando Vallespín: «¿Vuelve el Leviatán?», en *Lo que hacen los sociólogos*, CIS, Madrid 2007, pp. 213-215.

las reflexiones sociológicas sobre el Leviatán español. G. Gatti, que estudia la crisis de la sociología y la crisis del Estado-nación no intenta pisar el suelo de las contradicciones reales del Estado y los pueblos y sus clases sociales, contradicciones que en Euskal Herria estallan por todas partes, sino que se refugia en el reino de la nada proponiendo el estudio del «desacople»[247] entre la sociología y la sociedad, lo que no resuelve absolutamente nada aunque garantiza a la casta sociológica su salario a perpetuidad ya que podrá seguir divagando sobre lo inexistente. A. Gurrutxaga parece ser algo más explícito, pero esta apariencia desaparece cuando nos fijamos en su propuesta última al decir que la estatalidad «se constituye en la configuración política que permite participar en la red y en el juego del reparto del poder. Los gobiernos micro, las organizaciones meso y las redes macro, configuran un territorio donde son la interdependencia y el juego de la relación los que mantienen abierta la frontera de la relación»[248]. Cualquiera que conozca lo más mínimo de la realidad vasca sabe que estas palabras de A. Gurrutxaga distorsionan totalmente la realidad de represión sistemática y negación de derechos democráticos elementales impuesta por el Estado español. La sociología de este autor sirve precisamente para las contradicciones sociales en base a una palabrería asalariada que únicamente beneficia al Estado español.

El tercer y último ejemplo sobrecoge porque muestra cómo el imperialismo utiliza todas las tácticas e instrumentos a su disposición, creando los que hagan falta, nos lo ofrece A. Brot en su tercera entrega sobre la estrategia norteamericana de la «guerra sin fin». Comentando la tesis genocida de que nada menos que 100 millones de jóvenes musulmanes son «superfluos», el autor añade que:

> *Die Zeit*, que fuera otrora el principal semanario liberal, el portaestandarte del «humanismo laico» y del atlanticismo ilustrado, es ahora el buque insignia del neoconservadurismo neoliberal, un híbrido de *The New Republic* y *National Review*, es infatigable en su misión de convertir a sus lectores, en su mayoría educados, a las nuevas

247. Gabriel Gatti: «Oiga, señor profesor, y si el Leviatán ya no existe, ¿para qué la teoría sociológica», en *Lo que hacen los sociólogos*, op. cit., pp. 78-79.

248. Ander Gurrutxaga Abad: «Sobre el Estado-nación: La Estatalidad o los Sueños de Leviatán», en *Lo que hacen los sociólogos*, op. cit., p. 203.

> exigencias de la alianza alemana con Israel y Estados Unidos. Abrió sus páginas a los que se dedican a sembrar el odio disfrazado de ciencias sociales, con mercancías que tienen un parecido extraño con las que fueron pregonadas en sus días por los ideólogos de la extrema derecha. Entre ellos se encuentra el sociólogo Gunnar Heinsohn, profesor de la Universidad de Bremen, donde dirige el Instituto Raphael Lemkin de Investigación Comparativa del Genocidio. Sostiene que la «hipertrofia juvenil» –el rápido aumento de jóvenes desempleados o subempleados en los países islámicos– enfrenta a Occidente con el imperativo de seleccionarlos para evitar que la amenaza terrorista llegue a ser incontrolable: sea instigando guerras civiles en esos países o mediante la intervención (se podría calificarlas de «guerras de saneamiento demográfico»). En *Die Zeit* desarrolló esta tesis con referencia a los problemas que los «civilizados» israelíes encuentran al encarar a los bárbaros terroristas y, especialmente, a los atacantes suicidas. Los palestinos, sin embargo, presentan para él, en pocas palabras, no solo el problema terrorista sino la generación de una sociedad particularmente depravada y defectuosa que incluso produce mujeres atacantes suicidas. Heinsohn no ve, por lo tanto, diferencia alguna entre la mujer hutu que enarbola un machete para matar a sus vecinos tutsi y la mujer palestina que se coloca un cinturón con explosivos para matar a inocentes civiles israelíes[249].

Puede objetarse que G. Heinsohn es un sociólogo aislado entre miles de profesionales de esta «ciencia», o como ha dicho R. Girod, trabajadores de esta «industria»; pero, tras lo que hemos visto, la sociología está estructurada precisamente para facilitar la formulación de propuestas de esta índole bajo apariencia científica. Poco antes hemos repasado muy rápidamente las conexiones de sociólogos tan importantes como Weber, Durkheim, Pareto, Sorokin con el imperialismo en general y con sus respectivas burguesías en concreto, del mismo modo que hemos visto que Comte era «el padre negado» por la sociología de siempre porque su sincero conservadurismo no conviene a la imagen neutral y hasta progresista de la casta sociológica. Dentro de las ideologías particulares de estos y otros sociólogos, la mentalidad occidental y europeísta ha sido un elemento cohesionador de sus teorías. Como siempre, debemos realizar una doble y unitaria crítica para descubrir las contradicciones del problema

249. Axel Brot: *Preparación para la guerra sin fin*, http://www.rebelion.org, 26 de marzo de 2008.

que analizamos. Por un lado, introducirnos en lo más profundo de sus raíces históricas y de su presente y, por otro lado, y a la vez, relacionar el movimiento de sus contradicciones internas con el contexto externo que envuelve a este problema. En el tema que tratamos, el terrorismo, podemos descubrir la conexión entre ambos pasos simultáneos siguiendo con el método que tanto hemos aplicado en estas páginas, el de estudiar la historia militar de los pueblos para descubrir en ella, en sus prácticas, lo que no pueden comprender las «ciencias sociales» dominantes.

Las resistencias frecuentemente desesperadas de los pueblos «atrasados» a aceptar incondicionalmente los beneficios de la «superior» cultura europea, asombró y desconcertó a los occidentales, y del mismo modo en que la «cuestión social», «lo social», fue un objeto de estudio creado para explicar y vencer la resistencias de las clases explotadas internas, y del mismo modo en que el Estado y su burocracia fue otro objeto de estudio creado para explicar y vencer las resistencias de Estados europeos más débiles a las exigencias de los más poderosos, también las «ciencias sociales» se moldearon y crearon objetos de estudio destinados a comprender y vencer las resistencias de los pueblos «atrasados». Son conocidos los impactos en el pensamiento europeo de la sublevación dirigida por Túpac Amaru de 1780, de la revolución en Haití de 1789, de las intermitentes resistencias chinas a los ataques europeos durante el siglo XIX, de la sublevación de los cipayos en 1857, de la guerra de Sudán de finales del siglo XIX, e incluso de las resistencias de los boers sudafricanos de origen europeo a las invasiones inglesas entre 1880 y 1892, sin hablar de las guerras zulúes, y de la victoria de Japón sobre Rusia en 1905. Sin embargo, la lista es mucho más extensa y prolongada en el tiempo. Vamos a ver unos pocos ejemplos siguiendo un orden cronológico:

El primero es el desprecio racista del ejército francés a los mexicanos al comienzo de su invasión en 1862, o dicho en palabras del general Latrille: «Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, organización, disciplina, moralidad y elevados sentimientos, que os ruego digáis al emperador que a partir de este momento y a la cabeza de 6.000 hombres, soy el amo de México»[250]. No hace falta recordar que, tras la primera batalla con los «inferiores» mexicanos en

Puebla el 5 de mayo, el colonialismo francés tuvo que enviar a toda prisa 30.000 soldados más, y hace menos falta decir que el Estado francés perdió la guerra.

El segundo narra cómo los norteamericanos no pudieron dar crédito a las noticias que aseguraban que los siux habían aplastado a la caballería mandada por Custer en Little Bighorn en 1876, y ante la innegable verdad de la derrota terminaron creyendo que en realidad el jefe Toro Sentado no era un indio como los demás, bárbaro, atrasado e ignorante, sino un blanco disfrazado de indio apodado Bisonte. Los norteamericanos no podían imaginar que Toro Sentado hubiera empleado tácticas utilizadas por Napoleón[251].

El tercero es especialmente valioso porque tuvo un efecto muy importante en la formación de la teoría leninista de la opresión nacional. Lenin sintió una profunda admiración por la resistencia nacional china[252] contra la invasión internacional de finales del siglo XIX, dirigida por el Movimiento Yijetuan o Sociedad de Justicia y Armonía cuya fuerza mayoritaria era el campesinado. Los ejércitos invasores no esperaban encontrarse con una resistencia popular tan organizada e implacable, repitiéndose una especie de ley según la cual: «toda fuerza contrarrevolucionaria se sobreestima siempre y menosprecia la fuerza de la revolución popular. Los invasores salieron de Tientsin creyendo que en un par de horas podrían llegar a Pekín. Pero por la acción del Movimiento Yijetuan, su plan se vino abajo. Para llegar a Langfang, a escasos 60 kilómetros de Tientsin, emplearon cinco días y allí permanecieron inmovilizados»[253]. Los campesinos habían destruido las vías del tren, las carreteras y los puentes estaban cortados, y aplicaban todos los métodos de lucha contra los invasores que solo podían moverse de noche y con muchas precauciones. Pero entonces la clase rica de la región de Tientsin negoció con el enemigo un acuerdo de colaboración, volviendo su artillería[254] contra el

250. Carlos Roca: *Sangre de valientes*, RBA, Barcelona 2007, p. 143.

251. Evan S. Connell: *Custer: La masacre del 7º de caballería*, RBA, Barcelona 2006, p. 289.

252. V. I. Lenin: *La guerra con China*, Obras completas, op. cit., tomo 4, pp. 397-402.

253. AA.VV.: *El Movimiento Yijetuan*, Edic. Lenguas Extranjeras, Pekín 1978, p. 61.

254. AA.VV.: *El Movimiento Yijetuan*, op. cit., p. 66.

Movimiento Yijetuan mucho más numeroso pero casi desarmado, causándole graves pérdidas. La región fue ocupada por los imperialistas hasta agosto de 1902.

El cuarto ejemplo muestra cómo el sentimiento de superioridad eurocéntrica era tan acentuado en los servicios policiales españoles durante la invasión de Marruecos, que fueron incapaces de detectar no solo la progresiva radicalización de las poblaciones de la zona, sino lo que es peor, que incluso siguieron creyendo en la «fidelidad a España» de muchas cabilas que ya habían decidido sublevarse en 1921, precipitando así la aplastante derrota española en Annual[255].

El quinto trata sobre cómo los somalíes descubrieron los puntos débiles del ejército yanqui en la batalla de Mogadiscio en octubre de 1993, venciéndolo. Dice M. Borden que los somalíes se percataron del miedo a la muerte de los soldados yanquis pese a ser las tropas escogidas más entrenadas, especializadas y armadas del mundo. Se dieron cuenta que los ataques yanquis «estaban pensados para castigar con impunidad desde lejos. Cuando los rangers hacían su aparición, bajaban deprisa de los helicópteros, se apoderaban de sus prisioneros y desaparecían antes de que se constituyera una fuerza significativa para combatirlos. Si se desplazaban por tierra, lo hacían en convoys blindados [...] Para matar a los rangers, había que hacerles resistir y luchar. La respuesta estaba en derribar un helicóptero. Parte de la falsa superioridad de los estadounidenses, su reticencia a morir, significaría que harían cualquier cosa para protegerse mutuamente, algo que era intrépido pero a veces también imprudente»[256].

Y el sexto y último, es la crisis de moral de combate del ejército yanqui en Iraq y en Afganistán, debido a las resistencias que encuentra, y que se muestra tanto en el aumento de los suicidios[257] como en las dificultades crecientes en la invasión a Afganistán.

255. Antonio Carrasco García: *Annual 1921*, RBA, Barcelona 2007, p. 7.

256. Marck Borden: *Black Hawk derribado*, RBA, Barcelona 2007, p. 124.

257. Mark Thompson: *¿Por qué se suicidan los reclutadores del ejército de EEUU?*, http://www.rebelion.org, 5 de mayo de 2009.

Dejando de lado, como decimos, «lo social» dentro del capitalismo imperialista, estas y otras derrotas humillantes forzaron a las «ciencias sociales» a estrechar sus lazos con el imperialismo. La antropología fue una de las respuestas y otra la sociobiología, existiendo una conexión entre ellas en lo tocante a la interpretación de las hipótesis avanzadas por los etnólogos[258] sobre las costumbres de los pueblos «atrasados». La férrea visión determinista de la sociobiología[259] garantizaba la victoria segura de la civilización occidental sobre el resto del planeta, siendo cuestión de tiempo el que este lo aceptase. El tránsito del colonialismo al imperialismo está repleto de reflexiones occidentales sobre cómo acelerar la victoria occidental, pero también, como hemos visto anteriormente, sobre la decadencia y derrota de Occidente, así que no vamos a repetirnos.

Pero ¿qué es el eurocentrismo? Sin grandes precisiones, podemos decir que es la ideología que justifica la superioridad del capitalismo occidental sobre el resto de la humanidad, ideología que se hace fuerte en el concepto de «civilización». D. Bensaïd sostiene que este concepto se terminó de imponer a mediados del siglo XIX y que desde entonces ha tratado a los pueblos no occidentales como «infantilizados». Dice además que hay que partir de la expansión colonial acelerada desde el mercantilismo del siglo XVII para ver cómo la moral y el derecho burgueses van imponiéndose a la vez que las conquistas y el reparto del mundo entre las potencias europeas, como se vio en el congreso de Berlín en 1884 y 1885. Y concluye diciendo que aunque han habido algunos cambios en los últimos tiempos, reconociéndose una cierta dosis de soberanía a los pueblos no occidentales descolonizados, estos siguen siendo considerados como «menores» bajo tutela occidental[260]. R. Osborne dice que una «constante occidental desde el siglo XVI» es despreciar al resto de culturas definiéndolas como «atrasadas», «retrógradas» o «subdesarrolladas», descalificaciones realizadas desde una creencia en una progresión lineal que va desde la Edad de Piedra hasta el presente. Lo peor es que: «No disponemos de un aparato conceptual

258. Lewontin, Rose y Kamin: *No está en lo genes*, Crítica, Barcelona 2003, p. 300 y ss.

259. Lewontin, Rose y Kamin: *No está en lo genes*, op. cit., pp. 13-81.

260. Daniel Bensaïd: *Elogio de la política profana*, Península, Barcelona 2009, pp. 141-142.

que nos permita enfrentarnos a una sociedad cuyo desarrollo no se ajuste a este modelo, así que obligamos a los demás a ajustarse al nuestro». Incapaces de entender a otras culturas y pueblos, les obligamos a que se ajusten a nuestras creencias, o los destruimos. La superioridad militar permite a Occidente: «infligir una brutalidad indescriptible con el objetivo de destruir otra civilización»[261].

Una de las mejores definiciones del eurocentrismo es la de E. Dussel quien, tras afirmar que la «modernidad» surge al final del siglo XV con la conquista de las Américas, momento en el que el ego cogito moderno es antecedido en más de un siglo por el ego congiro, propone siete características de la «modernidad»:

el eurocentrismo se define superior a otras civilizaciones y culturas;

al ser superior tiene la obligación moral de desarrollar a los más primitivos, rudos y bárbaros;

este desarrollo debe ser siempre copia y calco del anterior desarrollo europeo;

dado que el bárbaro se resiste a ser civilizado, el eurocentrismo debe aplicar la guerra justa colonial en bien del bárbaro;

las víctimas de la guerra justa colonial son por ello inevitables y tienen el sentido casi-ritual de víctimas propiciatorias en el sacrificio;

la negativa del bárbaro a ser civilizado exime de toda culpa a la modernidad, traslada esta a los bárbaros por resistirse y dota al eurocentrismo de contenido emancipador; y

por esto, son inevitables los costos de la modernización de los pueblos atrasados e inmaduros[262].

261. Roger Osborne: *Civilización*, Crítica, Barcelona 2007, pp. 308-309.

262. Enrique Dussel: «Europa, modernidad y eurocentrismo», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires 2003, pp. 48-49.

Hay otras críticas del eurocentrismo. Por ejemplo, destaca por su precisión la de H. Moniot, aunque sin la riqueza teórica que logra Dussel gracias a la radicalidad de su método. Moniot reduce a tres las características del eurocentrismo: una, la de Occidente como la parte central del mundo; otra, la visión de vencedores, la visión lineal de la historia que ve el mundo solo desde la perspectiva europea, y, la tercera, hablar a la ligera de las otras culturas, que son del pasado, de modo que el salvaje muestra nuestro progreso, la universalidad de nuestra civilización[263]. También destaca la de J. M. Hobson, que ha escrito un demoledor capítulo sobre «la invención de la cristiandad» en su libro acerca de los orígenes orientales de Occidente. En esas páginas muestra cómo los poderes feudales europeos emplearon todos los recursos, desde la mentira hasta la represión pasando por las «terroríficas imágenes» del infierno, para, en primer lugar, poner orden social interno contra las masas campesinas y los pueblos; en segundo lugar, crear un mito religioso cohesionador y, por último, crear un «enemigo externo» que exigiera la unidad interna para lo que se procedió a criminalizar y falsear la religión islámica, representante de una cultura muy superior a la europea[264].

Y por no extendernos, recordemos también el texto clásico de S. Amin, *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, en el que advertía a la izquierda occidental de que si no superaba su eurocentrismo: «el socialismo occidental seguirá condenado al estancamiento»[265]. La advertencia de S. Amin ha sido confirmada por la práctica desaparición de la izquierda que existía a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa en Europa, y es que el eurocentrismo es una poderosa arma de integración en la lógica capitalista. También han sido confirmadas por el comportamiento de la «izquierda» eurooccidental cediendo ante el endurecimiento militarista del imperialismo precisamente desde finales de los ochenta y en concreto con el primer ataque a Iraq en 1991. Desde entonces, la «izquierda» eurocéntrica

263. H. Moniot: «Eurocentrismo», en *Diccionario de ciencias históricas*, A. Burguèrie (coord), Akal, Madrid 1991, pp. 287-288.

264. John M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*, Edit. Crítica, Barcelona 2006, pp. 145-165.

265. Samir Amin: *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, Siglo XXI, México 1989, p. 135.

ha sido un fiel instrumento del imperialismo yanqui con una u otra justificación.

La investigadora ecuatoriana E. Silva ha puesto varios ejemplos concluyentes sobre los desastrosos efectos del eurocentrismo en la capacidad de estudio crítico de la realidad latinoamericana y ecuatoriana, especialmente, en lo que ahora nos interesa a nosotros, sobre la capacidad de la intelectualidad progresista y revolucionaria para comprender la verdadera fuerza emancipadora dormida latente en las naciones indígenas, supuestamente derrotadas de manera definitiva. Tras denunciar el concepto de «blanco-mestizo introducido por las ciencias sociales del Norte»[266], por el eurocentrismo, la investigadora procede a narrar cómo el movimiento indigenista, aparentemente extinguido de forma irrecuperable, irrumpió sin embargo en la realidad sociopolítica ecuatoriana con efectos sísmicos para sorpresa y desconcierto de los «científicos sociales», demostrando que *el Mito de la Raza Vencida*[267] era solo eso, un mito construido por la clase dominante blanca para mantener su poder. Son varias las razones que explican por qué la «ciencia social» eurocéntrica no pudo percatarse de la reorganización y extensión de la conciencia india, negando incluso que esta existiera.

Según E. Silva, el eurocentrismo o las «ciencias sociales del Norte», no pudo comprender nunca la efectiva y rica complejidad de las formas de defensa de las naciones originarias, dado que las despreciaba y sigue despreciándolas, que han respondido en parte y además de otras resistencias, también con una especie de táctica del judoka: «Quizá, después de todo, hayamos utilizado esa gramática de la dominación para rebelarnos sutilmente contra ese poder, para burlarnos de él, para decirle que nos damos cuenta de todas sus jugadas. Como cuando decimos «no sea malito», juicio ético envuelto en un ruego, mediante el cual obligamos moralmente al poder que nos coacciona[268]. Para evitar equívocos de monocausalidad en las formas de resistencia ante la opresión, hay que decir que la autora habla de

266. Erika Silva Charvet: *Identidad nacional y poder*, Edic. Abya-Yala, Quito, Ecuador 2004, p. 31.

267. Erika Silva Charvet: *Identidad nacional y poder*, op. cit., p. 56 y ss.

268. Erika Silva Charvet: *Identidad nacional y poder*, op. cit., p. 47.

otras formas «duras» de resistencia, sublevaciones, etcétera, de la importancia clave del control del territorio por los indígenas y, por ir acabando, del valor de esta interacción de métodos de lucha en un contexto opresivo brutal, terrorista y racista, con «castigos, torturas y humillaciones» insertos en los «rituales racistas»[269] destinados a reforzar y perpetuar la escisión social entre explotadores blancos y el resto de los explotados, especialmente los indios originarios.

LA SOCIOLOGÍA COMO ARMA IMPERIALISTA

Pero además de ser «ciencias sociales del Norte», son también «ciencias sociales» burguesas dentro del Norte, en el corazón del imperialismo. La ideología eurocéntrica funcionaba ya como unificadora del colonialismo europeo del siglo XIX cuando varios ejércitos invadían conjuntamente un país «atrasado», o cuando las potencias europeas negociaban la repartición de continentes enteros. Por ejemplo, las contradicciones entre el imperio español en decadencia y el imperialismo yanqui en ascenso, que se expresaron en dos guerras como las de Cuba y Filipinas, desaparecieron rápidamente cuando se trató de preservar los valores de la propiedad capitalista pensada en términos eurocéntricos ante los pueblos independentistas en el Caribe y en Asia. Las dos potencias que se habían enfrentado militarmente, negociaron entre ellas para impedir la verdadera independencia de los pueblos que oprimían y garantizar los intereses de un imperialismo eurocéntrico en ascenso, como era el yanqui. Se trató de la misma lógica de clase que había unido treinta años antes a la burguesía francesa y alemana para exterminar la Comuna de París de 1871, pero ahora en el contexto internacional.

Otro tanto, en lo básico, sucedió con el nazismo en la guerra de 1939-1945, que no tuvo reparo alguno en reclutar tropas de «razas inferiores»[270], con la excusa de defender a Occidente del comunismo. En este caso el eurcocentrismo más fanático se volvió flexible e

269. Erika Silva Charvet: *Identidad nacional y poder*, op. cit., p. 29.

270. Christopher Ailsby: *Mercenarios de Hitler*, Libsa, Madrid 2006, p. 105 y ss.

incluyente, del mismo modo que más tarde el fundamentalismo cristiano yanqui terminó matizando sus ataques al islamismo para no indisponer a las burguesías árabes, y del mismo modo que la socialdemocracia española ha inventado la «alianza de civilizaciones» para intentar reducir el malestar antioccidental creciente en el mundo explotado por el eurocentrismo, pero sin distanciarse en lo esencial de la estrategia yanqui[271] de la «guerra contra el terrorismo», como muy bien ha argumentado J. Brown. Queremos decir con esto que partes del eurocentrismo son capaces de reconsiderar sus formas puntuales de manifestación pública, quitándoles carga negativa y excluyente.

Una vez más hay que volver la mirada a los tentáculos del Estado, camuflados frecuentemente en la nebulosa de la «sociedad civil» que sirve para ocultar la efectiva teledirección realizada por los aparatos de poder mediante subvenciones y apoyos de todo tipo a determinadas opciones ideológicas que interesa reforzar en la lucha permanente contra la izquierda revolucionaria. Y una de las primeras tareas del Estado burgués es la de ocultar su contenido explotador, su práctica represiva, especialmente cuando esta actúa en su forma extrema, mediante el terrorismo brutal aplicado con un golpe de Estado. Es aquí donde la denominada «ciencia política», parte de la «ciencia social», actúa abiertamente para ocultar la esencia terrorista del Estado burgués. A. Borón ha demostrado cómo en América Latina la corriente hegemónica en la «ciencia política», representada en este caso por el *Informe 2009* de la Corporación Latinobarómetro, sita en Santiago de Chile, ha escamoteado los golpes de Estado habidos en los últimos treinta y un años, presentando una imagen falsa[272] de la realidad sociopolítica en ese continente tan luchador y tan machacado.

Otro ejemplo de la función de la «ciencia política» nos los ofrece el Ministerio de Cultura del gobierno imperialista de España que ha subvencionado un libro de E. del Río en el que ataca el «colectivismo» antioccidental de las izquierdas europeas. Un libro que ha merecido una crítica suave de R. Touriño[273] que no va al fondo del problema

271. John Brown: «Malestar en las civilizaciones», *Viento Sur*, Madrid, nº 96, marzo 2008, pp. 19-27.

272. Atilio Borón: *Invisibilizando golpes de Estado*, http://www.rebelion.org, 4 de enero de 2010.

273. Roberto Touriño: *Crítica de Crítica del colectivismo europeo antioccidental de Eugenio del Rio*,

que no es otro que el desplome del autor de su antiguo maoísmo al fango de la sociología. Una de las diferencias entre la sociología, la weberiana en concreto, y el marxismo, es que la primera estructura sus ideas en base a los «tipos ideales», mientras que el marxismo lo hace alrededor del concepto de modo de producción, del que hemos dicho algo al comienzo de este libro. E. del Río no habla de «tipos ideales», pero sí de «concepto ideal» para definir lo esencial del capitalismo, «concepto ideal»[274] que luego tiene que ser concretado por el estudio de las sociedades particulares de forma parecida a como el concepto de modo de producción debe interactuar con el de formación socioeconómica. No tenemos espacio para exponer la diferencia absoluta entre modo de producción capitalista y concepto ideal de capitalismo, que nos remite a la diferencia entre la prioridad histórica de la producción sobre el consumo. Pero el desplome al fondo de la sociología se confirma con la aceptación de otra de las corrientes fundamentales de esta disciplina burguesa, la de Durkheim sobre la división del trabajo[275] y de otros sociólogos como Simmel, así como la desaparición del método marxista.

Con el apoyo del gobierno imperialista de España, el autor intenta convencer a las izquierdas que abandonen un «colectivismo» autoritario y «premoderno» que llegó a tener gran arraigo debido a la revolución rusa cuyas contradicciones no analiza en ningún momento, sino que la considera como un proceso lineal y coherente de principio a fin. Una izquierda que ha mitificado lo premoderno e incluso lo primitivo, sin olvidar la forma de vida medieval[276], y que se deja subyugar por los «pronunciados rasgos colectivistas y premodernos»[277] de los movimientos reivindicativos nacionales, como se lee en uno de los apartados que mejor explica por qué ha sido subvencionado el libro por el nacionalismo español. ¿Qué conquistas ha logrado la Europa «moderna»? Además de, por ejemplo, el

http://www.pensamientocritico.org, 20 de abril de 2009.

274. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, Talasa, Madrid 2007, p. 142 y ss.

275. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, op. cit., p. 268.

276. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, op. cit., p. 152.

277. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, op. cit., pp. 211-213.

keynesianismo[278], también «los derechos individuales, la autonomía personal, la laicidad, la igualdad de la mujer, el pluralismo, el Estado garante del Derecho, sometido él mismo al Derecho»[279]. Obviamente, la tesis del autor no es tan burda y tosca como para desconocer los costos humanos europeos y mundiales necesarios para conseguir la «tolerancia [...] uno de los elementos característicos de la sociedad europea moderna».

Vamos a concluir con otro ejemplo, de entre los muchos disponibles, de ayuda del imperialismo español al reformismo y a la sociología. Se trata del compendio de obras editado por el oficial Centro de Investigaciones Sociológicas en homenaje a C. Moya, al que ya hemos recurrido anteriormente. La primera ponencia, la de J. Almaraz, tiene la virtud de saber esquivar ágilmente la teoría marxista del imperialismo en el largo recorrido bastante ecléctico de autores en los que no pueden faltar algunos marxistas de la «escuela de la dependencia» y Wallerstein, pero que termina escorándose hacia Luhmann. Pero el eurocentrismo subyacente en su tesis se trasluce en el lenguaje, en los conceptos que usa:

> Las sociedades avanzadas se vieron confrontadas con los aspectos y efectos no pretendidos de los procesos que habían construido su propia modernidad y que ahora ponían en cuestión la validez del modelo a exportar. En el curso de la expansión mundial, importantes elementos constitutivos de las sociedades se soltaron y cobraron autonomía propia y se generó un espacio en el que surgieron acontecimientos y procesos que ya no eran atribuidos a aquellas sociedades. El sueño de etnomundo occidental pasó a convertirse en estupor ante un universo policéntrico real ante el cual la teoría social canónica se muestra insuficiente y, acaso, inadecuada[280].

De inmediato surgen algunas preguntas: ¿Las «sociedades avanzadas» no serán por un casual las sociedades capitalistas occidentales? ¿El concepto de «los aspectos y efectos no

278. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, op. cit., p. 142.

279. Eugenio del Rio: *Crítica del colectivismo europeo antioccidental*, op. cit., p. 269.

280. José Almaraz: «Hacia una formulación analítica de la sociedad mundial de Rostow a Luhmann», en *Lo que hacen los sociólogos*, CIS, Madrid 2007, p. 513.

pretendidos» no suena a «efectos colaterales no deseados», excusa inventada por el ejército yanqui para lamentar-justificar los asesinatos de civiles en los masivos bombardeos «selectivos» sobre los pueblos que se resisten a sus imposiciones? ¿De qué «modelo a exportar» habla, el de los golpes de Estado, las torturas de la CIA, de los israelíes, de los franceses en Argelia y Vietnam, de la doctrina de la «guerra preventiva»…? ¿La «expansión mundial» del «modelo a exportar» no será por un casual la expansión colonial primero desde la segunda mitad del siglo XV, por no hablar de las «cruzadas» (¿?), hasta, por último, el imperialismo actual, el de la vuelta de la IV Flota estadounidense a las aguas de las Américas, el del cerco militar a Rusia y China y el de muchas otras acciones contra los pueblos del mundo entero, por parte de un Estados Unidos que se están rearmando hasta lo inconcebible[281]?

¿Qué «importantes elementos» se saltaron y cobraron autonomía propia? ¿Las empresas comerciales de los siglos XVI-XVIII, con sus ejércitos de asesinos privados, con sus negocios directos con las grandes coronas y Estados absolutistas y las ganancias de la esclavitud mundializada; o los monopolios que declararon la guerra del opio a China, las exigencias feroces a Latinoamérica, las escabechinas africanas; o los monopolios actuales que controlan los productos energéticos, los biológicos y quieren monopolizar el agua y los alimentos? ¿La práctica de los ejércitos privados de los siglos XVI-XVIII que vuelve a practicarse ahora pero con mucha mayor mentalidad mercantil e imperialista[282]? ¿Qué han hecho durante todos estos siglos de inhumanidad moderna los flamantes «parlamentos democráticos» occidentales para siquiera aminorar ésas y otras brutalidades sanguinarias? ¿Acaso el asesinato de Allende y la dictadura de Pinochet, los 30.000 «desaparecidos» en Argentina, y otros muchos ejemplos atroces no son achacables directamente a Estados Unidos y al imperialismo en general? ¿Cuál era el «sueño del etnomundo occidental»: que más del ochenta por ciento de la

281. Ernesto Carmona: *Estados Unidos refuerza su imperio militar mundial*, http://www.rebelion.org, 30 de abril de 2009.

282. Dario Azzellini: *Los nuevos mercenarios: La impunidad organizada en el marco de la guerra global permanente*, http://www.herramienta.com.ar, septiembre de 2009.

humanidad se dejase explotar y saquear mansamente para que Occidente siguiera despilfarrando con una irracionalidad desquiciante?

Ya que hablamos de «sociedades avanzadas» sería necesario extendernos en la exposición detallada de las tesis de Souza Silva sobre cómo se ha formado históricamente el concepto de «desarrollo», qué papel ha jugado en el asentamiento del capitalismo eurocéntrico, cómo ha reprimido y dañado la capacidad de pensamiento crítico propio de los pueblos oprimidos por el colonialismo y el imperialismo, etcétera, pero sería alargar nuestro texto en demasía:

> En Occidente, el derecho del poder –el derecho del más fuerte– ha prevalecido sobre el poder del Derecho. Para justificar su régimen de injusticia, la civilización occidental creó una cultura cínica y otra del miedo. La cultura cínica permite a muchos gobiernos usar la mentira como filosofía de negociación pública para ocultar la injusticia que privilegia intereses particulares, mientras que con la cultura del miedo se pueden moldear mentes obedientes y cuerpos disciplinados para banalizar la injusticia social. Cambian los actores y sus estrategias, eufemismos y metáforas engañosas, pero no cambian sus falsas premisas, promesas y «buenas intenciones» en apoyar a los desfavorecidos[283].

La segunda aportación es la de F. Entrena Durán, una exposición sincera y simplona del etnocentrismo occidentalista de la sociología institucional. Aunque salva de este error a unos pocos que no cita, sí sostiene que todos los sociólogos se preocuparon por las dificultades del tránsito del Antiguo Régimen a la modernidad. La falla insuperable de su tesis radica en que repite el error común de definir a Marx y Engels como «sociólogos» aunque con «un trasfondo utópico-subversivo» o «crítico-subversivo», rebajándolos al nivel de Comte y del positivismo, y criticando a ambos en base a la «autoridad» de Popper. Tras diversas divagaciones sobre las diferencias y similitudes entre Marx, Durkheim, Weber y otros sociólogos, es decir, liquidado el marxismo como algo opuesto cualitativamente a la sociología, el autor nos lanza este párrafo:

283. José de Souza Silva: *Desarrollo y Dominación. Hacia la descolonización del pensamiento subordinado al conocimiento autorizado por el más fuerte*, http://www.rcci.net/globalizacion, abril de 2009.

> Particularmente en el siglo XX, los efectos perversos del referido etnocentrismo occidentalista, que alentó las tentativas de exportar la modernización al resto del mundo, se debieron a que tal etnocentrismo no solo sustentaba las teorías de la modernización, sino que también condicionaban fuertemente las visiones político-económicas y culturales de los encargados de llevar a cabo la puesta en práctica de dichas teorías. De ahí el rechazo visceral que en muchos casos suscitaron los procesos de modernización derivados de esa puesta en práctica. Unos procesos que, en gran medida, estaban orientados por una perspectiva de la sociedad circunscrita, más o menos explícitamente, al ámbito socio-económico, político-institucional y simbólico-cultural del Estado-nación. Perspectiva que, en lo que respecta a la era de la preponderancia del fordismo en el siglo XX, está en concordancia con el hecho de que en dicha era los principales actores de los procesos socioeconómicos, político-institucionales y simbólico-culturales fueran los Estado nacionales. Estados nacionales, a menudo acentuadamente centralistas, cuya consolidación en el contexto liberal-capitalista había estado directamente relacionada con el proceso de progresivo afianzamiento de un mercado de alcance nacional[284].

Como vemos, se trata de la misma lógica que en el párrafo anterior, incluso con palabras casi iguales. Por lo tanto, se repite el mismo error idealista que en la cita precedente: interpretar el origen de la brutalidad imperialista en el «etnocentrismo occidentalista», en la «teoría de la modernidad», en suma, en la Idea. Según estas citas, resulta que Europa desarrolló una Idea, un Proyecto, una Teoría de lo moderno, y altruistamente quiso «exportarlo» al resto del mundo, que las rechazó de forma visceral en muchos casos porque no comprendieron que lo fundamental era la Idea de la modernidad, no las formas que se utilizaron. Esta justificación idealista oculta que no solo los «encargados de llevar a cabo» la Idea tenían proyectos diferentes a los del ideal supuestamente dominante, sino que sobre todo los tenían los propios poderes establecidos. Como respuesta, leamos estas palabras de R. Osborne:

> Si las atrocidades infligidas a los indígenas americanos hubieran constituido simplemente acciones de soldados profesionales europeos, es posible que el mundo no europeo hubiera salido mejor parado. Sin

284. Francisco Entrena Durán: «De la modernización occidentalista al torbellino de la globalización», en *Lo que hacen los sociólogos*, op. cit., pp. 525-526.

embargo, los eruditos europeos no sentían ninguna prisa en salir en defensa de esos paganos primitivos y atrasados que habían aparecido de súbito en su horizonte. Aquellos que habían estudiado la historia de Europa, de Asia y de las regiones conocidas de África estaban empezando a llegar a la conclusión de que los europeos y la civilización europea eran sin lugar a dudas superiores a los pueblos y a las culturas de otros continentes y que dominar a esos pueblos suponía un proceso «natural». En realidad, los europeos tenían muy pocos motivos para sentirse superiores a los extranjeros; en el año 1500, menos de cincuenta millones de habitantes poblaban Europa occidental, mientras que la China de los Ming y la India mongol, dos sociedades muy sofisticadas, controlaban poblaciones de 200 y de 110 millones respectivamente.

No obstante, en 1547, el teólogo español Juan Ginés de Sepúlveda escribía: «...que con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo é islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores á los españoles como los niños á los adultos y las mujeres á los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles á gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes á los continentes y templados, y estoy por decir que de monos á hombres»[285].

Además de esta incontestable crítica de R. Osborne, sabemos también que la razón fundamental de la expulsión de los judíos del «católico» reino de Castilla fue el saqueo de sus riquezas para, entre otros gastos, sufragar la expedición de Colón en 1492, y sabemos que las riquezas de los judíos exterminados por los nazis sirvieron para la economía de guerra alemana. Era la misma lógica pero con una distancia de cinco siglos. Galeano nos recuerda que Hernán Cortés recibió como premio por sus hazañas nada menos que veintitrés mil indios en explotación de vasallaje[286], del mismo modo que los monopolios yanquis bien relacionados con la Administración Bush, especialmente las empresas de ejércitos mercenarios, están siendo las más beneficiadas por el genocidio iraquí. Conocemos la respuesta del conquistador español Francisco de Pizarro al fraile que le reprochaba sus métodos salvajes contra la población india, pidiéndole

285. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 290.

286. Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México 1985, p. 64.

que les tratara de mejor manera:

> No he venido aquí para eso, sino para sacarles el oro[287], y como consecuencia de esta obsesiva fiebre por el oro, los pueblos andinos y americanos han sido masacrados. Basta ver la sobreexplotación de las venas de plata de Sumaj Orco, Potosí, desde 1545 «por colonialistas, neocolonialistas, imperialistas y transnacionales burguesas españolas, estadounidenses, británicas y chilenas»[288], y siempre en detrimento del empobrecido y machacado pueblo boliviano.

Y por no abusar, tenemos la concluyente afirmación de C. M. Cipolla sobre lo que estamos tratando: «La religión facilitó el pretexto y el oro el móvil»[289]. El imperialismo quiere quedarse con el oro y el excedente social acumulado por los pueblos, el petróleo y el gas, los minerales estratégicos, el agua y los alimentos, la biodiversidad, apropiarse mediante patentes de las reservas genéticas del planeta y un largo etcétera. La diferencia entre la respuesta sincera, directa y brutal en su laconismo de Pizarro y la del imperialismo es que aquel bandolero lo decía abiertamente y los actuales dicen que actúan en nombre de lo que ellos denominan «civilización», «progreso», «derechos humanos» y «democracia».

Discutir si la primera venta pública de esclavos en el Portugal de 1444, la expulsión de los judíos, el regalo de vasallos a Cortés, que procedía de una familia de la «baja burguesía»[290], o la sinceridad de Pizarro eran actos «modernos» o «premodernos» carece de sentido porque todos ellos, tanto las instituciones monárquicas y los Estados así como la Iglesia en cuanto poder, como los aventureros arruinados y hambrientos que cumplían sus órdenes, asumían y practicaban los valores decisivos de la economía mercantil, denunciados en su origen por Demócrito, como hemos visto. Saquear el excedente social acumulado de los pueblos conquistados ha sido y sigue siendo una de las formas de la acumulación originaria de capital, al margen de que

287. Anthony Pagden: *Pueblos e Imperios*, Mondadori, Barcelona 2002, p. 92.

288. Fernando Acosta Riveros: *Las riquezas de Potosí son para los bolivianos*, http://www.aporrea.org, 4 de septiembre de 2009.

289. Carlo. M. Cipolla: *Las máquinas del tiempo y de la guerra*, Edit. Crítica, Barcelona 1999, p. 179.

290. Roger Osborne: *Civilización*, op. cit., p. 283.

los criminales encargados de hacerlo y quienes les mandaban fueran conscientes o no de ello, tuvieran una mezcla de mentalidad feudal y burguesas, siempre mercantil, pero que se acercaba a una visión protocapitalista. He escogido la fecha crítica de inicio del colonialismo europeo porque muestra mejor que ninguna otra la conexión estructural del protocapitalismo con la lógica del capital en su forma mercantil, que como nos dice Marx con plena razón existía ya en la Antigüedad.

Un poco más tarde se inició la oficialización del terrorismo, con el triunfo definitivo del sistema de producción capitalista en lo militar, político y cultural, no solamente en lo económico, a partir del siglo XVII, eso que llaman «modernidad» y que no es sino una forma vergonzosa y cobarde de citar al capitalismo sin nombrar al monstruo. Moloch que fue engendrado, se formó, nació y gozó de sus primeras alegrías asesinas entre todas las formas de terrorismo y pedagogía del miedo porque, como demostró al hablar de la guerra de los Treinta Años en 1618-1648: «la guerra favoreció los avances de la centralización y del absolutismo, sobre todo a través de la intensificación y extensión del impuesto. Las experiencias y consecuencias de la guerra se hallan presentes en la mayor parte de las rebeliones de la época, sean desesperados alzamientos campesinos y urbanos, o bien movimientos de mayor enjundia política, canalizados en defensa del sistema de libertades provinciales»[291]. Desde sus génesis, terror y capital van juntos, son lo mismo, aunque lo tapemos con la ensangrentada seda de la modernidad.

Por otra parte ¿qué significa «la era de la preponderancia del fordismo en el siglo XX? ¿Se refiere a la era de la expansión del imperialismo anterior a la irrupción del post-fordismo, del toyotismo y de la producción flexible, y con ella a la era de la liquidación del taylorismo y del mal llamado «Estado del bienestar»? De ser cierto ¿quiere decir que con la llamada «globalización», que dicen que ha sucedido al fordismo, ya no existe imperialismo? T. Negri y otros muchos, intentaron confirmar la misma tesis con argumentos distintos, pero la realidad les ha desmentido precisamente de la manera más

291. AA.VV.: «La guerra de los 30 años», Madrid 1985, nº 83, p. 27.

directamente relacionada con todo lo que tienen que ver con el terrorismo, con el miedo oficial y con la pedagogía del miedo, o sea, con el recrudecimientos de las presiones de todo tipo, de las guerras y de las tensiones internacionales, como en los tiempos del imperialismo «clásico», ése que ya debía haberse extinguido de ser ciertas las vaguedades de la sociología. Es tan pueril la frase citada que no merece la pena seguir analizándola, y menos aún los tópicos sobre el Estado-nación.

La tercera y última aportación es la de E. Lamo de Espinosa, la menos eurocentrista en apariencia, la que mejor se esconde tras unas pocas palabras «de izquierda» que cita alguna vez al imperialismo e incluso a Marx. Pero se trata de un imperialismo y de un Marx sin lucha de clases, sin guerras de liberación nacional y social de los pueblos, sino solo la marcha a toque de tambor del desarrollo tecnocientífico desinfectado de toda naturaleza burguesa, de un poder tecnocientífico que es parte del capital constante y fijo, como lo demostró el Marx dialéctico, sino al contrario:

> Pero una mirada al mundo desde fuera de los países lo que muestra es un proceso civilizatorio y homogeneizador que tiene su motor en la tecnociencia, se extiende por la economía, que tira de la cultura y estas de la política. Marx tenía razón: no es la conciencia lo que determina el ser social, sino al contrario. Y no sería mala cosa que volviéramos a un sano materialismo: los modos y técnicas de producción se difunden antes de hacerlo los hábitos y los valores o las creencias, pero implican estilos de vida que, a la postre, alteran la conciencia ajustándola a las prácticas. [...] La humanidad sigue una senda de progreso ininterrumpido [...] La variable dinamizadora que tira del progreso/evolución de la humanidad es, al igual que siempre, la técnica y la ciencia en sus más variadas dimensiones [...] Que ese progreso se manifiesta primero en ciertos grupos humanos más preparados para innovar, antes de difundirse a otros. No todas las sociedades están igualmente preparadas o incentivadas para innovar, de modo que son algunos países (grupos) que progresan más los que marcan el camino a los demás, los más modernos (o avanzados o evolucionados, es lo mismo) le marcan el camino a los menos modernos. Que durante muchos siglos han sido los países occidentales los mejor preparados para la innovación. Que el resto del mundo, marginado hasta hace pocos años de esta dinámica de progreso histórico-universal, ha iniciado

también su modernización [...] que también es una occidentalización [...] hay espacios en los que se conquista dando pasos a dinámicas reactivas, usualmente de base étnico-cultural, que son la excepción que mejor prueba la validez de la regla del progreso[292].

Una de las cosas que hay que criticar a Lamo de Espinosa es la ¿deliberada? tergiversación que hace de Marx al reducir su teoría a un simple materialismo mecanicista y tecnicista, según el cual el motor de la historia no es la lucha de clases sino el desarrollo de la técnica. Esta falsificación, que extirpa brusca y burdamente la dialéctica consustancial al marxismo, podía tener una remota justificación al comienzo de la segunda mitad del siglo XIX, y tal vez un poco más tarde, cuando todavía era muy difícil acceder a textos básicos del marxismo. También hay que decir que el propio Engels fue consciente del error cometido al haber insistido por razones de táctica político-cultural inmediata más en los aspectos directamente económicos que en una explicación totalizante y dialéctica de sus teorías[293]. Pero actualmente ya es imposible seguir sosteniendo el determinismo tecnicista como la base del materialismo histórico.

Otra cosa que hay que criticar al autor es su defensa del determinismo eurocéntrico al sostener que «la humanidad sigue una senda de progreso ininterrumpido [...] La variable dinamizadora que tira del progreso/evolución de la humanidad es, al igual que siempre, la técnica y la ciencia en sus más variadas dimensiones…». Esto no es cierto ya que la humanidad ha sufrido estrepitosos retrocesos en su «progreso», y ha sufrido extinciones socioculturales completas, pueblos que han sido exterminados o que han desaparecido de la faz de la tierra por diversas razones. Otra cosa hubiera sido si el autor hubiese dicho que la historia humana avanza en medio de los vaivenes, estancamientos, retrocesos y extinciones de ramas evolutivas completas, debido a la compleja dialéctica entre el azar y la necesidad, pero no lo ha dicho y ha preferido una forma mecánica y lineal, rectilínea. Del mismo modo, tampoco es cierto que sea la

292. Emilio Lamo de Espinosa: «La globalización cultural ¿crisol, ensalada o gazpacho civilizatorio?», en *Lo que hacen los sociólogos*, CIS, Madrid 2007, pp. 571-572.

293. Friedrich Engels: *Carta a José Bloch del 22 de septiembre de 1890*, Obras escogidas, op. cit., tomo III, p. 515.

tecnociencia, en sus más variadas dimensiones, la variable que tira del progreso. La técnica y la ciencia son partes de las fuerzas productivas y están condicionadas por la dialéctica entre estas y las relaciones sociales de producción, es decir, por la lucha de clases como síntesis de ambas.

Por ejemplo, buena parte del sistema tecnocientífico imperialista está pensado para vampirizar la capacidad intelectual de los pueblos empobrecidos, quitarles su fuerza de trabajo cualificada, impedir que patenten, desarrollen y comercialicen sus inventos, en suma, ahogarlos en la ignorancia funcional o absoluta para mejor explotarlos. Incluso un «crítico» del capitalismo tan blando y superficial como Stiglitz sostiene que el régimen de «propiedad intelectual», basado en el sistema de patentes, frena el avance científico y técnico[294]. Olvidar este succionamiento masivo de la inteligencia humana por el imperialismo y defender una visión idealista de la tecnociencia es uno de los mejores favores que se pueden hacer en la actualidad al sistema capitalista porque niega el efectivo control de las investigaciones en I+D+i por las transnacionales que monopolizan la tecnociencia y sus efectos políticos, económicos, militares, éticos y morales[295].

Se hace un favor inestimable al imperialismo al sostener lo anterior, porque esa falsedad es la que permite afirmaciones como esta: «No todas las sociedades están igualmente preparadas o incentivadas para innovar, de modo que son algunos países (grupos) que progresan más los que marcan el camino a los demás, los más modernos (o avanzados o evolucionados, es lo mismo) le marcan el camino a los menos modernos». ¿Por qué unas sociedades están más o menos preparadas e incentivadas para las innovaciones tecnocientíficas que otras? El autor no lo dice pese a que todos los estudios históricos muestran que la capacidad de inventiva humana depende de los contextos sociales. Por ejemplo, es muy conocida la anécdota verídica contada por J. Needham sobre cómo un carnicero

294. Dugie Standeforg: *El régimen de propiedad intelectual frena la ciencia y la innovación, según afirman laureados del Premio Nobel*, http://www.rebelion.org, 24 de agosto de 2008.

295. Alexis Schlachter: *El saber humano: entre la ciencia y el mercantilismo*, Gramma Internacional, Cuba, 2 de marzo de 2001.

chino demostró que estudiando el Tao se podía ahorrar tiempo, trabajo y material al reducir de cincuenta golpes a solo tres los necesarios para desollar un novillo[296]. Logros como el de la drástica reducción del número de golpes para desollar un animal, existen por doquier, lo que ocurre es que el eurocentrismo de las «ciencias sociales» se ha negado a estudiar otras experiencias no europeas. Si lo hubiera hecho, hubiese descubierto desconcertada que en realidad: «durante el período de 1500-1800 Europa se limitó a acortar distancias para alcanzar a Oriente. Europa no fue una zona de desarrollo temprano, sino tardío, que gozó de las "ventajas del atraso económico". Es decir, no abrió la senda de su propio desarrollo ella sola, sino que continuó asimilando o emulando las carteras de recursos superiores que habían sido iniciadas como consecuencia del desarrollo temprano de los orientales, y que se transmitieron gracias a la globalización oriental. Además, la incautación de los recursos de América y África por parte de Europa contribuyó también a que esta fuera acortando distancias»[297].

En términos marxistas, por «ventajas del atraso económico» debemos entender simplemente el accionar de la ley del desarrollo desigual y combinado que, entre otras muchas cosas buenas, tiene que desautoriza radicalmente toda afirmación de eterna superioridad de una cultura sobre las restantes. Pero no es este el momento para extendernos sobre esta ley, aunque indirectamente ya la estamos aplicando al preguntarnos ¿por qué algunas sociedades están más preparadas para innovar que otras? ¿Será porque las más preparadas son a la vez las más «inteligentes» y «aptas para la supervivencia» según dice la sociobiología? El autor no lo dice, aunque la respuesta es muy simple: porque en algunas de ellas se juntaron determinadas condiciones productivas que exigían y conllevaban la necesidad de la innovación. Una vez más, el contraste entre la cultura asiática, china e india, y la europea, nos ayuda a resolver este falso enigma.

Según J. Needham y A. Haudricout:

296. Joseph Needham: *La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*, Alianza Editorial, Madrid 1977, p. 164.

297. John M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*, op. cit., pp. 222-223.

> Desde el punto de vista del origen de la Ciencia y de su progreso, tiene consecuencias importantes la desigualdad en la producción mercantil. Ante todo, donde esa producción se desarrolla, la práctica del comercio y de la circulación monetaria da paso al tratamiento matemático del valor de la *mercancía*, categoría abstracta y universal que se concreta en moneda. Efectivamente, en China a pesar de cierto desenvolvimiento bancario y de la invención del papel moneda, los impuestos y el canon de la tierra se pagaban siempre en especie. Ahora bien, sí es cierto que los chinos estaban acostumbrados a tomar medidas con precisión por lo que se refiere a los objetos concretos, sus conceptos precientíficos eran por naturaleza cualitativos y poco susceptibles de medición: por ejemplo, no es posible medir los temblores de tierra con los sismógrafos inventados en China en el siglo II, sencillamente porque esos fenómenos se deben a colisiones imprevisibles del *yin* y el *yang*[298].

A. W. Crosby ha explicado cómo en el siglo XVI Occidente iba detrás de Oriente en muchas cuestiones y que seguiría por detrás hasta el siglo XIX, pero no en otras que serían decisivas para el futuro, básicamente en los métodos matemáticos, administrativos, temporales, espaciales y artísticos para cuantificar[299] la realidad, métodos esencialmente unidos al crecimiento del capitalismo mercantil. Por su parte, C. M. Cipolla narra cómo era despreciado el trabajo de los artesanos en la China de la dinastía Ming: «El sistema de valores sociales dominantes en la China de los Ming obstaculizó el progreso de la tecnología»[300], mientras que en Europa la expansiva «ciencia de la balística» influyó en la revolución científica del siglo XVII[301], tesis defendida por otros muchos especialistas, incluidos los menos críticos con el capitalismo, los que minusvaloran todo lo posible la dialéctica entre opresión, guerra y tecnociencia, aunque no tengan más remedio que admitir que la mejora en la producción de cañones en Gran Bretaña fue decisiva para poder montar la máquina de vapor de Boulton y Watt[302].

298. J. Needham y A. Haudricourt: «Las ciencias en la China medieval», en *Historia general de las ciencias*, AA.VV., Orbis, Barcelona 1988, volumen 3, pp. 581-582.

299. Alfred W. Crosby: *La medida de la realidad*, Edit. Crítica, Barcelona 1988, p. 187 y ss.

300. Carlo. M. Cipolla: *Las máquinas del tiempo y de la guerra*, op. cit., p. 71.

301. Carlo. M. Cipolla: *Las máquinas del tiempo y de la guerra*, op. cit., p. 189.

Además de desdeñar la abrumadora cantidad de pruebas sobre las capacidades inventivas de otros pueblos, pero aplastados por las especiales condiciones sociohistóricas europeas, Lamo de Espinosa olvida o silencia también que esas distancias provienen, por un lado, de las férreas exigencias impuestas por la economía mercantil a los Estados europeos y, por otro, a la fusión entre guerra y tecnociencia. Entre otros muchos investigadores, H. Duchhardt demostró cómo la alianza entre el Estado absolutista y la burguesía ascendente potenciaron una decisiva unidad de conocimiento y poder al integrar geometría, artes, matemáticas, fortificaciones militares, estatalismo, Academias y cientifismo[303]. La fusión de poder y conocimiento, que venía de antiguo, se expandió e intensificó bajo la férrea dictadura de la ley de la acumulación ampliada de capital, siendo este proceso sistémico el que explica que cuando en 1776 Boulton invitó a Boswell a su fábrica en la que se producía en serie la máquina de vapor de Watt, parece que le dijo: «Aquí vendo señor lo que todo el mundo desea tener: poder»[304].

Otra característica de la expansión capitalista inserta en esta dinámica de crecimiento propio a la vez que de bloqueo y asfixia de otras potencias no occidentales, fue la deliberada política de invasiones y agresiones de todas clases que el capitalismo ha lanzado durante cinco siglos contra países y culturas que eran muy superiores a la eurocéntrica en todos los aspectos, pero a las cuales ha logrado vencer y condenar al empobrecimiento y a la dependencia, tras arruinarlas y saquearlas lo más posible. Independientemente de que todavía se siga debatiendo hasta qué grado la expansión capitalista europea se vio facilitada por las sobreganancias del colonialismo y del imperialismo para el beneficio de toda la población europea o solamente de sus clase dominante[305], lo cierto es que sin tales beneficios la expansión capitalista hubiera sido más lenta, y otras

302. T. K. Derry y Trevor I. Williams: *Historia de la tecnología*, Siglo XXI, Madrid 1980, tomo 2, pp. 400-401.

303. Heinz Duchhardt: *La época del absolutismo*, Altaya, Madrid 1997, pp. 119-123.

304. AA.VV.: *La sinrazón en las ciencias, los oficios y las artes*, Muturreko Burutazaioak, Bilbao 2000, p. 82.

305. Josep Fontana: *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona 2001, p. 343 y ss.

sociedades cultural y económicamente superiores hubieran resistido más tiempo y tal vez, sin caer en la historia ficción, la evolución mundial y el presente hubiesen sido diferentes.

El caso de la India es paradigmático: sin la ingente transferencia de valor hacia Gran Bretaña, asegurada por su superioridad militar, es discutible precisar cuándo y cómo se hubiera producido la revolución industrial inglesa. Basta leer los datos ofrecidos por J. F. C. Fuller sobre las ingentes masas de plata, oro y otras riquezas obtenidas por los ingleses solo con la victoria en la batalla de Plassey en 1757 para comprender que:

> La gran reserva y depósito de metales preciosos que era la India quedaba abierta y desde 1757 las enormes fortunas amasadas en Oriente fueron trasladadas a Inglaterra para financiar las demandas de la era industrial, suministrar a esta lo que iba a ser su sangre y, a través de la misma, crear un nuevo y titánico mundo. Del mismo modo que Alejandro hizo circular el oro de Persia y los procónsules romanos se apoderaron del botín de Grecia y del Ponto, y los conquistadores españoles consiguieron la plata del Perú, a partir de entonces los nababs ingleses, los príncipes, mercaderes y aventureros, seguidores e imitadores de los Seth y de los Omichand, deshicieron el hielo que ocultaba los tesoros indostanos, dejándolos al descubierto y haciéndolos converger hacia Inglaterra: «No es exagerado afirmar –escribe Brooks Adams– que el destino de Europa dependió de la conquista de Bengala». Los efectos fueron inmediatos y milagrosos. Antes de 1757 la maquinaria para hilar el algodón era en Inglaterra casi tan primitiva como en la India, mientras la industria del hierro se hallaba en un absoluto declinar. De pronto, todo cambió. En 1760 apareció la lanzadera; en 1764 la máquina de hilar de Hargreaves y en 1768 la maquinaria propulsora de Cartwright[306].

También es paradigmático el caso de Haití porque sirve para analizar el problema desde una perspectiva aún más cruda y desnuda que la vista en la India. La obsesión de todas las potencias colonialistas desde mediados del siglo XVIII, como mínimo, fue controlar Haití por su alta productividad de azúcar, una de las mercancías más codiciadas de la época y que exigía una enorme

306. J.F.C. Fuller: *Batallas decisivas*, RBA, Barcelona 2006, tomo III, pp. 100-111.

masa de trabajo esclavizado. La revolución[307] haitiana fue un mazazo para el colonialismo europeo porque suprimió una de las piezas claves de la división internacional del trabajo entonces existente, y sobre todo para el ya decrépito imperio español porque:

> Haití dio apoyo material y aliento espiritual a las luchas de liberación en la América hispana. El giro radical y emancipador que adoptó Simón Bolívar en 1815 estaba directamente vinculado al apoyo que recibió de Haití. Tras sufrir una serie de derrotas entre 1811 y 1815, Bolívar apeló al presidente Pétion en petición de ayuda, y este se la concedió bajo la condición de que se comprometiera a liberar a los esclavos de todas las tierras que consiguiera independizar de España. La política emancipadora de Bolívar radicalizó la lucha por la independencia y le hizo entrar en conflicto con muchos republicanos poseedores de esclavos[308].

También fue un mazazo para el Estado francés cuyas tropas fueron vencidas en noviembre de 1803 y en enero de 1804, los nuevos dirigentes de la isla recuperaron su nombre indio. «He dado sangre por sangre a los caníbales franceses», proclamó Dessalines. «He vengado a América»[309].

No hace falta decir que de inmediato fue también una insoportable amenaza para Estados Unidos ya que sus esclavos del sur mejoraron sus técnicas de lucha y resistencia gracias a la victoria de sus hermanos haitianos. Como síntesis de todos estos efectos, podemos decir que la revolución haitiana negó radicalmente el axioma eurocéntrico y occidentalista, la europeidad. Tiene toda la razón W. D. Mignolo cuando marca las diferencias cualitativas entre los revolucionarios criollos americanos, básicamente Bolívar y Jefferson, formados en la europeidad y defensores de la misma, pese a las diferencias secundarias entre ellos, y la praxis de los revolucionarios haitianos: «Jefferson negaba a Europa, no la europeidad. Los

307. José Luciano Franco: *Historia de la revolución de Haití*, Ciencias Sociales, La Habana, Cuba 2004, p. 15 y ss.

308. Beverly J. Silver y Eric Slater: «Los orígenes sociales de las hegemonías mundiales», en *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, G. Arrighi, Akal, Madrid 1999, p. 177.

309. Pau Farmer: *Haití. Para qué*, Argitaletxe Hiru, Hondarribia 1994, pp. 69-81.

revolucionarios haitianos Toussaint l'Ouverture y Jean Jaques Dessalines, en cambio, negaron Europa y la europeidad»[310]. La crítica práctica de la europeidad era reforzada además, como hemos dicho, por la recuperación del nombre ancestral de la isla, Haití, en un acto que era mucho más que simbólico. W. D. Mignolo no habla de esta cuestión que, sin embargo, tiene para nosotros una importancia clave ya que expresa la voluntad de los revolucionarios de fusionar en la práctica liberadora dos culturas machacadas por la europeidad y el eurocentrismo.

Por estas razones, todas las potencias colonialistas e imperialistas se volcaron para destruir cuanto antes el potencial emancipador haitiano: había que arrancar la raíz libertadora para impedir que se propagara. Ahora, Haití es uno de los Estados más empobrecidos del mundo. Otro tanto sucedió, por ejemplo, con la revolución nicaragüense casi un siglo después, que venció a un criminal terrorista como Somoza, hombre clave de Estados Unidos en Centroamérica. Los sandinistas victoriosos no pudieron aplicar su programa revolucionario porque Estados Unidos, con la ayuda de Europa, se lanzó a aplastar ese logro histórico mediante el terrorismo y la guerra. Ahora sabemos hasta dónde ha sido hundido el pueblo nicaragüense, cuánto ha retrocedido en su calidad de vida, bajo el ataque del imperialismo. ¿Y qué decir sobre Cuba?

Silenciar la importancia clave de las guerras coloniales e imperialistas, del comercio desigual, de la transferencia de valor descaradamente beneficiosa para Occidente, etcétera, hacer esto es no solo embellecer la historia criminal del capitalismo sino también impedir que los pueblos machacados conozcan la suya, condenándolos a seguir en la explotación. Las consecuencias desastrosas a corto y largo plazo que tuvieron que pagar los pueblos masacrados –que siguen pagando ahora en forma de eso que llaman «deuda externa» y que expresa una de las nuevas formas de agresión impuesta desde la segunda mitad del siglo XX– fueron y son

310. Walter D. Mignolo: «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Edgardo Lander (compilador), Clacso, Buenos Aires 2003, p. 69.

estremecedoras, lo que propició toda clase de resistencias aplastadas con implacable terrorismo por Occidente: recordemos solo la rebelión india de 1857 y los métodos británicos empleados contra ella. Muchos de esos pueblos fueron simplemente exterminados, y otros sufrieron tales presiones socioculturales que quedaron desestructurados, rotos en su identidad anterior. Aquí conviene volver a las correctas afirmaciones de Hobson:

> La conversión cultural fue de la mano de la estrategia de *contención*, cuya finalidad era mantener a un nivel bajo a los pueblos y a las economías de Oriente [...] la misión civilizadora debía conseguir la conversión de Oriente según las pautas marcadas por Occidente para erradicar la amenaza a su identidad que Oriente planteaba [...] la conversión cultural y la contención implicaban la represión de Oriente. La conversión cultural encarnaba la esencia misma del racismo implícito, según el cual la identidad y cultura del grupo en cuestión debían ser erradicadas y reemplazadas por la cultura «superior» de la potencia imperial. De hecho, la conversión cultural es equivalente a lo que Pierre Clastres llama «etnocidio»[311].

Decir que es el país más «moderno» el que marca el camino al «atrasado», además de lo que supone de aceptación de la axiología burguesa, de sus valores y definición del «progreso», muestra también una incapacidad para comprender que pueden existir otras formas de progreso no capitalista. Ahora bien, si esto fuera cierto, ¿por qué no se han desarrollado lo suficiente? solo hay dos forma de responder a esta pregunta: una, la de reconocer que el dominio mundial del capital asfixia cualquier otra forma de progreso cualitativamente diferente y superior, lo que ocurre en la práctica histórica sea en la forma de etnocidio, de aculturación, pero sobre todo de obsesivo anticomunismo. La otra respuesta es deslizarse de algún modo o totalmente al cenagal de la «superioridad occidental» sea en forma explícita del racismo eurocéntrico, del genetismo y del darwinismo social, o sea de manera imprecisa, abstracta y vaga como hace el autor. La tesis de que «el resto del mundo, marginado hasta hace pocos años de esta dinámica de progreso histórico-universal, ha iniciado también su modernización [...] que también es una

311. John M. Hobson: *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*, op. cit., p. 320.

occidentalización [...]», confirma la naturaleza burguesa del planteamiento que analizamos.

Tres preguntas sencillas muestran lo insostenible del planteamiento que criticamos: ¿es la deuda externa del llamado Tercer Mundo un efecto de esa «marginación»? ¿Ha sido la implosión de la URSS y de su bloque, y la reinstauración del capitalismo en China Popular, efectos de la «marginación» o efectos de la dialéctica entre, por un lado, la degeneración burocrática interna y, por otro, las impresionantes agresiones de todo tipo sufridas por estos pueblos desde que no obedecieron al imperialismo? Y por último ¿es el terrible panorama futuro mundial y el presente de hambre, enfermedad, catástrofe medioambiental, etcétera, efecto de la «marginación» o del capitalismo? La tesis de «marginación» estalla en pedazos cuando vemos que en la rica, culta y democrática Alemania, uno de cada seis niños y niñas crece en situación precaria[312], en un contexto social en el que va creciendo la pobreza entre la población alemana adulta [313].

La pobreza va creciendo en el centro imperialista y no precisamente por su «marginación» sino por el capitalismo, más concretamente porque el pueblo trabajador no consigue detener la ofensiva burguesa y contraatacar con sus luchas logrando una subida de los salarios directos e indirectos, de las ayudas sociales y otras conquistas. Es la lucha de clases, en suma, la responsable del empobrecimiento y no la «marginación». La fraseología sociológica fracasa de nuevo en la explicación de las contradicciones internas de «lo social», lo que le imposibilita crear una teoría crítica de las violencias burguesas y del terrorismo como su última expresión.

312. Eva Usi: *Advierten sobre pobreza infantil en Alemania*, http://www.rebelion.org, 27 de septiembre de 2009.

313. Ingo Niebel: *La pobreza es una realidad que también existe en la rica Alemania*, http://www.gara.net, 23 de septiembre de 2009.

RESUMEN

1 POBLACIÓN SOBRANTE PELIGROSA

Al comienzo de este texto hemos definido el terrorismo como el recurso último de que dispone la clase propietaria de las fuerzas productivas para asegurar su propiedad. El terrorismo es inseparable de la propiedad privada, no puede existir sin esta forma histórica de explotación y, por tanto, la forma más brutal e inhumana, y dialécticamente la forma más civilizada y tecnocientífica de terrorismo es la capitalista, la del terrorismo consustancial a la civilización burguesa.

Hemos definido la civilización como la síntesis social de un modo de producción. Una vez impuesta la propiedad privada de las fuerzas productivas, una vez impuesta la explotación de la mujer por el hombre en cuanto simple «instrumento de producción», desde esta derrota histórica de la especie humana, todas las civilizaciones posteriores han sido la expresión contradictoria de los intereses de sus clases dominantes. Expresión contradictoria por cuanto las clases explotadas, los pueblos oprimidos y las mujeres han dejado de algún modo huellas y rastros de sus luchas y de sus esperanzas en la cultura popular y en la identidad colectiva. Por esto, en todas las civilizaciones basadas en la propiedad privada, las violencias injustas han tenido y tienen como sus objetivos represores fundamentales a las minorías luchadoras y, si estos métodos han fracasado, el terrorismo ha tenido y tiene como objetivo la destrucción de toda capacidad de lucha, o sencillamente el aniquilamiento físico de la resistencia.

Hemos recurrido al concepto de «población sobrante» para expresar toda aquella parte de la población no rentable para la clase dominante que, por ello mismo, debe ser marginada o dejada de

lado hasta su muerte, o reprimida y exterminada si se transforma en «población sobrante peligrosa». Las y los obreros en huelga, por ejemplo, pueden llegar a ser «población sobrante peligrosa» que debe ser reprimida mediante el desempleo masivo, y si estas represiones iniciales no derrotan la lucha social, la clase dominante extiende e intensifica sus ataques, empezando por el miedo a las multas y a la cárcel, llegando a una escala de terrorismos que puede culminar en el baño de sangre. Sobre esos montones de cadáveres, el capital intentará reiniciar su proceso de acumulación ampliada.

Hemos hablado de cómo la teoría marxista de la crisis capitalista explica la lógica del terrorismo al plantear la necesidad ciega que tiene este modo de producción de destruir fuerzas productivas obsoletas, no rentables, sobrantes, para «liberar» el mercado de la sobreproducción excedentaria, para aniquilar la competencia a cualquier precio, incluidas las guerras mundiales, para reiniciar a una escala superior el ciclo de producción, circulación y realización del beneficio. El terrorismo es parte esencial de la crisis capitalista ya que el ser humano es la principal fuerza productiva, y la salida de toda crisis exige la destrucción mediante múltiples violencias de ingentes masas de fuerza de trabajo humana acumulada en forma de mercancías, infraestructuras, ciudades, universidades, obras de arte y museos, es decir, en forma de capital constante y de trabajo muerto aunque sea trabajo altamente cualificado; y simultáneamente, a la vez, destruir la fuerza de trabajo social en forma de capital variable y de trabajo vivo. La acumulación de capital se basa, en última instancia, en el terror material, moral y simbólico inherente a la explotación asalariada, y la garantía de reinicio de la acumulación ampliada de capital se basa en el terrorismo, que no es otra cosa que el terror ampliado a su máxima letalidad.

Hemos visto después cómo la burguesía había triunfado al imponer su definición de «terrorismo» a escala mundial, a pesar de los esfuerzos de las izquierdas revolucionarias en seguir explicando y divulgando la teoría marxista de la violencia, base inexcusable para entender el terrorismo. Lo esencial de esta teoría se basa en la dialéctica entre las contradicciones objetivas y estructurales del capitalismo y las contradicciones subjetivas que se generan en

respuesta a las anteriores. Dentro de las contradicciones subjetivas, la ética, la teoría y el deseo de un mundo cualitativamente mejor, sin explotación, juegan un papel clave; es decir, el denominado «factor subjetivo» siempre inserto en el movimiento de la realidad objetiva y de sus contradicciones es imprescindible no solo para definir qué es la realidad sino también para saber, querer y poder optar por una alternativa revolucionaria a la explotación capitalista, a su terrorismo consustancial, mediante otra forma de producción y distribución basada en la propiedad colectiva de las fuerzas productivas.

El estudio de las violencias múltiples requiere de un método que asuma el valor de la ética tanto como el de la economía y la política, por citar las «disciplinas» más nombradas, y que asuma la historia humana material como el único escenario real de existencia. Al declarar la historicidad y la materialidad como las dos caras del mismo método, las diosas y dioses, las religiones en suma, pierden su valor explicativo aunque mantengan un decreciente valor relativo en la matriz social de cada modo de producción. Por el contrario, la propiedad, sea cual fuere su forma, aparece como el punto crítico sobre el que pivotan las violencias y los terrorismos. La violencia injusta y opresora es aquella que impone y sostiene la propiedad privada, y la violencia justa y liberadora es la que defiende o recupera la propiedad colectiva, pública. Sea en forma mítica, religiosa, utópica o milenarista, la cultura popular conserva mal que bien restos desfigurados y borrosos, pero latentes. Sin embargo, la alienación y el fetichismo tergiversan la comprensión de las causas reales de las violencias, invierten la realidad y cosifican las relaciones sociales, presentan la paz justa como la violencia de las masas trabajadoras, y el sistema de explotación y sus violencias como la paz oficial bendecida por las fuerzas del más allá. Es por esto que la lucha ético-política y teórica contra la ideología justificatoria de la propiedad privada es y debe ser permanente, porque es ella la que también justifica los terrorismos que la sostienen.

La relación entre los fines por los que se lucha y los medios que se aplican para lograr esos fines es central en esta visión ético-política y teórica, como también lo es el criterio del mal menor necesario. Un medio malo no puede obtener nunca un fin bueno, y ambos, medio

y fin, interactúan permanentemente y se transforman uno en otro durante el proceso de liberación humana. Debido a esto, todo proceso revolucionario que repita el error de aplicar medios malos termina más temprano que tarde desviándose de su objetivo y cayendo bien en el reformismo bien en la reacción, o desintegrándose. Una de las características del reformismo es precisamente la de supeditar los fines a los medios, haciendo de estos el fin en sí mismo y renunciando a los objetivos iniciales. Por otra parte, solamente las clases explotadoras practican el criterio inmoral y antiético de que el fin justifica los medios, y el terrorismo es la expresión máxima de la doble moral que siempre ha caracterizado a las minorías propietarias de las fuerzas productivas: están dispuestas a aplicar la máxima violencia con tal de garantizar sus privilegios, aunque hablen de paz y justicia.

Para el marxismo, la violencia justa no es un fin en sí mismo sino un medio táctico transitorio, supeditado al objetivo de la emancipación humana. La violencia justa es defensiva en su sentido histórico porque responde a una previa y fundacional violencia injusta, explotadora, que es la que sostiene el previamente instaurado orden opresor al que se combate. Es una violencia históricamente defensiva, de respuesta, aunque transitoriamente deba tomar formas ofensivas, de ataque y de iniciativa. Por esto, el marxismo siempre ha buscado, primero, los métodos no violentos y pacíficos de acción política y solamente cuando no ha tenido más remedio ha recurrido a la violencia como ultima ratio, como *recurso supremo* en una situación insostenible. A la vez que no tenía otra alternativa que defenderse violentamente, ha insertado esa defensa en una práctica más general en la que también había formas de lucha no violenta, pacíficas y de boicot activo y pasivo, de desobediencia civil, de obstrucción social de la mecánica del poder, de agitación cotidiana mediante la voz y la palabra, así como de una ágil escala de formas de resistencia activa, de grados de sabotaje y de autodefensa.

La violencia revolucionaria, en cualquiera de sus formas, es solo una táctica que se inserta en una estrategia más amplia, de modo que dicha táctica puede y debe paralizarse cuando se hayan conquistado derechos cualitativos, no formales ni huecos, que permitan la libre acción política en las mismas condiciones de que disfruta la clase

burguesa. Este criterio debe ser aplicado sobre todo a la forma máxima de la violencia justa y defensiva como es la lucha armada, sea guerrillera o insurreccional, ya que, siendo una necesaria respuesta en un momento concreto, un medio táctico, pasa a ser un obstáculo y un freno para el avance revolucionario cuando se conquistan derechos democráticos elementales. El marxismo define la violencia de respuesta, defensiva, como un mal menor necesario, es decir, como un mal que hay que aplicar para evitar males mayores, innecesarios y cualitativamente más injustos e inmorales porque podrían haberse evitado si se hubiera luchado a tiempo contra la opresión, venciéndola.

Hemos visto el ejemplo de los métodos de cura aplicados por el médico aun a sabiendas de que producen dolor, son ingratos y desagradables, tienen efectos colaterales no deseados, etcétera, pero siguen siendo desgraciadamente necesarios mientras no exista un mejor sistema de curación que reduzca el dolor inherente al tratamiento, o que sea indoloro. El médico ha de tener siempre extremo cuidado en no excederse ni en la intensidad del dolor ni en su duración, buscando reducir al máximo los efectos no deseados, y suspendiendo al instante el tratamiento cuando este haya cumplido su objetivo, o cuando se demuestre no efectivo, cuando su prolongación injustificada empeora la vida de la persona enferma, pudiendo llevarla a la muerte. Estos principios básicos resumen el criterio del mal menor necesario, mientras que el mal mayor innecesario es el principio ético supremo de toda minoría opresora que tiene medios adecuados –su Estado y sus fuerzas armadas– para aplicar las diferentes intensidades y formas de las violencias injustas, hasta llegar a su expresión absoluta, el terrorismo, el mal mayor innecesario.

La burguesía sostiene que sus violencias son moralmente justas porque defienden su civilización, su ley y orden, su justicia. Una gran parte del imperialismo cree en dioses y sostiene que su violencia está justificada por ese dios, y muchos sacerdotes y obispos han colaborado abiertamente con el terrorismo más inhumano, del mismo modo que el Vaticano ha permanecido mudo o ha apoyado implícitamente crueldades capitalistas. Por lo contrario, las clases explotadas y los pueblos oprimidos sostienen que la violencia justa moralmente es la suya, la de quienes se resisten y se enfrentan a la

civilización burguesa. Existen, por tanto, dos visiones irreconciliables, opuestas de modo antagónico. Algunos intelectuales burgueses sostienen que no hay modo de decidir cual de las dos posturas enfrentadas tiene razón y que, por ello mismo, hay que permanecer al margen, ser neutral, ser pacifista y confiar en las bondades de la democracia, pese a sus imperfecciones secundarias. Los restantes intelectuales burgueses afirman cínicamente que la razón está en la propiedad privada y que todo ataque al «sacrosanto derecho individual» a la propiedad privada debe ser perseguido sin piedad.

El marxismo sostiene que solamente el método dialéctico e histórico puede explicar por qué existen dos éticas, dos teorías, dos violencias, dos modelos sociales antagónicos, en suma, el que se sostiene en la propiedad privada y el que lucha por avanzar hacia la propiedad colectiva y comunal, hacia la sociedad comunista. Para la definición del terrorismo, este método es decisivo porque, además de sacar a la luz las contradicciones irreconciliables y las visiones opuestas, también demuestra que existe un criterio objetivo para designar cuál es el modelo social correcto. El criterio objetivo no es otro que la opresión de la mayoría por la minoría, la explotación de la fuerza de trabajo, la reducción de la especie humana a simple instrumento de trabajo, la apropiación del producto del trabajo social y colectivo por una minoría dominante que recurre a sus violencias injustas y al terrorismo cuando ve peligrar su propiedad privada.

2 TERRORISMOS PRECAPITALISTAS

El primer terrorismo surgió con la victoria del patriarcado, con la explotación de la mujer y con las violencias que le son inherentes. Las sociedades en las que la división sexual del trabajo correspondía al muy escaso desarrollo de las fuerzas productivas no conocen la opresión de la mujer por el hombre. La especialización en las tareas no responde en estas sociedades a la imposición de un sexo-género, el masculino, sobre el otro, el femenino, sino a las necesidades de supervivencia de los pequeños colectivos que deben maximizar en lo posible sus capacidades productivas. Una serie de cambios globales, desde climáticos hasta el desarrollo de la agricultura, pasando por el aumento de las violencias intergrupales y el aumento del excedente social, en síntesis, van unidos a la explotación de la mujer, que se transforma en un «instrumento de producción» cualitativamente diferente de los demás.

Las violencias machistas contra las mujeres tienden muy rápidamente al terror físico y psicológico y de aquí al terrorismo, aplicado bien de forma individual bien de forma colectiva. La esclavización de mujeres y su asesinato son prácticas que van creciendo a la vez que se impone la propiedad privada de las fuerzas productivas, y la primera propiedad fue la mujer en cuanto objeto perteneciente al hombre. El sistema patriarcal fue la primera propiedad privada existente y luego se fue adaptando a los sucesivos modos de producción, a las sucesivas formas de propiedad privada que ha habido. Las violencias machistas caen sobre las mujeres cuando los hombres quieren, pero se endurecen cuando estos comprenden que las mujeres luchan para independizarse, para dejar de ser su propiedad. El terrorismo patriarcal es el último recurso de los hombres

para impedir la libertad de las mujeres.

En el modo de producción del comunismo primitivo, con su propiedad colectiva, las violencias intragrupales no eran equiparables a las existentes en los modos de producción basados en la propiedad privada. Los primeros grupos humanos tenían que cuidar mucho la paz interna para que las tensiones interpersonales no redujeran las escasas fuerzas productivas mediante la muerte, mutilación o discapacitación para el trabajo de algunos de sus miembros. Otro tanto sucedía con las violencias intergrupales, que se regulaban mediante complejos y efectivos sistemas negociadores y de desagravio compensatorio, para evitar en lo posible la merma de la fuerza de trabajo. Esto no quiere decir que no estallasen violencias sangrientas y mortales, pero cuando estallaban no tenían el sentido de las violencias causadas por la propiedad privada aunque llegasen a adquirir una virulencia extrema.

Los procesos psicológicos de tensión, angustia, miedo y terror existían en estas sociedades comunales y colectivistas porque son procesos vitales para la supervivencia como especie, pero no existían con el contenido social que han adquirido posteriormente, causado por la opresión, la explotación y la dominación. La diferencia cualitativa entre terror y terrorismo, en esta primera fase, radica precisamente en el hecho de que el terrorismo surge cuando un grupo busca la destrucción física de otro, bien para quedarse con sus recursos, bien para impedir que se subleve. La aparición de la propiedad de las tierras, base de la agricultura y del pastoreo a gran escala, exige el terror patriarcal y acelera el surgimiento de la violencia bélica. Con el asentamiento del modo de producción tributario se fusionan estos componentes en uno solo y la crueldad, la maldad y la iniquidad sociales hacen su aparición de la mano de la propiedad privada, del surgimiento de la incipiente economía dineraria y mercantil, del valor de cambio y de la mentalidad individualista y egoísta que le son consustanciales.

En el modo de producción tributario el terror y el terrorismo son prácticas recurrentes aplicadas por las minorías propietarias para aumentar su poder y sus riquezas y mantener a sus mayorías

trabajadoras en la pasividad sumisa, pero también para explotar a otros pueblos, imponerles duros tributos, esclavizarlos o saquearlos sin piedad. Existían formas no materiales de violencia que facilitaban estos objetivos, como las religiones y la violencia simbólica y cultural, etcétera, destinados a justificar la explotación, pero las violencias materiales y el terror-terrorismo eran ya el recurso directo más efectivo del poder cuando sus privilegios eran amenazados seriamente. La guerra en el sentido moderno empieza a surgir en esta época aunque no desarrollará toda su letalidad hasta el modo de producción esclavista. Del mismo modo, las resistencias de las clases explotadas son de una violencia desconocida en el modo comunista primitivo, pero diferente a las violencias defensivas posteriores, de los esclavos, campesinos y siervos, y sobre todo muy diferentes a las obreras.

De todos los Estados tributarios, el asirio fue el que más avanzó en la mercantilización de la guerra, desarrollando un efectivo «terror calculado» que superó con creces a otros Estados e imperios, como el egipcio, el chino, el indio, el maya, el azteca, el inca y otros. Y aunque las clases y los pueblos explotados se defendían con una violencia desesperada, esta nunca llegó al grado de terrorismo porque era una violencia de respuesta justa, de resistencia a la opresión. Tales violencias buscaban causar el mayor dolor, terror y mortandad en los opresores, pero no era terrorismo sino solo en los casos en los que, tras liberarse de la opresión, pasaban a convertirse a su vez en nuevos opresores, en nuevos invasores, cambio cualitativo muy frecuente. Hubo guerras sociales y nacionales tributarias que fueron justas y defensivas pero a la vez injustas y opresoras. Solamente el método dialéctico y el concepto de modo de producción nos explican estas contradicciones históricas. El terrorismo tributario llegó a grados extremos de brutalidad exterminadora pero siempre dentro de los límites objetivos insalvables marcados por la síntesis y matriz sociales correspondientes a aquellas civilizaciones.

El modo de producción esclavista creó la guerra en su sentido moderno, y con ella avanzó un paso decisivo para la ulterior aparición del terrorismo capitalista. La fusión entre explotación esclavista y expansión mercantil fue la base de la guerra moderna, del arte militar inseparable de la tecnociencia esclavista, y de su cultura filosófica,

estética y ética. Los bellos logros de la civilización grecorromana se basaron, en última instancia, en el terrorismo esclavista. La mentalidad mercantil de esta civilización exigía una violencia bélica total, aplastante, rápida y directa, inseparable de la lógica del capital comercial y financiero tal como existía en este modo de producción. Incluso la guerra sirvió para la aparición embrionaria de una característica esencial del capitalismo: el salario, que era originariamente el pedazo de sal que se entregaba a los legionarios romanos, y que luego se transformó en su sueldo, en su salario, aunque en el esclavismo no podía existir y de hecho no existió el concepto de trabajo asalariado en su forma jurídica y contractual burguesa.

La limitación insalvable del terrorismo esclavista, sanguinario en extremo, nace de la ausencia objetiva del trabajo asalariado, aunque el salario funcionara embrionariamente en el ejército romano. La disciplina, la racionalidad técnica, el ahorro de tiempo y energía, la planificación estratégica y otras virtudes de la civilización burguesa existían ya en la guerra esclavista, pero no en la esencia de este modo de producción. Por esto mismo, el terrorismo esclavista llegó a grados superiores a los del terrorismo tributario cuando era practicado por los ejércitos, pero su efectividad económica última se colapsó precisamente por su incapacidad para reproducir las bases del esclavismo, desapareció no tanto por las invasiones exteriores cuanto por su agotamiento interno. Las sublevaciones de los pueblos y de las masas esclavas y campesinas explotadas fueron también violentísimas, no dudando en aplicar el terror sobre las asesinas clases oligarcas y senatoriales, pero carecían de un proyecto alternativo de sociedad excepto algunas utopías, aunque sí el de volver a sus países de origen o expulsar a los invasores, y, al igual que sucedió en el modo tributario, también se dieron casos de luchas liberadoras que se convirtieron en opresoras.

El modo de producción feudal siguió con las pautas del terrorismo precapitalista, con la salvedad de que el Estado, decisivo para su práctica, perdió efectividad planificadora hasta la aparición del absolutismo. Al igual que los dos modos precedentes, el feudal también estaba militarizado y aunque el arte de la guerra sufrió un

retroceso en su calidad llegó a alcanzar puntos de violencia criminal tan atroces como los anteriores. La inseguridad, el miedo y el terror también eran consustanciales al medioevo excepto en pequeños lugares y cortos períodos de tiempo, porque la forma de apropiación del excedente social por parte de la nobleza era la violencia directa cuando fallaban las formas previas. El terrorismo religioso jugaba un papel central aunque las gentes crearon métodos de controlar el miedo, lo que obligaba a los poderes establecidos a reactivar o innovar sus violencias físicas y morales, o a aplicar niveles altos de violencia en la represión de herejías, revueltas, sublevaciones y guerras de resistencia nacional medieval.

La economía mercantil empezó a recuperarse desde el siglo XII y con ella las ciudades y la burguesía fueron adquiriendo poder en pugna creciente con la clase feudal. Allí donde las contradicciones sociales llegaban a su irreconciliabilidad absoluta, el poder medieval recurría a la guerra santa, a la cruzada exterminadora arrasando todo lo que encontraba a su paso. Dado que todavía no se había desarrollado la mentalidad burguesa, los poderes establecidos eran capaces de mantener largos períodos de guerra intermitente en extensas áreas, guerras en las que el terrorismo lo sufrían las masas trabajadoras mientras que las minorías propietarias se libraban en la mayoría de los casos. Incluso cuando los nobles eran hechos prisioneros en las batallas salvaban sus vidas para quedar libres tras un rescate, mientras que la tropa era exterminada en la mayoría de los casos. Al igual que las rebeliones sociales en los modos tributario y esclavista, en el medieval tampoco tenían un proyecto social alternativo si bien sí disponían de más utopías justicialistas, milenaristas y heréticas. Al final del medioevo la violencia generalizada auguraba el inicio de la transición al poder burgués.

3 TERRORISMO CAPITALISTA

El terrorismo capitalista se diferencia de los anteriores por un hecho nuevo: se enfrenta a un modelo social alternativo irreconciliable y consciente de su antagonismo frontal, el comunismo. Por primera vez en la historia, la humanidad está en disposición de guiar conscientemente su autogénesis, pero choca frontalmente con la civilización burguesa, la más violenta de todas las civilizaciones. Los terrorismos anteriores, tributario, clasista y medieval, y el patriarcal recorriéndolos y adaptándose a sus exigencias, tenían la ventaja de que las masas explotadas sobrantes que había que exterminar carecían de una alternativa concreta, eran utópicas al máximo, lo que reducía grandemente su peligrosidad histórica, aunque su peligrosidad puntual fuera muy alta en cada estallido concreto. Podían asaltar templos, almacenes, palacios y castillos, degollar a los propietarios y explotadores, pero tras sus victorias, si vencían, el orden social opresor se recuperaba más o menos pronto según los casos, tal vez con algunas reformas puntuales, pero sin cambiar su esencia. La hermosa pero trágica historia de las heroicas sublevaciones campesinas chinas así lo confirma, por citar un solo ejemplo.

El terrorismo capitalista es consciente de que debe exterminar o de que será él el que desaparezca de la historia. Los terrorismos anteriores se creían eternos y tenían razones para creerlo porque no existía una alternativa revolucionaria, y desaparecieron cuando se agotaron sus bases de existencia o cuando toparon con otra violencia más destructiva, la burguesa. Pero la civilización del capital sabe que solamente desaparecerá gracias a la política organizada de la revolución socialista, y sabe que esta desea y necesita vencerle. Es por esto que el terrorismo burgués asume premeditadamente que

debe extender la devastación y el caos como garantía de supervivencia. Sabe que el futuro de la civilización que representa depende de su efectividad exterminadora. Semejante visión es parte del proceso del capital como relación social, de la inevitabilidad de sus crisis económicas y de la urgencia creciente de la burguesía por impedir que las crisis político-económicas se transformen en revoluciones socialistas dirigidas hacia el comunismo.

El terrorismo capitalista busca cortar de raíz la transformación de la crisis económica en revolución socialista, lo que hace que su objetivo esencial sea el aniquilamiento físico de la conciencia revolucionaria materializada en fuerza política, teórica y ética, mientras que los terrorismos precapitalistas buscaban solamente el exterminio físico de la utopía. La diferencia es sustantiva y refleja la peculiaridad única de la civilización del capital: la mercancía como síntesis y matriz sociales. El comunismo es enemigo absoluto de la mercancía, y por eso hay que exterminar al comunismo. No importan los medios para lograrlo sino el fin, que los justifica todos, sin excepción alguna. Más explícitamente, el fin, la victoria de la mercancía y de la propiedad privada, exige más y más atrocidades, mejores métodos de exterminio y, sobre todo, hace de su diseño y fabricación un negocio más, el de producir industrialmente nuevas mercancías destinadas al mercado inagotable del terrorismo y de las guerras. Es el tercer sector del capitalismo: el de producción de bienes de destrucción, un sector que lleva la irracionalidad global de este sistema a niveles cualitativamente superiores a los alcanzados por los modos precapitalistas.

El terrorismo capitalista es la expresión más plena de la frágil racionalidad parcial que puede lograr este modo de producción esencialmente irracional. Todo terrorismo es racional porque de lo contrario su efectividad sería nula cuando lo que precisamente busca es la máxima efectividad destructiva, pero la racionalidad del terrorismo burgués se aplica para asegurar la mayor irracionalidad social existente en la historia humana, la capitalista. Del mismo modo en que cada capitalista individual intenta ser racional en la explotación de sus trabajadores, el terrorismo de su clase aplica la máxima racionalidad de la que es capaz, aunque ambas, la del empresario y la del terror, se subsuman de inmediato en la irracionalidad estructural

del capitalismo. La irracionalidad global necesita para sobrevivir de la racionalidad parcial. Todo sistema explotador es irracional en su esencia por cuanto inhumano, pero todos ellos han creado instrumentos racionales para continuar existiendo mediante el terror cuando han fallado las medidas previas, desde el opio religioso hasta las represiones parciales. Pero la civilización capitalista tiene el inhumano mérito de haber industrializado el miedo, el terror y la guerra para maximizar su ganancia.

Por tanto, concluyendo, las masas explotadas pueden estallar y estallan en actos incontrolados de terror contra los explotadores, pero no de terrorismo. La violencia defensiva busca vencer al opresor y al invasor mediante la muerte y el miedo, mediante el denominado terror rojo en cuanto mal menor necesario para evitar el mal mayor innecesario de la opresión, pero no aplica el terrorismo. La diferencia de fondo, esencial, radica en la propiedad privada. Es sobre ella desde donde se construyen las fuerzas destructivas y las justificaciones ideológicas y éticas destinadas a perpetuar su existencia, lo que hace que el proceso represivo que va de la simple advertencia amenazante al terrorismo más sanguinario sea permanente y que esté, también, inserto en la mecánica de acumulación del capital. La civilización burguesa, como síntesis social del modo de producción capitalista, se basa en la coerción sorda de la explotación asalariada, y cuando la coerción sorda no logra detener la lucha de clases, la coerción adquiere el ruido de las ametralladoras y de los cañones. La crítica del terrorismo es por tanto la crítica del capital y viceversa, crítica sostenida mediante una argumentación teórica que integra lo político, lo económico, lo ético, lo cultural, etcétera, desde la historicidad de la explotación de la mayoría por la minoría. La mayoría no necesita del terrorismo para emanciparse, y cuando no tiene más remedio que rebelarse violentamente lo hace para instaurar un sistema no explotador, no basado en las múltiples formas de la coerción burguesa, desde las sordas hasta las terroristas.

Carlos Tupac

2009